

# Judy Batalion

## Hijas de la Resistencia

La historia desconocida de las mujeres  
que lucharon contra los nazis





Seix Barral

# Judy Batalion

## Hijas de la Resistencia

La historia desconocida de las mujeres  
que lucharon contra los nazis



## Índice

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

DEDICATORIA

CITA

PERSONAJES

MAPA DE POLONIA

INTRODUCCIÓN: MUJERES GUERRERAS

PRÓLOGO: UN SALTO HACIA DELANTE: ¿DEFENSA O  
RESCATE?

PRIMERA PARTE. LAS CHICAS DEL GUETO

1. PO-LIN
2. DEL FUEGO A LAS BRASAS
3. LA CREACIÓN DEL COMBATE FEMENINO
4. VER OTRO AMANECER: EL TERROR EN EL GUETO
5. EL GUETO DE VARSOVIA: LA EDUCACIÓN Y LA PALABRA
6. EL PASO A LA ACCIÓN: LA CREACIÓN DE LA ZOB
7. TIEMPOS ERRANTES: DE VAGABUNDA A CRIADA
8. VOLVERSE DE PIEDRA
9. LOS CUERVOS NEGROS
10. TRES FRASES EN LA HISTORIA: UNA NAVIDAD SORPRESA EN CRACOVIA
11. 1943, UN NUEVO AÑO: MINIRREBELIÓN EN VARSOVIA

SEGUNDA PARTE. DIABLOS O DIOSAS

12. LOS PREPARATIVOS
13. LAS MENSAJERAS
14. DENTRO DE LA GESTAPO
15. EL LEVANTAMIENTO DEL GUETO DE VARSOVIA
16. BANDIDOS CON TRENZAS
17. ARMAS, ARMAS, ARMAS
18. LA HORCA
19. LIBERTAD EN LOS BOSQUES: LOS PARTISANOS
20. MELINAS, DINERO Y RESCATE
21. FLOR DE SANGRE
22. ARDE LA JERUSALÉN DE ZAGLEMBIE

TERCERA PARTE. «NO HAY FRONTERA QUE SE INTERPONGA  
EN SU CAMINO»

23. DENTRO Y FUERA DEL BÚNKER
24. LA RED DE LA GESTAPO

25. EL CUCO

26. ¡VENGANZA, HERMANAS!

27. LA LUZ DE LOS DÍAS

28. LA GRAN HUIDA

29. «ZAG NIT KEYN MOL AZ DU GEYST DEM LETSTN VEG»

CUARTA PARTE. EL LEGADO EMOCIONAL

30. EL MIEDO A VIVIR

31. UNA FUERZA OLVIDADA

EPÍLOGO: EL JUDÍO DESAPARECIDO

COLOFÓN

NOTA DE LA AUTORA: SOBRE LA INVESTIGACIÓN

AGRADECIMIENTOS

BIBLIOGRAFÍA

SOBRE LA AUTORA

LÁMINAS

NOTAS

CRÉDITOS



**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](https://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora Descubre Comparte**

## SINOPSIS

Varsovia, 1943. Testigos del brutal asesinato de sus familias y vecinos y de la destrucción violenta de sus comunidades, un grupo de mujeres judías en Polonia, algunas todavía en la adolescencia, ayudaron a transformar a los grupos de jóvenes judíos en células de resistencia para luchar contra los nazis. Con valor, astucia y nervios de acero, estas chicas del gueto sobornaron a los guardias de la Gestapo, escondieron revólveres en hogazas de pan y ayudaron a construir sistemas de búnkeres subterráneos. Actuaron como correos, combatientes y agentes de inteligencia. Sobornaron a los soldados alemanes con vino, whisky y cocina casera, usaron su aspecto ario para seducirlos, y les dispararon y los mataron.

Esta obra finalmente saca a la luz la historia de estas increíbles mujeres cuyas hazañas han sido eclipsadas por el tiempo. Judy Batalion, nieta de supervivientes polacos, nos lleva de regreso a 1939 y nos presenta a la joven Renia Kukielka, una contrabandista de armas y mensajera que se juega la vida al cruzar la Polonia ocupada a pie y en tren, y a tantas otras mujeres que pusieron sus vidas en peligro para llevar a cabo sus misiones.



Seix Barral Los Tres Mundos

**Judy Batalion**

**Hijas de la Resistencia**

La historia desconocida de las mujeres  
que lucharon contra los nazis

Traducción del inglés por  
Aurora Echevarría

*En memoria de mi bobeh Zelda,  
y para mis hijas, Zelda y Billie .  
L'd or v'dor... Chazak V'Amatz*

*En homenaje a todas las mujeres judías  
de Polonia que resistieron contra el régimen nazi*



Warsaw with a weeping face,  
With graves on street corners,  
Will outlive her enemies,  
Will still see the light of days. \*

De *A Chapter of Prayer* , una canción dedicada a la batalla en el gueto de Varsovia que obtuvo el primer premio en un concurso. Escrita por una joven judía antes de morir y publicada en *Women in the Ghettos* (1946). <sup>1</sup>

# PERSONAJES

(POR ORDEN DE APARICIÓN )

Renia Kukielka: nacida en Jędrzejów, mensajera del movimiento juvenil Libertad en Będzin.

Sarah Kukielka: hermana mayor de Renia y camarada de Libertad que cuida de los huérfanos judíos en Będzin.

Zivia Lubetkin: nacida en Byten, dirigente de Libertad que participa en la Organización Judía de Combate (Żydowska Organizacja Bojowa o ŻOB) y en el levantamiento de Varsovia.

Frumka Płotnicka: nacida en Pinsk, camarada de Libertad que dirige la organización de combate en Będzin.

Hantze Płotnicka: hermana menor de Frumka, también dirigente y mensajera de Libertad.

Tosia Altman: dirigente de La Joven Guardia y una de sus mensajeras más activas, afincada en Varsovia.

Vladka Meed (alias Feigele Peltel): mensajera bundista en Varsovia.

Chajka Klinger: dirigente de La Joven Guardia y de la organización de combate de Będzin.

Gusta Davidson: mensajera y dirigente de Akiva afincada en Cracovia.

Hela Schüpfer: mensajera de Akiva afincada en Cracovia.

Bela Hazan: mensajera de Libertad, afincada en Grodno, Vilna y Białystok. Trabaja con Lonka Kozibrodska y Tema Schneiderman.

Chasia Bielicka y Chaika Grossman: dos mensajeras de La Joven Guardia que forman parte de los operativos antifascistas en Białystok.

Ruzka Korczak: dirigente de La Joven Guardia en la organización de combate de Vilna (FPO) y cabecilla de los partisanos del bosque.

Vitka Kempner: dirigente de La Joven Guardia en la organización de combate de Vilna (FPO) y cabecilla de los partisanos del bosque.


Zelda Treger: dirigente de La Joven Guardia afincada en Vilna y alrededores.

Faye Schulman: fotógrafa que se convierte en enfermera y combatiente.

Anna Heilman: miembro asimilado de La Joven Guardia en Varsovia que colabora en la Resistencia en Auschwitz.

## Polonia durante la Segunda Guerra Mundial



 Fronteras de Polonia antes del 1 de septiembre de 1939

Mapa © Copyright MMXX Springer Cartographics LLC

0 50 100 km

## INTRODUCCIÓN: MUJERES GUERRERAS

La sala de lectura de la Biblioteca Británica olía a papel viejo. Me quedé mirando el montón de libros de historia de mujeres que había pedido; no demasiados, me dije, pues no quería agobiarme. El de abajo de todo era el más raro: de tapas duras y encuadernado en una tela azul gastada, con los bordes de las hojas amarillentos y cortados a mano. Fue el primero que abrí, y me encontré con doscientas páginas de letra minúscula... en yidis, un idioma que conocía, pero que hacía más de quince años que no utilizaba.

Estuve a punto de devolverlo al montón sin leerlo, pero algo me detuvo, y hojeé unas pocas páginas. Y luego unas cuantas más. Esperaba encontrar tediosos lamentos hagiográficos y vagas discusiones talmúdicas sobre la fortaleza y el coraje femeninos. En su lugar encontré... mujeres, sabotajes, rifles, disfraces, dinamita. Había descubierto un *thriller*.

¿Era posible que fuera cierto?

Estaba perpleja.



Yo había estado buscando mujeres judías fuertes.

A principios de los 2000 tenía veintipocos años y vivía en Londres, donde trabajaba como historiadora de arte durante el día y como humorista por las noches. En ambas esferas, mi identidad judía se volvió algo problemático. Los solapados comentarios jocosos sobre mi aspecto y mis gestos semíticos eran habituales entre los académicos, galeristas, espectadores, colegas artistas y productores por igual. Poco a poco empecé a comprender lo chocante que resultaba para los británicos que llevara de una forma tan abierta y despreocupada mi condición de judía. Crecí en una comunidad judía muy unida en Canadá y fui a la universidad en el nordeste de Estados Unidos. En ninguno de esos lugares mis orígenes causaban extrañeza; yo nunca había tenido que separar mi identidad pública de la privada. Pero, en Inglaterra, el hecho de que mostrara mi singularidad de



forma tan «abierta» se veía como un atrevimiento e incomodaba. Sorprendida por el hallazgo, me quedé paralizada de vergüenza. No sabía muy bien cómo manejarlo. ¿Debía pasarlo por alto? ¿Responder con otra broma? ¿Ser cautelosa? ¿Reaccionar de forma exagerada o, al contrario, quitarle hierro? ¿Ocultarme y asumir una doble identidad? ¿Huir?

Recurrí al arte y la investigación con la esperanza de que me ayudaran a resolver esta cuestión y escribí una obra teatral sobre la identidad femenina judía y el legado emocional de un trauma que había pasado de generación en generación. Mi modelo de coraje femenino judío era Hannah Senesh, una de las pocas mujeres de la Resistencia en la Segunda Guerra Mundial cuya historia no se había perdido. De niña fui a una escuela judía secular —su filosofía se enraizaba en los movimientos judíos polacos—, donde estudié poesía hebrea y novela yidis. En la clase de yidis de quinto leí sobre ella y cómo, con veintidós años, se había unido en Palestina a un grupo de paracaidistas británicos que combatían a los nazis y regresó a Europa para participar en la Resistencia. Si bien no tuvo éxito en su misión, logró infundir coraje. Cuando fue ejecutada, no quiso que le vendaran los ojos e insistió en mirar la bala. Hannah se enfrentó a la verdad, vivió y murió por sus convicciones, y se jactó abiertamente de ser quien era.

Aquella primavera de 2007 me encontraba en la Biblioteca Británica de Londres indagando sobre Senesh, buscando información contrastada sobre su figura. Resultó que no había muchos libros dedicados a ella, de modo que pedí cualquiera en el que apareciera su nombre. Uno de ellos estaba en yidis. Estuve a punto de devolverlo.

En lugar de ello lo hojeé. Se trataba de *Freuen in di Ghettsos (Women in the Ghettsos)*, publicado en Nueva York en 1946.<sup>1</sup> En esa antología de 185 páginas solo se mencionaba a Hannah en el último capítulo. Las 170 páginas anteriores estaban llenas de historias de otras mujeres: decenas de jóvenes judías desconocidas que habían luchado en la Resistencia contra los nazis, sobre todo dentro de los guetos en Polonia. Esas «chicas de los guetos» sobornaron a los guardias de la Gestapo, escondieron pistolas en barras de pan y ayudaron a construir búnkeres subterráneos. Coquetearon con los nazis, los compraron con vino, whisky y pastelillos y, discretamente, los mataron de un tiro. Llevaron a cabo misiones de

espionaje para Moscú, repartieron documentos de identidad falsos y volantes clandestinos, y contribuyeron a divulgar la verdad sobre lo que les estaba sucediendo realmente a los judíos. Ayudaron a los enfermos y dieron clases a los niños; volaron líneas ferroviarias alemanas y sabotearon el suministro eléctrico de Vilna. Vestidas como si no fueran judías, trabajaron de criadas en el lado ario de la ciudad, y ayudaron a los judíos a escapar de los guetos a través de túneles y chimeneas, abriendo boquetes en las paredes y arrastrándose por los tejados. Sobornaron a verdugos, escribieron boletines de radio clandestinos, mantuvieron la moral del grupo, negociaron con terratenientes polacos, engatusaron a miembros de la Gestapo para que les llevaran sus maletas llenas de armas, crearon un grupo de nazis antinazis y, por supuesto, se hicieron cargo de la mayor parte del trabajo administrativo del movimiento clandestino.

A pesar de los años de educación judía, yo nunca había leído historias como esas, asombrosas en sus detalles sobre el extraordinario combate cotidiano librado por las mujeres. No tenía idea de cuántas mujeres judías habían participado en la Resistencia ni de hasta qué punto se habían involucrado.

Esos escritos no solo me sorprendieron, también me conmovieron personalmente al trastocar la visión que tenía de mi propia historia. Vengo de una familia de supervivientes del Holocausto judío polaco. Mi *bobeh* Zelda (tocaya de mi hija mayor) no luchó en la Resistencia; su exitosa pero trágica historia de huida había influido en la visión que yo tenía de la supervivencia. Ella —que con sus pómulos altos y nariz chata no parecía judía— huyó de la Varsovia ocupada, cruzó ríos a nado, se escondió en un convento, coqueteó con un nazi que hizo la vista gorda, viajó hacia el este en un camión que transportaba naranjas y finalmente cruzó la frontera rusa, donde, irónicamente, salvó su vida cuando la llevaron a los campos de trabajos forzados de Siberia. Mi *bobeh* era fuerte como un toro, pero había perdido a sus padres y a tres de sus cuatro hermanas, que se habían quedado en Varsovia. Con lágrimas y furia en los ojos, me contaba esa horrible historia todas las tardes mientras me cuidaba después de la escuela. Mi comunidad judía de Montreal estaba compuesta fundamentalmente por familias supervivientes del Holocausto; tanto en mi familia como en las de

mis vecinos había historias similares de dolor y sufrimiento. Tenía los genes marcados —incluso alterados, como sugieren hoy en día los neurocientíficos— por el trauma. Crecí en un ambiente de persecución y miedo.

En *Freuen in di Ghetto's*, sin embargo, se ofrecía una versión diferente de la historia de las mujeres en la guerra. Esos relatos de acción me conmovieron. Eran mujeres que actuaban con furia y fortaleza —incluso con violencia—, haciendo contrabando, reuniendo información, saboteando y combatiendo; se enorgullecían de su pasión. Las autoras del libro, lejos de buscar compasión, ensalzaban el coraje activo y la intrepidez. Las mujeres, a menudo muertas de hambre y torturadas, eran valientes y atrevidas. Varias habían tenido la oportunidad de escapar, pero no lo hicieron; algunas incluso optaron por regresar y luchar. Mi *bobeh* era mi heroína, pero ¿y si hubiera decidido arriesgar su vida y quedarse a pelear? Me perseguía la pregunta de qué habría hecho yo en una situación parecida, luchar o huir.



Al principio, imaginé que los operativos de la Resistencia mencionados en *Freuen in di Ghetto's* eran todos los que había habido. Pero en cuanto abordaba el tema, surgían historias extraordinarias de mujeres combatientes en todas partes, ya fueran archivos, catálogos o personas desconocidas que me contaban sus historias familiares por correo electrónico. Encontré montones de libros de memorias de mujeres publicados por pequeñas editoriales, así como cientos de testimonios en polaco, ruso, hebreo, yidis, alemán, francés, neerlandés, danés, griego, italiano e inglés, desde la década de 1940 hasta hoy.

Los estudiosos del Holocausto han debatido acerca de qué «define» un acto de resistencia judía. <sup>2</sup> Muchos parten de su acepción más amplia: cualquier acción que afirmaba la humanidad de un judío; cualquier acto solitario o colectivo que desafiaba incluso sin proponérselo la política o la ideología nazi, incluido el simple hecho de seguir vivo. Otros creen que una definición tan general subestima a quienes arriesgaron su vida para hacer frente activamente a un régimen, y que hay que distinguir entre resistencia y resiliencia.

Los actos rebeldes que descubrí entre las mujeres judías de Polonia, el país en el que me había centrado, cubrían todo el espectro: desde los que implicaban una planificación compleja y una previsión minuciosa, como hacer estallar grandes cantidades de TNT, hasta los que eran tan espontáneos y simples como una comedia de tortazos y persecuciones, y que implicaban disfrazarse, emperifollarse, morder y arañar o escabullirse de los brazos de los nazis. Para muchas, el objetivo era rescatar judíos; para otras, morir y dejar un legado de dignidad. En *Freuen in di Ghetto's* se destaca la actividad de las «combatientes de los guetos»: agentes encubiertas que provenían de los movimientos juveniles judíos y que trabajaban en los guetos. Esas jóvenes eran combatientes, editoras de boletines clandestinos y activistas sociales. Las mujeres, en particular, constituían el grueso de los «mensajeros», un papel específico en el núcleo de las operaciones. Se vestían como si no fueran judías para desplazarse entre los guetos y pueblos confinados, y pasaban clandestinamente a personas, así como dinero en efectivo, documentos, información y armas que a menudo habían obtenido ellas mismas.

Además de las combatientes de los guetos, hubo mujeres judías que huyeron a los bosques y se enrolaron en unidades partisanas, y llevaron a cabo misiones de sabotaje e inteligencia. Algunos actos de resistencia ocurrían como casos aislados «no organizados». Varias judías polacas se alistaron en unidades de resistencia extranjeras, mientras que otras colaboraron con el movimiento de resistencia polaco. Crearon redes de rescate para ayudar a otros judíos a esconderse o escapar. <sup>3</sup> Al final resistieron moral, espiritual y culturalmente ocultando su identidad, distribuyendo libros judíos, contando chistes durante los traslados para aliviar el miedo, abrazando a las compañeras de barracón para darles calor y montando comedores para huérfanos. <sup>4</sup> Esta última actividad a veces era organizada y pública aunque ilegal; otras veces, era personal e íntima.

Después de meses investigando, me enfrenté con el tesoro y el reto de todo escritor: había recopilado más historias increíbles de resistencia de las que jamás habría podido imaginar. ¿Cómo podía acotarlas y seleccionar a mis personajes principales? <sup>5</sup>

Finalmente, decidí seguir el ejemplo de mi fuente de inspiración, *Freuen in di Ghetto's*, que se había centrado en las combatientes procedentes de los movimientos juveniles Libertad (*Dror*) y La Joven Guardia (*Hashomer Hatzair*). La parte central y la contribución más extensa la había escrito una mensajera que firmaba como «Renia K.». Me sentí íntimamente atraída por ella, y no porque fuera la cabecilla más conocida, militante o carismática, sino por el motivo contrario. Renia no era una idealista ni una revolucionaria, sino una chica de clase media espabilada que se vio inmersa en una repentina e interminable pesadilla. Estuvo a la altura de las circunstancias movida por su sentido de justicia interior y por la ira. Me cautivaron sus impresionantes historias sobre robos entre fronteras y contrabando de granadas, y las minuciosas descripciones de sus misiones encubiertas. A los veinte años había puesto por escrito sus experiencias de los cinco años anteriores en una prosa reflexiva y equilibrada, llena de rápidas caracterizaciones, impresiones francas e incluso ingenio.

Más tarde averigüé que los escritos de Renia en *Freuen in di Ghetto's* eran fragmentos de una extensa autobiografía que había escrito en polaco y publicado en hebreo en Palestina en 1945. Su libro fue uno de los primeros testimonios personales completos del Holocausto (hay quien dice que el primero).<sup>6</sup> En 1947, una imprenta judía del centro de Nueva York lanzó su versión en inglés con una introducción de un eminente traductor.<sup>7</sup> Pero su libro y el mundo que describía no tardaron en sumirse en la oscuridad. Solo he encontrado el nombre de Renia en referencias de pasada o en anotaciones académicas. Aquí saco su historia de las notas a pie de página para ponerla en el texto y dar a conocer a esta judía anónima que actuó con una valentía extraordinaria. He entrelazado la historia de Renia con las de judías polacas de otros movimientos clandestinos y con diversas misiones, todo con el fin de mostrar la amplitud y el alcance del coraje femenino.



La tradición judía está llena de historias de desvalidos que vencen: David y Goliat, los esclavos israelitas que desafiaron al faraón, los hermanos macabeos que derrotaron al Imperio griego.



Esta historia es diferente.

La resistencia judía en Polonia obtuvo victorias relativamente minúsculas en términos de éxito militar, bajas nazis y número de judíos salvados.<sup>8</sup>

Pero su esfuerzo por resistir fue mayor y más organizado de lo que yo nunca podría haber imaginado, y colosal en comparación con el relato del Holocausto con el que crecí. Grupos clandestinos de judíos armados actuaron en más de noventa guetos de Europa del Este.<sup>9</sup> Se produjeron «pequeñas acciones» y levantamientos en Varsovia, Będzin, Vilna, Białystok, Cracovia, Lvov, Częstochowa, Sosnowiec y Tarnów.<sup>10</sup> Hubo resistencia judía armada en al menos cinco grandes campos de concentración y de exterminio, entre ellos Auschwitz, Treblinka y Sobibor, así como en dieciocho campos de trabajos forzados.<sup>11</sup> Treinta mil judíos se unieron a los destacamentos partisanos de los bosques.<sup>12</sup> Las redes judías apoyaron financieramente a doce mil compañeros judíos escondidos en Varsovia.<sup>13</sup> A todo ello hay que sumar el sinfín de ejemplos de actos de desafío diarios.

¿Por qué yo nunca había oído esas historias? No paraba de preguntármelo. ¿Por qué no había oído hablar de los cientos, incluso miles, de mujeres judías que habían participado en todos los aspectos de esa rebelión, a menudo en puestos de mando? ¿Por qué *Freuen in di Ghetto* era un título desconocido en lugar de un clásico entre la bibliografía sobre el Holocausto?

Según he averiguado, en la evolución del relato del Holocausto han intervenido muchos factores, tanto personales como políticos. Nuestra memoria colectiva se ha visto marcada por una resistencia general a la Resistencia. El silencio es un medio para influir en las percepciones y cambiar el poder, y a lo largo de las décadas ha funcionado de maneras diferentes en Polonia, Israel y Norteamérica. El silencio también es una técnica para resistir y vivir.

Aunque hay autores que han ido contracorriente y han presentado historias de resistencia, se ha prestado poca atención a las mujeres.<sup>14</sup> En los casos contados en los que los autores han incluido a mujeres en sus relatos, a menudo las retratan dentro de tropos narrativos estereotipados. En la

convinciente miniserie televisiva sobre el gueto de Varsovia *Sublevación en el gueto* (*Uprising* , 2001), aparecen mujeres combatientes, pero de una forma típicamente tergiversada. Mujeres que fueron dirigentes salían en papeles secundarios, como las «novias de» los protagonistas. El único personaje principal femenino es el de Tosia Altman, y aunque en la película pasa armas de contrabando de forma intrépida, la presentan como una joven bonita y tímida, toda ella inocencia y mansedumbre, que cuidaba de su padre enfermo y a quien las circunstancias la llevan a colaborar con la Resistencia. En realidad, Tosia ya era dirigente del movimiento juvenil La Joven Guardia mucho antes de la guerra; su biógrafa subraya que tenía fama de ser una «chica glamurosa» y «pícaras». <sup>15</sup> Al reescribir la historia de fondo, la película no solo distorsiona su personaje, también elimina todo el mundo de la educación, la capacitación y el trabajo de las mujeres judías que lo crearon.

Huelga decir que la resistencia judía ante los nazis en Polonia no fue una misión feminista radical exclusiva de las mujeres. También hubo hombres combatientes, cabecillas y comandantes de batalla. Sin embargo, gracias a su género y a su habilidad para camuflar su judaísmo, las mujeres se adaptaban de manera excepcional a ciertas tareas cruciales en las que se jugaban la vida; en particular, como mensajeras. Según la descripción de la combatiente Chaika Grossman, «las chicas judías fueron fundamentales para el movimiento». <sup>16</sup>



El eminente cronista del gueto de Varsovia Emanuel Ringelblum escribió sobre las jóvenes mensajeras de la época: «Sin una palabra de queja, sin el más mínimo titubeo, aceptan y llevan a cabo las misiones más peligrosas. [...] ¿Cuántas veces han mirado a los ojos a la muerte? [...] La mujer judía ocupará una hermosa página en la historia de los judíos durante la guerra actual». <sup>17</sup>

En 1946, todo el propósito de *Freuen in di Ghetto*s era informar a los judíos estadounidenses de los increíbles esfuerzos que habían hecho las mujeres judías en los guetos. Varios colaboradores simplemente dieron por sentado que esas mujeres se convertirían en nombres famosos, dando a

entender que los futuros historiadores explorarían ese terreno increíble. En palabras de la combatiente Ruzka Korczak, esas historias de resistencia femenina eran «los grandes tesoros de nuestra nación» y se convertirían en una parte esencial del folklore judío. <sup>18</sup>

Setenta y cinco años después, esas heroínas siguen siendo en gran medida desconocidas, y aún no se han escrito sus páginas en el libro del recuerdo eterno. <sup>19</sup> Hasta ahora.

## **PRÓLOGO: UN SALTO HACIA DELANTE: ¿DEFENSA O RESCATE?**

Desde lo alto, uno podría confundir la pequeña ciudad, con su castillo reluciente, los edificios en tonos pastel y las calzadas y aceras de colores vistosos, con un reino mágico. Będzin fue erigida como ciudad fortaleza sobre un asentamiento que se remonta al siglo IX para custodiar la antigua ruta comercial entre Kiev y Occidente.<sup>1</sup> El paisaje que la rodea, como el de muchas ciudades medievales de Polonia, especialmente en esta área boscosa del sur del país, es magnífico. Las vistas verdes no sugieren división y muerte, batallas interminables y decretos. De lejos, nadie adivinaría que esta regia ciudad coronada con una torreta dorada simboliza la destrucción casi total del pueblo judío.

Situada en la región polaca de Zagłębie, Będzin había sido durante siglos un hogar para los judíos. Estos llevaban trabajando y prosperando en el área desde el año 1200 d. C., y a finales del siglo XVI el rey les concedió el derecho a poseer casas de oración, comprar bienes inmuebles, comerciar, sacrificar animales y distribuir alcohol. Durante más de doscientos años, y siempre y cuando pagaran sus impuestos, los judíos estuvieron protegidos y establecieron fuertes relaciones comerciales. En la década de 1800 la ciudad pasó a estar bajo el estricto dominio de los prusianos y a continuación bajo el de los rusos, pero los grupos locales se opusieron a esos colonos extranjeros y defendieron la hermandad judía polaca. En el siglo XX la economía prosperó, se abrieron escuelas modernas y Będzin se convirtió en un centro de filosofías nuevas, en particular el socialismo. Nuevas oleadas de actividad judía dieron lugar a conflictos internos apasionados y fructíferos: proliferaron los partidos políticos, las cátedras y los periódicos judíos. Al igual que en muchas ciudades del país, los judíos constituían un porcentaje de la población cada vez mayor, profundamente insertado en el

entramado de la vida cotidiana. Los residentes de habla yidis formaban una parte esencial de la región; Zaglembe se convirtió, a su vez, en parte integral de su identidad.

En 1921, cuando se hablaba de Będzin como de la «Jerusalén de Zaglembe», los judíos eran dueños de 672 fábricas y talleres locales. Casi la mitad de sus habitantes eran judíos y entre ellos había un buen número de personas acomodadas: médicos, abogados, comerciantes y propietarios de fábricas.<sup>2</sup> Eran un grupo liberal, secular y moderadamente socialista que frecuentaba los cafés, tenía casas de veraneo en las montañas, disfrutaba de veladas de tango, del jazz y del esquí, y se sentía europeo. Los judíos religiosos y de clase trabajadora también medraron, con decenas de casas de oración y una amplia selección de partidos a los que votar en el consejo judío. En las elecciones municipales de 1928, de los veintidós partidos que se presentaron, diecisiete eran organizaciones judías. El teniente de alcalde de Będzin era judío. Como es natural, esos judíos no sabían que el mundo tan dinámico que habían construido pronto sería totalmente destruido, ni que tendrían que luchar por su legado y su vida.



En septiembre de 1939 el ejército alemán invadió Będzin. Los nazis incendiaron la gran sinagoga románica de la ciudad, un edificio clave erigido con orgullo justo al pie del castillo, y asesinaron a decenas de judíos.<sup>3</sup> Tres años más tarde obligaron a veinte mil judíos con el brazalete de la estrella de David a confinarse en un pequeño vecindario situado en las afueras de la ciudad,<sup>4</sup> apiñando a varias familias en casuchas y habitaciones individuales. Personas que durante siglos habían disfrutado de relativa tranquilidad y prosperidad, integración social y siglos de cultura, se vieron hacinadas en unas pocas manzanas destartaladas. En Będzin había una nueva zona. Una zona lúgubre y húmeda. El gueto.

Los guetos de Zaglembe fueron de los últimos que «se liquidaron» en Polonia, ya que el ejército de Hitler completó allí en una fase posterior su Solución Final.<sup>5</sup> Muchos de los habitantes del gueto tenían permisos de trabajo y, en lugar de ser trasladados de inmediato a campos de exterminio, fueron enviados a talleres y fábricas de armas alemanes como mano de obra



esclava. En Będzin aún funcionaba el correo postal. Esos guetos estuvieron en contacto con Rusia, Eslovaquia, Turquía, Suiza y otras tierras no arias. Hasta en esas áreas oscuras surgieron células de resistencia judía.

Entre las casas abarrotadas, en medio de una atmósfera de pánico, inquietud y terror, había un edificio especial. Un edificio que se mantenía en pie, no solo por sus sólidos cimientos (de hecho, no tardaría en descansar sobre búnkeres subterráneos), sino gracias al cerebro, el corazón y los músculos de sus habitantes. En él se hallaba el cuartel general de la resistencia judía local. Una resistencia nacida de la filosofía del movimiento laborista sionista, que valoraba la acción judía, el trabajo de la tierra, el socialismo y la igualdad. A los «camaradas» los mantenían con una dieta única de trabajo físico y empoderamiento femenino. Era un centro del movimiento juvenil Libertad.



En febrero de 1943, el frío se había apoderado del gueto y el aire era pesado como plomo. El bullicioso edificio de la comuna estaba extrañamente silencioso. El viejo murmullo de los programas culturales de Libertad (cursos de idiomas, actuaciones musicales, seminarios sobre la conexión entre el corazón y la tierra) se había desvanecido. No se oían voces ni canciones.

Renia Kukielka, una joven judía de dieciocho años y combatiente en ciernes del movimiento de resistencia clandestino, salió del lavadero para dirigirse a la reunión que se estaba celebrando alrededor de la gran mesa de la planta baja del edificio, donde se trazaban los planes más importantes. Un lugar que conocía bien.

—Hemos conseguido unos cuantos papeles —anunció Hershel.

Todos contuvieron el aliento. Eran pasajes de oro para salir de Polonia hacia la supervivencia.

Había llegado el día de tomar una decisión. <sup>6</sup>

Frumka Plotnicka, con sus ojos oscuros y su ceño fruncido, estaba de pie en un extremo de la mesa. Procedente de una familia pobre y religiosa de Pinsk, se había unido al movimiento cuando era una adolescente

introvertida y, gracias a su seriedad innata y su pensamiento analítico, había ascendido en sus filas. Al estallar la guerra se convirtió rápidamente en cabecilla en la clandestinidad.

El otro cabecilla de la «tropa» de Będzin, Hershel Springer, estaba en el otro extremo de la mesa. Querido por todos, Hershel tenía «tantos rasgos del carácter popular judío» que conversaba con franqueza con cualquier persona con quien tuviera raíces en común,<sup>7</sup> desde un carretero hasta un carnicero, interesándose en sus asuntos más triviales. Como siempre, su sonrisa cálida y bobalicona era una fuerza relajante que contrarrestaba la destrucción del mundo exterior: el gueto sucio y cada día más vacío, el eco de la nada.

Renia ocupó su sitio entre ellos en la mesa, junto con el resto de los jóvenes judíos.

A menudo se sorprendía a sí misma tambaleándose de incredulidad, sacudida por su realidad. En pocos años había dejado de ser una chica de quince años que vivía con seis hermanos y unos padres amorosos para convertirse en una huérfana que no sabía ni cuántos de sus hermanos y hermanas seguían vivos o dónde podían estar. Con su familia, Renia había corrido a través de campos cubiertos de cadáveres. Más tarde había huido por campos totalmente sola. Apenas unos meses antes había saltado de un tren en marcha y se había disfrazado de campesina polaca para ocupar el puesto de empleada doméstica en una familia medio alemana. Había insistido en ir a la iglesia con todos como tapadera, pero la primera vez tembló a cada paso, temiendo no saber cuándo ponerse de pie, sentarse o persignarse. La adolescente se había convertido en una actriz a fuerza de actuar. Había caído bien a la señora de la casa, que la había felicitado por ser limpia, trabajadora e incluso culta. Renia había mentido a medias. «Soy de una familia refinada. Éramos ricos. Solo al morir mis padres tuve que ponerme a trabajar con las manos.»

La trataban bien, pero, en cuanto consiguió ponerse secretamente en contacto con su hermana Sarah, supo que tenía que reunirse con ella, con lo que quedaba de su familia. Sarah lo había arreglado todo para que la llevaran a Będzin, al centro del grupo juvenil Libertad al que pertenecía.

Renia era ahora una joven culta que lavaba la ropa, escondida en la parte trasera. Estaba allí ilegalmente, una intrusa entre intrusos. Los nazis habían dividido la Polonia conquistada en distintos territorios. Los documentos de Renia solo eran válidos para el Gobierno General, el área que debía servir como «vertedero racial», <sup>8</sup> con un interminable suministro de mano de obra esclava, y en última instancia como un emplazamiento para el exterminio masivo de los judíos europeos. No tenía papeles para estar en Zaglembe, un área que se había anexionado el Tercer Reich.

A la derecha de Renia estaba sentada la hermana de Frumka y su polo opuesto, Hantze, quien con su espíritu entusiasta y su optimismo inagotable iluminaba la habitación oscura. Hantze disfrutaba contándoles a los camaradas cómo había burlado a los nazis vistiéndose como una mujer católica y desfilando delante de ellos, engañándolos una y otra vez. También estaba Sarah, con su cincelado rostro de pómulos afilados y ojos oscuros y penetrantes, <sup>9</sup> así como la novia de Hershel, Aliza Zitenfeld, que cuidaba junto con Sarah a los huérfanos del gueto. Alrededor de la mesa también podría haber estado Chajka Klinger, una joven enérgica y franca de rostro lozano que dirigía un grupo hermano, preparada para luchar por sus ideales: la verdad, la acción, la dignidad.

—Hemos conseguido unos cuantos papeles —repitió Hershel.

Cada documento permitía entrar a una persona en un campo de internamiento; le permitía vivir. Eran pasaportes falsos de los países aliados donde había alemanes en cautividad. Los titulares de esos pasaportes aliados serían retenidos por los nazis en campos especiales a la espera de ser intercambiados por alemanes en esos países. Era una de las numerosas tramas de pasaportes de las que habían oído hablar en los últimos años, <sup>10</sup> y esperaban en que fuera de fiar. Llevaba meses organizar y obtener esos documentos, y era un procedimiento carísimo, además de peligroso, que implicaba enviar cartas cifradas con fotos a falsificadores profesionales. ¿Quién los obtendría?

¿O no debía aceptarlos nadie?

¿Defenderse o rescatar? ¿Luchar o huir?

Ese era el debate que tenían desde el principio de la guerra. Si unos pocos judíos con aún menos armas no iban a derrocar a los nazis, ¿qué sentido tenía entonces resistir? ¿Luchaban para morir con dignidad, por venganza, para dejar un legado de honor a las generaciones futuras? ¿O bien para infligir daños, rescatar y salvar? Y, de ser así, ¿a quién? ¿A individuos o al movimiento? ¿A niños o a adultos? ¿A artistas o a dirigentes? ¿Debían luchar en los guetos o en los bosques? ¿Como judíos o con los polacos?

Había que tomar una decisión.

—¡Frumka! —la llamó Hershel desde el otro lado de la mesa, mirándola directamente a sus ojos oscuros.

Ella lo miró con la misma fijeza, aunque en silencio.

Hershel explicó que habían recibido una orden de su venerada jefa en Varsovia, Zivia Lubetkin. Frumka debía usar un pasaporte para salir de Polonia y dirigirse a La Haya, sede de la Corte Permanente de Justicia Internacional de la Sociedad de Naciones, ente predecesor de la ONU. Allí representaría al pueblo judío y contaría al mundo lo que estaba sucediendo. Luego viajaría a Palestina, donde haría de testigo oficial de las atrocidades nazis.

—¿Salir? —respondió Frumka.

Renia la miró con el corazón encogido. Notó cómo Frumka también se tambaleaba, y cómo funcionaba su mente penetrante bajo su rostro impasible. Frumka era su líder, la roca que los soportaba a todos, hombres y mujeres. ¿A quién le pedirían que la acompañara? ¿Qué sería de ellos si se iba?

—No —declaró Frumka a su manera firme pero educada—. Si hemos de morir, muramos todos juntos. Pero —y guardó silencio un instante— luchemos por una muerte heroica.

Al oír sus palabras, llenas de aplomo, la sala entera suspiró de forma perceptible. Como si el edificio hubiera cobrado vida, todos los presentes empezaron a aporrear el suelo con los pies, algunos hasta sonriendo. Frumka golpeó la mesa con el puño como si fuera un mazo.

—Es la hora. Es la hora de pasar a la acción.

Y así fue como llegaron unánimemente a una respuesta: defenderse.

Renia, siempre preparada, se levantó de su asiento de un salto.

# PRIMERA PARTE

## LAS CHICAS DEL GUETO

Jóvenes heroicas. [...] Viajan con valentía por las ciudades y pueblos de Polonia. [...] Todos los días se exponen a un peligro mortal. Dependen enteramente de su rostro «ario» o del pañuelo de campesina que llevan en la cabeza. Sin una palabra de queja, sin el más mínimo titubeo, aceptan y llevan a cabo las misiones más peligrosas. ¿Hace falta viajar a Vilna, Białystok, Lemberg, <sup>1</sup> Kovel, Lublin, Częstochowa o Radom para llevar algo prohibido como, por ejemplo, publicaciones ilegales, documentos o dinero? Todas lo hacen como si fuera lo más natural del mundo. ¿Hay que salvar a camaradas en Vilna, Lublin o alguna otra ciudad? Ellas se encargan de la tarea. No hay obstáculos en su camino. Nada las detiene. [...] ¿Cuántas veces han mirado a los ojos a la muerte? ¿Cuántas veces han sido arrestadas, cacheadas? [...] La mujer judía ocupará una hermosa página en la historia de los judíos durante la guerra actual. Y las Chajkas y Frumkas serán las protagonistas de esta historia. Porque estas chicas no conocen el significado de la palabra *descanso* .

EMANUEL RINGELBLUM ,  
entrada de diario, mayo de 1942 <sup>2</sup>

# CAPÍTULO 1

## PO-LIN

**Renia**

OCTUBRE DE 1924

El viernes 10 de octubre de 1924, <sup>1</sup> mientras los judíos de Jędrzejów se preparaban para la víspera del *Sabbat* bajando las persianas de las tiendas, cerrando las cajas registradoras e hirviendo, picando y friendo, <sup>2</sup> Moshe Kukielka salió con prisas de su almacén. La casa de su familia, en el número 16 de la frondosa calle Klasztorna (Monasterio), era una pequeña estructura de piedra situada a la vuelta de la esquina de una magnífica abadía medieval conocida por su interior turquesa y dorado. Esa noche había más bullicio que de costumbre. A medida que se acercaba la puesta del sol, la luz anaranjada del otoño teñía de rojo los exuberantes valles y las ondulantes colinas de la región de Kielce, el horno de los Kukielka se calentaba, tintineaban las cucharas, silbaba la estufa y, como fondo de las voces en yidis y polaco, se oían las campanas de la iglesia. <sup>3</sup> De pronto irrumpió un sonido nuevo: el primer llanto de un bebé.

Moshe y Leah, al igual que sus tres hijos mayores, eran modernos y al mismo tiempo observaban las normas. Cultivaban la cultura polaca y celebraban las tradiciones judías. Moshe solía darse prisa en ir a casa o a una *shtiebel* (casa de oración) para compartir la comida y las oraciones del *Sabbat*, recorriendo a paso vivo la plaza abierta de la ciudad, con sus hileras de edificios de colores pastel, y cruzándose con comerciantes judíos y campesinos cristianos que vivían y trabajaban puerta con puerta. Esa semana apretó aún más el paso en el frío aire otoñal. Tradicionalmente se encendían velas y el *Sabbat* mismo era recibido como una novia en casa, pero aquel día Moshe tenía un invitado nuevo. Uno aún mejor.

Y entonces llegó y la vio: su tercera hija, que inmediatamente se convirtió en la niña de sus penetrantes ojos. Rivka, en hebreo, un nombre cuyas raíces tienen varios significados, entre ellos «conexión», «unión» e incluso «cautivador». En la Biblia, Rebeca era una de las cuatro matriarcas del pueblo judío. Por supuesto, en esa familia parcialmente asimilada, el bebé también tenía un nombre polaco: Renia. El apellido Kukielka se parece al polaco Kukiel, el de la familia que durante generaciones había regentado la funeraria del barrio. <sup>4</sup> Los judíos a menudo inventaban apellidos añadiendo a uno polaco ya existente un sufijo atractivo como *-ka*. *Kukielka* significa «marioneta».

Era 1924, justo un año después de que la comunidad internacional reconociera por fin la nueva Polonia y quedaran establecidos sus límites tras años de ocupación, partición y fronteras en constante cambio. (Según cuenta un viejo chiste judío, un hombre pregunta si su ciudad se encuentra ahora en territorio polaco o soviético. Le contestan: «Este año estamos en Polonia». «¡Gracias a Dios! —exclama el hombre—. No podría soportar otro invierno ruso.») La economía se mantenía a flote y, aunque la mayoría de los judíos de Jędrzejów vivía por debajo del umbral de la pobreza, Moshe había prosperado como pequeño hombre de negocios con una mercería que vendía botones, telas y artículos de costura. Había sacado adelante a una familia de clase media y la había iniciado en la música y la literatura. En su mesa de *Sabbat*, puesta esa semana por las dos hijas mayores de los Kukielka y otras parientes mientras Leah se ocupaba en algo distinto, <sup>5</sup> se servían los manjares del día que Moshe podía permitirse pagar: <sup>6</sup> licor dulce, pastel de jengibre, hígado picado con cebolla, *cholent* (una sopa de alubias y carne cocida a fuego lento), *kugel* de patatas y fideos dulces, compota de ciruelas y manzanas, y té. El pescado *gefilte* de Leah, que se servía la mayoría de los viernes, se convertiría en el plato favorito de Renia. Esa semana la comida fue, sin duda, especialmente festiva.

En ocasiones, los rasgos de la personalidad se aprecian, de forma inconfundible incluso, en las primeras horas de vida; la psicología se lleva estampada en el alma. Es posible que Moshe supiera cuando abrazó por primera vez a su hija, infundiéndole su gentileza, inteligencia y sagacidad, que su temple la llevaría a emprender viajes que en 1924 uno apenas podía



imaginar. Es posible que supiera entonces que su pequeña Renia, con sus grandes ojos verdes, cabello castaño claro y rostro delicado, su pequeña y cautivadora marioneta, había nacido para actuar.



Jędrzejów era un *shtetl*, palabra yidis que significa «pequeña ciudad» y que en Polonia se utilizaba para referirse a los pueblos de mercado y con una importante población judía.<sup>7</sup> El nacimiento de Renia sumó un judío a los cuatro mil quinientos que había en el pueblo, que constituían casi el 45 por ciento de la población total. (Sus hermanos pequeños, Aaron, Esther y Yaacov, o el pequeño Yankel, pronto sumarían tres más.)<sup>8</sup> La comunidad judía establecida en la década de 1860, fecha en que finalmente se permitió a los judíos asentarse en la región, era en gran medida pobre. La mayoría eran vendedores ambulantes, buhoneros y propietarios de pequeños negocios con tiendas en la plaza del mercado o en los alrededores. El resto eran, sobre todo, artesanos: zapateros, panaderos, carpinteros. Jędrzejów no era tan moderno como Będzin, que colindaba con Alemania y Occidente, pero incluso allí había un reducido número de lugareños judíos de élite que eran médicos, profesionales de servicios médicos de urgencias y maestros; también había un juez judío. Aproximadamente un 10 por ciento de los judíos del pueblo eran ricos y tenían aserraderos, molinos de harina y talleres mecánicos, así como propiedades en la plaza principal.

Como en el resto de Polonia, la cultura judía moderna floreció en la década de 1930 a medida que Renia crecía. En aquella época había en Varsovia la asombrosa cifra de 180 periódicos judíos: 130 en yidis, 25 en hebreo y 25 en polaco.<sup>9</sup> En consecuencia, por la oficina de correos de Jędrzejów pasaban decenas de suscripciones de revistas. La población judía local aumentó. Se abrieron diferentes casas de oración para adaptarse a las distintas ramas del judaísmo. Incluso en esa pequeña ciudad se abrieron tres librerías, una editorial y bibliotecas judías; proliferaron los grupos de teatro y los recitales literarios; los partidos políticos prosperaron.

El padre de Renia estaba comprometido con la educación judía y apoyaba causas benéficas, dando de comer a los pobres, atendiendo a los difuntos por medio de la asociación funeraria *Jevra Kadisha* y siendo

solista del coro. Votaba a los sionistas. Los sionistas religiosos seguían los ideales decimonónicos del escritor Theodor Herzl, y creían que una existencia judía auténtica y abierta solo podía lograrse en una patria como Palestina, donde los judíos eran ciudadanos de primera clase. Polonia podía haber sido su hogar durante siglos, pero era temporal. Moshe soñaba con trasladar algún día a su familia a «la tierra prometida».

Los partidos políticos organizaban conferencias y manifestaciones. Podemos imaginar a Renia acompañando a su querido y barbudo padre a una de las grandes y cada vez más populares reuniones sionistas, como una charla sobre «La lucha por una Palestina judía» que se celebró el 18 de mayo de 1937.<sup>10</sup> Vestida con su traje «marinero» blanco y azul de colegiala polaca, falda plisada y calcetines hasta las rodillas,<sup>11</sup> y siempre amante de los paseos,<sup>12</sup> Renia tomó la mano de Moshe mientras pasaban por delante de las dos nuevas bibliotecas sionistas para dirigirse a la animada reunión, donde cientos de judíos debatían y discutían, exasperados por cuestiones relativas al sentimiento de pertenencia. Si los polacos negociaban su nueva identidad en su patria recién estabilizada, los judíos hacían otro tanto. ¿Cómo encajaban ellos en ese país nuevo, un lugar donde habían vivido de forma continuada durante más de mil años, pero donde nunca se les había considerado realmente polacos? ¿Qué eran primero, polacos o judíos? La cuestión moderna de la identidad de la diáspora se hallaba en un punto álgido, especialmente a raíz del rápido aumento del antisemitismo.



Moshe y Leah Kukielka valoraban mucho la educación. El país vio una afluencia masiva de escuelas judías: escuelas hebreas seculares, escuelas de enseñanza superior yidis, escuelas religiosas de un solo sexo. De los cuatrocientos niños judíos de Jędrzejów, cien estudiaban en una escuela benéfica Talmud Torá, una guardería judía o la filial local de la escuela primaria Beit Yaakov para niñas, donde las alumnas iban con manga larga y medias.<sup>13</sup> Por razones de proximidad, y porque la educación religiosa era cara y a menudo se reservaba solo para los varones, Renia asistió, como muchas niñas judías, a la escuela pública polaca.<sup>14</sup>

No importaba. Fue la primera de su clase de treinta y cinco alumnos. Tenía amigos católicos, sobre todo, y hablaba polaco con fluidez en el patio de la escuela. Sin que ella lo supiera en ese momento, esa inmersión cultural, que incluía su capacidad para bromear en el idioma nacional sin acento judío, fue lo más crucial de su entrenamiento para la Resistencia. Pero, si bien Renia sobresalía y se adaptó, nunca estuvo completamente integrada. En una ceremonia en que la llamaron para otorgarle un premio académico, una compañera de clase le arrojó una caja de lápices a la frente, lo que le dejó una huella permanente, de forma literal. <sup>15</sup> Entonces ¿estaba dentro o fuera? Ella personalmente eludía el escollo de siglos de antigüedad: la cuestión de la «identidad judía polaca».

Desde su fundación, Polonia estaba evolucionando. <sup>16</sup> Con unos límites geográficos en constante cambio, su composición étnica variaba a medida que se incorporaban a sus fronteras nuevas comunidades. Los judíos de la Edad Media emigraron a Polonia porque era un refugio seguro frente a Europa Occidental, donde los perseguían para expulsarlos. Al llegar a esa tierra de tolerancia y oportunidades económicas se sintieron aliviados. El nombre de «Polin», como se llamaba el país en hebreo, se compone de «Po» y «Lin», y significa «Aquí nos quedamos». Polin ofrecía unas relativas libertad y seguridad. Un futuro.

En una moneda de comienzos del siglo XIII , expuesta en el Museo POLIN de Historia de los Judíos Polacos de Varsovia, se ven unas letras hebreas. Los judíos de habla yidis ya constituían una gran minoría, esencial para la economía de Polonia, y trabajaban como banqueros, panaderos y alguaciles. Polonia en sus inicios era una república, su Constitución se ratificó casi al mismo tiempo que la de Estados Unidos. <sup>17</sup> El poder del monarca estaba restringido por un Parlamento elegido por la pequeña nobleza. Entre las comunidades judías y los nobles había acuerdos mutuos: la nobleza protegía a los judíos que se establecían en sus pueblos y les daba autonomía y libertad religiosa; a cambio, los judíos pagaban impuestos elevados y realizaban actividades económicas que estaban prohibidas para los polacos cristianos, como prestar y pedir prestado capital con intereses.

La Confederación de Varsovia de 1573 fue el primer documento que estableció jurídicamente la tolerancia religiosa en Europa. No obstante, por más que los judíos estuvieran oficialmente integrados en la cultura polaca y compartieran filosofías, folklore y estilos de vestir, gastronomía y música, también se sentían diferentes y amenazados. A muchos polacos les molestaba la libertad económica de los judíos. Los judíos subarrendaban pueblos enteros a los nobles, y a los siervos polacos les daba rabia estar bajo el dominio de terratenientes judíos. Algunos líderes religiosos de la comunidad difundieron el odioso y absurdo bulo de que los judíos asesinaban a los cristianos, especialmente a los bebés, para usar su sangre en rituales religiosos. Eso dio pie a ataques contra los judíos, con períodos intermitentes de asesinatos y disturbios a gran escala. La comunidad judía se unió mucho y buscó fuerzas en sus costumbres. Entre los judíos y los polacos había un «tira y afloja», y sus culturas se desarrollaron en mutua dependencia. Tomemos, por ejemplo, la *jalá* trenzada, el pan blando elaborado con huevos, símbolo sagrado del *Sabbat* judío. Este pan es semejante al *chalka* polaco y el *kalach* ucraniano, pero es imposible saber qué versión fue la primera. Las tradiciones se desarrollaron simultáneamente, y las sociedades se entremezclaron, unidas bajo un brillo (agri)dulce.

Sin embargo, a finales del siglo XVIII Polonia se desintegró. Con un Gobierno inestable, el país fue invadido simultáneamente por Prusia, Austria y Rusia, y dividido en tres partes, cada una de ellas gobernada por un ocupante que impuso sus propias costumbres. Los polacos permanecieron unidos por un anhelo nacionalista y mantuvieron su idioma y su literatura. Los judíos polacos cambiaron bajo sus ocupantes: los gobernados por prusianos aprendieron el idioma sajón y se convirtieron en una clase media culta, mientras que los gobernados por austriacos (Galitzia) sufrieron una pobreza terrible. La mayoría de los judíos acabó siendo gobernada por Rusia, un imperio que impuso decretos económicos y religiosos sobre una población que era en gran medida de clase trabajadora. Las fronteras también cambiaron. Por ejemplo, Jędrzejów perteneció

primero a Galitzia y luego pasó a manos de Rusia. Los judíos se pusieron nerviosos, sobre todo por el aspecto económico, ya que las leyes cambiantes afectaban sus medios de vida.

Durante la Primera Guerra Mundial, los tres invasores de Polonia lucharon entre sí en su propio terreno. A pesar de los cientos de miles de vidas perdidas y de una economía diezmada, Polonia salió victoriosa: se estableció la Segunda República. La Polonia unida necesitaba reconstruir sus ciudades y su identidad. El panorama político se dividió, y el anhelo nacionalista consolidado hacía tiempo se expresó de formas contradictorias. Por un lado, estaban los monárquicos nostálgicos que pedían restablecer la nación pluralista de antaño: Polonia como un Estado de naciones. (Cuatro de cada diez ciudadanos del nuevo país formaba parte de una minoría.) El resto, sin embargo, se imaginaba Polonia como un Estado nación, una nación étnica. Creció rápidamente un movimiento nacionalista que abogaba por la raza pura polaca. Toda la plataforma de ese partido estaba interesada en calumniar a los judíos polacos,<sup>18</sup> a quienes culpaba de la pobreza y los problemas políticos del país. Polonia nunca se había recuperado de la Primera Guerra Mundial ni de sus conflictos posteriores con sus vecinos; los judíos fueron acusados de ponerse del lado del enemigo. Este partido de derechas promovió una nueva identidad polaca que se definía específicamente como «no judía». De nada les sirvió llevar generaciones asentados allí, por no hablar de la igualdad formal de derechos. Según la teoría racial nazi que ese partido adoptó atolondradamente, un judío nunca podría ser un polaco.

El Gobierno Central instituyó una ley de descanso en domingo y discriminó a los judíos en las políticas públicas de empleo, pero su liderazgo era inestable. Apenas unos años más tarde, tras el golpe de Estado de 1926, Polonia cayó en manos de Józef Piłsudski, una singular mezcla de monárquico y socialista. El exgeneral y estadista defendió una tierra multiétnica y, aunque no ayudó particularmente a los judíos, ellos se sintieron más seguros bajo su régimen semiautoritario que con el Gobierno representativo.

Sin embargo, Piłsudski tenía muchos adversarios y, tras su muerte en 1935, año en que Renia cumplió once, los nacionalistas de derechas se hicieron fácilmente con el poder. Su Gobierno se opuso a la violencia directa y a los pogromos (que ocurrieron de todos modos), pero alentó los boicots a las empresas judías. La Iglesia condenó el racismo nazi, pero promovió el sentimiento antijudío. En las universidades, los estudiantes polacos defendieron la ideología racial de Hitler. Entraron en vigor las cuotas étnicas, y los estudiantes judíos se vieron arrinconados en «bancos segregados» al fondo de las salas de conferencias. Irónicamente, la educación de los judíos era más tradicionalmente polaca que la de cualquier otro grupo, y muchos de ellos hablaban polaco (en ocasiones exclusivamente) y leían periódicos judíos en polaco.

Incluso en la pequeña ciudad de Jędrzejów se observó durante la década de 1930 un creciente antisemitismo,<sup>19</sup> que iba desde insultos raciales hasta boicots a negocios, destrucción de escaparates e instigación de peleas. Renia pasó muchas tardes mirando por la ventana en actitud vigilante, temiendo que los vándalos antijudíos prendieran fuego a su casa e hicieran daño a sus padres, de quienes siempre se sentía responsable.

El famoso dúo de humoristas yidis Dzigan y Schumacher,<sup>20</sup> que tenían su propia compañía de cabaret en Varsovia, empezaron a investigar el antisemitismo sobre el escenario. En su *sketch* inquietantemente profético «El último judío en Polonia»,<sup>21</sup> retrataban un país que de repente echaba de menos a sus judíos, y entraba en pánico al ver diezmadas su economía y su cultura. A pesar de la creciente intolerancia, o tal vez movidos por la inquietud y la esperanza, los judíos experimentaron una edad de oro de creatividad en la literatura, la poesía, el teatro, la filosofía, la acción social, los estudios religiosos y la educación, y de todo ello disfrutaba la familia Kukielka.

La comunidad judía de Polonia estaba representada por multitud de opiniones políticas, y cada una daba una respuesta a esa crisis xenófoba. Los sionistas habían perdido la paciencia, pues se sentían ciudadanos de segunda, y Renia oía a menudo a su padre hablar de la necesidad de trasladarse a una patria judía donde los judíos pudieran desarrollarse como personas, sin estar vinculados por la clase social o la religión. Dirigidos por

intelectuales carismáticos que defendían el idioma hebreo, los sionistas discrepaban profundamente de los otros partidos. El partido religioso, comprometido con Polonia, defendía una menor discriminación y que los judíos fueran tratados como cualquier otro ciudadano. Muchas personas comunistas, así como de las clases altas, apoyaban la asimilación. Con el tiempo, el partido más grande fue el Bund, un grupo socialista de clase obrera que promovía la cultura judía. <sup>22</sup> Los bundistas eran los más optimistas, y esperaban que los polacos se serenaran y comprendieran que el antisemitismo no iba a resolver los problemas del país. El Bund diaspórico insistía en que Polonia era el hogar de los judíos, y que debían quedarse exactamente donde estaban, seguir hablando yidis y exigir el lugar en la sociedad que les correspondía. El Bund creó unidades de autodefensa con la intención de no moverse de allí. «El lugar donde vivimos, ese es nuestro país.» *Po-lin* .

Luchar o huir. El eterno dilema.



Es probable que, ya en la primera adolescencia, Renia acompañara a su hermana mayor, Sarah, a actividades de grupo juveniles. <sup>23</sup> Nacida en 1915, Sarah era nueve años mayor que Renia y una de sus heroínas. Con sus ojos penetrantes y unos labios delicados en los que siempre se insinuaba una sonrisa, era la intelectual omnisciente, la bienhechora perspicaz cuya autoridad sencillamente se hacía notar. Uno puede imaginarse a las hermanas caminando a buen ritmo una al lado de la otra, pura energía y sentido del deber, las dos vestidas según la moda del momento: boinas, *blazers* entallados, faldas plisadas hasta la espinilla y el cabello corto pulcramente recogido con horquillas. Renia, como amante de la moda, habría ido combinada de la cabeza a los pies, algo que siguió haciendo toda su vida. El estilo de entreguerras en Polonia, influido por el movimiento de emancipación de las mujeres y la moda parisina, dejó de lado las joyas, los encajes y las plumas para centrarse en los cortes simples y la comodidad. El maquillaje era atrevido, con sombra de ojos oscura y barra de labios carmesí, y los peinados y las faldas se acortaron. («¡Se veía el zapato entero!», escribió un escritor satírico de la época.) <sup>24</sup> En una foto de Sarah



tomada en la década de 1930 <sup>25</sup> llevaba unos zapatos de tacón bajo y grueso que le permitían caminar con paso firme, un requisito en esa época en que las mujeres eran muy andariegas y recorrían a pie largas distancias para ir al trabajo o la escuela. Las cabezas sin duda se volvían cuando las hermanas entraban en la sala de reuniones.

En las décadas transcurridas entre las guerras mundiales, el antisemitismo y la pobreza crecientes provocaron en los jóvenes judíos polacos una depresión colectiva. <sup>26</sup> Se sentían distanciados de su país, con un futuro incierto en comparación con el de sus antepasados. No se les permitía unirse a los *boy scouts* polacos por ser judíos, por lo que cien mil se unieron a grupos de jóvenes judíos afiliados a los distintos partidos políticos. <sup>27</sup> Esos grupos les proporcionaban un camino existencial y esperanza para el futuro. Los jóvenes judíos de Jędrzejów participaron en un mundo de movimientos juveniles activos. En algunas fotografías <sup>28</sup> visten de colores oscuros y se hacen pasar por intelectuales serios, con los brazos cruzados; en otras, están de pie al aire libre en campos abiertos con un rastrillo en las manos, los músculos flexionados, bronceados y llenos de vitalidad.

Sarah era sionista como su padre, pero, a diferencia de él, pertenecía a Libertad, un grupo de sionistas laboristas socialistas y seculares. <sup>29</sup> Los sionistas laboristas, que eran personas sobre todo de clase media y de mucho mundo, esperaban una patria en la que vivirían en cooperativas, hablarían en hebreo y tendrían un sentido de pertenencia. Si bien promovían la lectura y el debate, también valoraban mucho la faceta física como una forma de denunciar el mito del judío perezoso e intelectual y de fomentar la acción personal. Dedicarse al trabajo manual y contribuir a los recursos del grupo eran de primordial importancia. Idealizaban el trabajo de la tierra; la autosuficiencia agrícola iba de la mano de la independencia comunitaria y personal.

Había varios grupos juveniles sionistas laboristas —unos más intelectuales o seculares, otros dedicados a la beneficencia, la defensa o el pluralismo—, pero todos aceptaban los valores tradicionales polacos del nacionalismo, el heroísmo y el sacrificio individual, y los enmarcaban en un contexto judío. Libertad estaba centrado en la acción social y únicamente



atraía a miembros de la clase obrera de habla yidis. El grupo abrió campamentos de verano, campos de entrenamiento (*hajshará*) y granjas comunales (kibutz) como una forma de preparar a los jóvenes para emigrar, instruyéndolos en el trabajo arduo y la vida cooperativa, a menudo para consternación de sus padres. Moshe se quejaba de que Libertad era demasiado emancipado e insuficientemente elitista, pero también de que daba prioridad a los «camaradas» sobre la familia biológica, presentando a sus líderes como modelos a seguir, casi como padres sustitutos. A diferencia de los *scouts* u otras organizaciones deportivas, esos movimientos juveniles abarcaban todas las facetas de la vida de sus miembros; eran campos de entrenamiento físico, emocional y espiritual. Los jóvenes se definían a sí mismos en función de su grupo.<sup>30</sup>

Sarah defendía la igualdad social y la justicia, y estaba especialmente interesada en atender a los niños. En el museo Casa de los Combatientes de los Guetos hay varias fotos de ella del año 1937 en un campo de entrenamiento de la ciudad de Poznań, a trescientos veinte kilómetros de Jędrzejów. En una se la ve de pie delante de una estatua, con un traje entallado, cuello alto y un sombrero un poco ladeado; tiene un libro en las manos, y una expresión seria y resuelta. El mundo moderno era suyo para disfrutarlo.

Las mujeres en Polonia desempeñaban roles tanto tradicionales como progresistas, impulsadas por una filosofía educativa positivista y por la Primera Guerra Mundial, que las había empujado a buscar empleo. En la nueva república, la enseñanza primaria era obligatoria incluso para las niñas. Las universidades estaban abiertas a las mujeres. En 1918 se aprobó el sufragio femenino,<sup>31</sup> antes que en la mayoría de los países occidentales.

En Europa occidental, las familias judías eran sobre todo de clase media y estaban regidas por costumbres burguesas más generales que relegaban a las mujeres al ámbito doméstico. Pero en la Europa del Este, la mayoría de los judíos eran pobres y las mujeres trabajaban fuera de casa por necesidad, especialmente en los círculos religiosos, donde se veía con buenos ojos que los hombres estudiaran en lugar de trabajar. Las mujeres judías estaban inmersas en la esfera pública: en 1931, el 44,5 por ciento de la población judía asalariada lo constituían mujeres, aunque ellas ganaban

menos que los hombres. El promedio de edad para casarse se retrasó hasta los veintimuchos o incluso los treinta, en gran parte debido a la pobreza. Eso dio lugar a una disminución de la fertilidad y, en consecuencia, a la incorporación de la mujer al mercado laboral. De hecho, el equilibrio entre la vida personal y el trabajo se parecía hasta cierto punto a las normas modernas de género.

Siglos atrás se había concedido a las mujeres judías «el derecho a saber». <sup>32</sup> A partir de la invención de la imprenta proliferaron los libros en yidis y hebreo para el público femenino; se permitió a las mujeres asistir a los servicios y, en la nueva arquitectura de la sinagoga, había un anexo femenino. Había judías poetas, novelistas, periodistas, comerciantes, abogadas, médicas y dentistas. En las universidades, un porcentaje elevado del alumnado eran jóvenes judías que se matriculaban sobre todo en programas de humanidades y ciencias.

Los partidos sionistas no eran ni mucho menos «feministas» —por ejemplo, las mujeres no ocupaban cargos públicos—, <sup>33</sup> pero en el ámbito de la juventud socialista las mujeres jóvenes disfrutaban de cierto grado de paridad. <sup>34</sup> Un grupo juvenil llamado La Joven Guardia, al que pertenecía el hermano mayor de Renia, Zvi, introdujo la idea de «grupo íntimo», con una estructura de liderazgo doble. Cada sección la dirigían un hombre y una mujer. El «padre» era el responsable del aprendizaje, y la «madre», la que se ocupaba de todo lo emocional; ambos eran igual de poderosos y se complementaban. En este modelo familiar, «sus hijos» eran como hermanos.

Esos grupos estudiaban a Karl Marx y Sigmund Freud, así como a mujeres revolucionarias como Rosa Luxemburgo y Emma Goldman. Defendían explícitamente el debate emocional y el análisis de las relaciones interpersonales. La mayoría de los miembros se hallaba al final de la adolescencia, una edad en que muchas mujeres son más maduras que los hombres y, en consecuencia, se convertían en organizadoras. Las mujeres encabezaban el entrenamiento de defensa personal; se les enseñaba a estar concienciadas desde el punto de vista social, a tener dominio de sí mismas y a ser fuertes. La Unión Pionera (*Hejalutz*), una organización paraguas que aglutinaba a varios grupos juveniles sionistas y promovía la formación

agraria para una vida pionera en Palestina, tenía un plan B de emergencia en caso de que el ejército polaco llamara a los hombres a filas, dejando solo a mujeres a cargo. En innumerables fotos de la década de 1930 aparecen jóvenes de ambos sexos juntos, vestidos igual con abrigos oscuros y cinturones, o con ropa de trabajo y pantalones; como ellos, ellas sostienen en alto las guadañas a modo de trofeos y esgrimen las hoces como espadas, preparándose para una vida de duro trabajo físico.

Sarah era una sionista laborista devota. Bela, la hermana que había entre Renia y ella, se unió también a Libertad, y Zvi hablaba hebreo con fluidez. Renia, que aún no tenía edad para enrolarse, pasó su primera adolescencia absorbiendo el entusiasmo de sus hermanos; uno se la imagina asistiendo a reuniones, juegos deportivos y festividades, la hermanita que los seguía a todas partes con los ojos muy abiertos.

En 1938 Renia tenía catorce años y estaba terminando la escuela primaria. Un reducido grupo de estudiantes judíos asistía al Instituto Coeducacional del distrito de Jędrzejów, pero ella no pudo. A veces culpaba de ello al antisemitismo; otras veces, explicaba que había necesitado ganar dinero en lugar de continuar sus estudios.<sup>35</sup> En muchas memorias de mujeres jóvenes de la época se lee sobre sus ambiciones de ser enfermeras e incluso médicas,<sup>36</sup> pero el entorno más tradicional de Jędrzejów o las apremiantes necesidades económicas de Renia la llevaron a hacer carrera de secretaria. Se apuntó a un curso de taquigrafía con la esperanza de emprender una vida de oficinista. Poco podía saber que pronto aceptaría una clase de trabajo bastante diferente.



Todos los grupos juveniles organizaban actividades de verano. En agosto de 1939 los jóvenes sionistas laboristas se juntaron en campamentos y talleres donde bailaron y cantaron, estudiaron y leyeron, practicaron deportes, durmieron al raso y realizaron innumerables seminarios. Debatieron sobre el reciente Libro Blanco británico por el que se había restringido la inmigración judía a Palestina, y consideraron formas de desplazamiento, desesperados por continuar trabajando por sus ideales colectivos para salvar el mundo. Al finalizar los programas de verano, el 1

de septiembre los jóvenes acababan de volver a sus casas y estaban atravesando un periodo de transición entre la familia elegida y la biológica, el verano y la escuela, el verde y el ocre, la brisa cálida y el frío, el campo y la ciudad.

Por otra parte, aquel fue el día que Hitler invadió Polonia.

## CAPÍTULO 2

### DEL FUEGO A LAS BRASAS

**Renia**

SEPTIEMBRE DE 1939

Los rumores se extendieron como la pólvora. Los nazis estaban incendiando, saqueando, arrancando ojos, cortando lenguas, asesinando a bebés y amputando pechos. Renia no sabía muy bien qué pensar, pero, al igual que todos los que vivían en la ciudad, tenía claro que los alemanes se dirigían a Jędrzejów, y que iban a por los judíos. Sobre las familias se formaron nubes de polvo, tornados de pánico. Nadie sabía adónde ir. Cerraron sus casas a cal y canto. Hicieron las maletas. Una multitud de civiles iba andando con sus hijos de pueblo en pueblo al lado de las columnas de soldados polacos que se batían en retirada. No había trenes.

Junto con muchos de sus vecinos, los Kukielka decidieron encaminarse al este en dirección a Chmielnik, un pueblo igual de pequeño pero al otro lado del río Nida, donde esperaban estar fuera del alcance de los alemanes, y donde creían que el ejército polaco aún se mantenía fuerte. Los Kukielka tenían parientes allí. No se llevaron consigo nada. Uniéndose a la multitud, partieron a pie.

La carretera de casi treinta y cuatro kilómetros estaba llena de cadáveres humanos y de ganado, todos víctimas de los implacables ataques aéreos de los nazis. <sup>1</sup> Los aviones alemanes arrojaban explosivos en todas direcciones. Renia, ahogándose por el olor rancio, a menudo perdía el equilibrio y acababa en el suelo, con las aldeas en llamas de fondo. Enseguida aprendió que era más prudente quedarse quieta mientras caían las bombas; la inmovilidad era un escudo. Otra explosión, y un avión voló bajo y salpicó el aire de balas de ametralladora. Todo lo que ella alcanzó a oír fue su silbido, eso y el llanto de los bebés. Las madres los estrechaban

contra sus cuerpos, pero caían muertas y yacían inertes, dejando a sus hijos supervivientes berreando «al cielo», como describió ella más tarde. <sup>2</sup> Les quedaban un día y una noche de infierno hasta llegar a Chmielnik.

Sin embargo, Renia supo de inmediato que Chmielnik no era un refugio seguro. El pueblo era un montón de escombros del que sacaban a rastras a personas quemadas y medio muertas. Y estas eran las afortunadas. Resultó que los habitantes habían huido a Jędrzejów, esperando estar a salvo allí. «Pero era como saltar de la sartén al fuego.» <sup>3</sup>

En Chmielnik se respiraba un clima de violencia anticipada. Los rumores que llegaban de Jędrzejów eran horriblemente gráficos: los nazis habían tomado el pueblo y disparaban indiscriminadamente, y habían acorralado a diez hombres judíos en la plaza del pueblo, el bullicioso centro de sus vidas, y les habían pegado un tiro. Ese acto era una advertencia para los judíos de la vecindad, pues mostraba lo que les sucedería si desobedecían. Los habitantes de Chmielnik sabían que los siguientes eran ellos.

En ese momento se creía que, como en todas las guerras pasadas, solo estaban en peligro los hombres; las mujeres y los niños quedaban al margen. Muchos judíos, entre ellos el padre de Renia, Moshe, huyeron de la ciudad hacia el río Bug, adonde los soviéticos habían avanzado, y esperaban encontrar protección escondiéndose en el campo. Más tarde Renia escribiría que los gritos de las mujeres al separarse de sus hombres eran simplemente insoportables. Solo podemos imaginar el terror que ella sintió al despedirse de su querido padre, que partía quién sabía adónde o por cuánto tiempo.

Renia oyó decir que los ricos de Chmielnik habían alquilado caballos y huido a Rusia. Las casas se quedaron vacías.

De modo previsible, aunque no por ello menos desagradable, les llegó a ellos la hora. Una noche Renia vio los tanques alemanes a lo lejos. Escribió con orgullo que, de toda la ciudad, únicamente un chico judío había sido lo bastante valiente para enfrentarse a ellos. Salió a todo correr disparando un arma, pero las balas nazis lo acribillaron. En menos de diez minutos, escribió Renia, los nazis se paseaban por la ciudad, entrando en las casas y restaurantes, saqueando comida y cogiendo trapos para lavar sus caballos. Se llevaron lo que quisieron.

Renia atisbó por una rendija de la buhardilla donde su familia y ella estaban escondidas. Vio las calles del barrio iluminadas por el fuego de las casas que ardían. La gente estaba agazapada en desvanes y sótanos; las puertas, cerradas con llave; las ventanas, atrancadas. Renia oyó el incesante traqueteo de una ametralladora, paredes que se derrumbaban, gemidos, gritos. Estiró el cuello para intentar ver algo más: toda una sección de la ciudad estaba envuelta en llamas.

Y entonces ocurrió. Llamaron a su puerta. Era una puerta de hierro, atrancada con barras de hierro, pero eso no detuvo a los soldados alemanes. Rompieron las ventanas. Renia oyó sus pasos cuando entraron en la casa. Su familia retiró sin hacer ruido la escalera de mano por la que se accedía a la buhardilla. <sup>4</sup> Renia contuvo el aliento mientras oía a los alemanes abajo, hurgando por la casa.

Luego, silencio. Los nazis se habían ido.

A diferencia de muchos de sus vecinos, a los que les habían saqueado las casas y cuyos hombres y niños habían sacado al patio para fusilarlos, los Kukielka estaban a salvo. A diferencia de los judíos más ricos de la ciudad, a los que habían encerrado dentro de la gran sinagoga que habían rociado con gasolina e incendiado, y a diferencia de los que habían saltado de los edificios en llamas solo para que los fusilaran en el aire, a la familia de Renia no la descubrieron. Esta vez no.

A las nueve en punto de la mañana siguiente empezaron a abrirse las puertas. Renia salió con cautela para digerir los daños. Una cuarta parte de la población de Chmielnik, ciudad que había sido ochenta por ciento judía, había muerto quemada viva o de un tiro. <sup>5</sup>

Esa fue la primera noche. <sup>6</sup>



En los diez días que Renia tardó en recuperarse del shock, empezó a desvelarse una imagen de su nueva vida. Se prohibió a los judíos sedientos salir a la calle a buscar agua. Los caminos hedían a cadáveres en estado de descomposición. No obstante, a partir de entonces los alemanes prometieron normalidad: dejarían de matar siempre y cuando ellos obedecieran. Reanudaron su vida y su trabajo, pero el hambre ya había

entrado en sus casas. Racionaron el pan, que ahora era una sustancia gris, dura y amarga,<sup>7</sup> y aunque la mayoría de los panaderos era judíos, los nazis siempre empujaban a los judíos al final de las colas. ¡Y pensar que Renia temía esa época del año por su solemnidad!<sup>8</sup> Amante de las alegres fiestas primaverales de la Pascua y el Shavuot, había retrocedido ante la tristeza de las fiestas sagradas de otoño, las súplicas, las confesiones y el ayuno. ¡Lo que daría por una *jalá* de Rosh Hashaná!

Tan pronto como su padre volvió —había llegado con otros hombres a otro pueblo, pero enseguida se habían dado cuenta de que era tan peligroso como Chmielnik—, el clan Kukielka decidió regresar a Jędrzejów. En la caminata de un día hasta su casa, «al igual que vimos por el camino al ejército polaco huir hambriento y harapiento del combate, ahora vemos un ejército alemán arrogante y lleno de orgullo».

«En poco tiempo llegamos a conocer a los alemanes», escribió Renia. Los ocupantes nazis expulsaron y asesinaron a la clase culta judía, y dispararon a grupos de hombres acusados de tener armas. Colocaron una pistola en un gran edificio habitado casi exclusivamente por judíos, y luego, en castigo por estar en posesión de un arma, se llevaron a un hombre de cada piso y ordenaron que todos los judíos de la ciudad se congregaran para presenciar su ejecución. Los nazis dejaron los cuerpos inocentes colgados todo el día de los árboles que había a lo largo de la calle principal, y la pacífica arteria de la ciudad quedó cortada para siempre.



## CAPÍTULO 3

### LA CREACIÓN DEL COMBATE FEMENINO

**Zivia y Frumka**

DICIEMBRE DE 1939

Era Nochevieja, <sup>1</sup> y Zivia Lubetkin se encontraba en el nordeste de Polonia, justo en las afueras de Czyżew, una ciudad ya devastada por los combates. El aire frío le abofeteaba las mejillas. «Un pie delante del otro.» En la oscuridad, subió con dificultad por caminos sinuosos con la nieve hasta el cuello y la barbilla congelada. Cada curva prometía ser la última. Zivia era la única mujer —y la única judía— que había allí. Los estudiantes polacos que estaban siendo conducidos por el mismo contrabandista a través de la frontera soviético-sajona confiaban en que, de ser capturados, los capturaran los alemanes en lugar de los bolcheviques rusos, a los que detestaban. Pero Zivia «temblaba de miedo ante la perspectiva de que la capturaran los nazis». <sup>2</sup> Casi amanecía cuando llegaron sin incidentes a territorio alemán. Zivia volvía a estar en su vieja Polonia.

El sueño de la mayoría de los judíos era huir de la ocupación nazi; Zivia, en cambio, regresaba.

Mientras Renia empezaba a experimentar los horrores de la ocupación alemana en Jędrzejów, en otras partes de Polonia estaba surgiendo una nueva comunidad con ideas innovadoras que, con el tiempo, transformaría su vida. A pesar de la guerra, los movimientos juveniles judíos continuaron. Lejos de disolverse, en septiembre de 1939 los camaradas regresaron fortalecidos de sus refugios de verano, y continuamente se reorganizaban y reformulaban sus cometidos bajo el liderazgo de unos pocos cabecillas, jóvenes apasionados y valientes, muchos de los cuales podrían haber huido con facilidad pero no lo hicieron. Se quedaron o incluso regresaron, y podría decirse que marcaron al resto de los judíos polacos.



Una de esos cabecillas era Zivia, una joven tímida y seria, nacida en 1914 en el seno de una familia religiosa de clase media baja en el pequeño pueblo de Byten, donde la única calle estaba iluminada por farolas de queroseno. Los Lubetkin querían que su hija se adaptara bien en la sociedad polaca y la llevaron a una escuela primaria pública; ella, por su parte, fue la alumna estrella en las clases extraescolares de hebreo, un idioma que aprendió con fluidez. Era inteligente, tenía una memoria privilegiada y, de sus seis hermanos, ella era quien más confianza inspiraba a su padre. En lugar de ir al instituto se puso a trabajar en la tienda de comestibles de este. Pero se sintió atraída por el idealismo de Libertad, y vivía con arreglo a su filosofía igualitaria y a su potente causa. Enseguida empezó a vestir ropa holgada y cazadora de cuero (la indumentaria característica de un socialista), y casi no se la reconocía cuando volvía del kibutz, donde iba en contra de los deseos de sus padres.

Gracias a sus pasiones sionistas y socialistas, a su dominio de sí misma y a su ética de trabajo, Zivia (que significa «gacela» en hebreo) hizo grandes progresos en el movimiento y, a pesar de su timidez y vergüenza, ascendió a cargos de liderazgo. (Su familia solía presionarla para que se relajara; cuando tenían invitados, la obligaban a subirse a una silla de la cocina y dar discursos para practicar. Ella se ponía colorada y apenas podía pronunciar una palabra.) A los veintiún años la pusieron al frente del kibutz en crisis de Kielce, una comunidad llena de «impostores» que querían ir a Israel, pero que no suscribían los principios de Libertad. El éxito de su gestión, obtenido con esfuerzo, fue evidente para todos; también tuvo éxito en el plano sentimental y conoció a su primer novio, Shmuel.

Zivia era estricta con los demás y consigo misma, no tenía miedo a ofender y siempre hablaba con franqueza. Casi nunca exteriorizaba sus emociones ni sus dudas acerca de ella misma. Se la conocía por la facilidad con que resolvía las disputas de los demás, e imponía respeto, incluso en aquellos a los que ponía nerviosos con su honestidad. Todas las noches, cuando finalizaba sus tareas administrativas, se reunía con sus camaradas para trabajar manualmente en la lavandería o en el horno de pan, e insistió en probar también el trabajo de los hombres, como construir líneas

ferroviarias. En una ocasión se enfrentó ella sola a un grupo de gamberros que habían estado burlándose de sus camaradas. Con un palo en la mano los amenazó hasta que echaron a correr. Zivia era «la hermana mayor», responsable de toda la familia.

Al ser ascendida a coordinadora de los programas de entrenamiento del Pionero para toda Polonia, Zivia se mudó a Varsovia con Shmuel. El Libro Blanco británico, que restringía severamente la inmigración judía a Palestina, convirtió su trabajo en un reto aún mayor. Los jóvenes que esperaban emigrar se desmoralizaban mientras hacían tiempo en los kibutz de entrenamiento, pero ella logró mantener programas educativos y presionar para obtener nuevos visados. Su liderazgo la llevó a Suiza en agosto de 1939 como delegada del XXI Congreso Sionista, una reunión de delegados de todo el mundo. Le encantó Ginebra, donde disfrutó paseando por las elegantes calles y contemplando los cuidados jardines, los escaparates y las mujeres sofisticadamente vestidas. «Si algún día decido escribir una novela —dijo—, la titularé *De Byten a Ginebra* .» <sup>3</sup> No obstante, a pesar del encanto de la ciudad, a sus veinticuatro años estaba deseando volver al lado de los niños pobres a los que daba clase y enseñarles el camino para alcanzar la realización personal. Los delegados se dieron cuenta del arduo futuro político que tenían por delante; muchos cabecillas encontraron formas de huir de Europa desde Suiza. A Zivia le dieron un certificado especial que le permitía viajar de inmediato a Palestina y evitar por completo la inminente guerra.

Ella no lo utilizó.

Francia había cerrado sus fronteras, las carreteras estaban bloqueadas y los trenes cambiaron de ruta. No fue fácil para Zivia regresar a Polonia, pero llegó a Varsovia el 30 de agosto, justo a tiempo para el primer día de la campaña de Hitler. En los inicios del caos de la guerra, Zivia viajó para cerrar las granjas del movimiento y los centros de los seminarios. Entró en vigor el plan B del Pionero, y ella y las demás cabecillas se pusieron al frente del movimiento. <sup>4</sup>

Pero, con la retirada inmediata del ejército polaco, ese plan, como tantos que respondían a la realidad política en constante cambio, fue revocado. Zivia y sus camaradas recibieron instrucciones de ir al este, más

allá del río Bug, hacia territorio ruso, la misma dirección en la que había huido la familia de Renia. A lo largo de varios meses los movimientos tuvieron sus bases en ciudades que se encontraban bajo control soviético, donde los jóvenes disfrutaban de relativa libertad. Durante ese periodo de agitación, los grupos se consolidaron como unidades fuertes y organizadas. Zivia se aseguró de que Libertad reafirmaba su compromiso con sus ideales mientras aprendía a manejar nuevas situaciones, como la prohibición cada vez más enérgica de la religión y la actividad judías por parte de los soviéticos. Su nueva habilidad: pasar rápidamente a un nuevo *modus operandi* cuando las circunstancias cambiaban.

Ya en noviembre de 1939 había en la zona soviética docenas de ramas de Libertad activas que continuaban promoviendo sus valores pioneros sionistas y socialistas. De los cuatro cabecillas principales, dos eran mujeres: Zivia, que llevaba la comunicación y la información, y Sheindel Schwartz, que coordinaba la actividad educativa. Sheindel estaba unida sentimentalmente con un tercer dirigente, Yitzhak Zuckerman, a quien se le llegó a conocer por su *nom de guerre* , Antek. <sup>5</sup>

Zivia, que vivía en Kovel, recorrió la zona poniéndose en contacto con los camaradas. «Corríamos de aquí para allá como locos ante el peligro mortal incesante, intentando localizar a miembros remotos y perdidos del movimiento», escribió más tarde. <sup>6</sup> Ayudó a los camaradas a encontrar un medio de subsistencia, pero también se concentró en identificar vías de escape con la intención de llevarlos ilegalmente a Palestina a través de Rumanía. Aunque sus superiores no le permitieron iniciar un movimiento clandestino para llevar a cabo sus objetivos sionistas socialistas, Zivia persistió. «Era imposible para nosotros dejar de establecer un movimiento de jóvenes pioneros.» <sup>7</sup>

Mandó a su novio Shmuel por una de las rutas de escape que había organizado, pero lo capturaron, lo encarcelaron y desapareció. Destrozada, Zivia se guardó para sí sus sentimientos íntimos y se volcó aún más ferozmente en el trabajo.

Estaba muy solicitada. La seria de Frumka, que ya había vuelto a Varsovia para dirigir a los jóvenes de allí, escribió a los cabecillas de Libertad para solicitar el regreso de su querida amiga Zivia, alegando que

era la persona idónea para tratar con el nuevo Gobierno nazi. Todos los altos cargos habían huido de Varsovia, dejando esa ciudad crucial en manos de capitanes de segunda fila que no estaban debidamente preparados para servir de enlace con las autoridades alemanas o con los polacos.

Debido a la creciente amenaza soviética, se esperaba que Zivia se trasladara a Vilna, una ciudad controlada desde hacía poco por Lituania. Ella tuvo la sensación de que Libertad intentaba protegerla y se resistió a ese trato de favor, insistiendo en ir a Varsovia para ayudar a guiar el movimiento,<sup>8</sup> consolar a los jóvenes cuyas vidas se habían sumido en el caos, y promover la educación pionera y los objetivos sionistas laboristas. Como de costumbre, decidió por sí misma y se lanzó de cabeza al fuego.



En la Nochevieja de 1939, Libertad celebró una reunión que duró toda la noche y que fue en parte fiesta, en parte primer encuentro clandestino oficial. «Comimos, bebimos y nos divertimos —escribiría Zivia más tarde—, y entre copas hablamos del movimiento y del rumbo que debía tomar en el futuro.»<sup>9</sup> En el piso de un miembro en Lvov, Zivia se atracó a chocolate, salchichas y pan negro con mantequilla mientras escuchaba a los cabecillas insistir reiteradamente en la importancia de mantener viva la llama sionista, y «defender la humanidad judía» en el área soviética y en la Polonia ocupada por los alemanes.

Esa noche, a pesar de las súplicas de Antek,<sup>10</sup> el cabecilla alto, rubio y apuesto con quien había ido intimando, ella se marchó en dirección a la Polonia ocupada por los nazis, temerosa de lo que encontraría allí y sin tener claro si sería capaz de soportar la vida bajo el nuevo régimen. Le entristecía separarse de amigos con los que había compartido tantos meses turbulentos llenos de peligros y que confiaba en encontrar al final de misiones difíciles. Pero también estaba llena de determinación. «Mientras seguía absorta en esos pensamientos sombríos —declaró más tarde—, el tren se detuvo con gran estruendo en el andén y una multitud se abrió paso hasta los vagones.»<sup>11</sup> Notó manos cálidas, lágrimas cálidas, y luego ella también se fue, alejándose a bandazos de sus camaradas.

Zivia volvió a pasar a territorio nazi siguiendo un plan organizado por Frumka. Soportó largos trayectos en tren y una caminata de toda la noche empapada por la nieve junto con un grupo de estudiantes polacos que intentaba volver a su país. En cuanto estos llegaron a la ciudad fronteriza, la actitud cortés que habían tenido hacia ella cambió. En tierra soviética un compañero judío era una baza, pero en territorio nazi Zivia se convirtió en un ser inferior. En la estación, vieron que un alemán abofeteaba a unos judíos y les decía que no podían estar en la misma sala de espera que los polacos y los arios. El grupo de Zivia se quejó también de su presencia, pero ella no reaccionó. «Apreté los dientes y no me moví ni un centímetro.» Tuvo que desarrollar un nuevo tipo de fortaleza interior: <sup>12</sup> la habilidad de mantener la cabeza alta en la bruma de la degradación. El vagón del tren estaba casi completamente a oscuras (no había alumbrado) y todos se escondieron de los alemanes. Un hombre soltó un suspiro, y Zivia vio a un grupo de polacos atacarlo brutalmente, acusándolo de lanzar «un suspiro judío». Lo echaron del vagón.

Corría el año 1940. Un nuevo año. Una nueva experiencia de ser judío: del orgullo a la humillación. Y una nueva Varsovia, pensó Zivia mientras su tren llegaba a la Estación Central, pasando por delante de los grandes bulevares y las plazas abiertas llenas de palomas.



Los judíos habían llegado relativamente tarde a Varsovia. Las leyes antisemitas habían prohibido que se establecieran allí desde la Edad Media hasta la conquista del emperador francés Napoleón I, a principios del siglo XIX. Los judíos le financiaron las guerras, iniciando la cultura bancaria de la ciudad. A mediados de siglo, ya bajo ocupación rusa, la población judía aumentó, y surgió una pequeña clase de judíos asimilados y «progresistas» en esa verde metrópoli que se extendía a lo largo de ambas orillas del río Vístula, repleta de vendedores ambulantes y tranvías, y coronada por un asombroso castillo medieval.

A partir de 1860, cuando a los judíos de la Zona de Asentamiento, el territorio ruso donde se les había permitido asentarse, se los dejó entrar en la ciudad, la población se disparó. Hacia 1914, los judíos eran una fuerza

predominante en la industria de Varsovia y finalmente obtuvieron autorización para establecerse donde quisieran. La cultura judía (el teatro, la educación, la prensa, el mundo editorial, los partidos políticos) proliferó; la población abarcaba tanto a los urbanitas pobres como a los cosmopolitas ricos. La próspera comunidad estaba simbolizada por su Gran Sinagoga, <sup>13</sup> un grandioso edificio consagrado en 1878. Era la sinagoga más grande del mundo y había sido diseñada por el principal arquitecto de Varsovia con elementos del estilo imperial ruso. No era una casa de oración tradicional, sino que albergaba una congregación de élite, tenía un órgano y un coro, y los sermones se pronunciaban en polaco. El espectacular edificio era un indicador de la prosperidad y la aculturación de los judíos, y de la tolerancia de Polonia.

La Varsovia que Zivia conoció era el epicentro de toda la vida judía antes de la guerra. Cuando los nazis la invadieron, había 375.000 judíos de todas las procedencias, aproximadamente un tercio de la población de la capital, que la consideraban su hogar. <sup>14</sup> (En 2020, en cambio, los judíos representan aproximadamente el 13 por ciento de la población de la ciudad de Nueva York.) <sup>15</sup>

Zivia había estado apenas cuatro meses fuera, pero volvió a un panorama drásticamente dividido: la Varsovia no judía y la judía eran ahora dos territorios diferentes. Ella enseguida se dio cuenta de que en las calles solo había polacos. La legislación antisemita había entrado en vigor justo después de la ocupación y a diario se aprobaban nuevas normas discriminatorias. A los judíos ya no se les permitía trabajar en fábricas cristianas ni desplazarse en tren sin un permiso especial. Solo se veía a unos pocos en las avenidas, con el brazalete blanco que los obligaban a llevar — la «insignia de la vergüenza»—, andando a paso rápido y mirando en todas direcciones para asegurarse de que no los seguían. Zivia se detuvo horrorizada. ¿Cómo iba a acostumbrarse a eso? Luego se preguntó si los judíos llevaban el brazalete en un gesto secreto de desprecio hacia sus opresores. Se aferró a esa idea y dejó que la tranquilizara.

Las calles estaban llenas de automóviles elegantes, carruajes y tranvías rojos. <sup>16</sup> Pero Zivia prefirió caminar a subirse al tranvía. Quería ver de cerca la ciudad dinámica que había dejado atrás; la ciudad que recordaba por las



terrazas de los cafés, los balcones adornados con flores y los parques frondosos llenos de madres, niñeras y cochecitos recargados. Había oído rumores de que la ciudad estaba en ruinas, pero en cuanto dio sus primeros pasos vio que, aparte de algunos edificios bombardeados, las cosas seguían más o menos como antes. Las calles estaban llenas de polacos, todo seguía igual. «Se respiraba un ambiente agradable —recordaría—, como si no hubiera pasado nada.» <sup>17</sup> El único cambio era la irrupción en las calles de convoyes alemanes que dispersaban a la población aterrorizada.

Luego estaba el antiguo barrio judío. Zivia se dirigió directamente a la oficina central del Pionero. Encontró un montón de escombros. Era evidente que allí los tiempos sí habían cambiado. Zivia se estaba adentrando en un mundo nuevo donde los judíos se escondían entre las sombras, temerosos de estar al aire libre, y se pegaban a los edificios para evitar el contacto con algún alemán y cualquier humillación que se les pudiera infligir.

Buscando a judíos de «otro temple», <sup>18</sup> Zivia se dirigió al cuartel general de Libertad, en el número 34 de la calle Dzielna, donde muchos miembros del movimiento habían vivido antes de la guerra. Se trataba de cuatro edificios de tres pisos dispuestos alrededor de un patio y siempre había sido un lugar animado, pero a Zivia le sorprendió la aglomeración de personas, entre las que había cientos de camaradas que habían llegado a Varsovia procedentes de pequeñas ciudades. Ellos, a su vez, se quedaron estupefactos y eufóricos al verla. El hombre a cargo de la intendencia organizó una fiesta improvisada en su honor, declaró «un día de fiesta oficial», y sirvió raciones extra de pan y mermelada. Zivia y Frumka, cariñosamente acurrucadas, hablaron de todo lo que había sucedido desde la invasión de los nazis, lo que se había hecho y, aún más importante, lo que quedaba por hacer.



Es fácil imaginar la alegría de Frumka al ver entrar en el cuartel general a su vieja amiga y camarada de confianza Zivia. Durante varios meses ella había sido una de las principales cabecillas del movimiento



Libertad en Varsovia y, a pesar de todos los nuevos horrores, había ayudado a restablecer Dzielna como un lugar familiar de calidez, esperanza y apasionamiento.

Nacida cerca de la ciudad oriental de Pinsk, que era abrumadoramente judía e intelectual, Frumka Płotnicka tenía veinticinco años, como Zivia, lo que de repente las convertía en los miembros de mayor antigüedad del grupo. Con sus rasgos pronunciados, la frente alta y el pelo liso, Frumka era la segunda de tres hijas de una familia jasídica pobre que seguía a un rabino de Karlin, cuyos valores eran la sencillez y la búsqueda de la perfección. El padre de Frumka se había formado para ser rabino, pero, siguiendo el consejo de su propio rabino, se convirtió en comerciante para mantener a su familia. El negocio familiar era la compraventa de novillos. Por desgracia, no tenía madera de comerciante. No habían podido permitirse darle unos estudios a Frumka, por lo que su hermana mayor, Zlatka, una pensadora inteligente que había destacado en un *gymnasium* (instituto polaco), le daba clases. Zlatka era una comunista que, como su padre, mantenía ocultas sus emociones.

Frumka, en cambio, era como su madre: trabajadora, devota y humilde. Una apasionada sionista socialista, se había unido a Libertad a los diecisiete años y estaba totalmente comprometida, un sacrificio extra para una joven sin recursos cuya familia necesitaba su ayuda. Aunque era una pensadora profundamente analítica, se conducía tímidamente, con actitud circunspecta y taciturna. Tenía dificultades para relacionarse con la gente y mantener las amistades, y durante un tiempo estuvo al margen del movimiento. Sin embargo, a través de la actividad encauzó sus emociones turbulentas y su compasión natural. Se preocupaba por sus camaradas e insistió en que si un miembro caía enfermo debía quedarse en el campo de entrenamiento en lugar de irse a casa; ella organizaba los campamentos, se encargaba de todo (desde los planes de estudio hasta el servicio de comidas) e imponía disciplina a los jóvenes, haciendo trabajar a los perezosos y rechazando los regalos de los agricultores de la zona. En una crisis ella brillaba, pues su brújula moral era inquebrantable.

«En circunstancias corrientes se escondía en un rincón —escribió un emisario de alto rango acerca de ella—, pero en los momentos críticos se mantenía al frente. De pronto demostraba más mérito y virtud que nadie; su fuerza moral y la profundidad de su análisis siempre llevaban a la acción.» Frumka tenía la habilidad única de «combinar sus capacidades para analizar la experiencia de la vida con dulzura, amor y preocupación maternal». <sup>19</sup> Otro amigo explicó: «Su corazón nunca latía al ritmo de las minucias. Parecía estar esperando los grandes momentos en los que podría descargar el amor que había dentro de ella». <sup>20</sup>

Se la solía encontrar envuelta en su abrigo de lana, en un oscuro rincón de la habitación, escuchando. Escuchando de verdad. Memorizaba todos los detalles. En otras ocasiones, se dirigía de forma inesperada a todos los presentes con su «acento mágico»: un yidis literario y sencillo. Un camarada recordaba un discurso espontáneo que pronunció «acerca de los temores de una joven judía que ha descubierto su camino, pero aún no ha hallado paz en su corazón». Atrajo la atención de todos con su simplicidad y franqueza: «Sus mejillas ya ruborizadas enrojecieron aún más». <sup>21</sup> Una amiga escribió sobre el tiempo que habían pasado juntas en el jardín público de Białystok, y mencionó cómo saltaba a través de las flores, fascinada por su belleza. <sup>22</sup>

La barbilla suave le redondeaba los rasgos duros, dejando ver su calidez. Los camaradas apreciaban su serenidad y su apasionamiento, y continuamente le pedían consejo. Al igual que la tímida Zivia, Frumka había sido una introvertida obediente, y ella también había sorprendido a su familia con su liderazgo. <sup>23</sup> Si la sensata y entregada Zivia era la hermana mayor del grupo, Frumka, empática y afable, se convirtió en «*Die Mameh* » (la madre, en yidis).

Después de ascender lentamente en las filas, peldaño a peldaño, y de viajar por todo el país impartiendo seminarios, Frumka se mudó a Varsovia para trabajar con Zivia en la oficina central del Pionero. En el verano de 1939, la actividad proliferó, pero los emisarios de Palestina empezaron a posponer sus visitas, y Frumka asumió responsabilidades de alto rango. Su sueño era mudarse a Eretz Israel, la «tierra que es todo sol». Se suponía que ese verano iba a hacer la *aliyá* (emigrar a Palestina), pero los cabecillas le

pidieron que esperara hasta el otoño. Ella aceptó con docilidad, a pesar de que le abrumaban las ansias y le aterraba no lograrlo nunca. En realidad, no fue un buen otoño.

Al estallar la guerra, Frumka se dirigió al este obedeciendo instrucciones. Pero no era propio de ella huir de una crisis, e inmediatamente pidió permiso a los dirigentes de Libertad para abandonar el área donde vivía su familia y regresar a la Varsovia ocupada por los nazis.<sup>24</sup> Sus camaradas se quedaron atónitos.

Ella fue la primera en regresar. Ahora Zivia también estaba allí.



En un rincón apartado de una habitación tranquila, Frumka le contó a Zivia todo lo que había logrado hacer en Dzielna en los últimos tres meses. La comuna acogía a los jóvenes que huían de sus pueblos; la mayoría de los que vivían allí eran mujeres. Frumka promovió la puesta en marcha de iniciativas de ayuda humanitaria y se hizo famosa en la ciudad por proporcionar alimentos, empleo y consuelo en esos tiempos de hambre, confusión y familias desperdigadas. Pero el espíritu de Libertad había cambiado: ya no se centraba únicamente en su movimiento y en los objetivos de los pioneros, sino que aspiraba a ayudar a las masas de judíos que sufrían. Zivia, que siempre había defendido la igualdad social, se subió inmediatamente a bordo.

Con el apoyo del Comité de Distribución Conjunta estadounidense (JDC por sus siglas en inglés), fundado en 1914 para ayudar a los judíos de todo el mundo, Frumka abrió un comedor público que daba de comer a seiscientos judíos. Creó grupos de estudio, inició colaboraciones con otros movimientos y albergó en cualquier habitación que estuviera disponible a personas que no pertenecían a ningún movimiento. Justo enfrente de la prisión de Pawiak, conocida por su brutalidad, en una zona llena de policías, espías y tiroteos mortales, esa ajetreada cueva de revolucionarios inspiró nuevos pensamientos y acciones. Según una consejera del grupo juvenil Libertad, «los pioneros anhelaban vivir, actuar y hacer realidad sueños. [...] Allí uno no huía de la verdad, pero tampoco hacía las paces con ella. [...] El trabajo destrozaba los cuerpos y arruinaba los espíritus, pero por

la noche, cuando todos nos reuníamos en nuestra casa de Dzielna, no sentíamos ira». <sup>25</sup> Zivia percibió la cálida camaradería y la actitud positiva que llenaban el espacio, gracias a Frumka y a las jóvenes que la rodeaban.

Frumka, que también había estado trabajando fuera de Dzielna, e incluso fuera de Varsovia, veía claramente la necesidad de forjar contactos a gran distancia. Vestida como si no fuera judía, con la cara cubierta con un pañuelo, viajaba a Łódź y a Będzin para obtener información. El kibutz de Libertad en Będzin llevaba una lavandería y servía de centro de actividades, ayudando a los refugiados locales. En Łódź, la comuna estaba dirigida casi en su totalidad por mujeres que se habían negado a huir, entre ellas la hermana de Frumka, Hanzte, así como Rivka Glanz y Leah Pearlstein. Las mujeres cosían para los alemanes, quienes a menudo amenazaban con confiscarles las máquinas. Cada vez, la luchadora y responsable Leah les plantaba cara a los nazis. Siempre ganaba. <sup>26</sup>



Esa primera tarde, Zivia y Frumka, junto con otros dirigentes de Libertad, decidieron concentrarse en buscar rutas de escape para viajar a Palestina de acuerdo con sus objetivos sionistas, así como para obtener ayuda de la comunidad. Para hacer ambas cosas era preciso defender los valores del movimiento y al mismo tiempo mantener fuertes sus kibutz regionales.

Para no quedarse a la zaga de Frumka, Zivia apenas descansó un momento en Dzielna antes de partir para establecer contactos y empezar a presionar en el *Judenrat*.

Al principio los nazis decidieron enfrentar a los judíos entre sí. Con tal fin decretaron que los guetos serían administrados y puestos a punto por los propios judíos, pero no por los *kahals* elegidos, que habían gobernado durante siglos las comunidades judías, sino por consejos controlados por los nazis o *Judenrats*. Cada *Judenrat* llevaba un registro de todos los ciudadanos judíos, emitía partidas de nacimiento y permisos comerciales, recaudaba impuestos, distribuía cartillas de racionamiento, organizaba la mano de obra y los servicios sociales, y supervisaba su propia policía o milicia judía. En Varsovia, esos milicianos, que llevaban gorra y botas, y

usaban porras de goma, eran principalmente hombres de clase media, a menudo jóvenes abogados y licenciados universitarios.<sup>27</sup> Para muchos, incluida Renia, las milicias reclutaban «solo a personas de la peor calaña» que,<sup>28</sup> siguiendo sumisamente las órdenes de la Gestapo, registraban, controlaban y vigilaban a los judíos. Algunos judíos afirmaron que habían ingresado en el *Judenrat* a la fuerza so pena de ser asesinados; al ofrecerse voluntarios, algunos esperaban salvar a su familia (no lo consiguieron) o incluso ayudar a la comunidad en general. Los *Judenrats* como institución eran un instrumento de represión para los judíos, pero la voluntad subjetiva de sus numerosos miembros variaba,<sup>29</sup> y la actitud que adoptaban cambiaba según el gueto. Eran grupos heterogéneos,<sup>30</sup> y sus integrantes iban desde ayudantes heroicos hasta colaboradores nazis.

A diferencia de otros que temían a los *Judenrats*, pues los veían como títeres de la Gestapo,<sup>31</sup> Zivia los acosaba para obtener cartillas de racionamiento extras. Con el pelo sin cepillar y un cigarrillo colgando permanentemente de los labios, como si sus «disgustos se disolvieran en los anillos de humo que exhalaba», se convirtió en parte del mobiliario de los pasillos de las principales organizaciones de la comunidad judía.<sup>32</sup> Pasó días enteros en el número 5 de Tłomackie, sede de la organización Autoayuda Judía, con sus columnas de mármol blanco y sus vestíbulos espaciosos. El edificio, construido en la década de 1920 junto a la Gran Sinagoga, había albergado la Biblioteca Judaica de Varsovia y el primer centro de investigación judío en Europa dedicado a estudios teológicos y seculares. En tiempos de guerra se convirtió en el centro de ayuda mutua judía.

Allí pasaba Zivia las tardes, regateando con los jefes del JDC y las organizaciones de asistencia social, intercambiando información con los dirigentes de grupos juveniles, canjeando publicaciones clandestinas y convenciendo a los judíos ricos para que le prestaran importantes sumas. Ella estaba a cargo del dinero que se enviaba a Varsovia para los grupos juveniles sionistas, y era la destinataria de la correspondencia secreta de las unidades extranjeras. Por la noche trabajaba con sus camaradas en la lavandería. Comía poco y adelgazó tanto que fue motivo de preocupación, y constantemente decía palabras de ánimo a los miembros, escuchaba sus

problemas y, por supuesto, los sacudía con la franqueza de sus charlas. Los jóvenes camaradas adoraban su falta de pretensiones, la rapidez con que tomaba decisiones y sus consejos sinceros.

En un clima de hambre y humillación, Zivia se sintió responsable de alojar y dar de comer a los jóvenes, e hizo todo lo posible para protegerlos de ser secuestrados y enviados a campos de trabajo. En Varsovia, los judíos de doce a sesenta años estaban expuestos a acabar en los campos de trabajos forzados, una situación violenta y abusiva que todos temían. Para obtener mano de obra, los alemanes acordonaban una calle y capturaban a todos los judíos que se encontraban en ella, incluso los que corrían a casa con un pedazo de pan para sus hijos. Los conducían a camiones y se los llevaban a campos donde realizaban trabajos forzados mientras los golpeaban y los mataban de hambre. Zivia intervino en varias ocasiones y liberó a los camaradas capturados, dejando detrás de cada uno de sus movimientos una estela de humo de cigarrillo.

Un proyecto importante que llevó a término fue negociar el restablecimiento y mantenimiento de las granjas de entrenamiento comunales que hasta el momento habían sido ignoradas por los nazis. Durante la guerra, las granjas de Grochów y Czerniaków se convirtieron en importantes lugares de trabajo, dando empleo en campos, jardines y lecherías a jóvenes a los que de otro modo podrían haber secuestrado. También cumplieron la función de centros de educación en los que, además, se impartían clases de canto y baile. Zivia solía viajar mucho en un intento de coordinar las actividades educativas en las regiones, pero disfrutaba sobre todo visitando esos paisajes frondosos donde por la noche podía exhibir sus rasgos judíos y actuar en relativa libertad, y que le servían como vía de escape del hambre, los piojos y las epidemias que proliferaban en Varsovia, por no hablar de los disparos al azar y las torturas diarias.

Más avanzada la guerra, Zivia solía sobornar a un policía judío para que le dejara escalar el muro del gueto y salía por el cementerio. Luego se enfurecía por el tiempo que perdía con esas salidas. Así era como acompañaba también a los emigrantes fuera del gueto: les pasaba dinero en

efectivo en el momento adecuado y a continuación cruzaba la verja con una cartera, como una colegiala segura de sí misma que camina con resolución por la calle, lista para un día de trabajo.

Pero de momento no había un gueto amurallado en Varsovia. A pesar de la desesperación, la confusión y algún que otro episodio de violencia, nadie podría haber imaginado siquiera los encarcelamientos y asesinatos que iban a producirse; el mayor temor de los jóvenes era que hubiera pogromos entre polacos cuando los nazis inevitablemente perdieran y se retiraran. De momento, esos jóvenes judíos eran simples activistas sociales que se dedicaban a transmitir los valores de los pioneros enseñando historia y teoría social. De momento, se afanaban en fortalecer las unidades que pronto pasarían a tener un propósito totalmente diferente y sagrado.



En la primavera de 1940, Zivia volvió a Dzielna y se encontró con la actividad febril de siempre. Y con Antek.

Él también había regresado al territorio ocupado por los nazis. Algunos sospechaban que la había seguido. Controlando sus emociones, ella no escribió nada sobre sus relaciones personales; Antek, por otro lado, recordaba sus primeros encuentros. En una ocasión en que Zivia cayó enferma en Kovel, él salió y caminó por el barro para llevarle pescado y pastel. En lugar de agradecerse efusivamente, ella lo regañó por su aspecto desaliñado. «Me sorprendió su audacia —comentó él—. Hablaba como una esposa.»<sup>33</sup> Meses después la vio pronunciar una conferencia apasionada, golpeando con el puño con entusiasmo, y se enamoró.<sup>34</sup>

Antek se unió a Zivia y a Frumka como dirigentes, y juntos constituyeron el movimiento Libertad en Varsovia y las provincias. A pesar de su «nariz judía» y de su «polaco titubeante»,<sup>35</sup> Frumka mantuvo el contacto entre el cuartel general de Varsovia y las ciudades polacas, ofreciendo apoyo y reclutando miembros nuevos. Viajó cada vez más, para dirigir seminarios y mantener las relaciones del movimiento por todo el país, pero también, según supusieron algunos, para evitar a Antek y a Zivia. Había tomado bastante aprecio a Antek, pero cada vez estaba más claro que el interés de él iba dirigido enteramente a su mejor amiga.<sup>36</sup>

En Dzielna, Zivia (al igual que Frumka, cuando estaba allí, y Antek) animaba el ambiente por las noches compartiendo alguna anécdota del día, una canción tranquila, una breve obra de teatro..., todo detrás de las cortinas corridas. La comunidad sacaba coraje de los episodios heroicos de la historia judía. Leía libros, aprendía hebreo y se enzarzaba en discusiones acaloradas. Conservaba su fe en la compasión y la acción social en un mundo de terror, asesinato e individualismo. Esperaba formar a judíos fuertes que sobrevivieran la guerra (la mayoría, pensaban aún) y se preparaba para un futuro en el que aún creía. Entre sus miembros reinaba un estado de ánimo alegre, un «espíritu de libertad», como lo expresó en una ocasión el célebre poeta Yitzhak Katzenelson, que durante varios meses vivió e impartió clases en Dzielna.

«Zivia» se convirtió en el nombre secreto de todo el movimiento en Polonia. <sup>37</sup>



## CAPÍTULO 4

### VER OTRO AMANECER: EL TERROR EN EL GUETO

**Renia**

ABRIL DE 1940

Si bien es cierto que los horrores del Holocausto se desarrollaron en una serie de pequeños pasos, y que cada uno de ellos supuso una ligera escalada respecto al anterior en el avance hacia el genocidio masivo, el terror del principio de la guerra dividió irreparablemente la vida de Renia en un «antes» y un «después». El empleo de secretaria judicial que había conseguido se esfumó,<sup>1</sup> y sus esperanzas en un futuro se desvanecieron.<sup>2</sup>

En 1940 se aprobó un decreto tras otro en comunidades de toda Polonia, entre ellas la pequeña ciudad de Jędrzejów. Esas normas se proponían señalar, humillar y debilitar a los judíos, además de identificarlos. Los alemanes no distinguían entre un polaco y un judío, por lo que obligaron a Renia y a todos los judíos mayores de diez años a llevar una cinta blanca con una estrella de David azul en el codo. Si la cinta estaba sucia o no tenía el ancho adecuado, se les podía castigar con la muerte. Los judíos tenían que descubrirse la cabeza cuando se cruzaran con un nazi; no podían caminar por la acera. Renia observó asqueada cómo las propiedades judías eran incautadas y regaladas a los *volksdeutsche* : polacos con algún antepasado alemán que pretendían subir de estatus. De la noche a la mañana, escribió, los polacos más pobres se hacían millonarios, y los judíos se convertían en criados en sus propios hogares, y se veían obligados a pagar el alquiler y a enseñar a los *volksdeutsche* a administrar sus antiguas mansiones. Al final estos acabaron echándolos, convirtiéndolos en pordioseros. Ocuparon sus tiendas. Les confiscaron sus pertenencias, especialmente el oro, las pieles, las joyas y los objetos de valor que no

habían logrado esconder en el jardín o debajo de las baldosas sueltas de la cocina. Leah dio su máquina de coser Singer y unos elegantes candelabros a un vecino polaco para que se los guardara.<sup>3</sup> Renia oyó decir que los polacos miraban los escaparates mientras paseaban por la ciudad, fantaseando con lo que podría ser muy pronto suyo.

En abril se creó a la fuerza una «judería», una iniciativa que muchos judíos esperaron que los ayudara a protegerse.<sup>4</sup> A la familia de Renia —con la excepción de Sarah, que ya se había unido a un kibutz de Libertad, y de Zvi, que había huido a Rusia— se le informó de que disponía de dos días para trasladar toda su vida a un barrio situado a pocas manzanas de la plaza principal: un lugar sórdido de pequeños edificios de poca altura y de callejas estrechas que había albergado anteriormente a la chusma de la ciudad. Tuvieron que abandonar los muebles, la casa..., prácticamente todo, excepto una pequeña bolsa y algo de ropa blanca. Hay crónicas<sup>5</sup> que cuentan cómo las madres estuvieron toda la noche levantadas haciendo frenéticamente el equipaje mientras sus hijos corrían de un lado para otro, trasladando todo lo que podían llevar a cuestas o en cestas: ropa, comida, ollas, animales de compañía, jabón, abrigos, zapatos, material de costura y otros medios de subsistencia. Las joyas las llevaban pegadas al cuerpo. Cosieron un brazalete de oro en la manga de un suéter.<sup>6</sup> Hornearon galletas con dinero dentro.<sup>7</sup>

El hacinamiento era insoportable. Un solo piso era ocupado por varias familias, que dormían en el suelo o en literas improvisadas (Renia lo hacía encima de un saco de harina).<sup>8</sup> Podía haber cincuenta personas apretujadas en una pequeña vivienda.<sup>9</sup> Las contadas fotos que hay del gueto muestran a varias familias instaladas en el santuario de una antigua sinagoga: hileras de hermanos durmiendo en la *bema* y debajo de los bancos. Apenas había espacio para estirar los brazos. No había intimidad. A veces tenían la suerte de conocer a alguien que vivía en el gueto y se mudaban a su piso; pero la mayoría tenía que vivir con desconocidos, cuyos hábitos a menudo eran diferentes de los suyos. Judíos de pueblos vecinos y de clases sociales distintas se veían obligados a juntarse, lo que aumentaba la tensión y trastocaba el orden social normal.<sup>10</sup>

Si la gente llevaba muebles, no había espacio para ponerlos. Desmontaban las camas improvisadas durante el día para tener donde lavar y comer; colgaban la ropa en los clavos desnudos que había en las paredes; usaban pequeños barreños para lavarse el cuerpo por partes y la ropa, que ponían a secar sobre los tejados de los vecinos. <sup>11</sup> Fuera se amontonaban las mesas y las sillas. A medida que transcurrían las semanas, la familia de Renia utilizó como leña elementos esenciales de su antigua vida. Artículos básicos ardieron.



En total, los alemanes establecieron más de cuatrocientos guetos en Polonia con el objetivo de diezmar a la población judía por medio de la enfermedad y el hambre, <sup>12</sup> y concentrarla para poder juntarla fácilmente y trasladarla a campos de trabajo y de exterminio. Fue una operación masiva, y cada gueto tenía sus propias reglas e idiosincrasia que dependían de la cultura judía local, el Gobierno local nazi, su paisaje natural y el liderazgo interno. Aun así, muchos elementos de la política de los guetos eran comunes en todo el país, ya fuera en las ciudades remotas como en las aldeas aún más remotas, y entre ellos estaba el encarcelamiento.

Al principio, a los Kukielka se les permitió salir del gueto para ir a trabajar y comprar comida; de modo similar, los polacos podían entrar con pan para intercambiarlo por objetos de valor. Pero, como en todos los guetos, no tardó en cerrarse el acceso. Los judíos solo podían salir con un pase expedido por el *Judenrat*. A partir de 1941 se prohibió tanto a los judíos como a los polacos cruzar los límites del gueto. Una valla limitaba físicamente una parte del área, y un río la otra. Al final, salir suponía nada menos que la ejecución.



Y, sin embargo... <sup>13</sup>

Renia se puso capa tras capa: dos pares de medias y encima un vestido tan grueso como el que usaría una campesina polaca. Esther llevaba dos abrigos y un pañuelo. A tientas, Bela ayudó a sus hermanas a abrocharse la

ropa en la oscuridad antes de ponerse varias camisas en la cintura para hacerse pasar por embarazada. Todas se llenaron los bolsillos de pequeños artículos, tela dentro de tela; un palimpsesto de mercancías y disfraz, todo encima del cuerpo. Renia se recordó que así era como podía ayudar a su madre, a su hermano pequeño, a la familia.

Por un instante, la adolescente se trasladó con la imaginación a una tierra lejana, que en realidad estaba a solo unos kilómetros, y a unos meses atrás, antes de que su vida burguesa se desintegrara, y vio a su madre, una fuerza de la naturaleza, encargándose de todo: cocinar, limpiar, administrar el dinero. Sus vecinos polacos solían dirigirse a Leah con incredulidad. «¿Cómo te las arreglas para vestir a siete niños con tu sueldo y lograr que parezcan ricos?» En yidis, Leah era una *balabasta* : un ama de casa virtuosa que siempre tenía la casa llena de niños educados y buenos, y de sus amigos, y que aun así la mantenía milagrosamente limpia y ordenada. Ella tenía las respuestas listas: «Compro ropa cara porque dura más, y se la pasan. Y a cada niño le compro un par de zapatos hechos a mano de un número más. ¡Espacio para crecer!».

Lo que se llevaba, cómo se llevaba. Ahora las chicas se lo habían puesto todo a la vez como disfraz y forma de buscar sustento. Eran casi las nueve de la noche, <sup>14</sup> hora de irse. Se despidieron rápidamente con un gesto y caminaron juntas por la calle hasta salir del gueto. Renia nunca reveló cómo había salido de ese gueto, pero podría haber sobornado a un guardia, haberse colado entre los listones sueltos de una cerca o una reja, trepado un muro, cruzado un sótano o saltado un tejado. Eran las rutas por las que los contrabandistas, en su mayoría mujeres, entraban y salían de los confines judíos de Polonia.

Como a los hombres judíos a menudo los secuestraban, se quedaban en casa. Eran las mujeres, tanto las pobres como las de alta sociedad, las que conseguían provisiones vendiendo cigarrillos, sujetadores, objetos de arte o incluso su cuerpo. <sup>15</sup> Los niños también lo tenían más fácil para salir a buscar comida. Los guetos dieron pie a toda una sucesión de inversiones de roles. <sup>16</sup>

Las hermanas Kukielka llegaron al pueblo y empezaron a recorrer arriba y abajo las calles. Mientras andaba a paso ligero, Renia recordó cuando iba con su madre a la panadería todos los viernes y escogía galletas de todos los colores y formas. Ahora había cartillas de racionamiento para el pan: cien gramos o un cuarto de una barra pequeña al día. Vender más pan de la cantidad fijada o a un precio mayor que el permitido se pagaba con la muerte.

Renia se acercó a una casa. Cada paso que daba entrañaba riesgo. Nunca se sabía quién podía verla allí de pie. ¿Los polacos? ¿Los alemanes? ¿Los militares? Quienquiera que abriera la puerta podría denunciarla. O pegarle un tiro. O fingir que compraba y luego simplemente no pagar y amenazarla con entregarla a la Gestapo para obtener una recompensa. ¿Qué haría entonces ella? Y pensar que antes trabajaba en el juzgado con abogados y leyes que tenían sentido. Ya no. Noche tras noche salían mujeres del gueto en esas condiciones, muchas de ellas madres, para intentar dar de comer a los suyos.

Otras chicas ayudaban a sus familias sometiéndose a trabajos forzados para ayuntamientos o empresas privadas.<sup>17</sup> Se suponía que todos los judíos de entre catorce y setenta y cinco años trabajaban, pero a veces las niñas que aún no tenían la edad se ponían tacones altos para parecer mayores porque querían comida.<sup>18</sup> A unos los obligaban a dedicarse a la sastrería, la costura y la carpintería; a otros los ponían a trabajar desmantelando casas, reparando carreteras, limpiando calles o descargando bombas de los trenes (que a veces explotaban y los mataban). Aunque las mujeres judías caminaban kilómetros para partir rocas, a menudo abriéndose paso en la nieve fangosa y helada que les llegaba hasta la rodilla, muertas de hambre y con la ropa rasgada, si pedían un descanso las golpeaban sin piedad. La gente ocultaba sus heridas y moría más tarde a causa de las infecciones. Se les congelaban partes del cuerpo. Se les rompían huesos durante las palizas.

«Nadie habla —dijo una joven acerca de sus caminatas al trabajo a las cuatro de la madrugada rodeada de guardias nazis—. Procuro no pisar los talones de la persona que tengo delante, intentando calcular en la oscuridad el ritmo y la longitud de sus zancadas. Atravieso el vaho de su exhalación, el olor a ropa sin lavar y el hedor de las viviendas nocturnas

superpobladas.» <sup>19</sup> Luego estaban los que llegaban tarde a casa magullados, entumecidos y decepcionados por no haber podido conseguir ni una zanahoria para sus familias por culpa de los registros en la puerta del gueto. A pesar de su pavor a las palizas, al día siguiente regresaban a su lugar de trabajo, incluso las madres, dejando que sus hijos se las arreglaran solos. ¿Qué podían hacer si no?

Cuidar a la familia y mantener con vida a los niños judíos —nutrir física y espiritualmente a la próxima generación— era la manera que tenía una madre de resistir en los guetos. A los hombres se los llevaban o huían, pero las mujeres se quedaban para cuidar a sus hijos y, a menudo, a sus padres. Al igual que Leah, muchas estaban acostumbradas a administrar el dinero y a repartir la comida, pero ahora tenían que enfrentarse a la privación extrema. Los cupones de un día, con los que se adquirían alimentos como el pan de maíz amargo hecho de grano, tallos y hojas, algún cereal molido, una pizca de sal y un puñado de patatas, <sup>20</sup> no proporcionaban una nutrición adecuada ni siquiera para completar un desayuno.

Renia advirtió que los que más sufrían eran los pobres, pues no podían permitirse comprar nada en el mercado negro. <sup>21</sup> Una madre haría casi cualquier cosa para no ver morir de hambre a sus hijos, que, como diría ella más tarde, era «la peor muerte posible». <sup>22</sup> Incapaces de satisfacer sus necesidades existenciales más básicas, hurgaban en la basura buscando comida, escondían a sus hijos de la violencia y, más tarde, de las deportaciones (haciéndolos callar, y viéndose a veces obligadas a ahogar ellas mismas a sus bebés cuando lloraban), y combatían las enfermedades lo mejor que podían, sin medicamentos. Las mujeres del gueto, siempre vulnerables a las agresiones sexuales, salían para trabajar o introducir algo clandestinamente, exponiéndose a que las capturasen y dejar a sus hijos solos en el mundo. Otras dieron a sus bebés a polacos para que los cuidaran, a menudo junto con grandes sumas de dinero, y a veces tuvieron que observar de lejos cómo los maltrataban o mentían sobre ellos. Innumerables madres que podrían haber salvado su vida trabajando acabaron yendo a las cámaras de gas con sus hijos pues se negaban a dejarlos morir solos, y los consolaron y abrazaron hasta el último momento.

Cuando todavía estaban los maridos en casa, estallaban a menudo conflictos conyugales.<sup>23</sup> Los hombres, que tal vez llevaban peor el hambre, solían comer todo lo que encontraran. Las mujeres tenían que esconder las raciones. El sexo en cuartos estrechos y entre cuerpos hambrientos no solía ser una opción, lo que no hacía sino aumentar la tensión. Según los registros del gueto de Łódź, muchas parejas solicitaron el divorcio, a pesar de que una persona soltera era más vulnerable a la deportación y la muerte. En muchos casos eran la primera generación en disfrutar de matrimonios por amor en lugar de concertados,<sup>24</sup> pero los vínculos románticos se desintegraron con el hambre crónica, la tortura y el terror.

Las mujeres, que habían sido entrenadas para la vida doméstica,<sup>25</sup> también ponían mucho esmero en despiojarse, lavarse y mantenerse en forma, lo que las ayudaba a sobrevivir emocional y físicamente. Algunas confesaron que habían sufrido más por la falta de higiene que por el hambre.

A pesar de todos los esfuerzos por aguantar, la escasez de alimentos, el hacinamiento, la falta de agua corriente y las pésimas condiciones higiénicas desataron una epidemia de tifus en el gueto de Jędrzejów. Cerraron todas las casas infectadas, y llevaron a los enfermos a un hospital judío que habían montado a propósito para hacer frente a esa enfermedad que se propagaba a través de los piojos. La mayoría de los pacientes fallecieron por falta de tratamiento. En baños públicos especiales desinfectaban los cuerpos y la ropa, que a menudo quedaba inservible. A Renia le llegaron rumores de que los alemanes habían prohibido tratar a los enfermos de tifus y habían dado órdenes de envenenarlos. (Los nazis tenían fama de misofóbicos. En Cracovia, muchos judíos que no estaban infectados se mezclaron en el hospital de los contagiados para salvar su vida.)<sup>26</sup>

La realidad cotidiana era el hambre, la plaga, el hedor de los cuerpos sin lavar, la falta de trabajo y de cualquier rutina diaria, y el miedo constante a que se los llevaran como mano de obra esclava y los golpearan.<sup>27</sup> Los niños jugaban a nazis contra judíos en las calles. Una niña le gritó a su gatito que no saliera del gueto sin sus papeles.<sup>28</sup> No había dinero para comprar velas de Janucá o *jalá* para el *Sabbat*. Incluso a los judíos



acomodados se les acabó el dinero que habían llevado al gueto o el que habían obtenido vendiendo sus pertenencias. Aunque las vendían prácticamente por nada, los precios en el mercado negro eran desorbitados. Una barra de pan en el gueto de Varsovia costaba el equivalente de 60 dólares de hoy. <sup>29</sup>

Ese momento, de pie delante de la puerta, era la oportunidad de Renia; necesitaba desesperadamente fondos. Al igual que muchas mujeres judías en todo el país, ella no se consideraba una persona politizada. No formaba parte de ninguna organización. Y, sin embargo, allí estaba arriesgando su vida. Levantó el puño para llamar; cada golpe era una bala en potencia.

Abrió una mujer, lista para regatear. «Compran felices —pensó Renia—. No tienen nada más en que gastar dinero.» A toda prisa le ofreció una pequeña cantidad de carbón. Renia le pidió algo de dinero, mucho menos de lo que valían los manteles individuales de encaje, que eran un recuerdo de familia.

—Está bien.

Luego Renia se alejó rápidamente, con el corazón en un puño. Se llevó una mano al bolsillo. <sup>30</sup> Unas míseras monedas, pero al menos volvía con algo.



Una mañana llegó la temida llamada a la puerta. La milicia. Una orden. La comunidad judía debía seleccionar a doscientos veinte hombres fuertes y sanos que serían trasladados a un campo de trabajos forzados situado en las afueras de la ciudad. En la lista figuraba el nombre del hermano menor de Renia, Aaron.

Los Kukielka le suplicaron que no fuera, pero él temió que llevasen a término la amenaza que suponía no cumplir la orden: la ejecución de toda su familia. A Renia le ardieron las entrañas mientras observaba su figura alta y rubia desaparecer por la puerta. El grupo de hombres se reunió en la estación de bomberos, donde fueron examinados por médicos y torturados por miembros de la Gestapo, que los obligaron a cantar canciones judías, a bailar danzas judías y a pelearse hasta sangrar mientras ellos se reían.



Cuando llegó el autobús para llevárselos, los hombres de la Gestapo, armados con perros y ametralladoras, golpearon a los rezagados con tanta fuerza que los demás tuvieron que ayudarlos a subir al autobús.

El hermano de Renia más tarde le comentó que había estado seguro de que iban a ejecutarlo, pero vio con sorpresa que lo llevaban a un campo de trabajos forzados cercano a Lvov. Podría haber sido Janowska,<sup>31</sup> un campo de tránsito en el que también había una fábrica donde los judíos eran obligados a trabajar gratuitamente en carpintería de madera y metálica. Los nazis abrieron más de cuarenta mil campos para facilitar el asesinato de «razas indeseables»,<sup>32</sup> y entre ellos había de tránsito, de concentración, de exterminio, de trabajos forzados y combinaciones de unos y otros. Las SS alquilaron algunos de los campos de trabajos forzados a empresas privadas que pagaban una cantidad por esclavo.<sup>33</sup> Como las mujeres costaban menos, las empresas se sentían tentadas de «contratarlas» y ponerlas a trabajar duramente.<sup>34</sup> En los campos de trabajos forzados privados y estatales de toda Polonia, las condiciones eran atroces y los prisioneros morían a causa del hambre, de las palizas constantes, de enfermedades causadas por la insalubridad del entorno y de agotamiento por el exceso de trabajo. En los primeros años de la guerra, los prisioneros de los campos de trabajos forzados se desmoralizaron al verse obligados a realizar tareas humillantes y a menudo inútiles, como partir rocas; con el tiempo aumentó la necesidad de mano de obra para cubrir las demandas del ejército alemán, así como las tareas. El menú diario en un campo consistía en una rebanada de pan y un plato de sopa negra hecha con veza, un cultivo que se daba de comer a los animales y que sabía a pimienta hervida.<sup>35</sup> La posibilidad de acabar en un campo de trabajos forzados aterrorizaba a la juventud judía.

A pesar del colapso social absoluto en que estaba sumido el país, todavía funcionaba la red postal y un día llegó una carta. Renia desdobló las hojas temblando y averiguó que Aaron estaba vivo. Pero los horrores de la vida que llevaba la conmocionaron: dormían en establos sobre paja que nunca cambiaban; trabajaban de sol a sol, pasaban hambre, se congelaban de frío y se alimentaban de bayas silvestres y hierbajos que arrancaban del suelo. Los golpeaban a diario, y sus amigos los llevaban de vuelta a hombros. Por la noche los obligaban a hacer ejercicios físicos y, si no

lograban seguir el ritmo, les esperaba la muerte. Los piojos les mordían la carne. No había lavabos ni retretes. El hedor era mortal. Luego llegó la disentería. Muchos chicos, al darse cuenta de que sus días estaban contados, escaparon; debido a lo reconocible que era su vestimenta en el frío invernal, tuvieron que evitar las ciudades y atravesar bosques y campos. La Gestapo empezó a perseguir a los fugados mientras torturaba a los que se habían quedado.

Renia envió de inmediato paquetes de comida a su hermano. Añadió algo de ropa con dinero cosido en los bolsillos para que se comprara un billete a casa si lograba huir. Todos los días observaba a los fugitivos que regresaban. Era un espectáculo repugnante: todo piel y huesos, cubiertos de úlceras y erupciones cutáneas, la ropa infestada de insectos, las extremidades hinchadas. Los jóvenes de pronto parecían ancianos frágiles. ¿Dónde estaba Aaron?

A muchos judíos los trasladaron a paraderos desconocidos. «Un padre, un hermano, una hermana o una madre —escribió Renia—. En cada familia hay un desaparecido.»

Pero todo puede ser relativo. Como Renia pronto llegaría a saber, el hecho de que solo hubiera «un desaparecido» en la familia era bueno. Incluso «un miembro de la familia vivo» se consideraba suerte.

Comprendió que tendría que forjarse su propia suerte.



Una noche, con el crepúsculo cayendo sobre los desvencijados techos del gueto, llegó un aviso. Cada mensaje, cada nota insignificante, podía cambiarles la vida para siempre; podía hacer añicos cualquier consuelo frágil que habían logrado construir para resistir. Esta vez los Kukielka y las otras trescientas noventa y nueve familias más adineradas del gueto debían abandonar la ciudad. <sup>36</sup> A medianoche.

Renia había visto cómo los ricos intentaban eludir los decretos sobornando al *Judenrat* para que pusiera a trabajadores en su lugar o contratando a otras personas para que hicieran su trabajo. La gente lidiaba con las dificultades de la manera que sabía, jugando con el sistema como siempre había hecho. Pero ahora los juegos no tenían reglas. Los judíos

ricos solo eran respetados por sus conciudadanos judíos; los alemanes los ignoraban. Las familias más ricas también intentaron pagar para evitar esa partida forzada, pero las arcas del *Judenrat* estaban llenas de sobornos anteriores; de hecho, dieron a cada familia adinerada cincuenta eslotis para los gastos del traslado.

Los Kukielka subieron sus posesiones a un trineo frenéticamente y se fueron en mitad de la noche. Hacía mucho frío en Wodzisław, donde los hicieron bajar. Renia dedujo que eso formaba parte del plan de los alemanes: trasladar a los judíos de un pueblo a otro sin más motivo que avergonzarlos y deprimirlos. Tiritaba y, cerrándose bien el abrigo (por suerte todavía tenía uno), observó impotente cómo se les amorataba la piel a los bebés a causa del frío bajo la mirada histérica de sus madres. Los judíos de Wodzisław dejaron que las mujeres entraran con sus bebés medio muertos en los corrales de ovejas que había en sus patios, lo que al menos los protegió de los vientos aullantes.

Al final condujeron a todos los judíos a una gélida sinagoga, de cuyas paredes colgaban carámbanos, y les dieron de comer sopa de un comedor comunitario. Esas personas, que en otro tiempo habían sido las más ricas e influyentes de su comunidad, ahora aceptaron que lo único importante era mantenerse con vida. «Como consecuencia, los alemanes endurecieron los corazones de los judíos —escribió Renia sintiendo cómo también se endurecía el suyo—. Ahora cada uno se preocupaba solo de sí mismo y estaba dispuesto a quitar la comida de la boca de sus hermanos.»<sup>37</sup> Como señaló un superviviente refiriéndose a la insensibilidad que se extendió con el tiempo en el gueto de Varsovia: «Si veías un cadáver en la calle, le quitabas los zapatos».<sup>38</sup>



Como en todos los guetos, los decretos se volvieron cada vez más crueles.

«Un día los alemanes se inventaron una nueva forma de matar a judíos», escribió Renia. ¿Era posible estar más aterrorizado? A pesar de todo, el shock aún no se había desvanecido. Con cada innovación sádica, Renia experimentaba una angustia enfermiza, una percepción más profunda

de la maldad infinita, las innumerables maneras en que sus asesinos podían infligir violencia. «Por la noche venía un autobús lleno de miembros de la Gestapo borrachos.» Llegaban con una lista de treinta nombres, sacaban de sus casas a esos hombres, mujeres y niños, y después de golpearlos les pegaban un tiro. Renia oía los gritos y los disparos, y a la mañana siguiente veía los cuerpos desperdigados en los callejones, ennegrecidos y amoratados por los golpes. Los insoportables lamentos de las familias le partían el corazón. Cada vez se imaginaba que uno de los suyos podía ser el próximo. La comunidad tardaba días en calmarse después de esos incidentes: ¿quién había confeccionado esa lista de nombres? ¿A quién les debía preocupar tener cerca? ¿De qué lado estaban? La gente incluso tenía miedo de hablar.

Así fue como los judíos del gueto llegaron a estar tan ocupados. Su territorio, su piel, hasta sus pensamientos estaban amenazados. Cualquier cosa que hicieran o dijeran, el más pequeño paso o movimiento, podía llevar a su ejecución y la de toda su familia. Cada elemento de su existencia física y espiritual estaba bajo vigilancia. «Nadie podía respirar, toser o llorar sin tener público», como describió una joven que vivía en el gueto. <sup>39</sup> ¿En quién confiar? ¿Quién escuchaba? Si dos viejos amigos querían mantener una conversación franca, tenían que acordar antes un lugar de encuentro y luego caminar juntos como si fueran a hacer un recado. Los judíos polacos temían que hasta sus sueños de alguna manera los traicionaran.

A veces la Gestapo se presentaba en el gueto en mitad de la noche y disparaba a matar. Una noche ejecutaron a todos los miembros del *Judenrat* y a sus familias. Otra noche memorable, varios autobuses de la Gestapo obligaron a los judíos a salir de sus casas, semidesnudos y descalzos, y correr por el mercado nevado mientras ellos los perseguían con porras de goma, o los tuvieron treinta minutos tendidos en la nieve, o hicieron que azotaran a sus compañeros judíos con látigos, o que se tumbaran en el suelo mientras un vehículo militar pasaba por encima de ellos. Los nazis echaron agua sobre las personas congeladas de frío y les ordenaron que se pusieran en posición de firmes. «No sabías si te despertarías con vida a la mañana siguiente.» Esa era la nueva realidad de Renia. ¿Por qué se despertaba?

Empezaron las pesadillas diurnas. El ruido de las ametralladoras resonaba en el bosque. Los nazis daban a los judíos la orden de cavar sus propias tumbas, y los hacían cantar y bailar en las fosas hasta que les pegaban un tiro. Obligaban a otros judíos a enterrar a las víctimas, que a veces seguían vivas. A los judíos ancianos también los hacían cantar y bailar, y les arrancaban los pelos de la barba uno por uno y los abofeteaban hasta que escupían los dientes.

El gueto era una sociedad cerrada —no estaban permitidas las radios—, pero Renia indagó. A cientos de mujeres se las llevaron a paraderos desconocidos y nunca se supo nada más de ellas. Un soldado sincero le reveló que las llevaban al frente para utilizarlas como prostitutas. Allí contraían enfermedades de transmisión sexual y las quemaban vivas o las mataban de un tiro. Ella lo escuchó embelesada cuando él le contó que una vez había visto a cientos de mujeres jóvenes rebelarse. Atacaron a los nazis, les robaron las bayonetas, los hirieron y les sacaron los ojos con ellas, y luego se suicidaron, gritando que a ellas nunca las convertirían en prostitutas. A las que quedaron con vida al final las sometieron y las violaron.

¿Qué debía hacer una quinceañera? Renia se mantuvo vigilante, sabiendo de forma instintiva que debía reunir información y enfrentarse a la verdad. Le llegaban continuamente rumores de otras ciudades. La gente se moría de hambre, y suplicaba peladuras de patatas y otros desperdicios de comida. Los judíos estaban quitándose la vida y matando a sus propios hijos para impedir que cayeran en manos de los alemanes. A remesas enteras, a veces de diez mil judíos, las obligaban a caminar desde el gueto hasta la estación de tren; dejaban las ciudades para dirigirse a lugares desconocidos. Seleccionaban a un grupo y lo llevaban supuestamente a trabajar. Las comunidades judías oyeron hablar de unos pocos escogidos a quienes los alemanes habían dejado vivos, se creía que con la intención de confundir. La mayoría desapareció sin más. «Se pierden como en un abismo», escribió Renia.<sup>40</sup> ¿Adónde iban todos?

El castigo colectivo fue la respuesta nazi. Las SS decretaron la muerte para cualquier polaco que ayudara a un judío. Los judíos del gueto temían que asesinaran a toda su familia en represalia si se fugaban.<sup>41</sup> ¿Debían

quedarse y proteger a su comunidad? ¿O escapar? Luchar o huir.

Las matanzas eran constantes. Se pusieron en marcha los comités de exterminio formados por *volksdeutsche* , «salvajes ucranianos» <sup>42</sup> y «alemanes jóvenes y sanos para quienes la vida humana no significaba nada», como los describió Renia. «Siempre tenían sed de sangre —señaló a los nazis y sus colaboradores—. Estaba en su naturaleza. Como una adicción al alcohol o al opio.» <sup>43</sup> Estos «perros negros» iban con uniformes negros y gorras adornadas con calaveras. Cuando aparecían con su rostro endurecido, ojos saltones y dientes grandes (animales salvajes, listos para lanzarse sobre su presa), todos sabían que ese día ejecutarían a la mitad de la población. En cuanto entraban en el gueto, la gente corría a esconderse.

«Para ellos —escribió Renia— era más fácil matar a una persona que fumar un cigarrillo.» <sup>44</sup>

## CAPÍTULO 5

# EL GUETO DE VARSOVIA: LA EDUCACIÓN Y LA PALABRA

**Hantze y Zivia**

OCTUBRE DE 1940

El día del Yom Kippur de 1940, el comedor del número 34 de la calle Dzielna estaba lleno de camaradas que habían viajado a Varsovia desde las granjas para asistir a una conferencia. <sup>1</sup> Pero todos permanecían en silencio, cautivados por las palabras que estaba pronunciando la hermana pequeña de Frumka, <sup>2</sup> Hantze, con su atractivo característico y dulce voz. <sup>3</sup> Hablaba del orgullo judío: de la importancia de conservar la humanidad.

Con cuatro años menos, Hantze era, en muchos sentidos, lo opuesto a su hermana. Si ella era rubia, Frumka era morena; si impulsiva, la otra reflexiva. La sociabilidad e imaginación de una chocaban con la solemnidad y la naturaleza analítica de la otra. «Nunca he tenido un encuentro más emocionante y conmovedor —escribió más tarde la famosa figura política israelí Rachel Katznelson refiriéndose a Hantze—. Había algo mágico en su risa, en su forma de moverse. Tenía algo cautivador que iba más allá de la simple belleza: franqueza, disposición a aceptar lo que la vida le deparara y optimismo.» <sup>4</sup>

Hantze, una seductora entusiasta a quien todo le resultaba fácil, desde hacer amigos hasta aprender idiomas, había crecido siendo la cabecilla de los niños del barrio, saltando y trepando a los árboles, siempre al frente y generalmente riéndose. Consentida por su padre, Hantze disipaba las tensiones familiares cuando discutían de política después de la comida del *Sabbat* : el padre era religioso; Zlatka, comunista (también era la profesora de Hantze); y su hermano Elyahu, sionista. Frumka se callaba sus



opiniones, pero Hantze intervenía con bromas. Solían referirse a ellas como «Hantze y Frumka», por este orden. Cada vez que entraban juntas en una habitación, la vitalidad de la hermana pequeña acaparaba toda la atención.

Cuando Hantze tenía apenas catorce años era tan prodigiosamente madura que, antes de partir hacia Palestina, Elyahu la llevó a Libertad. A pesar de su alegría infantil, la joven dio muestras de una gran profundidad intelectual y un deseo de afrontar retos; y sorprendió a sus camaradas con su gusto estético refinado y su afición a la poesía.<sup>5</sup> Se convirtió en una miembro activa y, con el dinero que le enviaba su hermano, participó en seminarios y actos, aunque no siempre de buen grado. En una carta escrita desde un campo de entrenamiento, Hantze confesaba sentirse sola y molesta por cómo las chicas hablaban de ella cuando creían que dormía («Está loca... pero es guapa»). Tenía sentimientos encontrados acerca de ser objeto de atención de los chicos, y no estaba segura de su posible idilio con un tal Yitzhak: «Prometió editar mi libro de poemas y estoy masacrando sus cuentos».<sup>6</sup> La relación de las hermanas estaba llena de afecto y conflicto. Se adoraban, pero a Hantze a veces le agobiaba que Frumka se preocupara tanto por ella. Vivir juntas podía resultar difícil: a Frumka le encantaba la soledad; a Hantze, el «bullicio, la gente, la vida».<sup>7</sup>

Durante las primeras semanas de la guerra, Libertad envió a Hantze al este de Lvov para reforzar la actividad del movimiento. Ella inspiró a todos con su energía, les recordó lo afortunados que eran por estar en el lado soviético y, en general, les elevó la moral. En Pinsk fue a ver a sus padres para darles la drástica noticia. «Nunca olvidaré el momento en que Hantze les dijo a sus padres que había decidido regresar a la parte nazi de Polonia —escribió un amigo—. De repente la casa se quedó en silencio. Un mundo se rompió en pedazos y se petrificó. Sus padres no movieron ni un músculo de la cara mientras ella les comunicaba su difícil decisión. Tras un silencio terrible, su padre reaccionó y dijo: “*Nu* , hijita, si crees que debes irte, ve con la ayuda de Dios”».<sup>8</sup> Por supuesto que era necesario que fuera. Cuando fracasó su primer intento de pasar furtivamente la frontera (se congeló de frío al sumergirse en el río helado que se suponía que debía cruzar), insistió en volver a intentarlo.



Ese día, el más sagrado del año judío, en el comedor de la sede de Libertad en Varsovia, lejos de su ciudad natal, Hantze —que iba con las trenzas de siempre, un pañuelo alrededor de la cabeza y una blusa de flores con las mangas cortas y vuelo— estaba hablando de la dignidad cuando su hermana Frumka irrumpió por las puertas.

Comunicó la noticia: iban a cerrar el barrio judío. Perderían los vínculos con el mundo exterior, con el trabajo, con los otros grupos, con las tiendas de comestibles, con todo. Los miembros estaban al corriente de lo que sucedía en los guetos de las provincias, pero no habían creído que eso llegara a Varsovia, una capital europea. Zivia y Frumka sabían que el movimiento tendría que reencauzar sus recursos, reorganizarse y volver a entrenarse. Una vez más, un nuevo giro.



Al cerrarse las puertas del gueto, confinando a más de cuatrocientos mil judíos en una pequeña área rodeada de muros altos y gruesos cubiertos con vidrios rotos,<sup>9</sup> la insistencia de Libertad en la ayuda económica, la educación y la actividad cultural, lejos de disminuir, aumentó. Zivia creía que así era como mantendrían el ánimo y resistirían la ocupación alemana.

El movimiento Libertad no era el único. Muchas organizaciones promovieron actividades culturales y de ayuda. Miles de judíos arriesgaron su vida para actuar en espectáculos, ya fueran aficionados o profesionales, yidis o polacos, actuaciones ensayadas o concursos. Organizaron representaciones satíricas en cafés y actuaciones educativas en teatros. Los actores participaron en espectáculos secretos en sótanos para ganar dinero extra. En el gueto de Varsovia había un «Broadway» que consistía en treinta salas de espectáculos en una sola calle.<sup>10</sup> El Bund también organizó conciertos.<sup>11</sup> Abrieron siete comedores benéficos y dos salones de té, y fundaron un sistema escolar a gran escala, campamentos de día, organizaciones deportivas, una facultad de medicina clandestina, actos literarios y la Cruz Roja Socialista. Como las reuniones políticas eran ilegales, los comedores públicos servían de lugar de encuentro clandestino.

Para Libertad, la educación era una prioridad. <sup>13</sup> A pesar de la oposición del *Judenrat*, entre 1940 y 1941 se organizaron tres grandes seminarios en la calle Dzielna. Al primero asistieron cincuenta personas procedentes de veintitrés filiales de toda Polonia, y lumbreras como el poeta Yitzhak Katzenelson, el historiador y activista social Emanuel Ringelblum, y los educadores Janusz Korczak y Stefa Wilczyńska, todos ellos amigos de Zivia de los pasillos del *Judenrat*. Durante seis semanas, los asistentes estudiaron y reflexionaron sobre el futuro. El programa cultural continuo de Dzielna ofrecía talleres bíblicos, recitales literarios, charlas de ciencias y un grupo de teatro.

Con todas las escuelas judías cerradas a cal y canto, a Zivia le preocupó que los niños del gueto se volvieran holgazanes y zafios. En respuesta, Libertad abrió escuelas primarias y secundarias clandestinas a las que asistían ciento veinte alumnos, entre ellos Hantze, que era la mayor. Trece profesores trabajaban sin material, ni aulas permanentes ni sueldos garantizados, impartiendo asignaturas seculares y judías. Iban de piso en piso, abarrotando las pequeñas habitaciones donde familias enteras se veían obligadas a vivir. Los profesores estaban hambrientos, y tenían las piernas deformes por el frío del invierno, pero aun así daban clase de estudios bíblicos, biología, matemáticas, literatura universal, lengua polaca y psicología. Enseñaban «a pensar» a unos estudiantes que tiritaban con el estómago hinchado por el hambre. El poeta Katzenelson instaba a sus alumnos a amar su patrimonio cultural; la casa entera se ponía a cantar. Esos «institutos móviles», que hasta ponían exámenes, existieron durante dos años. Fueron un semillero de futuros combatientes clandestinos. <sup>14</sup>

Los niños también eran una prioridad. Dzielna ofreció un curso de formación sobre el cuidado de los niños, y especialistas en parvularios y guarderías dirigían un centro de cuidado infantil. Los orfanatos, anteriormente supervisados por el Gobierno polaco, habían caído en el abandono, por lo que las chicas de Libertad reunieron ropa y material para escribir, y enseñaban a los niños obras de teatro, cuentos y canciones populares, y les organizaban fiestas de temporada. Muchos niños del gueto

vivían en la calle de trueques o mendigando pan. Zivia, Antek y personas de otros grupos montaron un «comedor infantil» para alimentarlos y enseñarles a leer y a escribir en hebreo y yidis.

«Intentamos con todas nuestras fuerzas devolverles parte de su bonita infancia con unas pocas risas y bromas —escribió una compañera—. Cuando se presentaban los inspectores alemanes, ellos... comían y nada más. Los niños de once y doce años aprendieron a esconderse como los adultos, y se conducían de una manera que no era propia de su edad.» <sup>15</sup> El coro y los grupos de teatro de Libertad atraieron a miles de judíos que buscaban algo que los sostuviera espiritualmente.

La dirección de Dzielna era muy conocida en las calles judías. La comunidad de Libertad, dirigida sobre todo por mujeres, afirmaba tener más de mil miembros. Los camaradas pasaban horas con los niños, cantando o llevándolos a pasear y a jugar en los campos, es decir, las ruinas que quedaban en pie entre los muros. Los judíos de edad avanzada se paraban a mirar cómo los niños se divertían: un rayo de esperanza.



Para todo ese proyecto educativo, Libertad necesitaba libros.

Una parte fundamental de la Resistencia de los primeros tiempos se realizó en el ámbito literario. Los alemanes ocupantes prohibieron y quemaron volúmenes en yidis y hebreo, así como títulos de escritores y opositores políticos judíos. Huelga decir que las publicaciones antinazis estaban vetadas y ser sorprendido con una comportaba la cárcel o la muerte. Llevar un diario y «reunir pruebas» contra los nazis era igual de punible. <sup>16</sup> Los judíos, conocidos desde hace mucho como el pueblo del libro, resistieron escribiendo: para difundir información, documentar y dar rienda suelta a la expresión personal. Como lectores, se rebelaron rescatando historias.

Como no se publicaban libros nuevos, y la mayoría de los viejos ya no eran accesibles, Libertad montó su propia editorial. <sup>17</sup> Su primera publicación, impresa en ciclostil, fue una antología literaria histórica llena de relatos de sufrimiento y heroísmo judíos; querían ofrecer a los jóvenes ejemplos inspiradores de coraje hebreo. Varios cientos de ejemplares

llegaron clandestinamente a las filiales de todo el país. También publicaron manuales educativos, así como la obra teatral bíblica de Katzenelson *Job*, que produjo su grupo de teatro. Mientras Antek hacía copias, los niños del movimiento cantaban a voz en grito para encubrir el ruido de la máquina.

Ante el bloqueo informativo impuesto por los nazis, la comunicación era de vital importancia. Los judíos de todas las facciones imprimieron publicaciones clandestinas para distribuir las por todo el país, informando acerca de los guetos y los campos. Libertad lanzó un periódico clandestino en polaco y yidis en el que se debatía sobre los temas de actualidad; más tarde, sus miembros publicaron un semanario en yidis con las noticias que escuchaban en su radio secreta.<sup>18</sup> Según el historiador Emanuel Ringelblum, «las publicaciones políticas surgían como setas después de la lluvia. Si publicas tu periódico una vez al mes, yo publicaré el mío dos». <sup>19</sup> En total se imprimían en secreto unas setenta publicaciones periódicas que ofrecían debate político, obras literarias y noticias de fuera del gueto en polaco, hebreo y yidis, utilizando ciclostiles Gestetner y cualquier papel que pudieran conseguir. Aunque las tiradas eran reducidas, cada ejemplar lo leían múltiples personas.<sup>20</sup>

La lectura era una vía de escape y una fuente de conocimientos básicos; rescatar libros era un acto de salvación cultural y personal. A raíz de la prohibición de las bibliotecas, un miembro del movimiento propuso la creación de su propia versión de biblioteca por catálogo en Varsovia: «Si no nos dejan juntar los libros en una habitación, haremos una lista de todos los que hay en cada casa y los pondremos a disposición de todos los residentes». <sup>21</sup>

Otros muchos en toda Polonia la siguieron y organizaron bibliotecas caseras secretas. <sup>22</sup> Henia Reinhartz, <sup>23</sup> una joven bundista del gueto de Łódź, explicó cómo un grupo de bundistas había rescatado montones de libros de la biblioteca yidis de la ciudad y los había llevado al piso de su familia. Junto con su hermana y varios amigos, ella clasificó los volúmenes y construyó estantes para guardarlos. «Nuestra cocina se convirtió así en la biblioteca del gueto —contaría más tarde—. Era una biblioteca clandestina, lo que significa que la manteníamos en secreto para que ni la administración del gueto ni los alemanes supieran de su existencia.» La

pasión de Henia por la lectura se originó en el gueto. «Leer significaba escapar a otro mundo —escribió—, vivir la vida de los héroes y heroínas, compartir sus alegrías y sus penas, las alegrías y las penas de una vida normal en un mundo normal tan diferente al nuestro, lleno de miedo y hambre.» Leyó *Lo que el viento se llevó* en polaco mientras se escondía de una deportación.

Con tantas personas sin trabajar ni ir a la escuela atrapadas en espacios reducidos, hambrientas, apáticas, aisladas y aburridas, la escritura se convirtió en un pasatiempo cómodo y común. Los judíos escribieron crónicas personales para conservar su humanidad y un sentido de protagonismo sobre su vida. La escritura autobiográfica plasma el desarrollo interno; la introspección valida la identidad y fortalece la individualidad. <sup>24</sup> Como en el famoso caso del diario de Anne Frank, o el menos famoso de Rutka Laskier, una adolescente afincada en Będzin, las mujeres judías exploraron sus percepciones cambiantes y su sexualidad, sus miedos y sus análisis sociales, sus frustraciones con sus pretendientes y sus madres. Anne y Rutka, como otras muchas mujeres, tenían una buena educación; creían en un humanismo liberal que fue destruido. La escritura les proporcionó una sensación de control sobre su destino, una forma de refutar la aterradora decadencia social y preservar la fe y el orden. Al escribir buscaron un significado en medio de una brutalidad sin sentido, intentaron hallar una manera de reparar su mundo desmoronado. <sup>25</sup>

A pocas manzanas de Dzielna, Emanuel Ringelblum se reunía todos los sábados con el grupo Óneg Shabat, un colectivo de intelectuales, rabinos y trabajadores sociales que, sintiéndose responsables ante el pueblo judío, se habían visto impulsados a dar testimonio y escribir una crónica de la guerra desde una perspectiva judía. Los nazis habían documentado incansablemente a los judíos polacos a través de fotografías y películas. El Óneg Shabat estaba resuelto a evitar que la versión sesgada de los hechos que estas mostraban fuera la única. <sup>26</sup> Sus miembros compilaron un gran archivo de material para las generaciones futuras, con objetos y escritos sobre la vida en el gueto de Varsovia que luego enterraron en latas de leche. Entre lo que ha sobrevivido hay un boceto a lápiz de una niña dormida que dibujó su madre, la pintora Gela Seksztajn. La representación íntima de una

niña morena acurrucada de lado sobre su brazo muestra un momento de calma insólito. «No pido elogios —se leía en el testimonio de la artista—, solo pretendo que a mi hija y a mí se nos recuerde. Esta niña talentosa se llama Margolit Lichtensztajn.» <sup>27</sup>



Las condiciones en el gueto de Varsovia se deterioraban a marchas forzadas. «La gran aglomeración, la soledad, la preocupación atormentada por lograr un modo de subsistencia —escribió una camarada—. Los judíos sacaban todo eso a las calles. Caminaban en grupos, hablaban sin reservas.» <sup>28</sup> La mayoría de los edificios se prolongaban por la parte trasera en un laberinto de unidades familiares (los más ricos vivían en los pisos que daban a la calle, con buena luz). Los patios interiores servían de lugar de encuentro e incluso albergaban organizaciones comunales. A pesar del fuerte impulso social, prevalecían el hambre, la enfermedad y el terror. Las enfermedades proliferaban y las calles estaban cubiertas de cadáveres. Cerraron empresas judías y era difícil conseguir trabajo. Los vientres hinchados y las desesperadas peticiones de comida eran un telón de fondo constante. A Zivia le atormentaban los gritos de los niños mendigando pan que se oían durante toda la noche. <sup>29</sup>

Frumka y ella se volcaron aún más en fortalecer el espíritu de los judíos y siguieron dirigiendo su comedor benéfico. Los camaradas compartían sus escasas raciones de sopa con cada miembro nuevo y dejaban una larga hilera de platos con las sobras de su almuerzo. Pero, al cabo de un tiempo, su propia hambre se hizo demasiado acuciante y abandonaron esa costumbre.

Muchas mujeres judías se dedicaron a guiar y ayudar a su gente en Varsovia. <sup>30</sup> Casi dos mil «comités internos» brindaban atención médica y actividades culturales, casi todas organizadas por mujeres voluntarias. <sup>31</sup> Rachel Auerbach, una eminente periodista, novelista y licenciada en filosofía miembro de Óneg Shabat, dirigía un comedor benéfico. <sup>32</sup> Paula Alster, a quien con su «apariencia griega y su gran aplomo» <sup>33</sup> la habían detenido por su labor política ya en la secundaria, <sup>34</sup> dirigía otro comedor que se convirtió en un centro de actividades clandestinas. Basia Berman,

una educadora apasionada, fundó de la nada una biblioteca infantil.<sup>35</sup> Las bundistas Manya Wasser y la cabecilla clandestina Sonya Novogrodsky llevaban un taller en el que convertían la ropa desechada en prendas para los niños de la calle, a quienes también daban de comer y brindaban atención médica.<sup>36</sup> Shayndl Hechtkop,<sup>37</sup> licenciada con matrícula de honor por la Facultad de Derecho de la Universidad de Varsovia y miembro activo de Libertad, dirigía la biblioteca Peretz, llevaba un comedor benéfico y organizaba conferencias académicas. Cuando los nazis la capturaron, el movimiento lo arregló para liberarla, pero ella se negó a separarse de su madre.



Al empeorar la situación en Varsovia a lo largo del año, la labor de Libertad continuó fuera de la ciudad. Los movimientos colaboraron y crearon en todo el país programas para los jóvenes que vivían con miedo y en la inactividad. Zivia salía con frecuencia de Varsovia para coordinar grupos de alumnos y se reunía con los activistas locales en las estaciones de tren para ahorrar tiempo.<sup>38</sup> Para ella era importante establecer líneas de comunicación que traspasaran los muros del gueto, una prioridad visionaria que no tardaría en dar sus frutos.

Con tal fin envió a camaradas de Varsovia a los pueblos; era de esas misiones atrevidas en las que Frumka se había embarcado desde el principio. Esas mensajeras —jóvenes que, por lo general, tenían aspecto ario— se ponían en contacto con los lugareños, que les indicaban y les daban instrucciones para crear «cincos»,<sup>39</sup> como llamaban a los grupos de cinco personas que realizaban trabajo pionero. Chana Gelbard fue una de las primeras.<sup>40</sup> Para su cometido inicial, Zivia le dio documentos polacos falsos. Ella se hizo pasar por una comerciante ambulante cuando, en realidad, distribuía literatura del movimiento. En aquel momento, era difícil viajar en tren incluso para los polacos, y Chana se desplazaba en carro, con suma cautela y recelando de todos, incluso de sus compañeros judíos. Cada vez que recibía una instrucción del mando central, trataba de asegurarse por



todos los medios de que hablaba con la persona adecuada, y de que esa persona no le tendía ninguna trampa ni la tomaba por una infiltrada de la Gestapo. La interrogaba antes de entregarle algo.

Las chicas eran bien recibidas, sobre todo cuando llevaban palabras esperanzadoras acerca de la actividad del movimiento. En su segunda misión fuera de Varsovia, Chana viajó con una maleta llena de libros prohibidos: capítulos de la historia judía, literatura de clase obrera y de fiestas nacionales. «Era peligroso viajar con ese material», contó, pero estaba resuelta a difundirlo. En un viaje no reunió uno, sino dos cincos. Los diez camaradas estaban sentados en una casa de madera, en la oscuridad, y ella les habló de la actividad de Libertad, haciendo hincapié en que no todo había sido destruido y en que debían sacar fuerzas de su historia. Los jóvenes la escucharon con la respiración contenida; más tarde se desperdigaron, cada uno a su rincón y a sus preocupaciones, pero llenos de renovado coraje. Las valiosas palabras de Chana les habían proporcionado alivio además de información, ayudándolos a sentirse «fuertes ante los nubarrones en estos tiempos tormentosos».

Estas jóvenes, conocidas como «las chicas de Zivia», <sup>41</sup> estaban cumpliendo una función que pronto se convertiría en una de las más importantes de la Resistencia, si no la más. <sup>42</sup>



## CAPÍTULO 6

# EL PASO A LA ACCIÓN: LA CREACIÓN DE LA ŻOB

**Tosia, Zivia y Vladka**

DICIEMBRE DE 1941

Vilna, 1941. Una nieve propia de diciembre, ligera y esponjosa, se arremolinaba en el viento. Seis meses después, la máquina de guerra nazi había avanzado con gran estruendo hacia el este, tomando el control de la región. Las ciudades a las que Zivia y los jóvenes habían huido en 1939, donde llevaban a cabo acciones sionistas y bundistas bajo el dominio soviético y lituano, ya no eran seguras. Antes de 1941, los judíos todavía tenían empleos, disfrutaban de una libertad de movimientos relativa y recibían educación. (De hecho, muchas mujeres hablaron agradecidas de la formación superior que habían obtenido bajo los rusos.) Todo eso se interrumpió bruscamente. Las condiciones de los guetos, las leyes antijudías y la tortura se impusieron de inmediato, y la vida de los judíos se sumió en la oscuridad, en el abismo.

Sin embargo, una pequeña ocupación nazi no iba a detener a Tosia Altman.<sup>1</sup> Como mucho, esa era una de sus misiones más peliagudas.

La jefa de La Joven Guardia, de veintitrés años, llegó a Vilna con sus gruesos tirabuzones dorados salpicados de copos de nieve rebotando con el brío de sus pasos. Para llegar al pequeño gueto, situado en la antigua judería, pasó junto al formidable río Neris, los parques nevados y los edificios medievales contruidos a lo largo de calles empedradas, y las bibliotecas judías, las sinagogas, las *yeshivas* y los archivos que habían florecido en esa ciudad, un centro polaco centenario de poesía yidis, erudición rabínica e intelecto. Tosia también había huido a Vilna al comienzo de la guerra, por lo que conocía la ciudad. Había pasado la mayor

parte de los últimos dos años viajando sin descanso por toda la Polonia gobernada por los nazis, y su itinerario era como un garabato disparatado que no dejaba ver el número de viajes. Tratar con los alemanes de Vilna solo era otra tarea diaria más.

Tosia había sido dirigente de La Joven Guardia mucho antes de la guerra y, como Zivia y Frumka, era una figura clave de su plan B. Nacida en una familia acomodada, culta y amorosa, la bulliciosa Tosia creció en Włocławek, una pequeña ciudad del centro de Polonia donde había estudiado el astrónomo Nicolás Copérnico y donde, siglos después, abrió su propia relojería su padre. Este era sionista y estaba muy involucrado en la comunidad. Tosia también participó de forma activa en el movimiento, y su curiosidad, su sociabilidad y su deseo de estar en el centro de la acción confluyeron para que ascendiera rápidamente de rango. Su *aliyá* a Palestina se truncó cuando la nombraron directora de educación juvenil de La Joven Guardia en Varsovia. Envidiaba a sus amigos que ahora vivían en la tierra prometida, donde sin duda llevaban una vida de acción. A sus colegas polacos algo mayores que ella los veía un poco demasiado serios. Sin embargo, con el tiempo conectó con ellos.

Tosia era considerada el prototipo de polaca moderna. Era una «chica glamurosa» —una joven culta y elocuente que vestía ropa deportiva— y una «pícaro» con muchos novios.<sup>2</sup> En particular, estaba obsesionada con el intelectual e ingenioso Yurek Horn (cuyo retraimiento no gustaba a su padre). Además de romántica, era un ratón de biblioteca, donde siempre se la veía sentada en un rincón con las piernas cruzadas y la nariz dentro de un tomo. Tenía miedo de los perros y de la oscuridad, y para superarlo se obligó a salir por la noche durante un pogromo. Tarareaba canciones y siempre se reía, dejando ver unos dientes grandes y perlados. Era una bromista que hacía amigos con facilidad, evitaba escrupulosamente las discusiones de índole social y sufría con los malentendidos.

Si Frumka había sido la primera miembro de Libertad en regresar a Varsovia para ocuparse de los camaradas que habían quedado atrás, Tosia estuvo entre las primeras de La Joven Guardia que lo hicieron. No era una ideóloga reconocida, pero la escogieron por su pasión, su energía y su capacidad para conectar con personas de todas las edades; también por sus

brillantes ojos azules y su aspecto de aria rica. Ella aceptó la misión en el acto, admitiendo a un nivel intelectual que la vida del movimiento tenía prioridad sobre la individual. Sin embargo, en privado, eso le causó una gran confusión emocional. Solo lloró con sus amigos más cercanos, apenada por tener que dejar Vilna y renunciar a Palestina, que había sido su sueño. Aun así, partió con entusiasmo, y aunque tuvo que intentarlo tres veces, al final cruzó la frontera y llegó a Varsovia. Con su encanto rubio y su polaco fluido, o, en palabras de su biógrafa hebrea, su «suavidad de hierro»,<sup>3</sup> se convirtió rápidamente en la principal mensajera de La Joven Guardia, viajando sin cesar por la región para poner en contacto las distintas secciones, llevar información, organizar seminarios y promover la actividad educativa clandestina, y allá donde iba, su sonrisa amplia y su cabello esponjoso eran un regalo. A menudo se vestía como una campesina, con faldas superpuestas, y escondía artículos de contrabando entre sus pliegues. Su trabajo entrañaba bastantes contratiempos, pero gracias a su astucia, valentía e instinto agudo solía salir relativamente bien parada. Según un testimonio, había sido capturada en Częstochowa por un guardia fronterizo nazi, pero ella se zafó de sus brazos y corrió unos veinticinco kilómetros hasta una granja de Żarki.

Innumerables camaradas cuentan en sus memorias «el día que llegó Tosia» a sus guetos. Su aparición fue como una inyección de luz solar en sus vidas oscuras: «una sacudida de energía eléctrica». <sup>4</sup> Ajenos a las dudas que la acechaban, todos se regocijaron, lloraron y la abrazaron fuerte. Ella les proporcionó afecto, «optimismo sin límites», <sup>5</sup> un sentido de conexión, el alivio de no haber sido olvidados y la convicción de que las cosas se solucionarían de alguna manera. Incluso en tiempos de guerra, Tosia enseñaba a sus camaradas «el arte de vivir» y a no ser tan serios todo el tiempo. <sup>6</sup>

Ese invierno en Vilna fue parecido. El viaje había sido particularmente duro, largo y peligroso, y lleno de puestos de control. Tosia había pasado noches sin dormir en medio de la gélida inmundicia, agarrada a un alijo de documentos de identidad falsos. Cuando llegó, necesitó un momento para entrar en calor, pero enseguida volvía a ser la joven alegre de siempre. «Si nunca estuvisteis bajo los muros del gueto con nosotros, simplemente no

podéis entender lo que significaba que ese “fenómeno” hubiera cruzado sus fronteras —escribió Ruzka Korczak, jefa de La Joven Guardia en Vilna—. ¡Ha venido Tosia! Como una feliz primavera, la noticia se difundía entre la gente. Tosia había venido a vernos desde Varsovia, como si no hubiera gueto, ni alemanes ni muerte a nuestro alrededor, como si no hubiera peligro en cada esquina. [...] ¡Tosia está aquí! Un manantial de amor y luz.»

7

Tosia entró en el cuartel general de La Joven Guardia, donde los camaradas dormían sobre mesas y puertas sin bisagras.<sup>8</sup> Llena de una dicha inexplicable y de ardor juvenil, les habló de Varsovia: el terror y el hambre, pero también lo activos que seguían los camaradas. «Ella nos abrió a un mundo nuevo, casi increíble —reflexionó Ruzka más tarde—. Oímos cómo, en la oscuridad de la vida del gueto de Varsovia, surgía una canción nueva que estaba llena de fuerza.»<sup>9</sup> Incluso después de dos años enteros de ocupación nazi y de vivir en condiciones inhumanas, no estaban desmoralizados y todavía creían en un propósito más elevado.

Como a todos los guetos a los que iba, Tossia llevó noticias. Esa noche en Vilna también tuvo que corroborar información. La habían enviado al mismo tiempo que a un par de mensajeros de Libertad. Al volver a Varsovia, habían oído rumores de ejecuciones masivas. Pero ¿eran ciertos? ¿Y qué podía hacer ella? Estaba dispuesta a ayudar al grupo de Vilna a trasladarse a Varsovia, un lugar que los camaradas se figuraban que era más seguro.

La noche siguiente, Abba Kovner, el dirigente local de La Joven Guardia, convocó en una reunión a ciento cincuenta jóvenes del gueto que pertenecían a varios movimientos. Era la primera reunión masiva de jóvenes, y se celebró a la luz de las velas en una sala húmeda del edificio del *Judenrat*, bajo la apariencia de una fiesta de fin de año. En cuanto estuvieron todos, Abba leyó un panfleto en yidis. Luego hizo un gesto a Tosia y le pidió que lo tradujera al hebreo, para demostrar que una dirigente de Varsovia comulgaba con sus ideas radicales. Ella se quedó atónita con lo que escuchó, con lo que tuvo que transmitir.

A una joven de Vilna llamada Sara la habían llevado a Ponary, en otro tiempo un popular lugar de vacaciones. <sup>10</sup> Actualmente era un campo de exterminio masivo donde, en el transcurso de los tres años siguientes, harían desnudar y fusilarían a setenta y cinco mil judíos junto a enormes fosas de seis metros de profundidad. <sup>11</sup> A Sara le dispararon, pero no llegaron a matarla, y se despertó dentro de la zanja, rodeada de cadáveres congelados, desnuda y mirando a los ojos de su madre muerta. Esperó hasta el anochecer para salir y estuvo dos días en el bosque antes de regresar corriendo a Vilna, donde llegó sin ropa e histérica, y contó la masacre que había presenciado. El jefe del *Judenrat* no la creyó, o al menos afirmó no hacerlo, y le recomendó que no lo contara para evitar que cundiera el pánico.

Sara ingresó en un hospital. Allí fue donde la conoció Abba Kovner. Kovner la creyó; para él, el plan nazi de matar a todos los judíos estaba muy claro. En la reunión de fin de año, Tosia leyó las conclusiones a las que él había llegado: «No creáis a los que pretenden engañaros. [...] Hitler se ha propuesto exterminar a todos los judíos de Europa». Y acabó con las palabras de Kovner que se convertirían en el famoso mantra de la Resistencia: «¡No vayamos como ovejas al matadero!». <sup>12</sup> Él insistió en que todos los judíos debían ser advertidos y tenían que defenderse. La única respuesta era la defensa personal.

Tosia, una mujer de acción, nunca se quedaba mucho tiempo en un lugar. Esta vez era necesario que acudiera a los guetos, pero no para transmitir palabras reconfortantes del movimiento, sino para difundir ese mensaje horrible y apremiante. Los nazis se proponían matar a todos los judíos. A todos.

Había llegado el momento de resistir.



¿Cómo reacciona uno ante la noticia de que van a matarlo? ¿Intenta mantenerse optimista, albergar falsas ilusiones para conservar la cordura? ¿O se enfrenta directamente a la oscuridad y mira la bala a los ojos?

Cuando Zivia oyó la noticia de labios de Tosia y de los mensajeros de Libertad, la misma noticia con la que también habían vuelto activistas polacos y judíos religiosos, no dudó ni por un instante. <sup>13</sup> Vilna solo era la confirmación. Otros judíos habían escapado de campos de exterminio como Chełmno y al volver a los guetos habían compartido sus historias impactantes. <sup>14</sup> Las amenazas de Hitler, que ella —al igual que todos— había rechazado como «las frases huecas de un loco arrogante», de pronto sonaban profundamente verdaderas.

En todo caso, a Zivia le invadieron los remordimientos. Sin duda era eso lo que estaba sucediendo. ¿Por qué no lo había visto todo con mayor claridad? ¿Por qué no había comprendido que los nazis habían diseñado un plan atroz para aniquilar de forma sistemática al pueblo judío? ¿Por qué había rehuido los puestos de liderazgo de la comunidad y se había enfocado solo en los jóvenes, dando por hecho que los miembros más antiguos darían un paso adelante y se ofrecerían a ocuparlos? ¿Por qué no se había centrado en la defensa personal y la adquisición de armas? ¿Por qué no había actuado antes? Se había malgastado un tiempo precioso.

Zivia intentó buscar una explicación convincente. ¿Cómo iban a saber ellos las atrocidades que estaban tramando los nazis, y más aún cuando estos se habían esforzado en mantenerlas en secreto para evitar las represalias y la censura del resto del mundo? ¿Cómo una minoría sufriente iba a luchar contra un ejército que estaba conquistando países enteros? ¿Cómo unas personas hambrientas y enfermas iban a discurrir estrategias para llevar a cabo una acción militar? Si durante esos primeros años no hubieran hecho tanto hincapié en promover la autoestima, la educación y la camaradería, tal vez habrían carecido del espíritu, la confianza y los valores para erigirse ahora como una fuerza de combate. Aun así, a ella la consumían los remordimientos.

Muchas mensajeras, <sup>15</sup> entre ellas Frumka, difundieron la noticia de la ejecución en masa que se estaba llevando a cabo en Ponary y la noción de la Solución Final. Testigos que habían logrado escapar también declararon en grandes reuniones de dirigentes de la comunidad. Pero a menudo no los creían. <sup>16</sup> Muchas comunidades judías se mostraron reacias a aceptar historias que eran sencillamente demasiado monstruosas para asimilarlas.

Se negaban a creer que se cometieran atrocidades similares en el oeste de Polonia, donde, a pesar de las precarias condiciones de vida, no había habido indicios de asesinatos en masa. Sus comunidades proporcionaban al Reich mano de obra esclava indispensable; era absurdo desde un punto de vista económico que los nazis los ejecutaran a todos.

Muchos judíos todavía abrigaban la ilusión de que era posible sobrevivir. Querían pensar lo mejor y deseaban desesperadamente vivir. Nadie quería creer que se habían llevado a sus madres, a sus hermanos y a sus hijos en contra de su voluntad para asesinarlos, o que su propia deportación inminente implicaría, casi con certeza, la muerte. Y Varsovia estaba nada menos que en el corazón de Europa. ¿Cómo iban a deportar a todos los habitantes de una capital? Los judíos polacos habían vivido segregados durante siglos; nunca imaginaron que los guetos de Hitler formaran parte de una máquina asesina. Los judíos se habían preparado psicológicamente para lo que conocían: la Primera Guerra Mundial. Por desgracia, las circunstancias habían cambiado.

En la última carta que mandó Tosia a Palestina, fechada el 7 de abril de 1942, escribió sobre el tormento de ser testigo de semejante destrucción y no poder detenerla: «Los judíos están muriendo ante mis ojos y soy incapaz de ayudar. ¿Alguna vez habéis intentado romper una pared con la cabeza?».

17

Según un testimonio, una joven judía estaba a punto de subir a un tren con destino a Auschwitz cuando vio una tarjeta insertada entre los listones de madera del vagón. «[E]ste tren te llevará a los peores campos de exterminio. [...] No subas a este tren.»<sup>18</sup>

Pero ella no hizo caso de la advertencia. Le pareció demasiado disparatada para ser verdad.



Sin embargo, Zivia lo supo: «*Esto* es un asesinato en masa planificado». <sup>19</sup> Los días siguientes al regreso de los mensajeros, deambuló por el bullicioso y ansioso gueto imaginándolos a todos muertos. Lo único que la frenaba de suicidarse era la sensación de tener un propósito: tal vez no salvar vidas, pero sí salvar el honor, no irse en silencio. Dejando de lado



sus sentimientos, Zivia supo que debían actuar. Sus camaradas de Libertad también sabían la verdad; el movimiento tenía que dar un nuevo giro y convertir la defensa en su objetivo principal. Pero montar un batallón de resistencia para luchar contra Hitler era una labor ingente, por falta de recursos y experiencia, pero también por conflictos internos, ya fuera con el *Judenrat*, con los dirigentes judíos, entre los movimientos juveniles y dentro del propio movimiento.

Como grupo juvenil, Libertad no estaba en contacto con el creciente movimiento de resistencia polaco, y a Zivia le preocupaba que este no tuviera interés en ayudar a los judíos: los camaradas necesitaban la ayuda de los «adultos». Los cabecillas de varios movimientos juveniles acordaron reunirse con los dirigentes de la comunidad, confiando en que reconocieran la amenaza y se hicieran cargo. Pero los rostros de los dirigentes adultos palidecieron de miedo e ira. «Nos reprocharon que sembráramos irresponsablemente las semillas de la desesperación y la confusión entre la gente», escribiría Zivia más tarde.<sup>20</sup> El jefe del Comité de Distribución Conjunta les advirtió a Antek y a ella que actuaran con moderación. Aunque entendía la importancia de los asesinatos, les avisó de que cualquier acción precipitada daría pie a una situación grave y la nación judía nunca los perdonaría. Los supervisores del *Judenrat* de Varsovia, por otro lado, o bien no creyeron los rumores o no reaccionaron en absoluto, temerosos de que cualquier acción indujera a los nazis a cometer una violencia mayor. Tenían la esperanza de que pasando desapercibidos y cumpliendo las reglas salvarían la vida de la comunidad judía y quizá la propia. Todos eran de mediana edad, con familias e hijos, y no querían poner en peligro a toda la población solo por la visión idealista que tenían unos jóvenes de una guerra de guerrillas para la que no estaban entrenados.

Los miembros de Libertad cada vez se exaltaban más en esas reuniones que se alargaban interminablemente. Llenos de «frustración y rabia impotentes», Zivia y sus camaradas comprendieron que iban a tener que trabajar por su cuenta.<sup>21</sup> Primero necesitarían el apoyo de las masas. Tendrían que exponer la cruda realidad a sus conciudadanos judíos. «Es



nuestro deber mirar la verdad tal como es», <sup>22</sup> sostuvo Zivia. Para ella, «nuestro mayor enemigo era la falsa esperanza». <sup>23</sup> La gente no se opondría ni se escondería cuando aceptara el hecho de que la muerte era inminente.

Los camaradas de Libertad sabían cómo publicar un boletín clandestino para difundir el mensaje, pero no tenían mucha idea de cómo formar un ejército. «Ninguno sabíamos qué había que hacer frente a los armados y poderosos alemanes cuando nosotros solo teníamos dos revólveres», señaló Zivia. <sup>24</sup> Antes de la guerra, el Bund y los sionistas revisionistas, la facción de derechas que defendía la empresa privada y las unidades militares judías, habían establecido ligas de autodefensa. <sup>25</sup> Pero los jóvenes sionistas laboristas estaban preparados ante todo para debatir sobre la teoría social. Habían estudiado defensa personal, pero no estaban organizados para luchar. Libertad necesitaba aliados con contactos o entrenamiento militar.

Zivia perseveró. Valiéndose de las dotes de negociación y resiliencia que llevaba años perfeccionando, continuó hablando con los dirigentes de la comunidad, pero se encontró una y otra vez con políticas partidistas. En marzo de 1942 ayudó a organizar una reunión de judíos de distintos partidos en la cocina del Bund. Antek, en nombre de Libertad, instó a los dirigentes a entender la urgencia de preparar una respuesta, y propuso un programa para crear un movimiento colectivo de defensa judía. La reunión concluyó sin resultados concretos. Los sionistas querían colaborar con el Bund, pues estaba en contacto con los partidos polacos; pero el Bund no se fiaba de los grupos sionistas burgueses obsesionados con Palestina y prefería luchar con la resistencia polaca, que en realidad tenía unas cuantas armas. <sup>26</sup> Los principales dirigentes de los partidos reprendieron a los movimientos juveniles, acusándolos de alarmistas ingenuos y atolondrados sin experiencia militar. No fue posible llegar a un acuerdo con el grupo juvenil sionista revisionista Betar, que estaba bien armado.

Los jóvenes sionistas, sintiéndose muy indefensos, intentaron ponerse en contacto directamente con la resistencia polaca. Luego participaron en el Bloque Antifascista iniciado por los comunistas judíos. Estos querían colaborar con el Ejército Rojo soviético fuera del gueto, pero Zivia, que ocupaba un cargo de liderazgo, <sup>27</sup> abogó por la defensa interna. Antes de

que pudieran ponerse de acuerdo sobre los pasos que debían seguir, los líderes comunistas fueron arrestados y la alianza se disolvió. Los miembros de Libertad ya no sabían de dónde sacarían las armas.

Hasta Zivia estaba perpleja.

Y de pronto lo comprendió: «Hemos llegado tarde».



Decir que corría el reloj es quedarse muy corto. Era el verano de 1942 y en el gueto de Varsovia tenía lugar la principal *Aktion*, un eufemismo nazi para referirse a la deportación y el asesinato en masa de judíos. Había empezado en abril, el «*Sabbat Sangriento*», <sup>28</sup> cuando las unidades de las SS invadieron el gueto por la noche y, siguiendo listas de nombres preparadas de antemano, reunieron a la intelectualidad y la asesinaron. A partir de ese momento, todo el gueto se convirtió en un campo de exterminio y reinó el terror. Frumka llegó en junio con noticias sobre la existencia de Sobibor, otro campo de exterminio situado a doscientos cuarenta kilómetros al este.

<sup>29</sup>

Vladka Meed (de soltera Feigle Peltel), una bundista de veintiún años que ayudaba a imprimir el periódico clandestino y dirigía grupos juveniles ilegales, escribió más tarde sobre el mes de julio de 1942 en el gueto. <sup>30</sup> Los rumores de catástrofe inminente, las historias de redadas, los tiroteos constantes. Un niño, un contrabandista, les contó que al otro lado del muro había multitud de soldados alemanes y ucranianos. Miedo. Confusión.

Y de pronto apareció el cartel.

Los judíos se agolparon en las calles desiertas para leerlo por sí mismos: todos los que no trabajaran para los alemanes serían deportados. Vladka estuvo días corriendo de un lado para otro del gueto frenética, buscando papeles de trabajo, «papeles de vida», para ella y su familia. Cientos de judíos angustiados hicieron cola frente a fábricas y talleres en medio del calor abrasador, desesperados por conseguir cualquier empleo, cualquier papel. Algunos afortunados llevaban a cuestas sus máquinas de coser, esperando que los contrataran más fácilmente gracias a ellas. Se especulaba con documentos de trabajo falsificados, proliferaron los sobornos, se ofrecían joyas de familia a cambio de un empleo oficial. Las

madres vagaban aturcidas, intentando decidir qué hacer con sus hijos. Los que tenían un empleo, cuya vida estaba temporalmente fuera de peligro, rehuían cualquier conversación, llenos de culpabilidad. Pasaban carretas llenas de niños que habían sido arrebatados a sus padres y lloraban.

«El miedo a lo que nos esperaba allí —escribiría Vladka más tarde— ofuscó nuestra capacidad para pensar en cualquier cosa que no fuera salvarnos a nosotros mismos.» <sup>31</sup>

Dándose cuenta de lo inútil que era hacer esas colas interminables, Vladka se llevó una alegría al recibir un mensaje de un amigo clandestino. Tenía que presentarse con fotos de ella y su familia, y le entregarían tarjetas de trabajo. Corrió a la dirección indicada. El interior estaba lleno de humo de cigarrillo y caos. Vladka vio a los dirigentes del Bund y al historiador Ringelblum, y se enteró de cómo habían obtenido las tarjetas de trabajo falsificadas y de que estaban tratando de montar nuevos talleres, todo para ayudar a salvar a la gente joven. Pero ellos seguían creyendo que esconderse era la mejor opción, a pesar de que, si los encontraban los nazis, la muerte sería segura. «¿Qué hacer?», murmuraron.

Y luego, pánico: el edificio fue rodeado. Vladka se apresuró a coger los documentos de trabajo falsificados y se pegó a un grupo que sobornó a un guardia de la policía judía, una escena común a medida que capturaban a cada vez más judíos, que siempre se resistían, advirtió Vladka, aunque sin éxito. Las mujeres luchaban físicamente contra los policías que las empujaban hacia los camiones; saltaban de los trenes, por lo general en vano. Pero ¿por qué ella no había hecho nada para ayudar? <sup>32</sup>

Las deportaciones se sucedían sin interrupción, y los alemanes y los ucranianos se unieron a la policía judía para llevar a cabo redadas. Los policías judíos tenían una cuota de judíos que apresar al día; de lo contrario, se los llevarían a ellos y a sus familias. <sup>33</sup> Después de capturar a los jóvenes y a los ancianos, a los que no trabajaban y a los nombres de la lista, las deportaciones se llevaban a cabo por la calle. La gente esperaba aterrorizada a que bloquearan su calle; a partir de ese momento muchos intentaban esconderse, trepando por los tejados o encerrándose en sótanos y altillos. Los papeles falsos de Vladka ya no eran válidos. No tenía un lugar seguro donde esconderse. Se instó a los judíos a acudir voluntariamente a la

*Umschlagplatz* —el punto desde el cual los deportaban a los campos de exterminio— para recibir tres kilos de pan y uno de mermelada. Ellos de nuevo esperaron y creyeron que era lo mejor. Muchos, hambrientos y desolados, deseosos de permanecer junto a la familia, fueron allí... y se los llevaron. «Así fue como la vida de un judío pasó a valer una rebanada de pan», escribió un dirigente de la Resistencia. <sup>34</sup>

Luego le tocó el turno a la calle de Vladka. Ella corrió a esconderse, pero un compañero de escondite decidió abrir la puerta cuando llamaron los soldados. Resignada a su destino, buscando entre la multitud a su familia, que había estado escondiéndose a unas pocas casas de ahí, la condujeron al lugar de «selección», donde entregó los papeles de trabajo que le había garabateado un amigo. Por alguna razón los aceptaron. La mandaron a la derecha, a la vida. A su familia, a la izquierda.

Aturdida, fue a trabajar a uno de los talleres que continuaban abiertos: agotamiento continuo, espera constante, preocupación, palizas, hinchazón y mareos a causa del hambre. El escaso trabajo estaba amenazado, había inspecciones y redadas, y a todo al que pillaban sin hacer nada o escondido, o les parecía demasiado mayor o demasiado joven, lo mandaban a la muerte. Muchos se desplomaban sobre sus máquinas de coser. Selección tras selección. Vladka intentaba conseguir un documento de identidad oficial cuando rodearon el edificio. Se escondió durante horas en un armario.

El gueto se fue vaciando, cada día eran menos los judíos que vivían en él.

Las matanzas y los cierres de calles eran algo cotidiano. Janusz Korczak y Stefa Wilczyńska habían muerto asesinados junto con sus huérfanos; Vladka vio cómo los sacaban de su escondite por una ventana durante una redada nocturna en la casa de un dirigente del Bund. Las calles estaban vacías, excepto por muebles rotos, viejos utensilios de cocina y «nieve» de plumón, los «intestinos destripados de los edredones judíos», y judíos muertos. <sup>35</sup> El contrabando ya no era posible. El hambre era extrema. Los chillidos de los niños al ser arrancados de las madres que tenían papeles de trabajo perforaban el silencio. A Vladka se le partía el corazón cuando

oía a niños de ocho años tratar de convencer a sus madres de que se fueran sin ellos, asegurándoles que encontrarían una manera de esconderse. «No te preocupes —era el estribillo—. No te preocupes, mamá.» <sup>36</sup>



En la primera *Aktion* realizada en el gueto de Varsovia fueron deportados cincuenta y dos mil judíos.

Al día siguiente, los miembros de Libertad se reunieron con los dirigentes de la comunidad para decidir cómo responder. Propusieron atacar con porras a la policía judía, que no iba armada. También quisieron convocar manifestaciones masivas. Una vez más, los dirigentes previnieron a los jóvenes camaradas contra reaccionar de forma precipitada o hacer enfadar a los alemanes, advirtiéndoles de que el asesinato de miles de judíos pesaría sobre sus cabezas.

Ante semejante masacre, a los movimientos juveniles les pareció indignante el exceso de cautela de los adultos. ¿A quién le importaba que se zarandeara el barco? Habían naufragado y estaban hundiéndose a marchas forzadas.

El 28 de julio Zivia se reunió con los demás jefes de los grupos juveniles en Dzielna.

No hubo más discusiones.

Sin contar con los adultos ni con la resistencia polaca, crearon su propia fuerza: la Organización de Lucha Judía. <sup>37</sup> En yidis, la Yiddishe Kamf Organizatsye. En hebreo, la EYAL. En polaco, la Żydowska Organizacja Bojowa o ŻOB. La ŻOB no era una fuerza motriz. No tenía dinero ni más armas que dos pistolas, y ni siquiera contaba con un lugar donde ocultar al contingente de Libertad. (Escondió a ciento cuarenta miembros en una granja.) Pero tenía un objetivo: organizar una protesta judía. Eran judíos luchando como judíos y por los judíos. Sería una operación de ámbito nacional que llevarían a cabo gracias a los contactos que ya había hecho Zivia. A partir de ahora, ella enviaría a sus mensajeras a misiones en las que pondrían en peligro su vida, no para repartir material educativo o noticias, sino para realizar los preparativos para la defensa. (Aunque Zivia tenía un documento de identidad falso con el nombre de

«Celina», se vio obligada a dejar de viajar debido a su aspecto claramente judío.) Organizar la fuerza de combate alivió un poco su sentido de culpa y su ansiedad, y por fin tuvo la sensación de que avanzaban en la dirección correcta. Pero, sin armas ni entrenamiento militar, había muchas discusiones internas sobre cómo proceder; y la tensión aumentaba a medida que se llevaban a más judíos para sacrificarlos.

Zivia era la única mujer entre los máximos dirigentes de la ŻOB. Formaba parte de un grupo de lucha. Aprendió a manejar un arma de fuego y se entrenó para hacer turnos de guardia. También cocinaba, lavaba y era responsable de mantener el optimismo y la moral de los jóvenes combatientes. A otras cabecillas —Tosia, Frumka, Leah— las mandaron al lado ario para establecer vínculos y conseguir armas.

Mientras esperaba las armas, la ŻOB decidió marcar su territorio. Una noche varios miembros salieron de su cuartel general, situado frente a la prisión de Pawiak, y se adentraron en el silencio del gueto. Era una de sus primeras misiones y se dividieron en tres grupos. Un grupo informaría a los habitantes del gueto de la existencia de esa nueva fuerza que se proponía combatir en su nombre. Tenían que pegar carteles en las vallas publicitarias y los edificios que explicaran que, según habían averiguado por mensajeros que habían seguido los trenes, Treblinka significaba una muerte segura, y que los judíos debían esconderse, y los jóvenes, defenderse. «¡Es mejor recibir un tiro en el gueto que morir en Treblinka!» era la consigna. <sup>38</sup>

El segundo grupo debía prender fuego a las casas abandonadas y los almacenes de bienes saqueados. Los nazis hacían que los especialistas evaluaran las pertenencias de los judíos deportados, y luego obligaban a los que quedaban vivos a organizar rigurosamente las que tenían valor.

El tercer grupo cometería un atentado. Uno de sus agentes dobles, un joven llamado Israel Kanal que pertenecía al movimiento de la Resistencia y trabajaba encubiertamente con la milicia, debía disparar al jefe de la policía judía. La ŻOB buscaba venganza, pero también quería que cundiera el miedo entre los milicianos que ejecutaban las órdenes de los nazis.

Zivia formaba parte del segundo grupo. El corazón le palpitaba con fuerza en la oscuridad. Se aferró con las palmas sudorosas de las manos a la escalera mientras subía peldaño a peldaño, rozando con el costado el

ladrillo del edificio. Unos pasos más y habría ascendido el muro y llegado a su destino.

Sus camaradas y ella dejaron en el suelo el material incendiario. Pero algo salió mal y la casa no prendió. Decidieron entonces amontonar rápidamente todos los objetos inflamables y pegarles fuego. «¡Un éxito! — escribió más tarde—. Las llamas se convirtieron en un gran resplandor y crepitaron en la noche, danzando y arremolinándose en el aire. Nos regocijamos al ver el reflejo de la venganza que ardía dentro de nosotros el símbolo de la resistencia armada judía que durante tanto tiempo habíamos anhelado.»<sup>39</sup>

Cuando todos se reunieron horas después en el número 34 de la calle Dzielna, se habían cumplido las tres misiones; incluso la policía judía había temido abatir a Kanal después de que disparara a su jefe sin llegar a matarlo.<sup>40</sup> Esa misma noche los rusos bombardearon por primera vez Varsovia. Para Zivia, fue una noche de pura alegría.



Y luego, un milagro. A finales del verano de 1942, un cabecilla introdujo en el gueto cinco armas y ocho granadas de mano procedentes del lado ario.<sup>41</sup> Tosia compró con dinero de la ŻOB varias granadas de mano y pistolas, que transportó en cajas de clavos. Algunos dicen que Frumka fue la primera en introducir armas; se mezcló con un grupo de trabajadores que regresaba con un saco lleno de patatas... y, debajo, pistolas. Vladka, a quien se le había acercado un compañero bundista para pedirle que trabajara en el lado ario, se convirtió en una importante fuente de armas, y acabó llevando dinamita al laboratorio improvisado del gueto. Las personas que se encargaban de introducirlas trepaban el muro del gueto ellas mismas o sobornaban a un guardia polaco para que le susurrara una contraseña a un combatiente de dentro, que entonces trepaba y recogía el paquete. También introdujeron armas por las ventanas de las casas que bordeaban el gueto. Cada nueva adquisición era motivo de alegría. Luego empezaron los planes para tender emboscadas a los alemanes. Se escondían en las entradas de los edificios y atacaban a los nazis arrojándoles granadas, y entonces, en medio de la confusión, les robaban las armas.



Sin embargo, la alegría del éxito se vio mermada por una nueva serie de reveses. La población judía de Varsovia, en lugar de felicitarse por los logros de la ŻOB y unirse a ella, se asustó de sus acciones. El miedo y la paranoia eran tan generalizados que muchos dieron por hecho que los recientes actos de rebelión eran meras artimañas de los alemanes, y que estos les estaban tendiendo trampas para castigarlos. A los judíos les complació enterarse de que alguien había intentado asesinar al jefe de la policía judía, pero atribuyeron el atentado a la resistencia polaca, negándose a creer que sus conciudadanos hebreos tuvieran la fuerza o el coraje. Zivia se horrorizó al ver a judíos arrancando los carteles de la ŻOB, llenos de preocupación, y golpeando a los camaradas que intentaban pegar más.

A muchos combatientes los habían mandado fuera del gueto para que se unieran a los grupos partisanos del bosque, donde estarían mejor armados, pero a casi todos los mataron por el camino. Luego capturaron a un dirigente de La Joven Guardia, Josef Kaplan, en un almacén de armas y lo asesinaron. Y cuando otro respetado dirigente acudió a rescatarlo, también lo capturaron y lo mataron de un tiro. El grupo, desanimado, decidió trasladar su arsenal a Dzielna. Regina Schneiderman, una joven miembro, puso las armas en una cesta y salió, pero los soldados alemanes la detuvieron en la calle y las descubrieron. («Podéis imaginaros el tamaño de nuestro “arsenal” para que una chica pudiera llevarlo en una cesta», reflexionó Antek más tarde.)<sup>42</sup> Estas tres tragedias supusieron «un golpe impresionante», observó Zivia.<sup>43</sup> El grupo no solo perdió la moral, sino a sus comandantes y sus planes.

La ŻOB siguió debatiendo sobre si responder de inmediato o elaborar estrategias. Las conversaciones eran constantes. Mientras tanto, en tres *Aktions* llevadas a cabo en tres meses, trescientos mil judíos fueron trasladados de Varsovia a las cámaras de gas del campo de exterminio de Treblinka,<sup>44</sup> y el 99 por ciento de los niños murieron asesinados. Parecía que no había futuro para los judíos. Las sesenta mil personas que quedaban dentro de sus muros no podían mirarse a los ojos por el hecho de seguir vivos, escribió Zivia más tarde.



La última noche de la *Aktion* , el 13 de septiembre, una docena de camaradas se reunieron en el número 63 de la calle Miła. A los que estaban furiosos y solo querían dar una respuesta exaltada los mandaron a otra habitación. Los miembros mayores, los de veintitantos años, se quedaron para discutir sobre los siguientes pasos a dar. La conversación fue descorazonadora. «Allí reunidos —escribió Zivia—, lloramos y nos lamentamos.» El consenso al que llegaron fue que eso era demasiado y ya no había nada que hacer; estaban demasiado traumatizados. Había llegado el momento de llevar a término la misión de un suicidio grupal. Tomarían la gasolina, el queroseno y la única arma que les quedaba, y pegarían fuego a los almacenes alemanes, dispararían a unos cuantos nazis y morirían, pero con honor.

Zivia, que era pesimista, se mostró franca: era la hora de morir.

Fue Antek quien llevó la contraria a sus colegas y a su amada, primero en un susurro y luego en voz alta: «Rechazo la propuesta. [...] La crisis es grande como grande es la vergüenza. Pero lo que se está proponiendo aquí es un acto de desesperación. Morirá sin eco. [...] Es un acto que nos sirve a cada uno a nivel personal, porque, en circunstancias así, la muerte puede presentarse como una salvación. Pero ¿la fuerza que hasta ahora nos ha sostenido y ha impulsado nuestras acciones existía solo para que pudiéramos permitirnos elegir una muerte bonita? Tanto al combatir como al morir deseábamos salvar el honor del pueblo judío. [...] Tenemos un legado de innumerables fracasos y tendremos otro de derrotas. Hay que volver a empezar». <sup>45</sup>

Sus palabras chocaron con el estado de ánimo de los combatientes y provocaron una ira inmensa: les estaba frustrando su única oportunidad. Pero al final los partidarios de acabar con un acto heroico radical no pudieron refutar la lógica de Antek, y se abandonó el plan de suicidio en masa. Los camaradas tenían que mantenerse erguidos con las armas en las manos y salir a combatir, Zivia lo sabía. Su movimiento creía, por encima de todo, en lo colectivo sobre lo individual. En adelante la Resistencia sería su razón de ser, aunque significara la muerte.

Zivia se puso a trabajar en la reconstrucción del movimiento para la próxima fase: una milicia.

## CAPÍTULO 7

### TIEMPOS ERRANTES: DE VAGABUNDA A CRIADA

**Renia**

AGOSTO DE 1942

Era una cálida mañana de agosto de 1942, el mes de los asesinatos en masa en el gueto de Varsovia; el sol sobre Wodzisław estaba de un naranja intenso y el aire era fresco. Renia, que entonces tenía diecisiete años, se despertó agitada. Había tenido pesadillas: sueños turbulentos en los que «peleaba, pero luego caía como una mosca» y que la dejaron débil. <sup>1</sup> Pero la mañana espléndida la tranquilizó y le infundió vigor. «Me salta la cabeza y quiero devorar la vida..., tengo la cara brillante. Estoy viva. ¡Soy invencible!»

Pero le bastó con mirar a sus padres para cambiar de humor. Tenían el rostro hundido entre las manos. Parecían enloquecidos. Esa noche había habido una deportación en la cercana Kielce. A los que intentaron escapar los fusilaron o los enterraron vivos, sin tener en cuenta su edad o sexo. Los nazis habían prometido que no habría más deportaciones, habían prometido que devolverían a todos los deportados después de que Inglaterra les hubiera pedido que dejaran en paz a los judíos. Todo mentiras.

«Tu padre y yo todavía somos jóvenes, pero hemos tenido alegrías en nuestra vida —le dijo su madre yendo al grano, como siempre—. Pero esos pobres bebés, ¿qué mal han hecho? Con mucho gusto moriría aquí y ahora para salvarles la vida.» <sup>2</sup> Leah, a sus cuarenta y tantos años, estaba desesperada por esconder a su hija pequeña y salvarla de la muerte.

En las últimas semanas se habían multiplicado las historias de atrocidades. Los fugados de los pueblos cercanos, que habían evitado que los alemanes les dispararan o que los polacos los entregaran, llegaron a

Wodzisław, donde se decía que todavía vivían judíos. Apenas podían tenerse de pie, y acarreaban consigo bolsas gastadas e historias horribles, a menudo sobre niños. Un hombre contó cómo su esposa había sacado a sus dos hijos de la fila de los deportados. Un alemán, rabioso, se abalanzó sobre ella y mató a los niños pateándolos con sus botas acabadas en punta. Ordenaron a la madre, que había visto todo, que cavara sus tumbas. Luego el alemán le aplastó el cráneo con la culata de su rifle. La mujer se retorció mucho rato de dolor, dijo el marido, hasta que finalmente murió.

Otro día Renia vio a un grupo de mujeres medio enloquecidas, andrajosas, macilentas y con los labios amoratados que temblaban como una hoja. Entre sollozos histéricos, esas mujeres famélicas le contaron cómo habían cercado su pueblo. Los disparos volaban en todas direcciones. Sus hijos, que habían estado jugando fuera, volvieron corriendo a sus casas. Pero un nazi los atrapó y los mató a golpes, uno por uno. Las mujeres, en camisón y descalzas, huyeron a los campos y los bosques, donde vagaron sin rumbo pidiendo comida a las amables esposas de los granjeros.

Apareció otro grupo de diecisiete. De los ciento ochenta que habían huido juntos, únicamente habían sobrevivido ellos. Los polacos los habían atacado y despojado de todo, y habían amenazado con delatarlos. Los hombres iban solo en ropa interior o cubiertos con pañuelos, y los niños, desnudos. Se morían de sed, pues llevaban días sin beber ni comer, y parecían medio muertos. Pero estaban contentos: habían evitado la muerte. Los demás habían muerto, o se habían cortado las venas para no caer en manos de los alemanes, o simplemente habían desaparecido. De la mañana a la noche, a los jóvenes se les puso el pelo blanco.

Renia, impactada al verlos, les dio ropa y comida. Tenía que hacer algo, cualquier cosa, para ayudar.

Una de las experiencias más duras fue cuando conoció a cinco hermanos y estos le explicaron que su madre, al darse cuenta de que los alemanes estaban en camino, los escondió en armarios, debajo de las camas, envueltos en mantas. Minutos después oyeron el estruendo de las botas alemanas. Guardaron un silencio petrificado. Un nazi entró en su habitación con un rifle y empezó a buscar. Los encontró a todos.

Pero, en lugar de matarlos, dio una rebanada de pan a cada uno. «Quedaos quietos hasta el anochecer», les instó. Les prometió que su madre regresaría y escaparía con ellos. Los niños se deshicieron en gracias, y el nazi se rio y luego se echó a llorar, y les dio palmaditas en la cabeza, diciendo que tenía hijos y que su corazón no le permitiría matar niños. Por la noche, cuando la ciudad se sumió en un silencio mortal, los niños salieron y encontraron a su hermanita de dos meses asfixiada debajo de la manta donde estaba escondida, con el cuerpo frío. La mayor, de once años, cogió en brazos a la pequeña Rosa, que muerta pesaba más, y la llevó al sótano por miedo a que la capturaran fuera. Vistió a sus hermanos y esperó a su madre. ¿Los había olvidado?

Su madre nunca regresó. Al amanecer, la hermana tomó a los demás de las manos y los hizo salir por la ventana para evitar a los vecinos, y todo el tiempo tuvo la sensación de que su madre caminaba detrás de ellos. Sacó a sus hermanos de la ciudad. Pedían pan a los campesinos y dormían en el suelo, evitando a los chicos de las granjas que les arrojaban piedras. La niña solo les decía a los campesinos que su madre había muerto. Habían oído decir que todavía vivían judíos en Wodzisław, por lo que se dirigieron allí, con los pies llenos de cortes de caminar descalzos, la cara y el cuerpo hinchados, y la ropa rasgada y mugrienta. Tenían miedo de hablar con cualquiera por si era un alemán disfrazado. «Mamá nos estará buscando y llorando. ¿Y si no la encontramos? Los pobres niños no pueden dejar de gritar: “¿Dónde está mamá? ¿Dónde está mamá?”.»<sup>3</sup> Los acogieron unas familias ricas, pero Renia se preguntó adónde irían luego. Todo el que escapaba de la mano del verdugo estaba expuesto a ese deambular descalzo, desnudo y enloquecido, mendigando por un mendrugo.

Pánico, pánico puro. A Renia le pareció que la situación se desmoronaba por momentos. Cada minuto era el más crucial de su vida. Cada día que ella sobrevivía era un golpe de suerte. De noche nadie dormía, lo que probablemente era lo mejor, ya que los nazis solían actuar entonces. «Los sabios de repente han perdido su sabiduría. Los rabinos no tienen consejos que dar. Se han afeitado el bigote y la barba, pero aun así parecen judíos —escribió más tarde Renia—. ¿Adónde pueden ir?»<sup>4</sup>

Todos intentaban marcharse. Pero ¿en qué dirección? ¿Dónde se estaba a salvo? ¿Y cómo iban a esconderse? Todo el día se formaban en las calles corros de gente que se lo preguntaba obsesivamente. ¿Quedaba alguna ciudad con judíos? ¿Y si caían en manos de los alemanes? No tenían armas ni nada. La gente cambiaba muebles por pan. A pesar del hacinamiento que había en el gueto, Renia encontraba su casa extrañamente vacía. Habían vendido todo a los polacos por unas escasas monedas y temía que pronto les robaran lo poco que les quedaba.

Una noche un gran número de judíos escaparon del gueto y corrieron hacia los bosques y los campos. Los ricos sobornaron a la gente del pueblo para que los escondieran en altillos, sótanos y cobertizos, pero la mayoría empezó a deambular sin rumbo ni destino. <sup>5</sup> A casi todos, al final, los mataron.



Renia sabía que, si trepar los muros del gueto era peligroso, sobrevivir fuera de él entrañaba un riesgo mucho mayor. Una forma de sobrevivir en territorio ario era esconderse físicamente. Los judíos con rasgos semíticos a menudo pagaban sumas considerables a polacos que se prestaban a esconderlos y darles de comer. Algunos polacos actuaron con benevolencia, poniendo en peligro su propia vida para ayudarlos, pero otros los extorsionaron económicamente (e incluso sexualmente), amenazándolos con entregarlos a la policía. <sup>6</sup> Los escondites eran descubiertos con tanta frecuencia que los exiliados judíos estaban expuestos a tener que abandonarlos en cualquier momento, en mitad de la noche, para trasladarse a otro lugar.

Otra opción era esconder el alma y adoptar una nueva identidad. Esos judíos actuaban como si no lo fueran, un papel que muchos judíos asimilados ya habían ensayado, minimizando sus diferencias. Ahora tenían que sacar partido del falso constructo de lo que constituía una «apariencia judía», disimulando esos rasgos para acentuar en la medida de lo posible los que no eran judíos.

Renia tenía la inmensa fortuna —inmensa de verdad— de parecer polaca. Los judíos que no tenían aspecto de judíos tenían la posibilidad de «morir» y volver a nacer, por así decir, como cristianos. Los que tenían dinero y contactos compraban documentos de viaje falsificados u originales a un precio elevado si conocían a funcionarios polacos y se trasladaban a una ciudad nueva donde nadie pudiera reconocerlos. Si tenían suerte, se registraban con un nuevo nombre, buscaban trabajo y empezaban de cero, sin que nadie sospechara su verdadera identidad. Las chicas lo tenían más fácil, se colocaban en oficinas y tiendas o de actrices y criadas. Las mujeres cultas que nunca habían hecho trabajo físico aceptaban empleos de criadas. Algunas entraban en conventos. Los hombres lo tenían más crudo, ya que si los alemanes sospechaban que eran judíos, les ordenaban que se bajaran los pantalones. A una familia entera la podían pillar por un bebé circuncidado. Los cirujanos plásticos diseñaron una operación para revertir la circuncisión; <sup>7</sup> según Renia, costaba 10.000 eslotis (aproximadamente el equivalente a 33.000 dólares de hoy) y pocas veces tenía éxito, aunque otras fuentes informaban de mejores resultados. Restaurar el prepucio de un niño requería una intervención quirúrgica, un masaje especial y pesas. Algunos hombres obtuvieron certificados médicos falsos que alegaban que los habían circuncidado al nacer por problemas genitales. La pequeña Asociación de Musulmanes-Tártaros de Varsovia también proporcionó documentos falsos a unos cuantos judíos para justificar sus circuncisiones. <sup>8</sup>

Incluso para esos «impostores» que conseguían llegar al lado ario, la vida era dura. Los *schmaltzovniks* o chantajistas (literalmente, «engrasadores») <sup>9</sup> abordaban a los judíos disfrazados por la calle y amenazaban con entregarlos si no pagaban. Los polacos detectaban mejor a un judío que los alemanes. Si una judía abandonaba el gueto para hacer un viaje corto, tenía que llevar un montón de dinero en efectivo solo para librarse de los *schmaltzovniks* que se cruzaran en su camino. Había bandas de polacos que extorsionaban a los judíos, les robaban, los golpeaban y amenazaban, y les enviaban notas anónimas en que exigían pagos que debían dejar en lugares elegidos al azar. A veces extorsionaban a la misma judía durante un tiempo, viviendo a costa de ella. O tomaban el dinero y aun así la entregaban a la Gestapo, que por cada judío atrapado vivo ofrecía

pequeñas recompensas, como algo de dinero, medio kilo de azúcar o una botella de whisky. <sup>10</sup> Algunos chantajistas trabajaban directamente para la Gestapo e iban a medias con el botín.

Varios judíos corrieron a refugiarse en los bosques en lugar de en las ciudades, y se hicieron pasar por polacos para intentar unirse a las tropas partisanas o estuvieron meses, incluso años, deambulando sin más. A los niños pequeños los colocaban en orfanatos, generalmente por medio de un soborno. Los chavales trabajaban en las calles arias vendiendo periódicos, cigarrillos y betún, escondiéndose de los chicos polacos de su edad que podían reconocerlos y darles una paliza antes de entregarlos.

A pesar de las dificultades, Renia no tuvo otra opción. Se rumoreaba que la *Aktion* tendría lugar cualquier día. En esta ocasión no fue posible borrar ningún nombre de la lista. Las únicas personas a las que se les permitió quedarse en el gueto fueron las seleccionadas para desmantelarlo y organizar las pertenencias de los judíos. Un hombre que había escapado del campo de deportación en la cercana Kielce iba por ahí con una advertencia: había sido testigo de cómo los nazis torturaban a los jóvenes y los obligaban a escribir a sus familias cartas falsas en que les decían que estaban bien, que no los deportaban a la muerte. A los que se negaban los fusilaban en el acto. Ese hombre estaba convencido de que los trenes que había visto pasar abarrotados de personas se dirigían a una muerte segura.

Los Kukielka tenían que huir. Reunieron todo el efectivo que habían obtenido con la venta de sus muebles y lo dividieron a partes iguales entre los hijos. Los padres de Renia y su hermano pequeño Yankel irían a los bosques. Sus dos hermanas viajarían disfrazadas de arias a Varsovia, donde se quedarían en casa de unos parientes e intentarían que Leah y Moshe se reunieran con ellas. «Pase lo que pase —dijo Moshe a sus hijos—, prometedme que nunca dejaréis de ser judíos.» <sup>11</sup>

Renia debía partir sola. Esa sería su última noche en la casa familiar.



Sábado, 22 de agosto. Renia llegó a un campo de trabajo forzado judío llevado por los nazis en las afueras de Sędziszów, <sup>12</sup> gracias a su hermano. <sup>13</sup> Aaron había escapado del primer campo, volvió al lado de su familia



fingiendo ser un polaco que deambulaba por el bosque, <sup>14</sup> y luego se dirigió allí para construir vías de tren. Era muy apreciado por los guardias y lo había arreglado para que Renia se reuniera con él. El campo estaba compuesto por quinientos jóvenes judíos con talento que habían pagado miles de eslotis para trabajar en él, creyendo que así estarían a salvo de la deportación. Junto a ellos había veinte mujeres judías que realizaban trabajos ligeros, como contar ladrillos.

Renia sintió un gran alivio cuando llegó acompañada de una amiga del gueto, Yochimovitz, pero no conseguía quitarse de la cabeza a sus padres y el momento de la despedida. Leah y Moshe estaban fuera de sí. Renia no podía dejar de pensar en las lágrimas de su padre, los lamentos de su madre, cómo se soltaron los brazos, las manos, los dedos. Y Yankelch, con los ojitos arrasados en lágrimas, su tibia mano agarrándole la espalda, sus deditos. No, esa no podía ser la última vez que los viera.

Así, poco después de que Renia se pusiera a trabajar en los puentes ferroviarios, convenció a su supervisor para que admitiera a su padre y a sus hermanas en el campo.

Pero ya era tarde.

Unos días después, una mañana nítida y soleada, Renia se despertó mentalizada para ir a trabajar cuando un mensaje la golpeó como un rayo. Apenas unas horas antes, a las cuatro en punto, habían lanzado una *Aktion* sobre Wodzisław. Renia ya no podría ponerse en contacto con su familia. ¿Habrían conseguido marcharse a tiempo?

Pero eso no era todo. <sup>15</sup>

El comandante nazi se acercó a las chicas. Llamó a Renia y le dijo en voz baja que ya no podían trabajar mujeres en el campo. La Gestapo le había pedido que las pusiera en la próxima lista.

—Escápate —la instó en un susurro—. Ve adonde puedas.

¿Irme? ¿Otra vez?

No, no, no, la desesperación era demasiado grande.

Pero él se esforzó por convencerla.

—Todavía eres joven —dijo—. Huye. Tal vez salgas de esta con vida.

¿Y qué había de Yochimovitz? Renia se negaba a irse sin ella.



Si dependiera de él, dijo el alemán, les permitiría quedarse allí. Si no fuera por el gran peligro que eso implicaba, las aceptaría a todas.

—Buena suerte —le dijo en voz baja con sinceridad—. ¡Ahora vete!



El 27 de agosto de 1942 fue el primer día de la siguiente etapa de la vida de Renia, la de deambular. Ahora era uno de esos judíos que vagaban sin rumbo ni destino. Aaron y su amigo Herman las habían ayudado a ella y a Yochimovitz, llevándoles agua para que se lavaran y un paquete de comida que les había dado el alemán. Luego las acompañaron al bosque, cerca de donde ellos trabajaban, y se fueron.

Renia y Yochimovitz se quedaron solas. ¿Adónde debían ir?

De pronto oyeron gritos, disparos y ladridos en todas las direcciones.

Luego una orden a un perro, en alemán:

—¡Detén a las malditas judías, Rex! ¡Muérdelas!

Las chicas echaron a correr para intentar huir. En cuestión de minutos dos policías las alcanzaron y acusaron a Yochimovitz de ser judía. Las llevaron a una caseta para conductores de trenes donde tenían encerradas a otras judías que habían atrapado. Desde fuera, Renia oyó gritos que llegaban del sótano.

Y decidió allí mismo que ella no acabaría en ese sótano.

—¿Tiene hijos? —le preguntó al policía.

—Sí, cuatro.

—Yo también soy hija de una madre y un padre. Y tengo hermanos —le suplicó Renia mientras los otros oficiales lo instaban a llevar a las chicas abajo—. ¿De verdad crees que soy judía?

—No —respondió él lloroso—. Hablas y tienes el aspecto de una polaca. Eres uno de nosotros. Vete rápido. Llévate a tu amiga.

Las chicas empezaron a moverse a toda prisa. Algo no iba bien. A Yochimovitz le traicionaba su aspecto. ¿Su amiga era un lastre o un sostén? ¿Tendría que dejarla?

A veces las preguntas se responden a sí mismas.

Oyó tiros. Se volvió.

En el suelo, delante de sus ojos.

Yochimovitz estaba muerta.



En 1942, las jóvenes de la ciudad de Nueva York exploraban su mayoría de edad comiéndose con los ojos a Humphrey Bogart o cantando el popular villancico *White Christmas* de Bing Crosby mientras bebían batidos en el *drugstore* de la esquina. En Londres, las chicas de la edad de Renia se deslizaban por los pulidos suelos de los *dance halls* bailando *jive*. Incluso en la Varsovia aria, los jóvenes buscaban distraerse de la guerra paseando por el parque y coqueteando mientras daban vueltas en tirovivos con música de fondo. Renia, en cambio, semanas antes de su cumpleaños, alcanzó la mayoría de edad en el bosque de otra manera.

«A partir de ese momento estuve sola», escribiría más tarde. <sup>16</sup>

12 de septiembre de 1942

Hace una noche preciosa. La luna brilla en todo su esplendor. Estoy tumbada en un campo entre patatas, tiritando de frío, contándome a mí misma mis últimas experiencias. ¿Por qué? ¿Por qué me molesto en sufrir tanto?

Y, sin embargo, no quiero morir. <sup>17</sup>

Renia se despertó al amanecer. Había pasado días y noches en el campo, sin oír más que algún ladrido de perro, y de pronto supo que no podía quedarse allí, mordisqueando los granos que había recogido del suelo. Necesitaba ponerse en marcha, buscar un lugar donde todavía hubiera judíos. Donde existiera la noción de ella misma. Arrastrando las piernas como si fueran de plomo, se sintió perdida y desconsolada sin su amiga. Era demasiado duro pasar por esas dificultades sola. Después de horas de deambular, al final llegó a un pequeño pueblo. <sup>18</sup>

Renia intentó desesperadamente recomponer su aspecto —lo más importante en esos momentos— antes de buscar la estación ferroviaria más cercana, y una vez allí se subió a un tren con destino a una ciudad donde conocía a un trabajador ferroviario: un cliente de la tienda de sus padres. Cuando se apeó, se movió rápidamente, a pesar de su agotamiento. Lo único en lo que podía pensar eran las ganas que tenía de ducharse y parecerse a las personas que la rodeaban.

De repente, un milagro. En el suelo había un bolso. Revolvió dentro y encontró un poco de dinero. Y algo mucho más importante: el pasaporte de la mujer a la que pertenecía el bolso. Renia lo agarró, sabiendo que era su billete para viajar, para abrirse camino.

Cruzó a toda prisa la ciudad hasta que finalmente llamó a la puerta de su conocido con manos temblorosas a causa del agotamiento y el miedo. <sup>19</sup> Él abrió y dejó ver una vivienda acogedora, limpia y confortable, una visión de otra vida. Su esposa y él se alegraron de verla, pero les sorprendieron su coraje y el estado en el que se encontraba.

—Tienes un aspecto lamentable, Rivchu —le dijeron a modo de saludo.

«Tengo la cara flácida —escribió Renia—, pero ¿a quién le importa?» <sup>20</sup> La pareja le ofreció un plato de sopa de tomate con fideos y le dio una muda limpia. Sentados en la cocina, los tres lloraron por la increíble Leah, su madre, su amiga.

En ese momento oyeron a través de la ventana cómo el hijo le decía al vecino que había venido a verlos Rivchu, una chica a la que solían comprar ropa y calcetines.

—Es un nombre extraño —comentó el vecino corpulento.

—Bueno —respondió el niño—, es que es judía.

Los anfitriones de Renia se levantaron inmediatamente y la metieron en un armario, donde la taparon con un montón de ropa. Renia oyó los golpes en la puerta, las acusaciones amortiguadas.

—No, no, no. —La pareja se burló de la imaginación de su hijo—. Hemos tenido una huésped, pero no era judía.

Esa noche, sus anfitriones le dieron a Renia dinero y un billete de tren. Tras un breve respiro de pseudoseguridad al que no se había permitido entregarse demasiado, volvía a ponerse en camino. Pero esta vez con ropa limpia y una identidad nueva: Wanda Widuchowska. Ese podría haber sido el nombre que aparecía en la documentación del bolso; en otra versión, <sup>21</sup> Renia contaba que los amigos de su familia acudieron a su sacerdote y que fue él quien les dio los papeles de la recién fallecida Wanda Widuchowska, una vecina de unos veinte años. El marido utilizó un rotulador para difuminar la huella digital original y poner la de Renia encima.

Entre los papeles falsos de los judíos polacos había carnets de identidad (*Kennkarten* , que era obligatorio llevar encima), partidas de nacimiento, permisos de viaje, tarjetas de trabajo, residencia y comida, y certificados de bautismo. <sup>22</sup> La mayoría de los judíos tenía una combinación de todos ellos, sobre todo porque en cada región pedían una documentación diferente. El documento falso que mejor funcionaba para acreditar una identidad era el de una persona fallecida o incluso viva. (La Gestapo a veces llamaba a los registros de la ciudad para comprobar si constaba una persona.) Al igual que Renia, los judíos superponían sus fotografías o huellas digitales sobre los originales; a veces tenían que reproducir el sello entero o una parte, ya que podía haberse superpuesto a la fotografía original. La segunda mejor opción eran los documentos auténticos con nombres falsos. Para obtenerlos, alguien tenía que robar o adquirir formularios en blanco, sellos y tampones, y a continuación presentar una solicitud en el ayuntamiento. Algunos falsificadores hacían sellos con gomas de borrar o solicitaban documentos al ayuntamiento por correo; en los sobres de las contestaciones había sellos que guardaban para utilizarlos.

La documentación falsa de la mayoría de los judíos era pura invención. El falsificador recibía una foto y tenía que crear una identidad. Era preferible que los nombres y apellidos estuvieran relacionados con los de la persona en cuestión (a menudo usaban nombres parecidos o de significado similar); que su profesión tuviera que ver con su aspecto y, a poder ser, con su verdadera profesión. Y que el lugar de nacimiento les resultara familiar. Por ejemplo, para los habitantes de Varsovia, Łódź era una buena opción. Si alguien tenía un marcado acento polaco, el falsificador podía indicar que era de Bielorrusia, en el este. Los documentos inventados eran menos fiables, ya que una mala falsificación llevaba a sospechar que el titular era judío, y eso era peor que no tener papeles.

La mejor manera de obtener un documento de identidad falso era a través de amigos (a las mujeres se les daba mejor pedir favores) o en el mercado negro. Pero en el segundo supuesto, la calidad era menos fiable y, a pesar del precio, uno no siempre podía confiar en el falsificador; podía darse el caso del joven culto cuya nueva documentación lo identificaba como un zapatero de mediana edad. ¿Cómo iba a hacerse pasar por uno? El

mercado negro también exponía al interesado al chantaje, ya que tenía que revelar su verdadera identidad a un desconocido total. Y, como Renia estaba aprendiendo, eso había que evitarlo a toda costa.



Otro día, en otro pueblo pequeño. Un lugar totalmente desconocido. A Renia le ofrecieron trabajo de criada en una mansión. Por un momento consideró aceptar, pero ¿cómo iba a hacerlo? Se sentía muy cansada y muy débil. Y le daba mucho miedo que la descubrieran. Sus papeles solo eran válidos en una pequeña área municipal. Registrarse allí sería la muerte.

Otra caminata interminable y agotadora, otra estación de tren. Esa noche era especialmente oscura, la luna se escondía y las estrellas parecían tan cansadas como lo estaba ella.

En su excelente polaco, compró un billete a la ciudad de Kazimierza Wielka, donde había oído decir que todavía vivían judíos. Necesitaba encontrar una base, averiguar si su familia seguía con vida.

El tren se puso en marcha con una sacudida, y de pronto se le heló la sangre. <sup>23</sup>

Un hombre la miraba fijamente a los ojos. Renia supo de inmediato que era de Jędrzejów. Y que la había reconocido.

Vio con alivio que se alejaba, pero durante un rato no paró de pasar gente por el lado de su asiento.

—Sí, es ella —oyó decir en la oscuridad—. Lo tiene fácil. No parece judía.

Se quedó paralizada. Todo se volvió borroso. Estaba segura de que iba a desmayarse. Allí donde miraba veía a sus perseguidores. Estaba rodeada, se ahogaba.

Se levantó y se dirigió al final del tren, donde había una pequeña plataforma abierta que sobresalía. El aire frío le abofeteó las mejillas. Las chispas de la chimenea caían sobre ella sin piedad. Respiró hondo. Pero solo una vez. Se abrió la puerta del vagón y apareció el revisor.

—Buenas noches.

Ella supo de inmediato que intentaba decidir si su acento era judío.

—Hace mucho frío y las chispas son peligrosas —le dijo—. ¿Por qué no entra?

—Le agradezco su amabilidad —respondió ella—, pero los vagones están muy llenos y cargados. Prefiero tomar un poco el aire.

Él le pidió el billete, comprobó el destino y volvió a entrar. No había duda. En la siguiente estación, la entregaría a los gendarmes, la policía militar alemana, probablemente a cambio de una recompensa de unos pocos eslotis.

El tren aminoró la velocidad cuando empezó a ascender una colina. No había tiempo para pensar, para sentir. Ahora o nunca.

Renia lanzó su pequeña maleta y saltó detrás de ella.

Estuvo unos minutos inconsciente en el suelo, pero una ráfaga de aire frío la despertó bruscamente. Se examinó el cuerpo, asegurándose de que todas sus extremidades seguían enteras. Le dolían las piernas, pero ¿qué más daba? Había salvado la vida y eso era lo único que contaba.

Aunando toda su energía, avanzó hacia la oscura y desconocida espesura. El rocío que cubría la hierba le acariciaba los pies, aliviando un poco el dolor.

Una luz a lo lejos: una casita. El perro ladró y salió el dueño.

—¿Qué quieres?

—Voy a ver a mis parientes —mintió Renia—. No tengo ningún papel que demuestre mi origen ario y sé que los nazis están buscando. Necesito pasar la noche en algún lugar seguro. Si los alemanes me vieran de día, sabrían de inmediato que no soy judía.

El hombre ladeó la cabeza, compasivo, y le indicó por señas que pasara. Ella respiró. Él le ofreció una bebida caliente y le señaló un montón de heno donde dormir.

—Tendrás que irte por la mañana —le advirtió—. No me dejan tener huéspedes sin registrarlos.

A la mañana siguiente, Renia se puso de nuevo en camino, pero esta vez al menos descansada, con las fuerzas renovadas. Siguió adelante, impulsada por la esperanza de que su familia seguía viva, de que tenía algo por lo que vivir.

Los judíos de Kazimierza Wielka, sabiendo que las aldeas de alrededor ya habían sido «exterminadas», estaban nerviosos. Pocos tenían planes de escapar o dinero para hacerlo. A esas alturas, ni los cristianos de mejor corazón se prestaban a esconderlos, temiendo por sus propias vidas.

Los nazis habían prohibido a los judíos de la ciudad acoger a refugiados judíos, y ellos obedecieron esperando que eso los salvara de la deportación. Renia sabía que se engañaban, pero ¿qué podía hacer ella? Se sentía totalmente desnuda, sin un techo sobre su cabeza y sin dinero. Necesitaba conseguir trabajo. Pero ¿cómo? ¿Cómo se buscaba un empleo en medio de la aniquilación?

Deambuló por esa ciudad habitada por seres desconocidos, indefensos e inmundos, consolada solo por el hecho de ver los brazaletes con la estrella de David, que le confirmaba que todavía había judíos vivos. Una tarde vio a un miembro de la milicia judía y le confesó desesperada que era «medio yidis». Hija de judíos. <sup>24</sup> «¿Dónde puedo pasar la noche?», le preguntó.

Tras advertirle que no vagara por las calles, él dejó que se quedara en el pasillo de su casa hasta la mañana siguiente. Renia llegó a conocer a la familia. Era el único hogar judío que conocía. Y ellos, a su vez, eran las únicas personas que sabían que ella era judía. Que sabían quién era.



El encanto de Renia se impuso. No tardó en conocer a una chica polaca que le tomó cariño y quien, tomándola por polaca, le consiguió un trabajo de ama de llaves en la casa de una familia medio alemana. <sup>25</sup> Renia ya había desafiado al régimen nazi antes haciendo contrabando, escondiéndose, conspirando y huyendo; ahora empezó el capítulo de disfrazarse.

La vida en casa de los Hollander fue una tregua. Un día de trabajo era el mejor remedio para las heridas y los insultos que había soportado por el camino. Todavía tenía que ocultarse, haciéndose pasar por una chica sencilla y feliz, silenciando cada noche sus sollozos y el insomnio, y disimulando continuamente su agitación con una sonrisa. Pero al menos tenía un hogar temporal. Podía concentrarse en su objetivo: localizar a su familia.

Su empleadora la adoraba. De vez en cuando la llamaba y se deshacía en elogios.

—Tengo mucha suerte de haber encontrado una joven tan limpia y trabajadora, con experiencia, culta e instruida, y temerosa de Dios —decía.

Ante lo cual Renia, como era natural, sonreía.

—Vengo de una familia adinerada y culta —murmuraba—. Pero al morir mis padres tuve que ponerme a servir en casas.

Los Hollander le hacían regalos, nunca la trataban como a una sirvienta. La señora Hollander no registró a su nueva ama de llaves en la policía; debió de intuir que era judía. Para no despertar más sospechas, Renia adoptó una estrategia agresiva y se quejó de no tener ropa adecuada para ir a la iglesia. ¿Cómo iba de dejar de rezar y guardar las fiestas siendo católica practicante? Los Hollander acabaron regalándole un conjunto elegante. Solo que ahora tenía un nuevo problema: ir a la iglesia.

Ese primer domingo se apresuró a vestirse temblando. Aunque había crecido rodeada de niños polacos en la escuela y en el patio de recreo, nunca había ido a misa y no conocía muy bien las tradiciones católicas; desde luego, no se sabía los cantos ni las oraciones. ¿La traicionaría su comportamiento? Entró con náuseas en el edificio, temiendo que todos se quedaran mirándola, que la calaran. «Allá donde voy —escribió— debo interpretar un papel.» <sup>26</sup>

Con el corazón desbocado, se unió a los feligreses de los bancos, preguntándose qué pensarían sus padres si la vieran en ese momento. Clavó los ojos en sus vecinos, imitando cada uno de sus movimientos. Cuando se persignaron, ella se persignó. Cuando se arrodillaron, ella se arrodilló. Cuando rezaron a los cielos con gran devoción, ella también lo hizo. «Ni siquiera sabía que era tan buena actriz, capaz de suplantar e imitar», pensó más tarde. <sup>27</sup>

Por fin terminó la misa y todos se dirigieron a la puerta. Renia observó hasta el menor gesto. Besaron la estatua de Jesús y ella también la besó.

Una vez fuera, al aire libre, se sintió abrumada por el alivio. Los Hollander y todos los vecinos la habían visto en la iglesia y habían sido testigos de sus devotas oraciones. Había sido una gran actuación y ella había superado la prueba.





Y luego, otro milagro. Felicidad, pura felicidad.

Renia le había escrito una carta a su hermana Sarah, quien, según lo último que había sabido de ella, estaba viviendo en un kibutz de Libertad en Będzin. Incluso en medio del horror de 1942, todavía funcionaba de forma bastante fiable un servicio postal llevado por el *Judenrat* ; el miliciano había enviado la carta por ella.

Al cabo de unos días recibió una respuesta... ¡de Sarah!, con la noticia más maravillosa del universo: sus padres y sus hermanos estaban vivos. Se habían refugiado en el bosque situado al oeste de Wodzisław, cerca de la ciudad de Miechów. Aaron todavía estaba en el campo de trabajos forzados.

Cuando Renia terminó de leer, el papel estaba mojado de lágrimas.

Aunque se llevó una alegría al saber que sus seres queridos seguían vivos, le resultaba insoportable imaginarlos viviendo a la intemperie, en el frío de finales de otoño. ¿Cómo podía tener ella una cama limpia y caliente en una casa medio alemana mientras ellos sufrían a causa del hambre y la escarcha? Renia imaginó al pequeño Yankeleh, un niño tan inteligente y destinado a convertirse en un gran adulto, tiritando hambriento. Su anhelo de estar con él la abrumaba.

Renia vivió día tras día, hora tras hora, esperando preocupada. Y por fin llegó una carta de sus padres.

De nuevo, la emoción de recibir sus líneas vino acompañada de un gran dolor ante su sufrimiento. Moshe y Leah vivían en la miseria, sin un techo sobre sus cabezas y hambrientos. Yankeleh intentaba animarlos, darles una razón para vivir. No habían tenido noticias de las dos hermanas que habían huido a Varsovia. Renia se sintió enferma por la impotencia.

Escribió inmediatamente a Sarah y a Aaron para pedirles que ayudaran a sus padres. Los dos hermanos lograron convencer a los agricultores cercanos para que les hicieran llegar víveres, que les costaron enormes sumas de dinero.

Llegaron más cartas de Sarah. Leah y Moshe se habían puesto eufóricos al enterarse de que Renia seguía viva y estaba bien. Pero temían que fuera demasiado peligroso que se quedara allí sin los documentos adecuados, pues el pasaporte que había encontrado en la estación no era

válido en esa región. Renia sabía que su familia probablemente tenía razón; si la señora Hollander finalmente decidía registrarla en la policía, la descubrirían.

Decidió que era hora de ir a ver a Sarah. Iría a Będzin, al kibutz.

## CAPÍTULO 8

### VOLVERSE DE PIEDRA

**Renia**

OCTUBRE DE 1942 <sup>1</sup>

Sarah lo había organizado todo. <sup>2</sup>

Era un día soleado de otoño, y Renia regresaba de la iglesia como una joven católica más. Al llegar a la casa de los Hollander se encontró con la hermana del miliciano que la había acogido.

—Ya está aquí la mujer de Będzin —le susurró.

—¿Ya? —A Renia se le encogió el corazón. Había llegado el momento.

Sarah había contratado a una mujer para que ayudara a su hermana a cruzar la frontera que separaba el Gobierno General del anexionado por el Tercer Reich. Por el camino pasaría por Miechów, la ciudad donde los judíos se hallaban temporalmente atrapados, entre ellos su familia, que había sido capturada hacía poco. A Renia le dolía el alma de la añoranza. Estaba resuelta a detenerse allí de camino. Al menos vería a sus padres y a su querido y encantador Yankelch.

Renia sirvió la cena a los Hollander en estado de euforia, liviana de cuerpo, con las mejillas sonrojadas y el corazón rebosante de vitalidad. A la señora Hollander no le pasó inadvertido, pues era algo inusitado en ella.

Esa noche, después de hacer planes con la familia del miliciano, Renia fue a hablar con su empleadora.

—Mi tía se ha puesto enferma y me han pedido que vaya unos días a cuidarla.

La señora Hollander, como era de esperar, lo entendió. ¿Por qué no iba a confiar en su mejor empleada?

El sol brillante dio paso a las nubes y la lluvia, luego la oscuridad de la noche se extendió y la tranquilidad fue total. Haciéndose pasar por la «Wanda» de los documentos que había encontrado, Renia esperó el tren con el corazón latiéndole con violencia. Ya a bordo, mientras avanzaba a toda velocidad, cada instante parecía eternizarse. Una y otra vez pensó en la escena de júbilo inminente: cómo se iluminarían los rostros de sus padres cuando la vieran.

Entonces ¿por qué le dolía el estómago de esa forma tan inquietante?

Llegaron a una pequeña estación.

—¿Ya estamos en Miechów? —le preguntó en voz baja a la mujer que debía ayudarla a cruzar la frontera, que no era judía.

—Aún no. Pronto, pronto...

Y por fin llegó el momento.

—¿Es esta?

—No podemos bajar en Miechów.

Renia se quedó parada.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Complicará demasiado el viaje —le susurró la mujer. Al ver que Renia estaba a punto de protestar, añadió—: No tengo tiempo para llevarte.

Ella suplicó. No aceptaría un no por respuesta.

—Te prometo que, en cuanto te deje en Będzin, volveré a Miechów —le aseguró la mujer tranquilizándola—. Buscaré a tus padres y a tu hermano, y te los llevaré a Będzin.

—No. —Renia se mostró firme—. Debo ir a verlos ahora.

—Escucha —dijo la mujer inclinándose hacia ella—, Sarah ha dicho que no puedes ir a Miechów. No puedo llevarte allí.

Mientras la locomotora avanzaba dando resoplidos por los campos y los bosques, Renia pensó a toda velocidad. No tenía mucho tiempo para decidir. ¿Debía deshacerse de su acompañante, bajarse del tren y quedarse allí, e intentar cruzar más tarde la frontera de alguna manera? Pero Sarah era mayor, además de más sabia y competente. Y tenía sentido que ella cruzara la frontera rápidamente y pusiera fin cuanto antes a la parte más peligrosa del viaje.

Renia pasó de largo la estación de Miechów pegada a su asiento, con el corazón apesadumbrado y el cerebro envuelto en bruma.

Se quedó unos días en la casa de la mujer en Częstochowa, donde esperó el momento anhelado comiendo, durmiendo y despertándose sobresaltada por pensamientos frenéticos. Habían pasado varios años desde la última vez que había visto a su hermana: toda una vida. ¿Qué aspecto tendría ahora? ¿Se reconocerían? ¿Lograría cruzar la frontera? Renia se sentía extrañamente cómoda en esa parte desconocida de Polonia, donde era una forastera. Ser de fuera era una ventaja: nadie la reconocería. Su judaísmo estaba enterrado mucho más hondo.



Cruzaron la frontera sin incidentes y, una vez en Będzin, Renia se adentró por las calles que subían al castillo, pasando por delante de las fachadas coloridas y ornamentadas de la ciudad, con sus balcones redondos *art déco* y las gárgolas y balaustradas estilo *beaux arts* que hablaban del esplendor anterior a la guerra. <sup>3</sup> ¡Al kibutz de Libertad! Sintiéndose optimista, la joven de dieciocho años subió dando brincos las escaleras y abrió la puerta. Vio un vestíbulo bañado por la luz del sol, y una habitación llena de hombres y mujeres jóvenes vestidos con ropa limpia y sentados alrededor de mesas, leyendo. Parecía totalmente normal.

Pero ¿dónde estaba Sarah? ¿Por qué no veía a su hermana?

Un joven se presentó. Se llamaba Baruch, y él, como todos los presentes, sabía quién era ella. Renia se tomó un instante para respirar hondo. Qué delicia, ser ella misma.

Baruch le pareció amable, ingenioso y lleno de vitalidad. La condujo por dos tramos más de escaleras hasta los dormitorios. La habitación estaba silenciosa. Ella entró con cautela. Luego soltó un gemido ahogado.

Allí estaba Sarah, acostada en una cama. ¡Sarah!

Baruch tomó a Renia del brazo y se acercó con ella.

—Eh, ¿te gustaría que Renia viniera a verte? —le preguntó en voz baja.

Sarah se levantó de un salto.

—¡Renia! —exclamó—. Eres lo único que me queda en el mundo. Estaba muerta de preocupación por ti.

Ella sintió el calor de sus besos y abrazos sobre la piel. Las lágrimas empaparon el colchón. A pesar de lo débil que estaba, su hermana mayor la llevó directamente a la cocina para darle de comer. A la luz de la cocina, Renia vio la delgadez de su cara, todo hueso y contorno. Intentó no pensar en que, años antes, Sarah había obtenido los documentos para emigrar a Palestina. El dueño de la zapatería donde trabajaba incluso se había ofrecido a apoyarla económicamente, pero su padre había sido demasiado orgulloso para pedirles a sus familiares el resto de los fondos necesarios. Y ella se había quedado. «Parece mucho mayor», se dijo Renia preocupada. Su semblante no era el de una joven de veintisiete años. Pero mientras observaba cómo le preparaba algo de comer, llena de entusiasmo, pensó: «Todavía es joven de espíritu».



Las hermanas necesitaban un plan para salvar a sus padres y estuvieron días dando vueltas a ideas. Pero ninguna parecía servir. La mujer que la había llevado allí había faltado a su promesa de regresar con ellos, una traición en la que Renia se negó a pensar por miedo a que la rabia la consumiera. Sarah y ella se enfrentaban a una multitud de problemas. Para empezar, en el kibutz no había espacio para los Kukielka. Y, además, la tarifa para llevarlos allí era desorbitada. Imposible.

Luego llegó una carta horrible de sus padres.

Moshe y Leah habían estado los pasados días en un barrio pequeño y sórdido de Sandomierz, una ciudad al este de Miechów, viviendo como animales. Los judíos se apiñaban en habitaciones escuálidas y mohosas, y dormían en el suelo o sobre un delgado colchón relleno de paja. No tenían comida ni combustible para calentarse. Sus días estaban llenos de miedo: a la deportación, al exterminio, a la ejecución, a que prendieran fuego a todo el gueto. A cualquiera de esas atrocidades, en cualquier momento.

Yankeleh también escribió para pedir ayuda a sus hermanas y suplicarles que lo llevaran a Będzin, aunque solo fuera por un tiempo. Lo único que quería era estar con ellas, las únicas personas con las que podía

contar. A pesar de los horrores inhumanos que había presenciado, se aferraba a la vida. «Nuestros padres podrían hacer lo impensable y suicidarse —escribió—. Pero mientras yo esté con ellos, los mantendré cuerdos.» Todos los días se escapaba del gueto para intentar ganar algo de dinero. Cada *grosz* que conseguía se le iba en pagar los ciento veinte eslotis por noche que pagaban por dormir sobre tablones desnudos, amontonados como peces en un barril. Madre, padre e hijo se daban calor «mientras los gusanos nos roían la carne», describió Yankeleh. Llevaban meses sin cambiarse de ropa, ni interior ni exterior. No había detergente ni agua corriente.

Los ojos de Renia galopaban sobre las palabras y se mareó. ¿Qué podía hacer ella? Estuvo despierta varias noches, aterrada al pensar que a todos ellos les estuviera llegando el fin.

Y luego llegó la última carta, la despedida final.<sup>4</sup> «Si no sobrevivimos —escribieron sus padres—, luchad por vuestras vidas. Para que podáis dar testimonio. Para que podáis contar al mundo cómo vuestros seres queridos, vuestra gente, fueron asesinados por pura maldad. Que Dios os proteja. Estamos a punto de morir, sabiendo que vosotras seguiréis con vida. Nuestro mayor dolor es el destino de nuestro hijo menor, Yankel. Pero no albergamos ira hacia vosotras. Sabemos que si pudierais nos salvaríais. Este es nuestro destino. Si esta es la voluntad de Dios, debemos aceptarla.»

Como si eso no fuera suficiente, la carta también hablaba del destino de las hermanas de Renia, Esther y Bela. Se habían detenido en Wodzisław y, al intuir que había una redada de judíos, se habían escondido en una letrina exterior. El hijo de diecisiete años de la dueña de la casa salió para utilizarla, las descubrió y avisó a la Gestapo.

Las llevaron a Treblinka.

Perdido. Todo estaba perdido.

Pero Renia no derramó ni una lágrima. «Mi corazón —escribiría más tarde— se ha vuelto de piedra.»

Fueron días horribles para ella. «Soy huérfana», se repetía a sí misma para asimilar la horrible realidad. Se sentía desorientada, como si le fallaran la memoria y la percepción de sí misma y del lugar donde se encontraba.

Tenía que realinear su ser, recordarse a sí misma que ahora vivía para su hermana y sus camaradas. Esa era su nueva familia.

Sin ellos para enraizarla y proporcionarle un sentido de realidad e identidad, se habría vuelto loca.

Luego perdieron el contacto con Aaron. Se rumoreaba que lo habían trasladado a la fábrica de armas de Skarżysko-Kamienna, donde habían obligado a los judíos a realizar trabajos brutales, descalzos y harapientos, por una simple rebanada de pan y agua fría. Llevaron a ese campo de trabajos forzados a más de veinticinco mil hombres y mujeres judíos, <sup>5</sup> de los cuales casi ninguno sobrevivió a las condiciones insalubres y a la exposición a toxinas que volvían el cabello verde y la piel roja. Renia oyó decir que había contraído tifus. Caía bien a sus superiores, lo que lo salvó de la ejecución inmediata, pero su salud era frágil. Al ser «improductivo», apenas le daban de comer.

Y sin embargo...

Renia y Sarah estaban vivas. Eran sombras de sí mismas, sombras huecas, pero aun así vivas. Su nueva libertad, al igual que la de muchos de los jóvenes judíos que habían perdido a sus padres, iba acompañada de dolor y culpabilidad, pero también de energía. <sup>6</sup> Los lazos que las unían a una vida normal se habían cortado; ya no eran responsables ante los demás. Para vivir, para retener alguna noción del espíritu humano, necesitaban mantenerse activas, diluir su dolor intenso y abrumador volcándose en un trabajo exigente que frenara la introspección.

«Si mi destino es morir —decía Renia pronunciando su versión del mantra de la Resistencia de Abba Kovner—, no dejaré que me lleven como una oveja despistada al matadero.»

Su fervor avivó un fuego intenso que ya ardía entre los jóvenes de Będzin.



# CAPÍTULO 9

## LOS CUERVOS NEGROS

**Chajka y Renia**

OCTUBRE DE 1942

Chajka Klinger corría por las calles y callejones de Będzin. Su primera misión. En el bolso, panfletos escondidos. Tenía el cabello moreno, corto y rizado, <sup>1</sup> y se lo puso detrás de las orejas mientras observaba vigilante con el pulso acelerado. Cada paso entrañaba un gran peligro, pero también un alborozo cuidadosamente contenido. Estaba distribuyendo información sobre las guerrillas, las deportaciones masivas y la situación política. La verdad. Con manos temblorosas, pegó un panfleto en una puerta con cinta adhesiva y entregó otro a un transeúnte. Hasta se aventuró a salir del barrio judío.

¡Por fin *hacía* algo!

En la ciudad de Będzin a la que llegó Renia ya bullía el espíritu de la Resistencia. Una de las líderes que más se hacía oír era Chajka Klinger, de veinticinco años. <sup>2</sup>



Nacida en 1917 en el seno de una humilde familia jasídica de Będzin, Chajka era inteligente y exaltada, lista y apasionada. Vivían a duras penas de la tienda de comestibles de su madre, pues su padre se pasaba todo el día estudiando la Torá y el Talmud. Ella obtuvo una beca poco común para asistir al Fürstenberg Gymnazium, un instituto judío de alto nivel donde aprendió varios idiomas y soñó con convertirse en intelectual. Będzin, con su considerable población judía de clase media, fue de los primeros lugares en albergar muchos movimientos sionistas. <sup>3</sup> La pequeña ciudad, que en la década de 1930 estaba prácticamente libre de antisemitismo, sirvió de

centro impulsor de doce grupos juveniles. La escuela de Chajka, un faro en la comunidad liberal y acomodada de Będzin, apoyaba el sionismo socialista y, fuera de la escuela, Chajka se quedó totalmente fascinada con el rigor intelectual y la filosofía de La Joven Guardia, una elección poco común entre sus compañeros debido a su severidad.

La Joven Guardia, que inventó el modelo de «grupo íntimo», combinaba el anhelo de una patria judía con el marxismo, un romanticismo intenso y la creencia en el estado superior de la juventud y en la vida en contacto con la naturaleza para un cuerpo y una mente sanos. Leían a muchos revolucionarios europeos, promovían una cultura de diálogo y realización personal, y aspiraban a crear un nuevo prototipo de judío. Comprometidos con la verdad, tenían sus diez mandamientos, entre los que estaban las leyes de pureza: estaban prohibidos el tabaco, el alcohol o el sexo. Se promovía el estudio psicoanalítico de la sexualidad, pero se consideraba que el acto distraía de la causa colectiva.

Chajka, con sus camisas con cuello y sus gafas de montura metálica, adoptó con entusiasmo esos puntos de vista radicales, viendo en La Joven Guardia un movimiento innovador que con el tiempo llevaría a la nación judía a una revolución social y nacional completa. Rebelándose contra sus propios orígenes, se sentía vinculada al mantra del conflicto intergeneracional. Además, su primer novio era un miembro entregado. Chajka era extrovertida, sensible y enamoradiza.

Comprometida con la causa, era crítica con los demás pero también consigo misma cuando no alcanzaba los elevados criterios de La Joven Guardia. Enseguida se convirtió en consejera, luego en editora y finalmente en dirigente del movimiento regional.

Su novio había sido reclutado por el ejército polaco. Mientras estaba fuera, ella se fijó en el alto y delgado David Kozłowski, un compañero que iba con los bolsillos llenos de periódicos y tartamudeaba. Un día coincidieron en la biblioteca. El encargado se negó a darle un libro a Chajka porque David, que era su principal lector, lo quería. Él le sonrió. Contrariada, ella fingió que no lo conocía. (Él nunca se lo perdonaría.) Luego él envió un poema al periódico para el que trabajaba Chajka, y ella

se quedó abrumada por su lirismo y el anhelo que transmitía. De pronto se fijó en lo aterciopelados que eran sus ojos hundidos, cuánto dolor encerraban, «los ojos de un soñador». <sup>4</sup>

A finales de la década de 1930, la pareja se unió a un kibutz para prepararse para la *aliyá* ; fue una decisión importante para David, cuyos padres elitistas se lo habían prohibido, pero también para Chajka, pues sabía que estaba renunciando a sus ambiciones intelectuales por una vida de austeridad en el campo. Para el sensible y andrajoso David, en teoría un izquierdista furibundo, el proceso de proletarización fue duro: era capaz de hablar poéticamente acerca del Chen chino, la Unión Soviética y la Revolución española, pero no soportaba la monotonía de sentarse delante de una máquina de coser. A Chajka, una romántica incurable, le pareció que era su deber ayudar a dar a conocer a ese «salvador delicado», ese «pimpollo», y lo apoyó hasta que se convirtió en líder espiritual del grupo. <sup>5</sup> Tenían previsto irse a vivir a Palestina el 5 de septiembre de 1939.

Cuando los nazis atacaron Polonia, cuatro días antes de su partida, ella intentó escapar del país, pero no con su familia, sino con David. Se echaron a los caminos llenos de gente, saltaron de un tren bombardeado desde el aire y esquivaron balas, bombas y árboles caídos. Pero no pudieron salir. Se estaban preparando para huir hacia el este cuando llegó un mensaje del cuartel general de La Joven Guardia que les ordenaba quedarse en Będzin y reactivar el movimiento. Si la comunidad judía permanecía en Polonia, la comunidad de La Joven Guardia también lo haría para «vivir, crecer y morir con ella». <sup>6</sup> Como dirigentes locales, Chajka y David acataron la orden. Pero estaban conmocionados por la brutalidad de los nazis; para Chajka, Alemania era una cultura ilustrada, y ella incluso había esperado un Gobierno progresista.

En la región de Zaglembe, que había sido anexionada al Tercer Reich en lugar de formar parte del Gobierno General, el entorno era más propicio al aprendizaje. Los judíos de esa zona se vieron obligados a trabajar en fábricas alemanas. Zaglembe, que significa «desde la profundidad» en alusión a su reserva minera, era una región industrial rica, y en ella se establecieron decenas de fábricas textiles que producían ropa, uniformes y zapatos. Trabajar en esos «talleres» no era fácil. «Al otro lado de las

ventanas florecen los manzanos y las lilas —escribió una adolescente de la época—, y tú tienes que estar en esta sala sofocante y apestosa, y coser.»<sup>7</sup> Los judíos trabajaban por salarios exigüos y sobras de comida, pero las condiciones eran mucho mejores que en los campos de trabajos forzados, y los dueños de varias fábricas protegieron a su mano de obra barata de la deportación.

Un ejemplo destacado era Alfred Rossner,<sup>8</sup> un industrial alemán que nunca se unió al Partido Nacionalsocialista. Después de la ocupación, se mudó a Będzin para hacerse cargo de una de las fábricas judías y empleó a miles de judíos. Los talleres de Rossner, que fabricaban uniformes nazis, se consideraban indispensables. Todos los trabajadores tenían un pase *Zonder* amarillo que libraba al titular y a dos familiares de las deportaciones. Al igual que el hoy en día famoso Oskar Schindler, Rossner fue protector y amable con sus trabajadores judíos; más avanzada la guerra, los advirtió de las deportaciones y los rescató directamente de los trenes.

Chajka reinstituyó y dirigió La Joven Guardia local, junto con su novio David y otras cuantas mujeres, entre ellas dos hermanas, Leah e Idzia Pejsachson, cuyo padre bundista había participado en la Revolución rusa. El grupo de amigos se reunía clandestinamente en casas particulares. Ante la imposibilidad de hacer la *aliyá*, su objetivo principal era enseñar a los jóvenes a leer y escribir el idioma, así como cultura, ética e historia. A pesar de su decepción personal, Chajka se puso inmediatamente a trabajar, centrándose en las guarderías, los orfanatos y los niños de edad comprendida entre diez y dieciséis años, temiendo que sufrieran de abandono y pobreza al carecer de tutores. Sucios y sin supervisión, los niños conseguían galletas saladas, panecillos, caramelos, cordones de zapatos y corsés, y los vendían por las calles. Chajka no tenía un plan (por lo que se mostraba típicamente autocrítica), pero desbordaba entusiasmo, y empezó con los niños más pobres, consiguiéndoles zapatos y ropa, bañándolos y dándoles de comer. Propuso al *Judenrat* que abrieran guarderías para ayudar a los progenitores que trabajaban. La Joven Guardia lo planificó todo, pero el *Judenrat* se ocupó de llevarlo a término. De todos

modos, ella se quedó encantada con que atendieran a los niños. Esperaba que esos jóvenes huérfanos refugiados pusieran algún día en práctica los ideales de su movimiento.

En el primer invierno de la ocupación, La Joven Guardia de Będzin organizó la fiesta de Purim. Tradicionalmente, era un acontecimiento alegre en la que los judíos se disfrazaban, representaban composiciones satíricas (los *shpiels* de Purim), leían el pergamino enrollado y metían ruido con matracas cada vez que se pronunciaba el nombre de Amán, el malvado ministro persa que había planeado matar a todos los judíos del país. Los judíos rendían homenaje a su salvadora, la reina Ester, que se había disfrazado de reina no judía y, usando su inteligencia y astucia, había convencido al rey Asuero para que suspendiera los planes de Amán.

El orfanato judío Będzin estaba abarrotado, y un montón de niños vestidos con su mejor ropa se reían. De pie en el fondo de la habitación, Chajka pasaba de estar extasiada a vigilar como una guardia de prisiones. Los ojos oscuros le brillaron de orgullo cuando Irka, la hija tercera y la más pequeña de los Pejsachson, dirigió al grupo en una ceremonia especial. Los niños entraron cantando. Ellos escribían y representaban sus propias obras de teatro sobre Israel y sobre la dura vida en las calles, un milagro de Purim. Luego el espacio se transformó y empezó una reunión de ciento veinte miembros de La Joven Guardia, todos con camisa gris o blanca. Los camaradas entonaron al unísono su mantra: «No debemos dejarnos llevar ciegamente por el destino. Seguiremos nuestro propio camino».<sup>9</sup> Chajka no podía creer cuántas personas habían acudido, sobre todo con la guerra librándose alrededor.

El kibutz de Libertad de Będzin, que había acogido a sesenta miembros antes de la guerra, se convirtió en un centro social para todos los movimientos. Organizaba coros, clases de hebreo y una biblioteca, así como programas para niños. Sarah, la hermana de Renia, trabajaba con dedicación en ese frente, actuando con una pasión que había heredado de su madre. Le preocupaban mucho los niños y ayudó a llevar el orfanato del kibutz, llamado Atid, que en hebreo significa «futuro». Las fronteras relativamente porosas de la ciudad de Będzin (no era un gueto cerrado y su servicio postal llegaba a Suiza y otros países) la convirtieron en un centro de educación y

formación. Frumka recorría con frecuencia los trescientos veinte kilómetros que la separaban de Varsovia para organizar seminarios; los dirigentes de La Joven Guardia también lo hacían.

En su apogeo, esas actividades clandestinas involucraron a dos mil jóvenes judíos y muchas se llevaron a cabo en una granja cercana. El *Judenrat* había cedido a los sionistas treinta campos y jardines, además de caballos y cabras, para que los araran, sembraran y cuidaran. Las fotografías muestran a jóvenes de varios grupos con gorras y pañuelos —y sin estrellas amarillas—, sonriendo mientras siegan los cultivos y bailan el hora.<sup>10</sup> Muestran también a Sarah Kukielka en una celebración al aire libre entre un montón de camaradas sentados alrededor de largas mesas adornadas con manteles blancos<sup>11</sup> con motivo del cumpleaños del difunto poeta hebreo Chaim Nachman Bialik.

Los jóvenes organizaban veladas conmemorativas en el campo, en las que cantaban sobre la libertad, compartían recuerdos y hablaban en contra del fascismo. «Cientos de personas se unían a nosotros el *Sabbat* —escribió Chajka—, buscando un poco de hierba verde para respirar.»<sup>12</sup> En la granja, donde «las macetas de la pared tenían un aire festivo», encontraban un lugar de revitalización, reflexión y renovación.<sup>13</sup>

Hacia el otoño de 1941, La Joven Guardia de Będzin estaba en su mejor momento, y Chajka era su madre.



Luego, una noche, hubo redada.<sup>14</sup> Las noches anteriores habían sido aterradoras. No pegó ojo ni Chajka. Esperaban oír el avance y los silbatos de los militares que acudían a secuestrarlos y llevarlos a horribles campos de trabajos forzados, donde las condiciones eran terribles y proliferaban las enfermedades. Pero esa noche sucedió realmente. Ella confió en que dejaran atrás su edificio, pero desgraciadamente no fue así. Aporrearon la puerta, dispuestos a cargarse al conserje por tardar tanto en abrir. Ella confió en que se saltaran su piso, pero de repente estaban dentro, registrando hasta el último rincón.

—Vístase —le ordenaron.

Su madre lloraba y suplicaba a los nazis que la dejaran en paz.

—¡Calla! —le gritó Chajka—. ¡No te atrevas a rogar ni a humillarte delante de ellos! Me voy. Cuídate.

Fuera estaba muy oscuro, y a Chajka le costó distinguir los convoyes y a todas las chicas. Solo oyó como se abrían las puertas. Los alemanes las colocaron en filas y las condujeron al enorme edificio de la escuela municipal. Eran muchísimas: unas dos mil.

Chajka buscó a sus amigas con la mirada. Leah, Nacia, Dora, Hela..., todas las camaradas estaban allí. Como se encontraban en un segundo piso, consideró saltar por la ventana, pero al asomarse vio que había guardias por todo el patio.

A la mañana siguiente habría una selección y deportarían a muchas. Por el momento, Chajka y sus camaradas decidieron lidiar con el caos existente. Había tanto bullicio como en un mercado. Las chicas de Będzin estaban tan apiñadas que casi se tocaban la cara. Un mar de cabezas, llanto, gritos, risas histéricas y asfixia aterradora.

Leah Pejsachson se puso manos a la obra. Fuerte y en forma, la otra dirigente de La Joven Guardia siempre se despertaba la primera a las cinco de la mañana, preparada para cribar, arar y conducir el tractor mientras azuzaba a las demás: «¡Levantaos, perezosas!». En esa ocasión corrió de una habitación a otra. Buscó caras conocidas y, por el camino, abrió ventanas para que las mujeres no se asfixiaran. Oyó a las niñas llorar de modo inconsolable. Con ayuda de Nacia, las reunió a todas en un rincón, las peinó y les dio pan. <sup>15</sup>

—No lloréis —les dijo para tranquilizarlas—. No merecen vuestras lágrimas. ¡Esto es una humillación! No os llevarán a ninguna parte, sois demasiado jóvenes.

Nacia se aseguró de que los nazis verificaran sus edades y logró que las liberaran a todas.

Por la mañana empezó la selección. Todas las mujeres presentaron su certificado de trabajo al inspector alemán, quien dejó en libertad a las que trabajaban en la fábrica de armas.

Aunque Leah fue una de las primeras en ser liberada, no huyó. Esperó a las otras chicas que iban saliendo y les pidió sus certificados de trabajo, luego entró de nuevo en el edificio para dar los documentos a las que no



tenían los papeles en regla. Estuvo «trajinando» fuera todo el tiempo, como describió Chajka, y consiguió que saliera un gran número.

Cuando los alemanes acabaron con su selección, vieron que se habían quedado cortos y deambularon por las calles, apresando a las mujeres que permanecían por la zona. Entre ellas estaba Leah. Esta vez no pudo ayudarse a sí misma con papeles de trabajo. ¡La subieron directamente al carro!

La deportaron a un campo de trabajos forzados, la primera de su grupo. «La echamos muchísimo de menos —escribió Chajka—. Cuánto habíamos conectado con ella.»

Leah escribió cartas desde el campo, y les habló del hambre y de las palizas que recibían hasta las mujeres. «Os echo de menos, pero estoy bien aquí», les aseguró. Trabajaba la mitad del día en la cocina, y la otra mitad en la enfermería. Incluso bajo la mirada vigilante de los nazis, lograba sustraer pan para los prisioneros de rostro ceniciento y moribundo. Sabía que a los que eran fornidos y anchos de hombros no les perjudicarían las pequeñas porciones, pero los de rostro pálido que llegaban directamente de una *yeshiva* y se negaban a comer carne que no fuera *kosher* necesitaban ayuda. ¿De dónde sacaba la comida?, se preguntó Chajka. ¿Cómo lo repartía todo sin que la vieran los alemanes? «Ni siquiera los campos y los vientos lo sabían», escribió Chajka. Trabajar como enfermera era duro, pero Leah sabía que tenía que quedarse allí, donde era útil para muchos, aunque se figuraba que acabaría en prisión.

La cocina no era mejor. Las cocineras aceptaban sobornos y regalos, robaban y daban las mejores raciones a sus amigas. Leah trató de apelar a sus conciencias, predicando y moralizando: «Esto no puede seguir así».

«Leah —le escribió Chajka—, no estás sola en tu lucha. La misma batalla la están librando Rachel en Guten-Bricke, Sarah en Markstädt y Guteh en Klatandorf.» <sup>16</sup> Las judías de Będzin estaban en todas partes, contrabandeando, robando, salvando.





A pesar del estatus especial de la región de Zagłębie, la situación allí empeoró de forma considerable. El trabajo y a no era lo que en última instancia te salvaba. <sup>17</sup> Después de una deportación más reducida en mayo de 1942, los nazis llegaron en masa en agosto, al mismo tiempo que las *Aktions* en Varsovia. Pidieron a los judíos de Będzin que acudieran al estadio de fútbol al día siguiente para una revisión de papeles. Los movimientos juveniles recelaron y les advirtieron que no fueran; los nazis, al enterarse, fingieron que llevaban a cabo esa misma revisión en una ciudad vecina para convencerlos a todos de que no había peligro. Después de eso, la ŻOB debatió si era más seguro obedecer o no. Al final sus miembros decidieron acudir. Chajka estaba entre ellos. <sup>18</sup>

Miles de judíos se dirigieron allí a las cinco y media de la mañana. <sup>19</sup> Esperaron sentados en las gradas, incluso de buen humor y vestidos de forma festiva, como los había animado a hacer el *Judenrat*, hasta que advirtieron que estaban rodeados de soldados con ametralladoras. Los adultos se desmayaron, los niños berrearon. No hubo una gota de agua para combatir la sed extrema hasta que una lluvia torrencial los dejó a todos calados. A las tres en punto empezó la selección: eran enviados de vuelta a casa, a un campo de trabajos forzados, a una nueva inspección o a la deportación y la muerte. El *Judenrat*, para evitar que los nazis se enfadaran, había mentido a sus conciudadanos judíos.

Cuando empezaron a darse cuenta de lo que significaban las colas y de cómo desgarraban a familias enteras, estalló el caos. Muchos intentaron cambiar de sección. Entonces los alemanes empezaron a «divertirse», escribió Chajka, y separaban cruelmente a los progenitores de su prole —mandando a unos a la vida, y a otros a la muerte—, los golpeaban con las culatas de sus rifles y arrastraban a las madres frenéticas por el pelo.

Se habían congregado veinte mil judíos, de los cuales en esos momentos había entre ocho mil y diez mil encerrados en el comedor benéfico, el orfanato y otro edificio del *Judenrat*, esperando a ser deportados a un paradero desconocido. Los guardias de las SS impidieron que les llegaran comida y medicamentos. La gente empezó a suicidarse.

Pero, como siempre, los cabecillas de los movimientos juveniles de Będzin no se conformaron con aceptar su destino. Sabían que los miles de judíos superaban en número a la policía judía y a las SS. Esa noche decidieron actuar. Sin un plan trazado, improvisaron. Los miembros de Libertad reunieron a los niños que iban a deportar y, en cuanto les hicieron una señal, ellos echaron a correr y huyeron. Otros se apoderaron de las gorras de la policía judía y se abrieron paso a empujones y patadas entre la multitud hacia las líneas «seguras». Cuando el *Judenrat* convenció a las SS para que dejaran meter comida, los camaradas se pusieron gorras de policía y entraron en uno de los edificios, y utilizaron los contenedores del pan y las ollas de sopa gigantes para sacar a gente. Otros intentaron cavar túneles por los que fugarse.

Las mujeres de La Joven Guardia comprendieron que tenían que entrar a toda costa en los edificios cerrados con llave. <sup>20</sup> Enseguida convencieron al *Judenrat* de la necesidad de montar una enfermería dentro del orfanato, y entraron con delantales blancos y se desperdigaron por todos los rincones. Esas «enfermeras» consolaron y vendaron a los enfermos, pero su tarea principal era ayudar a la mayor cantidad posible de mujeres a escapar. Cada una se quitó el uniforme blanco y se lo entregó a una presa, diciéndole: «Vístete rápido, toma este certificado y, sin mostrar miedo, sal por la entrada principal. Nadie te parará. Una vez fuera, manda el uniforme de vuelta».

Cada vez que una «enfermera» salía del edificio, tenía que ir con cuidado con el gendarme que vigilaba la puerta. A uno de ellos las chicas le prometieron un reloj de oro. Pero, si era el teniente, tenían que sonreírle radiantes y poner cara inocente.

Mientras tanto, Irka Pejsachson descubrió una ruta al exterior que salía del ático y cruzaba un bloque de viviendas civiles sin vigilancia. <sup>21</sup> Las chicas apostaron a alguien para que vigilara la puerta del ático mientras las demás abrían un boquete en la pared. Temblando de miedo, lograron sacar a judíos, uno por uno. Según un testimonio, liberaron a dos mil.

De pronto unos funcionarios alemanes irrumpieron en el edificio y les pidieron la documentación. Una ayudante no vestía el uniforme y otra no tenía papeles. Se las llevaron. Como sabía bien Chajka, «siempre había

sacrificios».



Los movimientos juveniles de Będzin, entre los que se encontraban La Joven Guardia y Libertad, empezaron a trabajar juntos, impulsados por esas brutales deportaciones, por las noticias que les llegaban de ejecuciones masivas en Vilna y en Chełmno, y por las visitas estimulantes de Tosia, que instaba en particular a las jóvenes a llevar a cabo misiones y actuar,<sup>22</sup> así como por las inspiradoras historias de la resistencia de Varsovia y las actividades de los partisanos. Habían comprobado de primera mano que con un mínimo de organización se podían salvar vidas.

En el verano de 1942, Chajka recibió a Mordechai Anilevitz, uno de los cabecillas de La Joven Guardia que había llegado de Varsovia. Lo tenía en la más alta estima y lo llamaba el «orgullo del movimiento»,<sup>23</sup> con sus «habilidades insólitas y poco comunes» que lo convertían en un hombre de grandes teorías y, al mismo tiempo, en un líder pragmático. «Mordechai era valiente —continuó ella—. No porque quisiera serlo, sino porque realmente lo era.»

Al final del verano, mientras tenía lugar la liquidación del gueto de Varsovia, los cabecillas de varios grupos sionistas se reunieron en la cocina de la granja juvenil de Będzin para escuchar una conferencia magistral de dos horas que impartió Anilevitz, con el título «Una despedida de la vida». Bien erguido y con el cuello de la camisa desabrochado, les contó lo que sabía. Chajka asistió con su novio David y las hermanas Pejsachson; se le erizó el vello cuando lo oyó hablar de las cámaras de gas y las muertes masivas por asfixia que tenían lugar en Treblinka. Pero él también les habló de los esfuerzos de resistencia de Vilna, Białystok y Varsovia. Anilevitz pidió acción y muertes honrosas, una visión romántica que atrajo a Chajka.

Fue alrededor de esa época cuando se fundó oficialmente la ŻOB de Zagłębie, un satélite de la célula de resistencia de Varsovia que estaba compuesta por doscientos camaradas de varios movimientos.<sup>24</sup> Będzin ya había creado un fuerte vínculo con Varsovia, y enviaron mensajeros para recopilar información, planes y armas. Będzin también se comunicaba por

correo postal con Ginebra, donde se estableció el comité de coordinación de los Pioneros. Por otra parte, se enviaron postales cifradas de Będzin a Suiza para informar de las actividades de la ŻOB en Varsovia.

Las postales que se conservan de Frumka, Tosia y Zivia, dirigidas a judíos afincados fuera de Polonia, <sup>25</sup> están llenas de claves secretas. Los acontecimientos a menudo se convertían en personas. Por ejemplo, para indicar que estaban celebrando un seminario, Tosia escribió que «Seminarsky nos está visitando [...] y se quedará un mes». Frumka escribió: «Estoy esperando las visitas de Machanot y Avodah». *Machanot* y *Avodah* son palabras hebreas que significan «campamentos» y «trabajo», respectivamente; se refería a los campos de trabajos forzados nazis. «EC está en el hospital de Lemberg» significaba que lo habían arrestado. «Pruetnitsky y Schitah han venido conmigo.» De nuevo, eran palabras hebreas para referirse a los pogromos y la destrucción. Cuando, en cartas desgarradoras, Zivia rogaba a los judíos estadounidenses que enviaran dinero «para que los médicos ayuden a VK a combatir la enfermedad», estaba pidiendo armas para salvar al pueblo judío.

El llamamiento que hizo Anilevitz a la autodefensa transformó a Chajka. Se volvió más radical que él, y una de las defensoras más feroces de la ŻOB. «Ningún movimiento revolucionario, y mucho menos [uno de] los jóvenes, se había enfrentado nunca a problemas como el nuestro: el hecho único y crudo de la aniquilación, de la muerte. Nosotras nos enfrentamos a él cara a cara y encontramos una respuesta. Encontramos un camino: la *haganá* [la defensa].» <sup>26</sup> Según ella, La Joven Guardia ya no podía proponer una filosofía de optimismo radical, sino de violencia. La defensa armada para luchar como judíos, junto a judíos y dejando un legado judío: ese era el único camino a seguir. Rechazó todos los planes de huida o rescate. «La vanguardia —escribió más tarde— debe morir donde muere su gente.» <sup>27</sup>

Al igual que Zivia, Chajka se sentía obligada a difundir la verdad, y se enfadaba con los dirigentes que intentaban ocultarla. «Teníamos que abrir los ojos [de la nación], evitar que se adormeciera con opio y mostrarle la cruda realidad —insistió—. Porque queríamos provocar una reacción.» En

su diario escribió: «Solo nosotros, los cuervos negros, decimos que, si hay una campaña, ya no nos tratarán con guante de seda. Nos liquidarán de una vez por todas».

Pero, como en Varsovia, no era fácil formar un cuerpo militar. En Będzin también carecían de armas, entrenamiento y contactos con los grupos de la resistencia polaca, así como del apoyo del *Judenrat* y de la comunidad. Los jóvenes tenían poco dinero y les llenaba de profunda amargura que los judíos extranjeros no estuvieran ayudando. Cuando asesinaron a los cabecillas de La Joven Guardia de Varsovia y se perdieron armas, Anilevitz tuvo que regresar allí, dejando a la rama de la ŻOB de Będzin expectante, sin un dirigente que pudiera ocuparse de asuntos de alto nivel, y a la espera de recibir dinero e instrucciones. Los camaradas suspiraban por tener noticias de Varsovia o de la resistencia polaca, y se sintieron inútiles e inquietos. Muchos soñaban con unirse a los partisanos, pues preferían morir en el bosque que en los campos. A finales de septiembre llegó por fin Zvi Brandes, un cabecilla a quien Chajka conocía bien de la *hajsará* , y al que respetaba por sus «brazos gruesos, nervudos y musculosos», <sup>28</sup> su constitución como de roca y sus andares seguros, para ayudarlos a dirigir la Resistencia... y cosechar patatas cuando se necesitaba mano de obra.

Zvi cambió de enfoque, y del fracaso de contactar con los partisanos pasó a concentrarse en la defensa y la propaganda. La acción empezó de inmediato. Formaron grupos de cinco; como en su modelo educativo establecido hacía tiempo, <sup>29</sup> se trataba de unidades secretas de combate constituidas por cinco miembros, cada una con su propio comandante. Los combatientes discurrieron formas de desafiar y atacar al *Judenrat* . Publicaron boletines clandestinos, cartas y un periódico diario. Los camaradas que trabajaban en fábricas de uniformes imprimieron volantes en alemán en que imploraban a los soldados que depusieran las armas, y los introdujeron en los zapatos nuevos que enviaban al frente.

Esas fueron las primeras misiones de Chajka, salir a las calles y callejones y repartir volantes clandestinos en los que contaban la verdad y pedían a la gente que se rebelara.



Con qué rapidez se acostumbra una a una nueva normalidad. A pesar de los trabajos forzados y las deportaciones que llevaban a la muerte, la vida en Będzin era «una maravilla» para Renia.<sup>30</sup> En la morada comunal se respiraba una gran tranquilidad. Hacían sopa con restos de verduras y horneaban pan. Trabajaban treinta y siete camaradas. Muchos tenían los permisos *Zonder* que les permitían moverse y los protegían de los trabajos forzados y la ejecución. Debido a la escasez de mano de obra, los camaradas salían a trabajar todos los días, y por las tardes ayudaban en la lavandería del kibutz o en las tierras. En cuanto llegó Renia, la más joven de todas, la pusieron a trabajar en la lavandería, que pasó a ser propiedad del *Judenrat* ; al parecer, cobraban una pequeña cantidad por lavar los uniformes nazis.<sup>31</sup> En Zaglembe aún no se percibía el tormento que Renia había presenciado en la sección del Gobierno General de Polonia.

«A veces miro a los camaradas que viven aquí y no puedo creer lo que veo —escribió más tarde—. ¿Es posible que haya realmente judíos aquí viviendo como seres humanos visionarios de un futuro?» Le asombraba su mirada siempre puesta en Eretz Israel, y cómo hablaban y cantaban como si estuvieran en un sueño, ajenos a las atrocidades indescriptibles que ocurrían a su alrededor.

Y entonces llegó Hantze Płotnicka,<sup>32</sup> con un espíritu aún más optimista. Hantze se había quedado en Grochów, en las afueras de Varsovia. La granja se había convertido en un centro de la Resistencia, así como en parada obligada para los mensajeros: un lugar donde pasar la noche antes de entrar en el gueto al día siguiente y esconder material clandestino. Al cerrar la granja, enviaron a Hantze a Będzin. Su viaje estuvo lleno de peligros, pero, en cuanto llegó, Renia tuvo la sensación de que todo el grupo empezaba una nueva vida. El buen humor de Hantze la impresionó. Conocía a todos los miembros del kibutz y señalaba sus cualidades únicas. Se negó a interrumpir la actividad cultural. Tras un día de trabajo arduo, reunía a los miembros para una *siche* o conversación filosófica, y cuando hablaba de los kibutz de Palestina se le iluminaba el rostro. Ayudaba a los camaradas a preparar actos de resistencia. Estaba en contacto con miembros de los alrededores y de Varsovia, sobre todo con su hermana Frumka.

A Hantze le gustaba hablarles de las terribles condiciones en las que habían vivido en Grochów, el hambre y la persecución, las comidas a base de grasa cocida, hojas de repollo podridas y peladuras de patata. Riéndose, les contó cómo solía engañar a los alemanes yendo a pie hasta Varsovia disfrazada de gentil. Cuando los habitantes de Będzin se quejaban de las dificultades en las que vivían, Hantze se burlaba de ellos, escribió Renia. «En Grochów, las condiciones eran mucho peores —decía con una sonrisa— y hasta *ellos* se mantenían con vida.» <sup>33</sup>



Un día, según explicó Renia, los camaradas se reunieron con un revisor de tren polaco y este les contó lo que sabía, completando con detalles concretos los vagos testimonios que les habían llegado. Había ido en un tren que se dirigía al pueblo de Treblinka, al nordeste de Varsovia, adonde llegaban trenes de toda Europa. Unas pocas estaciones antes le ordenaron bruscamente que se bajara y pusieron en su lugar a un revisor alemán, todo ello para mantener en secreto el lugar donde se llevaba a cabo el asesinato en masa. En Treblinka, los nazis golpearon a los judíos y los hicieron moverse deprisa para evitar que repararan en su entorno. Luego llevaron rápidamente a los enfermos a una tienda de campaña y les dispararon.

Los otros recién llegados dieron por hecho que iban a ponerlos a trabajar. Los alemanes separaron a los hombres de las mujeres. Luego dieron pan y leche a los niños. Los hicieron desnudar a todos, y su ropa fue a parar a un montón cada vez más alto. Les repartieron jabón y toallas, y les dijeron que se dieran prisa para que no se enfriara el agua. Pero los siguieron con máscaras de gas. Entonces la gente se puso a llorar y a rezar. Los gendarmes apretaron el botón del gas. Los judíos cerraron los ojos, se les tensaron los músculos como si fueran cuerdas tirantes y, abrazados unos a otros en una masa gigante y petrificada, se asfixiaron. Cortaron la masa en partes más pequeñas, dijo el revisor, las levantaron con grúas y las dejaron caer en vagones de tren que descargaron en fosas.



«El suelo lo absorbe todo —escribió Renia más tarde, fortaleciendo su resolución interior—, menos el secreto de lo sucedido.» <sup>34</sup> Sabía que las historias encontrarían una vía de escape.



Más historias llegaron a oídos de Frumka. Al igual que su hermana, la habían enviado de Varsovia a Będzin, en principio para buscar una ruta a Palestina a través de Eslovaquia, en la frontera sur de Polonia; una vez allí debía escapar y servir de mensajera de la nación. Disfrazada de cristiana, había «atravesado el infierno» en los meses anteriores, pues había estado viajando entre Białystok, Vilna, Lvov y Varsovia. Aunque Frumka llegó a Będzin cansada y deshecha, Renia recordaba ese día como uno de las más felices de la vida de las dos hermanas: «Me acuerdo de que se pasaron una hora entera hablando de todo aquello por lo que habían pasado». <sup>35</sup> Las hermanas lo eran todo la una para la otra.

Por las noches Frumka se dedicaba a contar al kibutz las atrocidades que se estaban llevando a cabo en todo el país, y les hablaba de los comités de exterminio formados por cientos de ucranianos y hombres de la Gestapo, y apoyados por miembros de la milicia judía que luego se ejecutaban a sí mismos. Por las calles del barrio judío de Vilna había charcos de sangre. Los asesinos se paseaban alrededor con una alegría maniaca. Las calles, los callejones y los bloques de pisos estaban cubiertos de cadáveres. Por todas partes había personas gritando y gimiendo como animales salvajes. «¡No estamos recibiendo ayuda de ninguna parte! —gritó Frumka—. El mundo nos ha abandonado.» <sup>36</sup> Las historias que contaba eran tan horribles y gráficas que Renia no podía sacárselas de la cabeza durante días. Frumka asistía a cada una de las frecuentes asambleas que celebraban y en ellas pedía una sola cosa a cada miembro: «¡Defendeos!».

Renia, contagiada de la dedicación de Frumka, veía a «la madre» llevar sobre sus hombros el peso del kibutz al mismo tiempo que se embarcaba en misiones comunitarias de mayor envergadura. Como en Varsovia, todos los habitantes de Będzin la conocían y apreciaban. Ella aliviaba su sufrimiento con palabras de consuelo y consejos sinceros. No dejaba descansar al *Judenrat*. Logró que derogaran varios decretos y salvó



a más de una persona del «clavo de la muerte». Hablaba poco de sus actividades, pero todos sabían que ayudaba a los encarcelados e intentaba ponerse en contacto con judíos de otros países. Cada vez que lograba un objetivo, se ponía eufórica; su pasión conmovía a todos.



Las historias de Frumka, la vitalidad de Hantze, el testimonio del revisor del tren y todo lo que habían oído contar a Anilevitz fueron un acicate para la ŻOB de Zagłębie todavía en ciernes. Chajka observó con orgullo cómo los miembros acudían con relojes, ropa y paquetes de comida que habían recibido de fuera del país, cualquier cosa de valor que se pudiera vender para comprar suministros que los hicieran atractivos a los ojos de los partisanos, incluso zapatos. Soñaban con comprar armas. Pedían aportaciones a los judíos ricos, si bien Chajka se mostraba firme en que no debían tomar un *groschen* más del necesario, aunque el donante tuviera millones. Llegaron a recaudar unos dos mil quinientos *reichsmarks* ,<sup>37</sup> lo suficiente para que más de diez personas «solicitaran» un puesto entre los partisanos. Los camaradas montaron su primer taller, donde hicieron cuchillos y experimentaron con explosivos caseros con la esperanza de llegar a dominar la fabricación de granadas y bombas.

Chajka Klinger estaba deseando lanzar una.



En el aire flotaba realmente un espíritu de rebelión. Ese otoño de 1942, en la ciudad cercana de Lubliniec estalló una revuelta espontánea.

Una tarde los nazis dieron la orden de que todos los judíos se reunieran en el mercado y se desnudaran. Obligaron a todos, hombres, mujeres, ancianos y niños, a quitarse toda la ropa, incluso la interior, con el pretexto de que el ejército alemán la necesitaba. De pie junto a ellos, vigilaban con látigos y palos. A las mujeres les arrancaron la ropa del cuerpo.

De repente una docena de judías desnudas atacaron a los oficiales con las uñas. Animadas por los transeúntes que no eran judíos, les mordieron y, con manos temblorosas, cogieron piedras del suelo y se las arrojaron.

Los nazis se quedaron estupefactos y, presas del pánico, huyeron, dejando atrás la ropa confiscada.

«La resistencia judía en Polonia: unas mujeres machacan a unos soldados nazis», rezaba el titular del informe sobre lo ocurrido de la Agencia Telegráfica Judía, que llegó de Rusia y se publicó en la ciudad de Nueva York. <sup>38</sup>

A raíz de ese incidente, muchos judíos de Lubliniec, entre los que había mujeres, decidieron unirse a los partisanos. Fue alrededor de esta época cuando surgió la primera resistencia judía armada en el corazón de la capital del Gobierno General.

# CAPÍTULO 10

## TRES FRASES EN LA HISTORIA: UNA NAVIDAD SORPRESA EN CRACOVIA

**Gusta**

### **El juramento de Akiva <sup>1</sup>**

Prometo participar en la resistencia activa dentro del marco de la Organización Judía de Combate del Movimiento Juvenil de Jalutz.

Juro por todo lo que más quiero, y, ante todo, por la memoria y el honor de los judíos polacos que están falleciendo, que lucharé con todas las armas a mi alcance hasta el último instante de mi vida para resistir contra los alemanes, los nacionalsocialistas y cuantos están aliados con ellos, los poderosos enemigos del pueblo judío y de toda la humanidad.

Prometo vengar la muerte inocente de millones de niños, progenitores y ancianos judíos, defender el espíritu judío y alzar con orgullo la bandera de la libertad. Prometo derramar mi propia sangre luchando por un futuro prometedor e independiente para la nación judía.

Prometo luchar por la justicia, la libertad y el derecho de todos los seres humanos a vivir con dignidad. Lucharé codo con codo con quienes comparten mi anhelo de un orden social libre y equitativo. Serviré fielmente a la humanidad, dedicándome sin titubear a conquistar derechos humanos para todos, supeditando mis deseos y ambiciones personales a esta noble causa.

Prometo aceptar como hermano a todo aquel que esté dispuesto a unirse a mí en esta lucha contra el enemigo. Prometo imprimir el sello de la muerte en cualquiera que traicione nuestros ideales compartidos. Prometo resistir hasta el final, y no retroceder ante la abrumadora adversidad o incluso la muerte.



OCTUBRE DE 1942 <sup>2</sup>

Gusta Davidson llegó exhausta a Cracovia, <sup>3</sup> la capital del Gobierno General. Llevaba días viajando, levantándose al amanecer y caminando durante kilómetros, en constante tensión nerviosa y peligro. Primero, había rescatado a los miembros de su familia que se encontraban atrapados en un pueblo cercado por la policía. Luego, en el largo regreso a Cracovia sin

dormir, sorteó interminables obstáculos logísticos: enlaces, caballos y calesas, carruajes abiertos, motocicletas y horas de espera en las estaciones de tren.

Sus piernas hinchadas la llevaron a rastras al barrio judío de su ciudad, una pequeña zona de edificios de escasa altura en la orilla sur del río, lejos del grandioso castillo de techo rojo y del sinuoso y colorido centro medieval. Antes de la guerra vivían en Cracovia sesenta mil judíos, es decir, una cuarta parte de la población de la ciudad; <sup>4</sup> en el antiguo barrio de Kazimierz había siete sinagogas históricas de una arquitectura magnífica que databa de 1407.

Gusta se acercó al gueto con sus labios brillantes y sus altos pómulos inusualmente pálidos. Tenía profundas ojeras. Estaba muerta de cansancio, pero cuando se acercó a la cerca de alambre de púas y oyó el ronroneo de las calles concurridas, y «el ajetreo y el bullicio» de las multitudes en los edificios de alrededor, <sup>5</sup> cuando reconoció rostros y reparó en otros que no conocía, se sintió vigorizada y preparada para abrazarlos a todos. El gueto existía desde hacía más de un año, pero cambiaba constantemente. Al huir los judíos, habían llegado los refugiados, como si se tratara de un lugar seguro. Al igual que Gusta, todos habían estado escapando de una ciudad sitiada a otra, huyendo en círculos hasta que se les agotaron las fuerzas y el dinero, o los sorprendió una *Aktion*. Ella se sentía segura, incluso tenía una sensación de pertenencia, en su errar vagabundo. Estuvo tentada de preguntar a cada judío con que se cruzaba: «¿De dónde has escapado tú?».

Esa cálida tarde de domingo advirtió que muchos de ellos habían perdido la voluntad de vivir, sabiendo que se acercaba su fin. Aun así, esperaban que la muerte los cogiera por sorpresa; se negaban a rendirse. «Haz que nos persigan.» Gusta también comprendió que «las personas mayores carecían del espíritu de lucha», que los años de degradación y hostigamiento habían marcado sus «almas magulladas y desesperadas». <sup>6</sup> Los jóvenes, por otro lado, tenían tantas ganas de vivir que, irónicamente, se precipitaban por sí solos hacia la Resistencia y hacia una muerte segura.

En la entrada angosta del gueto, un boquete abierto en los muros que habían sido moldeados a propósito para que parecieran lápidas, varios camaradas encontraron a Gusta arrastrándose y la ayudaron. Sus voces y sus rostros, su preocupación por lo que ella había tardado en volver, todo se fundió en una cálida nebulosa. La ciudad de Cracovia era una de las pocas comunidades judías que quedaban, y en aquel momento era un centro del movimiento de Resistencia, a pesar de estar repleta de nazis de alto nivel. Gusta, que había crecido en una familia extremadamente religiosa, era una miembro destacada de Akiva, un grupo sionista local. Una amiga la había introducido, y ella se había dejado seducir por su idealismo y abnegación. Trabajaba en el comité central en calidad de escritora y editora de su publicación, así como de encargada del registro de toda la organización. A diferencia de los grupos sionistas izquierdistas seculares, Akiva hacía hincapié en la tradición judía y celebraba todos los viernes la ceremonia del Óneg Shabat.

El verano anterior, sin ir más lejos, el grupo había estado viviendo en una granja en el pueblo cercano de Kopaliny, un remanso de paz en medio de la barbarie y la violencia. «La quietud que emanaba de los bosques profundos descendía del cielo y era absorbida por la tierra —describió Gusta—, y ni una sola hoja se movía.»<sup>7</sup> Vivían en comunidad entre perales, huertos, cerros y quebradas, bajo un sol que «rodaba lentamente por el cielo azul».<sup>8</sup> Pero el marido de Gusta, Shimshon, que era un dirigente de Akiva, sabía que el movimiento moriría, al igual que la mayoría de ellos. Convocó una reunión. La guerra no era un temblor momentáneo: el salvajismo sería peor de lo que habían imaginado; se cometerían asesinatos en masa diabólicos. Gusta y sus camaradas lo creyeron, pero también se sentían comprometidos con los ideales de Akiva: «Llevar a los jóvenes a la vanguardia [...] para contrarrestar el cinismo cada vez mayor», mantener la decencia y la humanidad, y «aferrarse a la vida».<sup>9</sup>

Al estallar la guerra, habían arrestado a Shimshon por sus escritos antifascistas. La pareja, que se había casado en 1940, había hecho el pacto de que, si capturaban a uno, el otro se entregaría. De modo que Gusta también fue a la cárcel. Salieron pagando una cantidad enorme y continuaron trabajando. «No es posible proteger a los combatientes

escondiéndolos en un refugio», pensaban. <sup>10</sup> Pero durante el verano de 1942 se dieron cuenta, al igual que sus camaradas en Varsovia y Będzin, de que el movimiento tenía que cambiar.

«Queremos sobrevivir como una generación de vengadores —declaró Shimshon en una reunión—. Si sobrevivimos, tendrá que ser como grupo, con un arma en las manos.» Discutieron. ¿Sería demasiado grande el contraataque de los nazis? ¿Deberían rescatarse solo a sí mismos? Pero no, tenían que luchar. Incluso Gusta —quien como amante de los libros era totalmente ajena a la violencia— sentía el profundo deseo de venganza; matar al enemigo que había asesinado a su padre y a su hermana. «Las manos, ahora cubiertas de tierra fértil —escribió—, no tardarían en estar empapadas de sangre.» <sup>11</sup> La creación de Akiva conllevaría destrucción. Hacia agosto se habían fusionado con La Joven Guardia, Libertad y otros grupos para formar los Pioneros Combatientes de Cracovia.

En esos momentos, justo en las puertas del gueto, oyó a los camaradas murmurar sobre el temperamento de Shimshon; lo preocupado que había estado al ver que ella se retrasaba. Ella se sonrojó y se rio fuerte para ocultar su vergüenza por haber sido objeto de rumores. Su marido incluso interrumpió el trabajo para recibirla. Ella sintió la presión de la palma estrecha y dura en su espalda y lo miró a los ojos azul acerado cuando se encontraron cara a cara. Y de pronto comprendió: él ahora era un combatiente a tiempo completo, la lucha era su «mujer fatal». <sup>12</sup> Ella sola se encargaría de todo lo demás. Con esos ojos penetrantes y oscuros, y esa melena de estrella de cine, él ya no la veía a ella, sino el futuro.

«Solo tengo un momento», le susurró, y Gusta supo que así sería siempre. <sup>13</sup> Lo esperaban en una reunión. Ella había asistido a muchos de los encuentros de los dirigentes más importantes, pero a ese no la invitaron. Intuyó que estaban planeando su propia acción.



Cracovia era una ciudad estratégica para los nazis, por lo que la declararon sajona con raíces prusianas y la nombraron capital del Gobierno General, en lugar de Varsovia. Estaba, por tanto, fuertemente protegida. <sup>14</sup>

Los judíos que vivían en ella lo hacían muy cerca de muchos oficiales de las SS de alto rango. En ese ambiente particularmente cargado trabajaba la resistencia juvenil.

Así que cuando, semanas después, Shimshon no regresó a casa durante días, Gusta se puso fuera de sí. La catástrofe podía sobrevenir en un instante; bastaba con que alguien creyera reconocer a su marido y estaría acabado. Shimshon era perspicaz y creía que, si la Resistencia hubiera hecho tanto esfuerzo en combatir de verdad contra el enemigo como en proclamar su disposición a luchar, ya habría ganado muchas batallas. Cuando por fin regresó, lo hizo por poco tiempo antes de partir de nuevo. A ella la invadió la tristeza. ¿Era mejor estar físicamente separados e imaginar el reencuentro, o tenerlo cerca pero emocionalmente distante?

Desde el regreso de Shimshon todos sabían que se estaba organizando una batalla trascendental, dentro del gueto y en los bosques. Y, a pesar de las frías condiciones del otoño, todos querían participar en ella. Según el plan maestro, el grupo de Cracovia estaba dividido en cinco unidades, y cada una era autosuficiente y contaba con un cabecilla, un experto en comunicaciones, un administrador y un oficial de suministros. Cada grupo tenía sus propias armas, provisiones, un área de operación y un programa de acción aparte. Solo los miembros de un grupo sabían quiénes eran los otros componentes y conocían sus planes, e incluso dentro de un mismo grupo los miembros no sabían el paradero de los demás.

Todo ese secretismo militar era contrario a la cultura de apertura y de no violencia de su grupo juvenil. Pero era increíble la dedicación entre los miembros que habían perdido su hogar y su familia. «El grupo se había convertido en el último refugio de su travesía mortal —explicaría Gusta—, el último puerto de sus sentimientos más íntimos.» <sup>15</sup> Aunque se suponía que los camaradas no debían reunirse (sus risas y su compañerismo llamaban demasiado la atención), no pudieron resistirse. «Sus muestras de euforia proporcionaban una salida desesperada a su psique prematuramente marcada —intuyó Gusta—. A la pregunta de si no eran tal vez demasiado inmaduros para ser combatientes efectivos del movimiento, ¿qué respuesta podría darse? Nunca habían tenido la oportunidad de vivir la juventud y

nunca lo harían.» <sup>16</sup> Los dirigentes de los movimientos olvidaron las diferencias ideológicas y se congregaron en el centro del gueto, a pesar de que esas reuniones eran expuestas y arriesgadas.

Shimshon, un tipógrafo aficionado con experiencia en grabado y aguafuerte, estaba a cargo de la «oficina técnica». <sup>17</sup> Era una época de «papeles, desorden, tampones, pases, certificados», observó Gusta, y Shimshon falsificaba documentos para garantizar la libertad de movimiento de los combatientes. Al principio, llevaba toda la oficina «en los bolsillos del abrigo», y cada vez que tenía que fabricar un documento y desplegar su equipo sobre un mantel, buscaba frenético una habitación. Pero ahora necesitaba más espacio y empezó a llevar un maletín al trabajo; deambulaba por el gueto, de una habitación vacía a otra, con su «oficina flotante». Por desgracia, un maletín no era suficiente y necesitó dos. Y luego más. Un equipo de asistentes lo seguía con su colección de maletines, cajas, máquina de escribir y paquetes, lo que se convirtió en un problema de seguridad grave para toda la brigada del taller. La oficina necesitaba un lugar permanente.

En Rabka, un pequeño pueblo situado a las afueras de Cracovia, Gusta acondicionó un piso en una hermosa villa. Además de una gran sala con dos ventanas, tenía una cocina y un porche, y estaba «amueblado con modestia pero con buen gusto e irradiaba tranquilidad doméstica». Puso flores encima de la mesa, colgó cortinas en las ventanas y colocó cuadros en la pared, todo para crear un ambiente hogareño, como un «nido acogedor», escribió. <sup>18</sup>

Allí Gusta debía «interpretar el papel de esposa enferma que pasaba el otoño d orado» en una región turística. Su sobrino de seis años, Witek, estaba con ella; de día jugaban en el jardín, salían a pasear o alquilaban un bote en el río tranquilo. Shimshon tomaba el autobús a Cracovia todas las mañanas y llegó a hacerse amigo de los demás viajeros. «Misterioso y con una expresión firme, tenía un aire intimidante», escribió Gusta. La gente se creía que trabajaba para el Gobierno y le cedían el asiento. Todos daban por hecho que eran una familia rica y que él regresaba a casa con trabajo en el



maletín para pasar más tiempo con su joven esposa y su hijo. Nadie podía sospechar que en su villa se encontraba la fábrica de falsificaciones de la resistencia judía.

En un rincón alejado de la ventana, Gusta instaló una oficina completa: un escritorio, una máquina de escribir y el equipo. Si durante el día disfrutaba de la tranquilidad doméstica, las noches, a partir de la llegada tardía de [Shimshon], las dedicaba enteramente al trabajo. En cuanto se apagaban las luces en el pueblo, Gusta tapaba las ventanas y echaba el cerrojo de la puerta. Hasta las tres de la mañana, falsificaba documentos y escribía y editaba su periódico clandestino, *Fighting Pioneer*, que salía todos los viernes y consistía en diez páginas mecanografiadas en las que colaboraban una lista de judíos. Gusta y Shimshon imprimían doscientos cincuenta ejemplares que eran distribuidos por parejas de combatientes por toda la región de Cracovia.<sup>19</sup> Luego disfrutaban de unas pocas horas de sueño hasta que él tenía que levantarse para tomar el autobús de las siete de la mañana de vuelta a la ciudad, donde debía parecer descansado.

A veinte minutos de distancia vivía Hanka Blas, una camarada de Akiva y mensajera de Shimshon. A Gusta y a ella las unía un «amor fraternal»,<sup>20</sup> y aunque habría sido más seguro que prescindieran de todo contacto, no podían estar separadas, pues les reconfortaba estar en compañía de una amiga que conocía su verdadera identidad y entendía su desesperación. Los vecinos dieron por hecho que Hanka era la niñera de Witek. Ella sacaba furtivamente boletines clandestinos, y algunas mañanas llenaba su cesta con huevos, champiñones, manzanas y el material impreso la noche anterior, se ponía un pañuelo en la cabeza y se subía al autobús como si fuera al mercado. A veces se sentaba junto a Shimshon, fingiendo que no lo conocía.



Un bonito día, según contó Gusta, apareció Hela Schüpper en el gueto de Cracovia después de regresar de Varsovia.<sup>21</sup> Una «belleza voluptuosa» de tez blanca y mejillas sonrosadas y llenas,<sup>22</sup> Hela se sirvió de su encanto, elocuencia y profunda perspicacia para convertirse en la principal mensajera de Akiva. Había crecido en el seno de una familia jasídica y

asistido a una escuela pública polaca. Cuando una organización nacionalista de mujeres acudió a reclutar a estudiantes y ninguna se ofreció voluntariamente, Hela se avergonzó de la falta de patriotismo de sus compañeras judías y se apuntó. Sus reuniones la pusieron en contacto con la cultura, los deportes y el manejo de fusiles y pistolas, pero ella al final renunció asqueada por lo que percibió como un movimiento antisemita promovido por un líder afiliado. Shimshon la convenció para que se enrolara en Akiva, prometiéndole que no era un grupo ateo. A los Schüpper les disgustó más ese paso que su participación en la organización polaca. Hela dejó a su familia, y el movimiento se convirtió en su hogar.

Dotada de seguridad en sí misma y de un autocontrol impecable, así como de una licenciatura en Comercio, había representado a Akiva el verano anterior en la reunión de los grupos juveniles celebrada en Varsovia en la que se había decidido constituir una fuerza de combate; ella había estado llevando información y documentos entre las ciudades. Pero esa mañana de otoño de 1942 llegó con algo distinto: un alijo de armas. Dentro de su abrigo holgado llevaba dos rifles Browning y en su bolso de moda tenía tres armas de mano y varios cargadores.

«A nadie se le había recibido nunca con las muestras de afecto que le llovieron a Hela —escribió más tarde Gusta—. Es imposible describir la euforia que esas armas suscitaron.» <sup>23</sup> La gente pasaba por la habitación donde ella descansaba solo para ver la bolsa que colgaba de la pared, y Shimshon estaba «feliz como un niño», recordó ella. <sup>24</sup> Los cabecillas empezaron a fantasear: con esas armas podrían obtener potencialmente más. Ese era el comienzo de una nueva era.

Sin embargo, no habían recibido ningún entrenamiento militar y carecían de la más mínima ética militar. Les incomodaba llevar a sus miembros a la muerte, por no decir más. Sabían que tenían que colaborar con el Partido Obrero Polaco (POP) clandestino. Su contacto principal era Gola Mire, <sup>25</sup> una poeta judía batalladora que había sido expulsada de La Joven Guardia años atrás por sus opiniones izquierdistas radicales. Comunista activa, la habían condenado a doce años de prisión por organizar huelgas. (Su defensa en el juicio fue tan conmovedora que el fiscal le compró rosas.) En el caos de la invasión nazi, Gola logró escapar de la

cárcel de mujeres y buscó a su novio por todo el país. Se casaron en territorio soviético y él se unió al Ejército Rojo. Al final, para evitar una cacería nazi, ella se escondió y dio a luz a su primer bebé sola, cortando ella misma el cordón umbilical.

Sin embargo, al cabo de varios meses necesitó ayuda y logró llegar al gueto, donde su bebé murió en sus brazos. Trabajó en una fábrica alemana, donde perforaba secretamente las latas de comida, hasta que el sabotaje se volvió demasiado peligroso. Gola se mantenía en contacto con el POP y, a pesar de la reticencia de sus miembros a colaborar con los judíos, los convenció para que los ayudaran a encontrar guías forestales y escondites. Akiva la veía como «una luchadora implacable con un corazón genuinamente femenino». <sup>26</sup> Sin embargo, el POP no siempre era de fiar. En una ocasión en que los miembros del partido debían conducir a cinco judíos hasta un grupo rebelde en el bosque, los engañaron y los traicionaron. En otros casos, prometieron armas y dinero que nunca llegaron.

El partido judío decidió convertirse en una fuerza independiente. Los jóvenes comían mendrugos, llevaban botas agujereadas y dormían en sótanos, pero se sentían orgullosos. Recaudaron dinero para armas. La oficina técnica vendía documentos falsos y obtuvieron dinero por otros medios, probablemente robando. Un grupo de combatientes buscaba eslotis por todas partes mientras otro exploraba los bosques en busca de posibles bases. Hela y otras dos mujeres buscaron lugares seguros alrededor del bosque. A otras las enviaron a pueblos cercanos para advertir de inminentes *Aktions*. Gusta buscaba escondites, acompañaba a grupos al bosque, consultaba a dirigentes y servía de enlace entre las comunidades. Se mantuvo en contacto con Kielce, donde los camaradas se debatían entre concentrarse en rescatar a jóvenes artistas judíos o salvar a sus propias familias. El grupo había preparado varias propuestas y había buscado dinero, pero Gusta tuvo la impresión de que se engañaban a sí mismos. Ella no era la persona indicada para vender sus ideas a los dirigentes.

Le llenaba de frustración que las mujeres no solo tuvieran prohibido asistir a las reuniones de alto nivel de la Resistencia, sino que además las riñeran por el mero hecho de molestar a los hombres. Las mujeres eran aparentemente iguales (en el grupo había muchas dirigentes activas), pero

seguían estando excluidas del círculo selecto que tomaba las decisiones. <sup>27</sup> Le preocupaba que los cuatro dirigentes de sexo masculino se mostraran impetuosos y obstinados, pero se consoló diciéndose que al menos uno de ellos recordaría que cada vida contaba.



Era un agradable día de octubre, los rayos del sol otoñal todavía calentaban y no se percibía nada fuera de lo común. Pero por la mañana los nazis habían lanzado una gran *Aktion* sobre Cracovia. Al ocurrir un día antes de lo esperado, los pillaron desprevenidos. Gusta y sus camaradas no pudieron salvar a sus padres, y a duras penas lograron salir vivos del gueto. Se escondieron en un almacén y luego se trasladaron de sótano en sótano. Lo peor, según Gusta, fue el silencio absoluto. Si en otras ciudades las *Aktions* habían sido grotescas y sangrientas, y habían acribillado a familias enteras con ametralladoras, allí fue un acontecimiento de «capital», tranquilo y ordenado. La mayoría de los judíos estaban demasiado debilitados a causa del hambre para gritar. Ese silencio, sumado a la pérdida de sus familias y al horror, espoleó a los jóvenes. Por desconsuelo y por venganza se lanzaron a la acción.

Era un otoño excepcionalmente bonito. «Las hojas conservaron su frescura hasta bien entrada la estación —escribió Gusta—. El sol tiñó la tierra de dorado, calentándola con rayos benevolentes.» <sup>28</sup> Pero el movimiento sabía que cada día era un regalo. Cuando llegara el tiempo frío y húmedo, sería demasiado difícil moverse por el bosque. De modo que cambiaron de táctica. Los combatientes decidieron actuar allí mismo en la ciudad, apuntando a los nazis de alto rango para que «hasta el menor ataque golpeará el corazón de la autoridad y dañará una importante pieza del engranaje», escribió Gusta, ansiosa por provocar agitación y hacer estragos entre las autoridades. <sup>29</sup> Las «voces racionales» les decían a los jóvenes que esperaran y no provocaran a los nazis con pequeños actos, pero a los combatientes sencillamente no se les ocurrió pensar que estarían vivos mucho más tiempo.

Fue un momento increíblemente ajetreado, con todos los camaradas trabajando de sol a sol. Enseguida establecieron bases dentro y fuera del gueto, así como puntos de contacto y pisos francos en las ciudades circundantes. Los camaradas se organizaron en grupos de dos o tres para hacer averiguaciones, trabajar de mensajeros, espiar a la policía secreta, continuar el trabajo técnico, repartir volantes en calles concurridas y enfrentarse a los enemigos. Los combatientes salían de un callejón oscuro, daban un golpe, confiscaban un arma y desaparecían. Priorizaron matar a traidores y colaboradores. Como tenían aspecto judío, a muchos les costaba trabajar en el lado ario sin disfrazarse; un dirigente se puso un uniforme de policía polaco <sup>30</sup> y luego se «ascendió a sí mismo» a nazi. <sup>31</sup>

Se formaron lazos nuevos e intensos entre los miembros del grupo, y estos crearon a su vez un nuevo tipo de vida familiar que los ayudara a superar la que había sido destruida. Para los camaradas de todo el país, el movimiento era todo su mundo, y las decisiones que tomaban eran de vida o muerte; la confianza mutua era primordial. Los jóvenes estaban en edad universitaria, un momento de la vida en que las relaciones de pareja son fundamentales para el sentido de identidad y la autoestima. Algunos se hicieron amantes, y su desarrollo se aceleró y se reencauzó. Las relaciones sexuales a menudo eran apasionadas, apremiantes y vitales. <sup>32</sup> Otros se convirtieron en padres sustitutos, hermanos y primos unos de otros.

La base del gueto de Cracovia, un piso de dos habitaciones en la primera planta del número 13 de la calle Jozefinska al que se accedía por un pasillo largo y estrecho, se convirtió en su hogar; un hogar que todos sabían que probablemente sería el último. Como los jóvenes eran, en la mayoría de los casos los únicos miembros vivos de sus familias, llevaban allí lo que habían «heredado» (calzoncillos, ropa, botas) y organizaban «una liquidación», redistribuyendo sus pertenencias entre quienes las necesitaban. <sup>33</sup> O las vendían y daban lo que obtenían a un fondo común. Querían amar y ser profundamente amados, y crearon una comuna donde compartían todo, desde una caja de dinero hasta una cocina. Elsa, una compañera apasionada pero de buen carácter, se hizo con el mando de los fogones y «se dedicó en cuerpo y alma a la gestión de la cocina». <sup>34</sup> Esta era pequeña, y las ollas y las sartenes se amontonaban por el suelo. Había que

apartarlas para abrir la puerta. El piso servía de base de operaciones, y en él se presentaban antes de ser enviados a sus puestos. Un minuto antes del toque de queda, todos regresaban corriendo para informar del éxito o fracaso de sus misiones, y contaban cómo habían esquivado literalmente las balas.

En Jozefinska se reunían para compartir todas las comidas. Cada velada era extraordinaria, con conversación y risas. Anka, que era tan fuerte que cuando la arrestaron parecía que ella acompañara a la policía;<sup>35</sup> Mirka, encantadora y radiante; Tosca, Marta, Giza, Tova. Dormían siete personas en cada cama, y otras lo hacían en sillas o en el suelo. No era un lugar sofisticado ni particularmente limpio, pero era su querido hogar y el último lugar donde podrían disfrutar de su verdadera identidad.

Todo ese tiempo el grupo mantuvo la tradición del Óneg Shabat de Akiva. El viernes 20 de noviembre se reunieron para celebrarlo desde el anochecer hasta el amanecer. Habían pasado dos días preparando la comida, y se sentaron con blusas y camisas blancas alrededor de una mesa puesta con un mantel blanco. Tras un momento de silencio, entonaron con fuerza las mismas canciones que llevaban años cantando en un torrente de armonías. Pero esa noche recibieron juntos a la novia del *Sabbat* por última vez. «¡Esta es la última cena!», gritó alguien.<sup>36</sup> Todos sabían que era cierto. En la cabecera de la mesa, un líder habló largo y tendido sobre lo cerca que estaba la muerte. Había llegado el momento de «luchar por tres frases en la historia».<sup>37</sup>

La actividad aumentó. El grupo tuvo que abandonar el gueto debido al deterioro en las condiciones. Una noche los dirigentes se escondieron en un parque y dispararon a un sargento nazi que pasaba. Salieron de los arbustos, se mezclaron con la multitud asustada y regresaron haciendo eses a Jozefinska; nadie los siguió. Pero ese acto audaz fue más de lo que las autoridades iban a tolerar. Los nazis, decididos a aplastar esa humillante rebelión, mintieron al público sobre lo sucedido, reforzaron la seguridad, adelantaron el toque de queda, tomaron rehenes, hicieron una lista. Iban tras los dirigentes, que estaban planeando el momento culminante: un combate al aire libre.

Después de otros cuantos asesinatos nazis en la ciudad, el movimiento decidió intensificar la actividad y para ello mezcló sus efectivos con miembros judíos del POP. El 22 de diciembre de 1942, mientras muchos nazis estaban en la ciudad comprando regalos de Navidad y asistiendo a fiestas navideñas, cuarenta hombres y mujeres judíos se echaron a las calles de Cracovia. Las mujeres distribuyeron carteles antinazis por toda la ciudad, mientras que los hombres se paseaban con banderas de los partisanos polacos y dejaban una corona de flores en la estatua de un poeta polaco, todo para que no culparan a los judíos de lo que estaba a punto de suceder. A continuación los combatientes atacaron las estaciones militares y activaron alarmas de incendio por toda la ciudad, provocando el caos. A las siete de la noche invadieron tres cafeterías donde se reunían alemanes y pusieron una bomba en una fiesta navideña nazi. Los combatientes arrojaron granadas al Cyganeria, un café en el magnífico casco antiguo que era un lugar de encuentro exclusivo para soldados alemanes prominentes. En esa operación al menos siete nazis perdieron la vida y muchos más resultaron heridos. <sup>38</sup>

Aunque detuvieron y ejecutaron a los líderes de la Resistencia, los judíos siguieron poniendo bombas en objetivos fuera de la ciudad, entre otros, la estación principal de Cracovia, unas cafeterías de Kielce y una sala de cine de Radom, todo con la ayuda de Gola Mire.



Unas semanas después de los ataques de diciembre, Hela viajaba en un tren, preguntándose aterrada dónde dormiría y qué comería, cuando entabló conversación con un joven académico polaco. <sup>39</sup> Él la tranquilizó.

—La guerra terminará pronto.

—¿Cómo lo sabe? —le preguntó ella.

Él le explicó que las fuerzas polacas habían empezado a movilizarse. Se sentía tan orgulloso del movimiento clandestino polaco... ¡Habían volado las cafeterías!

Hela no pudo controlarse. ¿Y si ella era la última judía? Necesitaba que él supiera la verdad. No le quedaba nadie a quien traicionar.



—Sepa usted, amable señor, que el ataque al que se ha referido, el de las cafeterías de Cracovia, fue obra de jóvenes combatientes judíos. Si vive para ver el final de la guerra, cuénteselo al mundo, por favor. Y, por cierto, yo también soy judía.

El joven se quedó aturdido. El tren se acercaba a Cracovia.

—Venga conmigo —dijo con firmeza cuando llegaron.

¿Era ese el final de Hela? ¿Acaso importaba?

Él la llevó a un piso acogedor donde pudo pasar la noche fuera de peligro.



## CAPÍTULO 11

### 1943, UN NUEVO AÑO: MINIRREBELIÓN EN VARSOVIA

**Zivia y Renia**

ENERO DE 1943

A las seis de la mañana, unas semanas después del inspirador levantamiento de Cracovia, Zivia se despertó con la noticia de que los nazis se habían infiltrado en el gueto de Varsovia. <sup>1</sup> Una *Aktion* sorpresa.

La ŻOB había dado por descontado que los nazis estarían ocupados en una cacería humana a gran escala en el lado ario, donde habían estado arrestando a miles de polacos. De hecho, la organización había pedido a todos sus mensajeros que regresaran al gueto, pues parecía lo más seguro. Hasta el movimiento de resistencia polaco se había escondido allí.

Pero Himmler impuso nuevas cuotas. <sup>2</sup>

Había sido una noche de planificación y reuniones, pero Zivia se apresuró a vestirse y bajó para ver cómo estaban las cosas. Las calles estaban rodeadas. Enfrente de cada casa había apostado un centinela alemán. No había forma de salir ni de ponerse en contacto con las otras unidades. Todo lo que habían planeado el día anterior carecía de valor; sus planes de combate no podrían llevarse a cabo. ¿Sería total la destrucción por parte de los alemanes?

A Zivia le entró el pánico. ¿Cómo podían haberlos pillado tan desprevenidos?



En los últimos meses, a pesar de la elevada cantidad de muertes causadas por las *Aktions* durante el verano, los progresos de la ŻOB habían infundido esperanza. Al igual que en Cracovia, los grupos juveniles estaban

compuestos por personas que confiaban las unas en las otras, y estaban preparados para convertirse en unidades de combate secretas. La ŻOB reclutó a nuevos miembros para que se unieran a los varios cientos de camaradas que todavía vivían en el gueto, con cuidado de detectar a los informadores. Intentaron de nuevo establecer alianzas con otros movimientos. Una vez más, no lograron ponerse de acuerdo con el grupo revisionista mejor armado, Betar,<sup>3</sup> que tenía su propia milicia, la ŻZW (Unión Militar Judía). Sin embargo, el Bund al final accedió a colaborar. Junto con los partidos sionistas «adultos», se unieron a la ŻOB y formaron una nueva alianza.<sup>4</sup>

Con su renovada credibilidad, la ŻOB logró ponerse en contacto con el movimiento de resistencia polaco,<sup>5</sup> compuesto por dos facciones rivales. El Ejército Nacional (conocido en Polonia como Armia Krajowa o AK) estaba afiliado al Gobierno exiliado en Londres, que era predominantemente de derechas. En él había un antisemita al mando, pero muchos miembros eran liberales y ayudaron a los judíos a título personal. (Jan Żabiński, el hoy en día célebre cuidador del zoológico de Varsovia, pertenecía al AK.) El Ejército Popular (Armia Ludowa o AL), por otro lado, estaba afiliado al grupo comunista (POP) y, en ese momento, era la más débil de las dos facciones. El alto mando cooperaba con los soviéticos, y estaba más dispuesto a colaborar con los guetos judíos y los combatientes de los bosques, y, en definitiva, con cualquiera que quisiera derrocar a los nazis. Pero les faltaban recursos.

El Ejército Nacional se había mostrado reacio a ayudar a la ŻOB por varias razones. Sus líderes tenían la impresión de que los judíos no se defendían; más aún, temían que hubiera un levantamiento a gran escala en el gueto y no tuvieran suficientes armas para sostener una rebelión en toda la ciudad. Les preocupaba que una revuelta prematura resultara perjudicial, y pretendían dejar que los alemanes y los rusos se desangraran unos a otros antes de intervenir. El Ejército Nacional se había negado a entablar una conversación seria con grupos juveniles insignificantes, pero accedió a reunirse con la nueva alianza.

La reunión fue un éxito. El Ejército Nacional envió diez escopetas, la mayoría en buen estado, junto con instrucciones sobre cómo fabricar explosivos. Una mujer judía descubrió una fórmula para hacer bombas incendiarias tomando bombillas eléctricas que recogían de las casas abandonadas y llenándolas de ácido sulfúrico.<sup>6</sup>

La ŻOB, enardecida de fervor, amplió su área de acción. Del mismo modo que enviaron a Frumka a Będzin, distribuyeron a sus miembros por toda Polonia para que dirigieran las unidades de resistencia y se mantuvieran en contacto con el extranjero. (Zivia luego se burlaría de su ingenuidad al pensar que no recibían ayuda externa porque el mundo no lo sabía.) Rivka Glanz fue a Częstochowa. Leah Pearlstein y Tosia buscaron armas en la Varsovia aria.

Los bundistas fortalecieron sus unidades de combate.<sup>7</sup> El dirigente del Bund, Abrasha Blum, abordó a Vladka Meed y la invitó a asistir a una reunión de la Resistencia, donde, debido a su cabello lacio y castaño claro, nariz pequeña y ojos gris verdoso, le pidieron que se trasladara al lado ario. La idea de abandonar el gueto, donde la mayoría de los judíos trabajaban como mano de obra esclava en condiciones horribles, la llenó de euforia.<sup>8</sup>

Una noche de principios de diciembre de 1942, Vladka recibió instrucciones de partir a la mañana siguiente con una brigada de trabajo llevándose consigo el último boletín clandestino del Bund, en el que había un mapa detallado de Treblinka. Escondió las hojas en un zapato, luego buscó a un jefe de brigada dispuesto a aceptar quinientos eslotis a cambio de incluirla en el grupo que esperaba frente al muro del gueto la inspección en el frío gélido. Todo fue bien hasta que el nazi que examinaba a Vladka decidió que no le gustaba su rostro. O, tal vez, le gustó demasiado. La apartaron de la formación y la condujeron a una pequeña habitación llena de salpicaduras de sangre y fotografías de mujeres medio desnudas. El guardia la cacheó y le ordenó que se desnudara. Solo tenía que dejarse el zapato puesto...

«¡Quítate los zapatos!», bramó él. Pero en ese momento un nazi se acercó corriendo a su torturador para informarle de que un judío se había escapado, y ambos se marcharon. Vladka se vistió rápidamente y, al salir, le dijo al guardia de la puerta que había pasado la inspección. Acudió al

encuentro de sus camaradas del lado ario y enseguida se puso manos a la obra, estableciendo contactos con personas no judías, buscando lugares donde los judíos pudieran vivir y esconderse, y consiguiendo armas.

Aún más importante, la ŻOB estaba decidida a eliminar a los colaboracionistas que hacían mucho más fácil el trabajo de los nazis. Por todo el gueto colgaron carteles en los que declaraban que la organización vengaría cualquier crimen que se cometiera contra los judíos, y luego cumplieron la amenaza matando a dos líderes de la milicia y del consejo judío. Zivia observó con sorpresa cómo los asesinatos hacían mella en el gueto judío, donde se empezó a respetar el poder de la ŻOB.

Una nueva autoridad lo gobernaba.

Al cabo de solo unas semanas el grupo de combate lanzaría un levantamiento a gran escala. Según uno de los líderes del Bund, Marek Edelman, ya habían fijado el gran día: el 22 de enero.<sup>9</sup>



Cuando empezó la *Aktion* nazi el 18 de enero, Zivia se quedó horrorizada. No había tiempo para reunirse y decidir cómo responder. Varios camaradas no estaban seguros de dónde tenían que estar estacionados. La mayoría de las unidades no contaban con más armas que palos, cuchillos y barras de hierro. Cada grupo funcionaba por su cuenta, sin posibilidad de ponerse en contacto con los demás.

No había tiempo que perder. Dos grupos improvisaron y se lanzaron a actuar. El hecho de que el comité no tuviera oportunidad para debatir los empujó, en todo caso, a movilizarse.<sup>10</sup>

Zivia no se enteró entonces, pero Mordechai Anilevitz enseguida ordenó a un grupo de combatientes de ambos sexos de La Joven Guardia que saliera a las calles y se dejara atrapar, para poder colarse entre las filas de judíos que estaban siendo conducidos a la *Umschlagplatz*. Cuando Anilevitz se acercó a la esquina de la calle Niska con Zamenhofa, dio la orden. Los combatientes sacaron sus armas ocultas y abrieron fuego contra los alemanes que marchaban cerca. Les arrojaron granadas mientras

gritaban a sus compañeros judíos que escaparan. Unos cuantos lo hicieron. Según el testimonio de Vladka Meed, «la masa de deportados se abalanzó sobre los soldados alemanes con uñas y dientes, pies y codos». <sup>11</sup>

Los alemanes se quedaron atónitos. «¡Los judíos están disparándonos!» En medio de la confusión, los jóvenes judíos siguieron disparando.

Pero los nazis recobraron la calma y contraatacaron rápidamente. Huelga decir que el puñado de pistolas de los rebeldes no rivalizaba con la potencia de fuego superior de los alemanes. Los soldados del Reich persiguieron a los pocos combatientes de la ŻOB que habían logrado escapar. Cuando Anilevitz se quedó sin balas, le arrebató el arma a un alemán, se refugió en un edificio y continuó disparando. Un judío escondido en un búnker cercano lo hizo entrar. Solo sobrevivieron Anilevitz y una combatiente. Los resultados fueron trágicos, pero el impacto de esas acciones fue enorme: habían muerto alemanes a manos de judíos.

El segundo grupo fue el de Zivia. A las órdenes de Antek y de otros dos hombres, esa unidad utilizó otra táctica. La mayoría de los judíos que quedaban estaban escondidos, lo que significaba que los alemanes tenían que entrar en los edificios para buscarlos. En lugar de una batalla al aire libre, que estaban seguros de que perderían, decidieron esperar a que los nazis se acercaran para dispararles desde el interior. A Zivia le pareció que si tendían una emboscada a los alemanes causarían un número mayor de bajas.

Esperó vigilante en una de las bases de Libertad situada en los números 56-58 de la calle Zamenhofa. Cuarenta hombres y mujeres tomaron posiciones. Entre todos tenían cuatro granadas de mano y cuatro escopetas. La mayoría solo iban armados con tubos de hierro, palos y las improvisadas bombillas incendiarias llenas de ácido.

Zivia y sus camaradas sabían que iban a luchar hasta morir, pero esperaron impacientes a que llegaran los nazis para causar estragos y morir con honor. Durante seis meses, los alemanes habían estado asesinando de forma sistemática a los judíos de Varsovia y no se había disparado ningún tiro contra ellos.

Silencio absoluto, excepto por unos pocos gritos penetrantes de personas que eran llevadas a la fuerza a la *Umschlagplatz*. Mientras Zivia esperaba el enfrentamiento, blandiendo ansiosa su arma, sintió una oleada de adrenalina y una tristeza profunda a la vez. Más tarde, reflexionando sobre ese momento, describió su confusión interior como «una especie de balance emocional en los últimos momentos de mi vida». <sup>12</sup> Los amigos que nunca vería. La *aliyá* que nunca haría.

Yitzhak Katzenelson, el poeta, rompió el silencio con un breve discurso: «Nuestra lucha armada será una inspiración para las generaciones futuras. [...] Nuestras acciones siempre serán recordadas...». <sup>13</sup>

Y, de pronto, un fuerte golpeteo de botas sobre las escaleras. La puerta principal se abrió de par en par. Un grupo de soldados alemanes entró con violencia.

Un camarada fingió que leía un libro de Sholem Aleijem. Los alemanes pasaron corriendo por su lado y entraron en la habitación donde Zivia estaba sentada con los demás. Parecían un puñado de judíos abatidos esperando a ser ejecutados. En ese momento, el joven que fingía leer se levantó de un salto y disparó a dos de los alemanes por la espalda. Los otros nazis se refugiaron en el hueco de la escalera. Todos los combatientes salieron de los armarios y escondites, y empezaron a pelear con las armas que tenían. Unos cuantos se dedicaron a arrebatar a los soldados muertos sus fusiles, pistolas y granadas.

Los alemanes que sobrevivieron se batieron rápidamente en retirada.

¡Apenas equipados, los judíos habían masacrado a los nazis!

Y ahora, además, tenían muchas armas.

Después de unos momentos de euforia, hubo una conmoción. Estaban confundidos, realmente desconcertados. Zivia no podía creer que hubieran derribado a alemanes y salido con vida. Abrumados por la emoción, los combatientes sabían que tenían que concentrarse. Los nazis volverían. ¿Qué hacer a continuación? «Nos cogió totalmente desprevenidos —escribió Zivia más tarde—. No contábamos con seguir con vida.» <sup>14</sup>

Tenían que huir. Ayudaron a su compañero herido, lo escondieron y luego se retiraron por los tragaluces del edificio y se arrastraron por los tejados inclinados cubiertos de nieve y hielo, a cinco pisos de altura, para

finalmente meterse en la buhardilla de un edificio desconocido, con la esperanza de tener tiempo para descansar y volver a organizarse.

Pero los alemanes también entraron en ese edificio y subieron las escaleras con gran estruendo de botas. Los camaradas de Libertad abrieron fuego. Dos miembros tiraron a un alemán por el hueco de una escalera. Otro arrojó una granada de mano a la entrada, bloqueando la huida de los nazis. Los alemanes se fueron, llevándose a cuestras a sus muertos y heridos; esa noche no regresaron.

Al día siguiente, los nazis atacaron los pisos vacíos y esa nueva «base». De nuevo, los camaradas salieron con vida. Solo un herido y ninguna baja.

En cuanto se hizo de noche, la tropa de Zivia se dirigió al puesto de Libertad, en el número 34 de la calle Miła, para reunirse con los compañeros que habían llegado de la granja, y advirtieron que «flotaba en el aire el silencio de la muerte». <sup>15</sup> Los muebles estaban destrozados. El suelo, cubierto de plumas de almohada. Zivia averiguó más tarde que los habían llevado a Treblinka. Algunos camaradas, entre los cuales había varias mujeres valientes, saltaron del tren.

El grupo se instaló en los pisos más estratégicos del edificio. Cada unidad recibió instrucciones y tomó posiciones. Montaron guardia para avisar de cualquier ataque sorpresa. Por primera vez trazaron un plan de retirada y fijaron un punto de encuentro alternativo. Finalmente se durmieron.

Al amanecer, el gueto estaba silencioso. Zivia supuso que, a esas alturas, los nazis entraban con sigilo en los edificios. Enviaban antes a la policía judía para evaluar la seguridad de una zona. Los registros domiciliarios se volvieron menos exhaustivos. Los nazis temían «una bala judía». Zivia se sintió vigorizada, tenían una nueva razón para vivir.

«Mientras miles de judíos se acurrucaban en sus escondites, temblando con el susurro de una hoja al caer —escribió—, nosotros, que habíamos sido bautizados en el fuego y la sangre de la batalla, aguardábamos llenos de confianza, habiendo desaparecido casi todos los rastros de nuestro antiguo miedo.» <sup>16</sup> Un compañero salió al patio para buscar una cerilla y astillas con que encender la estufa. Incluso regresó con vodka. Se sentaron



junto al fuego y bebieron. Recordaron sus batallas, bromearon y tomaron el pelo a un combatiente que había estado tan deprimido que estuvo a punto de matarlos a todos con una granada hasta que su comandante lo detuvo.

Seguían bromeando cuando entró el vigilante. «Hay una gran compañía de SS en el patio», anunció.

Zivia miró por la ventana y los vio gritar que abandonaran el edificio. Nadie se movió.

Una vez más, los alemanes entraron y se dejaron engañar momentáneamente por un combatiente que fingió rendirse. Los demás dispararon y «por todos los lados los recibió una lluvia de balas». <sup>17</sup> Los nazis se retiraron, pero fuera los esperaban camaradas con una emboscada. Zivia vio a varios alemanes heridos y muertos en los escalones.

Una vez más, se sorprendió de que tanto sus camaradas como ella siguieran vivos. Sin bajas, incluso. Los combatientes recogieron las armas de los soldados muertos y salieron a través de las buhardillas, donde tropezaron con un escondite camuflado. Los judíos escondidos en él les dieron la bienvenida y un rabino elogió su trabajo. «Ahora que sabemos que todavía hay jóvenes judíos que luchan y se vengan, nos será más fácil morir.»

Zivia parpadeó para contener las lágrimas.

Los alemanes regresaron al edificio original. Pero no quedaban judíos a los que matar.



La *Aktion* de enero solo duró cuatro días. Al final se agotaron las municiones de la ŻOB, y los nazis se dedicaron a buscar sus escondites y muchos camaradas cayeron. Detuvieron a miles de judíos por las calles. Incluso capturaron a Tosia y la llevaron a la *Umschlagplatz*, pero un miliciano que era doble agente y ayudaba a La Joven Guardia la rescató.

Sin embargo, en general, fue un gran éxito. La intención de los nazis de vaciar el gueto se vio frustrada gracias a la tropa de Zivia y otros grupos combatientes. Un bundista disparó a un comandante de las SS durante una selección en el taller de Schultz y lo mató. <sup>18</sup> Unos combatientes de la ŻOB enmascarados arrojaron ácido a un nazi en la tienda de muebles de



Hallman; ataron a los guardias a punta de pistola y destruyeron sus registros. <sup>19</sup> Un camarada se abalanzó sobre un nazi, le arrojó un saco sobre la cabeza y lo tiró por la ventana. <sup>20</sup> Otro echó líquido hirviendo sobre las cabezas de los alemanes que había abajo. Lo que debería haber sido una operación de dos horas para los nazis se prolongó días enteros, y solo capturaron la mitad de su cuota. <sup>21</sup> Los judíos casi no tenían comida, pero albergaban una nueva esperanza. Ese pequeño levantamiento ayudó a fomentar la unidad, el respeto, la moral... y el estatus. Tanto las masas judías como los polacos consideraron la retirada alemana como una victoria de la ŻOB.

Los combatientes estaban eufóricos por el éxito, pero también apenados. ¿Por qué habían tardado tanto tiempo en actuar cuando no había sido tan difícil? De todos modos, no tenían más opción que seguir luchando por una muerte honrosa. Por otro lado, las masas ahora creían que esconderse podía salvarlos. El gueto se estaba convirtiendo en un puesto de combate unido. Fue la «edad de oro» del gueto de Varsovia.



A pesar de la emoción y la creciente esperanza que se vivían en Varsovia, y de sus repercusiones en otras ciudades, Będzin era «literalmente un caos», escribió Renia. Después de su inicial caída del paraíso, el invierno fue una «tortura» física desde el punto de vista existencial y emocional. «El hambre era un huésped constante en nuestra casa. Las enfermedades se multiplicaban, no había medicamentos y la muerte labró sus tumbas.» <sup>22</sup> Cada día se llevaban convoyes de judíos mayores de cuarenta años, aparentemente demasiado viejos para trabajar. La menor infracción era motivo de ejecución: cruzar la calle en diagonal, caminar por el lado equivocado de la acera, infringir el toque de queda, fumar un cigarrillo, vender cualquier cosa, incluso tener huevos, cebollas, ajo, carne, lácteos, productos horneados o manteca de cerdo. La policía entraba en los hogares judíos para inspeccionar lo que estaban cocinando.

El *Judenrat* y la milicia colaboraron, cumpliendo todas las órdenes alemanas. Con sus gorras blancas, eran despiadados, escribió Renia, y si se enteraban de que un judío ocultaba algo, le exigían dinero a cambio de

silencio. Multaban a las personas por la más mínima infracción y se embolsaban el dinero.

Hantze cayó enferma. Las pesadillas la torturaban día y noche. Presa del horror que había presenciado en Grochów y en el trayecto de Varsovia a Będzin, ardía de fiebre. Aun así, no tuvo más remedio que sostenerse sobre sus piernas temblorosas para trabajar en la lavandería. En el kibutz apenas había provisiones. Renia también empezó a sentir los efectos del hambre: fatiga, confusión, una obsesión incesante por la comida.

Mientras tanto se producían cacerías humanas en las que Renia era un blanco. Tenía que ir con doble cuidado, ya que ella no era *kosher*. Por la noche, los gendarmes y la milicia judía la buscaban a ella y a otros refugiados del Gobierno General. El solo hecho de acoger a personas que no eran *kosher* comportaba la deportación inmediata. Renia, Hantze, Frumka, Zvi y otro chico pasaban las noches en escondites, atormentados por terrores nocturnos. Sin haber dormido, el grupo iba a trabajar por la mañana a la lavandería para que los miembros kosher pudieran realizar tareas más expuestas. «Pero nos lo tomábamos todo con amor —escribió Renia más tarde—. Nuestro deseo de vivir era más intenso que toda la tortura.»

Una mañana que Renia estaba sentada en la sala principal, oyó a los miembros del grupo hablar de que necesitaban una pequeña pieza de metal para el horno. Un chaval de diecisiete años, Pinchas, decidió buscarla en la fábrica donde trabajaba. Vio una, la cogió y se quedó mirándola. Con eso bastó. Su empleador alemán lo sorprendió y lo deportaron. Fue ejecutado.

Ese asesinato en particular sacudió la determinación de los camaradas, cuyo norte empezó a tambalearse. ¿Por qué leer, aprender, trabajar? ¿Vivir? ¿Para qué seguir molestándose?



Empeoraron las cosas. Empezaron los rumores. Iban a «reasentar» a los judíos en un gueto cerrado que se encontraba en el vecindario de Kamionka, al otro lado de la estación de tren. <sup>23</sup> Veinticinco mil judíos se alojarían en viviendas destinadas a diez mil. Los que como Renia ya habían vivido en un gueto eran muy conscientes de la pesadilla que les esperaba.

Incluso los que nunca lo habían hecho estaban consternados. «En verano será insoportable sentarse en una jaula gris, sin poder contemplar los campos y las flores», escribió en su diario una adolescente de Będzin cuando se enteró de la noticia. <sup>24</sup> Frumka y la otra dirigente de Libertad, Hershel Springer, caminaban por ahí como envenenadas, pálidas y enfermas. ¿Qué hacer? ¿Trasladarse al gueto o escapar? «Combatir o huir.» <sup>25</sup>

Estalló una discusión acalorada. Al final decidieron que la lucha era inútil, que podía llevar incluso a consecuencias indeseadas. Aún no había llegado el momento de combatir.

En su lugar, Frumka y Hershel pasaron días enteros en el *Judenrat* tratando de conseguir viviendas para el kibutz de Libertad, así como para el grupo Atid, que en esos momentos estaba compuesto por los diecinueve adolescentes del orfanato cerrado que vivían con ellos. La oficina del *Judenrat* estaba de bote en bote. Gritos, berridos. Los ricos lo tenían más fácil porque podían sobornar, escribió Renia. «Sin dinero, eres como un soldado sin un arma.»

Hacinaron a los judíos en el gueto. Aunque Kamionka es hoy en día un barrio montañoso y frondoso, durante la guerra se parecía a un campo de refugiados atestado: pobre, abandonado e insalubre. <sup>26</sup> Por todas partes había pequeñas estufas que expulsaban humo nocivo, y gente sentada en el suelo, comiendo lo que encontraba. Delante de cada casa se amontonaban muebles y bultos. Al lado de los montones, los bebés. Los que no podían pagar un piso construyeron en la plaza cabañas parecidas a gallineros en las que guarecerse de la lluvia. Todos los establos, los áticos y edificaciones anexas se convirtieron en viviendas. En un establo reformado vivían diez personas, y se consideraban afortunadas. Muchas dormían sin un techo sobre la cabeza. Dentro de las viviendas no había espacio para más muebles que las mesas y las camas necesarias. Cada día Renia veía sacar a rastras colchones para que pudieran caber más personas dentro, lo que reavivaba sus horribles recuerdos de la vida en el gueto con su familia. Los judíos se movían como sombras, escribió Renia, como cadáveres vivos y harapientos. Al mismo tiempo tuvo la sensación de que muchos polacos se alegraban de poder entrar en las casas judías y llevárselo todo, y comentaban cruelmente:

«Es una pena que Hitler no haya venido antes». Algunos judíos quemaron sus pertenencias o hicieron leña de sus muebles para evitar que los polacos acabaran llevándoselos.

Los miembros de Libertad se trasladaron al gueto llevando en un automóvil lo estrictamente esencial. Frumka y Hershel habían conseguido una casa entera de dos pisos, la mitad para ellas y la otra mitad para los huérfanos de Atid. Aunque era mucho mejor que la mayoría de las viviendas («un palacio», lo llamó Renia, feliz de que estuviera limpio), no medía gran cosa. Apenas había espacio para pasar entre las camas. Tenían los armarios y las mesas en el patio para utilizarlos como leña.

El gueto estaba cerrado, vigilado por la milicia.<sup>27</sup> La policía acompañó a los judíos sastres, zapateros y obreros metalúrgicos en sus desplazamientos a los talleres alemanes hasta que estos dejaron de ir alegando que no tenían con quién dejar a sus hijos. (Renia señaló con orgullo el sentido de rebelión de los judíos.) El *Judenrat* abrió guarderías comunitarias donde daban de comer a los niños mientras sus padres trabajaban. Más tarde construyeron unas casetas delante de los talleres, para que los bebés pudieran dormir en ellas por la noche. En cada taller había una; muchas personas se instalaron en ellas desesperadas antes incluso de que las terminaran. Como recordaba Renia, Kamionka era un «lugar vergonzoso».<sup>28</sup>

Cualquier infracción se pagaba con la muerte. La noche era tan silenciosa que resultaba peligroso salir después de las ocho. Era obligatorio mantener la oscuridad total. En cada esquina había apostado un miliciano para hacer cumplir el toque de queda; su linterna parpadeaba en el aire viciado. De pronto, un disparo. Por la mañana, un funeral. Un hombre había intentado ir a otro edificio.

Todas las semanas, Renia observaba cómo enviaban grupos a Auschwitz para asesinarlos: ancianos, padres que habían escondido a sus hijos, bebés que eran arrancados de los pechos de las madres, jóvenes acusados de ser políticamente activos, personas que faltaban un par de días al trabajo. Los llevaban a la estación, donde los golpeaban y los hacían

subir a vagones de ganado. Si un hombre cogía algo sin querer, lo azotaban, lo estrangulaban, lo pisoteaban y, si era necesario, lo fusilaban. Pero nunca era necesario; ya había muerto.

De repente, un grito escalofriante. Un alemán arrancó a un bebé de los brazos de su madre, lo sostuvo por los pies y le golpeó la cabeza contra una pared de ladrillos, partiéndole el cráneo en dos. La sangre salpicó todo el edificio y la acera. Luego tiró el cadáver del bebé al suelo, una imagen que persiguió a Renia el resto de su vida. <sup>29</sup>

Ella contempló ese acto de inhumanidad con profundo horror. Los niños presenciaban esas atrocidades y lloraban de modo incontrolable. El gueto iba vaciándose conforme se llevaban a una persona de cada hogar. «Todos tienen el corazón destrozado —escribió—. Es un milagro que se mantengan cuerdos.»



Fue este el contexto en el que todas las actividades culturales del kibutz cesaron. Cuando llegaron los pasaportes falsificados y Libertad celebró su reunión, con Hershel en un extremo de la mesa y Frumka en el otro. Cuando los grupos juveniles tuvieron que decidir entre combatir o huir, y cuando Frumka dijo que no, que ella no se iría. Cuando todos decidieron unirse a la lucha armada que había empezado en Cracovia y Varsovia. Cuando optaron por la defensa, la venganza, el amor propio.

Fue entonces cuando Renia se levantó de un salto, lista para actuar.

## SEGUNDA PARTE

### DIABLOS O DIOSAS

No eran humanas, tal vez diablos o diosas. Sosegadas. Ágiles como acróbatas de circo. A menudo disparaban dos pistolas a la vez, una en cada mano. Combatían con fiereza, hasta el final. Era peligroso acercarse a ellas. Una *Haluzzenmädel* prisionera parecía tímida. Totalmente resignada. Pero en cuanto un grupo de nuestros hombres se encontraba a unos pasos, ella sacaba de debajo de la falda o los bombachos una granada de mano y los mataba, lanzándoles maldiciones que abarcaban hasta la décima generación; ¡se te ponían los pelos de punta! Sufrimos tantas pérdidas en esas situaciones que di órdenes de no hacerlas prisioneras ni dejar que se acercaran demasiado, y de acabar con ellas a distancia con metralletas.

Comandante nazi JÜRGEN STROOP <sup>1</sup>

# CAPÍTULO 12

## LOS PREPARATIVOS

**Renia y Chajka**

FEBRERO DE 1943

En Będzin la actividad era febril. <sup>1</sup> Desde el amanecer hasta el toque de queda a las ocho de la tarde, el kibutz y su patio se llenaban de camaradas. A los vecinos no les pasó inadvertido. «Nos hemos ganado la fama de ser personas de acción —escribió Renia orgullosa del respeto recién adquirido—, personas que han tomado las riendas de su futuro y sabrán qué hacer cuando llegue el momento.» <sup>2</sup>

Zvi Brandes y Baruch Gaftek, el único camarada que tenía alguna experiencia militar, instruyeron a los cabecillas de los cinco, reuniéndose con ellos todos los días para conspirar. A todos se les enseñó a manejar armas de fuego, así como hachas, martillos, hoces, guadañas, granadas y líquidos inflamables, y a usar nada más que los puños. Se les entrenó para luchar hasta el último suspiro, para que no se los llevaran vivos. Renia y su grupo reunieron herramientas afiladas, linternas, cuchillos..., cualquier cosa que pudiera emplearse en la batalla.

Cuando llegaron las primeras armas de Varsovia, las trataron casi como si fueran sagradas. Chajka agarró con cuidado una pistola, llena de energía pero titubeante. Como la mayoría de los jóvenes para quienes las armas de fuego eran algo totalmente ajeno a la educación que habían recibido, le preocupaba que fuera peligrosa o se disparara accidentalmente. Pero con el tiempo tomó confianza. Aferrada a su pistola, se veía a sí misma como una auténtica revolucionaria que cumplía con una misión humana, parte de un gran acontecimiento histórico.

El POP introdujo clandestinamente armas en el gueto y trabajó para proporcionar viviendas a los judíos fuera de Kamionka a fin de que pudieran luchar desde el otro lado. La ŻOB entrenó a miembros para que

hicieran contrabando desde el lado ario; algunos salían tres veces a la semana. Montaron talleres, y los camaradas ahora fabricaban puñales y dagas de latón. También estudiaron química y crearon bombas, granadas y botellas llenas de materiales explosivos. Para ello utilizaban cañerías, carbón en polvo y azúcar. Al aumentar la pericia, las bombas de fabricación casera se volvieron mejores que las que compraban.

Después de toda una jornada de trabajos forzados, los camaradas pasaban las noches construyendo búnkeres. El *Judenrat* no sabía nada; los judíos jóvenes y hambrientos no recibían ayuda externa y estaban exhaustos. «Es horrible ver los rostros cansados y lánguidos», se lamentó Renia señalando que también construían búnkeres para los judíos en pisos particulares, sin cobrar. Los miembros de La Joven Guardia, entre los que estaba David Kozlowski, bosquejaban los planos después de días debatiendo, «inteligentes como ingenieros con diplomas». <sup>3</sup> ¿Cuál era el mejor lugar para construirlos? ¿Cómo podían camuflarse las entradas y salidas?

Los planos de construcción llegaron a través de mensajeros procedentes de Varsovia, donde los búnkeres eran proezas de ingeniería: los pasillos subterráneos se extendían varios kilómetros, abarcando toda la longitud del gueto y terminando en el lado ario. Los túneles principales conducían a ramales provistos de iluminación, agua, radios, víveres y depósitos de municiones y explosivos; cada escuadrón conocía la contraseña de su búnker. «Qué ingenioso», escribió Renia. En Będzin fue necesario excavar las entradas de los refugios en hornos, paredes, armarios, sofás, chimeneas y áticos. Se levantaron paredes alrededor de habitaciones enteras para camuflarlas. Los camaradas cavaron túneles con sus propias manos. <sup>4</sup> Hicieron escondites en escaleras, establos y almacenes de leña. Los judíos consideraron cómo preparar las habitaciones para que pareciera que los que vivían allí se habían ido a toda prisa. <sup>5</sup> Alumbrado eléctrico, agua, radios, bancos, hornos pequeños, tostadas para los que tenían dolencias estomacales..., todo estaba previsto.

Cuando llegara el momento, lo único que tendrían que hacer sería entrar en su búnker bien abastecido. Estaban preparados.





Todo ese afán dio lugar a un episodio de resistencia dentro de la propia comunidad judía. <sup>6</sup> En febrero de 1943 la milicia judía necesitó más hombres. Eso significaba que la deportación era inminente, y Renia lo sabía. La milicia iba a ser la encargada de llevar a sus compañeros judíos a los trenes, y necesitaba que seis camaradas varones de Libertad se enrolaran en sus filas. Los trabajos en la lavandería que los camaradas habían seguido haciendo en Kamionka se habían suspendido. El *Judenrat* hizo un llamamiento en el kibutz que instaba a los hombres a presentarse y recoger su gorra blanca. De lo contrario, les confiscarían sus permisos *Zonder* y los deportarían a un campo de Alemania.

El *Judenrat* ya había enviado a Alemania a algunos chicos del gueto; ninguno había regresado. De cualquier modo, los camaradas se negaron rotundamente a ser parte de lo que llamaron la Gestapo judía. Estaban dispuestos a perder sus permisos de trabajo, pero ellos jamás ayudarían a los nazis a llevar a judíos a los campos de exterminio. Cuando ninguno se presentó a la hora señalada, un miliciano acudió al kibutz con una orden del presidente del *Judenrat* de confiscar sus *Zonders*. Ellos los entregaron sumisamente, aun sabiendo que ir sin papeles era castigado con trabajos forzados o la muerte. A pesar de esa incautación, al día siguiente la policía judía rodeó el kibutz armada con porras y una orden de deportar a Alemania a los jóvenes que habían llamado. Los agentes bloquearon la puerta y revisaron los documentos de identidad.

Fue entonces cuando dos miembros de Libertad saltaron por la ventana. Los milicianos salieron tras ellos, pero los camaradas los golpearon y siguieron corriendo. «¡Maldita sea la milicia!», gritaron los demás. ¡Nunca permitirían que la policía capturara a sus miembros! El subcomandante ordenó a los milicianos que los golpearan a todos y tomaran como rehenes a los otros jóvenes hasta que los fugados se entregaran. Renia observó el enfrentamiento aturdida. <sup>7</sup>

Frumka temió que muriera alguien en la refriega, o peor, que los alemanes llegaran y los mataran a todos. «No tomarán a nadie como rehén», declaró. Ordenó a los de la lista que se presentaran en la oficina. Los jóvenes obedecieron, y todo el kibutz los siguió por la concurrida calle hasta el autobús. Entonces uno de los muchachos, «fuerte como un toro», se

escabulló de la policía y echó a correr. Se produjo una pelea a puñetazos y porrazos entre la milicia y el kibutz, en la que una miembro, Tzipora Bozian, hirió gravemente a varios milicianos. El comandante derrotado ordenó a sus hombres que subieran al autobús.

—Iremos a la oficina de los gendarmes —ordenó—. Ellos se encargarán de arremeter contra estas personas.

Los residentes del gueto observaban, y cuando cayeron en la cuenta de que no todos los judíos tenían miedo de la policía, aplaudieron. Renia se sonrojó de orgullo.

Pero Frumka, temiendo que los gendarmes alemanes se enteraran de lo ocurrido y todos estuvieran acabados, intentó calmar al comandante de la milicia y a sus hombres, y a negociar para que guardaran silencio. Ellos la respetaban y cedieron, pero con la condición de tomar rehenes a cambio de los fugitivos. Los hombres de la lista subieron al autobús con tres rehenes: Hershel Springer, su hermano Yoel y la propia Frumka. Se había ofrecido voluntaria. Renia observó, impresionada y asustada, cómo el vehículo se alejaba.

El comandante de más alto rango, al enterarse de esa escaramuza, ordenó que esa noche se cerrara el kibutz y confinaran a sus habitantes en el patio. Frumka y Hershel regresaron, afortunadamente, pero iban a enviar a todos los hombres a Alemania por haber humillado a la milicia y a su comandante. Esa noche, Renia y sus camaradas la pasaron ahí fuera, sentados bajo las estrellas. Algunos vecinos compasivos se acercaron para invitarlos a entrar, pero Frumka lo prohibió. Quería demostrar a la milicia que eran capaces de pasar una noche al raso, pese al peligro que entrañaba estar fuera después del toque de queda, a la vista de los guardias nazis que deambulaban. En mitad de la noche pasó la milicia, pero solo para asegurarse de que los precintos de plomo de las puertas seguían en su sitio.

No apresaron al grupo, que pasó el día siguiente también fuera, con hambre y frío. Frumka y Hershel regresaron al *Judenrat* para interceder por los hombres. Esa noche, Renia y sus camaradas comieron una cena mísera en el orfanato Atid. Luego llegó la milicia y retiró los precintos de las puertas. El castigo había terminado. Pero ¿dónde estaban Frumka y Hershel? A Renia le daba miedo hasta pensarlo.

Volvieron todos entrada la noche. Ninguno había sido enviado lejos, ni reclutado por la policía ni llevado a un campo de trabajos forzados. Todo el gueto hablaba del coraje de los miembros de Libertad.

Habían aprendido que era posible decir que no.



Llegaban noticias de Varsovia con cuentagotas: la *Aktion* allí era inminente.<sup>8</sup> Zivia y Antek informaron a los habitantes de Będzin que estaban preparándose para la defensa del gueto, que a los judíos ya no les importaban las políticas de partido ni las diferencias ideológicas, sino que estaban listos para luchar. Los camaradas se negaban a escapar al lado ario aunque pudieran, ansiosos por morir enfrentándose a sus enemigos.

En febrero Zivia escribió al movimiento clandestino de Będzin y pidió una vez más que Frumka viajara al extranjero. Era necesario que se mantuviera con vida para contar al mundo exterior la «cruel matanza de los judíos». En marzo, otra carta: Hantze debía ir a Varsovia para salir del país a escondidas. «No hay excusa ni discusión posible.» La orden era imperiosa.

Al igual que Frumka, Hantze se negó a irse. No quería oír hablar de salvar su vida. ¿Cómo iba a dejar a su hermana por algo tan incierto? «Esas dos hermanas irían y volverían del infierno la una por la otra», escribió Renia. Frumka tampoco podía imaginarse separarse de Hantze, pero le rogó que se marchara. Hantze no pudo decir que no a su hermana; no quería que se preocupara.

Llamaron a alguien para que la sacara de allí lo antes posible.

Hantze se sintió deprimida mientras se preparaba para su viaje, llenando una bolsa de ropa elegante que pudiera pasar por aria. ¿Volvería a ver a sus camaradas? Le suplicó a Frumka que la acompañara, pero ella no quiso. «Hantze, con sus rasgos semíticos, estaba ridícula vestida de campesina aria», escribió Renia temiendo que nunca lo lograra.

Dos días después llegó un telegrama de Częstochowa. Temblando, Renia lo leyó: Hantze ya había cruzado la frontera del Gobierno General y pronto reanudaría el viaje. Luego, otro telegrama. ¡Había llegado a

Varsovia! En unos días saldría de Polonia. Todo estaba arreglado. Renia suspiró aliviada.

Se fijó en que en casi toda la correspondencia se mencionaba a una mujer polaca que había arriesgado una y otra vez la vida por la ŻOB. Renia se refería a ella como A. I. R., para ocultar su identidad, pero hablaba de Irena Adamowicz,<sup>9</sup> una buena amiga de Zivia, Frumka y Tosia. Una devota católica de familia aristocrática y antigua *scout* que entonces tenía unos treinta años, Irena era uno de los principales contactos de la ŻOB con el movimiento de resistencia polaco. Tras licenciarse en Pedagogía en la Universidad de Varsovia, Irena había colaborado con La Joven Guardia, visitando sus kibutz y simpatizando con la causa nacionalista judía. Durante la guerra intimó con los miembros de Libertad y La Joven Guardia, e incluso aprendió yidis.

Trabajaba para el Ayuntamiento de Varsovia inspeccionando los hogares infantiles y tenía un permiso que le permitía visitar el gueto por «asuntos oficiales». En 1942 viajó a Vilna para contar a los dirigentes de La Joven Guardia la masacre del gueto de Varsovia; disfrazada de monja alemana, visitó numerosos guetos, donde intercambió información y ofreció aliento. Acudió a sus amigos, que eran altos mandos del Ejército Nacional, para que ayudaran a los judíos de Varsovia. Distribuyó cartas y publicaciones entre los movimientos clandestinos judíos y polacos. Albergó a judíos en su piso y ayudó a grupos a cruzar la frontera. Aunque Irena ocultaba lo que hacía a sus propios compañeros de piso, era una leyenda entre la juventud judía, incluso en Będzin. «Todos estábamos fascinados con su personalidad —escribió Renia—, a pesar de que no teníamos ni idea de cómo era físicamente.»

Por otro lado, las cartas que llegaban de Varsovia contaban historias de fracasos trágicos, en las que se mencionaban a mensajeros que habían terminado en la prisión de Pawiak y en Auschwitz. En sus diarios, Chajka también registró historias de mensajeros de Będzin que habían sido capturados y asesinados. La codirigente, Idzia Pejsachson,<sup>10</sup> era el prototipo de la persona dura, cortante y fría, la clase de compañera a la que

Chajka seguiría a ciegas a través del fuego y el agua. «No es momento para entretenerse con sentimientos amorosos —decía Idzia—. Atrás quedó el tiempo en que lo sentimental era la preocupación más importante.» <sup>11</sup>

Idzia insistió en que el grupo de Będzin se uniera como lo había hecho el de Varsovia. Quería viajar a la antigua capital polaca... a cualquier precio. «Tengo que ver su trabajo con mis propios ojos —dijo—. Luego regresaré y plantaré aquí las semillas del levantamiento. También traeré un regalo: la primera remesa de armas.» Los camaradas trataron de disuadirla; no tenía la fisonomía adecuada y era miope, lo que Chajka creía que la volvía crónicamente insegura. Pero no lograron detenerla. Idzia quería animar a otras chicas a seguir sus pasos. En febrero de 1943 se marchó y nunca regresó. En Varsovia se las arregló para hablar del deseo de los habitantes de Będzin de luchar y obtener tres pistolas y granadas, pero cayó en manos de los nazis en Częstochowa.

Corrieron varias hipótesis sobre su muerte. <sup>12</sup> Según un rumor, Idzia había llamado la atención de un agente secreto, que la siguió. Al advertir su presencia, ella deambuló de calle en calle para deshacerse de él, pero, como no conocía bien el lado ario, se dirigió al gueto. El agente la vio y la persiguió. Ella echó a correr y de la barra de pan que llevaba cayó una pistola. Le dispararon en el acto. En otra versión, ella se dio cuenta de que el agente secreto la estaba siguiendo y decidió coquetear. Él la invitó a su casa y ella no tuvo más remedio que ir. Su contacto en Częstochowa, al ver con quién estaba, se marchó de su lugar de encuentro. El agente secreto intentó atacarla. Ella sacó su revólver y le disparó, pero él se escapó y regresó llevando consigo a la policía. Fuera cuales fuesen las circunstancias de la muerte de Idzia, todo el grupo sintió una profunda tristeza y pesar por su pérdida; no deberían haber enviado a su mejor miembro.

Astrid ocupó el lugar de Idzia. <sup>13</sup> También conocida como A, Estherit, Astrit y Zosia Miller, Astrid no era una «inteligencia típica», pero tenía muchos contactos y conocía todos los trenes, carreteras y autopistas que comunicaban Varsovia con la provincia. Cada vez que salía, adoptaba una nueva identidad: un hijo de campesinos, por ejemplo, o una profesora de la ciudad, con un gran sombrero. Llevaba armas, dinero, cartas, información,

documentos falsos y planes de defensa detallados cosidos en la ropa. Escondía pistolas en un gran oso de peluche (era enternecedor verla abrazarlo), una lata de mermelada con un compartimento secreto, barras de pan o simplemente un bolsillo del abrigo; se quejaba de sentirse vacía después de entregarlas. A pesar de eso, cada vez que llegaba a Będzin, organizaban una fiesta con vodka; después de todo, «había que introducir las costumbres de Varsovia». <sup>14</sup> También sacaba clandestinamente del país a personas.

Chajka advirtió que Astrid era una mujer atractiva con buena figura, pero era voluble y vanidosa, hablaba de ropa y se compraba un nuevo atuendo para cada viaje porque, al parecer, era importante que se la viera impecable y a la moda en el lado ario. Tenía una buena apariencia aria y un coraje extraordinario. Una auténtica «temeraria», según Chajka, miraba directamente a los ojos de los agentes secretos con *jutzpah* y una sonrisa pícaro, y les preguntaba si querían revisar sus documentos. Tuvo mucha suerte durante largo tiempo, pero, como la mayoría de esas jóvenes mensajeras, al final acabó en la cárcel. Torturada. Trágica. Muerta.



Luego, un aluvión de comunicación. Una carta sobre Hantze: su salida del país se había retrasado y, por el momento, se quedaría en Varsovia. Otra carta. La situación era mala. La deportación general podía ocurrir en cualquier momento. «Si no vuelves a tener noticias de nosotros es porque ha empezado la *Aktion* —le escribió un miembro de la ŻOB de Varsovia—. Pero esta vez les costará mucho más. Los alemanes no están preparados para lo que les tenemos preparado.» Una mensajera llegó a Będzin para informar de que había mucho miedo en el gueto, <sup>15</sup> pero que los camaradas estaban listos. Luego se apresuró a volver a Varsovia para asegurarse de que podía ponerse en contacto con el gueto desde su base en el lado ario.

Al cabo de unas semanas regresó. Había habido una matanza horrible en Varsovia, eso era todo lo que sabía. La batalla continuaba con furia, pero muchos habían caído. Llegó un telegrama de la zona aria: «Zivia y Tosia han muerto».

Luego, silencio total de Varsovia. Nada. Ni telegramas, ni cartas ni mensajeros. Ninguna información. Ninguna noticia. ¿Estaban todos muertos? ¿Habían asesinado a cada uno de ellos?

Alguien tenía que ir a Varsovia con dinero para obtener información. Pero ya habían muerto muchas mujeres por el camino. El grupo necesitaba una mensajera que no pareciera judía y que fuera capaz de completar una misión de investigación en esos momentos particularmente confusos. Frumka y todos los líderes decidieron que sería Renia.

La pequeña Renia, una adolescente de Jędrzejów.

Ella no pensó en las chicas que habían desaparecido, ni en las incontables desapariciones y muertes. A esas alturas era una mujer de acción, con objetivos claros y llena de determinación. Sentía rabia, ira y sed de justicia.

—Por supuesto —respondió—. Iré yo.

# CAPÍTULO 13

## LAS MENSAJERAS

**Renia**

MAYO DE 1943

El nuevo mundo de Renia, el de los mensajeros, era un mundo de disfraces, donde el valor de una persona se medía por su apariencia física. <sup>1</sup> Vivir como un judío en el lado ario significaba actuar todo el tiempo; una interpretación que era de vida o muerte y que requería un cálculo y una reevaluación de alto nivel, junto con un instinto animal para el peligro y una intuición básica para saber en quién confiar. Renia sabía bien que no era fácil trepar un muro del gueto, pero era mucho más complicado estar al otro lado, trabajar e ir y venir, por no hablar de conspirar y contrabandear, a plena vista.



Ese mismo día, <sup>2</sup> los líderes de la ŻOB de Będzin se pusieron en contacto con el hombre de Częstochowa que debía ayudar a Renia a cruzar la frontera, quien ya había descubierto la mejor manera de salir a escondidas del gueto. Llegó horas después al kibutz y acudió directamente a ella, preparado para acompañarla en su primera misión formal.

Renia se marchó del gueto como un día normal de ocupación, excepto por el dinero. Se había cosido varios cientos de eslotis en el liguero, por si podían serles útiles a los combatientes de Varsovia. Fue en tren con el hombre de Częstochowa hasta Strzebiń con la documentación que había encontrado milagrosamente en la calle meses atrás. Una estación antes de la frontera del Gobierno General se bajaron.



Les esperaba una caminata de doce kilómetros a través de campos y bosques hasta llegar a un pequeño cruce fronterizo donde el hombre conocía al guardia. Tendrían que cruzarlo a pie y deprisa, para evitar la presencia de la policía. A Renia se le paró el corazón cuando casi de inmediato los abordó un soldado. El hombre de Częstochowa le ofreció una petaca de whisky. «Nos dejó pasar sin decir una palabra —escribió Renia más tarde—. Hasta nos indicó el camino.»

«En silencio y con cautela, nos abrimos paso entre los árboles y los hoyos.» Cualquier ruido la asustaba: las hojas, la luz que oscilaba entre las ramas.

De repente, un susurro. Algo, alguien, una silueta... y estaba cerca. Renia y el hombre se tiraron al suelo y se arrastraron hasta los pequeños árboles que había alrededor, y se acurrucaron bajo un arbusto. Pasos cautelosos que se aproximaban. Con el corazón palpitante y sudando, ella observó desde su escondite.

Se les acercó un individuo temblando de miedo. Había estado viajando desde el otro lado de la frontera y estaba convencido de que Renia y el hombre que iba con ella eran gendarmes al acecho, listos para atacar.

En los bosques polacos existía un mundo alternativo.

«A partir de aquí, todo está tranquilo», le dijo el desconocido a Renia para tranquilizarla en cuanto él también empezó a respirar de nuevo.

Al cabo de unos minutos ella estaba fuera del bosque, en lo que ahora era otro país.



Varsovia. Renia caminaba con resolución..., aunque no demasiada. El tren la había dejado justo en el centro de la ciudad, y se detuvo un momento para contemplar el nuevo entorno, los edificios grises y color crema, las cúpulas encorvadas, los tejados inclinados. No era así como había imaginado su primer viaje a la gran ciudad, ya que Varsovia estaba tan disfrazada como ella o incluso más. El sol de principios de primavera, los kilómetros de edificios bajos, las grandes plazas y los bulliciosos vendedores ambulantes que quedaban tapados por los miasmas de humo y cenizas. El tráfico diario era apenas audible en medio de las explosiones y

los gritos que, según escribió, sonaban «como los aullidos de los chacales». Las avenidas estaban llenas de muerte, impregnadas de un olor a edificios en llamas y pelo quemado. Los alemanes borrachos conducían como locos por la ciudad. En casi todos los cruces había puestos de control policial para inspeccionar cada paquete.

Renia apenas podía dar un paso sin que un guardia le registrara el bolso. Había memorizado cada detalle de la nueva documentación que había obtenido el día anterior a través del hombre de Częstochowa, y ensayado mentalmente una identidad más, intentando como siempre convertirse en la persona de los papeles; habitar el retrato borroso. Esos papeles no eran uno de esos carnets diseñados a medida con una versión polaca de su nombre yidis y un lugar de nacimiento acorde con su acento. Esos papeles eran fruto del azar; habían pertenecido a la hermana de ese hombre. Eran más válidos que los que Renia se había encontrado en la calle, pero aun así no llevaban fotografía ni huellas dactilares.

Mirando hacia la calle para ver si había más puestos de control nazis, Renia temió que esos documentos falsos que podrían haberle servido en el campo no fueran lo bastante buenos en la ciudad. Se rozó el torso con el lado de la mano y notó el grueso bulto del dinero. Seguía allí.

—¡Papeles! —bramó otro policía.

Ella le entregó la documentación y lo miró a los ojos. Él le registró el bolso, y la dejó pasar y subir al tranvía.

Al llegar a su parada, Renia se bajó y caminó un poco más. La policía detenía a todos los transeúntes; incluso las calles más pequeñas estaban repletas de gendarmes y agentes secretos vestidos de paisano que buscaban a judíos que habían escapado del gueto. Disparaban en el acto a cualquier sospechoso. «La cabeza me daba vueltas —escribió Renia más tarde— solo de ver esa imagen aterradora.»

Se recobró y se dirigió rápidamente a las señas que le habían dado.

Finalmente llegó a su destino.

—He venido a ver a Zosia —dijo a la casera voluminosa que la examinó por la rendija de la puerta entreabierta.

Era el nombre en clave de la católica Irena Adamowicz.

—No está aquí.

—La esperaré.

—Tiene que irse. No se permiten las visitas. Podrían matarnos por dejar entrar a un desconocido.

A Renia se le paró el corazón. ¿Adónde podía ir? En Varsovia no conocía a una sola persona.

Puede que hubiera pasado todos los puntos de control hasta ahora, pero eso no significaba que no pudieran capturarla la próxima vez.

—Además —siseó la mujer—, creo que Zosia podría ser judía. —Guardó silencio unos instantes y añadió en un susurro—: Los vecinos desconfían de ella.

—¡Oh, no, no lo creo! —respondió Renia con voz tranquila e infantil, aunque sudaba—. La conocí en un tren, y me dijo que viniera a verla si pasaba por la ciudad. Parece católica, no judía. —¿Podía esa mujer ver a través de las capas de tela los secretos que llevaba cosidos a la falda? A Renia le habían encomendado esa misión de investigación por su aspecto polaco, pero ¿era suficiente? Apenas iba disfrazada—. Si fuera judía —continuó a la ofensiva, sin saber a qué juego estaban jugando— lo notaríamos de inmediato.

La casera la miró satisfecha con su respuesta. Luego tosió ruidosamente y desapareció en el interior de su piso. Renia se volvió.

Allí estaba Zosia.



Renia por fin lo comprendió. Ella no era una simple judía disfrazada, sino una agente clandestina que estaba al tanto de secretos y claves, pruebas y giros.<sup>3</sup> Pertenecía a ese linaje de mensajeros de guerra o *kashariyot*, en hebreo «enlaces», un término más sutil que describía mejor el trabajo. Los *kashariyot* solían ser mujeres solteras, de entre quince y veintipocos años, que habían sido cabecillas o habían estado muy dedicadas a sus movimientos juveniles. Eran enérgicas, cualificadas y valientes, y estaban dispuestas a arriesgar una y otra vez su vida.

Los enlaces desempeñaban muchos roles, y estos cambiaron a medida que avanzaba la guerra; Renia se unió en una etapa tardía. El servicio de mensajeros había empezado al comienzo de la guerra con Frumka, Tosia y

Chana Gelbard, que viajaron entre los guetos poniéndose en contacto con camaradas de las provincias para dirigir seminarios, difundir publicaciones, educar a los dirigentes locales y mantener el crecimiento espiritual. Esas mujeres formaron redes que utilizaban para pasar de contrabando alimentos y suministros médicos. Los ocupantes alemanes, para evitar que los judíos obtuvieran información y ayuda, se habían asegurado de que los guetos estuvieran aislados del mundo y se convirtieran en «reinos retirados», <sup>4</sup> como los describió Zivia. Las radios y los periódicos estaban prohibidos, y a menudo confiscaban el correo. Viajar no resultaba fácil: los trenes no tenían horarios y las mujeres debían esperar horas en las estaciones; además, parecer perdido en una nueva ciudad despertaba sospechas. «Nadie pedía indicaciones sobre cómo llegar a un gueto», <sup>5</sup> escribió la mensajera de Białystok, Chasia Bielicka. La llegada de una *kasharit* con noticias sobre familiares o sobre la situación política era una demostración de que no los habían olvidado, que la vida continuaba fuera de su tortura confinada, que no todo era depresión. Esas mujeres eran cuerdas de salvamento, «radios humanas», <sup>6</sup> contactos fiables, distribuidoras de suministros y fuentes de inspiración. Gracias a ellas, las noticias «brillaban como meteoritos» por todo el país. <sup>7</sup> Al igual que a Tosia, a menudo las recibían con abrazos y besos.

Pero con el tiempo, además de infundir esperanza, las *kashariyot* tuvieron que transmitir la dolorosa noticia de los asesinatos en masa y la Solución Final. Fueron testigos de primera mano de deportaciones y asesinatos, y tuvieron que contar con delicadeza sus historias, así como las de otros, persuadiendo a los judíos de la verdad y convenciéndolos para que resistieran.

A medida que aumentaban los asesinatos, y los movimientos juveniles se convertían en milicias, las rutas y las estrategias de las mensajeras, los conocimientos que habían adquirido hasta la fecha (como las rutinas de los guardias, los lugares por donde era más fácil escaparse, los equipos más efectivos y las tapaderas) y su confianza a la hora de burlar a los nazis se adaptaron a sus nuevas funciones. Empezaron a introducir y sacar de los guetos documentación falsa, dinero, información y publicaciones clandestinas, y a los judíos mismos. Buscaban habitaciones seguras donde

celebrar sus reuniones; actuaban como mediadoras de los dirigentes de la Resistencia de sexo masculino que se movían en el anonimato, sirviéndose de su astucia callejera para desplazarse por las ciudades, ayudarlos a planificar sus misiones y obtener para ellos certificados de trabajo. Se hacían pasar por sus «acompañantes» oficiales, paseando con ellos para dar la imagen de una buena pareja o incluso besuqueándose toda la noche en las estaciones de tren mientras hacían tiempo para entrar en el gueto por la mañana. <sup>8</sup> Como hablaban mejor polaco que sus camaradas varones, ellas les compraban los billetes de tren y les alquilaban los pisos. Una *kasharit* tenía que estar siempre al tanto del paradero de su compañero por si lo capturaban. El equilibrio y la serenidad que requería este tipo de trabajo eran sobrehumanos. ¿Tenía Renia esas cualidades?

La mayoría de los enlaces tenían que ser mujeres. <sup>9</sup> Las judías no iban marcadas físicamente como los hombres circuncidados, ni perdían la seguridad en ellas mismas por miedo a la «prueba de bajarse los pantalones». También levantaba menos sospechas el hecho de que viajaran de día. Mientras se suponía que los hombres polacos estaban en el trabajo, las mujeres podían deambular —tal vez para comer fuera o ir de compras— sin que las detuvieran de inmediato y las mandaran a un campo de trabajos forzados. La cultura nazi era típicamente sexista, y no se esperaba que las mujeres fueran agentes ilícitas; ¿por qué esa bonita joven campesina iba a tener boletines cosidos en la falda o llevar una pistola dentro de su osito de peluche? Además, una sonrisa coqueta no hacía daño a nadie. Las mensajeras a menudo atraían a los nazis con sus muestras de elegancia femenina, su aspecto «aniñado» y su falsa ingenuidad, e incluso les pedían que las ayudaran con las maletas..., las mismas que estaban llenas de artículos de contrabando. Era normal que las mujeres fueran por la calle con bolsos, carteras y cestas; esos accesorios elegantes se convirtieron en escondites de armas. En ese momento las mujeres polacas también eran contrabandistas y vendedoras ambulantes, y en sus bolsos llevaban objetos de todo tipo ilegalmente importados. Algunas mensajeras, como Tosia y Vladka, accedían a los guetos y a los campos haciéndose pasar por

contrabandistas gentiles. Tosia acudió una vez a un gueto vestida con ropa deportiva, como una polaca interesada en comprar artículos judíos a bajo precio. <sup>10</sup>

Por lo general, solo seleccionaban a mujeres que no parecían judías para realizar misiones. Al igual que Renia, tenían el pelo claro y los ojos azules, verdes o grises; <sup>11</sup> una «buena» apariencia física. Era importante que tuvieran las mejillas sonrosadas, pues era un signo de salud. Las que intentaban «hacerse pasar» por polacas se teñían el pelo y se lo enrollaban en trozos de papel para crear estilos polacos. <sup>12</sup> Las mujeres (y los hombres) se esforzaban por vestirse con ropa polaca, especialmente de estilo más elegante, más de clase media y alta. (La broma en aquel entonces era que si uno veía a un caballero polaco elegantemente vestido, probablemente era judío.) <sup>13</sup> Tanto Frumka como Hantze se ponían un pañuelo alrededor de la cabeza para ocultar en parte el rostro, y aunque hubo que convencer a Frumka para que buscara tiempo para maquillarse, los cosméticos la hacían parecer más aria.

Las chicas también tenían que parecer polacas en sus ademanes y su actitud. Algo tan simple como llevar en las manos un manguito de piel las ayudaba a disminuir la gesticulación típicamente judía al hablar. <sup>14</sup> Renia tenía el semblante y el porte de una joven polaca, era capaz de andar con aplomo y de reaccionar sin titubear, y hablaba el idioma a la perfección. Las judías polacas tenían más probabilidades de poseer una gran competencia lingüística. Por motivos económicos, los hijos solían ir a escuelas judías, y las hijas, a escuelas públicas. Tanto Zivia como Renia aprendieron a hablar como nativas, sin el típico acento judío. Estudiaron literatura polaca y pasaban todo el día entre polacos, asimilando sus gestos e idiosincrasia.

Las judías polacas, de una forma un tanto contraria a la lógica, jugaban con ventaja por ser pobres. Antes de la guerra habían tenido que ponerse a trabajar y, a través de sus empleos, conocieron a personas no judías, trataron con ellas e hicieron amistad. Las mujeres conocían a sus vecinas polacas, habían oído sus guisos, las habían visto criar a sus hijos y estaban familiarizadas con sus costumbres, tanto religiosas como mundanas. Sabían, por ejemplo, que, a diferencia de los judíos, la mayoría de los polacos no se cepillaban los dientes todos los días ni llevaban gafas. <sup>15</sup>

En Varsovia, especialistas como los del Institut de Beauté ayudaban a los judíos a disfrazarse. <sup>16</sup> Ofrecían operaciones quirúrgicas de nariz (y pene), consultas de maquillaje, y decoloración y marcado del cabello. Los flequillos, rizos y encrespados despertaban sospechas, por lo que se aseguraban de retirar cuidadosamente el pelo de la frente en peinados arios. Pero también daban clases de etiqueta, enseñaban a las mujeres judías a cocinar carne de cerdo y a pedir bebidas alcohólicas, a gesticular menos y a decir más el padrenuestro. Cuando Tosia visitó Będzin, <sup>17</sup> animó a las camaradas para que aprendieran a recitar oraciones católicas por si las detenían y las ponían a prueba.

Los judíos estudiaron el catecismo y empezaron a celebrar el día de su santo y el de sus amigos. <sup>18</sup> Expresiones judías como «¿De qué calle eres?» tuvieron que ser reemplazadas por su versión polaca: «¿De qué barrio eres?». Los matices eran infinitos.

Quizá porque las mujeres judías se sentían más cómodas en un entorno polaco, o porque se les enseñaba a ser empáticas y acomodaticias y a estar en sintonía con las señales de comunicación no verbales de la gente, tendían a tener una fuerte intuición. <sup>19</sup> Sus habilidades femeninas, junto con su buena memoria, las ayudaban a comprender las intenciones de los demás. ¿Es un contacto de verdad o un colaborador nazi? ¿Me delatará este polaco? ¿Es inminente el registro? ¿Será necesario sobornar a ese guardia? ¿Me está mirando demasiado esa mujer?

Gracias al entrenamiento que habían recibido en los movimientos juveniles, las mujeres estaban preparadas para ese trabajo. Habían asimilado mensajes sobre la autoconciencia, la independencia, la conciencia colectiva y la superación de las tentaciones. <sup>20</sup> Sabían cómo portarse bien y no ceder a los impulsos normales de una veinteañera. Una vez que Tosia viajaba en un tren disfrazada de aldeana, <sup>21</sup> se fijó en un hombre atractivo y de pronto le entraron ganas de llamar su atención. Coqueteó y él la invitó a la mansión donde vivía. Estuvo tentada de arriesgarlo todo por un día de normalidad y placer, y necesitó todas sus fuerzas para rechazarlo.

Las *kashariyot* tenían papeles falsos, historias falsas, intenciones falsas, color de pelo falso y nombre falso. Igual de importante, su sonrisa también era falsa. No podían ir por ahí con una mirada triste; eso las



delataba al instante. Las mensajeras estaban entrenadas para reír, reír a carcajadas, reír mucho. Tenían que levantar la vista y absorber el mundo, fingir que no tenían preocupaciones, que sus padres y sus hermanos no acababan de ser torturados y asesinados, que no se estaban muriendo de hambre y que no llevaban una bolsita llena de balas dentro de un tarro de mermelada. Incluso tenían que intervenir alegremente en las discusiones antisemitas con los otros pasajeros del tren. En palabras de Gusta Davidson, no era fácil «fingir alegría cuando uno estaba lleno de pensamientos tristes... [eso] la dejaba al límite de sus fuerzas». <sup>22</sup> Chasia Bielicka describió la represión constante: «No podíamos llorar de verdad, sentir dolor de verdad ni conectar con nuestros verdaderos sentimientos. Éramos actrices en una obra en la que no había ni un solo intermedio, una actuación teatral sin escenarios. Actuábamos sin parar». <sup>23</sup>

Y al entrar y salir de los guetos, las *kashariyot* también eran los principales blancos de los *schmaltzovniks*. Llevaban dinero en efectivo destinado específicamente a los extorsionistas. Un chantajista siguió a Chaika Grossman cuando salía del gueto de Varsovia con documentos y dinero escondidos, y ella le gritó, lo insultó y amenazó con denunciarlo a la Gestapo. Vladka Meed también usó una estrategia ofensiva: <sup>24</sup> les pidió a los chantajistas que la siguieran (para evitar una escena), luego amenazó con denunciarlos y se acercó tranquilamente a un guardia nazi hasta que ellos se asustaron y huyeron.

Para Gusta, cada momento que pasaba fuera del gueto era aterrador, «cada paso que daba fuera de la cerca de alambre de púas era como abrirse paso a través de una lluvia de balas. [...] Cada calle era una selva frondosa que había que desbrozar a machetazos». <sup>25</sup>

Y, sin embargo, allá fueron las mensajeras antes que ella.

Allá fue Renia.



## CAPÍTULO 14

### DENTRO DE LA GESTAPO

**Bela**

MAYO DE 1943

Renia sabía que una de las mensajeras más populares y atrevidas era su camarada de Libertad Bela Hazan, <sup>1</sup> que trabajaba sobre todo en el Este. Bela y sus «colegas» superinteligentes y de gran atractivo ario eran leyendas, y a ellas les asignaban las misiones más peligrosas.

Como indicaba su nombre de pila, Bela era una belleza. Y como indicaba su apellido, su padre era un *hazan* (cantor) en una ciudad pequeña y casi exclusivamente judía del sudeste de Polonia, donde la familia vivía en un sótano oscuro debajo de la sinagoga. Él murió cuando Bela tenía seis años, y su madre crio sola a sus seis hijos, enseñándoles a no aceptar limosnas ni compasión, y a ser orgullosos y autosuficientes. La madre de Bela era una figura respetada en la comunidad y, aunque nunca había estudiado, tenía una gran astucia callejera. Se empeñó en darles a sus hijos la educación que ella nunca había recibido y los envió a la escuela hebrea, rechazando las ayudas económicas y asistiendo a todos los actos escolares, aunque eso significara cerrar su tienda. Lavaba la ropa todas las noches para que fueran tan pulcros como los niños ricos. Cuando Bela acabó la escuela, su madre la envió fuera de casa como profesora particular de hebreo, pero la apoyaba con paquetes de comida y cartas llenas de «cariño y amor maternos».

La madre de Bela era sionista religiosa y le permitía asistir a las actividades del movimiento siempre que no cayeran en sábado. En 1939 Bela fue seleccionada por los dirigentes locales para hacer un curso especial de defensa personal, como preparación para irse a vivir a Palestina. Aprendió a manejar armas, así como porras y piedras; asistió a conferencias, y notó que las palabras de Frumka y Zivia le llegaban

especialmente. Destacó en los exámenes y la eligieron para que fuera instructora de defensa en el kibutz de Libertad de Będzin. Fue directamente a Zaglembe, pues temió que, si pasaba antes por casa, su madre no la dejara ir. Su madre se enfadó tanto que estuvo tres meses sin contestar a sus cartas hasta que finalmente le pidió que la perdonara. El verano llegaba a su fin y Bela intentaba conseguir los papeles para hacer una *aliyá* con toda la familia.

Estaba entrenándose en defensa personal cuando Hitler los invadió. Los camaradas se quedaron sentados en la cocina escuchando la radio, conscientes de que en cuestión de minutos los nazis llegarían a su ciudad fronteriza. Los cabecillas decidieron reubicar en el interior de Polonia a todos los miembros, con la excepción de unos pocos hombres y de Bela, que se quedarían atrás para cuidar del kibutz de Będzin. Sin embargo, los bombardeos alemanes fueron tan violentos que Bela y sus camaradas huyeron para salvar la vida. Los caminos estaban llenos de personas aterradas que se empujaban, al igual que los andenes de los trenes de carga. A su alrededor estallaban bombas. Después de días de huida frenética, Bela regresó a Będzin, donde al menos tenía un techo. Lloró de la emoción: ese era su hogar.

Pero, poco después, la cúpula de Libertad la apremió para que fuera a Vilna, desde donde tal vez aún era posible emprender una *aliyá*. En su viaje caótico, cruzó un río en bote de noche y pasó tres semanas en una prisión rusa, donde la obligaron a estar todo el tiempo de pie. Después de días suplicando, fue a la casa del jefe de los guardias de la prisión, donde lloró y, a fuerza de insistir, consiguió que pusieran en libertad a sus compañeros. De regreso a Vilna, Bela fue a ver a su madre, quien la creía muerta. Pero el alegre reencuentro solo duró dos horas. Bela debía reanudar su viaje en coche y a pie hacia el este en un intento de llegar a Palestina. Le prometió a su familia que la llevaría consigo. Fue la última vez que la vio.

En Vilna, Bela participó en el mundo floreciente pero ávido del movimiento juvenil, que continuó con el trabajo agrícola y cultural, incluso bajo el dominio de los rusos (solo que más calladamente). La invasión de Alemania en 1941 dio pie al horror. Una imagen que se le quedó grabada

desde los primeros días de ocupación fue la de un hombre judío pegado a un árbol con el pene cortado. Al poco tiempo se aprobaron todas las leyes antijudías habituales. Las estrellas de David, los tiroteos, la guetización.

Pero Bela nunca se derrumbó. Desde el principio, salía del gueto con un grupo de trabajo, a través de pequeños pasillos o por las casas situadas junto a sus muros; una vez fuera, se arrancaba la insignia judía (que llevaba prendida con alfileres en lugar de cosida, un delito penal) y se encaminaba al mercado, donde compraba alimentos y medicinas para sus amigos. En Vilna era una desconocida y, además, tenía rasgos arios. No le preocupaba que la identificaran a simple vista como judía, pero su acento polaco era muy judío y procuraba hablar lo menos posible. En el gueto vivía en un piso de tres habitaciones con trece familias; siempre acogían a los refugiados judíos. Ella dormía sobre una mesa de pimpón. Aunque no tenía estudios de medicina, encontró trabajo como «enfermera» en el quirófano de un hospital. Recogía la sangre con una fregona, y en una ocasión tuvo que pasarle al cirujano los instrumentos quirúrgicos mientras él operaba a la luz de una vela.

Los camaradas, al enterarse de la masacre en Ponary, empezaron a organizar la Resistencia en los bosques de las afueras de Vilna. Abba Kovner, de La Joven Guardia, formó un grupo rebelde. Los cabecillas de Libertad buscaron a chicas que no tuvieran aspecto judío para que trabajaran como mensajeras entre los guetos. Bela, que ya tenía experiencia saliendo disfrazada de aria, se ofreció. Aun así, necesitaba papeles para tener libertad de movimiento. En el hospital, se acercó a una conocida que no era judía y que tenía apenas unos años más que ella, y le dijo que quería ir a ver a su familia. Ella no hizo preguntas y le dio su pasaporte, pero la advirtió de que no fuera nunca a su casa porque su marido odiaba a los judíos. Y así, a los diecinueve años, Bela Hazan se convirtió en Bronisława Limanowska, o Bronia para abreviar. Los dirigentes de Libertad cambiaron la foto y el tampón, y aunque se veía claro que era una falsificación, le duró años.

La misión de Bela era servir de enlace entre Vilna, Grodno y Białystok introduciendo clandestinamente boletines, dinero y armas. Se le encargó que buscara un lugar seguro en Grodno para los mensajeros y estableciera

allí una base. Salió del gueto por la mañana con un grupo de trabajadores, y por diez monedas de oro se compró una cruz para colgársela alrededor del cuello y un libro de oraciones cristiano. Con un impetuoso viento chillándole en los oídos, viajó en vehículos militares, carretas y carruajes tirados por caballos, y durmió en casas derruidas hasta llegar a la pintoresca ciudad medieval de Grodno, con sus pronunciados tejados a dos aguas y sus calles empedradas. Llamó a la puerta de la casa de una mujer polaca entrada en años y, mientras esta lavaba la ropa a la luz de una lámpara de aceite en la cocina, Bela le contó que habían bombardeado su casa, que su familia había muerto y que necesitaba un lugar donde quedarse, aterrada en todo momento de que se le escapara sin querer una palabra en hebreo o yidis, o «Dios» en lugar de «Jesús, María y José». La mujer la consoló y la acogió. Pero Bela no durmió esa noche temiendo gritar algo en hebreo mientras dormía.

Necesitaba encontrar un trabajo en Grodno y fue a la oficina de empleo.

—¿Habla usted alemán? —le preguntó el oficinista.

—Sí. —Al fin y al cabo, el yidis se parecía mucho.

El empleado le hizo preguntas. Ella cambió *vos* por *vas* (qué).

—Habla muy bien —la felicitó. Su mediocre yidis había resultado ser un alemán decente—. Tengo un puesto para usted. Será traductora en la oficina de la Gestapo.

¿Un empleo en la Gestapo? Bela sabía que eso suponía un riesgo demencial, pero también podía ayudarla de maneras extraordinarias.

Al día siguiente empezó a trabajar para la Gestapo de Grodno, que era básicamente una oficina administrativa. Se ganó enseguida al jefe, al igual que a la mayoría del personal, que era sobre todo alemán. Ella era la encargada de traducir del polaco, el ruso y el ucraniano al alemán. «¡De pronto era multilingüe!», escribió. También limpiaba y servía té.

Al buscar un piso, Bela evitó el barrio intelectual, donde su acento la habría delatado. Alquiló una habitación a una viuda bielorrusa que vivía en las afueras de la ciudad, confiando en que no advertiría sus errores lingüísticos. Intentó sentirse cómoda en el espacio diminuto, cuyas paredes estaban cubiertas de iconos de Jesús. Pero cuando regresaba a casa de sus

turnos de diez horas, esas imágenes de Jesús, al igual que los domingos en la iglesia, le inspiraban más miedo que estar rodeada de nazis todo el día. Siempre procuraba ir a la iglesia con una colega y colocarse detrás de ella, para poder imitar cada movimiento.

Una semana después Bela le pidió a su jefe un documento oficial que probara que trabajaba para la Gestapo. Él lo firmó en el acto. Con ese papel acudió al ayuntamiento de Grodno, explicó que toda su documentación había sido destruida y solicitó que se la renovaran. Al empleado le dio tanto miedo tener líos con una empleada de la Gestapo que la llevó al principio de la cola. Le hicieron un documento de identidad con datos falsos. A Bela le había tocado la lotería: libertad de movimiento.

Con sus papeles podía estar fuera pasado el toque de queda incluso en las inmediaciones del gueto, adonde iba a ayudar. Debía presentarse en Vilna y enseñar a los camaradas su nueva documentación para que la utilizaran como muestra para sus falsificaciones, pero era casi imposible obtener permisos para viajar en tren, pues estaban reservados para los militares. De modo que una mañana fue a trabajar llorando. Les explicó que su hermano había muerto en Vilna y que había que enterrarlo. De acuerdo con la tradición polaca, disponía de tres días para hacerlo. Luego tendría que ocuparse de todo; en total, le llevaría una semana. Su jefe de la Gestapo la consoló y la acompañó personalmente a la estación para que obtuviera los pases de tren.

Rebosante de alegría, Bela llegó a Vilna y, vestida como una mujer cristiana, planeó el momento adecuado para entrar en el gueto y prenderse la estrella, que llevaba escondida en la billetera. Cerca de la puerta se le acercó una mujer con largas trenzas rubias.

—¿Nos conocemos de algo?

A Bela se le aceleró el pulso. ¿Quién era?

—¿Cómo te llamas?

—Christina Kosovska.

La mujer sacó una foto de su billetera. Era de un grupo de camaradas. ¡Bela estaba entre ellos!

—Mi verdadero nombre —susurró— es Lonka Kozibrodka.

Lonka. Bela había oído hablar mucho de ella. Una mensajera excepcional con un polaco impecable y una fisonomía muy atractiva y cristiana, tenía la sabiduría y el encanto de «un sumo sacerdote, con sus largas trenzas rubias dispuestas como un halo alrededor de la cabeza». <sup>2</sup> Los camaradas a menudo se preguntaban si la había enviado la Gestapo como infiltrada. Con casi treinta años y procedente de una familia culta de las afueras de Varsovia, Lonka era alta y delgada, había estudiado en la universidad y hablaba ocho idiomas con fluidez. Si Bela, casi una década más joven, era una chica de clase trabajadora espabilada, corpulenta y lista, una plebeya astuta, Lonka tenía el aplomo de una mujer culta y con mundo. No usaba su aspecto despampanante para intimidar a sus camaradas, pero sí para impresionar a los nazis. «Más de una vez —escribió su camarada— un “Gestaponik” la ayudó a llevar una maleta llena de materiales prohibidos porque pensaba que era una joven cristiana.» Lonka, que había ascendido rápidamente en Libertad con su actitud alegre pero diligente, viajaba por todo el país transportando armas, documentos y, en una ocasión, un archivo. En esa ocasión había llegado de Varsovia en una misión. Juntas se mezclaron con un grupo de trabajadores y entraron en el gueto; sería la primera de muchas colaboraciones.

Bela disfrutó del reencuentro con sus compañeros (a los que les preocupó su empleo de alto riesgo) y les dio sus papeles, que se pasaron toda la noche copiando en su «oficina de documentos falsos». A los pocos días, regresó a Grodno con instrucciones de informar al *Judenrat* sobre lo ocurrido en Ponary y solicitar ayuda económica para sacar a los judíos de Vilna a escondidas. También debía reunirse con miembros de Libertad y compartir con ellos los planes para una revuelta clandestina.

Justo antes de marcharse de Vilna, Bela reemplazó el brazalete judío por una cinta negra de luto. En el tren rompió a llorar pensando en la destrucción de los judíos. Los pasajeros la consolaron por la muerte de su hermano. Eso cuando no culpaban a los judíos de todos los problemas del país. De nuevo en casa, su casera y vecina la ayudó a calmarse. Cuando regresó al trabajo, encontró una tarjeta de pésame de sus compañeros de oficina en la que lamentaban la pérdida de su hermano. Eso, por fin, la hizo reír.

Bela solicitó un permiso especial para entrar en el gueto con el pretexto de que necesitaba que la viera un dentista judío con excelentes referencias, y obtuvo un pase de dos semanas. En el *Judenrat*, facilitó la información que tenía y presentó sus peticiones. ¿Podían ahorrar algo de dinero para los más pobres de Vilna? ¿Aceptarían a refugiados? Pero los hombres del consejo no la creyeron. Además, ¿dónde iban a poner a más personas?, le respondieron. Y no podían dar dinero a nadie sin más. En el pasillo, Bela se echó a llorar. Un miembro del *Judenrat* se acercó y se ofreció en voz baja a ayudar a los refugiados con dinero y papeles falsos. En la biblioteca del sótano, ella se reunió con el grupo Libertad. Eran ochenta miembros —muchos de ellos le sonaban—, y se juntaban para impartir conferencias y clases de hebreo. Ella les habló de Ponary y de la necesidad de que los jóvenes se sublevaran.

Poco antes de la Navidad de 1941, Bela decoró su primer árbol y le comentó a su casera que esperaba la visita de una amiga durante las vacaciones. Tema Schneiderman llegó a Grodno vestida con su conjunto preferido, elegante pero informal, rematado con unas botas de invierno negras de moda.<sup>3</sup> Tenía fama de llevar siempre un regalo, incluso cuando entraba en un gueto, como un ramillete de flores silvestres que había cogido por el camino, limones de contrabando o una prenda de ropa suya.

Oriunda de Varsovia, Tema (a quien también se la conocía como Wanda Majewska) era una mensajera alta y discreta de aspecto cristiano, con un rostro sonriente coronado con dos trenzas castañas. Perdió a su madre a una edad temprana, y era independiente y práctica; en casa hablaba polaco y fue a la escuela pública antes de convertirse en enfermera. Se unió a Libertad a través de su prometido, Mordechai Tenenbaum, y aprendió yidis. Al principio de la guerra los dos falsificaron documentos de emigración y enviaron a camaradas a Palestina. Mordechai tomó el nombre de ella para sus papeles; la adoraba y la envió a las misiones más peligrosas. Los informes de Tema se publicaban en boletines clandestinos, e incluso había escrito un artículo sobre los horrores de la guerra para un periódico clandestino polaco dirigido al público alemán. Había estado trabajando por la zona como mensajera y ayudando a gente a salir del país.

Bela llevó a Tema a su oficina, donde todavía colgaba en el tablón de anuncios la tarjeta de pésame. Ella también se rio mucho.

Un nazi que estaba enamorado de Bela la invitó a la fiesta de Navidad de la oficina. Ella no podía negarse. Esa noche Tema y Lonka iban a quedarse a dormir en su piso, así que las llevó. Las tres se pusieron elegantes y asistieron a las celebraciones navideñas de la Gestapo, donde posaron para una fotografía que desde entonces se ha convertido en la imagen icónica de las mensajeras y de la que cada una recibió una copia.<sup>4</sup>

Poco después, el movimiento clandestino le pidió a Bela que acudiera a Vilna. Ella le dijo a su jefe que debía ingresar dos semanas en el hospital y tomó un tren. El vagón estaba repleto de soldados nazis, con los que ella charló llevando dinero escondido en el sujetador y la estrella judía en el bolsillo de su abrigo. Entró en el gueto de Vilna con un grupo de trabajadoras, ofreciéndose a ayudarlas a llevar sus sacos de patatas. Unas pocas manzanas le parecieron kilómetros.

Poco después, Bela se encontró en el gueto de Białystok. Una vez allí, Lonka y ella colaboraron para introducir a escondidas un fardo en el que iba un bebé que había nacido en Grodno. Bela se sintió tan feliz de estar entre amigos y de poder mostrarse abiertamente judía que decidió quedarse. Frumka llegó a Białystok para dirigir un seminario de tres semanas con el que pretendía que los camaradas continuaran aprendiendo y pensando. Lonka y Bela pasaron días rastreando la región y buscando a judíos a los que introducir de forma clandestina para que asistieran al seminario disfrazados, en automóvil, en tren y a pie. El seminario las hizo creer por un momento que estaban viviendo una vida normal.

Vilna, Białystok, Volhynia, Kovel. Bela pasó los siguientes meses viajando sin parar y eludiendo la aniquilación de los guetos —en una ocasión, escondida en barriles de cemento—; y cuando finalmente llegó a la casa de su madre, se encontró con que en ella vivían unos ucranianos, y la sala de estar estaba decorada con imágenes de Jesús. Soltó unos comentarios antisemitas antes de preguntar qué había sido de los judíos que vivían allí.

—Murieron.



Bela echó a correr y, cuando estuvo segura de que nadie podía oírla, rompió a llorar. Entonces comprendió que su única opción, si quería seguir viviendo, era vivir para vengarse.

En primavera mandaron a Lonka con cuatro revólveres a Varsovia en una misión.

Desapareció.

Los cabecillas de Białystok decidieron que alguien debía ir a buscarla. Bela se ofreció.

—Vuelve sana y salva —le dijeron todos preocupados.

El novio de Bela, Hanoch, la acompañó a la estación. Era un hombre fuerte y musculoso que había robado armas a los nazis, y le infundía coraje. Tenían previsto casarse después de la guerra e irse a vivir a Palestina.

Él le dio dos pistolas, que Bela escondió en unos bolsillos de gran tamaño. Dentro de las trenzas llevaba enroscado un boletín clandestino en hebreo impreso en papel fino. De camino a Varsovia se sintió segura y pasó todas las inspecciones con sus papeles falsos.

Hasta que llegó al pueblo de Małkinia Górna.

Un oficial subió al tren y se acercó a ella.

—¿Sí?

—Acompáñeme —le dijo—. Llevamos mucho tiempo esperándola.

Sin decir una palabra, Bela se levantó y bajó detrás de él.

El tren se marchó.

El oficial la llevó a un cuarto de la estación, donde la cacheó, le abrió la maleta y encontró las armas. No había nada que hacer. La adolescente se quedó mirándolos con sus pistolas en las manos y supo que la ejecutarían. Pero decidió actuar como si no pasara nada. Llegaron unos hombres para escoltarla al bosque y le gritaron que corriera, golpeándola en la espalda. Pero ella no quiso que le dispararan por detrás. Tarareó una melodía para calmarse.

Llegaron a una pequeña prisión situada en medio de la nada. A Bela le entró el pánico. ¿Qué pasaría con el material hebreo que llevaba encima? Sabían que ella era contrabandista de armas, pero no podían, no debían,

averiguar que era judía. Ella pidió ir al baño. La llevaron a una caseta abierta con un hoyo excavado en el suelo. Se las arregló como pudo para sacarse el boletín de las trenzas y tirarlo al hoyo.

En una habitación pequeña, le quitaron todo. Pensó que era el fin. Nadie sabría nunca qué había sido de ella. Empezó a llorar.

—¡Para o te mataré! —le gritó el oficial.

Empezó el interrogatorio. Ella mintió de forma sistemática, hablando solo en polaco y jugando desesperadamente con su acento.

«Sí, mi padre era primo hermano del famoso político polaco Limanowski.»

«Compré los papeles de viaje a un hombre en el tren por veinte marcos.»

«Las armas son mías.»

La golpearon sin piedad. Luego le preguntaron por los oficiales polacos, y Bela se dio cuenta de que creían que formaba parte del Ejército Nacional.

—¿Conoce a Christina Kosovaska? —le preguntó uno de pronto.

Lonka.

—No.

—Será mejor que diga la verdad.

El hombre sacó una fotografía y se la tiró a la cara; era la foto de Lonka, Tema y Bela en la fiesta de Navidad de la Gestapo. Lonka había pecado de exceso de confianza y la había llevado encima en sus misiones. La encontraron.

—¿Se reconoce?

Ella dijo que había conocido a Lonka en la fiesta. No le creyeron y la golpearon de nuevo, rompiéndole un diente.

Después de seis horas de interrogatorio, Bela estaba exhausta y la arrojaron al frío suelo de tierra. Toda la noche los guardias intentaron entrar en la habitación, pero ella los ahuyentó gritando. A las cinco de la mañana la esposaron y la subieron a un tren con un escolta. Los transeúntes la miraban compasivos, pero Bela mantuvo la cabeza bien erguida.

La llevaron a la sede de la Gestapo de Varsovia, en la calle Szucha. «Szucha», como llegó a conocerse ese cuartel general nazi, se encontraba en un edificio suntuoso del Gobierno polaco que habían tomado los nazis. Situado en un barrio elegante con bulevares sinuosos y lujosos apartamentos *art déco* —en él se encontraba la primera vivienda polaca con ascensor—, nadie habría imaginado que la estructura de columnas blancas albergaba en su sótano un calabozo de tortura. Los detenidos esperaban a ser interrogados en oscuras celdas «tranvías», donde los asientos estaban dispuestos como en un tranvía, muy pegados entre sí y todos orientados en la misma dirección. Por una radio sonaba música a todo volumen para ahogar los ruidos de los látigos, las varas y las porras, y los gritos. En todas las paredes había mensajes desesperados rascados en el hormigón. <sup>5</sup>

La metieron en otra habitación pequeña, en cuya pared se leía una consigna en alemán: «Mira solo hacia delante, nunca mires atrás». Durante tres horas oyó gritos y lamentos ahogados. Luego la llevaron al tercer piso. Otro interrogatorio dirigido por un oficial de mirada esquiva; más respuestas falsas.

—Si no nos dice inmediatamente de dónde sacó las armas, la obligaremos a hacerlo.

La llevaron de nuevo al sótano golpeándola brutalmente durante todo el camino. El oficial de la Gestapo le ordenó que se quitara la ropa y se echara sobre una tabla de madera en mitad del suelo. Sacó una porra y la golpeó en una parte distinta del cuerpo cada vez. Le tapó la boca con las manos hasta que ella se desmayó. Cuando se despertó, estaba cubierta de sangre. Incapaz de moverse, con el cuerpo amoratado e hinchado, se quedó tres días allí tumbada. Luego el oficial regresó, le dijo que se vistiera y la llevaron a Pawiak, la cárcel de presos políticos que estaba dentro del gueto, justo enfrente de la calle Dzielna. Un automóvil especial iba y venía con presos entre los dos lugares de tortura varias veces al día; los curiosos lo observaban con temor.

Pawiak era conocido como el infierno, pero Bela se sentía realmente feliz.

Acababa de enterarse: Lonka estaba allí.



«Lonka lanzó una nota desde Pawiak cuando la detuvieron —le explicó Irena Adamowicz a Renia mientras caminaban con paso resuelto por Varsovia—. Los camaradas la encontraron y así se enteraron de su paradero.»<sup>6</sup>

A pesar de los peligros que acechaban a cada paso, se habían adentrado en la ciudad. Lealmente unida a las combatientes, Irena había acogido a Renia con los brazos abiertos. Era alta y delgada, de rasgos delicados.<sup>7</sup> Llevaba el cabello rubio, moteado de gris, recogido en la nuca. Vestía una falda larga y oscura, una blusa blanca y zapatos pesados. Mientras caminaban, Renia le suplicó que la ayudara a responder todas las preguntas desesperadas que se habían hecho en Będzin.

¿Era cierto que habían asesinado a Zivia?

Irena, segura y discreta, llevaba años intercambiando direcciones, manteniendo contactos y organizando acciones juveniles en toda la Varsovia aria, pero los tiempos que vivían eran particularmente difíciles. Hacía varios días que no tenía contacto con el gueto. No obstante, respondió que, hasta donde ella sabía, las noticias que habían llegado a Będzin eran falsas.

—Zivia está viva —afirmó—. En estos momentos está luchando en el gueto.

Renia suspiró hondo. Necesitaba verlo con sus propios ojos.

## CAPÍTULO 15

### EL LEVANTAMIENTO DEL GUETO DE VARSOVIA

**Zivia**

ABRIL DE 1943

Unas semanas antes, la noche del 18 de abril de 1943, víspera de la Pascua, Zivia estaba sentada con sus camaradas en un *kumsitz* (término para referirse a las reuniones del movimiento; en yidis, «ven y siéntate»). <sup>1</sup> Ya eran las dos de la madrugada, pero discutían sobre sus planes para el futuro cuando entró un compañero con cara seria.

—Hemos recibido una llamada telefónica del lado ario —anunció. <sup>2</sup> Todos se quedaron petrificados—. Han rodeado el gueto. Los alemanes empezarán a atacar a las seis. <sup>3</sup>

Ellos no sabían que el 20 de abril era el cumpleaños de Hitler, y Himmler quería ofrecerle la destrucción del gueto como un pequeño obsequio. <sup>4</sup>

Zivia sintió un temblor de alegría seguido de un escalofrío de terror. Llevaban meses rezando y preparándose para ese momento, pero resultaba duro enfrentarse al principio del fin. Luego reprimió sus emociones y empuñó el arma. Era la hora.

Desde el «minilevantamiento» de enero, el gueto de Varsovia había estado planeando una gran revuelta. Los judíos habían comprobado que podían matar alemanes, detener una *Aktion* y salir con vida, y Zivia tenía la sensación de que eso había cambiado la mentalidad del gueto. <sup>5</sup> Ya no se hacían ilusiones acerca de la seguridad del trabajo; todos sabían que la deportación y la muerte eran inminentes. Los judíos que tenían dinero compraron papeles arios e intentaron huir. Otros encontraron material de construcción entre los escombros y levantaron escondites sofisticados y

bien camuflados, provistos de alijos de comida. <sup>6</sup> Hicieron botiquines de primeros auxilios, se conectaron a las redes de suministro eléctrico, crearon sistemas de ventilación, conectaron con el sistema de alcantarillado de la ciudad y cavaron túneles hasta el lado ario. Vladka también advirtió ese cambio en el ambiente: en una visita que hizo al gueto en primavera, vio colgados en las paredes carteles de la ŻOB en que se pedía a los judíos que no escucharan las órdenes alemanas, sino que resistieran; los judíos los leyeron con detenimiento. Un conocido le preguntó a Vladka dónde podría conseguir un arma. Los judíos compraban sus propias armas. <sup>7</sup> Ya no veían a la ŻOB como un grupo de críos jugando con bombas caseras, sino como una lucha nacional digna de respeto. <sup>8</sup>

El Ejército Nacional, también impresionado por el levantamiento de enero, al final había decidido apoyar al gueto de una manera más significativa, y enviaron cincuenta pistolas, cincuenta granadas de mano y varios kilos de explosivos. <sup>9</sup> Antek se puso un traje que le iba demasiado pequeño y, disfrazado de polaco, <sup>10</sup> se mudó al lado ario para encabezar la acción y hacer contactos. La ŻOB compraba armas a los polacos, a los judíos del gueto y a los soldados alemanes, y se las robaba a las policías polaca y alemana. Sin embargo, en su nuevo arsenal había tal mezcolanza de armas que no siempre les servían las balas de distintos calibres que hacían en varios campos de trabajos forzados.

El cuartel general de la Resistencia se amplió y añadieron talleres y un laboratorio. Vladka describió la oscura «fábrica de municiones», <sup>11</sup> con la mesa larga y las sillas, y el olor acre, como un espacio de tranquila santidad. Había silencio por una razón: un error de cálculo y el edificio entero saltaría por los aires. La ŻOB fabricaba bombas rudimentarias con las tuberías más grandes de las casas vacías. Cortaban con sierra piezas de un palmo de largo, soldaban un lado y las rellenaban de explosivos, clavos y trozos de metal. El viento, las mechas muy cortas..., era una tarea que entrañaba muchos riesgos.

Un ingeniero del Bund se enteró por sus amigos del POP de cómo fabricar cócteles molotov. Los jóvenes coleccionaron botellas de vidrio fino. (El grueso no servía.) Consiguieron gasolina y queroseno de un judío cuya familia había sido propietaria de una planta de almacenamiento de

combustible, así como de un camión grande que llegaba al *Judenrat* todos los días, y lo arreglaron para que el conductor llenara el depósito antes de entrar y les permitiera sacar una parte. El cianuro de potasio y el azúcar lo introdujeron clandestinamente desde el lado ario. Los cócteles se envolvían en papel marrón grueso y se prendían al mismo tiempo que se arrojaban. Aprendieron a apuntar a los tanques y a los cascos de los soldados. También fabricaron minas catalizadas eléctricamente y las colocaron debajo de los puntos de entrada del gueto sirviéndose de cemento armado y vigas.<sup>12</sup>

La ŻOB asumió oficialmente el control del gueto en lugar del *Judenrat* y, como escribió Zivia, ahora era «el Gobierno».<sup>13</sup> Bromeó acerca del día que recibieron una solicitud de un judío que quería abrir un casino dentro del gueto. Los panaderos colaboraron.<sup>14</sup> Los zapateros se ofrecieron a hacer fundas de pistola para reemplazar las cuerdas que habían estado utilizando los combatientes para llevar las armas.<sup>15</sup> La organización limpió el gueto de colaboracionistas e informantes, y recaudó dinero. Como señaló Zivia, se necesitaban millones de eslotis para armar a cientos de combatientes. A pesar de las advertencias de que actuaran con prudencia, el Comité Estadounidense de Distribución Conjunta contribuyó con bastantes fondos.<sup>16</sup> Zivia, además de ocuparse de buscar nuevos reclutas, fue nombrada miembro del Comité de Finanzas, creado para solicitar donaciones.<sup>17</sup> Cuando dejó de ser suficiente, impusieron el pago de impuestos, primero al *Judenrat* y luego al banco del gueto, que estaba protegido por la policía polaca. «Un buen día —escribió ella— entramos con pistolas y nos llevamos todo el dinero del banco.»<sup>18</sup> La ŻOB exigió impuestos a los judíos ricos, sobre todo a los que tenían vínculos con los alemanes. Les escribieron notas para reclamar su pago, negociaron, secuestraron a familiares y enviaron a combatientes armados (quienes, disfrazados de polacos, tenían un aspecto más amenazador que sus conciudadanos judíos) a registrar sus hogares,<sup>19</sup> pero nada fue tan efectivo como establecer sus propias cárceles. En ellas retenían a judíos ricos cuyo dinero provenía de fuentes corruptas hasta que ellos o, por lo general, sus familias aceptaban pagar.

Sin embargo, la ŻOB nunca mató a otros judíos por dinero. Para Zivia era importante mantener un alto sentido moral en medio de la «desmoralización desenfrenada» y la codicia que los rodeaba. Amasaron millones, pero los combatientes solo comían porciones modestas de pan seco.<sup>20</sup> Zivia insistía en que no debían gastar el dinero en ellos mismos.

Ella formaba parte del mando principal de la dirección de la ŻOB, junto con la enérgica cabecilla varsovia de La Joven Guardia Miriam Heinsdorf,<sup>21</sup> que había estado unida sentimentalmente con Josef Kaplan, el líder capturado en el almacén de armas. Pero ambas, al parecer, bajaron oficialmente de categoría en la organización general más amplia que abarcaba el Bund y los partidos de adultos.<sup>22</sup> Allí ninguna mujer tenía un cargo de alto nivel, pero Zivia continuaba asistiendo a todas las reuniones diarias de la ŻOB, y su opinión tenía peso.<sup>23</sup> Tosia también participaba en discusiones de alto nivel.

Según las reflexiones de Zivia,<sup>24</sup> utilizaban su tiempo con prudencia, tratándose de personas que habían sido educadoras y carecían de experiencia en el ejército, y desarrollaron estrategias militares y métodos para el combate cara a cara, los ataques de guerrilla en mitad de la noche y la lucha en el búnker. La ŻOB estudió las calles laberínticas del gueto, evaluó los resultados de la batalla de enero y estuvo atenta a posibles sorpresas. Sus miembros se atuvieron a la táctica de lucha menos dramática y más metódica del grupo de enero de Zivia: atacar desde escondites de los que pudieran retirarse a través de áticos y tejados. Sorprender a los nazis fue su mejor apuesta.<sup>25</sup> Seleccionaron de forma meticulosa los puestos estratégicos desde los que se veían las esquinas de las calles. Veintidós grupos de combate, un total de quinientos combatientes (de entre veinte y veinticinco años),<sup>26</sup> se organizaron de acuerdo con el movimiento juvenil.<sup>27</sup> Un tercio eran mujeres.<sup>28</sup> Cada grupo tenía un comandante, un puesto de combate específico, información sobre su área particular y un plan en caso de que perdiera el contacto con el mando central. Los combatientes recibieron clases introductorias de primeros auxilios.<sup>29</sup> Todas las noches entrenaban hasta tarde en callejones patrullados, sin usar balas y marcando blancos de cartón.<sup>30</sup> Aprendieron a montar y desmontar sus armas en unos segundos.<sup>31</sup>



Zivia, convencida de que los combatientes del gueto de Varsovia no sobrevivirían, se concentró en buscar personas que pudieran contar al mundo cómo se habían defendido los judíos. No pensaba en abandonar Polonia, pero había escogido a Frumka y Hantze como emisarias y les había escrito insistiendo en que se marcharan de Będzin. Nadie participó en planes de rescate ni preparó rutas de escape ni búnkeres. La ŻOB solo preparó un «búnker médico» para tratar a las víctimas de la lucha, que sabían que era inminente.



Aun así, siempre era una sorpresa ver cómo sus fantasías se hacían realidad.

Con un arma en la mano, Zivia supo que esa «mañana señalaba el principio del fin». <sup>32</sup> Los mensajeros de la ŻOB corrieron por el gueto difundiendo la noticia; la gente tomó las armas o se escondió. Cundió el pánico. Desde su posición en el piso superior, Zivia observó a una madre con un bebé en brazos que iba de búnker en búnker gritando con una bolsa con sus pertenencias, intentado buscar sitio. Sabiendo que no verían la luz del día por algún tiempo, otros trataron de secar rápidamente el pan, como si se repitiera la historia de la primera Pascua. Dentro de los búnkeres, las personas se apiñaban sobre estanterías de madera improvisadas, calmando a los niños que lloraban demasiado fuerte. Zivia vio cómo el gueto se quedaba fantasmalmente silencioso, excepto por la sombra distante de una mujer que corría peligrosamente para coger algo que había olvidado y que se detuvo para mirar con admiración a los combatientes que esperaban en sus puestos.

Zivia era uno de los treinta combatientes apostados en los pisos más altos de un edificio en la intersección de Nalewski con Gęsia, la primera unidad que debía enfrentarse con los alemanes. La ansiedad y la emoción eran casi abrumadoras. Aunque no eran un ejército, estaban mucho más organizados que en enero: eran cientos y esperaban en posiciones estratégicas y armados con pistolas, rifles, ametralladoras, granadas, bombas y miles de cócteles molotov o, como los llamaban los alemanes, «el

arma secreta de los judíos». Muchas mujeres agarraban con fuerza sus bombas y explosivos. Cada combatiente llevaba consigo una muda de ropa interior, comida, una venda y un arma, todo preparado por las camaradas. <sup>33</sup>

Al salir el sol, Zivia vio las fuerzas alemanas avanzar hacia el gueto como si se tratara de un verdadero frente de batalla. Dos mil nazis con tanques y ametralladoras. Soldados atildados y despreocupados que marchaban cantando, listos para un último golpe fácil.

Los combatientes de la ŻOB esperaron a que cruzaran la entrada principal. Y apretaron el interruptor.

Una explosión atronadora. Las minas que habían colocado debajo de la calle principal estallaron. Brazos y piernas cercenados saltaron por los aires.

Entró un nuevo grupo de nazis. Esta vez Zivia y sus camaradas arrojaron granadas de mano y bombas, una lluvia de explosivos. Los alemanes se dispersaron, y los combatientes judíos los persiguieron con armas de fuego. En las calles se formaron charcos de sangre alemana, junto a una «mole pulverizada y sanguinolenta de cuerpos desmembrados». <sup>34</sup> Una combatiente, Tamar, se quedó tan conmovida que se unió al coro de la alegría y, con una voz que no reconoció como suya, gritó: «¡Esta vez pagarán!». <sup>35</sup>

La unidad de Zivia luchó contra los alemanes durante horas mientras su comandante corría alentando y apremiando. De repente hubo un punto débil y los nazis entraron en el edificio. Más cócteles molotov. Los alemanes «rodaban en su propia sangre». <sup>36</sup>

Ningún combatiente judío resultó herido.

La embriagadora alegría de la venganza. Los judíos estaban aturdidos y sin aliento, sorprendidos de estar vivos. Los combatientes se abrazaron y se besaron.

Salieron a buscar pan y un lugar para descansar, pero oyeron un silbido seguido de ruido de motores y volvieron corriendo a sus posiciones. Desde allí arrojaron cócteles y granadas a los tanques nazis. ¡De lleno en el blanco! Habían logrado detener el avance. «Esta vez nos quedamos desconcertados —reflexionó Zivia más tarde—. Ni nosotros podíamos entender cómo había sucedido.» <sup>37</sup>

Esa noche se improvisaron séders de Pascua en los búnkeres del gueto donde no habían llegado los alemanes. <sup>38</sup> Los judíos cantaron sobre la liberación y la salvación, se preguntaron por qué esa noche era diferente de todas las demás y entonaron el «Dayenu». Solo eso habría sido suficiente. Las tiendas de alimentos del *Judenrat* abrieron y la gente se abasteció de víveres.

Sin embargo, los días que siguieron a la lucha fueron duros. La mayoría de los búnkeres no estaban conectados a las redes de suministros de electricidad, agua y gas; y casi todas las unidades de la milicia estaban separadas unas de otras. La artillería alemana estacionada en el lado ario bombardeó el gueto sin cesar. Era difícil desplazarse. Zivia mantuvo su autoridad y, como siempre, actuó por iniciativa propia y realizó misiones de reconocimiento y recorridos nocturnos por los puestos y los búnkeres de los combatientes, <sup>39</sup> tranquilizándolos, haciendo cálculos y tratando de determinar la posición de los alemanes. Esas exploraciones nocturnas eran sumamente peligrosas. Una vez un soldado alemán la vio y abrió fuego. Ella se subió varias veces a lo alto de un edificio en ruinas para disfrutar de la tranquilidad nocturna. «Me pasaba horas ahí sentada —recordó—, en un silencio absorto, viendo galopar sobre mí los cielos de principios de primavera, y a veces era muy agradable estar allí tumbada y sentir en la mano la agradable caricia de mi arma.» <sup>40</sup>

Una noche, ella y dos camaradas salieron para ponerse en contacto con los principales grupos de lucha de Libertad en Miła, la calle principal del gueto, «abriéndonos paso sin hacer ruido a través de los escombros», atajando por calles y callejones, y haciendo eses cerca de las casas. El corazón le palpitó con fuerza al acercarse al edificio: no había señales de vida. Deshecha, a duras penas pudo pronunciar la contraseña.

Y, de pronto, la puerta camuflada se abrió, y la estaban abrazando y besando camaradas y viejos amigos. En su unidad, que había atacado por detrás a los alemanes que entraban en el gueto, solo había habido una baja. En ese búnker había una radio por la que sonaba música alegre. De pronto se detuvo la melodía. «Los judíos del gueto —anunció una transmisión clandestina polaca— están luchando con un coraje incomparable.»

Zivia estaba agotada y tenía que visitar otros grupos, pero los camaradas no dejaron que se marchara. Ese búnker había sido preparado como la unidad médica y contaba con un médico, enfermeras, equipo de primeros auxilios, medicamentos y agua caliente. Insistieron en que se diera un baño caliente; y asaron un pollo y abrieron una botella de vino en su honor. No podían parar de hablar, inundados por las emociones y reconociendo lo que habían hecho. Uno de ellos había dado de lleno a un nazi en la cabeza con un cóctel molotov, convirtiéndolo en una antorcha; otro alcanzó un tanque, que dejó atrás una columna de humo; otros arrancaron las armas a los cadáveres alemanes.

Otras unidades tuvieron éxitos similares: minas en las entradas, horas de batalla, bombas para escapar de acorralamientos en pasadizos de áticos. Un destacamento de trescientos alemanes fue «destrozado» por una mina eléctrica, y «volaron pedazos de carne humana y uniforme en todas direcciones». <sup>41</sup> Como lo describió otro combatiente después de que detonara la bomba de su unidad: «Cuerpos aplastados, extremidades por los aires, adoquines y cercas derruidos, el caos total». <sup>42</sup> En otra batalla, los soldados nazis volvieron a entrar en el edificio con una bandera blanca, pero la ŻOB no se dejó engañar. Zippora Lerer se asomó por la ventana y tiró botellas de ácido a los alemanes de abajo. <sup>43</sup> Los oyó gritar con incredulidad: «*Eine frau kampft!*» («¡Está combatiendo una mujer!»). Empezaron a dispararle, pero ella no se movió.

La bundista Masha Futermilch se subió al tejado de un edificio. <sup>44</sup> Temblaba tanto de la emoción que le llevó más tiempo de la cuenta encender la mecha de su explosivo con una cerilla. <sup>45</sup> Al final su compañero arrojó la granada a los alemanes. Una explosión atronadora y nazis volando por los aires, y entonces oyó un solo grito: «¡Mira, una mujer! ¡Una combatiente!».

Masha estaba asombrada. La invadió una sensación de alivio: había hecho su parte.

Agarró una pistola y disparó hasta la última bala.



Hantze se preparaba para salir de Varsovia, <sup>46</sup> como estaba previsto. Pero uno hace planes y Dios se ríe de ellos. Días antes de su partida estalló el levantamiento del gueto de Varsovia, y se decidió que no iría al extranjero, sino que regresaría a Będzin y participaría en la defensa de Zagłębie. Si estaba destinada a morir en la batalla, quería que fuera allí, junto a su hermana y sus camaradas. En el segundo día del levantamiento, durante un alto en la lucha, Hantze se escabulló por las pequeñas y sinuosas calles del gueto para dirigirse a la estación de tren, acompañada de dos camaradas armados. Cada segundo era precioso. Llegaron al espacio abierto entre el gueto y el lado ario. A sus espaldas estaba el campo de batalla rebelde. Lo más difícil había quedado atrás. Faltaba un paso más.

De repente, una voz feroz: «¡Alto!».

Los camaradas armados sacaron los revólveres y dispararon. Llegó un enjambre de refuerzos policiales. Hantze corrió con todas sus fuerzas. Pero los nazis la persiguieron hasta el patio «y capturaron a nuestra chica», escribió más tarde Renia sobre su querida y luminosa amiga. «La arrastraron por el pelo hasta una pared y la apuntaron con sus ametralladoras. Ella se quedó inmóvil y miró a la muerte a la cara. La bala le atravesó el corazón.»



Después de los primeros cinco días de lucha, escaramuzas callejeras y ataques en áticos, la ŻOB se encontró con un resultado impactante: la mayoría de sus miembros estaban vivos. Eso era una buena noticia, por supuesto, pero también presentaba un desafío. Estaban tan preparados para morir que no habían previsto ninguna ruta de escape ni habían hecho planes de supervivencia a corto plazo, y no tenían ningún escondite ni apenas comida. Estaban cada vez más cansados, hambrientos y débiles. De pronto Zivia se vio enzarzada en un debate nuevo y totalmente inesperado: ¿cómo iban a salir adelante?



Renia se alojó en un hotel del lado ario. A la mañana siguiente, «una mujer afable», como la describió ella, probablemente un contacto de Irena, la llevó a ver de cerca la batalla del gueto.<sup>47</sup> Cada calle que conducía hasta allí estaba llena de soldados, tanques, autobuses y motocicletas alemanes.<sup>48</sup> Los nazis usaban cascos blindados e iban armados, listos para atacar. Las nubes se habían teñido de rojo, reflejando las llamas de los edificios que ardían. Incluso de lejos, el aire estaba congestionado de gritos. Cuanto más se acercaba Renia al barrio judío, más alarmantes sonaban. Los soldados y los gendarmes nazis se escondían bajo barricadas. Las tropas especiales de las SS aguardaban en orden de batalla frente al muro del gueto. Los cañones de las ametralladoras sobresalían de los balcones, las ventanas y los tejados de las casas arias adyacentes. El gueto estaba completamente rodeado, con tanques blindados que disparaban proyectiles desde todos los flancos.

Pero Renia lo vio con sus propios ojos: los tanques nazis estaban siendo destruidos... por los judíos. Por su gente, los combatientes de la Resistencia. Flacos, desaliñados y hambrientos, lanzaban granadas de mano y apuntaban a las ametralladoras.

Los aviones alemanes, brillantes al sol, descendían en picado desde lo alto y sobrevolaban el gueto, arrojando bombas llameantes e incendiando las calles. Los edificios quedaban reducidos a escombros, los suelos se derrumbaban y se elevaban columnas de humo. Era un enfrentamiento tan increíble que parecía que había estallado una guerra civil. «Más que un puñado de judíos luchando contra los alemanes —escribió Renia—, eran dos países enteros enfrentados en una batalla.»<sup>49</sup>

Ella observaba de cerca, apostada junto al muro del gueto. Era su cometido, además de su responsabilidad, ser testigo e informar. Mientras veía arder el gueto, caminó a lo largo de su perímetro tratando de ver la batalla desde el mayor número de perspectivas posibles. Vio a madres judías lanzar a sus hijos desde los pisos altos de los edificios en llamas. Los hombres arrojaban a sus familias, o ellos mismos saltaban al vacío para intentar suavizar las caídas de sus esposas y padres ancianos.

Pero no todos pudieron suicidarse. Renia vio a habitantes del gueto atrapados en los pisos superiores de un edificio mientras el fuego se elevaba cada vez más. De pronto un estallido de llamas hizo una grieta en una

pared. Todos cayeron, precipitándose hacia los escombros. De debajo de la destrucción se alzó un grito espeluznante. Algunas madres que habían sobrevivido milagrosamente a las llamas con sus hijos en brazos gritaban socorro, suplicando que alguien los salvara.

Un soldado nazi arrancó a los niños de las garras de sus madres, luego los tiró al suelo, pisoteó sus pequeños cuerpos y los golpeó con la bayoneta. Renia observó paralizada cómo arrojaba al fuego los cuerpos destrozados que se retorcían. El soldado atizó a una de las madres con su porra. Un tanque se acercó y pasó sobre el cuerpo moribundo de la mujer. Renia vio a hombres con los ojos desorbitados estremecerse de angustia y rogar a los alemanes que les dispararan. Ellos se limitaron a reírse y dejaron que las llamas hicieran el trabajo.

Aun en medio de esa depravación y ese caos atroz, Renia se obligó a ver la batalla por la promesa que entrañaba, la esperanza que podía infundir a los combatientes de Będzin. A través del humo alcanzaba a ver a jóvenes judíos apostados con ametralladoras sobre los tejados de las casas que no estaban en llamas. A chicas judías —¡chicas judías!— que disparaban pistolas y arrojaban botellas de explosivos. A niños judíos que tendían una emboscada a los alemanes con piedras y barras de hierro. Al estallar la lucha, los judíos que no formaban parte de ninguna organización y no estaban al corriente de que existía un movimiento de resistencia tomaron todo lo que pudieron encontrar y se unieron a los combatientes. Porque de lo contrario solo había una salida: la muerte. El gueto estaba lleno de muertos. Sobre todo judíos, pero, como constató Renia, también alemanes.

50

De pie junto a los muros del gueto, ella fue testigo de la lucha que tuvo lugar en el transcurso del día rodeada de gentiles que también observaban. Una fotografía muestra a un grupo amplio de polacos, <sup>51</sup> adultos y niños con gorros y abrigos, charlando de pie con las manos en los bolsillos mientras se elevaban ante ellos espirales de humo negro. Vladka, que también se encontraba en el lado ario, vio a miles de polacos de toda Varsovia congregarse para mirar. Renia reparó en las reacciones de los espectadores de esas escenas atroces, que a menudo eran muy reveladoras. Algunos alemanes escupían y se hacían a un lado, incapaces de presenciar el horror.



A través de la ventana de un edificio de pisos cercano, vio cómo una mujer polaca se arrancaba la ropa del pecho y gritaba: «No hay Dios en el mundo si es capaz de ver algo así desde lo alto y guardar silencio». <sup>52</sup>

Renia notó que se le doblaban las piernas. Era como si todo lo que había visto, las imágenes tan gráficas, la tiraran al suelo. Al mismo tiempo, sintió cierta alegría, «un atisbo de felicidad, porque todavía había judíos con vida allí luchando contra los alemanes». <sup>53</sup>

Conmocionada, haciéndose pasar aún por una chica polaca, Renia volvió a su hotel en plena batalla. Trató de descansar, pero le torturaban las visiones, la información que había acudido a buscar. «No podía creer que hubiera visto todo eso con mis propios ojos. ¿Podían haberme engañado los sentidos?», se preguntaba. ¿Esos judíos atormentados, destrozados y diezmados por el hambre eran realmente capaces de librar una batalla tan heroica? Pues sí, ella lo había visto: «Los judíos se habían rebelado, dispuestos a morir como personas». <sup>54</sup>

Durante el resto del día se extendió por toda la ciudad la noticia sobre el gueto: la cantidad de alemanes asesinados, la cantidad de armas que los judíos les habían arrebatado, la cantidad de tanques destruidos. Corrió el rumor de que los judíos lucharían hasta su último aliento. La cama de Renia tembló toda la noche por las explosiones de bombas mientras intentaba conciliar el sueño.

A primera hora de la mañana se dirigió a la estación de tren, cruzando la ciudad con más serenidad que el día anterior. Renia, una joven judía de un pequeño pueblo de las afueras de Kielce, se estaba volviendo experta en desplazarse por las trampas mortales de las descontroladas calles devastadas a causa de la guerra de Varsovia. Se pasó todo el día viajando en vagones de tren llenos de gentiles que no podían dejar de hablar con asombro del heroísmo y el coraje de los judíos.

Al igual que la larga lista de mensajeras que la habían precedido, Renia se beneficiaba de ser erróneamente juzgada y subestimada, y podía moverse por Varsovia sin que nadie sospechara que era una agente de la Resistencia. Haciéndose pasar por una joven polaca inocente que daba un paseo por la ciudad o viajaba en tren al campo, tuvo oportunidad de ser testigo ocular de la mayor rebelión de la guerra y asistir incluso al sincero



debate que siguió sobre sus consecuencias. «Los polacos deben de estar luchando junto con los judíos —oyó conjeturar a muchos—. Es imposible que ellos estén librando por sí solos una batalla tan heroica.» <sup>55</sup> Ese fue, en realidad, el mayor elogio.

El tren avanzaba rápidamente hacia la frontera. Renia a duras penas podía callarse la buena noticia. Era el momento de organizar levantamientos en todas partes. ¡El siguiente, en Będzin!

# CAPÍTULO 16

## BANDIDOS CON TRENZAS

**Zivia**

MAYO DE 1943

A Zivia la cegó el resplandor. Estaban en mitad de la noche, pero parecía pleno día. <sup>1</sup> Las llamas rugían en todas direcciones.

Después de la lucha inicial, los nazis cambiaron de estrategia. En lugar de marchar hacia los patios, de los cuales los judíos ya no salían, se introducían silenciosamente en el gueto en pequeños grupos y buscaban en direcciones donde sospechaban que se escondían. La ŻOB los atacó desde dentro. Ante la perspectiva de escaramuzas prolongadas, los alemanes volvieron a cambiar de táctica. A principios de mayo el comandante ordenó la destrucción sistemática de los edificios con entramado de madera por medio del fuego.

En cuestión de horas, escribió Zivia, todo el gueto estaba en llamas. Los nazis destruyeron edificio tras edificio, disparando a los judíos que salían huyendo de sus escondites humeantes. Incluso dentro de los búnkeres metálicos murieron, debido a la inhalación de humo y el calor. Por las calles en ruinas corrían familias enteras, grupos de personas y niños solos, buscando frenéticamente un refugio que no fuera inflamable. Zivia observaba horrorizada. «El gueto de Varsovia ardía en una hoguera — describió—. Se elevaban columnas de humo y en el aire brotaban chispas por todas partes. El cielo brillaba con una luz roja aterradora. [...] Los tristes restos de la comunidad judía más grande de Europa se agitaban en la última agonía.» <sup>2</sup> Ese terror ocurrió mientras, fuera de los muros del gueto, los polacos daban vueltas en tiovivo y disfrutaban del día primaveral.

Los combatientes de la ŻOB ya no podían luchar desde el interior de los edificios ni saltar por los tejados. Todos los áticos y los pasadizos habían sido destruidos. Con paños húmedos sobre la cara y los pies

envueltos en trapos para aliviar el calor, se volvieron hacia los búnkeres, utilizando los de la población civil, pues ellos no habían preparado ninguno. La mayoría de los judíos se alegraron de compartir su espacio con ellos y obedecieron sus órdenes de no salir para evitar alertar a los alemanes. Pero las llamas acabaron derrotando la rebelión continuada. Humo, calor, calles enteras envueltas en fuego. Zivia continuó recorriendo el gueto todas las noches, en medio de «los estragos de las llamas, la conmoción de los escombros al derrumbarse, el estrépito de cristales rotos y las columnas de humo que se elevaban al cielo». «Estábamos ardiendo vivos», escribió.<sup>3</sup>

Grupos de personas corrieron del fuego al gueto abierto, quemándose la cara y los ojos con las llamas. Cientos de combatientes y miles de civiles se congregaron en un patio de la calle Miła que seguía en pie y rogaron a la ŻOB que les diera instrucciones: «*Tayerinke, wohin?*» («¿Adónde vamos, querida?»). Zivia se sintió responsable, pero no tenía respuesta. ¿Y ahora qué? Los planes de la ŻOB se habían desbaratado; el combate final cara a cara con el que habían soñado era imposible. Habían estado preparados para derramar sangre nazi en pequeñas emboscadas y esperar hasta que se dieran por vencidos. Simplemente no habían contado con que los destruyeran de esa manera, con sus asesinos a una distancia prudencial. Como Zivia subrayó más tarde, «no fue con los alemanes con quienes tuvimos que luchar, sino con el fuego».<sup>4</sup>

Zivia se instaló en el número 18 de la calle Miła. Unas semanas antes, Mordechai Anilevitz había trasladado la sede de la ŻOB a ese enorme búnker subterráneo que habían preparado unos ladrones conocidos del hampa judía. Excavado debajo de tres edificios derruidos, constaba de un largo pasillo con dormitorios, una cocina y una sala de estar; incluso había un «salón de belleza», con una silla de peluquería en el medio y un peluquero que ayudaba a las personas a prepararse para pasar al lado ario.<sup>5</sup> Cada habitación tenía el nombre de un campo de concentración. (En el Museo Yad Mordechai de Israel, llamado así por Anilevitz, los visitantes pueden explorar una reproducción del búnker. El espacio revestido de ladrillos está lleno de literas de madera, ropa colgada de cuerdas largas, ollas y sartenes sencillas, una radio, mesas, sillas, mantas de lana, un teléfono, un inodoro y lavabos.)

Al principio en el búnker había un pozo y grifos, pan del día y vodka que habían conseguido de contrabando los compinches de los ladrones. El fornido cabecilla de la banda, que respetaba a Anilevitz, estaba a cargo de todos los repartos y raciones, y era un hombre justo. Envío a sus hombres para que ayudaran a los combatientes de la ŻOB y les mostraran las posiciones alemanas, los callejones y callejas, aunque la mayor parte de la zona estaba derruida. «Nuestras manos tienen un don para las cerraduras», le dijo a Zivia.<sup>6</sup> Allí vivía el mando central del grupo junto con ciento veinte combatientes que se habían visto obligados a abandonar sus refugios en llamas, así como con civiles. Destinado para unas pocas docenas de delincuentes en la época en que llegó Zivia, el búnker del número 18 de la calle Miła albergaba ahora a más de trescientas personas apiñadas en todos los rincones. Los polizones empezaban a resentirse del hacinamiento, la falta de oxígeno y los suministros de alimentos cada vez más escasos. En una carta dirigida a Antek, Anilevitz escribió que era imposible encender una vela por falta de aire.<sup>7</sup>

Durante el día, Miła 18 estaba abarrotado y los combatientes daban vueltas, ansiosos y hambrientos. (No estaba permitido cocinar de día, pues podía verse el humo.) Zivia se tumbaba al lado de Hela Schüpper, fumando tabaco de liar. ¿Qué pasaba por la noche, cuando los nazis dejaban de trabajar? Se llenaba de vitalidad. Los mensajeros se ponían en contacto con otros búnkeres, y se realizaban misiones de reconocimiento en busca de armas, enlaces y algún teléfono que todavía funcionara. (Hasta el incendio, Tosia habló todas las noches con camaradas de fuera; durante meses, los combatientes habían estado usando los teléfonos del taller para ponerse al día con los camaradas del lado ario.) Otros saqueaban búnkeres vacíos para rescatar todo lo aprovechable, hasta las colillas. Más de un centenar de combatientes estaban desesperados por hallar armas y sabían que los alemanes estaban al tanto de su ubicación, pero aun así pasaban noches enteras hablando de sus sueños sobre Palestina. Se aventuraban a salir para estirar los músculos doloridos, caminar libremente y respirar hondo, «aunque fuera el aire del gueto, donde el crepitar de las brasas todavía

hendía la oscuridad», <sup>8</sup> escribió Zivia. Los judíos del gueto que pasaban sus días en los túneles de las cloacas también salían después del anochecer. «Incluso en medio de los estragos del fuego», el gueto vivía de noche. <sup>9</sup>

«Luego, con la salida del sol, los guardias alemanes empezaban a husmear como perros hambrientos en busca de presas —continuó Zivia—. ¿Dónde están esos malditos judíos, “los últimos judíos”?» <sup>10</sup> Las treguas eran cortas, por no decir algo peor.



Llevaban aproximadamente diez días luchando cuando la ŻOB decidió dirigirse al lado ario a través de un número limitado de túneles y alcantarillas. Varios combatientes ya lo habían intentado, todos sin éxito: los fusilaron o se perdieron bajo tierra y murieron de sed y desesperación. Pero no había otra opción. El gueto se hallaba prácticamente en ruinas, las calles estaban obstruidas con grandes bloques de hormigón, y apenas se podía respirar por el humo, sin mencionar el olor a cuerpos quemados. Zivia temía tropezar con familias enteras de cadáveres cuando salía en sus misiones.

Resueltos a descubrir todos los búnkeres, los nazis se escondían para escuchar las conversaciones de los judíos, e incluso tomaban como rehenes a judíos atormentados y hambrientos. En consecuencia, cada vez salían menos personas a tomar el aire por las noches. La ŻOB deliberó si debían rescatar a civiles o ponerse ellos a salvo. Enviaron mensajeros, entre ellos un chaval de diecisiete años llamado Kazik, por los túneles de la ŻZW para averiguar si habían encontrado algún escondite para ellos en el lado ario. <sup>11</sup> (La ŻZW había librado una gran batalla en el gueto y, tras ondear su bandera, había utilizado sus rutas de escape expresamente preparadas para llegar al lado ario, donde sus combatientes tenían previsto unirse a los partisanos. La mayoría fueron asesinados.) <sup>12</sup> A pesar de las numerosas reuniones secretas de Antek en el lado ario, los esfuerzos no estaban dando resultados: los combatientes no tenían refugios a los que huir.

Dentro del gueto, Anilevitz había hecho realidad su sueño de venganza, pero aun así cayó en una depresión. ¿Y ahora qué? Se reunió con Zivia, Tosia y su novia, Mira Fuchrer (otra cabecilla valiente que se suponía

que había escapado con Hantze), así como con otros dirigentes para estudiar la situación. No estaban recibiendo ayuda del exterior y los vínculos con el POP eran débiles. Su campaña había terminado.

«Apenas queda nada por lo que luchar ni nadie con quien hacer la guerra», escribió Zivia.<sup>13</sup> Sentían la paz que proviene de la consecución personal, pero pasaban hambre mientras esperaban una muerte lenta. Nadie había imaginado que seguirían vivos, aferrados a sus armas y esperando no se sabía a quién. Los camaradas recurrieron a Zivia en busca de aliento, consuelo e instrucciones. A pesar de todo su pesimismo, ella logró reaccionar y ponerse en marcha. El amplio sistema de alcantarillado de Varsovia fue su única respuesta.<sup>14</sup>

Zivia acompañó al primer grupo formado por combatientes con aspecto ario, entre los que se encontraba Hela, cuando emprendió su misión de fuga por las cloacas, que debía salir del búnker de los «recogedores de escombros» que comunicaba con los sótanos. Quería convencer al líder del búnker y a un guía para que siguieran adelante con el plan y escoltaran a los judíos.

Lo primero era cruzar el gueto. Los camaradas estaban en apariencia tranquilos y bromeando, pero agarraban con fuerza sus pistolas mientras pronunciaban lo que tal vez fueran sus últimas palabras de despedida. Salieron del 18 de la calle Miła arrastrándose como serpientes y suspirando por un rayo de luz del día en la negrura: ¿volverían a ver el sol? Respiraron aire lleno de humo y hollín mientras los guardias les indicaban por dónde ir para alejarse de los tiroteos, y, con los pies envueltos en trapos para amortiguar cualquier ruido, caminaron por callejas con el dedo en el gatillo, rodeados por los «armazones chamuscados de las casas» y por un silencio total, excepto por una ventana que golpeaba en el viento.<sup>15</sup> Pisaron cristales rotos y cadáveres calcinados, se hundieron en el alquitrán reblandecido por el calor y por fin llegaron al búnker, donde Zivia consiguió entenderse con el líder y el guía. Al parecer conocían catorce rutas a través de las alcantarillas.

El grupo recibió unas migajas de comida, un pedazo de azúcar e instrucciones. Esa misma noche se pusieron en camino. Zivia empleó todas sus fuerzas para controlar sus emociones; se oyó el chapoteo del agua

mientras se metían de uno en uno, luego dejaron de oírse sus pasos. Dos horas más tarde, el guía regresó para informar de que el grupo había llegado al lado ario y había salido por una boca de alcantarilla en mitad de la calle. Siguiendo las instrucciones, se habían escondido entre unos escombros mientras Hela y otro camarada «bien parecido» iban a buscar a una mensajera. (Solo más tarde Zivia se enteró de que los habían atacado los alemanes. El guía se había equivocado de salida; Hela se lavó, se cambió las medias y se echó agua a la cara, y huyó. Fue la única superviviente.) <sup>16</sup>

Casi amanecía cuando Zivia, agotada, se disponía a ir al número 18 de la calle Miła para darle la buena noticia a Anilevitz. Pero los camaradas, en particular el combatiente al que este había encomendado su seguridad, le prohibieron volver a salir de día. Ella, siempre activa, no quería que la tomaran por cobarde, pero tras una larga discusión con el comandante del Bund, Marek Edelman, cedió.

Esa noche, Zivia, su guardia y Marek se dirigieron al 18 de la calle Miła. Marek transgredió las reglas y encendió una vela, pero enseguida la apagó. Chocaban con edificios y cadáveres, y de repente Zivia cayó en un hoyo que se había abierto entre dos edificios al derrumbarse un tejado. No pudo pedir socorro ni pronunciar ningún sonido. Inmediatamente buscó su arma para asegurarse de que no la había perdido. ¿Ahora qué? Pero los hombres de alguna manera la encontraron y la sacaron de allí. «Coja y magullada, continúe andando», recordaría. <sup>17</sup> Siguió adelante con su plan de huida, emocionada ante la perspectiva de ver a sus camaradas del 18 de la calle Miła. Incluso estuvo discutiendo formas divertidas de tomarles el pelo. Al acercarse al edificio, vio que las entradas camufladas estaban abiertas y no había ningún guardia a la vista, y pensó que se habían equivocado de dirección. Luego se le ocurrió que debía de ser parte de un plan de camuflaje más eficaz y revisó las seis entradas. Con el corazón en la garganta, pronunció la contraseña.

No hubo respuesta.



«Tosia y Zivia, dirigentes del movimiento clandestino Pioneros de Polonia, han caído en Varsovia en defensa de la dignidad del pueblo judío», se leía en el *Davar*. <sup>18</sup>

La noticia llegó al lado ario. Frumka recibió un telegrama en Będzin y envió unas líneas en clave a Palestina. «Zivia siempre está cerca de *Mavetsky* [muerte]. Tosia está con ella.» <sup>19</sup> Sus muertes acapararon los titulares de la prensa hebrea.

Los movimientos juveniles, y el país entero, las lloraron. Zivia y Tosia se habían convertido en mitos que simbolizaban a la combatiente judía, la «Juana de Arco de la clandestinidad». <sup>20</sup> A los camaradas los llamaban los «amigos de Tosia». Los instructores del movimiento se llamaban «Zivia A» y «Zivia B». <sup>21</sup> El nombre de Zivia era conocido por los judíos de Polonia, Palestina, Reino Unido e Irak. «Zivia» era toda Polonia, y el país entero se vino abajo con su asesinato. «Sus nombres —rezaban los obituarios— darán forma a una nueva generación. [...] Su lucha y la camaradería que surgió en las llamas del sacrificio tienen potencial para aplastar rocas y arrancar montañas.»



Los obituarios, sin embargo, estaban totalmente equivocados.

Esa noche, después de no obtener respuesta, Zivia oyó a varios camaradas en el patio cercano. Corrió hacia ellos aliviada, pensando que era la patrulla nocturna habitual. No lo era. Retrocedió al ver a combatientes empapados en sangre y desperdicios, retorciéndose de dolor, temblorosos, medio desmayados y respirando con dificultad: los «restos humanos» de una matanza en el búnker. Entre ellos estaba Tosia, gravemente herida en la cabeza y en la pierna.

Horrorizada, Zivia escuchó la historia. Cuando los nazis llegaron al 18 de la calle Miła, los combatientes dudaron entre escapar por una salida trasera y atacar, o quedarse allí contando con que a los alemanes les asustara demasiado entrar. Sabían que ellos usaban gas, pero les habían dicho que bastaba con ponerse paños húmedos sobre la boca y la nariz para protegerse. No bastó. Los nazis propagaron lentamente el gas, ahogándolos



poco a poco. Un combatiente hizo un llamamiento al suicidio y varios lo siguieron. Otros se asfixiaron. En total murieron ciento veinte combatientes, y solo unos pocos escaparon por una salida oculta.

Zivia se quedó aturdida, además de destrozada. «Corríamos como locos —recordaba— e intentamos entrar en el búnker excavado en roca con las manos desnudas y clavos para llegar hasta los cuerpos de nuestros camaradas y recuperar sus armas.» <sup>22</sup>

Pero no había tiempo para la rabia, no había tiempo para llorar a sus amigos más íntimos, que eran todo para ellos. Los miembros de la ŻOB que habían sobrevivido tenían que curar a los heridos, buscar un lugar donde refugiarse y decidir qué hacer a continuación. Zivia, Tosia y Marek tomaron el mando. Caminando, «un convoy de cuerpos sin vida moviéndose entre las sombras, como fantasmas», <sup>23</sup> se dirigieron a un búnker donde creían que todavía había actividad, y Zivia anunció que la dirección del cuartel general había cambiado. Ella siempre actuaba, nunca caía en la pasividad, lo que habría significado ceder a la desesperación. «Tener a los demás bajo tu responsabilidad te pone de nuevo de pie —escribió—, a pesar de todo.» <sup>24</sup>

Llegaron al nuevo cuartel general llevando a cuestas a los combatientes heridos, pero descubrieron que los alemanes también conocían esa posición. A pesar del peligro, Zivia decidió que era mejor quedarse allí, pues el estado de los miembros heridos era demasiado precario para volver a trasladarlos. Todos los combatientes, enfermos y agotados, estaban preparados para derrumbarse y morir juntos, pero Zivia los instó a continuar. Envío a otro grupo por las alcantarillas en misión de fuga, y mantuvo a los demás ocupados atendiendo a los heridos para evitar que sucumbieran a la histeria, o a la misma agitación que ella experimentó toda la noche pero que se guardó para sí. «Yo debería haber estado allí...» Escondida en el gueto en llamas, donde su propia vida pendía de un hilo que iba desenrollándose, ya estaba consumida por la culpa del superviviente.

De nuevo, no tuvo que preocuparse mucho. El grupo de combatientes que se había adentrado en las cloacas para buscar una salida regresó para informar de que en los túneles se habían encontrado milagrosamente a

Kazik acompañado de un guía polaco.

Kazik, que había sido enviado a través de los túneles de la ŻZW, había logrado llegar al lado ario y había intentado buscar ayuda. No consiguió que el Ejército Nacional les proporcionara un mapa del sistema de alcantarillado o un guía, pero obtuvo la ayuda del POP, así como un cabecilla *schmaltzovni* — por una suma elevada, naturalmente— y otros cuantos aliados. Kazik regresó entonces a los túneles con un guía con el pretexto de que iban a rescatar polacos y oro. Pero el guía se detenía continuamente, y él tuvo que engatusarlo, ofrecerle alcohol y, finalmente, amenazarlo a punta de pistola. Por fin, arrastrándose sobre el vientre a través de los agujeros más estrechos y apestando como zorrillos, llegaron a las dos de la madrugada al gueto. Kazik se quedó horrorizado al entrar en el número 18 de Miła y no encontrar nada, aparte de cadáveres y los gritos de los moribundos. Al borde de la locura, dio media vuelta y salió del gueto con las manos vacías. En las alcantarillas, gritó la contraseña de la ŻOB, «Yan», una última súplica desesperada. De pronto oyó una voz femenina responder:

—¡Yan! <sup>25</sup>

—¿Quién eres?

Las armas se amartillaron.

—Somos judíos.

De una curva salieron los combatientes que habían sobrevivido. Se abrazaron y se besaron. Kazik les dijo que fuera había más gente dispuesta a ayudarlos de lo que habían supuesto. Lo condujeron hasta Zivia y los demás.

El 9 de mayo, un grupo de sesenta combatientes y civiles se reunió en el nuevo búnker que hacía las veces de cuartel general, a punto de fugarse. Zivia seguía destrozada por los ciento veinte combatientes que acababan de morir asesinados. Le preocupaba que en el gueto todavía quedaran combatientes a los que no se podía llegar a la luz del día. Algunos camaradas se encontraban gravemente heridos y no podían moverse, otros apenas podían respirar debido a la inhalación de gas y humo. Se negaban a marcharse, estaban confundidos.

Al final, «la hermana mayor» tuvo que tomar una decisión precipitada para intentar salvar a los que pudiera. Se metió de un salto en la cloaca. «En ese momento entendí el significado de la palabra *zambullida* en todo su sentido —escribió más tarde—. Era como saltar a la oscuridad de las profundidades, con el agua inmundada salpicando y rociando alrededor. Te invaden unas náuseas horribles. Tienes las piernas cubiertas del cieno frío y maloliente de las cloacas. Pero ¡sigues andando!» <sup>26</sup>

En las cloacas, Kazik y el guía iban delante, y Zivia cerraba la fila de docenas de combatientes que se abrían paso a través del limo, incapaces de ver la cara de los demás. Ella llevaba en una mano una vela (que se apagaba continuamente) y en la otra su preciosa arma. Los túneles estaban oscuros e iba con la cabeza gacha. En algunos cruces, el agua y los excrementos les llegaban hasta el cuello, y tuvieron que sostener las armas por encima de la cabeza. Algunas partes eran tan estrechas que apenas cabía una sola persona. Estaban hambrientos y llevaban a cuestas a sus camaradas heridos; horas interminables sin agua potable. Durante todo el tiempo que Zivia estuvo sumergida en las aguas residuales, no dejó de pensar en los amigos que había dejado atrás. Mientras tanto, Tosia se sentía desmoralizada. Estaba herida y de vez en cuando suplicaba que la dejaran atrás, pero al final lo logró. <sup>27</sup>

Milagrosamente, todo el grupo llegó antes del amanecer a la boca de la alcantarilla de la calle Prosta que se encontraba en el lado ario, en pleno centro de Varsovia. Kazik les explicó que el camión que debía sacarlos de la ciudad no estaba allí, y que no era seguro que salieran, y fue a buscar ayuda. Zivia, al final de la fila, no sabía qué sucedía. No conocía los detalles de ese plan de rescate y no podía comunicarse con el exterior, lo que la angustiaba. Sin embargo, no se detuvo a pensar en su futuro precario; su preocupación por los camaradas que todavía estaban en el gueto le «roía cruelmente el corazón». <sup>28</sup>

El grupo se estuvo un día entero sentado debajo de la boca de alcantarilla de la calle Prosta escuchando los ruidos que llegaban de arriba: carruajes, tranvías, niños polacos jugando. Al final Zivia no pudo soportarlo más. Ella y Marek, que también había estado al final de todo, se abrieron paso entre la gente hacia la parte delantera. Nadie sabía nada. A media tarde

se abrió de golpe la tapa de alcantarilla y cayó una nota. En ella se leía que los rescatarían esa noche. <sup>29</sup> La mayoría suspiró de desesperación, pero Zivia exclamó, llena de vigor: «¡Volvamos a buscar a los demás!». <sup>30</sup>

Dos combatientes se ofrecieron a regresar y llevar al resto de los miembros de la ŻOB a la entrada del túnel. Todos esperaron.

A medianoche se levantó la tapa de la boca de alcantarilla y vieron cómo bajaban sopa y pan para los combatientes, o al menos para los que estaban cerca, aunque Zivia afirmó que todos tenían tanta sed que apenas podían comer. Les comunicaron que los alemanes patrullaban las calles de alrededor y que tenían que seguir esperando. Un grupo de combatientes se trasladó a otra posición, <sup>31</sup> a treinta minutos a pie, para aliviar el hacinamiento en esa agua llena de heces. Se iba acumulando peligrosamente gas metano en el aire que respiraban. Un miembro se vino abajo y bebió de las aguas residuales, desesperado.

Zivia esperó, llena de preocupación, a los dos voluntarios que habían ido a buscar a los demás. Se colocó cerca de la boca de alcantarilla para asegurarse de que nadie actuaba con precipitación. Alcanzó a ver un rayo de sol por la abertura, indicio de aire fresco. Los ruidos de la vida caían en cascada por encima de ella, pero se encontraban en un mundo aparte.

Era 10 de mayo, por la mañana temprano. Los mensajeros que habían ido al gueto volvieron sanos y salvos, pero solos. Informaron de que los alemanes habían cerrado todas las entradas de los túneles y habían elevado el nivel del agua de todo el sistema de alcantarillado; se habían visto obligados a regresar. Zivia, que había albergado la esperanza de salvar a más miembros, se deprimió profundamente. (Ella no estaba al corriente del drama que tenía lugar a ras de suelo, donde cada intento de buscar un camión que se llevara de allí a los combatientes resultó infructuoso.) De pronto se oyeron voces alemanas.

¿Era el fin? Zivia se sentía tan abatida que en el fondo deseaba que lo fuera.

A las diez de la mañana, volvió a levantarse la tapa de la boca de alcantarilla. Entró la luz del sol y todos se apartaron asustados: ¿los habían descubierto?

—¡Rápido! ¡Rápido!

No, era Kazik que los instaba a salir de inmediato. Tuvieron que trepar por las paredes metálicas mientras unos tiraban de ellos desde arriba y otros los empujaban desde abajo. Con las extremidades entumecidas y la ropa húmeda y mugrienta, iban despacio. La salida se eternizó —según un testimonio, más de treinta minutos—, y durante ese tiempo cuarenta personas salieron y se subieron a un camión. <sup>32</sup> Casi no había seguridad, quizá dos ayudantes armados. Los polacos observaban desde las aceras cercanas.

Ya en el camión, Zivia vio por fin el aspecto que tenían: «Estábamos repugnantes, cubiertos de harapos mugrientos y manchados de sangre, <sup>33</sup> con el rostro demacrado y desesperado, las rodillas temblorosas a causa de la debilidad. [...] Casi habíamos perdido toda apariencia de humanidad. La única prueba de que estábamos vivos eran nuestros ojos escocidos». Se tumbaron sin soltar las armas. Al camionero le habían dicho que transportaría zapatos, no judíos. Se le indicó, a punta de pistola, que siguiera las instrucciones.

De repente corrió la voz de que había alemanes cerca. Los veinte combatientes que se habían trasladado a otra posición y el que fue a buscarlos aún no habían regresado a la boca de alcantarilla. Aquí estalló una «famosa pelea» entre Zivia y Kazik, aunque ella nunca la explicó. <sup>34</sup> Según Kazik, Zivia insistió en que el camión esperara a que volvieran. Él insistió en que les había dado órdenes de permanecer cerca de la boca de alcantarilla y que ahora era demasiado arriesgado esperar, debían irse de inmediato. Prometió enviar otro camión y ordenó al conductor que arrancara. Furiosa, Zivia amenazó con dispararle. (Muchos años después, la traductora de las memorias de Kazik le preguntó: «Entiendo que pelearas con los nazis..., pero ¿con Zivia?!».) <sup>35</sup>

Poco después se abrieron paso a través del tráfico matinal. Según Zivia: «El camión, cargado con cuarenta combatientes judíos armados, se puso en marcha en el corazón de la Varsovia ocupada por los nazis». <sup>36</sup>

Era un nuevo día.



El segundo intento de rescate, el de los veinte combatientes restantes, fracasó. Los alemanes se habían enterado de la operación que había tenido lugar esa mañana en mitad de la calle y, cuando salieron los combatientes, los esperaban. Los miembros de la ŻOB no pudieron esperar más entre excrementos y, sin darse cuenta de que la zona estaba llena de alemanes, treparon y se toparon con una emboscada. Lucharon contra los nazis cuerpo a cuerpo, sorprendiendo a los transeúntes polacos. Cuando Kazik regresó a la boca de alcantarilla, vio sus cuerpos desperdigados por la calle, muertos a tiros.

Varios judíos volvieron corriendo al gueto. Más tarde Zivia se enteró de que habían resistido otra semana entera.

Tanto a Zivia como a Kazik les atormentaba el hecho de haber abandonado a sus amigos. Ella había prometido que los esperaría y no lo había hecho. Los remordimientos la acosaron sin cesar hasta su muerte.



En general, más de cien mujeres judías combatieron con las unidades de su movimiento en el levantamiento del gueto de Varsovia.<sup>37</sup> En una reunión del círculo interno nazi se informó de que la lucha había sido sorprendentemente dura y de que las jóvenes judías armadas y diabólicas, en particular, habían combatido hasta el final.<sup>38</sup> Varias mujeres se suicidaron en el 18 de la calle Miła y otros lugares; muchas murieron «con un arma en la mano». <sup>39</sup> Lea Koren, del movimiento juvenil Gordonia, escapó por los túneles, pero la asesinaron cuando regresó al gueto para cuidar a los combatientes heridos de la ŻOB. Regina (Lilith) Fuden, que puso en contacto a las unidades durante la revuelta, regresó por las alcantarillas varias veces para salvar a los combatientes. «Con el agua hasta el cuello —se leía en su obituario—, no se rindió y arrastró a los miembros a través de los túneles.» <sup>40</sup> En uno de esos intentos la asesinaron, a los veintiún años. La mensajera Frania Beatus se mantuvo en su puesto durante el levantamiento y luego se suicidó en el lado ario a los diecisiete años. <sup>41</sup> Dvora Baran, una joven que «soñaba con los bosques y la fragancia de las flores», luchó en el área central del gueto. <sup>42</sup> Cuando su búnker fue descubierto, su comandante le ordenó que saliera primero, y ella, con su

increíble belleza, logró distraer a los nazis y detenerlos en seco. Luego arrojó granadas de mano, «esparciéndolas al viento», mientras sus compañeros tomaban nuevas posiciones. La asesinaron al día siguiente, a los veintitrés años. Rivka Passamonic, de Akiva, disparó a una de sus amigas en la frente y luego se suicidó. Rachel Kirshnboym luchó con un grupo de Libertad y se unió a los partisanos; la asesinaron a los veintidós años. La bundista Masha Futermilch, que había lanzado explosivos con dedos temblorosos, escapó por los túneles.

Niuta Teitelbaum, del grupo comunista Espartaco,<sup>43</sup> había llamado la atención en el gueto de Varsovia. A los veintitantos años llevaba su pelo rubísimo recogido en trenzas, dando la imagen de jovencita ingenua, un disfraz inocente que ocultaba su papel de asesina. Entró directamente en la oficina de un oficial de alto rango de la Gestapo, lo encontró sentado ante su escritorio y le disparó a sangre fría. A otro oficial le disparó en su propia casa, en la cama. En otra operación, mató a dos agentes de la Gestapo e hirió a un tercero que fue llevado al hospital. Niuta, disfrazada de doctora, entró en su habitación y se los cargó a él y a su guardia.

En otra ocasión, entró en un puesto de mando alemán vestida como una granjera polaca con un pañuelo en la cabeza. Un soldado de las SS, cautivado por sus brillantes ojos azules y su cabello rubio, le preguntó si había más Loreleis entre los judíos. La pequeña Niuta sonrió y sacó la pistola. Otro día, se acercó a los guardias a las afueras de Szucha y con fingida vergüenza les susurró que necesitaba hablar con cierto oficial sobre un «asunto personal». Los guardias supusieron que la «joven campesina» estaba embarazada y le mostraron el camino. En la «oficina de su novio», sacó la pistola con silenciador que llevaba escondida y le pegó un tiro en la cabeza. Al salir, sonrió sumisamente a los guardias que la habían dejado entrar.

Esta «autoproclamada verdugo», según un compañero de combate, había estudiado Historia en la Universidad de Varsovia y ahora trabajaba para la ŻOB y el Ejército Popular, pasando clandestinamente explosivos, así como personas. Niuta organizó una unidad de mujeres en el gueto de



Varsovia y les enseñó a manejar armas. Durante el levantamiento ayudó a asaltar una posición de ametralladoras nazis situada en la parte superior del muro del gueto.

«La pequeña Wanda con trenzas», como se la conocía en la Gestapo, figuraba en todas las listas de las personas más buscadas. Sobrevivió al levantamiento, pero fue perseguida, torturada y ejecutada unos meses después, a los veinticinco años.



A modo de final apoteósico, los nazis volaron la Gran Sinagoga de la calle Tłomackie, el edificio construido en el momento más álgido de la ilustración judía de Varsovia, símbolo de la prominencia y el sentido de pertenencia de los hebreos polacos. Toda la estructura gigantesca rugió en llamas, como llamando al fin del pueblo judío.

Las marcas del fuego todavía se ven en los suelos del edificio vecino, que albergaba la organización judía de apoyo en la que Vladka y Zivia habían trabajado. Ese pequeño edificio de ladrillo blanco se convirtió en el primer museo del Holocausto y hoy en día se encuentra en él el Instituto de Historia Judía Emanuel Ringelblum. Uno de los edificios judíos más históricos del mundo, sigue prosperando y creciendo pese a sus cicatrices.



El trayecto en camión para salir de Varsovia no fue fácil. Zivia permaneció en silencio en el suelo estrecho, agotada, sucia y horrorizada por haber dejado atrás a sus camaradas. Todos los que viajaban con ella olían fatal. Las armas que llevaban se habían mojado y eran inservibles. Y no tenía ni idea de adónde la llevaban. Durante una hora nadie pronunció sonido alguno. Luego vieron que se encontraban fuera de la ciudad, en el bosque de Łomianki, una zona escasamente poblada de pinos jóvenes, bajos y tupidos, próxima a muchas aldeas y unidades militares alemanas que solo servían como refugio temporal. Allí los recibieron los camaradas que habían escapado del gueto antes que ellos, sorprendidos de que estuvieran vivos, y conmovidos al ver sus «caras pálidas y hambrientas. Llevaban el



pelo apelmazado por las aguas residuales y la ropa manchada. [...] [Las] batallas que habían librado, más los dos días torturadores en las cloacas, habían cambiado irrevocablemente su aspecto». <sup>44</sup>

Los camaradas ya instalados ofrecieron leche caliente a los recién llegados, y Zivia se la bebió, con la cabeza dándole vueltas y «el corazón desbordado». Era un agradable día de mayo, en un entorno frondoso, fragante y florido, una escena pastoral. Hacía mucho tiempo que no olía la primavera. De repente, por primera vez en años, se echó a llorar. Antes se lo habría prohibido, era algo vergonzoso. Pero esta vez se dejó llevar.

Los combatientes, que seguían en estado de shock por todo lo ocurrido, se sentaron debajo de los árboles. Se arrancaron la ropa podrida y se rascaron la mugre de la cara hasta que les sangró. Comieron y bebieron y, después de muchas horas en silencio, se apiñaron alrededor de una hoguera, convencidos de que eran los últimos judíos sobre la tierra. Zivia no podía dormir dando vueltas a la pregunta: «¿Nos quedó algo por hacer?». <sup>45</sup>

En el bosque, donde se habían reencontrado ochenta combatientes, se estableció un mando temporal. <sup>46</sup> Zivia, Tosia y otros dirigentes construyeron una *sucá* o choza hecha de ramas, y en ella deliberaron sobre qué hacer a continuación. Crearon un registro de todas las armas, dinero y joyas que cada combatiente se había llevado del gueto. Se dividieron en grupos y recogieron palos para construir viviendas. Conforme pasaban las horas, comprendieron que no se les unirían más supervivientes del gueto. Al cabo de dos días llegó Antek, pues se había enterado de que Zivia había sobrevivido y estaba allí.

Antek, a pesar de sus reuniones interminables, <sup>47</sup> no había podido conseguir pisos francos en la Varsovia aria; el Ejército Nacional no les había brindado la ayuda prometida. Los intentos de Vladka también resultaron infructuosos. <sup>48</sup> La ŻOB aceptó la oferta del Ejército Popular de trasladar a la mayoría de sus miembros a campamentos partisanos en los bosques de Wyszaków y esconder a algunos enfermos y heridos en Varsovia. Antek llevó a los dirigentes a su piso, donde tenía un escondite detrás de una pared doble. También trasladó allí a Zivia, a pesar de que no era una comandante oficial. «[Si] alguien me recrimina que me ocupe de mi esposa, que lo haga», dijo más tarde. <sup>49</sup> Los quería a todos cerca.

Antek había pagado una gran suma de dinero al propietario de una fábrica de celuloide de Varsovia para que interrumpiera la producción, y varios camaradas que habían escapado de las alcantarillas se alojaban en ella, en un altillo al que se accedía por una escalera de mano que se retiraba cuando no se utilizaba. Estaba iluminado con pequeños tragaluces, y los combatientes dormían sobre grandes sacos llenos de celuloide. En la entrada había un vigilante polaco que les llevaba comida. La fábrica era un buen lugar para reunirse; se fijó una sesión plenaria de dirigentes para el 24 de mayo, dos semanas después de su salida de las cloacas.



El 24 de mayo, Tosia, que vivía en un piso franco, se encontraba en esos momentos en el altillo esperando a que empezara la reunión cuando un compañero encendió un cigarrillo con una cerilla, y la llama prendió en los montones de celuloide, provocando un incendio abrasador. En otra versión, <sup>50</sup> Tosia vivía en el desván, herida e inmovilizada, y estaba calentando un ungüento para ponérselo sobre las heridas cuando estalló el fuego.

Las llamas se extendieron rápidamente, y como la escalera de mano estaba apartada y los tragaluces eran demasiado altos, era casi imposible escapar. Unos cuantos combatientes saltaron del tejado en llamas y sobrevivieron. Tosia fue uno de ellos, pero sufrió quemaduras graves cuando su ropa se prendió y cayó rodando del tejado. Los polacos que la encontraron la entregaron a los nazis, quienes la torturaron hasta matarla. En otra versión, ella se quitó la vida, resuelta a que no la capturaran viva.

# CAPÍTULO 17

## ARMAS, ARMAS, ARMAS

Armas... para los que jamás han pensado en estas armas de destrucción.  
Armas... para los que han sido educados para una vida de trabajo y negocios tranquilos.  
Armas... para los que han visto en el arma, ante todo, algo aborrecible...  
Para esas personas en concreto, las armas se han convertido en un objeto sagrado.  
Utilizamos armas en las batallas sagradas, para hacernos libres.

RUZKA KORCZAK <sup>1</sup>

**Renia**

MAYO DE 1943

—Tú no tienes la culpa, Frumka —repitió Renia por enésima vez, observando cómo su amiga, su jefa, se zarandeaba y gritaba. Renia había logrado regresar de su misión con noticias, pero no todas eran buenas—. Por favor, Frumka, cálmate. <sup>2</sup>

En el fuero interno de Frumka se agolpaban las pasiones y el autoanálisis de forma incontrolada. Cuando descubrió que Zivia todavía estaba viva, la emoción se transformó en una nueva ola de motivación.

Pero todo eso se derrumbó al enterarse de que Hantze había muerto en el gueto de Varsovia.

—¡Yo soy la responsable! —gritó. Se golpeó el pecho con tal fiereza que Renia dio un brinco—. Fui yo quien la envió a Varsovia.

Respiraba muy deprisa. Renia no sabía si abrazarla o huir. Los camaradas se habían callado la muerte de la hermana de Frumka durante el mayor tiempo posible, temiendo precisamente esa clase de crisis. En sus diarios Chajka la describía como una dirigente que no estaba realmente preparada para afrontar las abrumadoras realidades de la guerra. <sup>3</sup>

Otros camaradas intervinieron.

—Tú no tienes la culpa.

—¡Yo soy la responsable! —gritaba Frumka una y otra vez—. ¡La responsable de la muerte de mi hermana pequeña! —Y lloró torrentes de lágrimas y dolor.

«Pero el hombre está hecho de hierro —escribió Renia más tarde—, insensible al sufrimiento. Frumka volvió a ser la misma aun después de este fuerte golpe.» Sin embargo, en su mente resonaba con mayor intensidad y furia, si cabía, un pensamiento: ¡venganza!

Renia observó cómo el dolor de Frumka se expresaba en acción, ira y gritos apasionados en torno a misiones tanto de rescate como suicidas. A ella le había pasado lo mismo al enterarse de la muerte de sus padres. Solo avivó el fuego. Frumka se obsesionó: ¡todo el que pueda luchar debe dejar de esperar que lo salven! ¡La defensa personal es el único camino de redención! ¡Muere como un héroe!

Pero no se trataba solo de Frumka; el fervor por la *haganá* también aumentaba en Renia y, de hecho, en todo el grupo de Będzin. La batalla de seis semanas en Varsovia había sido el primer levantamiento urbano contra los nazis llevado a cabo por un movimiento de resistencia en cualquier parte del mundo. Los combatientes de todos los guetos deseaban seguir el ejemplo de la capital polaca. Chajka quería que el intento de Zagłębie no solo fuera un reflejo del de Varsovia, sino que lo superara. El grupo de Będzin hizo planes de incendiar todo el gueto y ofreció clases para enseñar a manejar las armas que habían ido introduciéndose poco a poco. Tras la misteriosa captura de Idzia Pejsachson en Częstochowa, la política de la Resistencia cambió: todos los mensajeros que transportaban armas viajarían de dos en dos.

Renia se convertiría en uno de esos *kashariyot*.<sup>4</sup>

Le pusieron de pareja a Ina Gelbart,<sup>5</sup> una miembro de La Joven Guardia de veintidós años a quien describió como «una joven vivaz. Alta, ágil, dulce. La típica hija de Silesia. Nunca temió ni por un momento la muerte».

Renia e Ina tenían documentos falsos que les permitían cruzar la frontera del Gobierno General. Los habían obtenido de un experto falsificador de Varsovia y habían costado una fortuna, pero, como Renia reflexionó más tarde, no era momento para regatear. Cuando las jóvenes

llegaron a la frontera, entregaron los documentos obligatorios con confianza: un visado de tránsito con foto expedido por el Gobierno y un carnet de identidad, también con foto. En ese momento había menos vigilancia en la ruta a Varsovia, por lo que, si pasaban ese control sin problemas, el viaje probablemente sería un éxito.

El guardia asintió.

Renia estaba ahora más segura operando en Varsovia; se sentía experimentada, como si conociera la ciudad. Las dos jóvenes tuvieron que buscar a su contacto, un judío llamado Tarłow que vivía en el barrio ario y tenía vínculos con falsificadores y traficantes de armas. <sup>6</sup> «Cuidó de nosotras —escribió Renia— y le pagaron generosamente.» <sup>7</sup>

Los revólveres y granadas que Renia introdujo a escondidas provenían principalmente de los depósitos de armas de los alemanes. «Uno de los soldados solía robarlos y venderlos —explicó—, y luego otro los vendía; los conseguimos quizá de quinta mano.» Los testimonios de otras mujeres <sup>8</sup> hablan de armas que procedían de bases militares alemanas, talleres de reparación y fábricas donde utilizaban a los judíos como mano de obra forzada, así como de granjeros, del mercado negro, de guardias dormidos, de la resistencia polaca e incluso de alemanes que vendían las armas que habían robado a los rusos. Tras la caída de Stalingrado en 1943, <sup>9</sup> el ejército alemán perdió la moral y los soldados empezaron a vender sus propias armas. Aunque lo más fácil de encontrar eran los rifles, estos eran difíciles de transportar y esconder; las pistolas resultaban más eficientes aunque más caras.

A veces obtenían un arma y la llevaban al gueto, según explicó Renia, y solo entonces descubrían que estaba demasiado oxidada para disparar o que las balas con que venía no eran compatibles. No había forma de probarlas antes de comprarlas. «En Varsovia no había ni tiempo ni un lugar para probar las armas. Teníamos que guardar rápidamente cualquier arma defectuosa en un rincón oculto y volver en tren a Varsovia para cambiarla por otra en buen estado. De nuevo, la gente arriesgaba su vida.»

Renia e Ina localizaron a Tarłow sin dificultad, y él las llevó a un cementerio. <sup>10</sup> Allí comprarían la preciada mercancía: explosivos, granadas y pistolas, pistolas, pistolas.



Para Renia, cada arma que introducían de contrabando era «un tesoro».

En todos los guetos importantes la resistencia judía se organizó con apenas algún arma. <sup>11</sup> Al principio, el movimiento clandestino de Białystok tenía un rifle que se repartía entre las unidades de combatientes para que cada una pudiera entrenar con un arma de verdad; en Vilna, compartían un revólver y disparaban contra una pared de barro del sótano para poder reutilizar las balas. <sup>12</sup> Cracovia empezó sin una sola arma. En Varsovia había, de entrada, esas dos pistolas.

La resistencia polaca prometió armas, pero los envíos a menudo se suspendían, los robaban por el camino o se posponían indefinidamente. Mandaban a los *kashariyot* a buscar armas y municiones e introducirlos en los guetos y los campos, a menudo con pocas instrucciones y asumiendo siempre un riesgo enorme.

En esta peligrosa labor tuvieron una importancia especial las cualidades psicológicas de las mensajeras. Sus contactos y su experiencia escondiendo, sobornando y desviando las sospechas fueron fundamentales. Frumka fue la primera mensajera que introdujo armas a escondidas en el gueto de Varsovia; las puso en el fondo de un saco de patatas. Adina Blady Szwajger hizo lo mismo con municiones, y en una ocasión en que una patrulla le ordenó que abriera la bolsa, su sonrisa y la arrogancia con que la abrió la salvaron. Bronka Klibanski, una mensajera de Libertad en Białystok, llevaba en la maleta un revólver y dos granadas de mano dentro de una barra de pan. En la estación de tren, un policía alemán le preguntó qué llevaba. Al «confesar» que llevaba comida de contrabando se ahorró abrir la maleta. Su «confesión sincera» provocó una respuesta protectora del policía, que ordenó al revisor del tren que la cuidara y se asegurara de que nadie las molestara ni a ella ni a su maleta.

Renia sabía que no era la primera mensajera que llevaba un botín para una rebelión: las *kashariyot* había obtenido e introducido armas en los guetos para las revueltas de Cracovia y Varsovia. Cuando a Hela Schüpper, <sup>13</sup> la principal mensajera de Akiva en Cracovia, la enviaron a Varsovia para comprar armas, sabía que pasaría veinte horas de encubierto en trenes. Se rascó la cara con un jabón especial para esconder la sarna, se tiñó el cabello

de un rubio brillante (usando una potente cápsula azul de cloro) y se lo recogió con un pañuelo tipo turbante, tomó prestado un atuendo elegante de la madre de un amigo que no era judía, y se compró un bolso caro de yute estampado con flores, que se puso de moda en tiempos de guerra. Parecía que fuera al teatro por la tarde. Sin embargo, se reunió en la puerta de una consulta médica con un contacto del Ejército Popular, el señor X. Le dijeron que estaría leyendo un periódico. Siguiendo las instrucciones, ella le preguntó la hora y le pidió prestado el periódico. Se alejó y Hela lo siguió a cierta distancia, se subió a otro vagón de tren y acabó en el piso de un zapatero.

Hela esperó varios días la mercancía: cinco armas, cuatro libras de explosivos y clips de cartuchos. Se pegó las pistolas al cuerpo con esparadrapo y escondió la munición en su elegante bolso. No fue al teatro; el teatro *era* ella. En una foto en la Varsovia aria aparece sonriente y contenta,<sup>14</sup> con un traje de chaqueta hecho a medida con la falda justo por encima de la rodilla, mocasines, el pelo recogido y un broche en la solapa; en las manos lleva un bolso pequeño y elegante. Como la describió Gusta: «Cualquiera que la hubiera visto coquetear descaradamente en el tren... con su sonrisa provocativa, habría supuesto que iba a ver a su prometido o se marchaba de vacaciones». <sup>15</sup> (Incluso a Hela la pillaban en alguna ocasión. Una vez salió de una cárcel por los aseos y echó a correr. En sus misiones nunca llevaba abrigos largos, para asegurarse de que no tenía trabas en las piernas.)

En Varsovia, los miembros de la ŻOB del lado ario estuvieron meses tratando de conseguir armas. Haciéndose pasar por polacas, utilizaban sótanos o restaurantes en antiguos refectorios de conventos para celebrar reuniones discretas, y cada vez que se acercaba la camarera cambiaban de tema. Vladka Meed empezó introduciendo en el gueto limas de metal de contrabando; <sup>16</sup> la idea era que los judíos las llevaran encima, de tal modo que si los subían a empujones a un tren con destino a Treblinka, pudieran cortar las rejas de las ventanas con ellas y saltar. Se vistió como una campesina, se dirigió a una zona de contrabando gentil y saltó el muro. Algunas mensajeras pagaban a los guardias polacos para que les susurraran una contraseña en el muro, y un miembro de la ŻOB que esperaba dentro



trepaba para coger el paquete. <sup>17</sup> Vladka adquirió su primera arma del sobrino de su casero por dos mil eslotis. Ella le pagó a su casero setenta y cinco eslotis para que metiera la caja por un hueco o *meta* en la pared, en una zona donde los guardias eran fáciles de sobornar. Las personas que llevaban «regalos» también iban y venían del lado ario, uniéndose a grupos de trabajadores y bajando de un salto de los trenes que pasaban por el gueto. Introducían artículos de contrabando en camiones de la basura y ambulancias, y a través de tubos de desagüe. En Varsovia, muchas mensajeras utilizaron el edificio del juzgado, que tenía entradas tanto en el lado judío como en el ario. <sup>18</sup>

Una vez, Vladka tuvo que volver a empaquetar tres cartones de dinamita en bultos más pequeños y pasarlos a través de la rejilla de una ventana de la fábrica en el sótano de un edificio que bordeaba el gueto. Mientras ella y el vigilante gentil, al que había sobornado con trescientos eslotis y una petaca de vodka, trabajaban frenéticos en la oscuridad, «el vigilante temblaba como una hoja», recordaría. «Nunca volveré a arriesgarme tanto», murmuró él cuando terminaron, empapados en sudor. Cuando Vladka se marchó, él preguntó qué había en los paquetes. «Pintura en polvo», respondió ella con cuidado de recoger del suelo la dinamita derramada.

Havka Folman <sup>19</sup> y Tema Schneiderman introdujeron en el gueto de Varsovia granadas junto con paños menstruales y ropa interior. <sup>20</sup> Mientras viajaban por la ciudad en un tranvía lleno de gente, un asiento quedó libre y un polaco insistió caballerosamente en cedérselo a Tema. Pero si ella se sentaba, podrían saltar todos por los aires. Las chicas charlaron hábilmente para salir del aprieto, cubriendo con grandes carcajadas su enorme miedo.

En Białystok, la mensajera Chasia Bielicka no trabajaba sola. <sup>21</sup> Dieciocho chicas judías colaboraron para armar el movimiento de resistencia de la zona mientras alquilaban habitaciones a los campesinos polacos y mantenían su trabajo diurno en casas, hoteles y restaurantes nazis. Chasia trabajaba de criada para un hombre de las SS que tenía un armario lleno de armas para disparar a los pájaros. De tanto en tanto cogía un puñado de balas y se las guardaba en el bolsillo del abrigo. Una vez él la llamó furioso; estaba segura de que la había descubierto, pero él solo la riñó



porque el armario no estaba bien ordenado. Las mensajeras escondían la munición debajo de las tablas del suelo de sus habitaciones y pasaban balas de ametralladora a través de la ventana de una letrina que había junto al muro del gueto.

Después de la liquidación del gueto de Białystok y de la revuelta de los jóvenes, la red de mensajeras continuó proporcionando información y armas a todo tipo de partisanos, lo que permitió que estos entraran en un arsenal de la Gestapo. Para llevar un arma de gran tamaño al bosque, las chicas trasladaban las piezas de acero de una en una. Chasia llevó un rifle largo a plena luz del día dentro de un tubo metálico que parecía una chimenea. De repente aparecieron ante ella dos gendarmes. Ella sabía que si no hablaba primero, lo harían ellos. Les preguntó qué hora era.

—¿Cómo? ¿Ya es tan tarde? —exclamó—. ¡Gracias, estarán preocupados en casa!

Como decía siempre, su secreto era «fingir extrema confianza». En las oficinas de la Gestapo se quejaba si le hacían esperar mucho para recibir su documentación (falsa). En una ocasión, un nazi la vio intentado entrar en el gueto y ella, sin pensárselo, se bajó los pantalones y orinó, confundiéndolo. De forma similar, si una mujer polaca recelaba de un hombre judío, él tenía la inteligencia de ofrecerse a bajarse los pantalones inmediatamente para demostrar que no estaba circuncidado; eso solía bastar para asustarla y ahuyentarla.

Chasia consiguió otro empleo diurno; su nuevo jefe era un civil alemán que trabajaba para el ejército germano como jefe de construcción. Ella sabía que había intervenido para dar de comer a sus trabajadores judíos y una noche le confesó que ella también lo era. Su compañera de cuarto, Chaika Grossman, <sup>22</sup> que había encabezado la sublevación de Białystok y huido de la deportación, también trabajaba para un alemán antinazi. Las cinco mensajeras que seguían con vida crearon una célula de alemanes rebeldes. Cuando los soviéticos llegaron a la zona, también los introdujeron y presidieron el Comité Antifascista de Białystok, compuesto por todas las organizaciones de resistencia de la zona. Las chicas pasaron armas de los

alemanes amigos a los soviéticos, proporcionaron toda la información para que el Ejército Rojo ocupara Białystok, y recopilaron las armas de los soldados del Eje que huían para dárselas a ellos.

También en Varsovia, después del levantamiento del gueto, los combatientes necesitaban armas para defenderse y para hacer revueltas en otros campos y guetos como el de Renia. Leah Hammerstein <sup>23</sup> trabajaba de ayudante de cocina en una clínica de rehabilitación del lado ario. En una ocasión un compañero de La Joven Guardia la dejó atónita al preguntarle si estaría dispuesta a robar un arma. Él nunca volvió a mencionarlo, pero ella se obsesionó con la idea. Un día pasó por delante de una habitación de soldados alemanes que se encontraba vacía. Sin pensarlo, se acercó al armario. Allí había una pistola esperándola. Se la escondió debajo del vestido, luego fue al aseo y cerró la puerta. ¿Y ahora qué? Se puso de pie en el inodoro y se fijó en una pequeña ventana que daba al tejado. Envolvió el arma en su ropa interior y la deslizó fuera. Más tarde, cuando le tocó tirar las peladuras de patata, se subió al tejado y la recuperó, y la arrojó al jardín del hospital. Registraron todo el hospital, pero no se preocupó: nadie sospecharía de ella. Al acabar su turno recogió de la maleza el arma envuelta, se la guardó en el bolso y se marchó a su casa.



En el cementerio de Varsovia, Renia <sup>24</sup> sacó el dinero en efectivo que llevaba en un zapato. Ella e Ina compraron las armas, y ella se las sujetó a su pequeño cuerpo con tiras de tela resistente. El resto de los artículos de contrabando —granadas, cócteles molotov— lo metió en una bolsa que tenía doble fondo, un compartimento secreto.

Pero volver de Varsovia a Będzin fue más difícil que llegar hasta allí. En el trayecto en tren hacia el sur, viendo pasar árbol tras árbol a toda velocidad, se enfrentaron a registros sorpresa más frecuentes y exhaustivos. Renia trató desesperadamente de no temblar cuando un oficial hurgó en cada pequeña bolsa. Otro cogió todos los paquetes de comida. Un tercero buscó armas. «Supuso un montón de dinero, energía y nervios, tanto para

las mensajeras como para quienes las esperaban —recordaría Renia—. Si una mensajera no regresaba a la hora señalada, los camaradas se volvían locos. ¿Quién sabía qué había causado el retraso?» <sup>25</sup>

Cuando la abordaba un oficial, ella usaba la misma táctica que Bronia y fingía que era contrabandista de alimentos.

—Solo unas patatas, señor.

El oficial se quedaba unas cuantas y la dejaba marchar. <sup>26</sup>

Durante todo el trayecto, Renia e Ina estuvieron preparadas para lo que pudiera pasar en cualquier momento. Preparadas para ser fusiladas y, si era necesario, para saltar del tren en marcha. Sabían exactamente qué hacer durante un registro exhaustivo. Sabían qué hacer si las capturaban. Sabían que no debían capturarlas como judías; no debían dar muestras de tristeza ni responder a una mirada nazi más que con una sonrisa. Sabían que, incluso bajo tortura, no podían abrir la boca ni revelar ninguna información. Algunas mensajeras llevaban consigo cianuro en polvo por si las interrogaban. Si tiraban de un hilo, el veneno, que llevaban envuelto en una bolsa de papel cosida parcialmente en un bolsillo del forro del abrigo, estaría al alcance de su mano. <sup>27</sup>

Pero Renia no tenía esa válvula de escape. «Tenías que ser fuerte y firme en tu actitud —explicó—. Tenías que demostrar una voluntad de hierro.» <sup>28</sup> Eso es lo que se repetía a sí misma en el tren mientras se abría paso a través de bosques e inspecciones, con armas sujetas al torso y una sonrisa pegada a los labios. Una lección que llegó a saberse bien.

No era exactamente la vida de taquígrafa que había imaginado.

# CAPÍTULO 18

## LA HORCA

**Renia**

JUNIO DE 1943 <sup>1</sup>

De nuevo en Będzin. <sup>2</sup> A primera hora de la mañana, Renia oyó disparos a lo lejos. Miró por la ventana y encontró el cielo resplandeciente de luz. Unos focos iluminaban el caos. El gueto estaba rodeado de policías, miembros de la Gestapo y soldados. Por las calles corrían personas solo con camisa o totalmente desnudas, «como abejas expulsadas de su colmena».

Renia se levantó de un salto de la cama: ¡la deportación! Hacía apenas unos días de su regreso de Varsovia, de la alegría de los camaradas por su alijo de armas y de que Sarah casi se desmayara de alivio al verla sana y salva. Y ahora eso.

Pero por fin estaban preparados.

Eran las cuatro en punto. Frumka y Hershel ordenaron a todos que bajaran al búnker. A casi todos. Para evitar sospechas, unos cuantos debían quedarse en sus habitaciones, los que tenían pases *Zonder* . Si los nazis encontraban el edificio vacío, llevarían a cabo un registro. Si descubrían los búnkeres, todos estarían perdidos. Era mejor dar la impresión de que estaban ocupados en sus cosas.

No hubo tiempo para pensar. No hubo tiempo para sacar adelante algún plan ambicioso. <sup>3</sup> Nueve personas se quedaron en sus habitaciones. Las demás, entre las que se encontraba Renia, se metieron por el hueco de la estufa, cuya tapa había sido retirada. Uno por uno, se introdujeron en el refugio seguro que habían preparado. Uno de los camaradas que se quedó arriba volvió a colocar la tapa.

Renia se quedó sentada.

Una hora después, fuertes pisadas de botas. Luego, voces alemanas maldiciendo, abriendo armarios, volcando muebles. Destrozando habitaciones. Los estaban buscando.

Renia y sus camaradas no se movieron, no les tembló un músculo, apenas respiraron.

Silencio.

Al final los nazis se marcharon.

Pero ellos se quedaron sentados sin moverse durante muchas más horas. Había casi treinta personas hacinadas dentro de su pequeño búnker. Entraba aire por una pequeña grieta en la pared. Silencio absoluto salvo por el débil zumbido de una mosca. Hacía un calor insoportable. Luego el hedor. Agitaban las manos abanicándose unos a otros, tratando de evitar los desmayos. De repente, Tziporah Marder se desplomó. Afortunadamente, habían escondido un poco de agua y sales aromáticas, y trataron de reanimarla, pero la joven continuó totalmente inmóvil y empapada. ¿Qué se suponía que debían hacer? Ellos mismos apenas podían respirar. La pellizcaron por todo el cuerpo hasta que se agitó débilmente. La falta de oxígeno era insoportable. «Teníamos la boca muy seca», recordaría Renia.

Eran las once de la mañana y nadie había regresado. Siete horas en el búnker; ¿cuánto tiempo más podrían aguantar? Se quedaron sentados treinta minutos más. Luego, a lo lejos, una voz solitaria. Un sonido como salido de una tumba. Un coro de gritos y alaridos horribles. Renia podía oír los cuerpos zarandeados y sacudidos por encima de ellos.

El grupo esperaba que un camarada levantara la tapa de la estufa.

—¿Quién sabe si todavía están allí fuera? —preguntó Frumka notando cómo la abandonaba la esperanza.

No acudió nadie.

Por fin, pasos. Se abrió la puerta.

El camarada Max Fischer,<sup>4</sup> que había cuidado a los huérfanos de Atid, y la joven Ilza Hansdorf habían regresado.<sup>5</sup> Gracias a un contratiempo, a ellos no los habían deportado. De la garganta de Renia brotó un gemido: siete de sus mejores camaradas. Muertos.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para oír siquiera lo que contaban los camaradas. Los habían llevado a todos a un terreno acordonado bajo la vigilancia de la milicia judía. Los hicieron formar una larga fila. Los alemanes no miraron los certificados de trabajo, no distinguieron entre jóvenes y viejos. Un miembro de la Gestapo se paseó con un bastón dividiéndolos: a unos los envió a la derecha, a otros a la izquierda. ¿Qué grupo sería conducido a morir y cuál viviría? Finalmente llevaron a los del lado derecho a la estación de tren para deportarlos; a los otros los mandaron a casa. Con un leve movimiento del bastón hacia la izquierda o la derecha, a un judío se le sentenciaba a vivir o a morir.

Muchos echaron a correr y les dispararon mientras intentaban escapar.

Renia y sus camaradas salieron y se detuvieron frente a su casita. Todo era inútil. Era imposible rescatar al grupo que debía subir a los trenes. A su alrededor, la gente iba y venía corriendo de la comisaría, llorando. Uno echaba de menos a su madre, otros a su padre, marido, hijo, hermano. A todos los que se quedaron «les habían arrancado a alguien». Muchos se desmayaban por la calle. Una madre, medio enloquecida, quería unirse al grupo de los deportados: los nazis se habían llevado a sus dos hijos mayores. Cinco niños regresaron gritando que se habían llevado a su padre y a su madre. No tenían adónde ir. El mayor tenía quince años. La hija del vicepresidente del *Judenrat* se tiró al suelo y se arrancó la ropa. Habían deportado a su padre, a su madre y a su hermano; estaba sola. ¿Por qué iba a querer vivir? Gritos, desesperación. Todo era inútil. Los deportados nunca volverían.

Entre ellos estaba Hershel Springer. Hershel, que había pasado días y noches enteras ayudando y salvando a personas, que era querido por todos los judíos y respetado por la comunidad. Todos, incluida Renia, lloraron por él como llorarían por sus propios padres.

La calle estaba llena de personas que yacían inconscientes o se retorcían en agonía, de cuerpos desfigurados por las horribles balas expansivas. Sus parientes los habían sacado de las casas y, viéndose incapaces de aliviar su sufrimiento, los habían dejado ahí fuera sacudiéndose. Los transeúntes pasaban por encima de sus cuerpos. Nadie intentó reanimarlos. No había quien los ayudara. Todos tenían sus propios

tormentos y creían que su dolor era el peor. Los cadáveres acribillados se amontonaban en carretas. Los granos de los campos de maíz eran pisoteados por las personas que se escondían entre los tallos; por todas partes había muertos en estado de descomposición. A su alrededor Renia oía los suspiros de los moribundos.

Era demasiado duro presenciar todo eso, para ella y para cualquiera. El grupo regresó a la casa. Las camas estaban volcadas; en cada rincón había una persona tumbada en el suelo, llorando. Los niños de Atid estaban desconsolados. Renia no consiguió que dejaran de llorar.

Frumka se mesaba el pelo y se golpeaba la cabeza contra la pared.

—¡Yo tengo la culpa! —gritaba—. ¿Por qué les dije que se quedaran en sus habitaciones? Yo los he asesinado, los he enviado a la muerte.

Una vez más, Renia trató de calmarla.

Al cabo de unos minutos los camaradas la encontraron en la habitación contigua, apuntándose con un cuchillo. <sup>6</sup> Se lo arrebataron de las manos mientras ella gritaba:

—¡Soy su asesina!

Los disparos no cesaban. El grupo que debía ser deportado seguía en la estación, custodiado por soldados armados. Algunos intentaron correr y saltar la barrera metálica que los separaba de la carretera. Al otro lado de la barrera había polacos y alemanes mirando, aparentemente satisfechos.

—Es una pena que hayan quedado algunos, pero su fin no tardará en llegar —oyó decir Renia a uno—. No podían enviarlos a todos a la vez.

—A quienes Hitler no mate ahora, los mataremos nosotros después de la guerra —respondieron otros.

Llegó el tren. Los nazis empujaron a la gente para que se subiera a los vagones de ganado ya abarrotados. No había suficiente espacio. A los judíos que quedaron los metieron en un gran edificio que en otro tiempo había servido de orfanato y residencia de ancianos.

Renia observó cómo los vagones partían hacia Auschwitz. Todos los que iban en ellos habrían muerto al final de ese día.

Los demás judíos, que se encontraban encerrados en el edificio, miraban por las ventanas del cuarto piso buscando como locos una forma de salvarse. El edificio estaba rodeado por la Gestapo. Los milicianos

reflexionaron, considerando con preocupación si ayudar a algún familiar o amigo. Al final los trabajadores especializados de Rossner quedaron en libertad. Mientras él viviera, dijo, no permitiría que se llevaran a sus trabajadores. Pero la Gestapo sabía que eso no cambiaba nada. Tarde o temprano todos los judíos morirían.

Al resto lo enviarían a la mañana siguiente. Los nazis necesitaban otros cien para llegar al millar, el cupo completo de un convoy. «No logramos comprender qué tenía de especial ese número redondo —escribió más tarde Renia—. Bromeábamos diciendo que era el mínimo de personas que podían matar.» Aun en medio de la barbarie, el humor negro ayudaba a los judíos a disipar el miedo, restar importancia a la muerte y sentir cierto control sobre sus vidas. <sup>7</sup>

Unas horas más tarde, la Gestapo entró en uno de los talleres y prendió a los que faltaban para completar la cifra. Así fue como, en dos días, los nazis se llevaron a ocho mil personas de Będzin para asesinarlas, <sup>8</sup> sin contar a los que mataron de un tiro o murieron a causa del dolor y el miedo.



Sin la ayuda de Hershel, Frumka no fue capaz de seguir dirigiendo el kibutz. No pudo afrontar toda la preocupación o la planificación para el futuro. Libertad empezó a disgregarse. Nadie tenía ningún deseo de salir. «¿Para qué íbamos a trabajar cuando había una expulsión cerniéndose sobre nuestra cabeza?», escribió Renia. Los camaradas sabían que solo era cuestión de tiempo —muy poco tiempo— que los mataran a todos. Empezaron a pensar en abandonar el gueto y dispersarse, huyendo cada uno por su lado.

Los dirigentes del *Judenrat* hablaron a la comunidad con un «discurso positivo»: el trabajo y solo el trabajo salvará la vida de los judíos restantes. Algunos regresaron a los campos de trabajos forzados en un intento de volver a la normalidad. Un humor apesadumbrado en cada paso.

Pero varios días después de la expulsión de Będzin hubo un pequeño milagro. Un miliciano entregó una nota. Renia no daba crédito a sus ojos.

La letra de Hershel. ¿Era auténtica?



Renia, Aliza Zitenfeld y Max Fischer siguieron al policía de vuelta al taller, una ruta salpicada de hombres de la Gestapo que detenían a todos los transeúntes. Pasaron junto a un miliciano que sangraba mucho, con la oreja rasgada y las mejillas destrozadas. Tenía el uniforme blanco manchado de rojo, la cara pálida. Un miembro de la Gestapo le había pegado un tiro para divertirse.

El miliciano que los escoltaba los llevó a un pequeño salón abarrotado del primer piso. Apartó montones de mercancías. En medio, como en un nido, estaba Hershel.

Renia corrió hacia él. Estaba casi irreconocible a causa de los golpes que había recibido. Tenía la cara llena de rasguños y los pies heridos. Pero se rio entre dientes y los abrazó como un padre mientras le caían las lágrimas por las mejillas hundidas. Los tranquilizó diciendo que no había sido tan peligroso. Tal vez le habían destrozado las piernas, pero «lo más importante es que todavía estoy vivo y puedo verlos a todos. No se ha perdido nada». Les enseñó lo que llevaba en los bolsillos y luego les contó su historia.

«Nos metieron a empujones en el vagón... Nos habían golpeado a todos... Busqué una forma de escapar. Llevaba encima una navaja y un cincel. No fue fácil, pero logré abrir la ventana. Estábamos tan hacinados que nadie se dio cuenta, pero cuando estaba a punto de saltar, la gente me agarró de los brazos y las piernas, gritando: ¿Qué estás haciendo? ¡Por tu culpa nos matarán como si fuéramos ganado!

»El tren seguía avanzando. Yoel y Gutek sacaron unas cuchillas de afeitar para suicidarse. No dejé que lo hicieran. Les dije que esperaran a que todos estuvieran distraídos y saltaríamos. De repente llegó la oportunidad. No me lo pensé y salté. Alguien saltó detrás de mí... Yo prefería morir de esa manera que acabar mis días en Auschwitz. A mis espaldas oí los disparos de los alemanes que vigilaban el camino. Me metí en un hoyo. El tren siguió avanzando. A lo lejos vi cuerpos tendidos en el camino, probablemente de personas que habían saltado de los trenes y a las que habían matado de un tiro. No muy lejos de allí había una mujer polaca trabajando en el campo. Tiró de mí, alejándome de las vías.

»Yo tenía los pies magullados. Ya no podía caminar. Ella me dijo que Auschwitz estaba cerca, que había sido inteligente al saltar, que estaban llevando a todos los judíos a la muerte. Me trajo comida de su casa, y me arrancó la chaqueta y la utilizó para vendarme el pie. Luego me dijo que me fuera, porque si me veían los campesinos del pueblo me entregarían a los alemanes. Ya era de noche. A cuatro patas, me fui en la dirección que ella me señaló. De día me tumbaba en el campo y comía zanahorias, remolachas, plantas. Después de una semana arrastrándome, llegué aquí.»

Esa noche, con la ayuda de un miliciano amable (Renia reconoció que algunos lo eran), Renia llevó a Hershel al kibutz. Tendría que quedarse en el búnker de forma permanente para evitar a la Gestapo. La gente no podía creerlo. Su padre había regresado de la muerte. Las cosas de alguna manera se solucionarían.

Sin embargo, sabían que su alegría era temporal. El *Judenrat* había empezado a advertir las actividades del kibutz y recelaba de ellos. El gueto de Kamionka ya estaba lleno de pisos vacíos de los asesinados, por lo que Libertad se dividió en tres grupos. Cada unidad de diez miembros se instaló en una parte diferente, pero mantuvieron la vida comunitaria.

«Todos somos una familia», ese era el mantra que siempre los guiaba.

## CAPÍTULO 19

# LIBERTAD EN LOS BOSQUES: LOS PARTISANOS

**Renia, Faye, Vitka, Ruzka y Zelda**

JUNIO DE 1943

Fue a finales de la primavera de 1943 cuando el activista rubio y de ojos azules Marek Folman volvió a Będzin desde Varsovia,<sup>1</sup> impulsado por el reciente levantamiento y por su propio éxito. Unos meses antes su hermano y él, disfrazados de polacos, se habían unido al grupo de partisanos de Polonia central. Asaltaron cuarteles alemanes, plantaron minas debajo de trenes militares y prendieron fuego a edificios gubernamentales. Al hermano de Marek lo habían asesinado trágicamente en un altercado, pero había muerto como un combatiente. Renia lo escuchaba, y cada palabra le parecía un milagro.

Marek tenía un plan. Su grupo se negaba a aceptar a judíos, pero él había hablado con un oficial polaco llamado Socha que estaba dispuesto a ayudar a los judíos de Zagłębie a ponerse en contacto con unidades locales que los integraran. Socha vivía con su familia en Będzin.

Todo el kibutz estaba emocionado. Al principio, su filosofía había sido luchar como judíos en el gueto. Pero a medida que continuaban las liquidaciones y disminuían las posibilidades de llevar a cabo un levantamiento efectivo, los camaradas tenían pocas opciones. Unirse a los partisanos era una forma de actuar, una oportunidad de oro. Habían intentado ponerse en contacto con destacamentos, pero nunca con éxito.

¿Quién era ese polaco que estaba dispuesto a ayudar a los judíos? Marek y Zvi Brandes necesitaban evaluar la situación. Acudieron al sencillo piso de Socha. Bebés berreando hambrientos, la típica esposa campesina, una familia de clase trabajadora. Socha les causó buena impresión.

Sí, dijeron. Iremos contigo.

La ŻOB decidió enviar a unos cuantos miembros de cada movimiento. Todos varones, y varios de ellos con pistolas. Debían escapar del gueto, arrancarse las estrellas judías y reunirse con Socha en el lugar acordado, y desde allí seguirlo hasta el bosque. Tenían instrucciones de escribir en cuanto llegaran.

Una larga semana después, los camaradas se enteraron de que Socha había regresado a la ciudad. El kibutz no había querido darle la dirección en la que se encontraba, así que Marek acudió ansioso a su piso.

Socha tenía buenas noticias: los compañeros habían llegado sanos y salvos, y los habían aceptado con los brazos abiertos. Ese mismo día habían salido a luchar contra los alemanes. Socha se disculpó; se habían emocionado tanto que se olvidaron de escribir.

¡Por fin, venganza! Eufórica, la ŻOB se preparó para enviar un segundo grupo. Con la expulsión general inminente, todos se ofrecieron a ir. Renia suplicó que la incluyeran, deseosa de actuar y pelear.

Ellos leyeron la lista. <sup>2</sup> De La Joven Guardia, el novio de Chajka Klinger, el cabecilla David Kozlowski, así como Hela Kacengold, a quien Chajka describió como el prototipo de la nueva chica de tiempos de guerra: «Con botas altas, pantalones de montar y un arma, costaba distinguir que era mujer». <sup>3</sup> De Libertad, Tziporah Marder, cinco hombres y un niño huérfano de Atid. De nuevo, se pidió a los que se iban que escribieran e indicaran cuándo preparar el próximo grupo. Los camaradas que se quedaron, envidiosos pero esperanzados, observaron cómo el nuevo grupo llenaba cajas de cerillas con balas; todos bebieron vodka para celebrarlo. <sup>4</sup>

Pero Renia se quedó destrozada cuando no la llamaron a ella. Frumka y Hershel le explicaron que la ŻOB necesitaba que fuera varias veces a Varsovia a por armas, y más ahora que los combatientes que iban a los bosques se habían llevado todas las que tenían. Solo cuando hubiera vuelto de esos viajes podría unirse a los partisanos.

Renia suspiró. Lo entendía, pero ¡cuánto había deseado y esperado unirse a la lucha!



Era extremadamente difícil unirse a una brigada partisana, sobre todo para una mujer judía.<sup>5</sup> Aunque había muchos tipos de partisanos,<sup>6</sup> y cada uno tenía sus propias lealtades y filosofía, solían estar de acuerdo en dos cuestiones. La primera: no aceptaban a judíos, por nacionalismo o antisemitismo, o sencillamente porque no creían que supieran luchar. La mayoría de los judíos llegaban al bosque sin armas ni entrenamiento militar, y con angustia grave física y mental, por lo que eran vistos como una carga. La segunda: no creían que las mujeres estuvieran hechas para el combate, y pensaban que solo eran útiles para cocinar, limpiar y amamantar.

A pesar de ello, unos treinta mil judíos<sup>7</sup> se inscribieron en destacamentos partisanos, a menudo ocultando su identidad o viéndose obligados a demostrar su valía y trabajar el doble de duro. De estos, el 10 por ciento eran mujeres. La mayoría de ellas se incorporaron a unidades que operaban en el Este, y sus huidas solían planificarse de antemano. Unirse a los partisanos a menudo era su única oportunidad para sobrevivir, por lo que asumían riesgos.

El solo hecho de llegar a un campamento de partisanos suponía una amenaza para su vida. Podían reconocerlas como judías y denunciarlas a la policía, o morir asesinadas por el camino a manos de civiles no judíos a causa del creciente antisemitismo promovido por las políticas nazis. Los partisanos a menudo disparaban a cualquier rezagado no afiliado, entre los que había judíos refugiados. Algunas unidades partisanas sospechaban que las mujeres eran espías nazis. A un comandante partisano le dijeron que la Gestapo había enviado a un grupo de mujeres para envenenar su comida, y su unidad mató a tiros a todo un grupo de mujeres judías que se les acercó. Los bosques estaban llenos de bandidos, espías, colaboradores nazis y campesinos hostiles que temían a los alemanes. Los propios partisanos podían ser violentos. Violaron a muchas mujeres.<sup>8</sup>

La gran mayoría de los judíos de la Polonia de antes de la guerra vivía en ciudades.<sup>9</sup> El bosque, con sus animales e insectos, ríos y pantanos, inviernos helados y veranos sofocantes, era otro universo, lleno de incomodidades físicas y psicológicas. Las mujeres se enfrentaban a la soledad y la falta de protección. Los partisanos solían referirse a ellas como «putas», y a menudo las rechazaban, a menos que tuvieran una habilidad

culinaria o médica particular, o fueran atractivas. La mayoría de las mujeres judías dependían de hombres, y se prostituían a cambio de ropa, calzado y un lugar donde guarecerse. Algunas se sentían obligadas a tener «relaciones sexuales de agradecimiento» con el guía que las había llevado. A veces los campamentos eran asaltados por la noche, y las mujeres necesitaban dormir cerca de alguien que las defendiera. Como se quejaba una partisana, «para tener algo de paz durante el día, tuve que aceptar la “ausencia de paz” durante la noche». <sup>10</sup> Surgió una economía de sexo a cambio de protección: él la defendía y ella era su chica. Una mujer judía recordaba que al llegar solo le dijeron que «escogiera a un oficial». <sup>11</sup> Una partisana describió cómo una unidad soviética «aceptaba a las mujeres para tener relaciones sexuales con ellas». «No puedo llamarlo violación, pero faltó poco», añadió. En una ocasión, un comandante partisano soviético entró mientras ella se estaba bañando con las chicas, y una le arrojó un cubo de agua. Él empezó a disparar. <sup>12</sup> Más de una se emparejó con un hombre para que los otros dejaran de acosarla. <sup>13</sup>

Las relaciones íntimas eran complejas a muchos niveles. Por un lado, esas mujeres traumatizadas y afligidas acababan de perder a toda su familia y no se sentían particularmente románticas. Por otro, las diferencias de clase social eran importantes. En la vida anterior a la guerra, las mujeres judías de la ciudad eran cultas, tenían aspiraciones de clase media, mientras que las partisanas no judías eran, en su mayoría, campesinas analfabetas. Los hombres de la ciudad se volvían «inútiles» en el bosque; únicamente el hombre fuerte y armado con una pistola tenía un verdadero estatus. <sup>14</sup> Las mujeres tenían que ocultar no solo su judaísmo, sino también sus formas más cosmopolitas de pensar, hablar y ser.

En cualquier caso, muchas se convirtieron en «esposas de guerra» de los comandantes. A veces había un verdadero idilio, pero era la excepción. Los abortos, realizados sin anestesia en un refugio subterráneo, eran frecuentes. La capitana Fanny Solomian Lutz, una fisioterapeuta judía, se convirtió en la doctora principal de una brigada próxima a Pinsk, especializada en el uso de hierbas medicinales que obtenía del bosque. Realizó varios abortos exitosos con quinina, aunque muchas veces el procedimiento resultaba en la muerte en la mesa de operaciones. <sup>15</sup>

En la mayoría de los casos las partisanas judías encubrían su identidad y dependían de los hombres. Se les confiscaba cualquier arma que tuvieran, y se les obligaba a fabricar botas de cuero, y a cocinar y a lavar hasta que se les caía la piel a tiras. <sup>16</sup> Cocinar, por cierto, no era tan fácil en el bosque; las mujeres tenían que salir a buscar la leña, transportar agua y ser muy ingeniosas con las limitadas provisiones. En el cuartel general de la unidad, las mujeres eran oficinistas, taquígrafas y traductoras, y había unas pocas doctoras y enfermeras.

Pero algunas mujeres judías eran la excepción y servían como agentes de inteligencia, exploradoras de reconocimiento, conseguidoras de provisiones, transportadoras de armas, saboteadoras, localizadoras de prisioneros de guerra fugados y combatientes del bosque de pleno derecho. Los campesinos locales se sorprendían cuando las veían aparecer armadas, con pistolas colgadas a la espalda y, a veces, niños.

Faye Schulman <sup>17</sup> era una fotógrafa judía ortodoxa moderna de la ciudad fronteriza oriental de Lenin. Había salido con vida de un tiroteo masivo en el que fueron asesinados 1.850 judíos, entre ellos sus familiares, gracias a su «útil don»: la obligaron a revelar fotografías de nazis torturando a judíos. Presintiendo que se acercaba su final huyó al bosque y, temblando fuertemente, le rogó a un comandante partisano que la dejara unirse a ellos. Él sabía que estaba emparentada con un médico y le ordenó que se hiciera enfermera. Ella no sabía nada de medicina, pero no tardó en vencer su aprensión y controlar su angustia psicológica. La sangre del paciente se convertía en la sangre de su madre, lo que la llevaba a imaginar las circunstancias en que había muerto cada miembro de su familia. Entrenada por un veterinario, Faye realizó cirugías al aire libre sobre una mesa de operaciones hecha de ramas, usó vodka para adormecer a un partisano antes de cortarle el hueso de un dedo con los dientes, y en una ocasión ella misma se hizo un corte en la carne infectada antes de que alguien notara que tenía fiebre y la mataran por ser una carga. A sus diecinueve años, ella era todo su mundo, y continuamente tenía que tomar decisiones de vida o muerte.

Faye se obcecó en combatir y participar en el asalto de su propia ciudad por venganza. «Los nazis habían cubierto las tumbas con tierra y arena, pero días después los cuerpos todavía se estaban asentando; la capa superior se resquebrajó y la sangre continuó escurriéndose [...] como una gigantesca herida sangrante —escribió más tarde—. No podía quedarme atrás mientras la sangre de mi familia seguía corriendo desde las trincheras.»<sup>18</sup> Recuperó su cámara, que ahora dejaba enterrada en el bosque durante sus misiones de guerrilla más frecuentes. Su arma, junto con el objetivo, se convirtió en su mejor amiga, y la abrazaba por las noches en lugar de a un amante, consciente de cómo la guerra había frustrado su desarrollo sexual. «Había perdido mi juventud de una manera dolorosa», reflexionó. Le había encantado bailar, pero el baile se había acabado. «Asesinaron a mi familia después de torturarla y dejarla inconsciente. No podía permitirme divertirme o estar contenta.»<sup>19</sup> Es cierto que una vez se despertó y se encontró con que un hombre, cuyos avances había rechazado, le apuntaba la cabeza con un arma (un amigo la había descargado), pero en general se sentía como «una de ellos», comiendo de una olla común (con una cuchara que cada uno sacaba de la bota), compartiendo el postre, que consistía en tabaco liado en papel de periódico, caminando a su lado por bosques llenos de minas terrestres y sintiéndose honrada al ser invitada como guerrera superior a apuñalar a un grupo de espías capturados. (Llegó tarde a propósito para evitar cometer esos asesinatos; era valiente, pero nunca se endureció.)

Todo el tiempo ocultó a la mayoría de la gente que era judía, inventando excusas para comer sola durante la Pascua. Solo cuarenta años después descubrió que un hombre con el que había querido trabar amistad la ignoró porque él también era judío y temía despertar sospechas si lo veían con ella. Incluso entre los rebeldes era frecuente esconderse.



Es decir, a menos que uno se hubiera enrolado en una unidad partisana compuesta exclusivamente por judíos. Esos destacamentos únicos solían crearlos dirigentes judíos en los densos bosques del Este. Eran ante todo campamentos familiares que albergaban a refugiados judíos (los famosos



Bielskis, una unidad judía de 1.200 miembros, acogían a todos los judíos); también cometían actos de sabotaje. Había muchas más mujeres, y unas realizaban misiones mientras que otras servían como guardias armadas. <sup>20</sup> Un grupo de judíos llegó en masa al bosque de Rudniki, listos para participar en la actividad partisana. Eran los camaradas de Vilna. <sup>21</sup>

Tras la reunión clandestina inicial en la que Abba Kovner acuñó la consigna «No vayamos como ovejas al matadero», los diversos grupos judíos de Vilna se unieron rápidamente y con ilusión, y formaron la Organización de Partisanos Unidos (o FPO, por sus siglas en inglés). Un elevado número de mujeres se involucraron como mensajeras, organizadoras y saboteadoras, entre ellas las compañeras de La Joven Guardia Ruzka Korczak y Vitka Kempner.

Cuando Hitler invadió Polonia en 1939, la pequeña Ruzka Korczak viajó casi quinientos kilómetros por la red de rutas secretas creada por los judíos prófugos y llegó a Vilna. Una vez allí se instaló en un antiguo hospicio que enseguida pasó a albergar a un millar de adolescentes, refugiados sionistas que esperaban realizar la *aliyá*, que todavía era posible desde allí (la ciudad de pronto estaba gobernada por Lituania). La familia, la escuela, las luchas, los sueños... nada de la vieja vida de Ruzka era importante. Sus dotes excelentes para escuchar y solucionar conflictos rápidamente la convirtieron en una líder.

Una mañana que Ruzka estaba enfrascada en un tomo sobre el sionismo socialista, <sup>22</sup> se le acercó una chica briosa de pestañas largas que hablaba un polaco impecable.

—¿Por qué un libro tan serio? —le reprochó.

—El mundo es un lugar serio —respondió Ruzka.

En su ciudad natal había pocos judíos, y cuando su maestra en la escuela pública hizo un comentario antisemita, ella sacó su pupitre al pasillo y allí se quedó. Era una forastera tímida que pasaba su tiempo libre en la biblioteca.

—Yo creo que no es tan serio —replicó la joven, que se llamaba Vitka. Y, aunque lo fuera, añadió, razón de más para no leer un libro serio. Su favorito era *El conde de Montecristo*.

Vitka había llegado a Vilna huyendo de su pequeño pueblo, del que salió saltando por la ventana del aseo de la sinagoga donde los nazis habían encerrado a todos los judíos. Una de las mejores alumnas de la escuela judía, fue la primera mujer en unirse a Betar y recibir su entrenamiento «semimilitar». Se consideraba una patriota polaca; probó varios grupos juveniles antes de quedarse en La Joven Guardia, pero nunca fue amiga de los dogmas.

Ruzka y Vitka enseguida se hicieron amigas. Ruzka era todo integridad y humildad; Vitka, en cambio, era irremediabilmente graciosa, a pesar de todo lo que se había perdido. Un día se fijaron en un tímido dirigente de La Joven Guardia que observaba a los jóvenes. Llevaba un sombrero encasquetado hasta los ojos. Todo el mundo lo encontraba atractivo; a Vitka le pareció extraño. Nadie se atrevía a acercarse a él. <sup>23</sup> «Me pregunté por qué no le hablaba nadie —escribió ella más tarde—. ¿Tan aterrador es?» Fue a saludarlo. Era Abba Kovner.

Vitka huyó cuando Vilna fue ocupada por los rusos, pero regresó con la llegada de los nazis. Si los alemanes estaban en todas partes, pensó, ella bien podía estar con Ruzka. Consiguió que un nazi la llevara, pero cuando le dijo que era judía, a él le entró el pánico y huyó. Ella se subió a un tren de carga y, una vez en Vilna, desfiló con descaro por la acera sin una estrella amarilla. Ruzka se sorprendió al verla.

—¿Estás loca? ¿Quieres que te maten? <sup>24</sup>

Se mudaron juntas al gueto, donde compartieron cama y lograron eludir medidas muy violentas haciéndose pasar en una ocasión por esposas de oficiales. <sup>25</sup> La Joven Guardia envió a Vitka al lado ario. Ruzka le tiñó el pelo, pero le quedó rojo, y tuvieron que pagar a un barbero judío para que lo hiciera con peróxido. <sup>26</sup> Según ella, «ni el color de su pelo podía ocultar la longitud de su nariz judía y la expresión particularmente judía de sus ojos». <sup>27</sup> Aun así, con confianza infinita, Vitka estaba lista para engañar a los polacos. A los alemanes era fácil engañarlos, comentó. «Se creen lo que les dices.» <sup>28</sup> Una vez que se olvidó la estrella, se prendió una hoja amarilla. <sup>29</sup>

En diciembre de 1941, la misión de Vitka fue rescatar a Abba, que se escondía en un convento vestido con el hábito de una monja. Ella lo llevó al gueto para que conociera a Sara, la chica que había sobrevivido a la

masacre de Ponary. Él escuchó su historia, entendió que la única salida era una revuelta armada y convocó la famosa reunión de Año Nuevo, puso en marcha la FPO y se mudó con ellas, compartiendo su cama. «Duermo en el medio», le comentó a un combatiente.<sup>30</sup> Los tres caminaban por las calles del gueto tomados del brazo, dando pie a rumores sobre un *ménage à trois*. (Corre la leyenda de que cuando un estudiante le preguntó a Vitka por qué se había unido a la Resistencia, ella respondió de inmediato: «¡Por el sexo!».)<sup>31</sup>

Con la estrecha participación de Vitka y Ruzka, la FPO hizo acopio de pistolas, piedras y botellas de ácido sulfúrico. También cubrió una pared de su cuartel general con gruesos volúmenes del Talmud «a prueba de balas», mecanografió avisos que llamaban a la Resistencia y planeó una revuelta.

Entonces Abba envió a Vitka a una misión pionera, su declaración de amor.<sup>32</sup> Se trataba de volar un tren alemán que transportaba soldados y suministros.<sup>33</sup> Durante dos semanas ella salió del gueto todas las noches y exploró las vías buscando el lugar mejor para colocar una bomba, lo bastante apartado de un núcleo judío para evitar que hubiera heridos, o los culparan o castigaran, y al mismo tiempo cerca del bosque, donde los sabotadores pudieran esconderse, y no muy lejos del gueto, para que ella pudiera salir y entrar en el momento adecuado. Examinó detenidamente las vías tomando nota de hasta el menor detalle, ya que la acción tendría que llevarse a cabo en una noche cerrada. Los alemanes vigilaban las líneas ferroviarias, que estaban cerradas a los civiles. Detuvieron más de una vez a Vitka.

—Solo estoy buscando cómo ir a casa —mentía—. No tenía ni idea de que estaba prohibido caminar por aquí. —Y, alejándose del crédulo nazi, se acercaba más a la vía en un tramo a cierta distancia.

En una ocasión que no pudo regresar al gueto por la ruta habitual porque unos perros ladraban y el toque de queda ya había empezado, se encontró en medio de un campo de tiro alemán. Casi la acribillaron a balazos. Fingió que se había perdido y se acercó a un nazi llorando.<sup>34</sup> El soldado se compadeció de ella y ordenó a otros dos que la acompañaran hasta la salida. Más tarde contó que cada vez que se encontraba en una

situación de peligro, la invadía una «calma helada»,<sup>35</sup> la sensación de que observaba la situación de lejos y podía, por lo tanto, evaluarla y actuar para ponerse a salvo.

En una noche cálida de julio salió del gueto con dos chicos y una chica. Vitka era tan delgada que solía entrar y salir por las grietas del muro, pero esta vez los condujo por chimeneas y tejados. Debajo de las chaquetas ellos llevaban pistolas, granadas y un detonador,<sup>36</sup> y ella, una bomba fabricada por Abba con una tubería. (Ruzka formaba parte de la Brigada de Papel,<sup>37</sup> un grupo que sacaba clandestinamente libros judíos para ponerlos a buen recaudo. En la biblioteca del Instituto Científico Yidis de Vilna, o YIVO, encontró un folleto finlandés que había sido escrito cuando el país nórdico se preparaba para una invasión rusa. El folleto ofrecía un curso sobre la guerra de guerrillas y la fabricación de bombas, con ilustraciones. Se convirtió en su libro de recetas.)

Vitka condujo al grupo al lugar que había descubierto y, en la oscuridad, colocó el artilugio en las vías, mirando de vez en cuando para ver si se acercaba el tren. Luego se escondió con sus combatientes en el bosque. De repente, la veloz locomotora: un naranja feroz resplandeció en el cielo. Vitka corrió al lado del tren en marcha lanzando más granadas. El tren descarriló, de los vagones se elevó humo y la locomotora se hundió en el barranco. Los alemanes dispararon como locos hacia el bosque, matando a la chica que había acompañado a Vitka. Ella la enterró en el bosque y antes del amanecer regresó al gueto.

Aunque la destrucción de trenes nazis se convertiría en las próximas estaciones en un acto de subversión común entre los partisanos, en ese momento el acto de sabotaje de Vitka fue el primero en toda la Europa ocupada.

Al cabo de unos días, un periódico clandestino informó de que los partisanos polacos habían volado un transporte ferroviario, matando a más de doscientos soldados alemanes. Las SS asesinaron a sesenta campesinos en la ciudad más cercana en represalia. «No es algo de lo que me sienta culpable —diría Vitka más tarde—. Sabía que no era yo la que había matado a esas personas, sino los alemanes. En la guerra es fácil olvidar quién es quién.»<sup>38</sup>

Después de eso, Vitka no paró de entrar y salir del gueto, y llegó a ayudar a doscientos camaradas a escapar al bosque. Deambuló durante días por Vilna y recorrió docenas de kilómetros buscando lugares por los que pudieran pasar sin llamar la atención. Solía ir a despedirlos, pero antes los llevaba a un cementerio donde habían enterrado pistolas y granadas en una tumba reciente. («Los alemanes no permitían que una persona viva cruzara la puerta [del gueto] —escribió Ruzka una vez—, pero a los muertos los dejaban salir.»)<sup>39</sup> Vitka distribuía las armas entre sus camaradas y explicaba la ruta que había descubierto para ellos antes de despedirse de cada uno. Fue uno de los cien combatientes de la FPO que se quedaron en el gueto para luchar. A su batallón le tendieron inmediatamente una emboscada. Entre los pocos que sobrevivieron se encontraba ella. «Acababa de marcharse, con su paso confiado y despreocupado, como si la esperaran en otra parte —describió más tarde un cronista—. Nadie la detuvo.»<sup>40</sup>

Sin el apoyo de la población judía, el sueño de la FPO de una gran batalla de los guetos resultó demoledoramente decepcionante, con solo unos pocos disparos. Organizados y guiados por Vitka, los combatientes escaparon del gueto por las alcantarillas de Vilna y llegaron al bosque, deseando luchar y con energía para pasar de la defensa a la ofensiva. Abba se convirtió en el comandante de la brigada judía, que se dividió en cuatro divisiones. Él encabezó la unidad de los «Vengadores» mientras que Vitka dirigía su propio cuerpo de exploradores.<sup>41</sup>

En el bosque, los oficiales soviéticos a los que estaba afiliada su brigada le dijeron a Abba que construyera un campamento familiar para albergar a las chicas, donde ellas cocinarían y coserían. Él, que no reconocía ninguna diferencia entre hombres y mujeres, se negó. Todos los que pudieran combatir combatirían, dijo. Todos tomarían prestada un arma del arsenal de la comunidad y tendrían la oportunidad de restaurar su autoestima. Además, él había sido testigo del notable coraje de estas mujeres. Según recordaba Vitka,<sup>42</sup> Abba insistió en que al menos fuera una en cada misión, a pesar de que los hombres se mostraron contrariados, pues los explosivos podían pesar hasta diez kilos, las caminatas eran de cincuenta kilómetros y la mayoría de las chicas no transportaban nada.

Ruzka fue seleccionada para realizar junto con cuatro hombres la primera operación de sabotaje encabezada por judíos; caminarían algo más de sesenta kilómetros y volarían un depósito de municiones. Su actitud confiada y tranquila le había valido el apodo de «Hermanita», y no solo pasaba libros de contrabando, también reclutaba a combatientes, mantenía el fervor y era la segunda al mando en la unidad de combate del gueto. Abba sabía que su resistencia demostraría el coraje de las mujeres judías en combate.

Ruzka y los hombres salieron en las primeras horas de una noche de mucho frío, cada uno con un arma y dos granadas. Pese a lo menuda que era, ella insistió en turnarse con los demás para cargar la mina, que pesaba más de veintidós kilos. Cruzaron caminos helados hasta un río donde el agua corría justo por debajo de la superficie. La unidad tuvo que cruzarlo con todas sus municiones, avanzando poco a poco a lo largo de un tronco. Ruzka se cayó. Se agarró al tronco para ayudarse a salir, aunque se notaba las piernas pesadas y entumecidas. El comandante, al verla empapada, le ordenó que volviera al campamento para que no muriera congelada. Pero ella insistió en quedarse: «Tendrás que incrustarme una bala en el cráneo para impedir que participe en esta misión». <sup>43</sup> De modo que, pocos kilómetros después, el grupo entró en una casa de campesinos y robó ropa seca para Ruzka, ropa de hombre que ella tuvo que enrollarse y rellenar con calcetines. Luego detuvieron a un campesino y él los condujo al emplazamiento a punta de pistola. Cincuenta soldados nazis murieron y un depósito de armas alemanas fue destruido como consecuencia de esa misión.

«Recuerdo como si fuera hoy la primera emboscada que tendimos a los alemanes —escribió Ruzka más tarde—. La mayor felicidad para mí desde que estalló la guerra fue ver ante mis ojos un coche destrozado con ocho alemanes aplastados. Lo logramos. Yo, que pensaba que ya no era capaz de experimentar felicidad, lo celebré.» <sup>44</sup> La nombraron comandante de la unidad de patrulla. <sup>45</sup>

Además de sus audaces responsabilidades en el combate, Ruzka también se encargaba de la intendencia. <sup>46</sup> La vida en el bosque podía ser sorprendentemente refinada. Los campamentos partisanos variaban en



función de su localización y del tiempo que se quedaran en ellos, pero algunos abarcaban un pueblo entero construido bajo tierra,<sup>47</sup> con una casa club, una imprenta, una enfermería, radios de transmisión, un cementerio y un «baño *shvitz* » que consistía en echar agua sobre piedras calentadas. La comida, las botas, la ropa y los abrigos, así como los suministros, los robaban sobre todo a los campesinos, a menudo a punta de pistola. Los partisanos solo cocinaban de noche para evitar que el humo delatara su ubicación. Llenaban los contenedores que habían robado a los aldeanos con agua de los manantiales y los ríos que a veces se encontraban a horas de distancia del campamento.<sup>48</sup> En invierno derretían la nieve y el hielo para beber agua, y dormían en hilera en *ziemiankas* camuflados bajo tierra: refugios hechos de ramas y troncos, cubiertos de hierba y hojas, y con el techo inclinado para que la nieve no se acumulara. Vistos desde arriba y de lado, los *ziemiankas* parecían pequeñas lomas cubiertas de matorrales. Esos escondites bien contruidos se llenaban tanto que el aire era «pútrido y nauseabundo».<sup>49</sup>

En la unidad de los Vengadores, Ruzka se ocupaba de la salud. En el campamento proliferaban la gripe, el escorbuto, los piojos, la neumonía, la sarna, el raquitismo, la enfermedad de las encías y las úlceras cutáneas por falta de vitaminas. (Una vez, Vitka prestó su abrigo y se lo devolvieron lleno de piojos. Lo arrojó sobre un caballo y esperó a que todos los insectos pasaran al animal.)<sup>50</sup> Ruzka organizaba las coladas: dos veces a la semana, los partisanos llevaban la ropa a una poza, donde la hervían en agua y cenizas. También evaluaba sus síntomas de congelación. Dividía las raciones de pan, que era un tesoro en una dieta basada exclusivamente en carne y patatas, y lo repartía entre los enfermos.

Los medicamentos, como las armas, eran difíciles de conseguir, y llegaban a través de mensajeros que iban andando hasta Vilna. La pequeña Zelda Treger,<sup>51</sup> de cabello dorado y ojos azules, era una gran *kasharit* . A su manera callada pero decidida, fue dieciocho veces a la ciudad ella sola, por rutas sin senderos que atravesaban pantanos y lagos. A Zelda la crio su madre dentista, que murió cuando ella tenía catorce años. Estudió para ser maestra de parvulario. Al estallar la guerra se escapó del gueto y encontró trabajo en una granja polaca donde su empleador la registró como miembro

de la familia, proporcionándole así una identidad oficial cristiana. Meses después, Zelda tuvo una infección a raíz de una herida en la mano y regresó al gueto, donde buscó a camaradas de La Joven Guardia y se unió a la FPO.

Gracias a su aspecto físico, Zelda se convirtió inmediatamente en una *kasharit*, transportando armas dentro de ataúdes y envueltas en paquetes de campesinos. Descubrió rutas para los combatientes fugados que llevaban a dos bosques diferentes (uno de ellos, a unos doscientos kilómetros de distancia) y sacó del gueto a grupos. Combatió en la pequeña revuelta y luego ayudó a Vitka a dirigir la fuga por las alcantarillas. Colaboró en los rescates de cientos de judíos de los campos de trabajos forzados y los guetos, llevándolos al bosque. La capturaron en varias ocasiones, pero siempre escapaba, a menudo haciéndose pasar por una mujer de campo ingenua, actuando como una cristiana devota que estaba visitando a su abuela enferma, tartamudeando y fingiendo estar mentalmente enferma, o simplemente agarrando sus papeles y huyendo.

Un frío sábado de invierno, Zelda se puso su chaqueta de piel, se bajó el pañuelo sobre los ojos y partió en una misión para obtener armas. En la cesta que llevaba había cartas en clave para el movimiento de resistencia de la ciudad. Se dirigió a la ciudad directamente por la carretera, cruzando por delante de los guardias con la cabeza bien alta. Cuando llegó, ya era tarde y tuvo que pasar la noche en casa de una conocida cristiana. Una mujer del vecindario intentó chantajearla, pero Zelda la rechazó. Mientras ella y su amiga cristiana hablaban, llamaron a la puerta. Se le aceleró el pulso.

Entraron un agente de policía lituano y un soldado alemán, y le pidieron la documentación; ella les enseñó sus papeles falsos. Ellos, aun así, recelaron y empezaron a registrarle la ropa. Encontraron una nota del gueto.

—¡Eres judía! —gritó el nazi abofeteándola—. Vamos a llevarte a la Gestapo.

Zelda se metió corriendo en la habitación contigua y saltó por la ventana, bajó rodando la colina y echó a correr en la oscuridad. Se topó con una valla, unos perros empezaron a ladrar y oyó disparos a sus espaldas. El nazi la sujetó por los brazos y la inmovilizó.

—¿Por qué has escapado?



—Por favor, mátame —insistió Zelda—. No me lleves a que me torturen.

—Puedes seguir con vida a cambio de oro —le susurró el oficial lituano.

Zelda vio su oportunidad. Los invitó a volver al piso de su anfitriona para tomar una copa.

—Os daré algo ahora y conseguiré el resto de los judíos —les prometió.

Los oficiales la asieron cada uno de un brazo y la acompañaron. Su amiga y sus hijos se pusieron histéricos.

—¿Así es como me lo pagas? —le soltó enfadada—. Mira a estos niños, que ahora serán huérfanos.

Zelda disimuló su miedo y la tranquilizó, y le pidió que pusiera la mesa y ofreciera algo de beber a los hombres. El nazi bebió, trató de calmar a los niños y le habló a Zelda de su amor profundo por una mujer judía.

—Yo no quiero que mueran los judíos —farfulló borracho—. Pero una orden es una orden, y tengo que entregarte. —Pronto volvería a estar de servicio y se estaba impacientando. Hizo salir a Zelda de la habitación—. Dame tu dinero y huye.

—No tengo ni un céntimo. Te prometo que mañana lo tendrás —suplicó ella.

El lituano pareció creerla y le dijo al nazi que él se lo llevaría al día siguiente. El nazi se marchó. Entonces el guardia lituano agarró a Zelda del brazo y se la llevó a su casa.

¿Qué podía hacer ella sino dejarse arrastrar?

Pero, al verlos entrar, el casero se puso a gritar que no podía meter chicas en la casa. Cogió un hacha y la blandió hacia la cabeza del guardia. Caos. Una pelea. Zelda se escabulló. Se escondió en el jardín oscuro mientras el oficial la buscaba y esperó hasta que él finalmente se rindió.

Luego continuó con su misión.



Los partisanos soviéticos se trazaron el objetivo de destruir una ciudad baluarte alemana. Sin embargo, aunque tenían las armas, carecían de la inteligencia. Acudieron a Abba Kovner y le pidieron «que les dejara unas cuantas chicas judías». <sup>52</sup> Abba dio la vuelta a la situación y les dijo que sería una misión judía y que los rusos debían facilitarles las armas para llevarla a cabo. La víspera del día del Yom Kippur salieron dos chicos y dos chicas del campamento judío vestidos de campesinos. Una de ellas era Vitka y llevaba una maleta maltrecha. Dentro había minas magnéticas y bombas de relojería que podían fijarse a cualquier superficie metálica.

El grupo se dirigió a las colinas que rodeaban Vilna y llegó a la fábrica de pieles que se encontraba en el campo de trabajos forzados de Kailis, donde todavía había algunos judíos, con la intención de pasar la noche con ellos. Hablaron con Sonia Madejsker, una rubia comunista judía que vivía en una casa de la fábrica, el único contacto que les quedaba con el movimiento de resistencia de Vilna. Sonia les dijo que no iban a tardar en cerrar la fábrica y mandar ejecutar a los judíos, y que querían huir con Vitka al bosque.

El comandante partisano ya estaba preocupado por la cantidad de judíos que vivían como refugiados en sus campamentos y los había instado a reducir el número de los recién llegados. La mayoría de los judíos carecían de experiencia en el combate, no sabían manejar un arma y no tenían muchas ganas de aprender. Solo querían esperar a que terminara la guerra, pero aun así necesitaban comida y ropa. Vitka se lo explicó a Sonia, y le dijo que ella había acudido a la ciudad como soldado, no como ayuda humanitaria. Sonia replicó que, si ella no se los llevaba de allí, morirían.

Pero antes Vitka tenía que llevar a cabo su misión. Esa mañana, moviéndose llena de odio entre los trabajadores y los que se ocupaban de sus asuntos como si todo fuera normal, localizó los blancos. Los chicos volarían el sistema de agua de la ciudad (las tomas de agua y las alcantarillas), y ellas, la red de luz eléctrica (los transformadores eléctricos). Al anochecer, los chicos se metieron por una boca de alcantarilla y colocaron la bomba. Ellas se adentraron en la zona industrial que había a lo largo del río. Las puertas de rejilla metálica de los transformadores eléctricos estaban abiertas de par en par. Pero las minas de Vitka no se

pegaban por la capa de pintura que las cubría. No paraban de caerse, y pasaba el tiempo. Furiosa, arrancó la pintura con las uñas hasta que le sangraron los dedos. Las chicas, que estaban escondidas en las sombras, contenían la respiración cada vez que pasaban patrullas alemanas. Les llevó veinte minutos colocarlas, pero lo lograron. Tanto los chicos como ellas habían programado sus temporizadores para al cabo de cuatro horas.

Los chicos estaban cansados y propusieron descansar esa noche en la fábrica de pieles, pero Vitka insistió en que en cuanto estallaran las bombas reforzarían la seguridad y sería peligroso viajar. Además, pondrían en peligro la vida de todos los que trabajaban en la fábrica. Ellos se burlaron: ¡los alemanes nunca atribuirían a los judíos un ataque tan masivo! La discusión se prolongó. Al final Vitka, consciente de que se les acababa el tiempo, le pidió a Sonia que reuniera a todas las personas que estaban dispuestas a irse de allí; las llevaría al bosque inmediatamente. Los chicos se quedaron.

En menos de una hora Vitka estaba sacando de la ciudad a un grupo de sesenta judíos por caminos oscuros. Oyeron el estallido de las bombas y vieron cómo el cielo se ennegrecía.

Al día siguiente capturaron a los chicos. «Nosotras lo logramos, y ellos no —dijo Vitka—, porque estaban cansados. Nosotras también lo estábamos, pero éramos más fuertes que ellos.»<sup>53</sup> Vitka tenía la impresión de que las mujeres se guiaban por un código moral. No solo eran combatientes igual de capaces que los hombres, sino que no se rendían, se arriesgaban y casi nunca inventaban excusas para escabullirse de algo. «Las mujeres teníamos más resistencia», reflexionó.<sup>54</sup>

Cuando años más tarde explicó por qué había llevado a esos judíos de la fábrica al bosque contraviniendo las órdenes del comandante, ella se mostró desconcertada. «¿Qué puede hacer él? —se había preguntado entonces—. Si los sesenta judíos entran... se quedarán. Y yo solo habré desobedecido una orden. ¡No es una gran tragedia!»<sup>55</sup>

«No sabía qué era el miedo, no había miedo en su corazón —comentó Ruzka sobre ella—. Siempre se mostraba agradable, llena de energía e iniciativa.»<sup>56</sup>

Ruzka, Vitka, Zelda y los partisanos judíos continuaron su labor durante el difícil invierno de 1943-1944. Aprendieron a andar sin dejar huellas en la nieve; a veces caminaban hacia atrás para que pareciera que iban en dirección contraria. Volaron vehículos y construcciones, e inventaron bombas más seguras para ello. En 1944, solo los partisanos judíos destruyeron cincuenta y un trenes, cientos de camiones y docenas de puentes. Con sus propias manos arrancaron postes telefónicos, cables de telégrafo y vías de tren. Abba irrumpió en una fábrica de productos químicos y prendió fuego a los barriles, e incendió un puente. Los alemanes no pudieron cruzar el lago helado. Ellos y los judíos se limitaron a mirarse, con las rugientes llamas reflejadas en el hielo que los separaba. <sup>57</sup>

Una mañana de abril, después de salir el sol, las chicas estaban riéndose y bromeando cuando Abba se acercó con una sonrisa triste.

—¿Adónde debo ir? —le preguntó Vitka leyendo su estado de ánimo. <sup>58</sup>

Se marchó a Vilna con un manifiesto en el que instaba a los rebeldes comunistas de la ciudad a que se sublevaran y una lista de los medicamentos que necesitaban. Por el camino, un viejo campesino la vio y le preguntó si podía ir con ella. Cruzaron un puente, y de repente el campesino le susurró algo a un soldado lituano que estaba con un nazi. Partisana y judía, Vitka valía una recompensa considerable.

Le pidieron los papeles. El lituano consideró que eran falsos. El alemán le señaló que era rubia.

—Pero tiene las raíces negras —replicó el lituano. Y le mostró que tenía la ropa chamuscada, y las puntas de las pestañas blancas, a causa de los fuegos partisanos.

Vitka rompió el manifiesto y lo lanzó al aire, pero el campesino agarró los pedazos y se los entregó a los soldados. La cachearon y encontraron la lista de medicamentos.

—Es para la gente de mi pueblo —tanteó ella.

La enviaron a la Gestapo.

Vitka viajó en la parte trasera de un carro tirado por caballos y habló de su niñez católica, sin creer que le había llegado el final. La tortura y luego la muerte. ¿Debía saltar para que le dispararan en el bosque? Observó

cada curva, advirtió cada bache en el camino, esperando el momento oportuno.

De pronto cambió de táctica.

—Tenéis razón. Soy judía y partisana. Precisamente por eso debéis soltarme.

Explicó que los nazis estaban perdiendo la guerra, y que quien la matara no tardaría en morir. Además, había muchos policías entre los partisanos.

En el cuartel general de la Gestapo, uno de los policías la condujo a una entrada lateral. Le puso los papeles en la mano y le dijo que nunca más volviera a cruzar ese puente, y añadió que esperaba conocer a su comandante algún día.

Cuando Vitka regresó al campamento, después de comprar los medicamentos en el mercado negro y de esperar durante un registro escondida en un pajar mientras una horca pasaba a centímetros de su cabeza, declaró que esa había sido su última misión.

—Es un milagro que haya conseguido volver —afirmó—. ¿Cuánto tiempo puede depender alguien de los milagros? <sup>59</sup>



Al parecer, no mucho. Algunos milagros son poco más que espejismos.

Unos días después de que el segundo grupo se marchara de Będzin para unirse a los partisanos, regresó uno de los componentes, Isaac, que pertenecía a La Joven Guardia. <sup>60</sup> Tenía el rostro casi irreconocible, la ropa rasgada, temblaba de terror y apenas podía caminar. Renia se quedó aturdida.

Él les contó lo que había sucedido ese caluroso día de junio.

«Salimos del gueto, nos quitamos los brazaletes judíos y, al ver los primeros árboles, nos emocionamos y sacamos las armas. Nuestro sueño de matar alemanes estaba a punto de hacerse realidad... Después de seis horas de caminata, cuando se hizo de noche, Socha nos dijo que ya no corríamos peligro de ser capturados por los alemanes y que podíamos sentarnos y cenar con tranquilidad. Nos dio agua mientras nos felicitábamos, eufóricos

de haber escapado del horrible gueto. Nos dijo que descansáramos un rato antes de ponernos de nuevo en camino, y se fue para comprobar nuestra posición.

»De repente nos vimos rodeados. Eran militares a caballo y abrieron fuego a lo loco. Yo había estado sentado debajo de un arbusto y me tiré al suelo, pero no me hirieron. Logré salir con vida. Los nazis mataron a todos los demás. A todos. Luego sacaron las linternas y registraron los cadáveres, y les robaron todo lo que tenían en los bolsillos. Yo seguía escondido debajo de los arbustos, inmóvil. Un alemán me levantó una pierna satisfecho, dándome por muerto. Cuando se fueron, salí a rastras de mi escondite y hui de allí.»<sup>61</sup>

Los miembros de la Resistencia de Będzin no daban crédito a sus palabras.

Todo había sido una artimaña. Habían sido traicionados por Socha, en quien habían confiado. Incluso el piso con los bebés berreando había sido un montaje. A pesar de todos los esfuerzos que hacían ellos mismos para disfrazarse, no habían sabido desenmascarar a su enemigo.

Sus mejores miembros habían muerto, algunos durante la liquidación, y ahora ese revés: veinticinco almas perdidas entre los dos grupos. Apenas eran suficientes para luchar.

«La noticia nos ha dejado aturdidos —escribió Renia más tarde—. Estamos fracasando en todo lo que hacemos.»

Marek decidió suicidarse. Trastornado por la culpa, salió a hurtadillas del gueto. Nadie lo vio marcharse.

Al dolor de esa traición se sumó la pérdida que supuso para Chajka su muerte. Los camaradas no sabían que, no hacía mucho, un rabino los había casado en secreto. A él le habían ofrecido papeles para abandonar Polonia, pero no quiso ir. Ascendido a comandante, se había obstinado en luchar junto con los muchachos que había entrenado y se había llevado a varios al bosque con Socha. «No dormía, solo falsificaba y creaba —escribió Chajka—. Presente en todas partes, soñaba con la acción.» Al menos no había tenido tiempo para sufrir ni para pensar, se dijo ella para consolarse.

Ahora era una viuda desesperada que hervía de cólera, más vengativa que nunca.

## CAPÍTULO 20

### ***MELINAS* , DINERO Y RESCATE**

**Renia y Vladka**

JULIO DE 1943

Semanas después del fracaso mortal de los partisanos arrestaron al dirigente del *Judenrat* de Będzin. Renia sabía lo que eso significaba: <sup>1</sup> se aproximaba la expulsión final. El fin del gueto. El fin de todos ellos.

El kibutz tenía que prepararse.

Pero había discrepancias. El grueso del grupo ya no soñaba con una gran batalla. Muchos posibles combatientes ya habían muerto. Había llegado el momento de huir. Sin embargo, Chajka y la camarada Rivka Moscovitch se negaban a irse, insistiendo aún en la revuelta. Luchar o huir.

Frumka y Hershel decidieron sacar a los niños; los fuertes serían los últimos en irse. Aliza Zitenfeld, la maestra de Atid, disfrazó a los huérfanos de arios para mandarlos a granjas alemanas. Renia y sus camaradas transformaron los documentos, cubriendo los datos antiguos con información falsa y huellas dactilares. Al amanecer, Ilza Hansdorf salió a escondidas con los niños y los acompañó al ayuntamiento de un pueblo. Los niños explicaron que no tenían padres y que buscaban trabajo. Muchos agricultores accedieron a acogerlos, pues la mano de obra barata era bien recibida. En cuestión de días, Ilza encontró casas para ocho niños. Según lo acordado, los huérfanos escribieron cartas a una dirección polaca para informar de que todo iba bien. De pronto dos niñas dejaron de escribir. Renia supuso que las habían reconocido, «y solo Dios sabía qué había sido de ellas».

Los niños que tenían una fisonomía marcadamente judía se quedaron en el gueto.



Zivia escribió al grupo de Będzin desde su escondite de Varsovia. En una misiva los instaba a renunciar a sus sueños de rebelión. Después de ver los resultados de sus propios levantamientos, ella ya no promovía la lucha; el número de muertos no merecía la pena. Si querían conservar la vida, les dijo, debían ir a Varsovia.

Chajka se puso furiosa y describió ese mensaje como «una bofetada en la cara que nos dejó estupefactos». <sup>2</sup> Supuso que los combatientes de Varsovia estaban «agotados desde un punto de vista espiritual» <sup>3</sup> y «asustados de lo que habían empezado con sus propias manos, y la responsabilidad que había caído sobre sus hombros era demasiado grande». ¿Por qué los habitantes del gueto de Będzin tenían que vivir a la sombra de su gloria y descansar tranquilamente en sus laureles?

Zivia sugirió que los que tenían apariencia aria debían arreglárselas en la gran ciudad con papeles falsos. El resto vivirían en los búnkeres. «Los polacos los dejarían estar en sus escondites —explicó Renia— a cambio, naturalmente, de grandes sumas de dinero.» El negocio oculto de esconder.



Más avanzada la guerra, sobre todo después de que destruyeran los guetos, el papel principal de las mensajeras fue el rescate y el sostenimiento de los judíos ocultos, ya fuera disfrazados de arios o escondidos físicamente. <sup>4</sup> Las *kashariyot* trasladaron a los judíos del gueto, entre los que había muchos niños, al lado ario de la ciudad; les buscaron pisos y escondites (*melinas*) <sup>5</sup> dentro de casas, graneros y locales comerciales; les proporcionaron papeles falsos; y pagaron a los polacos que se prestaron a esconderlos, haciéndose cargo del alojamiento y la comida. En el Este, colocaron a muchos judíos en campamentos partisanos. En Varsovia y en las ciudades occidentales, las *kashariyot* iban a ver a las personas que tenían a su cargo, aunque no con demasiada frecuencia, <sup>6</sup> para llevarles noticias y apoyo moral. Constantemente tenían que evitar a los *schmaltzovniks* que amenazaban con «quemar» los escondites, y a menudo tenían que reubicar a los judíos cuando las personas que los albergaban los abandonaban o porque estaban a punto de ser descubiertos. Hicieron todo eso mientras ellas mismas vivían camufladas.



Vladka Meed empezó a rescatar a niños cuando el gueto todavía estaba intacto. Los nazis se mostraban particularmente brutales con ellos, <sup>7</sup> porque representaban el futuro judío. Los que no servían para el trabajo forzado fueron de los primeros judíos en ser asesinados. Junto con otras dos mensajeras bundistas, Marysia (Bronka Feinmesser), operadora telefónica en el hospital de niños judíos, e Inka (Adina Blady Szwajger), pediatra, Vladka trató de colocar a los pocos niños judíos que quedaban en Varsovia con familias polacas. Esas mujeres arrancaron a los niños de los brazos de madres que lloraban, madres que ya habían salvado a sus hijos una y otra vez; madres que sabían que esa podía ser la despedida final, pero que también eran conscientes de que sus hijos tendrían más probabilidades de sobrevivir en el lado ario.

Los niños judíos tenían que cruzar el muro, mantener en secreto su identidad, adoptar un nuevo nombre y no cometer ningún desliz ni mencionar el gueto. No podían hacer preguntas ni caer en balbuceos infantiles. Tenían que hablar bien polaco. No podían revelar información si los capturaban. Y las familias que los acogían tenían que comprometerse a no echarse atrás en el último minuto. A una de las mujeres le preocupó que las gemelas de diez años que le habían dejado en la puerta tuvieran los ojos marrones y el cabello oscuro. Al final las aceptó, pero ellas se sintieron tan desgraciadas lejos de su madre que dejaron de comer. Vladka iba a verlas con frecuencia y les llevaba cartas. Cuando la familia se mudó a un piso situado frente al gueto, las niñas se dieron cuenta de que podían ver a su madre por la ventana. Le suplicaron al marido, que trabajaba en el gueto, que llevara comida a su madre y le dijera lo de la ventana. La madre pasaba por delante muchas veces al día; las niñas estaban eufóricas, pero tenían que mirar con disimulo. Si un guardia las veía, apuntaría su carabina directamente a la ventana. Vladka tuvo que endurecer su corazón y advertirles de que lo que estaban haciendo podía poner en peligro la vida de todos.

En otra familia, Vladka llevaba a una niña judía vestidos, juguetes y comida, pero la madre se los daba a sus hijos. A un niño de seis años lo trasladó sin cesar porque las familias que lo acogían no sabían cómo manejar su depresión o se asustaron con las redadas alemanas, a pesar de

los dos mil quinientos eslotis que cobraban al mes. (El valor de las divisas fluctuó mucho durante la guerra, pero según las tasas de 1940-1941, habrían equivalido a unos ocho mil dólares actuales.) En un testimonio depositado en el Centro de los Supervivientes del Holocausto de Londres en 2008, <sup>8</sup> la «niña escondida» Wlodka Robertson recordaba cómo había ido de familia en familia. Cada mes temía que no acudiera nadie a pagar su «alquiler», y cada mes llegaba Vladka Meed, valiente y coqueta, y conseguía acceder adonde fuera necesario.

Una vez que el gueto fue arrasado, los miembros de la Resistencia del lado ario se sintieron perdidos; la rebelión había sido su razón de ser. El olor a quemado aún flotaba en el aire, y los alemanes estaban en todas partes, buscando y arrestando a polacos, y matando a los que habían ayudado a algún judío. <sup>9</sup> Se crearon las fuerzas de defensa polacas, que brindaban seguridad en sus vecindarios, pero denunciaban a todos los forasteros, lo que dificultó aún más el trabajo de Vladka. Los esfuerzos de la ŻOB se dirigieron a ayudar a los combatientes supervivientes, así como a otros judíos que también habían sobrevivido. Surgieron varias organizaciones judías de socorro basadas en las afiliaciones de partido. <sup>10</sup> Żegota (el Consejo de Ayuda a los Judíos), <sup>11</sup> una organización católica polaca fundada en 1942, también trabajó con ahínco. Su director, que había sido abiertamente antisemita antes de la guerra, <sup>12</sup> afirmó que harían todo lo posible por ayudar a los judíos, y arriesgaron su vida para ello (aunque, al parecer, lo hicieron con la esperanza de que, una vez acabada la guerra, los judíos abandonarían Polonia para siempre). <sup>13</sup> Estas organizaciones que buscaban escondites para los judíos, los apoyaban, ayudaban a los niños y se mantenían en contacto con la resistencia polaca, los campos de trabajos forzados y los partisanos tenían muchos elementos en común. Todas recibían dinero del extranjero, algunas a través del Gobierno polaco en el exilio que se encontraba en Londres. Los fondos provenían del Comité Laborista Judío de Estados Unidos (que apoyaba el Bund) y el JDC estadounidense, <sup>14</sup> el mismo organismo que había financiado los comedores benéficos y el levantamiento. Antes de 1941, el JDC podía enviar dinero — donado sobre todo por judíos estadounidenses— directamente a Polonia. Pero, al cerrarse las fronteras, se tomaron prestados fondos de los judíos

ricos del interior de Polonia (a quienes no se les permitía poseer más de dos mil eslotis) y de los que huían y no podían llevarse consigo sus ahorros. El grueso del capital provenía de la riqueza creada antes de la guerra, aunque en el gueto de Varsovia algunos continuaron ganando dinero como contrabandistas, vendiendo los artículos que guardaban en los almacenes de los guetos y fabricando otros para el ejército alemán y el mercado privado polaco. <sup>15</sup> El resto entraba ilegalmente en Polonia. En las memorias se menciona el dinero en efectivo que llegó de Londres y que se cambiaban dólares por libras y libras por eslotis en el mercado negro, y cómo los grupos se acusaban unos a otros de rebajar los tipos de cambio. <sup>16</sup> En total, el JDC proporcionó más de 78 millones de dólares estadounidenses a Europa durante la guerra, <sup>17</sup> aproximadamente el equivalente de 1.100 millones de dólares actuales, y donó 300.000 a la resistencia judía de Polonia entre 1943 y 1944. <sup>18</sup>

Los grupos de rescate utilizaron los fondos para introducir crucifijos y Nuevos Testamentos en los campamentos para los judíos que querían escapar, y para financiar operaciones de pene y nariz, así como abortos. <sup>19</sup> Żegota contaba con una «fábrica» para falsificar documentos falsos —partidas de nacimiento, bautizo y matrimonio, y certificados de trabajo—, así como un departamento médico con doctores judíos y polacos de confianza que estaban dispuestos a acudir a las *melinas* para atender a los judíos enfermos. <sup>20</sup> Vladka encontró un fotógrafo en quien podía confiar para que fuera a los escondites judíos y fotografiara los documentos falsos. Su papel de mensajera se volvió fundamental para el rescate; la organización a la que pertenecía ayudó a doce mil judíos solo en el área de Varsovia. <sup>21</sup> Y lo hizo sin guardar un registro escrito de nombres o direcciones, <sup>22</sup> pues era demasiado arriesgado. Algunos mensajeros utilizaban recibos falsificados que escondían bajo la correa del reloj; muchos usaban nombres en clave. Vladka lo memorizaba todo.

Casi todos los judíos que sobrevivieron hasta finales de 1943 eran adultos, según averiguó Vladka, y de profesión liberal. Habían podido pagar a alguien para que los ayudara a cruzar la frontera, tenían contactos entre los gentiles y hablaban un polaco más refinado. Algunos habían dejado objetos de valor con sus amigos gentiles, pero a la mayoría no le quedaba

nada. Se calcula que en el área de Varsovia había entre veinte mil y treinta mil judíos escondidos,<sup>23</sup> y la labor de Vladka se difundió boca a boca. Los judíos la localizaban a través de amigos comunes y la abordaban por la calle. Para recibir ayuda, tenían que presentar una solicitud por escrito e indicar su posición y un «presupuesto». Era Vladka quien revisaba esas peticiones garabateadas.<sup>24</sup>

La mayoría de los solicitantes eran los únicos miembros de sus familias que habían sobrevivido, huyendo de los campos o saltando de los trenes. Un cirujano dental pedía instrumentos para poder trabajar; otro hombre necesitaba dinero para mantener a sus sobrinos huérfanos. Un muchacho que repartía periódicos y no tenía a nadie había encontrado a una familia polaca dispuesta a acogerlo siempre y cuando aportara un sueldo. Él se resistía a encerrarse en un escondite y codiciaba la libertad, pero necesitaba desesperadamente un abrigo de invierno para poder seguir trabajando durante los meses fríos. La organización solo podía ofrecer de quinientos a mil eslotis al mes por persona, cuando el coste de la vida eran unos dos mil.<sup>25</sup> Pero hacía todo lo que podía. Jóvenes judías de aspecto ario salían a repartir las mensualidades, iban a ver a las personas que tenían a su cargo y las ayudaban cuando sus proyectos fracasaban, como ocurría a menudo.

Algunos anuncios de habitaciones eran trampas o los vecinos eran entrometidos, y había casos en que el casero aumentaba el alquiler en cuanto llegaba el inquilino judío. Las *kashariyot* a menudo tenían que dejar caer que la resistencia polaca estaba involucrada para que los caseros se sintieran orgullosos. En una *melina*, una mujer empezó a alucinar en yidis. El hijo de la polaca que los escondía la envenenó por miedo y escondió su cuerpo debajo de las tablas del suelo del búnker. Los otros judíos, entre ellos la hija de esa mujer, se quedaron traumatizados. Vladka buscó un nuevo piso para albergar a los judíos y a la casera.

De forma similar, le consiguió un puesto de criada a una chica judía llamada Marie; esos eran los mejores empleos porque proporcionaban comida y techo, y no había que salir mucho. Un día la niña de la casa le preguntó a Marie cómo era la vida en el gueto. A ella le entró el pánico. Resultó que la madre de la niña era judía y el padre la había desterrado al

gueto. La Gestapo se presentó en la casa y la registró buscando a la madre desaparecida. Marie ya no se sentía segura allí, por lo que Vladka le consiguió un nuevo puesto.

Una pareja judía vivía en el minúsculo dormitorio de su excriada en una residencia de las SS. Vladka tuvo que trasladarla. Otra mujer y su hijo llevaban meses y meses viviendo bajo un montón de escombros, agazapados en la oscuridad; no se habían lavado en todo ese tiempo, pues la dueña de la casa había vendido toda su ropa. De nuevo, Vladka tuvo que reubicarlos con cautela y brindarles tratamiento médico.

El reino del terror alcanzó su apogeo en Varsovia cuando los alemanes empezaron a perder en el frente oriental. Secuestraban a los polacos para utilizarlos como mano de obra esclava o los enviaban a la prisión de Pawiak. Los escondites tenían que ser aún más creativos. En un piso, levantaron una pared junto a un retrete para que un judío pudiera esconderse en el resto del espacio del cuarto de baño. La pintaron con pinceladas decorativas. Otro judío se escondió en una estufa de azulejos hueca.

Algunas personas se escondieron en *melinas* más «corrientes», donde, a pesar de la ansiedad y la depresión causadas por el confinamiento, aún podían desarrollarse profesionalmente. Vladka llevó papel pautado con pentagramas a un músico escondido que había estado tocando un diapasón, y pasó libros a dos mujeres para que dieran clase a los niños de la casa. Benjamin, el agente clandestino colega de Vladka, se escondió con su familia en la cocina de una caseta que se encontraba dentro de un cementerio católico de las afueras de la ciudad. Tenían poca comida, pero podían encender las velas del *Sabbat*.

En un refugio seguro de la periferia, debajo de un jardín, vivían treinta judíos —entre ellos el historiador Emanuel Ringelblum—; <sup>26</sup> el precio de admisión era de veinte mil eslotis por persona. <sup>27</sup> Esos judíos recopilaron información y escribieron ensayos e informes. Para encubrir los grandes envíos de comida, el anfitrión abrió una tienda de comestibles. Pero discutió trágicamente con su amante, que era la única persona de fuera de la familia que conocía la existencia del búnker, y ella lo denunció y los mataron a todos.

Vladka entabló contactos con contrabandistas húngaros, con partisanos y con judíos de fuera de Varsovia. Viajó sin papeles para ayudar a un grupo de combatientes judíos que habían escapado del gueto de Częstochowa y estaban escondiéndose con unos aldeanos en el campo. En el tren se hizo pasar por una contrabandista que llevaba mercancías de imitación; el dinero para los judíos lo llevaba escondido debajo del cinturón. Durante una inspección general, un «compañero contrabandista» la llevó a un tren de carga donde se escondían todos los que se dedicaban al oficio. Ella aprendió las tácticas de los contrabandistas polacos para evitar a los nazis y a menudo las ponía en práctica. Llegó al pueblo y encontró la casa que Antek le había descrito, pero la casera negó saber algo al respecto. Vladka insistió y al final la mujer la llevó a un cobertizo. Los camaradas, que ya estaban endeudados, se quedaron eufóricos y, a partir de entonces, ella les llevó dinero en efectivo, ropa y medicamentos con regularidad. En una ocasión en que los fondos procedentes de Estados Unidos y Londres se retrasaron, ella acudió más tarde de lo esperado y se encontró con que la casera los había desalojado. A varios los habían asesinado, otros se habían unido a grupos de partisanos o se escondían en los bosques, esqueléticos. Vladka buscó a nuevos polacos que los acogieran en sus casas.

Vladka también ayudó a los judíos de los campos de trabajos forzados, la mayoría de los cuales se encontraban en condiciones físicas y espirituales deplorables. Tuvo grandes dificultades para acceder a ellos en el brutal campo de Radom. Preguntó a los lugareños dónde podía comprar artículos baratos de los judíos y ellos le informaron de que ya no les quedaba nada de valor que vender, pero que a la hora del baño uno podía aproximarse a la cerca. Vladka la encontró llena de contrabandistas que vendían restos de comida. No querían competencia e intentaron echarla, pero ella los convenció de que quería comprar, no vender. Al final logró hablar con un judío, pero él no se fío de ella ni siquiera cuando lo hizo en yidis. Otro contacto se quedó el dinero que ella le había dado.

Al final Vladka habló con una mujer judía que se mostró receptiva. La mujer se alegró de enterarse de que no se habían olvidado de ellos y le pidió noticias, intrigada sobre todo por saber qué había sido de los niños escondidos. Mientras charlaban, unos niños del vecindario le arrojaron

piedras a Vladka y le gritaron: «¡Judía!»). Ella se echó a correr, encontró un carro tirado por un caballo y se dirigió a toda velocidad a la estación de tren, donde esperó toda la noche. Poco después, regresó al campo con cincuenta mil eslotis. Le pidió permiso a un guardia ucraniano para entrar y comprar zapatos a los judíos, y logró entregar el dinero. El guardia esperaba invitarla a salir esa noche, pero antes de la hora de cenar ella ya se había ido.

Durante todas esas angustiantes misiones, cada mensajero tenía que mantener la ficción de su propia vida, lidiando con extorsionistas e informantes. A Marysia la reconoció por la calle un polaco del barrio de su niñez que la hizo escoger entre ir con él a la Gestapo o a una habitación de hotel. <sup>28</sup> Ella entró corriendo en una tienda de golosinas, y los dueños la acompañaron a «su casa», situada en un edificio cercano. Para evitar que la descubrieran de nuevo se pasó la noche en el bosque.

Vladka cambió varias veces de piso. Una vez escondió al cabecilla del movimiento juvenil del Bund y un informante la delató. Los polacos los encerraron con llave. Ella quemó todos sus papeles e intentó escapar con el bundista por la ventana descolgándose por unas sábanas, pero a él lo hirieron de gravedad y los detuvieron. Los camaradas sobornaron a los guardias de la prisión y a ella la soltaron a cambio de diez mil eslotis. Sin embargo, el cabecilla del Bund murió. El movimiento envió a Vladka al campo un tiempo hasta que las autoridades la olvidaran. Aunque ella se sentía libre entre los árboles, donde no tenía que fingir, le resultaba particularmente agobiante la farsa constante, sobre todo cuando iba los domingos a la iglesia de una aldea.

Cuando regresó a Varsovia, continuó buscando documentos de identidad para ella, y fue de aquí para allá haciéndose pasar por una contrabandista para explicar por qué estaba toda la noche fuera. Alquiló un piso pequeño y lúgubre que le cedió otra mensajera judía. Benjamin, el agente que vivía en la caseta del cementerio, la ayudó a inventar escondites, como una maleta con doble fondo o un cucharón con el mango hueco. Los vecinos averiguaron que la exinquilina era judía y empezaron a sospechar de Vladka. Pero si ella se iba ahora, reforzaría sus sospechas y mermaría la identidad cristiana que llevaba tanto tiempo cultivando. Se quedó y actuó



como una ultrapolaca; lo arregló para que una amiga polaca la fuera a ver a menudo haciéndose pasar por su «madre»; obtuvo un fonógrafo y escuchaba música alegre; invitó a sus vecinos a tomar el té. Para probar su identidad polaca, los judíos que vivían en la clandestinidad se enviaban cartas desde ciudades cercanas, para hacer creer a la gente que tenían amigos y familiares en los alrededores; Chasia hizo que la visitara un «pretendiente». <sup>29</sup> La «madre» de Vladka le organizó una fiesta el día de su santo a la que invitó a sus amigos bundistas supervivientes. Cantaron solo en polaco, entre susurros en yidis. Una fiesta era algo que a los jóvenes judíos les suponía un esfuerzo, pues cuanto más alegría fingían, mayor tristeza sentían.

Como Vladka, sobrevivieron aproximadamente treinta mil judíos <sup>30</sup> «adoptando una identidad diferente a la suya»: <sup>31</sup> su vida era una actuación constante. La mayoría eran jóvenes solteras de clase media y media alta, con documentación, acento y aspecto polacos. La mitad eran comerciantes —o lo eran sus padres— o trabajaban de abogados, médicos y profesores. Más mujeres que hombres intentaron adoptar otra identidad debido a lo relativamente fácil que era para ellas disfrazarse. Las mujeres también solicitaban ayuda y, por lo general, se las trataba con más amabilidad. Muchos judíos no sintieron el impulso de salvarse hasta que se vieron solos y libres tras la muerte de sus padres (en particular, sus madres). Los hombres solían tomar esa decisión espontáneamente, mientras que a las mujeres a menudo las animaban a hacerlo sus amistades o familiares. Algunos padres instaron a sus hijos a huir al lado ario con el cometido de «vivir por su familia». A la mayoría los habían confundido antes con arios, por lo que estaban seguros de poder hacer el papel. Por lo general, tenían que compartir la habitación, lo que los privaba de intimidad o de un momento de respiro.

Los que tenían un círculo social judío fuera del gueto vivían una doble identidad, pero les iba mejor psicológicamente porque tenían un espacio «entre bastidores» en el que descansar de su actuación permanente y recargar las pilas. Los amigos que admiraban su fuerza alimentaban su confianza en sí mismos al interpretar su papel en el «escenario principal». Casi ninguno de los que adoptaban otra identidad estaban afiliados a alguna



organización, pero la resistencia polaca reclutó a varios, dando por descontado que no eran judíos. Las mujeres vivían en una «ciudad dentro de una ciudad, la más clandestina de todas las comunidades clandestinas — escribió Basia Berman, cabecilla de las operaciones de rescate—. Cada nombre era falso, cada palabra tenía doble significado, cada conversación telefónica estaba más cifrada que los documentos diplomáticos secretos de las embajadas». <sup>32</sup>

En ese concurso constante de engaños, Vladka y el comité de rescate judío se habían convertido en una familia. Muchos polacos colaboraban, no por dinero, sino por su moral cristiana, por un sentimiento antinazi y por compasión, y ofrecían a los judíos empleos, escondites, lugares de reunión, cuentas bancarias y comida, además de su testimonio de que no eran judíos. Los miembros de la Resistencia tenían que evitar a los caseros que empezaban a recelar de las visitas; aspiraban a encontrar pisos donde pudieran esconder documentos debajo de las tablas del suelo e instalar cajas fuertes camufladas para guardar el dinero. En uno de esos pisos, los dos clavos que sobresalían cerca de la puerta de la calle eran en realidad un timbre clandestino: los camaradas colocaban entre ellos una moneda que accionaba la corriente y lo hacía sonar. Inka y Marysia alquilaron un piso que se convirtió en un lugar de reunión importante. Debajo de cada tabla del suelo y en cada rincón había escondidos documentos y dinero en efectivo. Un tocadiscos amortiguaba el sonido, corría el vodka y los vecinos supusieron que eran prostitutas que atendían a una procesión interminable de hombres. <sup>33</sup>

Otro centro de actividad fue la *melina* de Zivia. Ella tenía una fisionomía demasiado semítica para salir a la calle. Después de años de acción incesante al borde de la muerte, disponía de mucho tiempo libre. Escondarse significaba encerrarse con personas con las que uno no quería necesariamente vivir o que ni siquiera le caían bien. El mundo exterior «se filtraba a través de otros» y, cada vez que llamaban a la puerta, corría a refugiarse, presa del terror. <sup>34</sup> Antek le llevó novelas de detectives para que se distrajera, <sup>35</sup> pero el sentimiento de culpa y la depresión no hicieron más que aumentar. Ella se entretenía limpiando de forma obsesiva y escribiendo cartas, sobre todo por la necesidad desesperada de ofrecer consejo. Después

de ver el número de bajas en Varsovia, le suplicó al grupo de Będzin que huyera en lugar de luchar; en cambio, a Rivka Glanz le rogó que se fuera con los partisanos. Pero ella también se negó a dejar a su gente y se quedó en Varsovia.

Zivia se puso a trabajar para Żegota, donde se convirtió en la administradora encargada de repartir el dinero y la documentación falsa. Llevaba la correspondencia, manejaba presupuestos y una vez más enviaba a «sus» chicas en misiones de veinticuatro horas en las que debían poner en contacto, informar y proteger a judíos. También las mandaba a buscar a combatientes que estaban en apuros y, de vez en cuando, a localizar a mensajeros que habían desaparecido en circunstancias misteriosas.

# CAPÍTULO 21

## FLOR DE SANGRE

**Renia**

JULIO DE 1943

La ŻOB de Będzin oyó los ruegos de Zivia y trazó un plan. Las personas de fisonomía aria acudirían en tren a Varsovia. Las demás lo harían de forma clandestina en un autobús que organizaría Antek. Llegaron de Varsovia documentos falsos a través de mensajeros, pero solo unos pocos. El resto de los visados estarían preparados cuando Renia e Ina Gelbart fueran a la ciudad para recogerlos. Las dos habían viajado juntas en otras ocasiones, <sup>1</sup> llevando dinero, armas e instrucciones en el sujetador, el bolso y el cinturón.

Ina se fue una noche provista de direcciones, dinero y material para el falsificador. Renia se marchó a la mañana siguiente con el mismo equipaje y acompañada de Rivka Moscovitch. <sup>2</sup> Rivka, que a sus veintidós años era la última superviviente de una familia de clase obrera procedente de Będzin y miembro comprometido de Libertad, había enfermado y necesitaba un lugar donde refugiarse mientras se recuperaba. Rivka tenía facciones cristianas, además de un visado y un documento para cruzar la frontera. Había deseado desesperadamente quedarse y luchar. Pero el grupo insistió en que su curación era lo primero y en que, una vez recuperada, los ayudara a encontrar escondites en Varsovia. Al final la convencieron de que estaba demasiado enferma para aguantar los próximos días, y ella hizo una maleta con sus artículos personales.

Renia había quedado en reunirse con Ina en un lugar determinado de la ciudad. Ella y Rivka viajaron en tren disfrazadas de Wanda y Zosia, dos chicas polacas que se dirigían a la gran ciudad. En realidad, dos judías que estaban a punto de cometer un asesinato y arriesgaban la vida para ayudar a

salvar a otros. Renia estuvo todo el tiempo entonando rezos con la mente y con el corazón, suplicando que les permitieran cruzar la frontera tranquilamente.

Llegaron a la frontera.

—¡Inspección de documentos!

Renia tuvo que prepararse mentalmente para contener los escalofríos y los estremecimientos que le recorrían el cuerpo. ¿Podría hacerlo Rivka? ¿Sería capaz de continuar con la farsa y las mentiras sin temblar?

—*Gut!*

Tomó aire.

Pero no pudo completar siquiera una exhalación. No hubo un momento de respiro.

El vagón del tren estaba de bote en bote, apenas quedaba espacio libre y no corría el aire. Rivka, que ya estaba enferma, se mareó a causa del hacinamiento. Parecía que iba a desmayarse, lo que provocaría un revuelo. Renia miró furtivamente a su alrededor y vio un asiento vacío en el vagón del centro, reservado para los militares. Rivka se encontró mejor en cuanto se sentó, pero Renia, en su fuero interno, se sintió profundamente asqueada. Tuvo que sonreír y mantener la cabeza en alto, controlar los nervios, armarse de una determinación de acero y fingir que sentía lo contrario de lo que estaba sintiendo mientras oía hablar a los soldados de matar judíos con una morbosa «alegría brutal». <sup>3</sup>

—Yo estuve allí —dijo uno—. Vi cómo se llevaban a los judíos de Zaglembie para ejecutarlos. <sup>4</sup>

Los otros también se rieron.

—Tonterías. En realidad no los están matando.

Renia advirtió que acababan de llegar del frente, donde aún no estaban enterados de la máquina asesina que funcionaba a todo dar en Polonia.

—¡Qué imagen más alegre la de los judíos dirigiéndose a la muerte como verdaderos corderos! —oyó exclamar al primero—. Es un regalo para la vista.

Renia no pensó en su familia asesinada, no pensó en sus amigos muertos ni en su hermano pequeño. No pensó.

Sonrió. Miró a Rivka y sonrió aún más.

Un día entero viajando. Árboles, pueblos, paradas, silbatos. Por fin, agotadas por el viaje y de actuar sin descanso, las jóvenes llegaron a Varsovia.

Caminaron solas por tranquilas calles nocturnas, resueltas a reunirse con Ina a la hora y en el lugar acordados. No había margen para el más mínimo error. Renia se fijó en que, al final de la calle, dos manzanas más adelante, la policía revisaba la documentación de todos los transeúntes. Enseguida pensó que, aunque sus pases falsos les habían servido para el viaje, los gendarmes de Varsovia se darían cuenta de que los sellos eran falsificaciones. Haciendo un gesto a Rivka, apretó el paso y, en cuanto dobló la esquina, se mezcló entre la gente. Ninguna de las dos miró una sola vez atrás, solo hacia delante, hacia delante, fundidas en la multitud.

Por fin llegaron al lugar de encuentro. Respiraron.

Pero Ina no estaba allí.

¿Hasta cuándo podían quedarse ahí paradas? ¿Cuánto debían esperar?

Resultaba sospechoso. A veces los puntos de encuentro estaban junto a unos escaparates, y uno podía fingir que miraba algo u hojear los libros expuestos, las novelas rosas, las de espías. Pero allí no había nada.

¿Habían arrestado a Ina cuando se dirigía allí?

¿Dónde estaba? ¿Cerca? ¿Quién podía verlas?

Renia no tenía otra dirección que esa. A ningún agente se le daba demasiada información, por si lo capturaban y lo torturaban.

Tenía suficiente dinero para un día más.

Y ningún plan alternativo. <sup>5</sup>

Un minuto era toda una vida. Los pensamientos se agolparon en su mente mientras intentaba decidir los siguientes pasos. Tenía que llevar a Rivka a algún lugar, buscar a un miembro de la Resistencia, algún conocido. Pero ¿dónde? ¿Y qué haría si no lograban ponerse en contacto con nadie? ¿Llevar a Rivka de vuelta a Będzin? Estaba demasiado enferma.

Renia decidió dejarla en el hostel donde había previsto que se alojaran. Ella se aventuraría a salir e intentaría encontrar respuestas.

Entonces se le ocurrió algo. <sup>6</sup> La hermana de un conocido de Będzin vivía en el barrio ario camuflada como cristiana. Renia pensó en Marek Folman y en que tal vez había regresado allí después del trágico fracaso de

los partisanos.

—¿Sabes por casualidad dónde vive Marek? —le preguntó en cuanto llegó a su casa.

La mujer escudriñó su pequeño cuaderno durante mucho rato mientras Renia esperaba con los puños apretados, y finalmente le dio la dirección de la madre de Marek.

Cada bocado de información era oro.

Seguía sin saber nada de Ina.

Renia regresó al hostel y gastó casi todo el dinero en sus habitaciones.

7

A la mañana siguiente llevó a esa dirección a Rivka, que seguía enferma. Allí encontró a la madre de Marek, Rosalie, y a su cuñada, ya viuda después de que muriera su marido en una batalla partisana. La hermana de Marek, Havka, era la mensajera de Libertad que había llevado dinamita dentro de la ropa interior; Renia había oído decir que estaba en Auschwitz. La madre de Marek también había colaborado con la ŻOB; <sup>8</sup> era realmente una familia de combatientes. Sin embargo, para gran consternación de Renia, desconocían el paradero de Marek; lo último que habían sabido de él era que estaba en Będzin con ella.

—Lo siento mucho —le dijo Rosalie, meneando la cabeza—, pero no puedo tener a Rivka en mi casa. —Habían estado llamando a su puerta sargentos y colaboracionistas a diario. De hecho, tenía previsto cambiarse de piso en cuanto pudiera.

Pero se le ocurrió llevar a Rivka a la casa de un vecino polaco.

Renia se despidió de ella, confiando en que estuviera a salvo allí; otra judía escondida en las entrañas de la ciudad.

Una vez sola, Renia deambuló por Varsovia, donde encontró el movimiento de siempre, las plazas llenas de gente, las tiendas abiertas, a pesar de la destrucción del antiguo gueto. A pesar de todo. Tenía suficiente dinero para pasar una noche más en el hostel. A la mañana siguiente la madre de Marek la puso en contacto con Kazik, el combatiente de la ŻOB que había encabezado la fuga por las alcantarillas.

Renia fue a reunirse con él en una esquina, pero, antes de que pudiera pronunciar una frase, oyeron un disparo. Un policía iba tras Kazik y él huyó entre los coches hasta desaparecer. Renia echó a andar rápidamente en dirección opuesta, sin correr ni mirar atrás.

Afortunadamente, Kazik le concertó una cita con Antek, el Antek a quien ella conocía por cartas y anécdotas, el atareado comandante de los judíos en el barrio ario que se reunía con el movimiento de resistencia polaco, se ocupaba de los asuntos financieros, enviaba a gente a los partisanos, pasaba armas de contrabando y estaba en contacto con falsificadores de documentos. Según había oído ella, tenía todo un equipo que lo ayudaba.

Se suponía que Renia y Antek debían encontrarse en otra esquina, en esta ocasión delante de una escuela de formación profesional o *technikum*. Ella llevaba un vestido y unos zapatos nuevos que le habían proporcionado. Para que él la reconociera llevaba en su cabello trenzado una flor roja. Se encaminó al lugar acordado, rezando para que todo saliera bien, lo encontrara allí y obtuviera lo que necesitaba antes de regresar rápidamente a Będzin con sus amigas y su hermana Sarah. Vio a lo lejos a un hombre. Llevaba un periódico doblado bajo el brazo: la señal.

No podía creerlo. «Era un verdadero Antek», escribió ella, refiriéndose a su apodo polaco. Trató de no quedarse mirando a ese joven alto y rubio, «con un bigotillo como el de un lord rico». <sup>9</sup> Iba vestido de la cabeza a los pies de verde.

Ella pasó por su lado, asegurándose de aminorar el paso y dejar ver su flor.

Pero él no se movió.

¿Y ahora qué?

Ella se arriesgó, dio media vuelta y echó a andar calle abajo.

Todavía nada.

¿Por qué no se acercaba? ¿No era él? ¿Era un agente enemigo? ¿O sabía que los observaban? ¿Que les estaban tendiendo una trampa?

El instinto le dijo que se arriesgara.

—Hola —tanteó ella en polaco—. ¿Eres Antek?

—¿Eres Wanda? —preguntó él.

—Sí.

—¿Afirmas que eres judía? —le susurró con cara sorprendida. Luego hizo una genuflexión. La actuación de ella había sido demasiado buena.

—¿Y tú, afirmas que eres judío? —respondió ella con alivio.

Antek echó a andar a su lado con paso seguro, firme y brioso sobre el cemento ario que de alguna manera los mantenía juntos. No podía creer que ese hombre «en apariencia noble, de andar confiado», <sup>10</sup> fuera realmente judío. Ella lo describió como astuto y seguro como una ardilla, y alerta como un conejo, captando todo lo que le rodeaba. Le pareció que le bastaba con mirar a alguien para saber quién era.

Sin embargo, en cuanto lo oyó hablar notó su acento polaco crepitante. Podía detectarlo: un judío de Vilna.

Ambos hablaron con pesar de la repentina desaparición de Ina.

—Debió de dar un traspié en el control de documentos de la frontera —dijo Renia.

—No lo sabemos con seguridad —respondió Antek tratando de consolarla—. Tal vez un percance la obligó a volver a casa.

La había tratado con cariño y gentileza, como a una hija, se dijo Renia más tarde. En ese mundo de huérfanos prematuros, los nueve años que se llevaban eran como noventa.

Antek le prometió que prepararía lo más rápido posible los visados para el resto del grupo, así como un autobús para los que tuvieran facciones semíticas. Nada de eso era fácil; tardaría días en organizarlo. De momento, se separaron.

Los camaradas decidieron mantener a Rivka escondida hasta que encontraran un piso permanente para ella. Antek le dio a Renia una dirección y los doscientos eslotis que costaba la noche, más un extra para comida.

Renia esperó varios días en Varsovia, durmiendo en la entrada de un sótano. En el pasillo de ese sótano vivía un chico judío con aspecto de polaco, y Renia se hizo pasar por su hermana. Dijeron al cabeza de familia que había escapado ilegalmente de Alemania para verlo y que no quería registrarse. Prometió que solo se quedaría unos días. Estuvo todo el tiempo intentando evitar a la casera; no podía coincidir con ella ni con los vecinos.



La mayoría de los judíos que adoptaban otra identidad se inventaban alguna actividad diurna (un trabajo, una familia), y luego se pasaban ocho horas deambulando por la ciudad como si fueran a hacer algo, lo que fuera.

En realidad, todo lo que hizo Renia fue esperar los visados e información concreta sobre el autobús mientras sentía cómo aumentaba su impaciencia de manera exponencial. Todos los días se reunía con Antek y lo presionaba para que se diera prisa. Simplemente no podía retrasar más su regreso a Będzin. La expulsión general podía llegar en cualquier momento. ¿Era mejor irse con los documentos que ya estaban listos y no esperar más?, se preguntó una y otra vez. Presentía —sabía— que cada día que pasaba era crítico. El reloj avanzaba, y las manecillas giraban cada vez más deprisa hacia la masacre.

La espera se alargó interminablemente, al posponerse una y otra vez la partida. Al cabo de unos días el autobús estuvo por fin preparado y Renia lo arregló para que le enviaran un telegrama para informarla de cuándo llegaría al gueto de Kamionka. Ya había varios visados listos. No había podido obtener más armas, pero se llevó todo lo que pudo conseguir. Le dijo a Antek que simplemente no podía quedarse más tiempo en Varsovia.

Emprendió el regreso con veintidós visados falsos pegados al cuerpo y cosidos a la falda, así como fotografías y documentos de viaje para cada visado. Desde el momento en que salió a la calle el corazón le palpitó con fuerza. Temía a cada instante tropezar. ¿Qué había sido de Ina?

En el tren las inspecciones eran periódicas, pero esta vez hubo un registro de más. Los gendarmes se acercaron a ella.

El solo hecho de mirarlos podía confundirla, escribió más tarde. Pero no se atrevió a perder su actitud franca.

Los miró dulcemente a los ojos. Luego abrió valientemente los paquetes. «Hurgaron en ellos como pollos picoteando en la arena», recordaría. Conduciéndose con aplomo y sonriendo con confianza, no paró de charlar con ellos sin apartar la mirada, para que no se les ocurriera cachearla. No dio señales de miedo.

Ellos se fueron sin sospechar nada.

Aun así, la actuación no se había acabado.

Decidió detenerse brevemente en Częstochowa para ver a la agente Rivka Glanz y ponerse al día con ella. Temperamental, sensible y llena de vida, Rivka era conocida en la Resistencia como cabecilla, contrabandista y planificadora. Cuando los nazis invadieron el país, ella se encontraba en una misión en la ciudad portuaria de Gdynia; había visto huir a camaradas, algunos en barco. Ella se quedó... hasta que los nazis la expulsaron. Mientras recogía rápidamente sus bártulos, reparó en la armónica del kibutz. Le invadió un sentimiento de apego por el pequeño órgano de boca que tanta felicidad había proporcionado a los camaradas. Soltó la maleta y cogió el instrumento musical. Pero llegó a Łódź avergonzada: allí estaba ella, sin ropa ni nada práctico. Escondió la armónica junto a la puerta del kibutz y entró con las manos vacías. «No he podido traer nada conmigo», anunció. Más tarde se enteró de que los camaradas habían encontrado el instrumento. Entendieron su deseo de salvar ese objeto de alegría. <sup>11</sup> La armónica se convirtió en una leyenda dentro del movimiento.

Renia pensó en la armónica y le entraron unas ganas enormes de ver a Rivka, de ponerse en contacto con su bondad, su coraje. Pero... era demasiado tarde. Al llegar a la ciudad fronteriza, vio con profundo horror que todo el gueto había sido arrasado y quemado hasta los cimientos. No había ni rastro de la gente que había vivido en él. Se había extinguido.

Logró encontrar las palabras.

—¿Qué ha pasado?

Los polacos de la vecindad le contaron que unas semanas antes se había librado una batalla en el gueto. <sup>12</sup> Los jóvenes, mal armados con unas pocas pistolas y varios cientos de cócteles molotov, resistieron escondiéndose y abriendo fuego. Algunos lograron robar armas a los nazis. Otros utilizaron los baldes de la cocina del gueto para introducir escondidas aluminio, plomo, carburo, mercurio, dinamita y productos químicos de los explosivos de las fábricas de municiones. Habían cavado varios túneles. Aunque los superaban ampliamente en número y en potencia de fuego, lograron prolongar la lucha cinco días enteros. Muchos judíos huyeron a los bosques, donde ahora vivían como animales. Los alemanes,

temerosos de que hubiera actividad partisana en ellos, llamaron a la policía local para que buscara a judíos escondidos. Los sacaron uno a uno, pero no a todos.

Todo lo que Renia logró averiguar sobre Rivka Glanz <sup>13</sup> fue que había muerto en combate, al mando de una unidad y con un arma en las manos. «¡Cómo lloró mi corazón por ella! —escribiría—. Era como la madre de todos los judíos de Częstochowa.» <sup>14</sup> Pensó en que cuando Rivka había querido irse, los judíos que quedaban en la ciudad no se lo habían permitido. Mientras ella estuviera a su lado, dijeron, se sentirían seguros.

Renia se dirigió rápidamente a la estación de tren, parpadeando para intentar contener cualquier muestra de emoción. Necesitaba llegar a casa. El tren cruzó con gran estruendo el campo boscoso durante toda la noche. Se le cerraban los ojos escocidos, pero no, no, no podía dormirse. Tenía que mantenerse despejada. Despierta y consciente. ¿Quién sabía cuándo habría una inspección, una revisión de documentos o lo que fuera?

Solo más tarde se enteró de que un guardia nazi había capturado a Ina en un puesto de control cercano a la frontera. <sup>15</sup> Mientras la Gestapo la llevaba a Auschwitz, ella saltó del coche en marcha y echó a correr. Agotada, deprimida y magullada, se refugió con un amigo en un gueto de la zona. Pero los nazis pusieron un precio tan alto a su cabeza (Ina o veinte judíos muertos) que la milicia judía la entregó. Esta vez, el jefe de la Gestapo se encargó de llevarla personalmente a Auschwitz y dio instrucciones a un perro de atacarla y morderla en el coche. Ella escupió al oficial a la cara y murió durante el traslado.

## CAPÍTULO 22

### ARDE LA JERUSALÉN DE ZAGLEMBIE

**Renia**

1 DE AGOSTO DE 1943 <sup>1</sup>

Renia llegó por fin a Będzin agotada, deshecha y sucia a causa del viaje. Pero en cuanto se bajó del tren, todo —el andén, el gran reloj cuadrado estilo *art déco* — se volvió negro ante ella. Los nazis estaban ahuyentando a los pasajeros de la estación.

Renia alcanzó a oír gritos desgarradores y confusión a lo lejos.

—¿Qué ocurre? —les preguntó a unos polacos que estaban reunidos cerca tratando de entender algo.

—Llevan desde el viernes sacando a judíos de la ciudad. Un grupo tras otro.

Era lunes, el cuarto día. Y no habían terminado.

—¿Los expulsarán a todos? —preguntó ella con una voz que no reconoció como suya, fingiendo que no solo no le importaba, sino que además se alegraba. Fingiendo ser una espectadora más. Fingiendo que ese no era el momento que había esperado y temido durante meses.

Todo eso, escribió más tarde, mientras «tenía el corazón destrozado de dolor». Estaban expulsando a todos sus amigos, a su hermana, a todas las personas que formaban su universo. No tenía idea de qué sería de ellas o de si volvería a verlas.

El gueto estaba totalmente rodeado de escuadrones de las SS. No había forma de entrar. Renia escuchó a escondidas, oyó los rumores, trató de ver todo lo que pudo. En el interior, los alemanes estaban descubriendo los búnkeres y asesinando allí mismo a las personas que se escondían en ellos. Durante cuatro días seguidos habían estado subiendo a judíos a vagones de ganado y disparando hacia el gueto desde todas las direcciones. La milicia judía sacaba camillas de heridos y muertos cubiertos con harapos. En las

calles, los alemanes llevaban hasta los trenes a hileras de jóvenes, sujetos con grilletes como criminales, dándoles patadas en los pies. Esos jóvenes habían intentado escapar, pero los polacos los habían atrapado y entregado. Los miembros de la Gestapo, vestidos de paisano, corrían por la ciudad como perros salvajes, revisando documentos, escudriñando la cara de cada transeúnte, buscando más víctimas.

De pronto Renia vio una explanada junto a la estación, al otro lado de la barrera. Allí había una concentración de personas. Entre ellas, sus amigos. Los polacos miraban a esos «criminales culpables» como si fueran animales en un zoológico. Los camaradas de Renia, sus seres queridos, estaban rodeados de bárbaros con rifles, látigos y revólveres.

No vio a Sarah en ninguna parte.

Apenas podía mantenerse en pie. Iba a desmayarse. Sabía que necesitaba huir lo más rápido posible. Si revisaban sus documentos, estaría acabada.

«Pero en ese momento —escribiría Renia más tarde— comprobé que a mí también se me había vuelto de piedra el corazón, porque ¿cómo podía marcharme sin saber qué sería de mis seres más allegados?» Estaba siendo testigo de cómo conducían a la muerte a la única familia que le quedaba. Dio media vuelta, pero fue inútil. No podía entrar en el gueto. «En el fondo de mi corazón, pensé: mi vida ha perdido todo sentido. ¿Para qué vivir ahora que me han quitado todo: a mi familia y mis parientes, y ahora a mis queridos amigos?» Ella había reconstruido su vida, estaba dispuesta a arriesgarlo todo por esos camaradas. Por su hermana.

«Un demonio interior me instaba a poner fin a mi propia vida —recordaría Renia—. Luego me avergoncé de esa debilidad. ¡No! ¡No les facilitaré con mis propias manos el trabajo a los alemanes!» En lugar de ello, sus pensamientos se volvieron hacia la venganza.

Anduvo sin rumbo fijo. Ya no tenía un hogar, absolutamente ningún hogar.

Solo le quedaba regresar a Varsovia. Pero ¿cómo? El siguiente tren no salía hasta las cinco de la mañana siguiente.

Renia Kukielka era la última mensajera de Libertad que quedaba con vida. <sup>2</sup>



A las tres de la tarde Renia llevaba viajando toda la noche y todo el día. Estaba agotada y deshecha, y no había comido desde que podía recordar. En lo único que podía pensar era en pan. Pero solo era posible conseguir una barra con una cartilla de racionamiento. No podía entrar en una tienda sin una o sospecharían que era judía. De repente se acordó de una dentista rusa que conocía, la doctora Weiss. No era judía y vivía en Sosnowiec, una ciudad a unos seis kilómetros y medio al oeste de Będzin.

Renia tomó el tranvía. En el otro extremo del vagón estaban revisando la documentación. Se sentó lo más lejos posible, luego se bajó de un salto y se subió a otro tranvía. Fue de vagón en vagón, cambiando de tranvía a menudo, hasta que llegó a su destino.

En Sosnowiec, el gueto estaba rodeado.

Allí también se estaba llevando a cabo la expulsión. Había nazis por todas partes, y se oían los gritos, los disparos.

Renia corrió hasta la casa de la dentista. Solo unas pocas calles más, se repitió. Callejuelas.

La doctora Weiss abrió la puerta y se quedó mirando a Renia en estado de shock.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

Le ofreció una silla temiendo que se desplomara. Luego fue a la cocina a preparar té.

En cuanto Renia se sentó, se dio cuenta de lo cerca que había estado de perder el conocimiento. Se recompuso.

Quería contarle todo a la doctora Weiss.

Pero no pudo.

Un nudo en la garganta.

De repente se echó a llorar. De un modo frenético y convulsivo.

Se sintió avergonzada, pero estaba desbordada de sufrimiento y no podía parar. Temía que le reventara el corazón de angustia si no lloraba.

La doctora Weiss le dio unas palmaditas en la cabeza.

—No llores —le dijo—. Siempre has sido valiente. Te tengo por una heroína. Tu valentía es un ejemplo para mí. Tienes que ser fuerte, hija mía. Puede que algunos de los tuyos todavía estén vivos.

Renia tenía un hambre voraz, pero no pudo comer. Estaba al límite de sus fuerzas. Eso era todo. «Mi corazón quería morir», escribió.

Pero poco a poco empezó a relajarse, solo quería descansar unas horas para recomponerse y sobrevivir.

—Me encantaría que pasaras la noche en mi casa —dijo la doctora Weiss, y Renia exhaló—. Pero los alemanes suelen irrumpir de forma inesperada buscando judíos escondidos. Si están por la zona, seguramente vendrán aquí. Soy rusa y ya sospechan que tengo contacto con judíos. —Suspiró—. Perdóname, pero no puedo poner en peligro mi vida.

Renia apenas podía creer lo que oía. Se sintió hundida. Y aterrada. ¿Adónde podía ir a esas horas de la noche? En la estación de tren le revisarían los papeles. Las calles eran infinitamente peligrosas. No conocía a nadie más en la ciudad.

La doctora Weiss le dio algo de comida para el camino. La bendijo con lágrimas en los ojos y volvió a pedirle perdón.

—Lo siento tanto...

Renia dejó su refugio sin tener ni idea de adónde ir. «Simplemente fui adonde me llevaron los pies», recordaba.

Dejó la ciudad maldita y se acercó a un bosque poco poblado. La luz del día se desvaneció una vez más en la oscuridad; era una noche luminosa de verano. La luna proyectaba su luz brillante directamente sobre ella, y las estrellas titilaban ante sus ojos. Tuvo visiones de sus padres, de sus hermanos, de los camaradas. Los veía como si estuvieran a su lado, con el rostro triste, distorsionado, alterado. El sufrimiento les había dejado huellas por todo el cuerpo. Ella quería desesperadamente abrazarlos, volverse hacia ellos y apretarlos contra su pecho, estrecharlos con amor. Pero las imágenes empezaron a disolverse, las apariciones se desvanecieron como las imágenes en las pantallas de cine. No podía aferrarse a nada.

Hizo balance de su vida. «¿Sobre quién he depositado tantas cargas? ¿Cómo de grandes han sido mis pecados? ¿A cuántas personas he asesinado? ¿Por qué me ha llegado este suplicio?»

De pronto vio la figura de un hombre entre los árboles. ¿Quién podía ser a esas horas de la noche? La figura se acercó. Ella sintió un escalofrío en los huesos. Estaba borracho. Se sentó cerca. Ella se apartó. Los ojos

redondos del hombre se agrandaron en sus cuencas como los de un animal depredador. Empezó a chillarle; las palabras se fundieron en una bola de ira, hostilidad y rabia. Renia no podía gritar ni correr. Estaba en medio de la nada, nadie la oiría. Y él simplemente la seguiría, la seguiría y haría con ella lo que quisiera.



La violencia sexual contra las mujeres judías, que iba desde la humillación hasta la penetración, existió e incluso se extendió durante el Holocausto.<sup>3</sup> Aunque en algunas de las primeras memorias de la posguerra se mencionan las agresiones sexuales y la violencia, esas historias fueron en gran medida silenciadas tras la guerra. Los entrevistadores que investigaban casi nunca insistían en la pregunta y rara vez se ofrecía voluntariamente esa información. La mayoría de las víctimas no conocían el nombre de sus torturadores. Muchas mujeres murieron asesinadas después de ser violadas; a otras les dio demasiada vergüenza hablar de ello, temiendo que no se las considerara dignas de casarse. A las que plantearon la cuestión, a menudo las desalentaron de manera activa y en muchas ocasiones no las creyeron. En lugar de consolarlas, las rechazaron.

Los nazis abrieron burdeles oficiales dentro de los campos de concentración y de trabajos forzados y también en los alrededores. Según algunas fuentes, había más de quinientos de estos burdeles, que servían a oficiales nazis, soldados alemanes y ciertos grupos de prisioneros privilegiados. Las presas eran forzadas a ser esclavas sexuales. Las leyes prohibían a los guardias de las SS tener relaciones sexuales con las reclusas, especialmente si eran judías, pero de todos modos lo hacían. Algunos nazis tenían esclavas sexuales personales. Tanto los comandantes de los campos alemanes como los superiores polacos abusaban sexualmente de las mujeres judías y las dejaban embarazadas; en una ocasión, escogieron a las más guapas para que les sirvieran desnudas en un banquete privado nazi, y al terminar los invitados las violaron. A la mayoría las mataron. Un nazi de Varsovia<sup>4</sup> solía llegar a las casas de las chicas guapas del gueto en un coche fúnebre; las violaba y las mataba en el acto. (Una adolescente solía frotarse la cara con una pasta hecha de harina para parecer menos atractiva.) Los



nazis violaban a las mujeres que estaban a punto de morir asesinadas en los campos de exterminio. En el pueblo de Ejszyski, <sup>5</sup> los lugareños polacos les dieron una lista de todas las judías solteras guapas. Los alemanes las condujeron a unos arbustos cercanos y las violaron en grupo antes de matarlas. En un campo de trabajos forzados de Lublin, a las mujeres judías de todas las edades las golpearon, las torturaron, las mataron de hambre y las obligaron a trabajar horas interminables. Cuando se produjo un error laboral, a todas las mujeres de esa unidad se les ordenó que se quitaran la ropa interior, y un nazi las atizó entre las piernas veinticinco veces con una vara. <sup>6</sup>

Entre los judíos también existían jerarquías sexuales. En el campo de trabajos forzados de Skarżysko-Kamienna, las chicas descalzas que llegaban de Majdanek eran «objetos de compra»; algunas mujeres se convertían en «primas» de la élite masculina del campo y se trasladaban con ellos a los barracones. Al igual que con los partisanos, hubo aventuras entre jóvenes judías de clase media y «zapateros» judíos del *shtetl* a cambio de protección, y algunas incluso duraron después de la guerra. En los guetos, el sexo era una mercancía que se intercambiaba por pan. <sup>7</sup>

Chasia Bielicka contó que, en un campamento cercano a Grodno, a las judías a las que el comandante alemán consideraba guapas les daban un traje de noche y las llevaban a fiestas. A cada una se le pedía que bailara con uno de los invitados a la vista de todos. Luego, sin previo aviso, el comandante se acercaba, sacaba su pistola y le pegaba un tiro en la cabeza. «Solo intento imaginar el terror y el frío mortal que debieron de sentir las mujeres dentro de esos trajes de baile pegados al cuerpo —reflexionaría Chasia décadas después—. Intento entender cómo no les temblaron las piernas ni les fallaron las rodillas mientras las llevaban a la pista de baile. Cómo su pavor no se convirtió en una cascada de sonidos alrededor de la pareja en movimiento.» <sup>8</sup>

El procedimiento para entrar en los campos de concentración era en sí mismo una violación: metían a las mujeres a empujones en las duchas y las obligaban a quitarse la ropa delante de guardias nazis y de desconocidos. En un estado de aturdimiento y confusión, después de haber sido separadas a la fuerza de sus hijos y familias, y oliendo a carne quemada, las nuevas

prisioneras eran violadas por miembros de las SS que soltaban comentarios lascivos, se metían con sus figuras, les golpeaban los pechos con sus fustas y les soltaban los perros. Les afeitaban la cabeza y examinaban sus cavidades corporales, incluso les hacían exámenes ginecológicos forzados <sup>9</sup> durante los cuales las registraban para asegurarse de que no llevaban joyas escondidas en la vagina. Las sometían a experimentos «médicos» que aparentemente estaban relacionados con la fertilidad y el embarazo. Algunas guardias de las SS tenían relaciones sexuales con sus novios justo delante de mujeres judías a las que, al mismo tiempo, obligaban a presenciar palizas horribles, un tormento añadido para las que habían perdido a sus seres queridos. La crueldad se mezclaba con la lujuria.

Varios dirigentes judíos del gueto se hicieron cómplices de la violencia sexual al proporcionar mujeres judías a los nazis para intentar evitar una deportación, y varias de ellas acusaron a esos mismos dirigentes de abuso sexual. Según un testimonio, Rivka Glanz dejó de trabajar en el *Judenrat* de Łódź porque el dirigente la había acosado sexualmente; otras mujeres han afirmado que ese megalómano también intentó acosarlas. <sup>10</sup>

Varios gentiles que protegieron y escondieron a judíos abusaron sexualmente de las mujeres o les pidieron que tuvieran relaciones sexuales con ellos a cambio. Los *schmaltzovniks* podían exigir sexo además de dinero o en su lugar. Anka Fischer, <sup>11</sup> de la resistencia de Cracovia, encontró un piso y un empleo en el lado ario, pero la chantajearon: el estafador la amenazó con informar de que era judía si no realizaba favores sexuales. Ella se negó y, poco después, la arrestaron. Las adolescentes escondidas obedecieron las órdenes sexuales para proteger a sus hermanas pequeñas. El sexo era su única moneda de cambio, su única protección, por temporal que fuera, contra el asesinato.

Por último, estaba la violencia sexual que experimentaban las mujeres judías que se fugaban. A sus quince años, Mina Stern decidió un día que ya estaba harta del gueto. <sup>12</sup> Huyó de los trabajos forzados y se encontró vagando por el bosque. Después de escapar de dos granjeros que le tendieron una trampa para exponerla se internó más en el bosque. Por la noche no tenía dónde esconderse. De repente tres hombres se abalanzaron sobre ella y la violaron en grupo. «No tenía idea de lo que me estaban

haciendo, ya que sabía poco de sexo —recordaba—, pero durante el aterrador ataque empezaron a mordirme como animales salvajes; me mordieron los brazos, me arrancaron un pezón.» Se desmayó. Debieron de darla por muerta. Pero ella se despertó conmocionada, dolorida y sangrando, sin poder levantarse. Solo años después, cuando se quedó embarazada y estuvo a punto de morir, comprendió el daño que le habían hecho en sus órganos.



A pesar de la desesperación y el cansancio, y de la negrura del bosque, Renia se aseguró de tener la cabeza despejada. El hombre se acercaba poco a poco y empezó a bombardearla a preguntas. Ella instintivamente le dio respuestas tontas, comportándose como una ingenua.

Mientras tanto iba repitiéndose que no podía esperar. Ya era la una de la madrugada; cada minuto contaba. Empezó a distanciarse y, sin previo aviso, echó a correr.

Él salió tras ella.

Con las pocas fuerzas que le quedaban, Renia se precipitó hacia una casa. Encontró una puerta abierta y la cruzó, y se adentró en un pasillo oscuro. Contuvo la respiración y, acurrucándose en el hueco de la escalera «como un perro perseguido», esperó.

A la mañana siguiente partió, destrozada y exhausta, hacia Varsovia.

## TERCERA PARTE

# «NO HAY FRONTERA QUE SE INTERPONGA EN SU CAMINO»

Están preparadas para todo y no hay frontera que se interponga en su camino.

CHAIKA GROSSMAN ,  
sobre las mujeres del movimiento,  
en *Women in the Ghettos* <sup>1</sup>

## CAPÍTULO 23

### DENTRO Y FUERA DEL BÚNKER

**Renia y Chajka**

AGOSTO DE 1943

Sin un hogar. Sin una morada física ni un refugio espiritual. Sin un techo improvisado, y ya no digamos pan. Sin familia. Sin amigos. Sin trabajo ni dinero ni una identidad registrada. Sin un país, a pesar del legado de un millar de años de su familia. Sin que nadie espere nada de ellos ni se pregunte dónde están. Sin que nadie sepa siquiera que están vivos.

Pero los supervivientes tenían que seguir adelante si querían continuar sobreviviendo.



Al fin en Varsovia, protegida por los contactos de Antek, Renia se sintió angustiada. Como ella misma describiría, «uno solo tenía que mirarme para saber por lo que había pasado y la información que había traído conmigo de Będzin». <sup>1</sup> Nadie pudo calmarla. Incluso a ella le pareció que en cualquier momento podía volverse loca.

Día tras día esperó noticias, alguna carta de Będzin.

¿Qué había sido de sus amigos, de sus seres queridos, de su hermana?

Y ahora que no iba a haber ningún levantamiento en Zaglembe, ¿qué sería de ella? Necesitaba saber cuál era la situación para poder planificar sus próximos pasos.

Tardó tres semanas, pero llegó por fin una postal de Ilza Hansdorf. «Ven a Będzin inmediatamente. —Renia devoró cada palabra—. Te lo explicaré todo cuando estés aquí.»

En cuestión de horas, Renia se puso en contacto con Antek e hizo el equipaje. Le proporcionaron un permiso de viaje falso a un precio desorbitante, y otros dos por si había alguien más vivo en Będzin. También le dieron miles de marcos para posibles imprevistos: *schmaltzovniks* , sobornos policiales, alojamiento, comida, equipo, ¿quién sabía lo que iba a necesitar?

De nuevo el trayecto en tren. En cuanto llegó, acudió a la dirección de la postal de Ilza, la casa de un mecánico polaco que trabajaba en la lavandería del kibutz. El tipo se había mantenido en contacto con los miembros de Libertad durante toda la guerra, siempre dispuesto a ayudar. Todos conocían sus señas.

Renia oyó a *frau* Novak, la dueña de la casa, manejar con torpeza una llave. A duras penas pudo contenerse.

Se abrió la puerta. Silencio. Sentadas alrededor de una mesa había dos figuras solitarias, demacradas y ojeras. Pero se alegraron de verla.

Eran Meir Schulman y su esposa, Nacha. <sup>2</sup> Meir no era miembro del movimiento, pero era un amigo comprometido. Había sido su vecino en el kibutz. Era una persona muy capaz, un perfeccionista, según Renia. Había utilizado sus conocimientos en tecnología para ayudar a construir los búnkeres y a instalar radios secretas. También limpiaba y arreglaba sus armas estropeadas y gastadas. Cuando recibieron instrucciones de Varsovia de fabricar explosivos, fue Meir quien les proporcionó el material necesario. Fabricó sellos de goma falsos e intentó imprimir dinero falso.

Allí estaba ahora sentado, con la respuesta a sus preguntas acuciantes, o eso esperaba ella: ¿dónde estaban todos? ¿Qué había ocurrido durante la deportación? ¿Qué había sido de los combatientes? ¿De Sarah?



Chajka tenía su propia versión de los hechos. <sup>3</sup>

Unas semanas antes, a las tres de la madrugada de un domingo, se oyeron disparos.

Incluso ella se sorprendió. No podía creer que los nazis les arruinaran el día festivo. Todos se despertaron. Zvi Brandes sacó un puñado de armas del búnker.

—¿Por qué tan pocas? —le preguntó ella.

Resultó que no estaban preparados. La mayoría de las armas de fuego se encontraba en otro lugar; en el refugio de Libertad de la casa de Hershel no había ninguna. Chajka se puso furiosa.

—¿Hemos estado cortejando la idea de la *haganá* para que ahora nos encontremos con las manos vacías...? No dejaremos que nos deporten. Haremos una estupidez, tal vez solo se disparará un tiro, pero pasará algo, algo tiene que pasar.

Uno de los combatientes del gueto de Varsovia que estaba con ellos tomó un arma e, indignado por lo sucia que estaba, se puso a limpiarla.

Todos bajaron las escaleras. Eran veinte. Cogieron dos hogazas de pan y una jarra de agua, y se introdujeron en el búnker de La Joven Guardia a través del horno.

Era pequeño y estaba sin acabar. El hacinamiento era insoportable.

Cerraron la puerta del horno detrás de ellos. Por un orificio entraba un fino hilo de aire. No había ningún cubo. A Chajka le indignó la humillación. Verse obligados a orinar en el mismo lugar donde dormían parecía peor que las torturas más brutales.

El escondite se encontraba justo debajo de la intersección de dos calles. Los nazis entraron una y otra vez en el edificio y lo registraron. Golpearon con los picos e intentaron abrir el horno. Empezaron a demoler el suelo justo por encima de su cabeza. Zvi buscó su arma y ordenó al combatiente de Varsovia que se preparara.

—Huid —les dijo a todos—. Si lo lográis, estupendo; si no, mala suerte.

Contuvieron la respiración. En cualquier momento su existencia podía volar en pedazos. Una banda sonora ininterrumpida de disparos.

Se prolongó durante tres días enteros. Diez veces al día.

Sin noticias del exterior. No había posibilidad de ponerse en contacto con los otros escondites de la ŻOB. Temían ser los últimos judíos. Zvi decidió ir a comprobar el kibutz de Libertad. Chajka y los camaradas estaban aterrados por él, su amado y respetado líder, hermano y padre.

Él se marchó. Otro día horrible de golpes con hachas y picos, «respiración contenida, miedo mortal y tensión nerviosa». Después de trabajar tres horas cerca de su búnker, los nazis levantaron la mitad del suelo y les gritaron que salieran. Pánico. Chajka aunó toda su fuerza de voluntad para calmarlos a todos. Un débil susurro:

—Al suelo.

Obedecieron. «Instintivamente había tomado el mando —escribió más tarde—. Contaba con que les pudiera la pereza y no quedé defraudada.» Los alemanes se marcharon.

Regresó Zvi, lo que supuso un alivio tremendo. Pero no había suficientes suministros. El grupo se había quedado sin agua. Se abrió la trampilla. Se oyeron disparos. Había alguien en el pasillo. No podían moverse. Pero sin agua se morirían. Levantaron la puerta del horno haciendo «un ruido espantoso». Todos se quedaron aterrados. Zvi, siempre el primero, salió con otro hombre. Regresaron con agua. Menos mal.

¿Y ahora qué? «¿Cuánto tiempo podremos aguantar en esta mazmorra?» El aire estaba demasiado cargado. La gente se sentía cada vez más débil. Miraras donde miraras, dijo Chajka, era el infierno, «no importaba si habías oído hablar de él o lo habías visto en un cuadro».

Eran una masa de figuras sedientas, de rostros individuales irreconocibles en la oscuridad. «Pueden verse cuerpos jóvenes, desnudos o semidesnudos, tendidos sobre harapos. Muchas piernas, una al lado de la otra. [...] Brazos también, muchos. [...] Palmas húmedas y pegajosas presionándote —escribió Chajka—. Es asqueroso. Y la gente hace el amor aquí mismo. Podrían ser sus últimos minutos. Dejemos que al menos se despidan.»<sup>4</sup> Chajka no pudo contenerse y les reprochó a Zvi y a su novia Dora su falta de dedicación, el tiempo que habían perdido todos.

Al día siguiente volvió a acabarse el agua. Esta vez no había nada por encima del suelo. Los nazis habían cortado el suministro. Pesa, la hermana de Zvi, tuvo un episodio histérico, gritando a pleno pulmón a los nazis que la mataran de una vez. Todos intentaron callarla, pero fue inútil.

Zvi decidió que tenían que trasladarse al búnker del kibutz de Libertad. Se marcharon Dora y una mujer llamada Kasia. Zvi y su hermana. Chajka salió del horno con un camarada, Srulek. Al principio el camino estuvo



despejado. De pronto unos cohetes iluminaron toda la calle. Disparos, sirenas a todo volumen, metralla y piedras, procedentes de todas las direcciones. Se echaron al suelo. A Chajka le latía con fuerza el corazón. ¿Por qué tenía que morir así sin haber hecho nada, sola en un campo, huyendo en lugar de combatiendo? La zozobra, la soledad, todo era dolorosamente insoportable. Pero en su vida también había habido cosas buenas, se dijo mientras yacía en el suelo. Había tenido compañeros, una intimidad profunda, momentos maravillosos con David. Ahora ella también recibiría un disparo, estaba destinada a morir como él. «Mala suerte», se dijo.

De alguna manera, logró arrastrarse hasta un edificio cercano y entró en un piso. Se palpó el cuerpo; ¿era posible que todavía estuviera viva? Srulek y ella se besaron para celebrarlo, bebieron agua. Lograron llegar al kibutz de Libertad. Eran las tres en punto. Ahí estaban todos. Veinte personas o más.

A la hermana de Zvi la instalaron en un piso alto con la esperanza de que el espacio abierto la calmara, pero todavía estaba histérica. La había encontrado un nazi.

Zvi le había disparado por la espalda.

«El primer disparo —escribió Chajka—. Estoy tan orgullosa. Tan contenta.»

Su alegría duró poco. Había caído un alemán, pero antes de que Chajka pudiera recuperar el aliento se enteró de que habían matado a muchísimos camaradas. «Se suponía que iríamos todos juntos, no así, como pedazos de carne viva y sana que se arrancan uno a uno —escribió más tarde—. Íbamos a hacer algo, algo grandioso. Me pone furiosa, grita dentro de mí y me destroza las entrañas.»

Ese nuevo escondite, donde se habían refugiado Meir y Nacha, era peor que el que ella acababa de dejar. No había armas de fuego, aparte de las dos que habían llevado ellos.<sup>5</sup> El ambiente estaba cargado y olía a sudor. Todos tenían la piel brillante. Deambulaban medio desnudos, en pijama o camisa. Casi todos estaban tumbados en el suelo, como cadáveres. Chajka apenas podía respirar y agradeció el ventilador eléctrico cuyas aspas giraban sin parar —chop, chop, chop—, un pequeño alivio. Además, había

una cocina de verdad con un hornillo eléctrico. Todos estaban abúlicos, pero Chawka Lenczner,<sup>6</sup> la médica de Libertad, cocinó sémola para Aliza Zitenfeld. Los miembros del grupo, entre los que se encontraba la hermana de Renia, Sarah,<sup>7</sup> se juntaban para compartir comidas calientes en lugar de rebanadas de pan. A Chajka le gustaba Chawka, que se plantaba junto a la estufa caliente y cuidaba a los camaradas, les vendaba las heridas, les daba polvos de talco para la piel y les ordenaba que se lavaran para que no se propagaran los piojos. «Daba gusto mirarla, tan limpia y amable», recordó Chajka con cariño. Al principio Chajka se había enfadado con Hershel por retenerla en el búnker cuando habría podido pasar perfectamente por aria, pero él le había contestado que sin ella todos estarían acabados.

Chajka miró alrededor: los muertos vivientes. No podía soportarlo.

«Quiero exhalar mi último suspiro al aire libre, contemplar una vez más el cielo y tomar agua y aire hasta saciarme», pensó. La asfixia, la sed y la incesante oscuridad eran abrumadoras. «No me subiré a un vagón mientras viva.»

Por la noche abrieron la trampilla. Chajka salió con los chicos, eufórica por respirar «aire fresco y saludable, lleno de vida». Respiró lo más profundamente que pudo, con la esperanza de absorber tanto como fuera posible y guardarlo para más tarde.

De pronto, disparos.

Unos cohetes iluminaron el edificio. Chajka se retiró. Luego se enfadó consigo misma por asustarse y se obligó a salir de nuevo. Vio la luz brillante de los barracones, el centro de deportación donde los alemanes subían a los judíos en trenes. Focos. Torres de vigilancia. No había forma de escapar. Más cohetes. Chajka se rio con ganas: eso era el frente. Los nazis estaban lanzando una ofensiva en toda regla contra unos judíos sedientos y desarmados que se escondían en búnkeres. Una ofensiva que, por supuesto, ganarían ellos.

Los chicos regresaron con agua. Habían arriesgado su vida por ella y Chajka decidió que la próxima vez los acompañaría. Todos volvieron a meterse en el sótano. Ella había creído que era mejor tomar aire fresco, pero en realidad fue peor, porque sus pulmones tuvieron que readaptarse. Además, en el búnker había alboroto: las mujeres discutían por trapos con

la escotilla nada menos que abierta. ¡Qué ridículo! Chajka se puso tan furiosa que se echó a llorar. ¿Por qué tenía que quedarse allí sentada con esa gente? ¿Dónde estaban las personas a las que tanto había querido? David. Las hermanas Pejsachson. Quizá era mejor que no estuvieran allí para ver sus sueños destrozados, razonó. Luego se dijo que con ellos habría sido diferente, naturalmente, y se entristeció más de lo que creía que podía soportar su corazón.

Estaban sentados bajo tierra. ¿Qué sentido tenía? Se asfixiarían. Fuera seguramente estaba todo *Judenrein*, «limpio» de judíos. El suministro de agua no era fiable y faltaba el aire. Los descubrirían. Morirían allí dentro. Cada día echaban a suertes qué pareja debía intentar llegar al lado ario. Nadie quería ir; nadie tenía ningún deseo de separarse del grupo. No tenían direcciones ni ningún lugar seguro al que acudir. Se quejaban de que no estaban preparados para huir hacia lo desconocido. «Pensábamos que iríamos todos juntos», decían. La tristeza de Chajka era tan abrumadora como su ira. Todos eran unos cobardes. No hacían nada. No habían recibido noticias de nadie. ¿Había alguien más vivo?

Un camarada salió a ver qué podía averiguar. Regresó horas después, jadeando. Según informó, todavía había unos cuantos judíos trabajando en un campo que habían abierto a propósito para retirar del gueto cualquier posesión que les quedara a los judíos.

Un día le llegó el turno a Chajka. El grupo iba reduciéndose. No podía seguir aplazándolo. Quería irse con Zvi o con Hershel, pero Aliza Zitenfeld no paraba de posponerlo. Podría ir con el hermano y la hermana de Zvi. ¿Debería hacerlo? ¿Era el momento?

De la nada se elevó un grito. Había alemanes cerca. Estaban cavando en el carbón. Se abrió la trampilla.

Los habían descubierto.



Un camarada prófugo había organizado un plan con Wolf Bohm, que dirigía el campo encargado de la liquidación del gueto. Envío a un judío para que los sacara del búnker y los llevara al campo, pero lo acompañaban dos nazis.

Chajka, que no estaba al corriente del trato, <sup>8</sup> no podía entender cómo habían dado con ellos.

Conmoción. La gente agarraba maletines y fardos. Decidieron que saldrían primero las jóvenes y los niños. Chajka deslizó un vestido sobre su cuerpo desnudo, pero no tenía zapatos ni nada. Meir y Nacha abrieron una segunda salida y Chajka estaba a punto de seguirlos cuando, ¡pum!, la cerraron de golpe. Demasiados guardias.

Al final Chawka salió. Regresó enseguida, nerviosa y tartamudeando. Los nazis le habían preguntado si Hershel estaba dentro y le habían prometido que, si salían todos a la vez, los mandarían a una calle cercana a la fábrica de Rossner. Chajka intuyó correctamente que Bohm estaba detrás de esa maniobra. Un rayo de esperanza, pensó. Pero ¿qué pasaba con las armas de fuego? Zvi le gritó a Meir que tomara la suya y se fuera, pero él se negó y la escondió debajo de los catres. La gente salía apresurada. Hershel y Zvi estaban confundidos. Hershel repartió entre ellos una gran cantidad de efectivo. «Nunca había visto tanto dinero junto», escribió Chajka más tarde.

9

Salió. En la entrada había tres nazis. Registraban a cada judío y se quedaban con todo el dinero. Aliza, pálida, preguntó en voz baja si iban a trasladarlos a la calle de la fábrica de Rossner. Chajka observaba desde el depósito del carbón, preguntándose qué debía hacer con su parte del dinero. Le preocupaba que los alemanes estuvieran quedándose con todos sus ahorros. ¿Dónde podía esconderlo ella? ¿En las bragas?

—¿Qué hago con mi pistola? —le preguntó Pesa deteniéndose a su lado—. Me la han dado pensando que no cachearían a las chicas.

Chajka se quedó helada. ¿De quién había sido esa ocurrencia tan estúpida? Esa arma debería haber sido utilizada o escondida bajo tierra. Chajka le dijo que la enterrara en el carbón. Al pensar en ella perdió la concentración, y los nazis le arrebataron inmediatamente todo su dinero.

Luego se acercaron al carbón, introdujeron la mano y sacaron una bolsa manchada de sangre roja.

El arma.

—¡Entonces tenéis con qué atacarnos! —le gritó un nazi.

Las chicas se echaron a llorar.

—No es nuestra. Alguien la ha puesto allí para inculparnos.

—Es repugnante —murmuró otro nazi—. Íbamos a ayudaros y vosotras solo pensabais en matarnos. <sup>10</sup>

Estaban perdidas. Chajka se metió de nuevo en el búnker. A Zvi le estaba entrando el pánico. No encontraba la otra pistola. Creía que la había guardado en un maletín. Todos la buscaron frenéticos.

El combatiente de Varsovia volvió a bajar.

—Los tienen a todos en el suelo y amenazan con ejecutarlos a menos que salgáis.

Silencio.

—Iré yo. Yo me ofreceré —dijo Zvi. Y salió del búnker.

Meir y Nacha se negaban a rendirse. «Está bien. Iré yo», decidió Chajka.

Había doce personas tumbadas en el suelo, con los brazos abiertos. Chajka se unió a ellas.

—¿Hay alguien más dentro?

Enviaron a Hershel para comprobarlo.

—No hay nadie. —No podía delatar a Meir y a Nacha.

El nazi bajó una escalera, cogió un maletín e introdujo una mano en él. El arma. La sacó y se echó a reír.

—No es tuya, ¿verdad?

Buscó dentro del maletín y sacó una fotografía de Aliza Zitenfeld.

—¡Qué torpeza, dejar la foto! —se burlaron riéndose a carcajadas.

—No es mía —empezó a decir Aliza.

Chajka bullía de ira; al menos podría haber intentado ser valiente.

El nazi la señaló.

—¿Y tuya?

«El destino ha dictado sentencia», pensó ella. Era un hecho consumado.

—¿Qué es?

Él no respondió, pero le dio dos patadas y la golpeó con un palo. Ella solo chilló al final, cuando vio lo furioso que se estaba poniendo el hombre.

En el suelo, alzó la mirada y abarcó todo el cielo, convencida de que era la última vez que lo veía.

Los alemanes les ordenaron a todos que se pusieran de pie. A Chajka le prohibieron ponerse los zapatos o coger el maletín. Tenía el vestido sucio por haberse tumbado en el suelo.

Le ordenaron que fuera la última, golpeándola por detrás con la culata de un rifle.

—Voy a acabar con ella ahora mismo —dijo uno de ellos.

—Olvídate de ella —replicó el otro—. No nos dejemos llevar por la emoción.

En fila india, llegaron a la plaza que había frente al cuartel.

Soldados, oficiales. Todos los apuntaban.

Aliza lloraba, suplicaba.

—Cálmate, idiota —siseó Chajka—. Ten un poco de dignidad.



El gueto estaba desierto. La *Aktion* había empezado hacía una semana. Llamaron a soldados especialmente entrenados para que sacaran a los judíos a rastras de los búnkeres. Los condujeron a todos hasta unos vagones de ganado cubiertos, menos a los miembros del *Judenrat*, que viajaron en coches de caballos. La gente intentó escapar. Rossner escondió a quinientas personas, pero las capturaron a todas. A algunos judíos los enviaron a campos de trabajos forzados; un reducido número se quedó en Kamionka para vaciar los pisos del gueto. A los deportados los mantuvieron en un barracón donde tenían libertad de movimientos, pero al grupo de resistentes los dejaron sentados en el suelo fuera, sin poder moverse, vigilados por guardias como si estuvieran «en un zoo».

Chajka vio a la gente «correr como animales salvajes hacia los cubos de agua». La sed era insoportable. No habían tenido agua como era debido en semanas, y bebieron agua de la lluvia o incluso orina. Chajka se compadeció de los ancianos y los niños, tan asustados y mugrientos.

Los judíos intentaron sobornar a los alemanes para conseguir trabajo. Pero no les quedaba nada con qué hacerlo. El grupo de Chajka se ofreció voluntariamente; los ignoraron. Chajka quería vivir, pero ¿cómo? No creía en los milagros.

Los nazis las llamaron a ella y a Aliza.

Eso era todo. La ejecutarían.

—Adiós —dijo, y salió toda ufana, con la cabeza bien erguida.

La llevaron al edificio de la antigua milicia, un lugar cerrado, sin testigos. Entró Aliza. A ella le dijeron que esperara fuera. Pasó un empleado del *Judenrat* con aire asustado.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Nada, que quieren ejecutarme —respondió Chajka.

—¿Y eso por qué?

—Han encontrado algo en nuestro búnker.

Él llevaba una bandeja con manzanas. Chajka alargó tranquilamente el brazo, cogió una y la mordió. Él la miró como si estuviera loca. ¿Lo estaba? Mientras masticaba, la hicieron entrar en el edificio. Ella tiró al suelo el corazón de la manzana y ensayó la frase que pensaba pronunciar justo antes de morir: «Asesinos, llegará el día de vuestro juicio final. Nuestra sangre será vengada. Vuestro fin está cerca».

Mientras Chajka caminaba hacia el lugar de su ejecución, quiso gritar, pero estaba desierto, nadie la oiría. Se controló por el bien de los demás. Aunque no se lo habían ordenado, se mantuvo callada. Y autocrítica.

Vio a Aliza en un rincón. Ensangrentada. Fuertemente golpeada.

Destrozada.

Chajka comprendió que iban a torturarla a ella también.

Le indicaron que se tumbara. Llegó la orden: matarla a palos. Empezaron los golpes. Por todo el cuerpo. Implacables, feroces. Luego en la cabeza. Quería contenerse de gritar y demostrar «de lo que era capaz una judía despreciable».

Pero ellos no sabían que era judía y tuvo que reivindicar su inocencia.

—¡Dinos de quién es esta pistola y te dejaremos en paz!

—No lo sé —respondió ella—. Soy inocente. ¡Mamá! ¡Mamá!

Al final pararon y volvieron con Aliza. «Debo de ser un animal vil —escribió Chajka más tarde—, porque no reaccioné.» ¿Cómo pudo cubrirse la cara y no acercarse y abofetearlos por golpear a su amiga? Pero estaba demasiado dolorida y sentía, además, una alegría perversa; estaba segura de que podría soportarlo.

Entonces empezaron de nuevo con ella. Se acercó un nazi. «Un galgo alto y delgado —escribió ella—. [Los] familiares ojos de un fisgón.» Chajka le dirigió una mirada burlona. A ella le pareció que la golpeaba por eso.

En la mejilla, el rostro, los ojos. Brotó sangre. «Un centímetro más y habría perdido el ojo.» Él le rodeó el delgado cuello con brazos vigorosos, estrangulándola. Ella empezó a jadear. Él dejó de apretar. «Yo estaba a punto de averiguar en qué momento se muere —reflexionó—. Siempre había sentido curiosidad por saber cuándo empezaba la agonía.» Pero él dejó de asfixiarla y se la llevaron. Oyó mencionar Auschwitz.

Apenas pudo arrastrarse hasta el grupo. Cuando los camaradas las vieron a ella y a Aliza, se echaron a llorar.

Los que tenían toallas o camisas se las ofrecieron a Chajka para que se sentara encima. Tenía el cuerpo «duro como una piedra, como caucho. Y negro. No amoratado, sino negro —describió—. En lugar de sentarme, me acurruqué como un gato sobre Pesa». Sin abrigo, ni zapatos, ni medias. Estaba oscuro y hacía frío. Los soldados estaban destrozando muebles viejos para hacer una hoguera.

De repente Zvi se puso de pie.

Corrió tan deprisa que los ojos de Chajka no pudieron seguirlo.

¡Estaba huyendo!

Hubo alboroto entre los soldados. Disparos, carreras. El comandante estaba indignado.

—Persígalo y tráiganlo de vuelta, vivo o muerto.

Pasaron los minutos. A Chajka le palpitaba con fuerza el corazón. Los soldados regresaron. Estaba demasiado oscuro para verles el rostro, pero oyó a uno decir:

—¡Ya está! ¡Lo he alcanzado!

Chajka se dijo a sí misma que podía no ser cierto; tal vez solo presumía. Sin embargo, en el fondo de su corazón sabía que Zvi estaba muerto. Habían perdido al mejor de todos: un compañero, un verdadero cabecilla. Su queridísimo amigo.

Su hermana y su hermano se sentaron a su lado.

—¿Qué decían?



—No lo sé —mintió Chajka.

Se quedó sentada, con las entrañas huecas. «Si alguien me hubiera golpeado —escribió— tal vez habría habido eco.»

En la oscuridad, centró sus pensamientos en la vida de los soldados, en una posible fuga, en su curiosidad por averiguar lo que sucedía en Auschwitz. Se prometió a sí misma que nunca iría allí, que antes echaría a correr, saltaría o se pegaría un tiro. Más tarde, en el cuarto de baño, consideró gatear hasta la lavandería y salir a escondidas. Pero el guardia estaba demasiado cerca. Le faltó coraje. Pensó en Zvi. El día siguiente podría ser demasiado tarde.

Llegó el día siguiente y el tormento se reanudó. No había comida. Suplicaron que les dieran agua. Los judíos que pasaban podrían haberles dado algo, pero se mantuvieron a distancia y miraron hacia otro lado. ¿Esa era la nación por la que quería morir? Por otra parte, lo entendía. Los nazis los habían hecho de esa manera.

Al final el guardia alemán se apiadó de ellos y les ordenó que se levantaran. Les dio agua y un poco de comida para los niños de Atid.

Por la tarde llegaron los nazis. Se llevaron a un grupo de cuatro hombres. Chajka supuso que los ejecutarían de cuatro en cuatro.

Pero no. Los hombres regresaron llevando algo a cuestas.

El cadáver de Zvi.

Para demostrar de lo que son capaces.

Su hermana lloraba. Chajka quería que parara; que los mirara a la cara con orgullo.

Pero algo bramaba en su interior. «Toda la piel de la cabeza se me ha vuelto insensible... Creo que mi pelo está a punto de volverse gris.» A los chicos que lo cargaban parecía que les iban a fallar las piernas. Zvi tenía el rostro desfigurado, «el cuerpo mutilado y lleno de agujeros como un colador». Su amigo querido y justo. Hershel lloró.

Enviaron a los chicos a cavar fosas, sus propias tumbas, supusieron. En diez ocasiones ese día pensaron que los alemanes estaban allí para matarlos. «La espera era peor que la muerte», escribió Chajka. Por la noche llegó una orden. Chajka debía entrar en el barracón. Se mezclaría con los otros judíos, y a la mañana siguiente la trasladarían a Auschwitz.

Le entró el pánico. ¿Se echaría atrás en su promesa e iría a Auschwitz? ¿Por qué había esperado tanto? Fuera al menos había una posibilidad de escapar. ¿Podría mezclarse con la multitud y salir corriendo? Hershel la consoló; no se los llevarían tan pronto.

A la mañana siguiente, los judíos cogieron sus toallas y se lavaron la cara como si fuera un día normal. Chajka estaba indignada. «¿Por el amor de Dios, rebelaos! Saltad por una ventana...» ¿Por qué estaban todos tan tranquilos? Se rumoreaba que el tren llegaría a las diez en punto de la mañana.

¿O solo se criticaba a sí misma? Debería haber echado a correr.

Entre los deportados, reparó en un joven astuto llamado Berek. Tenía una mirada honesta y ella confió en él. Solía verlo salir con un destacamento de trabajo y aquel día lo siguió. Él estaba deseando ayudar y se ofreció a escoltar a las chicas hasta la cocina. Con la cara herida, Chajka llamaba demasiado la atención para ir. Los hombres se fueron a trabajar y ella presionó a Hershel para que las acompañara, pero él se quedó.

Casi las diez. Berek estaba parado con caballos junto al barracón.

Ella tenía que irse.

Esperó y esperó el momento adecuado. De repente, una avalancha de gente. Berek le guiñó un ojo.

«Huye.»

Ella lo hizo; se acercó a él.

—Ve al edificio de la cocina —le susurró él.

—Ven conmigo.

—No —insistió él—. Ve tú sola.

Chajka se fue.

Delante de la puerta había apostado un soldado. La dejó entrar.



Aliza, Pesa, Chawka, el combatiente de Varsovia y Sarah, la hermana de Renia, se reunieron con Chajka en la cocina. Le pidieron al miliciano que fuera a buscar a Hershel. Luego llegó el comandante. Chajka sabía que al verle la cara la enviarían de vuelta. Aliza se escondió, pero ella no lo hizo. No podía más.

El comandante la miró largo rato y luego meneó la cabeza.

—Caras nuevas —dijo—. Pero [está bien,] pueden quedarse.

A las diez en punto, los convoyes salieron hacia Auschwitz. Hershel iba en ellos. «Qué extraño —reflexionaría Chajka más tarde—. Un recorrido de dos minutos del barracón a la cocina me ha salvado por el momento de Auschwitz y de la muerte. ¡Qué extraña es toda nuestra vida!»



En la casa del mecánico polaco, Meir le contó a Renia cómo, después de que hubieron sacado del búnker a los demás, Nacha y él estuvieron varios días escondidos debajo de los catres antes de huir e ir allí.

—Tenemos un poco de dinero —añadió—. Pero ¿qué será de nosotros cuando se acabe? <sup>11</sup>

Sabían que en Będzin todavía había un par de chicas de La Joven Guardia disfrazadas de gentiles. Eso era todo lo que sabían, y no habían tenido noticias de los que se habían reunido en la cocina.

En los escritos de Renia de la década de 1940 no menciona a su hermana Sarah, tal vez por motivos de seguridad, porque estaba tan angustiada que le resultaba difícil escribir sobre ella, o por respeto al movimiento, ya que se suponía que no se debía dar trato preferente a los hermanos de sangre sobre los camaradas. Pero ¿qué había sido de ella? ¿Estaba muerta? ¿Había algún otro Kukielka vivo? ¿O Renia estaba totalmente sola?

De hecho, iba a perder la cabeza.

Afortunadamente, en ese momento llegó Ilza al piso del mecánico. Llorando, agarró a Renia y la abrazó, y las palabras le salieron de los labios demasiado deprisa para poder contenerlas.

—Han muerto Frumka y nuestros camaradas.

Ilza se sentó con Renia y le habló de un búnker diferente, <sup>12</sup> «el búnker de los combatientes», debajo de un pequeño edificio sobre una pendiente, un edificio modesto y feo rodeado de hierba. Frumka y otros seis camaradas de Libertad estaban viviendo en un sótano bien camuflado debajo de ese

edificio. Era la mejor construcción del equipo, con una entrada extraordinariamente bien escondida en la pared, así como electricidad, agua y un calentador.

Los siete estaban siempre atentos a los ruidos que llegaban del exterior, y el cabecilla de Libertad, Baruch Gaftek, montaba guardia junto a una pequeña grieta. De repente, oyeron voces alemanas: se habían detenido justo encima y retumbaban con fuerza.

¿Habían visto luz a través de una rendija?

—¡Contraataquemos antes de caer! —gritó Baruch lleno de rabia, sin pensarlo. Y amartilló su arma y disparó a través de la abertura.

Dos alemanes cayeron al suelo, que tembló con el impacto de sus cuerpos robustos.

La novia de Baruch lo abrazó por detrás con tanta fuerza que los demás oyeron cómo les crujían los huesos.

El eco de los disparos llamó la atención. Un grupo de alemanes jadeantes rodeó la casa, pero sin acercarse demasiado. Se llevaron los dos cadáveres nazis, furiosos y asombrados de que todavía hubiera judíos dispuestos a luchar.

Frumka, que fumaba un cigarrillo tras otro a pesar de que estaba prohibido hacerlo dentro del búnker, se mantuvo más erguida que ninguno. Sostenía el arma, dura y fría, con un brillo inusitado en sus ojos tanto tiempo deprimidos. <sup>13</sup>

—¡Sed precavidos —gritó—, pero matad a unos cuantos y morid de una muerte digna!

Los camaradas amartillaron sus armas y dispararon.

Sin embargo, los nazis, decenas de ellos, les tendieron una emboscada a base de granadas y bombas de humo. Se hizo de noche en el búnker. Con la bruma de las bombas y las llamas de la casa que ardía por encima de ellos, a los combatientes les empezaron a escocer los ojos. Se ahogaban. Se llevaron las manos a la garganta y gritaron que no podían usar sus armas.

—¡Bárbaros! —chillaron lanzando hábilmente una granada.

Pero los nazis se apartaron de un salto. Luego utilizaron una bomba especial llegada de Auschwitz para llenar el búnker de agua y ahogarlos a todos.

«La casa ardía —describió Ilza—. El humo oscuro se elevaba al cielo, y con él, el hedor a cuerpos y pelo chamuscados. Se oían disparos, suspiros, gritos, gemidos, maldiciones, voces alemanas... era ensordecedor. En el aire flotaban plumas de almohada. Un mar de llamas.» <sup>14</sup>

La Gestapo ordenó a la milicia judía que apagara el incendio; un alemán acercó el cañón de su revólver al miliciano Abram Potasz, miembro de la unidad de cadáveres, y le ordenó que sacara los cuerpos. Abram se introdujo en el búnker a través de un boquete abierto por una ráfaga de ametralladora disparada de forma sostenida durante treinta minutos. En el suelo, cuerpos negros y carbonizados, algunos medio vivos, agitándose y retorciéndose, apenas reconocibles como humanos. Abram vio cráneos aplastados con los sesos desparramados. «Un gemido inhumano, parecido al zumbido de todo un escuadrón de aviones, brotaba de las bocas de los *jalutsím* [pioneros] postrados», describió más tarde. <sup>15</sup> Las almohadas y los edredones se habían incendiado con la descarga de balas, desprendiendo una columna de humo espeso. Con los dientes apretados, Abram sacó al jardín los cuerpos desfigurados, uno por uno. Frumka, medio quemada, seguía empuñando un revólver de seis balas.

Siete esqueletos con ampollas, cabezas rotas, cráneos expuestos, ojos paralizados. Abram recibió órdenes de colocar los cuerpos boca arriba y de desnudar a las mujeres.

Frumka levantó la parte superior del cuerpo, pues la inferior la tenía completamente quemada. Orgullosa, quiso hablar, pero tenía una expresión horrible y parecía ciega. Murmuró algo, miró alrededor y dejó caer la cabeza. Uno de los hombres de la Gestapo se inclinó para escucharla por si daba alguna información útil. Pero un segundo hombre se acercó con brusquedad y le clavó en la cara su pesada bota, riéndose. Le pisoteó el cuerpo «con perfecta calma sádica y estoica». <sup>16</sup> Luego le dispararon en la cabeza y el corazón, atacando una y otra vez su cuerpo sin vida.

La Gestapo acribilló los siete cadáveres con siete ametralladoras. Pero dejar los cuerpos «como coladores» no les pareció suficiente. Chajka describió cómo pisotearon los cadáveres medio muertos. «Se abalanzaron sobre ellos como hienas sobre carroña», pateándolos y disparándoles hasta

que sus caras eran una «masa roja y viscosa de sangre y carne», y sus cuerpos, «pedazos de seres humanos azules, ensangrentados y destrozados».

17

Al día siguiente enviaron los restos del cuerpo de Frumka a Auschwitz para incinerarlos.



En las fechas en que Renia regresó a Będzin y se alojó en el piso del mecánico, Chajka seguía viva <sup>18</sup> y trabajaba en la cocina del campo encargado de la liquidación, preparando la comida de los que vaciaban los pisos judíos ya desocupados. Era la última cabecilla de La Joven Guardia y del movimiento de la resistencia de Będzin. Los demás judíos se compadecían de ella, pero la incitaban a que huyera, pues temían que los mataran a todos si la Gestapo recordaba quién era. Siempre que el que la había golpeado entraba en los dormitorios, ella se escondía debajo de la bañera.

Exploró los barracones donde guardaban las pertenencias de los judíos asesinados. «El ritmo y la organización de los alemanes» la dejaron sin habla. Visitó toda una serie de casetas, cada una dedicada a un determinado tipo de objeto, como en una galería de arte. Chajka describió más tarde la meticulosidad: «En un barracón hay utensilios de cocina azules cuidadosamente colocados. Los han clasificado por calidades». Había barracones para ollas, cristalería, prendas de seda, cubertería, de todo. Cuando le pidieron que se hiciera cargo de la clasificación, quiso romper las vajillas de porcelana en mil pedazos. Entraban en el campo mujeres alemanas enfundadas en trajes de chaqueta y pieles de zorro judíos robados para seleccionar objetos para sus familias, y presumían, tratando de demostrar su gusto superior.

A Chajka no le caían mejor las judías «elegidas»: las chicas guapas que trabajaban en las cocinas y a las que les daban ganso y pasteles rellenos para comer, vestidos, una habitación individual y tres almohadas. No compartían nada con nadie. «¡Oh, putas judías! —escribió más tarde—. Os estrangularía.»

En un ambiente de selecciones continuas, cada judío hacía equilibrios sobre la línea delgada que separaba la vida de la muerte. La vida en el campo era particularmente frenética y moralmente corrupta: palizas, robos, saqueos de hogares judíos, ventas en el mercado negro. Por no hablar de los judíos hedonistas que vivían el presente y se atiborraban de comida y sexo. Vodka, vino. Los hombres acosaban continuamente a Chajka. «¡No, no quiero estar contigo! —quería gritarles a todos—. No quiero darme ese gusto antes de morir. Me entran ganas de vomitar.»

A los soldados que habían permanecido estacionados en Będzin los mandaron al frente, seguramente para detener los avances rusos. Llegaron nuevos soldados, mayores. Chajka hizo amistad con ellos. Ellos también sufrían. No se creían las historias de los asesinatos masivos, y ella, tal como le había pedido el movimiento, se ocupó de correr la voz, y de ilustrar a los alemanes y contarles exactamente lo que estaban haciendo.

## CAPÍTULO 24

### LA RED DE LA GESTAPO

**Renia**

AGOSTO DE 1943

Pero ¿cómo sacarlos?

Desesperada y nerviosa, Renia no pensaba más que en ayudar a los camaradas del campo que estaba a cargo de la liquidación. <sup>1</sup> Se había enterado de que, además de Chajka, allí también estaban Chawka Lenczner, los niños de Atid y hasta su hermana Sarah. Todos los días deportaban a más judíos a la muerte. Pero no conocía a los guardias ni sabía cómo era el acceso; no podía entrar ella sola.

Preguntó frenética y oyó hablar de un tal Bolk Kojak, miembro de la Juventud Sionista (Hanoar Hatzioni), <sup>2</sup> un grupo no tan politizado de jóvenes sionistas que estaba enfocado en el pluralismo y el rescate de los judíos. Bolk conocía a varios guardias y todos los días entraba y salía del campo. Vivía en el lado ario de Będzin, disfrazado de católico. Había sido amigo de varios miembros de Libertad, y Renia rezó para que la ayudara o al menos la asesorara. Llevándose consigo a Ilza, Renia «se quedó en la calle como un perro» durante dos días, esperando a verlo. De pronto, Kojak apareció a lo lejos, y Renia se levantó de un salto y corrió hacia él, rebosante de esperanza.

Caminaron juntos como si estuvieran en un paseo marítimo y luego se sentaron en un banco del mercado. Actuaron con naturalidad, pero al reparar en que había dos mujeres polacas mayores sentadas cerca se pusieron a susurrar.

—Por favor, ayúdeme —le suplicó ella.

—Mi prioridad es rescatar a los miembros de la Juventud Sionista —respondió él partiéndole el corazón.



Estaba tan cerca de conseguirlo... Pero no se rindió. Como siempre, hizo todo lo posible por salirse con la suya.<sup>3</sup> En voz baja suplicó y negoció. Finalmente, le ofreció varios miles de marcos si salvaba como mínimo un kibutz de Libertad.

—Vuelvan a reunirse conmigo pasado mañana —respondió él—. A las seis de la mañana.

Se separaron, Bolk en una dirección y Renia e Ilza en la otra. Ellas apretaron el paso para tomar el tranvía hasta la cercana ciudad de Katowice, donde tenían previsto pasar la noche. De repente aparecieron las dos mujeres que habían estado sentadas en el banco.

—Sois judías, ¿verdad?

Empezaron a perseguirlas, seguidas de un grupo de niños.

—¡Judías! ¡Judías! —les gritaban.

—Corramos —le susurró Ilza.

—No. —Renia no quería levantar sospechas.

Se dirigieron rápidamente a un edificio vacío que había estado ocupado por judíos. A esas alturas las perseguía una manada de personas encabezada por las dos mujeres mayores.

—Vais disfrazadas de polacas —les gritaban—. ¡Os habéis reunido con un judío!

Alrededor se formó una turba.

—¡Deberíamos mataros a todos, hebreos!

—¡Si Hitler no se ocupa, lo haremos nosotros! —gritó una señora.

Sin pensarlo ni titubear, Renia la abofeteó. Y la abofeteó otra vez. Y otra.

—Si soy realmente judía —le dijo entre bofetada y bofetada—, debe saber de qué es capaz un judío. Vuelva a llamarme judía y recibirá más de lo mismo.

Dos agentes encubiertos de la Gestapo llegaron al lugar, lo que en realidad fue un alivio.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntaron.

Renia les contó la historia en polaco, y un chico de la calle tradujo.

—Esa mujer no está en sus cabales si se piensa que soy judía —dijo ella con toda tranquilidad, y sacó los documentos con sus huellas dactilares—. Pueden revisar nuestros papeles.

Uno de los agentes de la Gestapo le preguntó el nombre completo, la edad y el lugar de nacimiento. Ella lo había memorizado todo, al igual que Ilza. Como todos los que se disfrazaban de gentiles, habían pasado horas asimilando cada detalle de su falsa vida; si alguien las hubiera despertado en mitad de la noche, habrían recitado sus linajes ficticios completos. <sup>4</sup> Se acercó otro gendarme.

—Si no hablan alemán es que son polacas. Todos los judíos saben alemán.

La multitud estuvo de acuerdo y admitió que en realidad no parecían judías.

La señora mayor de pronto se sintió avergonzada. Renia la abofeteó de nuevo, esta vez delante de los agentes de la Gestapo y los gendarmes.

—Averigüen su nombre y dirección —les dijo—. Quizá algún día pueda vengarme de ella.

Los hombres de la Gestapo se rieron.

—Las dos sois cerdas polacas —soltó uno—. ¿Qué demonios podrías hacerle?

Las chicas se alejaron.

—¡Deberíais haberle partido los dientes por sospechar que erais judías! —las aguijonearon los niños detrás de ellas.

—Tiene canas —les respondió Renia—. No he querido faltarle al respeto.



Esa noche las chicas se alojaron en casa de una mujer alemana, una amiga compasiva de Sarah que les dijo que, si pudiera, las ayudaría a salvar a los camaradas, y que trató de calmar y consolar a Renia después del drama del día. Ella se preparó para reunirse con Bolk al día siguiente y contarle los problemas que les había causado.

A las cinco de la mañana, mientras la ciudad todavía dormía, Renia se subió al tranvía y se dirigió al lugar de encuentro con el dinero de Varsovia. Esperó una hora. Bolk no apareció.

Al principio, Renia se sorprendió. Luego se enfadó, se enfadó muchísimo. <sup>5</sup> Bolk debía de saber lo peligroso que era tenerla esperando. Después de dos horas enteras, pensó que era demasiado arriesgado seguir allí y se marchó. Pero ¿ahora qué? Necesitaba encontrar a alguien más que pudiera introducirse en el campo, que supiera alguna manera de sortear la entrada.

Pasaron varios días y siguió dando vueltas a la pregunta. Había aprendido bien, a un precio demasiado trágico, que en ese mundo enfermo cada minuto contaba.

Y luego, como salida de un sueño, hubo una aparición en la casa de la mujer alemana.

Sarah.

La alegría de Renia fue inmensa, abrumadora.

Su hermana le contó enseguida la historia de su fuga: un miliciano sobornó a los guardias y ella, vestida de gentil, se escabulló a la zona aria. Ahora que ya tenía un sistema para huir, debía encontrar un lugar donde esconder a sus camaradas, a quienes les había prometido que haría todo lo posible para ayudarlos a salir. <sup>6</sup>

Regresó al campo ese mismo día. Nunca había un segundo que perder.

Mientras tanto, Renia debía llevar a Ilza a Varsovia y dejarla en el lado ario. Después tendría que decidir dónde instalarse.



De Katowice a Varsovia. Se compraron los billetes. Ilza y Renia llevaban los pasaportes y los papeles de viaje para cruzar la frontera, que se encontraba a dos horas de distancia. Como sus documentos falsos provenían del mismo falsificador de Varsovia, viajaban en vagones diferentes. Renia seguía recordándose a sí misma que había cruzado la frontera con Rivka Moscovitch sin incidentes, y rezaba para que esta vez fuera igual de sencillo.

A las doce y media de la noche llegaron al cruce fronterizo. Vio a los guardias fuera, preparándose para subir a los vagones. Ilza iba en la parte delantera del tren; primero la revisarían a ella. Renia esperó con prudente optimismo. Había funcionado muchas veces antes, se dijo.

Siguió esperando. ¿Por qué tardaban tanto? ¿Eran pisadas fuertes lo que oía? La inspección de billetes y pasaportes no solía durar mucho. ¿O se estaba dejando llevar por la imaginación? Por fin se abrió la puerta del vagón. Renia entregó su pasaporte y sus papeles, tal como había hecho en innumerables ocasiones.

Ellos los examinaron.

—Es el mismo que el del vagón anterior —dijo uno de ellos.

A Renia se le paró el corazón. Y acto seguido empezó a palparle con fuerza. No dijo nada, fingiendo como siempre que no hablaba alemán.

No le devolvieron los documentos.

Con firmeza, le ordenaron en alemán que cogiera todas sus pertenencias y los siguiera.

Ella hizo como que no entendía.

Un hombre educado se lo tradujo.

Ella miró a los guardias a los ojos, con valentía. Pero en ese instante le pasó un nuevo pensamiento por la mente: esto es el final.

Se mantuvo concentrada. Era de noche. Había gendarmes por todas partes. Con tanta discreción como le fue posible, abrió el bolso, sacó las direcciones y se metió los trozos de papel en la boca. Se los tragó enteros. Luego arrojó a un lado el fajo de dinero. En el liguero llevaba cosidos sus documentos del Reich con huellas dactilares y algunas direcciones más de Varsovia, pero no tenía forma de acceder a ellos en público.

La llevaron a la aduana. Vio a Ilza rodeada de gendarmes.

Le preguntaron si conocía a esa mujer.

—No.

Ilza tenía la cara encendida. «Hemos caído en manos de nuestros verdugos», leyó en su mirada.

La llevaron a una pequeña sala de reconocimiento. «Una mujer policía alemana gruesa que resoplaba por la nariz como una bruja» estaba allí para registrarla. Buscó en la ropa de Renia (chaqueta, camisa, falda) usando un

cuchillo para abrir las costuras. Ella trató de estarse quieta mientras le cortaba la tela cerca de la piel. Demasiado cerca.

Y lo encontró en el ligero: el documento con huellas dactilares y las direcciones.

Renia intentó apelar a la conciencia de la mujer.

—Por favor.

Nada.

Se quitó el reloj y se lo ofreció a cambio de que destruyera los papeles.

—No.

La policía escoltó a Renia hasta una gran sala. No solo presentó los papeles y las direcciones, también informó de sus intentos de sobornarla.

Los gendarmes se reunieron alrededor. Se echaron a reír. ¿Quiénes eran esas chicas? ¿Qué había que hacer con ellas?

Renia estaba descalza. Le habían rajado los zapatos, reventado la chaqueta y hecho pedazos el bolso. Vio que habían perforado el tubo de pasta de dientes buscando materiales escondidos. Habían hecho añicos su espejo de bolso y desmontado su reloj de pulsera. Lo habían examinado todo.

Primero interrogaron a Ilza y luego se volvieron hacia Renia. ¿De dónde había sacado los documentos? ¿Cuánto había pagado por ellos? ¿Cómo había conseguido poner su foto en el pasaporte? ¿Era judía? Y en caso de que lo fuera, ¿de qué gueto había escapado? ¿Adónde iba? ¿Por qué?

—Soy católica. Los papeles son auténticos. Los conseguí en la empresa en la que trabajo como secretaria. —Renia se ciñó a su historia—. Fui a ver a un pariente que trabaja en Alemania, pero una mujer me dijo que se había mudado, y estaba volviendo a Varsovia. He pasado la noche en casa de unos campesinos que no conocía. Pagué por mi estancia.

—Entonces, llévanos allí —dijo un oficial—. Enséñanos dónde te has alojado.

Renia no perdió un minuto.

—Era la primera vez que estaba en esa zona. No conocía a esa gente. No tengo tan buena memoria como para recordar el nombre del pueblo y la casa. Si supiera la dirección, se la daría ahora mismo. <sup>7</sup>

Sus respuestas enfurecieron a los gendarmes. Uno de ellos la golpeó y la pateó. La agarró del pelo y la arrastró por el suelo. Le ordenó que dejara de mentir y confesara. Pero, cuanto más le gritaban y la golpeaban, más fuerte se sentía ella.

—Más de diez judíos con documentos como estos han muerto como perros esta semana —dijo un gendarme.

Renia se rio entre dientes.

—Bueno, eso probaría que todos los pasaportes emitidos en Varsovia son falsos y todos sus titulares son judíos. Es evidente que no es cierto, ya que soy católica y mis papeles son auténticos.

Le advirtieron de que le convenía ser sincera.

—Nunca dejamos de averiguar la verdad cuando la buscamos.

Ella se mantuvo firme.

Luego continuaron con el protocolo. Compararon su cara con la de la foto. Le hicieron firmar su nombre una y otra vez, para comparar su firma con la del pasaporte. Todos sus papeles estaban en regla excepto el sello, que era un poco distinto al auténtico.

A Renia le palpitaba la cabeza. En el suelo había un montón de pelo que le habían arrancado del cuero cabelludo. El interrogatorio se había prolongado tres horas. Eran las cuatro de la madrugada.

La obligaron a fregar el suelo.

Miró a su alrededor buscando una forma de escapar, cualquier abertura. Pero las puertas y las ventanas estaban cubiertas con rejillas metálicas. La vigilaba un guardia armado.

A las siete los gendarmes empezaron su jornada laboral. Metieron a Renia en una celda estrecha. Nunca la habían encerrado. ¿Le pegarían un tiro? ¿Qué tortura inhumana la esperaba? Los pensamientos se le agolpaban en la cabeza. Envidió a los que habían caído, y deseó que le dispararan y pusieran fin a su sufrimiento.

En su estado de agotamiento, dormitó un momento sentada en el suelo. La despertó el chasquido de una llave en la cerradura. Dos gendarmes, uno entrado en años y otro joven, entraron en la celda y la llevaron a la sala principal para seguir interrogándola. El joven le sonrió. Un momento: ¡ella lo conocía! Solía revisar su pasaporte en la frontera. Siempre que llevaba

artículos de contrabando de Varsovia a Będzin, le pedía a él que le guardara la bolsa durante la inspección, y le explicaba que llevaba comida y que no quería que la patrulla fronteriza se la confiscara.

Ahora estaba de guardia en la cárcel. ¡Qué suerte más grande! Él le dio unas palmaditas en la cabeza y le dijo que no se preocupara.

—No te harán ningún daño. Anímate, saldrás pronto.

Llevó a Renia a su celda y la encerró. Si tuviera la menor sospecha de que soy judía, pensó ella, no sería tan amable.

Oyó a los gendarmes discutir en la sala principal. El joven cumplió su palabra.

—No, no podemos dar por hecho que es judía —arguyó—. Ha cruzado la frontera muchas veces conmigo. La semana pasada, sin ir más lejos, revisé sus papeles en el control de Varsovia a Będzin. Deberíamos soltarla de inmediato.

Pero el oficial mayor y más estricto, el que la había golpeado la noche anterior, no lo permitiría.

—No sabías que son falsos —replicó—. Ahora sabemos que los papeles de Varsovia que llevan este sello son fraudulentos. —Una carcajada—. Este es su último viaje. Dentro de unas horas cantará como un canario y lo confesará todo. Hemos tenido a muchos pájaros cantores como ella.

A cada rato los gendarmes abrían la puerta de la celda de Renia para ver qué hacía y se reían burlones. Ella, desesperada por vengarse y burlarse de su presunción, no se quedaba callada.

—¿Os gusta hacer sufrir a una mujer inocente? —solaba.

Ellos cerraban la puerta en silencio.

A las diez en punto la puerta se abrió de par en par. Ilza estaba allí. Los gendarmes las condujeron a las dos a la sala principal, donde las esposaron y les dijeron que se llevaran todas sus pertenencias. El reloj, las joyas y los demás objetos de valor de Renia fueron a parar a la bolsa de un oficial de la Gestapo que las acompañó de nuevo a la estación de tren.

Mientras se marchaban, el joven gendarme miró a Renia con compasión, como para hacerle saber que había intentado ayudarla, pero no lo había logrado porque su delito era demasiado grave.

Llegó el tren. Los pasajeros se quedaron mirando mientras el hombre de la Gestapo las hacía subir a un vagón especial y lo cerraba con llave. Un vagón de prisioneros. A través de la pequeña ventana, un rayo de luz trató de consolarlas y brindarles un respiro momentáneo de los pensamientos sombríos sobre las horas que se avecinaban.

El oficial de la Gestapo no paró de advertirles de las cosas tan terribles que las esperaban.

—Lo averiguaremos todo en la oficina de Katowice —les dijo. Luego les dio una bofetada y no les permitió sentarse en todo el trayecto.

Cuando se bajaron, una multitud de pasajeros los siguió, preguntándose por qué habían arrestado a esas dos jóvenes.

Las chicas iban ligadas entre sí con esposas. Les apretaban tanto que a Renia le cortaron la piel. Ilza estaba pálida y temblaba. Renia sintió lástima por ella. Era muy joven, apenas tenía diecisiete años.

—No confíes nunca que eres judía —le susurró Renia—. Y no digas una palabra sobre mí.<sup>8</sup>

El hombre de la Gestapo le dio una patada.

—Más deprisa.

Después de treinta minutos de andar esposadas, llegaron a una calle estrecha y a un edificio grande de cuatro pisos adornado con banderas alemanas y esvásticas. La oficina de la Gestapo ocupaba todo el edificio.

Renia e Ilza subieron las escaleras cubiertas de una alfombra verde con el oficial de la Gestapo detrás de ellas empujándolas. De una hilera de habitaciones llegaban lamentos y gemidos. Estaban torturando a alguien.

El agente abrió la puerta de una. Renia vio a un hombre alto y robusto, de unos treinta y cinco años. Sobre su nariz aguileña de fosas anchas reposaban unas gafas. Sus ojos saltones eran malvados.

El hombre que las había acompañado les ordenó que se quedaran de pie mirando a la pared. Le contó la historia a su jefe. Cada pocas palabras golpeaba a Renia con tanta fuerza que ella ya no veía más que rayos de luz blanca. Luego sacó los documentos falsos. Un oficial de la Gestapo más joven entró y les quitó las esposas. Varios golpes más.



—¡Esta es la prisión de Katowice! —gritó el hombre que las había llevado allí. Katowice era un centro de detención carcelario nazi para presos políticos, y tenía fama de ser uno de los más brutales—. <sup>9</sup> Aquí os cortarán en pedazos si no decís la verdad.

Sus pertenencias se quedaron en la habitación de arriba. A ellas las llevaron al sótano húmedo y las encerraron en celdas diferentes.

Era un día caluroso de verano, pero Renia tiritaba. Los ojos se le acostumbraron poco a poco a la oscuridad absoluta. Vio dos catres y se sentó en uno, pero enseguida descubrió que estaba cubierto de sangre coagulada. Asqueada, se levantó rápidamente. La ventana estaba reforzada con una rejilla metálica doble. Logró arrancar la primera, pero la ventana era demasiado pequeña incluso para su cabeza. Volvió a colocarla para que nadie lo notara.

¿Cómo podía sentirse sana y fuerte, y al mismo tiempo tan indefensa, esperando la tortura? Cada vez tenía más frío. «Caen gotas de la pared —escribiría—, como si llorara.» Se sentó en el borde del catre y se acurrucó para intentar entrar en calor. Lo que tenga que ser será, se repitió tranquilizándose.

Por la pequeña ventana llegaba música de iglesia. Era domingo; para los polacos, el día del Señor.

Se le agolpaban los pensamientos mientras repasaba los últimos días. ¿Valía la pena vivir esta vida de sufrimiento? Se sintió culpable al pensar que había personas esperando su ayuda, esperando que regresara de Varsovia con más dinero. Al menos había dejado a Meir y a Sarah la dirección de su aliada Irena Adamowicz; la llamarían si fuera necesario. Luego se obligó a dejar de pensar, especialmente en sus compañeros. Quién sabía si alguien estaba leyéndole la mente a través de un orificio en la pared. Todo era posible.



Última hora de la tarde. Sacaron a las chicas del sótano. Les ordenaron que recogieran sus pertenencias, una señal de que todavía no iban a matarlas de un tiro. La Gestapo las llevó por la calle «como perros atados», con una correa sujeta a las esposas. Renia recordaba haber visto conducir

por esa misma calle a un joven que había asesinado a toda una familia. Los transeúntes se quedaron mirándolo. Los niños alemanes les arrojaron piedras y el hombre de la Gestapo sonrió.

Se acercaron a un edificio alto. La cárcel principal. Las pequeñas ventanas estaban cubiertas de gruesos barrotes metálicos. La puerta de hierro se abrió con un fuerte chirrido y los guardias hicieron el saludo al oficial de la Gestapo. La cerraron tras ellos. El oficial les quitó las esposas y las entregó a su supervisor. Le susurró unas palabras al oído y se fue. Renia se sintió mejor. Su proximidad le causaba pavor.

Un oficinista apuntó sus datos formales: aspecto, edad, lugar de nacimiento, lugar de arresto. Luego las encerraron de nuevo en otra celda.

A las ocho en punto, el supervisor abrió la puerta. Dos chicas flacas les tendieron unas rebanadas pequeñas de pan negro y café servido en jarras militares. Renia e Ilza lo tomaron, y la puerta se cerró de nuevo. Llevaban un día entero sin comer, pero no pudieron probar bocado. El contenido de la jarra era repugnante, y el pan, incomible.

Escapar era imposible. Las chicas se acurrucaron y hablaron de las opciones que tenían a su alcance para suicidarse. Ilza estaba segura de que se desmoronaría si la sometían a tortura; los golpes le desatarían la lengua y lo confesaría todo: quién era y en casa de quién se había quedado.

—Me dispararán y ese será el final.

Renia no se sorprendió; Ilza era joven e inexperta. ¿Tendría la fuerza de voluntad para guardar silencio? Le explicó que, si hablaba, habría muchos más muertos.

—Sí, hemos fracasado —dijo con firmeza—. Pero no tiene sentido que otros sufran por ello.

Cansadas, se echaron sobre los sucios colchones de paja. Pero no pudieron quedarse allí mucho tiempo: las pulgas empezaron a morderles sin piedad y no podían dejar de rascarse. En la oscuridad, las buscaban y las chafaban sobre la piel. El hedor era sofocante. Al final se tumbaron en el suelo duro.

A medianoche metieron a una docena de mujeres en su celda. Se trataba de presas «titulares» que se dirigían a Alemania y solo estaban allí para pasar la noche. Jóvenes y ancianas, cada una tenía su propia historia. A

una mujer alemana la habían condenado a cinco años de cárcel por tener un prometido francés; tres años después la estaban trasladando a trabajos forzados. Dos chicas lloraban sin parar. Habían estado en Alemania trabajando para unos campesinos que las explotaban y las mataban de hambre, pero se escaparon y vivieron en Varsovia nueve meses hasta que un vecino las entregó; a ellas también las mandaban a trabajos forzados. A dos ancianas las habían capturado en un tren que transportaba licores y grasa de cerdo. Ni siquiera conocían su sentencia; ya llevaban un año y medio encerradas y esa era la sexta prisión en la que estaban. Otra mujer mayor y frágil llevaba meses encarcelada porque su hijo había eludido el enrolamiento obligatorio en el ejército alemán. Sus gestos delicados y afligidos conmovieron a Renia.

A pesar de los aprietos, Renia envidió a esas mujeres. Los trabajos forzados eran un sueño comparado con la tortura que ella estaba a punto de soportar.

—¿Y vosotras, por qué estáis aquí? —les preguntaron las presas—. Sois muy jóvenes.

—Intentamos cruzar la frontera y nos capturaron.

—Oh, por eso solo os caerán seis meses —las consolaron—. Os llevarán a trabajar a Alemania.

Todas estaban tumbadas en el suelo como sardinas en lata, tapándose con mantas empapadas de sudor ajeno. Algunas estaban mugrientas después de semanas de traslados de prisión a prisión. Renia se rascó; ya había pillado piojos. Las mujeres dejaron la luz encendida para protegerse de las pulgas, que se sentían más libres en la oscuridad. Aun así, siguieron mordiendo. Renia no pegó ojo.

Al amanecer, las mujeres se habían ido. Renia e Ilza se despertaron cubiertas de puntos rojos dejados por los insectos, que ya pululaban por toda su ropa. «Al menos tenemos algo en que ocuparnos —escribió Renia macabramente optimista—, cazar pulgas.»

Ocho en punto. Pan, café, baño. Renia conoció a la joven esposa de un oficial polaco sospechoso de actividades antialemanas. Parecía un esqueleto y apenas podía arrastrar los pies. Al cabo de unas pocas semanas la

colgarían. Su única esperanza era que la guerra terminara antes. Su marido había muerto. ¿Qué sería de sus tres hijos pequeños?

Otra mujer polaca le contó en el baño que habían decapitado a su hermana hacía unos días en esa misma prisión por sacrificar ilegalmente un cerdo. Había dejado siete hijos y llevaba otro en el vientre.

Mientras hablaban, la malvada celadora se acercó, como el ángel de la muerte. Era conocida por golpear a las presas en la cabeza con su manajo de llaves. Se callaron.

A través de las ventanas enrejadas, las mujeres podían ver la cárcel de hombres y los rostros demacrados de los presos. Se agachaban cuando los supervisores pasaban, para que no pareciera que habían estado mirando intrigadas y desesperadas. Sabían que cerca de allí estaba el lugar donde los verdugos ejecutaban las sentencias de muerte, generalmente por decapitación. No pasaba un día sin que hubiera varias. Estaban prohibidas las despedidas de familiares y amigos; y la confesión. La cárcel se jactaba de sus técnicas medievales.

Después de comer, Renia y sus compañeras de prisión se lavaron y se pusieron los uniformes. Ilza parecía contenta; confiaba en que la Gestapo se hubiera olvidado de ellas. Tal vez solo estarían unos meses en la cárcel hasta que la guerra terminara. Se pasaban todo el día sentadas en el suelo de su celda, mirándose con incredulidad. Eran presas de verdad, con vestidos largos, ropa interior y blusas hechos de parches sobre parches de arpillera. Cada prenda llevaba el sello de la prisión de Katowice.

Llegó la noche y, con ella, las tensiones del día disminuyeron. La Gestapo no trabajaba fuera de horario. Pero estaban las pulgas. Renia dormitó. De repente se despertó y no podía creer lo que veía. Ilza intentaba colgarse con el cinturón de su vestido. Pero se rompió bajo su peso y cayó.

Renia se echó a reír de forma incontrolable, como si hubiera perdido la cabeza. Luego se contuvo. Se acercó a Ilza, pero ella la apartó, furiosa por su intento suicida fallido. Por eso los agentes de la Resistencia llevaban cápsulas de cianuro, y los partisanos, granadas extra para autodestruirse.

Al amanecer, los supervisores las sacaron a rastras mientras gritaban y maldecían. Las trasladaron a celdas separadas. La nueva celda de Renia, que albergaba a ocho mujeres, supuso una mejora. Las camas estaban

cubiertas con esteras; los tazones y las cucharas se guardaban en estantes, y había un banco limpio para sentarse.

—¿Por qué estás aquí? —le preguntó una mujer de facciones delicadas.

—Me detuvieron por intentar cruzar la frontera.

—A mí por echar las cartas —explicó la mujer, y se echó a llorar.

Era partera y tenía dos hijos adultos, uno ingeniero y el otro oficinista. Una de sus vecinas, por malicia, le contó a la Gestapo que era adivina. La mujer llevaba siete meses en Katowice sin haber recibido aún sentencia.

—Ten cuidado con lo que les dices a las otras mujeres —le susurró—. Hay espías entre ellas.

Renia asintió. Esa mujer parecía agradable. Maternal.

No pienses en tu familia, se dijo. No sientas.

Después del desayuno, las condujeron al pasillo principal. La portera la golpeó con fuerza sin motivo.

—Apuesto a que te gustaría quedarte aquí sentada, de brazos cruzados. Para un alemán eso sería impensable. ¡Vete a trabajar! ¡No toleraré a las mujeres consentidas!

A ambos lados del pasillo había largas mesas de señoras sentadas «arrancando plumas» o, más bien, separando los cañones de las plumas. <sup>10</sup> Renia se unió a ellas. Mientras trabajaba, miró alrededor con disimulo buscando a Ilza. La vio cerca, pero no pudieron hablar. A su lado había capataces con látigos; estaba prohibido charlar. Tenía delante a la mujer de rasgos delicados. Miró sus bonitos ojos tristes y notó que le brillaban irradiando empatía. Su rostro hablaba de las torturas que había soportado y de lo mucho que la compadecía, y se le llenaron los ojos de lágrimas. Afligida, Renia tuvo que darse la vuelta. El tiempo volaba mientras ella se concentraba en el futuro. ¿Estaría mucho tiempo allí? ¿La ejecutarían? Eso sería mejor que las palizas.

Regresaron a su celda para comer: caldo requemado con hojas de verduras. Cuando Renia lo rechazó con asco, las otras presas le arrebataron el plato y devoraron su comida.

—Cuando lleves un tiempo aquí mendigarás por este tipo de sopa —le dijeron.

—Es una dama —murmuró una de las campesinas con resentimiento.

—Se cree que esta sopa no está a su altura, pero la echará de menos.

Después de comer, vuelta al trabajo: cuatro horas más arrancando plumas. Al principio Renia estuvo inquieta. Cada quince minutos llamaban a una presa y se la llevaban para interrogarla.

Sentía escalofríos cada vez que se abría la puerta y rompía a sudar cuando anunciaban un nombre que no era el suyo. Hasta que le llegó el turno.

—¡Wanda Widuchowska!

Se quedó paralizada, y le cayó un latigazo en la espalda.

—Sígame.

# CAPÍTULO 25

## EL CUCO

**Bela y Renia**

AGOSTO DE 1943

Renia no era la primera mensajera a la que encarcelaban, interrogaban y torturaban tomándola por una polaca cristiana. Bela Hazan <sup>1</sup> mantuvo su disfraz de gentil mucho más tiempo del que pensó que sería capaz. Era una carga terrible, pero guardar el secreto tenía ventajas evidentes.

Al llegar a la prisión de Pawiak desde Szucha, Bela había esperado encontrar a Lonka Kozibrodzka, la única alma sobre la tierra que la entendía, pero en lugar de ello la llevaron a una celda de aislamiento: un calabozo completamente oscuro. Buscó a tientas el catre estrecho, pero estaba demasiado dolorida para echarse y se pasó la mayor parte del tiempo paseando por el espacio minúsculo y húmedo, mordisqueando cortezas de pan, bebiendo agua y un líquido que pretendía pasar por café, y oyendo los gritos de otras presas. Le aterraba morir y que nadie se enterara de lo que le había sucedido. Y estando tan cerca de Lonka, además.

Llevaba seis semanas recuperándose de las palizas cuando la trasladaron a la enfermería. Casi ciega después de pasar tanto tiempo en la oscuridad, le dieron unas gafas de sol para que se acostumbrara poco a poco a la luz. Luego la llevaron a una celda.

Allí estaba Lonka. Esquelética, sin un gramo de carne en el cuerpo y con la cara macilenta. No podían correr la una hacia la otra, por lo que se quedaron unos minutos mirándose cortadas, con lágrimas en los ojos. Bela no pudo soportarlo más. Se acercó.

—Creo que te conozco de algo —dijo en polaco.

Lonka asintió.

Poco después, cuando todas las demás presas estaban distraídas, tuvieron un momento de intimidad.

—¿Estás aquí como judía o como polaca? —le susurró Lonka.

—Como polaca.

Lonka suspiró aliviada.

—¿Cómo has acabado aquí?

—He venido a buscarte.

—¿No es suficiente que sufra yo? ¿Por qué tienes que padecer tú también? —Lonka no dejó que dijera nada más, se acostó sobre su colchón y lloró.

—¿Por qué lloras? —le preguntaron las compañeras de celda polacas.

—Me duelen los dientes —respondió ella.

Bela descubrió que el tiempo que había pasado incomunicada le había granjeado la admiración de sus compañeras de celda. Se arrodillaba y rezaba con las polacas, e hizo amistad incluso con las mujeres mayores de la intelectualidad polaca. Intimó con una pintora que tenía órdenes de pintar cuadros para los alemanes, y que le hizo un retrato frente a la ventana que daba al gueto. Era religiosa y Bela confiaba en sus ojos penetrantes. Una noche que cayeron bombas sobre Varsovia como si fuera nieve y estalló una en la cárcel de al lado, que era de hombres, le confesó que era judía. La pintora la abrazó y prometió ayudarla. Cuando la pusieron en libertad, le envió paquetes de alimentos a través de la Cruz Roja. Las guardias confiscaron la carne, pero Bela agradeció las cartas. Saber que fuera había alguien pensando en ella hizo que su propia vida cobrara realidad.

Por otro lado, Bela y Lonka casi nunca podían hablar, conscientes en todo momento de que había colaboracionistas entre ellas. Intentaban trabajar cerca la una de la otra en el patio y hablaban sobre todo al ir y venir de los aseos, intercambiando información sobre amigos y familiares. Lonka era querida en la celda por su actitud optimista. Sin embargo, venía de una vida rica y privilegiada, y no era capaz de aguantar las dificultades físicas de la realidad carcelaria. Diarrea, dolor de estómago... Bela no soportaba ver cómo su cuerpo iba deteriorándose.

La ventana de Bela daba al gueto; justo enfrente estaba el cuartel general de Libertad. «Tengo la sensación de que nos están mirando», solía decir Lonka, <sup>2</sup> y se imaginaban que Zivia y Antek podían verlas. Lonka tiraba notas desde la ventana; una vez vio a alguien coger una y rezó para



que los demás camaradas se enteraran de dónde estaba. Desde la ventana, Bela podía ver a niños judíos jugando en el orfanato, pero también veía a la policía aterrorizando a judíos. Bela tenía que fingir que se alegraba de ello. Una vez oyó unos gritos frenéticos y acercó una silla para subirse a ella y ver mejor. Fue testigo de cómo los nazis mataban a golpes a unos niños judíos y luego atizaban con la porra a un anciano que les había suplicado que pararan. Su hijo, después de ver que le pegaban un tiro, dijo: «Mátenme a mí también, no tengo ninguna razón para vivir». El hombre de la Gestapo accedió encantado, pero primero le hizo enterrar a su padre. El hijo lloraba, besando en la frente a su padre sin vida. El nazi le disparó y ordenó a todos los judíos que estaban cerca que limpiaran la sangre. Bela se quedó paralizada y abrumada por un deseo de venganza, y fue incapaz de contarles a sus inquisitivas compañeras de celda lo que había visto, temiendo venirse abajo y llorar.

Las condiciones en la cercana celda de las presas políticas judías eran aún peores. Estaban tumbadas semidesnudas en el suelo, sin apenas comer, y les hacían limpiar retretes. Dos veces al día las sacaban para que hicieran gimnasia mientras las golpeaban. Lonka reconoció a una de las presas. Era Shoshana Gjeda, <sup>3</sup> de dieciséis años y la única hija de una pareja de clase obrera de Varsovia. Se había unido a Libertad jovencísima y había participado en actividades clandestinas en el gueto. La capturaron llevando un periódico del movimiento. Trataba de atraer la mirada de Bela y Lonka desde el patio, y si coincidía con ellas en los aseos se ponía eufórica y las instaba a que dieran testimonio después de que la mataran.

Una noche Bela oyó gritos que se elevaban como una espiral hacia el cielo. No podía dormir, aterrada por lo que pudiera pasarle a Shoshana. A primera hora de la mañana pidió permiso para ir al baño. Pálida, Shoshana le contó entre lágrimas que las habían sacado en camisón durante la noche y les habían soltado los perros. Se levantó el vestido: le habían arrancado un trozo de carne de la pierna derecha. Debilitada por el dolor, siguió limpiando los retretes. Bela fue directamente a la doctora y consiguió que esta vendara en secreto las heridas de Shoshana en los aseos. Bela le cubrió el vendaje con una bufanda.

A todas horas se llevaban a presas —a las polacas también— para ejecutarlas. Después de cualquier tipo de incidente contra los alemanes, ahorcaban a varias en las plazas de la ciudad como advertencia para el pueblo polaco. Una noche las obligaron a levantarse de la cama y correr a otro edificio en filas de diez. Bela era la séptima de su fila; Lonka, la novena. A la décima de cada fila se le pedía que se moviera a un lado. Bela se enteró más tarde de que las habían colgado de las farolas de Varsovia.<sup>4</sup>

Las presas recibían muy pocas noticias del exterior, pero a veces las secretarias polacas les llevaban trozos de periódico. Cuando oyeron los aviones rusos sobrevolando la ciudad, se emocionaron.

Los domingos todo un séquito las inspeccionaba. Una semana, Bela le suplicó a la comandante polaca que le diera trabajo, pues temía volverse loca sin hacer nada. Al día siguiente consiguió un puesto en la lavandería. Volvió a acudir a la comandante y le dijo que su amiga «Chrisa» también quería trabajar y mandaron a Lonka a la cocina para pelar patatas. El trabajo las distraía del hambre y la debilidad, y hacía que el día transcurriera más deprisa. Lonka robó unas patatas y las cocinó en la chimenea de la cocina. Le dio varias a Shoshana para las mujeres judías.

Continuaron interrogando a Bela durante cuatro meses. Una vez le dijeron que, si no confesaba quién le había dado las armas, la matarían de inmediato. Como siempre, ella insistió en que eran suyas. La patearon y la golpearon, luego la arrastraron por las calles hasta un bosque y le advirtieron que le quedaba una hora de vida. Pero al cabo de un rato los guardias se ablandaron y la llevaron de nuevo a la celda. Lonka esperaba junto a la ventana. «Cuando vi su cara —escribiría más tarde Bela—, me olvidé de mi dolor.»

En noviembre de 1942 leyeron en voz alta cincuenta nombres: iba a haber una deportación. Bela y Lonka estaban en la lista. Bela se emocionó mucho: al fin tendrían una oportunidad de escapar. Les dieron pan y mermelada, las obligaron a subir a vehículos cubiertos llenos de guardias con instrucciones de guardar silencio, y finalmente las metieron a empujones en un tren de prisioneros totalmente oscuro y sin aberturas.

Sentadas en un rincón con sus vestidos de verano, Bela y Lonka se abrazaron para darse mutuamente calor sin bajar en ningún momento la guardia.

Al cabo de muchas horas llegaron y se apearon. Una banda tocaba marchas alemanas. Leyeron el nombre de la estación: Auschwitz. Sobre la verja de hierro se leía: «*Arbeit macht frei*». Bela no sabía qué significaba, pero enseguida se dio cuenta de que, aunque la entrada era enorme, no había salidas.



Auschwitz-Birkenau se abrió inicialmente como una prisión y un campo de trabajos forzados para dirigentes e intelectuales polacos.<sup>5</sup> A Bela y a Lonka las separaron de los judíos, y las hicieron pasar por delante de una alambrada detrás de la cual había cientos de mujeres con uniforme a rayas que las miraban, enfermas y agotadas, y gritaban. Las judías eslovacas que trabajaban en las duchas se alegraron de que las recién llegadas fueran polacas. Para Bela fue un tormento tener que ocultar a su propia gente su verdadera identidad.

Se llevaron sus botas y su chaqueta de cuero. Ella se quedó ahí de pie, desnuda, mientras unos reclusos la inspeccionaban buscando infecciones y quiso morirse. Trató de sobornar al peluquero para que le dejara algo más en la cabeza que «escalones» (capas).

—Si yo no tengo pelo —respondió él—, tú tampoco.

Bela se recordó a sí misma que, mientras tuviera una cabeza sobre los hombros, el pelo le volvería a crecer. Luego le dieron un traje a rayas, una chaqueta que se cerraba con un cordón de zapatos y una cantimplora. Ni sujetador ni bragas, y unos zuecos que no eran de su número. Después de tenerla de pie durante horas, le tatuaron unos dígitos en el brazo derecho con un bolígrafo eléctrico. Un dolor espantoso. Pero ninguna de las mujeres a su alrededor lloró mientras las convertían en números. Llovía a raudales. En un rincón del suelo embarrado, Lonka y ella se acurrucaron sobre una estera y se durmieron.

A las tres de la madrugada pasaron lista. Con los pies descalzos hundiéndose en el barro, decenas de miles de mujeres medio dormidas, golpeándose unas a otras la espalda para darse calor. Horas de pie. Guardias armados y perros con correas. Sin agua para beber. Luego marcharon, marcharon al ritmo forzado de una porra de goma. A las mujeres más débiles que caían las golpeaban. Los guardias se impacientaban con ellas porque no entendían el alemán. Llovía a cántaros. Bela estaba empapada. Las llevaron a fotografiarlas para poder seguir su pista si se fugaban: con pañuelo y sin. En la «fotografía policial», Bela aparecía sonriente y con un aspecto incluso saludable.

Un día entero esperando, marchando, pasando hambre. Bela dormía en la litera de arriba, la más alejada de las ratas, a los pies de otras seis mujeres, inhalando el olor a carne quemada de los crematorios a lo lejos. Se pasó toda la noche con la ropa mojada y sin mantas, incapaz de moverse ni un centímetro. Al menos le llegaba el calor que transmitían los cuerpos de las otras mujeres. Durante la noche se le clavaron unos objetos afilados que había dentro del colchón. Más tarde descubrió que eran huesos de presas anteriores. Así fue su primer día en Auschwitz.

A Lonka y a ella las pusieron a trabajar en los campos. Habían tenido esperanzas de poder salir del campamento, pero incluso allí estaban bajo una fuerte vigilancia. Descubrió que las guardias eran más crueles; cuanto más torturaban a las presas, más rápido ascendían. Cada asesinato les valía condecoraciones. La guardia de Bela era Burman, una mujer de cincuenta años que llevaba a su perro Trolli con correa. Trolli atacaba a cualquiera que no marchara al ritmo. A Bela le dieron un pico y la pusieron a trabajar de siete de la mañana a cuatro de la tarde; si paraba, recibía veinticinco latigazos. Le dolían los brazos, pero continuó picando; al menos eso la hacía entrar en calor.

Al final del día, las mujeres ayudaron a las más débiles a ponerse en el centro de la formación, para evitar que Burman las golpeará. Mientras los *kommandos*, o unidades de trabajo, regresaban juntos al campamento, tenían órdenes de cantar. En la puerta los esperaban una banda tocando una marcha y una inspección minuciosa.<sup>6</sup> (La banda estaba compuesta por presos que eran obligados a tocar para el disfrute de los nazis, así como para

engañar a las recién llegadas.) Una vez pillaron a Bela con cuatro patatas. Tuvo que pasar toda la noche arrodillada, sin poder volver la cara hacia la derecha o hacia la izquierda, o le dispararían. «Debía de ser muy fuerte — reflexionó más tarde—. Mi madre me dio las herramientas para soportar ese tipo de tortura.»

Bela y Lonka se pasaban todas las noches discurriendo cómo conseguir otros trabajos. Una mañana, después del pase de lista, se escondieron las dos en los aseos, a los que las presas se referían irónicamente como el «centro comunitario» o «cafetería». <sup>7</sup> Allí encontraron a un montón de mujeres, de todas las nacionalidades e idiomas, que no querían ir a trabajar. En cuanto los *kommandos* se marcharon, las dos chicas abordaron a su comandante hablando en alemán y la sorprendieron. Lonka afirmó que hablaba muchos idiomas y podía trabajar en la oficina, y Bela le explicó que era enfermera capacitada. Funcionó. Mandaron a Lonka a la oficina como traductora, y a Bela a la *revier*, la sala del hospital.

El hospital de mujeres se dividía en secciones: la polaca, la alemana y la judía. A Bela la enviaron a la alemana. Aunque no le gustaba ayudar a los alemanes, se quedó encantada de trabajar bajo un techo. Por otra parte, había tres pacientes en cada cama, la mayoría con tifus, disentería o diarrea. Eran incontinentes y aullaban de dolor. No había medicamentos.

Al ser la única polaca, los pacientes alemanes la maltrataban, arrojándole sus sábanas sucias a la cabeza. Le asignaban las tareas más difíciles, como empujar desde la cocina carretillas cargadas con cincuenta litros de agua. Una vez le ordenaron que llevara el almuerzo para todo el personal. Ella levantó la bandeja, pero estaba tan débil que se le cayó de las manos. La golpearon y la patearon una y otra vez en el estómago mientras estaba tumbada en el suelo. Bela lloró desconsoladamente y pidió volver a trabajar fuera, donde al menos los árboles y el viento no eran crueles.

Regresó a los campos, donde oía las conversaciones antisemitas de las polacas que culpaban a los sucios judíos de toda esa tortura. Le aterraba que averiguaran su identidad, o que pudiera murmurar algo en yidis mientras dormía. Mientras trabajaba en el campo, pensaba en sus amigos y en

canciones hebreas, y buscaba la forma de escapar, pero era imposible. Cuando regresaba, Lonka la esperaba con mendrugos después de haber pasado el día en la oficina de las SS intentando ayudar a mujeres judías.

Los barracones se llenaron más. El tifus, que se transmitía por los piojos, proliferó, y después de un mes de trabajar en los campos Bela lo contrajo. Estuvo cuatro días acostada en su barracón. Cuando le preguntó a su supervisora si podía quedarse en la cama mientras pasaban lista, la mujer la tiró al suelo. Al subirle la fiebre por encima de los cuarenta grados, le dieron permiso para ir a la enfermería. En la sala, donde ahora los pacientes estaban mezclados debido al hacinamiento, había seis chicas por cama, acurrucadas entre sí, casi pegadas después de semanas de sudor. No había agua para ducharse, ni compresas ni espacio para tumbarse. Bela tuvo que quedarse sentada. No encontraba sus propias piernas. Entraban corrientes de aire por todas partes y todas tiraban de la sábana. Las pacientes alemanas la golpeaban y le robaban la comida. Ruidos constantes, gritos, súplicas de ayuda. Bela estaba segura de que se moriría de sed, pero no pudo beber el agua de lluvia que le llevaron. Se abrazaba a sus vecinas, sin darse cuenta de que ya estaban muertas.

Sus amigas polacas rezaban por ella; algunas la dieron también por muerta. Otras esperaban quedarse con su comida. Pero se produjo un milagro: se recuperó. Un día abrió los ojos y no recordaba nada, y se preocupó por si había revelado su secreto en alucinaciones febriles. Salpicó aún más sus conversaciones de «Jesús y María» en lugar de «Dios».

Cuando Lonka fue a verla, Bela advirtió que ella también estaba enferma y cada vez más débil. Física y emocionalmente, estaba perdiendo las ganas de vivir. Veía cómo su amiga reunía fuerzas para animarla, pero, si bien su estado mejoraba, el de Lonka empeoraba. Al final la llevaron al mismo pabellón de hospital que ella, casi irreconocible. Bela le suplicó al médico que las pusiera en la misma cama. Se pasaban día y noche abrazadas.

Al cabo de seis semanas, Bela se encontró mejor. Se envolvió los pies hinchados en harapos y pudo caminar. Comió, apreciando incluso el sabor de la sopa. Sabía que tenía que salir a trabajar o la llevarían a la cámara de gas. Pero también necesitaba estar cerca de Lonka y cuidarla hasta que

recuperara la salud. Decidió volver a trabajar en el hospital. Como era una «ilegal», le asignaron los trabajos más duros, como arrancar con un cuchillo el barro de las piedras entre las camas y vaciar los cubos de orina y heces.

Mientras tanto, Lonka ardía de fiebre a causa del tifus. Luego contrajo paperas. Y a continuación disentería. Bela estaba fuera de sí de la preocupación y hacía todo lo que podía, lavando a su amiga con nieve, arriesgando su vida para robar agua potable y consiguiendo medicinas del campo masculino a través de los limpiadores de cloacas, uno de los cuales era hermano de un amigo.

Entonces se enteró de que Mengele, el médico de las SS que realizaba experimentos médicos inhumanos con prisioneros y al que se le conocía como el Ángel de la Muerte, iba a venir para hacer una selección.<sup>8</sup> Bela sabía que a Lonka, en ese estado, la enviarían a las cámaras de gas. La trasladó de la *revier* a su propio barracón, y le dijo a la gente que su amiga solo estaba agotada por todo el trabajo. Pero era demasiado difícil ocultar el tifus y que se mantuviera de pie durante las largas horas del pase de lista, y la llevó de nuevo a enfermería. Allí empeoró; sus ojos perdieron el color y se le hundieron en el rostro. Era un saco de huesos.

Llamó a Bela para que se acercara a su cama.

—Me preocupa dejarte sola y que no seas capaz de guardar tu secreto —le susurró—. No debes decir a nadie que eres judía.

La retuvo a su lado durante cuatro horas, hablando, llorando, nombrando a los camaradas de Libertad, a su propio hermano. No soportaba estar tan aislada, tan sola. Le agarró la mano.

—He tirado del hilo de la vida hasta el final, pero tú debes continuar y contar nuestra historia. Sé perspicaz. Muéstrate amable. Mira a todos a los ojos. No te extravíes y sobrevivirás.<sup>9</sup>

Le susurró adiós y exhaló su último suspiro.

Bela no podía moverse. Se negaba a soltar la mano de Lonka. ¿Cómo iba a seguir viviendo en ese infierno sin su amiga más querida? ¿En quién confiaría? ¿Con quién hablaría?

La única persona en el mundo entero que sabía dónde estaba y quién era la había dejado.



Las mujeres polacas se acercaron y rezaron, y pusieron estampas e iconos de Jesús entre los dedos de Lonka. Bela no soportaba ver morir a su mejor amiga como cristiana. Toda su energía se le fue en morderse la lengua.

Llegó el *kommando* que recogía los cadáveres; por lo general, los agarraban con brusquedad y los arrojaban boca abajo sobre tablas de madera, con la cabeza y los pies colgando de los extremos. Bela no podía permitir que se llevaran a Lonka de esa manera. Le pidió al médico un permiso especial para pedir una camilla, alegando que Lonka era pariente suya y quería llevarla al «cementerio», donde amontonaban los cadáveres antes de incinerarlos. De entrada él se negó a «discriminar entre los muertos», pero al final cedió.

Se reunieron todas las polacas que conocían a Lonka de Pawiak. Bela, temblando, trasladó el cuerpo del catre a la camilla y discretamente levantó la manta para sacar las estampas e iconos de Jesús. Cuatro mujeres llevaron la camilla mientras otras cantaban melodías fúnebres. Una vez en la zona de los cadáveres, Bela levantó una vez más la tela que cubría el rostro de Lonka. No podía dejar de mirarla; no podía moverse. Pronunció en silencio una *Kadish*, la oración del doliente judío. <sup>10</sup>

Entonces recordó que Lonka le había pedido que continuara. «En todos los años que siguieron —escribiría—, Lonka me acompañó a todas partes.»

Pero en esta vida, Bela estaba sola.



Mientras arrancaba plumas en la prisión de Katowice, Renia miró a Ilza por última vez <sup>11</sup>. La orden de «sígame» resonaba en sus oídos. La estaban llamando. Ilza le sostuvo la mirada, nerviosa y compasiva.

Renia subió varios tramos de escalera hasta lo alto del edificio y entró en la oficina del supervisor. Veía borroso y se sentía débil. La esperaba un hombre de la Gestapo de mirada severa y ojos saltones. Era el mismo que estaba detrás del mostrador cuando ella e Ilza habían llegado allí.

—Ve a vestirme —le ordenó.

¿Adónde la llevaban?



Renia se puso la falda y el suéter. No se llevó nada consigo. El supervisor y el oficial de la Gestapo hablaron sobre su arresto. El oficial susurró y luego dijo en voz alta:

—De momento se llama Widuchowska, pero en el interrogatorio cantará y averiguaremos su nombre verdadero. —(Irónicamente, el otro significado de Kukielka es «cuco», un pájaro cantor solitario y reservado.)

El supervisor preguntó si Renia debía regresar a la prisión. El oficial de la Gestapo no lo sabía.

Una vez más, Renia se encontró caminando esposada por la calle, conducida por un guardia de la Gestapo.

—Fíjate bien en el vestido que llevas —le dijo él en alemán, que ella fingió no entender—. Después de la paliza estará destrozado.

Renia estaba asombrada de sí misma. No tenía miedo. Las palabras del guardia no la impresionaron. Era como si hablara de otra persona. Se estaba distanciando de su experiencia corporal, preparándose para resistir.

De nuevo en el edificio de la Gestapo, le preguntaron si entendía el alemán. Dijo que no. En respuesta, dos sonoras bofetadas. Ella mantuvo la calma, como si no hubiera pasado nada.

Entraron cuatro hombres más de la Gestapo junto con una intérprete. Gehringer, el jefe de la Gestapo en Katowice y quien la había llevado allí, actuó como interrogador principal.

Comenzó el interrogatorio. La inundaron de preguntas, superándose unos a otros en su afán por confundirla.

Pero ella respondió endureciéndose y ciñéndose a su historia: la documentación era auténtica. Su padre era un oficial polaco al que habían hecho prisionero los rusos. Su madre había muerto. Ella se ganaba la vida trabajando en una oficina y vendiendo objetos de valor de su familia, hasta que se acabaron. Uno de los hombres de la Gestapo sacó un paquete de documentos de un cajón y dijo que a todas las personas que los llevaban las habían capturado en la frontera. Los documentos eran idénticos a los de ella, con el mismo sello falsificado.

A Renia se le heló la sangre. Afortunadamente, todavía tenía las mejillas enrojecidas por las bofetadas o la habrían visto palidecer.

Esperaban su respuesta. Por supuesto que sabía que el falsificador había vendido esos papeles a todo el que le pagara. Pero no parpadeó.

—Puede que los documentos de esas personas sean falsos, pero eso no prueba que los míos lo sean. La compañía para la que trabajo es auténtica. Llevo tres años en ella. Mi permiso de viaje me lo extendió un empleado. El sello es del alcalde de Varsovia. Mis documentos no están falsificados.

Agitado, el hombre de la Gestapo siguió adelante.

—Todas las personas que capturamos afirmaron lo mismo y luego se descubrió que eran judías. A todas las fusilamos al día siguiente. Si admite su delito, nos aseguraremos de que usted siga con vida.

Renia sonrió irónicamente.

—Tengo muchas habilidades, pero mentir no es una de ellas. Si mis papeles son auténticos, no puedo decir que sean falsos. Si soy católica, no puedo decir que soy judía.

Sus palabras los enfurecieron y la golpearon brutalmente. La intérprete, por iniciativa propia, dio fe de que Renia no era judía; sus rasgos eran arios, subrayó, y su polaco, impecable.

—Entonces eres una espía —dijo el jefe de la Gestapo. Todos se mostraron de acuerdo.

Una nueva línea de interrogatorio. ¿Para qué organización actuaba como mensajera, la socialista o la de Władysław Sikorski, el difunto primer ministro del Gobierno polaco en el exilio? ¿Cuánto le pagaban por sus servicios? ¿Qué transportaba? ¿Dónde estaban los puestos de avanzada partisanos?

Uno de ellos hizo de policía bueno.

—No seas ingenua. Deja de proteger a tus superiores. Cuando se enteren de que has fracasado, no te ayudarán. Dinos la verdad y te pondremos en libertad.

Renia entendió perfectamente esas «amables» palabras.

—Está bien —respondió muy despacio—, les diré la verdad.

Todos escucharon atentamente.

—No sé qué es una mensajera. ¿Una repartidora de periódicos? —Adoptó su mejor expresión de ingenua—. No conozco el POP ni a los Sikorski; solo he oído hablar de ellos. Lo único que sé de los partisanos es

que viven en los bosques y atacan a personas desarmadas. Si supiera dónde están, con mucho gusto se lo diría. Si quisiera mentir, ya se me ocurrirían nombres.

Los hombres de la Gestapo estaban furiosos. El interrogatorio se había prolongado tres horas y, aun así, nada.

Cuando le preguntaron dónde había estudiado respondió que había asistido a la escuela primaria hasta séptimo.

—No es de extrañar que no hable. —Se rieron—. Es demasiado cateta para entender que su vida es más preciosa que las de los demás.

Uno de ellos intervino.

—Está mintiendo sobre su educación como nos ha mentido sobre todo lo demás. Una chica sencilla que no ha ido a la escuela secundaria no podría engañarnos de esta manera. —Todos estuvieron de acuerdo con él.

Al darse cuenta de que sus esfuerzos habían sido inútiles, el jefe ordenó que trasladaran a Renia a una celda diferente, grande y vacía. La siguieron varios hombres de la Gestapo con gruesos látigos.

—Después de esta lección, cantarás como un pájaro. Nos lo dirás todo.

La tiraron al suelo de una patada. Uno de ellos le sujetó los pies y otro, la cabeza, y los demás empezaron a azotarla. A Renia le dolía todo. Después de diez latigazos, gritó:

—¡Mamá!

Aunque la sujetaban, empezó a retorcerse como un pez atrapado en una red. Uno de los asesinos se enrolló su cabello alrededor de la mano y la arrastró por el suelo. Ahora los látigos le caían no solo en la espalda sino en todo el cuerpo: la cara, el cuello, las piernas. Cada vez estaba más débil, pero aun así no habló. No mostraría fragilidad. Eso nunca. De pronto todo se oscureció y el dolor se desvaneció. Se había desmayado.

Se despertó con la sensación de estar nadando en una piscina. No llevaba nada más que una falda. A su alrededor estaban los cubos que habían usado para echarle agua encima y reanimarla.

Dos hombres de la Gestapo la ayudaron a ponerse de pie. Buscó a tientas su suéter y se lo puso, avergonzada.

Reanudaron el interrogatorio.

Comprobaron si sus testimonios coincidían. ¿Por qué no confesaba?

Con una pistola en la mano, un hombre de la Gestapo dijo:

—Si no quieres hablar, ven conmigo. Te dispararé como a un perro.

Renia lo siguió escaleras abajo. El arma brillaba. Renia se sentía feliz. Por fin pondría fin a ese tormento.

Se volvió hacia la puesta de sol por última vez y se embebió de ella, probando cada color, cada tono intermedio. La naturaleza era de una belleza perfecta, y delimitaba cada transición y cada transformación con precisión y gracia.

Una vez en la calle, el hombre de la Gestapo la miró con sincera estupefacción.

—¿No te parece que es un desperdicio morir tan joven? ¿Cómo puedes ser tan estúpida? ¿Por qué no nos dices la verdad?

—Mientras haya gente como vosotros en el mundo, no quiero vivir. Os he dicho la verdad y estáis tratando de forzarme para que mienta. ¡No mentiré! No me importa morir de un tiro.

Él la pateó un par de veces, luego regresó con los demás y la entregó. «Probablemente estaba asqueado y cansado de vérselas conmigo», recordó Renia más tarde.

Uno de los hombres de la Gestapo le acercó una silla. Renia se figuró que pretendía llegar a ella con amabilidad. Él le prometió que, si decía la verdad, la enviarían a Varsovia a trabajar para la Gestapo como espía. Ella accedió, pero no cambió su declaración.

El comandante les ordenó que dejaran de jugar con ella.

—Denle veinticinco latigazos más hasta que nos ruegue que quiere confesar.

Dos hombres se pusieron a ello furiosamente, sin compasión. Le manaba sangre de la cabeza y la nariz. La intérprete no pudo soportar ver la tortura y salió de la sala. El dolor era tan intenso que Renia saltaba de un lado para otro de la habitación. El comandante les dijo a los hombres que continuaran y él también se unió con algunas patadas.

Renia perdió el conocimiento. Sin recordar, sin sentir. Al cabo de un rato notó que alguien le abría la boca y le echaba agua. Siguió con los ojos cerrados. Alguien hablaba cerca de su cara.

—Ya está muerta. Está fría y le sale espuma por la boca.

Le tiraron más cubos de agua. Estaba medio desnuda y muerta de frío, y fingió estar inconsciente. Dos hombres de la Gestapo le tomaron el pulso y la abofetearon varias veces.

—Todavía está aquí..., le late el corazón.

Se inclinaron más, por si decía algo. Miraron sus ojos protuberantes y enloquecidos.

—Ha perdido totalmente la cabeza.

La tendieron sobre un banco. Salía agua y sangre de su cuerpo. En ese momento, Renia lamentó haber vuelto a la vida. La golpearían de nuevo y la próxima vez no podría soportarlo. Apenas le palpitaba el corazón. Se consoló pensando que ahora que por fin se habían convencido de que no iban a sonsacarle nada, simplemente le pegarían un tiro.

Era incapaz de levantarse por sí misma. Un hombre de la Gestapo le vendó la cabeza con un trapo sucio, le puso el jersey por encima y la sujetó del brazo, y la condujo hasta el mostrador.

—Firma estas mentiras insolentes —dijo entregándole el informe.

Mientras hablaba, entró su esposa. Hizo una mueca al ver la cara de Renia y se dio la vuelta. Luego vio su reloj en la mesa y le preguntó a su marido si podía quedárselo, dado que Renia iba a morir de todos modos. Él le dijo que contara con él, pero aún no.

Eso la hizo enfadar y se fue airada.

El hombre de la Gestapo ayudó a Renia a sostener el bolígrafo y ella firmó.

A continuación llamaron a un taxi.

El conductor invitó al guardia de la Gestapo a sentarse delante, ya que era muy «desagradable» estar al lado de ella.

Pero el guardia se negó.

—Por mucho que parezca un cadáver —dijo— es capaz de tirar abajo la portezuela y escapar.

Por la noche. Oscuridad. De la conversación de los dos hombres, Renia dedujo que no la llevaban de vuelta a Katowice, sino a la prisión de Mysłowice.

El taxista soltó una risita.

—Supongo que es el único remedio para su insolencia.

## CAPÍTULO 26

### ¡VENGANZA, HERMANAS!

**Renia y Anna**

SEPTIEMBRE DE 1943 <sup>1</sup>

Mysłowice. Entraron a oscuras en un gran patio. <sup>2</sup> Unos perros enormes se abalanzaron sobre ellos por todos los lados. Por el patio deambulaban guardias armados, preparados para entrar en acción. Entró el hombre de la Gestapo en la oficina para entregar la declaración de ella, luego regresó al taxi y se fue en él. Un nuevo *Gestaponik*, de unos veintidós años, miró a Renia.

—Te han surcado la piel a base de bien, ¿eh?

Ella no respondió.

Él le indicó con el puño que lo siguiera.

La encerró en un sótano oscuro. Ella entornó los ojos para ver algo. Una cama. No podía sentarse ni tumbarse a causa del dolor. Un dolor insoportable. Al final logró echarse boca abajo. Era como si le hubieran roto en pedazos los huesos, las costillas y la columna vertebral. Tenía todo el cuerpo hinchado. No podía mover los brazos ni las piernas.

Cómo envidiaba a los que habían muerto. «Nunca habría imaginado que un ser humano pudiera soportar semejante paliza —escribió más tarde—. Un árbol se habría partido como una cerilla si lo hubieran golpeado como a mí, y en cambio yo todavía estoy viva, respirando y pensando.»

Sin embargo, le fallaba la memoria; las cosas estaban confusas en su mente. Estaba lo suficientemente lúcida para decir que sus pensamientos no eran lúcidos. Eso, lógicamente, no era lo óptimo.

Su estado empeoró. Estuvo días acostada con vendajes en esa cama. Para comer le daban sopa diluida y un vaso de agua, que utilizaba para lavarse la boca y la cara. No se había duchado. No tenía dónde hacer sus

necesidades. El hedor era sofocante. También la oscuridad. La habían enterrado viva. «Espero mi muerte, pero en vano. —Así describiría más tarde su estado de ánimo—. No se puede ordenar la muerte.»



Una semana después, una mujer joven entró en la celda de Renia y la llevó a una oficina. Un agente de la Gestapo la interrogó y tomó notas. Ella se sorprendió. ¿Por qué no la habían ejecutado? ¿La encerrarían en otra celda? La mujer la llevó a un baño y, al ver lo dolorida que estaba, la ayudó a desvestirse.

Renia vio por fin las consecuencias de las palizas. No quedaba en su cuerpo carne blanca, solo piel amarilla, azul y roja, con moretones negros como el hollín. La ayudante del baño lloraba y le hablaba en polaco, acariciándola y besándola, llena de compasión. Su preocupación dejó a Renia llorosa. «¿Puede alguien todavía preocuparse por mí? ¿Quedan alemanes capaces de compasión? ¿Quién es esta mujer?»

—Llevo dos años y medio encerrada —le dijo la mujer—. He pasado los últimos doce meses aquí. Estás en un campo de interrogatorios, donde retienen a las personas hasta que terminan de hacerles preguntas. Hay dos mil presos en Mysłowice.

»Antes de la guerra yo era maestra en Cieszyn —continuó—. Pero en cuanto empezó la guerra, arrestaron a todos los sospechosos de actividad política de mi ciudad. Metieron en la cárcel a todos mis amigos. Yo estuve un tiempo escondida, pero me cogieron. También he sufrido. —Le mostró a Renia las marcas en su cuerpo, las cicatrices de las cadenas con que la habían golpeado y de los alfileres al rojo vivo que le habían metido debajo de las uñas—. Mis dos hermanos también están aquí. Están medio muertos. Llevan seis meses encadenados a sus camas, constantemente vigilados, y los golpean al menor movimiento. Son sospechosos de pertenecer a una organización clandestina. Aquí están sucediendo cosas terribles, inimaginables. No pasa un día sin que mueran al menos diez personas azotadas. Aquí no hay diferencias entre hombres y mujeres. Es un campo para presos políticos. A la mayoría nos ejecutarán.

En la bañera, Renia asimiló toda esa nueva información.

La mujer le ofreció su amistad. Le daría todo lo que necesitara.

—Hasta hace poco he estado encerrada en una celda, pero ahora me ocupo del baño —le dijo—. Todavía me tratan como a una presa, pero al menos puedo caminar libremente por el recinto.

Llevaron a Renia a una habitación larga con dos ventanas cubiertas con malla metálica. Había literas a lo largo de una pared. Junto a la puerta había una mesa para la encargada de la habitación, una de las presas más agradables, que se ocupaba de limpiarla. En la esquina, un montón de cuencos de esos que se usaban para dar de comer a los lechones.

Las presas —entre las que había muchas profesoras y figuras prominentes— <sup>3</sup> rodearon a Renia, la examinaron detenidamente y la acribillaron a preguntas. ¿De dónde era? ¿Por qué la habían arrestado? ¿Cuánto tiempo iba a estar allí? Al enterarse de que la habían capturado hacía apenas dos semanas, le preguntaron por el mundo exterior. Renia se sentía como una desconocida entre esas mujeres, que formaban un grupo variopinto: agradables y malvadas, jóvenes y ancianas, acusadas de delitos graves y de delitos leves. Una de ellas, probablemente loca, se puso a bailar y le cantó tonterías.

Las malas se burlaron de ella.

—Acabas de llegar y ya tienes un aspecto lamentable. ¿Cómo te las arreglarás? El hambre es tan aguda que te silban las entrañas. ¿Tienes una rebanada de pan? Dámela.

A Renia le cautivó una chica, de unos diez o quince años, que tenía una cara agradable. Antes de que hablaran siquiera le tomó cariño. Esa chica se quedó a un lado y la miró. Solo más tarde encontró el coraje para acercarse a ella y hacerle preguntas.

—¿Quedan judíos en Będzin y Sosnowiec?

Mirka era judía. <sup>4</sup> La habían deportado de Sosnowiec, pero saltó con su hermana del tren. Su hermana resultó gravemente herida, pero vivió. Mirka, sin saber qué hacer, fue a la comisaría más cercana. La entregaron a la Gestapo. Aparentemente, a su hermana la llevaron a un hospital, pero no había tenido noticias de ella; probablemente le habían disparado en el acto. A ella la llevaron a Mysłowice, donde llevaba tres semanas.



—Me apasiona la vida —dijo la pequeña Mirka, aunque caminaba como un zombi—. Puede que la guerra acabe pronto. Todas las noches sueño con que la puerta de la prisión se abre y volvemos a ser libres.

Renia la consoló.

—La guerra acabará pronto. Algún día serás libre, ya lo verás.

—Cuando la suelten, señora, envíeme ayuda, cualquier cosa, aunque sea un pequeño paquete de comida.

Mirka le facilitó la vida en la prisión, enseñándole cómo debía comportarse y asegurándose de que siempre tuviera un plato de comida y una almohada de paja por la noche.

Renia empezó a dejar su sopa en la mesa y le susurraba a Mirka que la tomara.

—¿Y tú? —le preguntaba la niña, pero ella le decía que no se preocupara. Cómo deseaba decirle la verdad, probar su propia existencia.

En la sala había sesenta y cinco mujeres. Todos los días se llevaban a unas cuantas para someterlas a interrogatorios y palizas, a otra prisión o a la muerte. Y todos los días llegaban otras para reemplazarlas. Una fábrica de tortura.

La supervisora de Renia en la cárcel era cruel, una verdadera sádica, y esperaba cualquier excusa para usar su manajo de llaves o su látigo. En cualquier momento podía atacar de manera espontánea a una presa y golpearla con brutalidad. No pasaba un día sin que provocara un incidente sin motivo. «Cuando acabe la guerra, la despedazaremos y la arrojaremos a los perros», fantaseaban las mujeres tragándose la rabia y los nudos en la garganta. Todo se posponía hasta después de la guerra. Una presa le contó a Renia que, antes de la guerra, la cruel supervisora y su marido eran dueños de una pequeña tienda de peines, espejos y juguetes, y vendían sus artículos en mercados y ferias. Al principio de la ocupación, el marido se murió de hambre y la supervisora escapó de su casa, cambió de identidad y se convirtió en *volksdeutsche*. Cambió de estatus y de ser una viuda empobrecida pasó a convertirse en una «señora alemana» a cargo de quinientas presas.

—¡Sois unas cerdas polacas! —gritaba mientras las golpeaba.

A la Gestapo le gustaba su estilo.

La rutina diaria de Renia era aburrida y horrible. La despertaban a las seis de la mañana. Las mujeres iban en grupos de diez al baño, donde se aseaban en el lavabo, con agua fría y con prisas, ya que había otras esperando. A las siete llegaba la supervisora sádica y nadie se atrevía a estar en el pasillo. Todas se colocaban en formación de tres en fila. La encargada de la sala las contaba e informaba de la cifra a sus dos supervisoras de la Gestapo. Después, una rebanada de pan de cincuenta gramos, a veces con un poco de mermelada, y una taza de café solo amargo. Las puertas de las celdas se cerraban, y las presas pasaban el tiempo sentadas sin hacer nada y muertas de hambre, pues la comida que les daban solo les abría el apetito; contaban los minutos hasta las once, hora en que se les permitía pasear media hora por el patio. Allí se oían latigazos y gritos bestiales. Veían cómo se llevaban y traían a hombres para interrogarlos, cadáveres vivos, con los ojos ensangrentados y arrancados, la cabeza vendada, las manos y los dientes rotos, las extremidades torcidas, los rostros amarillentos como la cera, y cubiertos de cicatrices y arrugas, y la ropa rasgada dejando ver la carne podrida. A veces, Renia veía cómo subían cadáveres a los autobuses que llevaban prisioneros a Auschwitz. Hubiera preferido no salir al patio.

En la celda, silencio. Nadie se atrevía a pronunciar una palabra. Los guardias patrullaban el pasillo. A Renia le dolía el estómago a causa del hambre. Cada mujer tenía un cuenco. Cuando oían el ruido de las cazuelas, sabían que era mediodía. Servían la comida dos presas acusadas de delitos menores, acompañadas de un guardia armado. Las demás esperaban en fila. En la puerta estaba la supervisora. A pesar del hambre que las hacía temblar, nadie empujaba. «El orden es lo primero y más importante», fue la descripción sucinta que hizo Renia del sistema penitenciario nazi.

Le llenaron el cuenco de caldo aguado con un poco de col cocida y hojas de coliflor. Los insectos flotaban en la superficie. Las mujeres retiraban los gusanos que lograban ver y se comían el resto, incluidas las hojas. «Ni los perros comen este tipo de sopa», escribiría ella más tarde. No había cucharas, así que todo lo que era más espeso que un líquido se comía con los dedos. Si a una presa le servían más hojas de lo habitual, se consideraba afortunada, capaz de aliviar su hambre por un tiempo. A algunas mujeres solo les servían líquido. Por desgracia, no había nadie a

quien quejarse del servicio, comentó Renia con sarcasmo. Después de comer, se pasaba horas con ganas de vomitar los insectos y las verduras en mal estado. Se notaba el estómago como un saco lleno. Y, al mismo tiempo, nada saciada. Sentía cómo se le contraían las entrañas. Y pensar que había rechazado la sopa al llegar. Ojalá pudiera conseguir más ahora...

Después las presas se sentaban en bancos colocados a lo largo de la pared, sin hacer nada. La cena no llegaba nunca. En cuanto las pusieran en libertad, soñaban, lo primero que harían sería comer hasta enfermar. No fantaseaban con pasteles ni manjares, tan solo con una barra de pan, una salchicha y una sopa sin gusanos. «Pero ¿quién de nosotras saldrá de aquí viva?», se preguntaba Renia asimilando poco a poco la idea de que no sería ella.

A las siete en punto se ponían en formación para cenar: una rebanada de pan de cien gramos con margarina y café solo. Devoraban el pan y bebían el café a sorbos para saciarse. A las nueve, hora de dormir. Con los retortijones del hambre, a Renia le costaba conciliar el sueño.

Mysłowice estaba más limpia que Katowice. En 1942 había estallado una epidemia mortal de tifus como consecuencia de la desnutrición y las malas condiciones sanitarias. Desde entonces, la cárcel era estricta y proporcionaba colchones a los presos, aunque no tenían suficiente relleno de paja y se les clavaban las tablas de la cama en la carne. Renia se tapaba con mantas limpias aunque raídas. Las presas dormían vestidas por si los partisanos atacaban y tenían que huir de inmediato. Durante toda la noche, unos gendarmes armados patrullaban por el pasillo, atentos al menor ruido. Las mujeres no podían salir de sus celdas después de la hora de acostarse; Renia hacía sus necesidades en un orinal.

De vez en cuando, las mujeres se despertaban sobresaltadas por el ruido de disparos. Algún preso del pabellón de hombres debía de haber intentado escapar, pensaba Renia. Fugarse era imposible: las ventanas tenían rejilla metálica, las puertas estaban cerradas con llave y los muros de la prisión estaban salpicados de puestos de vigilancia. Alrededor del edificio había apostados guardias que se relevaban cada dos horas y disparaban tres veces a cualquier cosa sospechosa.

Algunas mañanas se enteraba de que unos hombres se habían ahorcado durante la noche o de que una mujer había tratado de huir por el baño y la habían golpeado y encerrado en una celda oscura.

Renia se pasaba noches en vela pensando en fugarse. Pero ¿cómo?



Un día llegaron cinco mujeres judías de Sosnowiec. Se habían teñido el pelo para disfrazarse, pero las habían capturado en la estación de Katowice. Un niño polaco sospechó de ellas y avisó a la Gestapo. Les habían confiscado todas sus posesiones. Renia habló con ellas por la noche, pero tuvo cuidado de ocultar su identidad judía. ¿Era posible que la conocieran de vista? Al mismo tiempo, una de las cosas que más ansiaba era que alguien reconociera su identidad. Nadie en el mundo conocía dónde estaba; necesitaba decirlo, para que alguien lo supiera en caso de que muriera. <sup>5</sup>

Cada pocos días llegaban más mujeres judías. A una la habían capturado durante una inspección rutinaria de documentos. Otra estaba escondida en la casa del amigo de un gendarme; no sabía quién la había denunciado. Arrestaron a toda la familia alemana. A una madre anciana y a sus dos hijas, que viajaban en tren, las pillaron con documentación falsa; una se echó a llorar y confesó que era judía. En la mayoría de los casos, escribió Renia, eran polacos quienes las habían entregado a la Gestapo.

En cuanto se formaba un grupo de veinte mujeres judías, las enviaban a Auschwitz. A Renia se aceleraba el pulso al verlas partir. Aunque ellas no lo supieran, eran su gente. «Se las llevan y yo me quedo atrás.» Ellas se engañaban a sí mismas hasta el último minuto —¡puede que acabe la guerra!—, pero cuando se marchaban lo hacían sollozando, sabían perfectamente que iban a morir. Todas lloraban con ellas.

Los nombres de las mujeres a las que iban a buscar para interrogarlas se anunciaban sin previo aviso. Algunas se desmayaban al oír que las llamaban y las llevaban a la sala de interrogatorio en camilla. Cuando regresaran al día siguiente lo harían molidas a palos. A veces las devolvían muertas.

La mayoría de los presos eran sospechosos de actividad política. Entre ellos había familias enteras. Las madres y las hijas estaban con Renia; los maridos, en el pabellón de los hombres. A una mujer se le podía decir durante un interrogatorio que habían asesinado o enviado a Auschwitz a su marido. Las madres recibían continuamente este tipo de notificaciones sobre sus hijos. Perdían las ganas de vivir; todos se veían afectados.

Renia se enteró de que habían ejecutado a muchos hombres y mujeres polacos por haber ayudado a los judíos. Ahorcaron a una mujer sospechosa de esconder a su antiguo jefe judío. Con solo veinticinco años, ella dejaba atrás a dos hijos pequeños, un marido y unos padres. Algunas presas formaban un matrimonio mixto, y las habían llevado allí como rehenes porque sus maridos judíos se estaban escondiendo de la policía. Algunas ni siquiera sabían por qué las habían arrestado. Llevaban tres años encerradas, sin que las hubieran acusado formalmente ni se investigara su caso. También era común que se dictara sentencia en ausencia del inculpado, por lo que la persona encarcelada no sabía por qué ni cuándo sería ejecutada. En una ocasión llegó un pueblo entero de varios cientos de habitantes. Al parecer, todos habían estado en contacto con un partisano.

Un día que Renia estaba en el patio durante un descanso, llegaron cuatro camiones llenos de niños. En esa zona operaban bandas de partisanos, y los alemanes se vengaban atormentando a personas inocentes y robándoles a sus hijos. Los niños vivían en una celda especial al cuidado de un preso anciano. Les daban de comer y los interrogaban exactamente como a los adultos. Al ver el látigo, los niños confesaban todo. Esas confesiones forzadas tenían suficiente validez para los nazis. Luego los enviaban a escuelas en Alemania, donde los «educarían» para convertirse en «alemanes respetables».

Una mujer polaca le enseñó las manos a Renia: no tenía uñas. Se le habían caído después de que le clavarán alfileres ardiendo por debajo. Tenía los talones podridos por los golpes que le habían propinado con barras de metal ardiendo. En las axilas tenía marcas de cadenas. La habían colgado durante media hora y la habían golpeado; luego la habían colgado boca abajo y habían continuado. Tenía la parte superior de la cabeza calva por donde le habían arrancado el cabello. ¿Y qué había hecho para merecer todo

eso? En 1940 su hijo había desaparecido, y se rumoreaba que era el cabecilla de una banda de partisanos. Sospechaban que sus parientes habían tenido contacto con él. Ella era el último miembro vivo de toda su familia.

Entre las compañeras de prisión de Renia había delincuentes menores: mujeres arrestadas por vender artículos en el mercado negro o encender la luz durante un periodo en que estaba prohibido, y otras «tonterías», como ella las llamó. La vida de esas presas era un poco más fácil. Se les permitía recibir paquetes de comida y ropa. Los alemanes los revisaban y se quedaban con los productos buenos.

Renia seguía preguntándose por qué la retenían en Mysłowice. ¿Por qué no se la habían llevado? ¿Por qué seguía viva? Habían muerto muchas mujeres y otras tantas habían llegado para reemplazarlas.

Una tarde le tocó a ella. Un supervisor entró en la celda. La miró y le preguntó por qué estaba allí. Ella le dijo que la habían arrestado cuando cruzaba la frontera.

—Sígame.

¿Qué sería? ¿Una bala? ¿La horca? ¿Alguna clase de tortura medieval? ¿O Auschwitz?

No sabía cuál sería el método, pero sí lo que resultaría de él.

Era el final.



Auschwitz, el máximo exponente de la brutalidad cruel, estaba a apenas un trayecto en autobús de Mysłowice. No obstante, a pesar de las condiciones bien conocidas, por debajo de la superficie del campo se gestaba la Resistencia. Esta estaba compuesta por grupos (a menudo en desacuerdo) procedentes de distintos países y filosofías, entre los cuales había jóvenes judíos a los que en lugar de enviarlos inmediatamente a las cámaras de gas los habían mandado a realizar trabajos forzados. (Por esa razón, muchas mujeres judías intentaban aparentar menos años en los campos: una mujer se frotó el tinte rojo de las borlas de sus zapatos y lo usó como colorete y barra de labios; otras utilizaban margarina para peinarse el

pelo hacia atrás y ocultar las canas.) <sup>6</sup> El convoy de Będzin, con camaradas de los movimientos, había aportado varios miembros a la Resistencia <sup>7</sup> y renovado su energía.

Anna Heilman <sup>8</sup> oyó hablar por primera vez de la Resistencia a una de sus compañeras de barracón, una chica judía a quien habían capturado como polaca y tenía contactos con el Ejército Nacional. Anna, con apenas catorce años, había llegado a Auschwitz un año antes con su hermana mayor, Esther. Las dos, de una familia de Varsovia muy asimilada de clase media alta, se habían criado con niñeras y entre idas y venidas a heladerías sibaritas. Ahora vivían en el campo de mujeres de Birkenau, «trabajando» en la fábrica Union. La autoproclamada «fábrica de bicicletas» era en realidad una planta de municiones en una gran estructura de un solo piso con techo de vidrio, <sup>9</sup> y manufacturaba detonadores de proyectiles de artillería para el ejército alemán. Auschwitz tenía unos cincuenta subcampos y, al igual que los campos de trabajos forzados, muchos habían sido arrendados a la industria privada.

Anna se quedó entusiasmada con la noticia de la rebelión. En el gueto de Varsovia se había unido al movimiento de La Joven Guardia, que había sido su salvador espiritual. (Debido a su desconocimiento del hebreo o incluso del yidis, le dieron el nombre de Agar; ella era de otra tribu.) Todas las noches, su grupo de amigos judíos y su hermana cantaban canciones, se contaban historias y pensaban en la Resistencia. Ella había presenciado el levantamiento del gueto y anhelaba más acción. Lo último que sabía era que el Ejército Nacional estaba organizando una revuelta en Varsovia y se había puesto en contacto con la Resistencia de Auschwitz. Planeaban atacar el campo desde el exterior y, en cuanto los reclusos oyeran una contraseña, ellos harían lo mismo desde dentro. Hombres y mujeres empezaron a prepararse. Anna y su grupo recogieron material (cerillas, gasolina, objetos pesados) y lo dejaron en lugares acordados. Consiguieron las llaves del cobertizo de herramientas de la granja, de donde sacarían los rastrillos y las azadas. Participarían unas cinco mujeres de cada barracón, coordinadas por una cabecilla. Solo las cabecillas mantendrían el contacto en esta operación organizada y secreta.

Todos los días, al ir a trabajar, Anna se cruzaba con un hombre que hacía de cerrajero y él siempre le sonreía. Una mañana, ella se armó de valor y le pidió unos alicates aislados (para cortar el alambrado de púas electrificado). Él la miró perplejo y no dijo nada. Ella estuvo varios días preocupada por si había sido una imprudencia. Pero una tarde, él dejó una caja encima de su mesa de trabajo. Las chicas de la fábrica exclamaron: «¡Es tu amante!», el término para referirse a un protector masculino. <sup>10</sup> Anna la deslizó debajo de la mesa y atisbó dentro. ¡Una barra de pan entera! Se quedó emocionada pero también decepcionada. Afortunadamente, ese día no hubo inspección y pudo llevarse al campo el pan, escondido en un pequeño bolso, debajo de la ropa.

Los amantes a menudo llevaban regalos a las chicas. Estaba prohibido tener pertenencias y, si las sorprendían con algo, debían decir: «Me lo he encontrado». Acurrucada en la cama, le enseñó el pan a Esther. Notaron que estaba ahuecado. En el interior había unos bonitos alicates con los mangos de goma roja. Las hermanas escondieron el tesoro en el colchón y, por si estaban fuera cuando gritaran la contraseña, se lo contaron a sus amigas, entre las que se encontraba Ala Gertner, su elegante compañera de litera en Będzin que aparece en un retrato de antes de la guerra posando coquetamente con un fedora a la moda y una camisa.

Días después, Ala les pasó un mensaje de una amiga, la camarada de La Joven Guardia de veintitrés años Roza Robota, que trabajaba en el *kommando* de la ropa clasificando los enseres personales, ropa y prendas interiores de los judíos asesinados. <sup>11</sup> Roza tenía un amante en la unidad de trabajo conocida como el *sonderkommando*, que estaba formada por hombres judíos que manejaban los crematorios y trasladaban los cadáveres. Él le había dicho que pronto matarían a su unidad. (A los *sonderkommando* los «retiraban» periódicamente, es decir, los asesinaban.) La revuelta era inminente, dijo.

No tenían armas, pero Anna cayó en la cuenta de que trabajaban en una fábrica con pólvora. Le pidió a Esther, una de las pocas mujeres que tenía un puesto dentro del *Pulverraum* (la sala de la pólvora), que robara



pequeñas cantidades. Según otros relatos, <sup>12</sup> fueron los hombres quienes le suplicaron a Roza que pidiera pólvora a las mujeres, y ella accedió de inmediato.

¿Robar del *Pulverraum* ? Toda la fábrica era un edificio abierto y transparente, construido expresamente para hacer imposibles los secretos, y las mesas estaban rodeadas de circuitos de vigilancia. Los hombres a cargo se sentaban en cabinas desde donde podían supervisar. Ir al aseo, comer, tomarse un descanso en el trabajo..., todo estaba prohibido. Cualquier cosa daba pie a una acusación de sabotaje. El *Pulverraum* tenía apenas tres metros por metro ochenta.

—Imposible, ridículo, olvídalo —respondió Esther.

Pero reflexionó sobre ello.

A pesar de la vigilancia incesante, la sed enloquecedora, la tortura debilitadora y la amenaza de un castigo colectivo, las mujeres judías de los campos de concentración se rebelaron. Cuando a Franceska Mann, una famosa bailarina judía del club nocturno Melody Palace de Varsovia, <sup>13</sup> le ordenaron que se desnudara en Auschwitz, la joven le lanzó el zapato a un nazi que la miraba con deseo, le arrebató el arma de las manos y disparó a dos guardias, matando a uno. Un grupo de quinientas mujeres <sup>14</sup> a las que se les había armado con palos y dado la orden de golpear a dos compañeras presas por robar peladuras de patata se negaron a moverse, a pesar de que les pegaron y las obligaron a estar de pie toda la noche en el frío gélido sin comer. En Budy, un subcampo agrícola, <sup>15</sup> todo un grupo de mujeres intentó darse a la fuga de forma organizada. En Sobibor, <sup>16</sup> las mujeres robaron armas a los hombres de las SS para los que trabajaban y las entregaron a la Resistencia. <sup>17</sup>

En Auschwitz designaron como intérprete de las SS a una mujer belga llamada Mala Zimetbaum, que hablaba seis idiomas, <sup>18</sup> un puesto que le permitía libertad de movimientos. Sirviéndose de su estatus privilegiado para ayudar a los judíos, consiguió medicinas, puso en contacto a miembros de distintas familias, manipuló las listas de los judíos que entraban, buscó trabajos más livianos para los débiles, advirtió a los pacientes del hospital de las próximas selecciones y disuadió a las SS de llevar a cabo castigos colectivos, e incluso les pidió que dejaran a los prisioneros usar calcetines.

Mala se disfrazó de preso y escapó del campo fingiendo que estaba yendo a trabajar, lo que la convirtió en la primera mujer en huir, pero la capturaron cuando intentaba salir de Polonia. Mientras leían su sentencia se cortó las muñecas con una navaja que se había escondido en el pelo. Cuando un hombre de las SS la sujetó, ella le dio una bofetada con su mano ensangrentada y masculló: «Yo moriré como una heroína, pero ¡tú lo harás como un perro!».

Bela Hazan estuvo presente en la ejecución de Mala. Todavía mantenía su disfraz de polaca y volvió a trabajar como enfermera. Después de la muerte de Lonka se quedó destrozada, pero un día la banda de música tocó una canción que le recordó a un camarada de Będzin y se echó a llorar. Uno de los músicos se dio cuenta. Se pusieron a hablar, y resultó que el músico, Hinda, formaba parte de un movimiento juvenil. Bela se arriesgó y le dijo que era judía. Para *existir* uno necesita que lo conozcan. Los dos lloraron juntos, desesperados por abrazarse, y hablaron de la Resistencia. El grupo de chicas judías de Hinda, que habían llegado en convoyes, quería rebelarse, le dijo a Bela. Una había conseguido una herramienta para cortar alambre de púas. Por las noches los guardias solían estar borrachos. En una noche sin luna las chicas se pusieron a trabajar y cavaron un túnel que las llevara a un lugar seguro. Dos cavaban mientras cuatro montaban guardia. Bela ayudó a cavar. El túnel se extendía por debajo de la alambrada, que empezaba donde llegaban los trenes. Bela recordaba que una vez habían introducido a escondidas a dos chicas de quince años de Alemania.<sup>19</sup> Ellas se sorprendieron cuando les dijeron que se callaran y se metieran en un túnel, pero Bela se llevó una alegría cuando llegaron al campo de trabajos forzados. Les enseñó a comportarse como ilegales y las vistió con la ropa de pacientes muertas. Una chica judía que trabajaba en el cuarto de baño las escondió allí durante el pase de lista. Bela robó patatas y zanahorias para darles de comer. Las jóvenes no podían entender por qué las ayudaba una polaca.

Bela utilizaba continuamente su puesto de enfermera para ayudar a los judíos enfermos, les servía un poco más de repollo en la sopa, les acariciaba la frente mientras les daba agua y se ofreció para trabajar en la sección de judíos con sarna. (Todos dieron por hecho que asumió esa última tarea por

«razones comunistas» o, como ella afirmaba, para evitar que la sarna llegara a los polacos y los alemanes.) También avisaba a los pacientes antes de que llegara el doctor Mengele para realizar sus selecciones, y escondía a los más enfermos.

Bela sabía que su amabilidad no solo desconcertaba a las presas judías, sino que suscitaba sospechas. Ella, como es natural, las entendía cuando murmuraban en yidis que debía de ser una espía. Sin embargo, se alegraron cuando dejó que las mujeres judías que trabajaban en el hospital organizaran una fiesta de Janucá. En su fuero interno, Bela sufrió por no poder asistir, pero tenía que actuar como polaca hasta el final. En lugar de ello, decoró un árbol de Navidad con figuras de Papá Noel.

Una de las supervisoras, una mujer baja, amargada y cruel llamada Arna Cook, insistió en que Bela le limpiara la habitación, le llevara café y le lustrara las botas. Una mañana que Bela entró para cumplir con sus obligaciones sin que ella la oyera, la encontró tendida en la cama con las piernas abiertas, teniendo relaciones sexuales con su pastor alemán. Cerró la puerta y huyó, aterrada de que la hubiera visto y la matara.

Más tarde Arna la golpeó por no ser puntual. La mandó de vuelta a Birkenau para realizar trabajos forzados y la obligó a unirse a una unidad que cavaba trincheras, una tarea terriblemente dura. No estaba permitido descansar y las palizas eran constantes; si las chicas se derrumbaban, les pegaban un tiro. Las demás tenían que cargar con sus cuerpos al son de la banda militar.

En una ocasión, los hombres de las SS arrastraron a una de las chicas al bosque más cercano durante las horas de trabajo. Bela la oyó gritar. Nunca más volvió. Resultó que la habían obligado a tener relaciones sexuales con un perro. Ella suplicó que la mataran, pero los hombres de las SS se rieron. «Este perro ha encontrado un buen objeto de placer», los oyó decir Bela. Esa no fue la única vez que pasó. Otra superviviente de Auschwitz contó que los nazis la habían obligado a desnudar a su hija pequeña y a ver cómo la violaban unos perros. <sup>20</sup>

A Bela y a sus compañeras de prisión les empezó a dar miedo salir a trabajar. Decidieron que, si volvía a pasar algo así, todo el *kommando* se sublevaría. Después del tercer incidente de violación por perros, justo

cuando empezaban a llevarse a otra chica, las veinte chicas de la unidad gritaron a la vez. Las SS las encerraron en un sótano, donde las tuvieron de pie días y noches seguidos, y solo les dieron de comer una vez en noventa y seis horas. Salieron del confinamiento físicamente destrozadas pero reconfortadas al saber que habían resistido. Las mujeres se unieron y se protegían unas a otras.

En muchos campos de trabajos forzados, entre ellos Auschwitz, las mujeres se rebelaron sabotando los productos que las obligaban a fabricar a base de alterar la productividad o la calidad. Hacían más finos los hilos de cáñamo en una hilandería, medían mal los componentes de las bombas, dejaban caer un cable entre los cojinetes de bolas o dejaban las ventanas abiertas durante la noche para que se congelaran las cañerías. <sup>21</sup> Las municiones saboteadas hacían que las armas alemanas fallaran y explotaran. Fania Fainer, <sup>22</sup> nacida en Białystok en el seno de una familia bundista, a veces echaba arena en lugar de pólvora en un producto en la fábrica Union.

Cuando Fania estaba a punto de cumplir veinte años, su amiga Zlatka Pitluk <sup>23</sup> decidió que había que celebrar semejante hito. Le encantaban las manualidades, y arriesgó su vida para juntar materiales que encontraba en el campamento, y con una mezcla de agua y pan los pegó e hizo una tarjeta de cumpleaños tridimensional en forma de corazón similar a un libro de autógrafos, un artículo popular en la época. En la tarjeta, que era un objeto pequeño forrado con tela violeta (arrancada de la combinación secreta de Zlatka), había una *F* bordada con hilo naranja. Zlatka se la pasó a otras dieciocho mujeres prisioneras, entre ellas Anna, <sup>24</sup> para que le escribieran un mensaje de cumpleaños. En ocho páginas cuidadosamente montadas como un origami que se abrían en forma de trébol, se leen los deseos de las presas escritos en sus distintas lenguas maternas: polaco, hebreo, alemán, francés.

«Deseándote libertad, libertad, libertad el día de tu cumpleaños», escribió una mujer llamada Mania, a riesgo de ser asesinada.

«No morir será nuestra victoria», escribió otra.

Una mujer citó un poema polaco: «Ríete entre la gente. [...] Baila con ligereza. [...] Cuando seas mayor, ponte las gafas y recuerda por lo que pasamos». <sup>25</sup>

La camaradería, un desafío íntimo e incluso ilegal, infundía esperanza a las mujeres y las ayudaba a perseverar.



Al final la hermana de Anna, Esther, accedió a robar la pólvora.

Trabajaba en turnos de doce horas frente a una máquina que comprimía el polvo de color gris pizarra, con la consistencia de la sal gruesa, en una especie de ficha. Esa parte era la que detonaba la bomba.

Anna recorrió el pasillo lleno de polvo y olor acre, pasando por delante de varios supervisores, y se dirigió al *Pulverraum* como si le tocara recoger la basura. El puesto de Esther estaba cerca de la puerta; le dio a Anna, al pasar, una pequeña caja metálica de las que se usaban para los residuos. Había escondido entre la basura las piezas de pólvora, envueltas en una tela anudada. (La tela provenía de una camisa rasgada o de intercambiar pan por un pañuelo.) Anna se llevó la caja a su mesa, sacó los paquetes de tela y se los deslizó por debajo del vestido. Se reunió con Ala en el aseo, donde se repartieron los paquetes y se los escondieron en la ropa. Al final del día, Esther se ocultó otros cuantos en la suya antes de emprender el regreso al campamento, más de un kilómetro andando con zuecos bajo la lluvia, la nieve o el sol abrasador. Si alguna vez había una inspección, las chicas abrían la tela y arrojarían la pólvora al suelo, y la esparcirían con los pies. Ala le entregó la pólvora a Roza.

No eran solo ellas. Una red de unas treinta mujeres judías de entre dieciocho y veintidós años robaban la pólvora en buen estado y trabajaban con la descartada. <sup>26</sup> Sacaban clandestinamente explosivos en cajas de cerillas y entre los pechos, o envolvían alijos de doscientos cincuenta gramos en papel y se los metían en los toscos bolsillos de sus trajes azules. En un día tres chicas podían juntar dos cucharadas. Marta Bindiger, una de las amigas más íntimas de Anna que, como ella, robaba pólvora, guardó sus alijos varios días hasta que hubo una «recogida». Participaban chicas que no se conocían entre sí en cadenas a cuatro niveles. Todo iba a parar a Roza, que servía de enlace entre diferentes facciones de la Resistencia.

Roza les daba la pólvora a los hombres. Los *sonderkommando* , que tenían autorización para entrar en el campo de las mujeres para retirar cadáveres, transportaban los explosivos en un recipiente de sopa con doble fondo, en las costuras de los delantales <sup>27</sup> y en el carro que utilizaban para retirar los cuerpos de los judíos que habían fallecido durante la noche. Ponían los paquetes de pólvora debajo de sus cadáveres y luego los escondían en los crematorios. Un preso ruso convertía la dinamita en bombas utilizando latas vacías de sardinas o betún. Cerca de allí, una adolescente llamada Kitty Felix tenía que clasificar las chaquetas de los presos asesinados y registrarlas buscando objetos de valor. <sup>28</sup> Robaba diamantes y oro, y los escondía detrás de un aseo exterior para luego intercambiarlos por explosivos.

Las chicas vivían con una mezcla de miedo y emoción. Un día hubo disturbios. Sin previo aviso ni contraseñas. El levantamiento, que había sido organizado meticulosamente durante meses, no podía llevarse a cabo en la fecha prevista porque el *sonderkommando* se había enterado de que iban a mandarlos a la cámara de gas de inmediato. Era ahora o nunca.

El 7 de octubre de 1944 los miembros de la resistencia judía atacaron a un SS con martillos, hachas y piedras, y volaron un crematorio donde habían colocado previamente trapos empapados en aceite y alcohol. <sup>29</sup> Desenterraron las armas ocultas, mataron a un puñado de guardias de las SS e hirieron a otros, y arrojaron vivo al horno a un nazi particularmente sádico. Luego cortaron el alambre de púas y huyeron.

Pero no fueron lo bastante rápidos. Los nazis fusilaron a los trescientos resistentes, y a continuación pasaron lista formalmente a los cadáveres, colocados en formación. Varios cientos de presos huyeron durante el caos, y a ellos también los mataron de un tiro.

Más tarde los nazis encontraron las granadas caseras: latas de hojalata llenas de pólvora que provenía del *Pulverraum* . <sup>30</sup> Acto seguido hubo una investigación exhaustiva. Se llevaron a muchos sospechosos y los torturaron, y hay muchos testimonios contradictorios de chivatazos y traiciones. Según las memorias de Anna, a su compañera de barracón Klara la pillaron con pan y, para evitar el castigo, delató a Ala. Ala, bajo tortura, confesó a su vez que Roza y Esther estaban involucradas. En otra versión,



<sup>31</sup> los nazis dieron instrucciones a un agente encubierto, un checo que era medio judío, de seducir a Ala con bombones, cigarrillos y afecto hasta que ella diera nombres.

Llevaron a Esther a una celda de castigo. Anna se quedó horrorizada y abatida. Un día también la llamaron a ella para interrogarla y le dieron una paliza de advertencia. Luego le limpiaron la sangre de la cara.

—¿Quién robó la pólvora? —le preguntó el «policía bueno» en tono paternal—. ¿Por qué? ¿Dónde? ¿Qué te dijo tu hermana?

Anna lo miró en silencio.

—Esther lo ha confesado todo, así que tú puedes contárnoslo.

—¿Cómo puede haber confesado algo? —replicó Anna—. Ella es inocente y nunca miente.

La soltaron y, afortunadamente, también llevaron a Esther de nuevo a su barracón. Estaba totalmente amoratada y tenía la piel de la espalda desgarrada a tiras. No podía moverse ni hablar. Marta y Anna la cuidaron y empezó a mejorar.

Pero, al cabo de unos días, los nazis regresaron y se llevaron a Ala, a Esther y a Roza, así como a Regina, la supervisora del *Pulverraum* que era oriunda de Będzin.

Las condenaron a la horca. <sup>32</sup> Anna enloqueció, y Marta la ingresó en la *revier* para impedir que se suicidara. Trató de ponerse en contacto con su hermana, intentó verla, pero fue inútil.

Un miembro de la Resistencia de la ciudad natal de Roza se valió de vodka para persuadir al guardia del búnker de tortura de que le permitiera verla. «Entré en la celda de Roza —recordaba Noah Zabłudowicz—. Sobre el cemento frío había tendida una figura que parecía un montón de harapos. Al oír que se abría la puerta, volvió el rostro hacia mí. [...] Luego pronunció sus últimas palabras. Me dijo que no había traicionado [a nadie]. Quería que sus camaradas supieran que no tenían nada que temer. Debíamos continuar.» No se arrepentía ni lo lamentaba, pero quería morir sabiendo que las acciones del movimiento continuarían. Le entregó una nota para los demás camaradas. La firmaba con la exhortación *Chazak V'Amatz* . Sed fuertes y valientes.

Esther escribió una última carta a Anna y otra a Marta, en la que le pedía: «Cuida de mi hermana para que pueda morirme más tranquila». Las «hermanas del campo» formaban una familia.

El día de la ejecución ahorcaron a las cuatro mujeres en una ceremonia pública poco habitual, concebida para aterrorizar a las presas y disuadirlas de participar en nuevos sabotajes y rebeliones. Ejecutaron a dos durante el turno de día y a las otras dos durante el de la noche. Obligaron a todas las presas judías a mirar, y las golpeaban si desviaban un instante la mirada. A Anna la escondieron y la sostuvieron sus amigas para que no tuviera que verlo. Pero ella lo oyó. «Un rumor de tambores —describió más tarde—, un gemido de miles de gargantas y el resto, bruma.» Bela Hazan también estuvo allí, como enfermera polaca encargada de sacar los cadáveres.

Con su último aliento, antes de que la soga se apretara alrededor de su cuello, Roza gritó en polaco:

—¡Venganza, hermanas!



## CAPÍTULO 27

### LA LUZ DE LOS DÍAS

**Renia**

OCTUBRE DE 1943

Fuera de la celda de Mysłowice, un gendarme esperaba a Renia. <sup>1</sup>

—Tú —le dijo.

Ella había aguantado tanto tiempo aferrándose al último rayo de esperanza... Estaba preparada. Preparada para morir.

—Cualquier día de estos —dijo él muy despacio, con parsimonia—. Cualquiera día de estos te darán una nueva tarea. Trabajarás en la cocina de la policía.

¿Cómo?

Ella no dijo nada, pero tembló de alivio. Milagrosamente no iría a Auschwitz, después de todo. Ni siquiera habría más interrogatorios, sino un ascenso.

Después de un mes encarcelada, salió de Mysłowice por primera vez. En la calle, la calle normal, mientras se dirigía a la comisaría, buscó frenética a algún conocido. Alguien a quien pudiera hablarle de su encarcelamiento. Pero todos eran extraños.

El turno de Renia iba de las cuatro de la madrugada a las cuatro de la tarde. Ella dejaba la celda en una oscuridad que clareaba, dando paso a la luz del día. La cocinera, recordaba, era una alemana glotona, pero la alimentaba bien, y Renia recuperó las fuerzas. Debido a las inspecciones diarias, no podía llevar comida a su celda, pero se daba por satisfecha con lo que comía en el trabajo, y ofrecía su cena a mujeres con más hambre que ella, en su mayoría judías. Otras la miraban furiosas.

Uno de los gendarmes que acompañaba a Renia al trabajo la trataba con amabilidad y le daba cigarrillos, manzanas y pan con mantequilla. <sup>2</sup> Le contó que había vivido muchos años en Polonia, pero que era de Berlín. Se

convirtió en *volksdeutsche* y se vio obligado a divorciarse de su esposa polaca; ella cogió a su bebé y huyó con sus padres.

«No sabría decir por qué le creí y confié en él —escribiría Renia más tarde—. Realmente tuve la impresión de que era sincero y que su amistad podría beneficiarme.»

Una noche, mientras las presas dormían, escribió una carta. Tenía que asumir el riesgo. Le pidió al amable gendarme que la enviara por correo a Varsovia, «para mis padres». Explicó que desde que la habían arrestado nadie sabía su paradero. Él prometió ponerle un sello y echarla al buzón. Luego le hizo un gesto con el dedo, advirtiéndole que no se lo mencionara a nadie.

Pero, a partir de ese momento, Renia no pudo dormir. ¿Qué había hecho? ¿Y si el gendarme entregaba la carta a la Gestapo? Eso complicaría mucho su situación. Aunque estaba cifrada, contenía información y direcciones, y una lista de los objetos que debían retirarse de esos lugares. Aún más importante, quería que los camaradas supieran dónde estaba. Pero cada día se hundía más y más en la vorágine del recinto de la prisión nazi, y parecía cada vez menos probable que alguien la encontrara.



Una noche metieron en la celda a cuatro mujeres y un bebé. Todas eran judías menos una, Tatiana Kuprienko, que era una rusa nacida en Polonia. Renia se hizo amiga suya. Hablando en una mezcla de polaco y ruso, Tatiana le explicó que había estado escondiendo a unas mujeres judías que la habían ayudado antes de la guerra. Había acogido y dado de comer a seis adultos y un bebé en su buhardilla, creyendo que nadie lo sabía. Contrató a un falsificador y les consiguió papeles polacos a un precio exorbitante con la esperanza de que pudieran encontrar trabajo en Alemania. Casi todas las mujeres se lo pensaron antes de separarse de sus maridos, cuyos rasgos eran demasiado judíos, pero una se fue a Alemania y había escrito para decir que había encontrado un empleo.

—Dos meses y medio después, la policía se presentó en mi casa con un chico polaco de diecisiete años —continuó Tatiana—. Antes de que pudiera decir una palabra, el chico le dijo a la policía que yo escondía a

judíos. Nos arrestaron a todas. A mis dos hermanos y al falsificador también. Todavía no sé cómo se enteraron de lo de la buhardilla, los papeles falsos, la mujer en Alemania, incluso los honorarios del falsificador. Antes de tomarme declaración leyeron en voz alta lo que sabían; todo era verdad.

En la comisaría la golpearon. La Gestapo le dijo que tenía suerte de ser rusa; de lo contrario, la habrían ahorcado. No pararon de amenazarla con matarla o encerrarla de por vida.

Dos días más tarde, llevaron a las mujeres judías y a sus maridos a Auschwitz. Y dos días después de eso hicieron volver a la mujer judía que se había ido a Alemania, en un estado de absoluta desesperación. Había contado con pasar el resto de la guerra trabajando para un campesino cerca de Berlín, y de repente la habían arrestado. Después del interrogatorio, la llevaron en camilla a la celda, tan desfigurada que Renia apenas la reconoció. Le habían arrancado grandes trozos de carne del cuerpo. La habían amordazado, y luego le habían golpeado los pies con barras de metal y le habían perforado la piel con un hierro candente. A pesar de esa tortura, la mujer judía no reveló el nombre del falsificador ni confesó que conocía a Tatiana. Los nazis utilizaron métodos similares para torturar a Tatiana.

—Después de todo por lo que he pasado —le dijo Tatiana a Renia un día que estaba más animada—, tengo el presentimiento de que algún día me pondrán en libertad. Debo vivir para cuidar de mi madre. Tengo un cuñado rico en Varsovia; tal vez me saque.

Renia sonrió, pero supuso que se había vuelto loca por toda la paliza.

A los pocos días llamaron a Tatiana. Palideció: otro interrogatorio. Sería su fin. Salió de la celda y la Gestapo se la llevó.

Pero unos minutos después Renia oyó una risa maniaca. Tatiana regresó, las besó a todas y les dijo que la habían puesto en libertad. ¡Se iba a casa!

Cuando se acercó a Renia para besarla, le susurró al oído que, en efecto, su cuñado había pagado medio kilo de oro por ella.

A Renia se le iluminaron los ojos. Si era posible sobornar a la Gestapo incluso en Mysłowice, tal vez había esperanza.



Una tarde se detuvo un coche ante la verja del campo. Dos hombres vestidos de paisano se apearon, presentaron unos papeles que decían que eran agentes encubiertos de la Gestapo y se dirigieron al pabellón de los hombres, a la celda más infernal, donde había sombras vivientes encadenadas a sus camas. Los agentes de paisano gritaron el nombre de dos jóvenes que habían sido condenados por liderar una banda de partisanos. Les quitaron los grilletes y los condujeron hasta el automóvil que los esperaba, y este desapareció rápidamente. Al ver que se llevaban a presos, algo que nunca ocurría, los guardias empezaron a sospechar y, justo después de que se fuera el taxi, lo notificaron a la Gestapo de Katowice. Resultó que los dos «agentes de paisano» eran partisanos que habían utilizado papeles falsos. Los cuatro hombres habían desaparecido. Libres.

Renia estaba sencillamente eufórica. «Ese incidente despertó mi pasión por la vida y renovó mi fe en la libertad —recordó—. Quién sabe, tal vez a mí también me pase un milagro.»

Sin embargo, los altos cargos de la prisión se pusieron furiosos. Encarcelaron a los guardias. Se endureció la disciplina y se reabrieron los casos. Una mañana le dijeron a Renia que no fuera a trabajar. En lugar de ello la golpearon y la encerraron en una celda oscura, supuestamente en castigo por mentir al decir que solo había robado al otro lado de la frontera. Ahora sospechaban de ella por espionaje. La paliza le dejó una cicatriz permanente en la frente.

La trasladaron a una celda para presas políticas. Allí nadie salía a trabajar. Cada pocos días llegaba un comité de la Gestapo para examinarlas como ganado en el mercado. No había esperanza de salir.

Renia se enteró casualmente por una mujer de Katowice de que Ilza había confesado que era judía y la habían ahorcado. Se le rompió el corazón en un millón de pedazos, pero no movió un músculo. «Aunque me apuñalaran con un cuchillo, no podría romperme.» <sup>3</sup>

Día y noche, Renia contemplaba el destino de sus camaradas. Sintió que le fallaba la memoria, como si se estuviera volviendo loca. No podía concentrarse. No recordaba su testimonio. No estaba segura de poder fiarse de sí misma si decidían interrogarla de nuevo. Le dolía la cabeza a todas horas. Estaba muy débil, apenas podía tenerse en pie. Estaba prohibido

acostarse durante el día, pero la encargada de la llave se compadeció de ella y le dejó sentarse en su catre. Se levantaba de un salto cada vez que oía el tintineo de la supervisora, para que no la vieran sentada sin hacer nada, obsesionada con el rostro joven de Ilza.

Qué cerca había estado de la libertad.

## CAPÍTULO 28

### LA GRAN HUIDA

**Renia y Gusta**

NOVIEMBRE DE 1943

—Esto es para ti —le susurró una mujer a Renia entregándole una nota cuando iba al baño—. Me la han dado mientras trabajaba en el campo. — Ella se sobresaltó—. La mujer vendrá mañana para recoger tu respuesta y traer un paquete con comida.

A Renia le temblaron las manos cuando cogió el papel. ¿Era posible? Lo agarró todo el día.

Por la noche, cuando todas dormían por fin a su alrededor, abrió su tesoro. Devoró cada palabra. ¿Era auténtica? La letra se parecía a la de Sarah.

Su hermana le explicaba que todos seguían vivos. Los camaradas habían encontrado lugares para esconderse en casas de polacos. Se enteraron de dónde estaba ella por la carta que había recibido Zivia en Varsovia. ¡El gendarme la había enviado de verdad! Sarah quería saber cómo podían ayudarla. Los camaradas harían cualquier cosa por sacarla de allí. «No te desanimes», le aconsejaba.

Renia leyó la nota muchas veces.

Pensando, planeando, tramando.

Se cercioró de que todas seguían durmiendo. Eran más de las doce.

Se levantó y se acercó al escritorio de la supervisora. Intentando no hacer ruido, buscó a tientas un lápiz en la oscuridad. ¡Y lo encontró!

Sarah, siempre previsora, había incluido una hoja de papel para su respuesta.

Renia regresó de puntillas a su cama y escribió:

Primero, debes pagar generosamente a la mujer que me ha traído la nota, ya que ha arriesgado su vida. En segundo lugar, ¿sería posible pagarle para que intercambie su puesto con el mío y yo pueda salir al campo? Así podríamos vernos y decidir qué hacer.

A la mañana siguiente Renia le dio el papel a la mujer, que se llamaba Belitkova, en el cuarto de baño y quedó en reunirse de nuevo con ella allí esa noche.

Se pasó todo el día releendo la carta de Sarah siempre que podía: «Haremos cualquier cosa para sacarte de allí. Zivia ha enviado a una persona con dinero». Sus amigas estaban a salvo.

Esa misma noche llegó otra nota.

Todo bien. Después de un gran esfuerzo de persuasión, Belitkova ha decidido dejar que tú vayas al campo en su lugar. Se le pagará con objetos de valor y mucho dinero. Se lo enviaré todo a su casa hoy. Es pobre y está encantada con el dinero en efectivo.

Al día siguiente, Renia se puso rápidamente el vestido de Belitkova y se trasladó a su celda; Belitkova asistiría al pase de lista en su lugar. Era una fría mañana de noviembre y Renia se envolvió la cara con todos los harapos que pudo encontrar. Por suerte, ninguno de los guardias la conocía.

Llegó a la plaza donde esperaba el grupo de trabajo de Belitkova y se encontró con presas rusas, francesas e italianas, una multitud. Todas se pusieron a cargar ladrillos en un vagón de tren. A pesar de la relativa facilidad de la tarea, Renia todavía estaba demasiado débil. Cada ladrillo que cogía se le caía al suelo, atrayendo miradas. Estaba impaciente. «¿Cuándo llegará Sarah?» Cada segundo parecía una eternidad.

De pronto distinguió a lo lejos a dos señoras elegantes y bien vestidas, una de ellas con el paso confiado de Sarah. Vio que miraba alrededor. «Probablemente no me reconocerá.» Empezó a acercarse. Las presas observaban perplejas: ¿quién era esa chica de Varsovia, sin relaciones en la vecindad, que se acercaba a hablar con ellas?

—Son conocidas de una compañera de celda —mintió Renia fingiendo indiferencia, y se dirigió a la puerta.

El jefe de los guardias caminaba justo detrás de ella. Él no la conocía y, afortunadamente, no estaba al tanto de sus antecedentes como presa política. Renia se acercó al muro y, a pesar de tener al guardia pegado a los

talones, las hermanas no pudieron contener las lágrimas. Era realmente ella. Sarah le dio unos pastelillos al guardia mientras Renia hablaba con la otra chica, Halina. Zivia la había enviado desde Varsovia y Renia entendió por qué.

—No importa si fracasas —dijo Halina mirándola fijamente con sus ojos verdes—. Tienes que intentar salir de aquí. De todos modos, tu vida está en peligro.

Acordaron encontrarse en ese mismo lugar la semana siguiente. Las chicas llevarían ropa para que Renia se cambiara. Tenía que prepararse para la fuga.

Renia no podía quedarse mucho rato junto al muro sin levantar sospechas. Al ver a su hermana y a Halina alejarse y desaparecer le embargó la emoción, y sintió una resolución que no había experimentado en mucho tiempo. Repitió mentalmente las palabras de Halina: «Tienes que intentar salir».



Pero, en cuanto Renia volvió de trabajar, se derrumbó. Le palpitaba el cráneo. No podía tenerse de pie. Su reencuentro con Sarah le había provocado algo en la cabeza, escribió más tarde. La medicina no ayudó. Estuvo a cuarenta de fiebre durante tres días seguidos. En su confusión empezó a balbucear, lo que era una verdadera amenaza. ¿Y si hablaba en yidis? ¿Y si confesaba la verdad? Algunas compañeras de celda se compadecieron de ella y le dieron su pan del desayuno, pero ella no pudo probar bocado. Perdería su oportunidad. Moriría.

Cuando por fin remitió milagrosamente la fiebre, sus compañeras de celda organizaron una oración especial el domingo para dar gracias a Dios por su recuperación. Renia, sinceramente agradecida, se levantó para unirse a ellas, y se arrodilló y rezó con fervor, como había aprendido a hacer.

Pero en mitad del rezo tuvo un sofoco y se desmayó. Como la puerta estaba cerrada con llave, las mujeres no pudieron ir a buscar agua y utilizaron el líquido sucio con que lavaban los platos.

Renia volvió en sí, pero estuvo otros dos días en cama. ¿Cómo podía pasarle eso?



Tenía que levantarse y ponerse bien. Tenía que hacerlo. «Tienes que intentar salir.»



«12 de noviembre de 1943. Una fecha grabada en mi mente», escribió Renia en sus memorias. Después de una noche de insomnio, ella fue la primera en levantarse de la cama. Era el día.

—No —le dijo de pronto la encargada de la celda—. Hoy no puedes ir a los campos.

—¿Cómo? ¿Por qué no? Pero si la semana pasada me dejaste ir. — Belitkova había accedido una vez más a cambiarle el puesto por una gran suma de dinero.

—Es demasiado arriesgado. ¿Qué pasa si el jefe del campo se da cuenta de que eres de la celda de las presas políticas? Todas nos veremos en apuros.

—Por favor —suplicó Renia. Eso era todo lo que le quedaba—. Por favor, te lo ruego.

La encargada de la celda gruñó y la dejó salir. Los pequeños milagros eran interminables.

Vestida con la ropa de Belitkova y cubierta con pañuelos, Renia se fue. La supervisora no la reconoció. Las mujeres a su derecha e izquierda la sostuvieron erguida para que no se derrumbara; fueron muchas las mujeres que la ayudaron a vivir. Por fin llegaron a la plaza. Quince mujeres, cinco guardias. Renia colocó los ladrillos y miró a su alrededor, buscando a Sarah y Halina. No se las veía en ninguna parte.

Diez de la mañana. ¡Ahí estaban! Renia miró alrededor: todas seguían ocupadas con sus propios ladrillos, sus propias cargas. Estaba despejado. Dejó rápidamente el lugar de trabajo.

Pero antes de que llegara hasta las chicas, el guardia principal estaba a su lado gritando.

—¿Cómo te atreves a dejar el trabajo sin mi permiso?

Sarah intentó apaciguarlo, coqueteando y suplicando.

—Vuelve a las dos con cigarrillos y alcohol —le murmuró Renia a Halina.<sup>1</sup>

Sus compañeras se enfadaron con ella por desobedecer al guardia principal; las estaba poniendo a todas en peligro.

Renia volvió a cargar ladrillos, de momento tranquila. Pero justo antes del almuerzo la llamó un guardia.

—Así que eres una presa política —le dijo él, para su horror—. Eres tan joven que me das pena. Si no, habría informado al comandante del campo. —Le agitó el dedo en la cara y le dijo que no se le ocurriera intentar huir o la despedazaría.

—No hay ninguna posibilidad de que escape —respondió ella—. Soy lo suficientemente lista para saber que me atraparían. Me arrestaron por robar al otro lado de la frontera; es probable que me suelten pronto. ¿Por qué querría arruinar mis oportunidades?

Renia supuso que las otras mujeres le habían contado su secreto al guardia principal. No era de extrañar, pues, si ella escapaba, todas sufrirían. Todas eran muy cautelosas desde la fuga de los partisanos.

Eso hacía que fuera aún más difícil escapar de allí. Todos la observaban: los guardias y sus compañeras de prisión. Pero también sabía que habían descubierto su tapadera. Sabían que ella era una «política». De una forma u otra estaba condenada.

¿Dónde estaban Sarah y Halina? Renia no llevaba reloj, se lo habían quitado, pero hacía horas que se habían ido. ¿Y si pasaba algo? ¿Y si no regresaban? ¿Podría huir ella sola?

Por fin, dos siluetas a lo lejos.

Esta vez Renia jugó fuerte.

—Acompañeme, por favor —le pidió al guardia principal.

Él la siguió.

Tres chicas judías y el nazi se detuvieron detrás de la pared de un edificio bombardeado.

Halina le pasó al guardia varias botellas de whisky. Él se tragó una entera mientras le llenaban los bolsillos de cigarrillos. Renia cogió unas cuantas botellas pequeñas de alcohol y paquetes de cigarrillos, y los envolvió en su pañuelo. Los distribuyó entre los vigilantes y les pidió que

no dejaran que las otras mujeres fueran detrás del muro. Sus conocidas le habían traído sopa caliente, les dijo, y no quería compartirla. Los vigilantes no se preocuparon mucho, pues sabían que su jefe la vigilaba.

A esas alturas el guardia principal estaba totalmente ebrio. Renia debía averiguar cómo manejarlo.

—¿Por qué no va a ver si alguna de las mujeres está mirando hacia aquí? —le sugirió.

Él se fue tambaleándose.

Era el momento. Ahora o nunca.



Renia no fue la única mujer judía que intentó fugarse.

Después de los atentados de Cracovia, Shimshon Draenger había desaparecido; Gusta fue a todas las comisarías hasta que lo encontró, y se negó a separarse de él. Por segunda vez, su esposa cumplió su pacto conyugal y se entregó.

La encerraron en Helzlow, en la sección de mujeres de la prisión de Montelupich.<sup>2</sup> Situada en el centro del hermoso casco antiguo, Montelupich era otra cárcel horrible de la Gestapo que se jactaba de utilizar técnicas de tortura medieval. Después de golpear a Gusta con dureza, los nazis la llevaron con su marido con la esperanza de servirse de sus heridas para sacarle una confesión a él.

—Lo hicimos nosotros —declaró ella en su lugar—. Organizamos grupos de lucha. Y si salimos de aquí, organizaremos otros aún más fuertes.

<sup>3</sup>

La trasladaron a la amplia y oscura «celda 15» con cincuenta mujeres más, entre las que había varias agentes de la resistencia judía. Estableció una rutina diaria para sus compañeras de prisión: mientras hubo agua disponible, las obligaba a lavarse, cepillarse el pelo y limpiar la mesa, todo para mantener la higiene y la condición humana. Inició debates periódicos sobre filosofía, historia, literatura y la Biblia. Celebraban el Óneg Shabat. Recitaban poemas y componían otros nuevos. Y cuando se llevaban a un grupo para pegarles un tiro, las demás compartían su dolor con cantos.

También llevaron a la celda a Gola Mire, a quien los nazis habían capturado en la imprenta de la resistencia polaca, y con ella empezó un periodo de «elevación espiritual» y «hermandad». <sup>4</sup> Gola escribía constantemente poesía en yidis y hebreo, y a menudo dedicaba su trabajo a su marido y a su hijo muerto. Golpeada con brutalidad en frecuentes interrogatorios, tenía el cuerpo gris, las uñas y el pelo arrancados, y los ojos temporalmente cegados. Pero, al regresar a la celda, tomaba el lápiz y luego recitaba sus poemas a sus compañeras.

Entre paliza y paliza, Gusta también escribió sus memorias. Se colocaba en un rincón, rodeada de un grupo de mujeres judías que escondían su actividad de los ojos de las demás prisioneras, pues algunas no eran totalmente de confianza. En trozos triangulares de papel higiénico cosidos con hilo de sus faldas, con lápices donados por mujeres polacas que los habían recibido en secreto en paquetes de comida, y con los dedos aplastados por la tortura, Gusta compuso la historia de la resistencia de Cracovia. Se refería a todos por un nombre falso para protegerlos, y escribía sobre sí misma —«Justyna» era su nombre en clave— en tercera persona.

Gran parte del material tomaba la perspectiva de otros, especialmente la de Shimshon y la de sus compañeras de celda; todas ellas participaron. Por seguridad, Gusta incluyó solo acontecimientos pasados que ya eran conocidos por la Gestapo. Escribía hasta que se sentía demasiado cansada y dolorida, entonces pasaba el lápiz a sus compañeras de celda, que se turnaban para transcribir lo que ella dictaba, manteniendo su tono literario e introspectivo único, y proporcionando retratos psicológicos de los combatientes, los escondidos e incluso los enemigos. Para encubrir su voz, unas mujeres cantaban y otras vigilaban al guardia. Gusta revisó al menos diez veces cada página, haciendo hincapié en la precisión. Las mujeres, encantadas con la fantasía de que algún día se contara su historia, escribieron cuatro copias del diario simultáneamente. Escondieron tres en la prisión —en la estufa, en la tapicería de la puerta y debajo de las tablas del suelo— y sacaron la cuarta clandestinamente a través de unos mecánicos de coches judíos que trabajaban para la Gestapo (y que también proveían a Gusta de lápices y papel higiénico). Después de la guerra, se encontraron fragmentos de texto escondidos debajo del suelo de la celda.

El 29 de abril de 1943, Gusta y sus compañeras, que habían estado planeando fugarse, <sup>5</sup> se enteraron de que iban a incluirlas en el próximo convoy hacia la muerte y, como Renia, decidieron que era ahora o nunca. Mientras las conducían al camión, que esperaba en la concurrida calle de la ciudad, Gusta, Gola, su camarada Genia Meltzer y algunas más se detuvieron en seco y se negaron a moverse. Los guardias de la Gestapo se quedaron confundidos. Uno sacó su arma. Genia se acercó corriendo a él y le levantó el brazo.

En ese momento, las chicas echaron a correr, rodeando un caballo y una calesa. La Gestapo les disparó en las calles abarrotadas mientras ellas buscaban dónde refugiarse.

Solo Gusta y Genia sobrevivieron. Genia se escondió detrás de una puerta; a Gusta la hirieron en la pierna.

Sin que las mujeres lo supieran, Shimshon también se había fugado de la cárcel ese día. Gusta y él se reunieron en un pequeño pueblo situado en las afueras de Cracovia donde se escondían varios miembros de Akiva. Reanudaron la lucha en los bosques, organizaron grupos de combate, y escribieron y distribuyeron boletines clandestinos. Unos meses más tarde, en la época en que encarcelaron a Renia, capturaron de nuevo a Shimshon mientras organizaba un medio de transporte clandestino que los llevara a Hungría; les pidió a los hombres de la Gestapo que fueran a buscar a su esposa. Los nazis llegaron al escondite de Gusta con una nota suya y ella se entregó de inmediato. Después de tres experiencias desafortunadas, los mataron a los dos.



En un instante las chicas ayudaron a Renia a ponerse un vestido, un chal y unos zapatos nuevos. <sup>6</sup>

Sarah y ella se fueron en una dirección, y Halina en la otra.

Si estaban destinadas a fracasar, Renia no quería que Halina lo hiciera con ellas.

Luego echaron a correr, más deprisa que nunca, sin aliento, jadeando.

Llegaron a una colina, pero Renia no pudo subirla. No había forma.

Entonces ocurrió otro milagro: un preso italiano pasó por su lado. Le tendió una mano y la ayudó a subir.

Ella a duras penas logró saltar la valla de alambre de púas que rodeaba la plaza. Las hermanas aterrizaron en la calle, al aire libre. Esa era la parte más peligrosa de la fuga y el momento más crucial de su vida. No sabían el camino; siguieron recto. Renia tenía el vestido cubierto de barro por la escalada, pero continuó corriendo, sacando una energía de no se sabía dónde. Más rápido, más. Se volvió para asegurarse de que nadie las seguía. El viento le enfrió el cuerpo y la cara, sudorosos. Sintió la presencia de sus padres como si estuvieran allí protegiéndola.

Se acercó un coche.

Sarah ocultó la cabeza entre las manos.

—¡Nos han atrapado! Estamos perdidas.

Pero el coche pasó de largo.

—¡Renia, más rápido! —le gritó Sarah—. Ya casi estamos. Si lo logramos, las dos seguiremos vivas.

Renia se sentía cada vez más débil. Lo intentó una y otra vez, pero le fallaban las piernas. Cayó al suelo. Sarah la levantó. Lloraba.

—Renia, por favor, continúa —le suplicó—. Si no, será el final de las dos. Haz un esfuerzo. No tengo a nadie más que a ti. ¡No puedo perderte! Por favor.

Sus lágrimas cayeron sobre el rostro de su hermana, reanimándola. Renia se puso de pie, esperó unos instantes. Siguieron avanzando.

Pero Renia respiraba con dificultad. Tenía los labios secos. No se notaba los brazos, como si hubiera sufrido un derrame cerebral. Tenía las piernas de goma y se le doblaban bajo su peso.

Cada vez que oían el ruido de un autobús que pasaba, se les paraba el corazón.

Los transeúntes aminoraban el paso para mirarlas, probablemente tomándolas por locas.

Otro autobús se detuvo en la carretera cerca de ellas. Renia estaba segura de que era el final. ¿Cómo iban a conseguirlo? La Gestapo podía atraparlas fácilmente en cualquier momento. Las dos iban envueltas en

harapos embarrados y con los zapatos cubiertos de tierra, tenían un aspecto increíblemente sospechoso.

El autobús continuó.

Sarah caminaba treinta metros por delante, Renia se arrastraba detrás. Qué extraño era caminar sola, sin la compañía de un guardia. Poco a poco se acercaron a Katowice. Habían cubierto seis kilómetros y medio.

Sarah le limpió la cara a Renia con saliva y un pañuelo, y le quitó el barro y la porquería de la chaqueta. Sonreía radiante. Conocía a una mujer alemana que vivía cerca. Nacha Schulman, la esposa de Meir, trabajaba para ella como costurera disfrazada de católica. No podían tomar el tranvía, por si un gendarme las reconocía, pero no estaban demasiado lejos. Solo quedaban otros seis kilómetros.

Renia caminaba despacio, poco a poco, a un lado de la carretera. De pronto apareció un grupo de gendarmes a lo lejos.

Los uniformes. Renia se estremeció. Era demasiado tarde para dar la vuelta.

Los hombres se acercaron, las miraron... y siguieron andando.

Renia se obligó a avanzar. Necesitaba descansar cada dos o tres pasos. Su respiración era pesada, caliente.

—Ya casi hemos llegado —la alentó Sarah. La habría llevado en brazos si hubiera podido.

Renia daba tumbos como si estuviera borracha. Sarah tiró de ella hacia delante. Tenía la ropa empapada en sudor.

Renia hizo un esfuerzo por su hermana.

Por fin se acercaron a los primeros edificios de las afueras del pueblo de Siemianowice. Renia no podía dar más de dos pasos sin detenerse para apoyarse contra una pared. Ignoró a los transeúntes; veía tan borroso que apenas los atisbaba.

Se detuvo en un pozo de un jardín particular y se echó agua en la cara. «Despierta.»

Las hermanas cruzaron el pueblo, y Renia empleó todas sus fuerzas para mantenerse erguida y pasar desapercibida. Fueron de callejón en callejón hasta llegar a una calle pequeña. Sarah señaló un edificio de dos pisos.

—¡Es aquí!

Luego se inclinó y cogió en brazos a su pequeña hermana, y subió las escaleras llevándola como si fuera una novia. «No sé de dónde sacó la fuerza», escribió Renia más tarde. La puerta se abrió, pero, antes de que pudiera ver el interior, se desmayó.

Cuando volvió en sí, tomó una pastilla, pero la fiebre persistió. Se arrancó los harapos mugrientos y se metió en una cama limpia, un placer que no había estado segura de volver a disfrutar. Le castañeteaban los dientes y se notaba los huesos huecos incluso debajo de las mantas; toda ella se sacudía en espasmos a causa del frío.

Sarah y Nacha se sentaron al lado de la cama y lloraron. Nacha no había reconocido a Renia. Pero Sarah las consoló a las dos.

—Olvidadlo todo. Lo importante es que ahora sois libres.

Pero ¿dónde estaba Halina?

Sarah le dijo a la señora alemana de la casa que Renia era una amiga suya que estaba enferma y necesitaba descansar. Pero no podía quedarse allí. Lo de siempre.

Esa noche, Renia logró de alguna manera volver a levantarse. Cuatro kilómetros hasta Michałkowice. Al menos la oscuridad ayudaría a encubrir su paso renqueante.

Llegaron al pueblo a las once y se dirigieron a la casa de unos campesinos polacos. El señor y la señora Kobiletz las saludaron con efusión. Habían oído hablar de Renia y estaban llenos de elogios para Sarah. Le ofrecieron algo de comer a Renia, pero no pudo quedarse mucho tiempo en la sala; estaba allí para esconderse en el búnker. Se metió por una ventana que había debajo de las escaleras del sótano. Era tan pequeña que a duras penas cupo, aun esquelética como estaba. Luego bajó las escaleras. La recibieron veinte compañeros con alegría, «como si acabara de nacer».

Querían saberlo todo, de inmediato.

Ella estaba demasiado débil y tuvo que acostarse, pero Sarah les contó la historia de su fuga. La cabeza le daba vueltas, al igual que el corazón. Estaba allí con sus camaradas, su hermana y, por el momento, a salvo.



Renia observó a todos los que estaban en el búnker mientras la escuchaban. Seguía ardiendo de fiebre, y todavía le parecía que estaba en la prisión, que la perseguían. ¿Algún día la abandonaría esa sensación?



Unas horas después llegó Halina y les contó su historia.

—En cuanto me separé de vosotras, le di la vuelta a la chaqueta y me quité el pañuelo. Delante de mí vi a un trabajador ferroviario. Le pregunté si le importaba que caminara con él. Él me miró y dijo: «Con mucho gusto». Le cogí del brazo y caminamos tranquilamente, charlando de esto y aquello. Probablemente pensó que era una prostituta. Al cabo de diez minutos nos cruzamos con dos guardias que corrían como locos hacia el campo. Nos preguntaron si habíamos visto escapar a tres mujeres y describieron nuestra ropa. Me alegré mucho de verlos tan afanados. Seguí hablando con el trabajador ferroviario como si no hubiera pasado nada. Él me acompañó hasta el tranvía. ¡Quedamos en vernos al día siguiente!

A la mañana siguiente, Halina partió con buen ánimo hacia Varsovia. Una semana después recibieron una carta suya. El viaje había transcurrido sin incidentes. Había cruzado la frontera a pie. Estaba encantada de haber participado en la fuga de Renia. Llegó una conmovedora carta de la madre de Marek Folman y otra de Zivia, Antek y Rivka Moscovitch, que se había curado y trabajaba como mensajera, pasando armas y prestando ayuda a los que estaban escondidos. Los tres se alegraban mucho de que Renia hubiera salido.

Marek, por otro lado, había sido menos afortunado.<sup>7</sup> Se fue de Będzin a Varsovia, deshecho por la traición de Socha, y su aspecto atormentado llamó la atención de los nazis cuando cambió de tren en Częstochowa. Le dispararon en el acto.



Renia pasaba día tras día sentada en el búnker de los Kobiletz que había construido Meir Schulman.<sup>8</sup> Antes de la guerra, Meir había sido amigo del hijo mayor de los Kobiletz, Mitek. Este había trabajado para la Gestapo en Cracovia, pero había estado en contacto con los judíos del

gueto, y cuando uno de sus amigos se emborrachó y reveló su secreto, él se montó de un salto en su motocicleta y huyó. Meir se enteró de que había cobrado por colocar a judíos en casas de sus amigos en la ciudad de Bielsko. Fue entonces cuando se le ocurrió pedirle que les dejara construir un búnker debajo de la casa de sus padres. Al principio, el señor Kobiletz se negó, pero las súplicas de su hijo lo convencieron, sobre todo cuando le dijo que a él también le podría servir para esconderse de la Gestapo.

Escondieron a unos cuantos judíos en su pequeña buhardilla hasta que tuvieron el búnker listo. Meir tuvo que construirlo de noche para que los vecinos no se dieran cuenta. En sus memorias, Renia escribió que Kobiletz le había cobrado una fortuna por esconderlos. «Dijo que lo hacía por compasión, pero en realidad lo hizo con fines de lucro.» Otros testimonios dan a entender que,<sup>9</sup> aunque cobraron, los movía la compasión, así como la política antialemana. La cuestión de si a los polacos que cobraron por ayudar a los judíos se les debe considerar «justos» sigue siendo controvertida.<sup>10</sup>

Renia estaba —relativamente— fuera de peligro y en libertad, pero la vida en el búnker de los Kobiletz no era una solución permanente. Había sido construido para albergar a dos o tres personas, pero no cesaban de llegar fugitivos del gueto. Dormían juntos en unas pocas camas. Compraban la comida con cupones de racionamiento falsificados que cada pocos días iba a recoger una de las chicas, arriesgando su vida para viajar hasta el pueblo de Jablonka. El almuerzo lo preparaba la señora Kobiletz. Al principio, los camaradas usaron el dinero que se habían llevado consigo del gueto para pagarlo todo, pero luego Halina les llevó más fondos de Zivia.

En el búnker, además de hacinados, vivían con el temor constante de que se enteraran los vecinos. Al igual que los Kobiletz, a quienes también ejecutarían si los descubrían.

A los pocos días de llegar, Renia volvió a subir la escalera a medianoche para trasladarse a la casa de la hija de los Kobiletz, Banasikova. El cambio la animó. Esta vez estaba con camaradas de Libertad, Chawka la médica y Aliza, que se había ocupado de los huérfanos. La puerta estaba cerrada con llave a todas horas, de modo que los vecinos no sabían nada. Si alguien llamaba a la puerta, se escondían en

el armario. Banasikova atendía todas sus necesidades. Su marido estaba en el ejército y apenas ganaba un sueldo digno, por lo que ella agradecía el dinero y los bienes que recibía por esconder a gente.

Todavía había unos pocos cientos de personas desperdigadas entre el campo de Będzin y los guetos locales, una población que disminuía cada vez que salía un convoy. Sarah, Chawka, Kasia, Dorka, todas las chicas que no tenían rasgos judíos, continuaron entrando a escondidas para intentar salvar a tantas como pudieran, aunque era casi imposible encontrar escondites. Renia todavía estaba demasiado débil para salir.

Todos sabían que la única vía de escape de sus vidas asfixiantes era a través de Eslovaquia, donde, por el momento, los judíos gozaban de relativa libertad. Aun así, para trasladar a los camaradas allí, necesitaban contactos. Fueron necesarios muchos intentos hasta que obtuvieron una dirección de La Haya. Pero ¿cómo llegarían allí? Después de la cruel traición de Socha, el grupo se mostraba particularmente cauteloso. El grupo de la Juventud Sionista, escribió Renia, no quiso darles los nombres de quienes los habían ayudado a pasar la frontera. Mitek trató de encontrar quien los pasara a ellos, pero, como siempre, no fue una tarea fácil. Los Kobiletz temían cada vez más por su vida y, a pesar de cobrar, presionaban al grupo para que se fuera. Otra bomba de relojería.



Renia y el grupo estaban en contacto permanente con Varsovia. Zivia y Antek también los instaban a ir a Eslovaquia, aunque se ofrecieron a llevar a Renia a Varsovia, pues tal vez era lo más seguro. Pero ella no quiso separarse de sus camaradas. «Su destino es el mío.»

Al final Mitek encontró quien los pasara. Primero enviarían un grupo y, si lo lograban, el resto lo seguiría.

Ese primer grupo se marchó a principios de diciembre, disfrazados de polacos y con documentos de viaje y de trabajo falsos. El hombre que iba a pasarlos los llevó en tren de Katowice a Bielsko, y de allí a Jeleśnia, la ciudad fronteriza. Los demás se quedaron en sus búnkeres, pensando y hablando obsesivamente sobre el peligro mortal al que se enfrentaban.

Una semana después regresó el hombre solo.

¡Había sido un éxito! Sus amigos ya estaban en Eslovaquia. Esta vez sí que escribieron, y les dijeron que el viaje había sido menos duro de lo previsto. «No esperéis más», les advirtieron.

El 20 de diciembre de 1943, Aliza y Renia esperaron todo el día a que llegaran Chawka o Sarah y les dijeran quién formaría el segundo grupo. A medianoche, un golpe en la puerta. Todos se despertaron sobresaltados. ¿La policía?

Después de unos momentos angustiosos entró Chawka.

Se volvió hacia Renia.

—Prepárate para viajar.

Ocho personas se marcharían a la mañana siguiente y Renia sería una de ellas.

«Luchar o huir.»

Renia rehusó.

No fue por motivos ideológicos, sino por amor. Sarah había estado fuera ayudando a los niños de Atid a los que habían llevado clandestinamente a Alemania, y hacía dos semanas que Renia no la veía. <sup>11</sup> No quería irse sin que su hermana lo supiera, y menos aún sin despedirse.

—Es mi hermana —le dijo a Chawka—. Arriesgó su vida por mí cuando me fugué de la prisión. No puedo irme sin su bendición.

Pero Chawka y Aliza intentaron convencerla. La Gestapo iba tras Renia: en las calles había carteles de «Se busca» con su cara, <sup>12</sup> la llamaban espía y ofrecían una recompensa en efectivo. Tenía que irse de inmediato. Sarah lo entendería, le dijeron, y no tardaría en seguirla. Sarah y Aliza tenían que reunir a los niños de Atid que habían distribuido en las casas de los campesinos alemanes. Aliza le prometió que Sarah, ella y los niños se unirían al próximo grupo que saliera hacia Eslovaquia.

Después de una noche entera persuadiéndola, Renia cedió.

El tren de Katowice partió a las seis de la mañana. Renia se recogió el pelo con un nuevo estilo y se puso ropa limpia, todo para que la Gestapo o la policía no la reconocieran. «Solo mi cara es la misma.» No cogió nada más que la ropa que llevaba puesta.

Banasikova se despidió con mucha emoción y le pidió que la recordara después de la guerra. Separarse de Aliza fue doloroso. Quién sabía si lo lograrían.

A las cinco y media de una fría mañana de diciembre, Renia y Chawka se abrieron paso a tientas por un campo totalmente oscuro. Hablaban en voz baja en alemán para no llamar la atención de los transeúntes que se dirigían con prisas a trabajar en las minas. En la estación de Michałkowice se reunieron con Mitek, que debía acompañarlas a Bielsko, así como con los otros seis componentes del grupo, entre los que se encontraba Chajka Klinger.

Chajka había escapado del campo de liquidación,<sup>13</sup> donde las entradas y salidas no estaban muy vigiladas y los guardias eran fácilmente sobornables. Al principio se escondió con Meir en casa de los Novak, pero los nervios y la codicia se apoderaron de la señora Novak y tuvo que irse. Después de eso se escondió en varios lugares de la familia Kobiletz, donde escribió la mayor parte de sus diarios. A otros camaradas los colocaron en graneros y palomares de Będzin, pero a Chajka se le había encomendado escribir su historia, y le proporcionaron *melinas* más amplias y cómodas.

Al principio ella se había resistido a su papel de cronista, pero eran tantos los camaradas muertos que aceptó la tarea. Le resultaba muy duro revivir continuamente el dolor, mientras sus compañeros se concentraban en la vida cotidiana. Llevaba cuatro años sin escuchar música y ahora los sonidos de las canciones alemanas que llegaban de una radio le recordaban a todos los seres queridos que habían sido asesinados, todo lo que le habían arrebatado. Ella, que no había llorado cuando murió Zvi ni mientras la golpeaban, por fin lo hizo. «David.» ¿Había hecho lo suficiente? El sentimiento de culpa por no haber salvado a su propia familia era tan abrumador que no podía escribir sobre ella.

La depresión se alojó en sus huesos.

Aquel día, Renia, Chajka, Chawka y el resto del grupo tomaron el tren de Michałkowice a Katowice, donde, a pesar de la hora temprana, encontraron mucho movimiento. Renia recorrió con confianza el andén con Mitek. Cada vez que veían a un policía o a un hombre de la Gestapo, se hacían a un lado y se mezclaban con la multitud.

—¡Sería gracioso que nos atraparan juntos, un exinstructor político de la Gestapo fugitivo y una presunta espía que se ha fugado de la cárcel! — bromeó él.

De repente se acercaron tres hombres de la Gestapo. Renia los reconoció de Mysłowice; la habían visto mientras formaba. Piensa rápido. Se bajó el sombrero y se tapó la cara con el pañuelo, fingiendo que tenía dolor de muelas.

Los hombres se alejaron.

A los pocos minutos el grupo estaba a bordo del tren que los llevaría de Katowice a Bielsko. Para Renia, que corría el riesgo de que la reconocieran en esa zona, fue la etapa más peligrosa de todo el viaje. Pero transcurrió sin incidentes. Nadie les pidió la documentación; nadie inspeccionó siquiera su equipaje.

En Bielsko los esperaban los hombres que iban a ayudarlos a cruzar. Compraron billetes a Jeleśnia, la estación más cercana a la frontera con Eslovaquia, y llegaron a ella de noche. Mitek se despidió de ellos como si fuera un pariente cercano.

—Por favor —les suplicó—, no olvidéis lo que he hecho por vosotros.

Prometió reunirse con ellos en Eslovaquia después de ayudar a los compañeros restantes a salir. Luego se volvió hacia los hombres que iban a ayudarlos a pasar la frontera y les pidió que cuidaran de ellos. Los camaradas escribieron rápidamente unas líneas para los que se habían quedado atrás. «Daos prisa en reuniros conmigo», escribió Renia a su hermana y a Aliza. Mitek cogió las hojas, las dobló y volvió a subir al tren.

Los fugitivos descansaron unas horas en la casa de uno de los hombres para coger fuerzas antes de cruzar los montes Tatra.

El resto del camino sería a pie.

Llegó la hora. Salieron sigilosamente del pequeño pueblo: ocho compañeros, dos guías y los dos hombres que iban a ayudarlos a cruzar. A lo lejos vieron unas montañas nevadas que se elevaban hacia el cielo. La frontera. La meta.

Los primeros kilómetros fueron llanos. Su mundo era totalmente blanco, pero la nieve era poco profunda. «La noche era tan luminosa que parecía que era de día», escribió Renia.

No llevaba nada más que un vestido, sin chaqueta, pero no tenía frío.

Luego llegaron a los montes, y caminar se volvió más difícil. El grupo avanzaba en fila india, lo más rápido que podía. La nieve les llegaba hasta las rodillas, y donde no había, resbalaban y patinaban. Cada rama que se movía los sobresaltaba: ¿sería la policía?

Los guías conocían bien la ruta. Uno de ellos abría la marcha mientras que el otro y los dos hombres que iban a ayudarlos a cruzar esperaban a los camaradas. El viento rugía, lo que ayudó a amortiguar el crujido de sus pasos. Pero cada vez les costaba más andar. Sin abrigo ni botas, ascendieron hacia la cima, que estaba a casi dos mil metros de altura. De vez en cuando se detenían para recuperar el aliento, y se tumbaban en la nieve como sobre un lecho de plumas. A pesar del frío, estaban tan sudados que se les pegaba la ropa a la piel.

Se adentraron en un bosque, pero perdieron el equilibrio y cayeron como niños que aprenden a caminar. Estaban asombrados con el pequeño Muniozh del kibutz de Atid. De pelo castaño, tez pálida y orejas puntiagudas, <sup>14</sup> era todo determinación mientras encabezaba la fila, burlándose de las deficientes dotes excursionistas del resto de ellos.

De repente vieron a lo lejos unas manchas negras sobre la nieve: una patrulla fronteriza.

Se tiraron al suelo y se cubrieron con la nieve, y esperaron a que pasara.

Empapada y medio desnuda, Renia todavía estaba débil a causa de la prisión. Casi no podía respirar a esa altitud. «No lo lograré.»

Los hombres la ayudaban, caminando a su lado como si fuera una niña. Recordó su fuga de Mysłowice; si había logrado salir de allí con vida también podía hacerlo ahora. «Esfuérzate.»

Despacio y con cautela, pasaron por delante del edificio de la patrulla fronteriza y continuaron hacia la cima. Aun en su agotamiento, tuvieron que apretar el paso. Tropezaban a cada paso, hundiéndose en la nieve. Pero esa era la última etapa del trayecto y milagrosamente lograron recobrar las fuerzas. «Huir.»

Después de seis horas de tortuosa caminata, se encontraban en Eslovaquia.

Habían cruzado la frontera de la forma más increíble hasta la fecha.  
Renia había salido de Polonia.  
Rumbo al resto del mundo.



## «ZAG NIT KEYN MOL AZ DU GEYST DEM LETSTN VEG»

*Never say the final journey is at hand  
Never say we will not meet the Promised Land ,  
The longed-for hour shall come, oh never fear .  
Our tread drums forth the tiding—we are here! \**

De *La canción del partisano* ,  
de HIRSH GLICK , escrita en yidis  
en el gueto de Vilna <sup>1</sup>

### **Renia**

DICIEMBRE DE 1943

Eslovaquia, un Estado recién formado poco antes de la Segunda Guerra Mundial, no era un paraíso judío. Bajo un Gobierno abiertamente antisemita, se alineó con los países del Eje y se convirtió en un satélite de Hitler. A la mayoría de los judíos de Eslovaquia los habían deportado a campos de exterminio de Polonia en 1942. Después de eso, hubo un paréntesis en las deportaciones que duró hasta agosto de 1944. En esos dos años, los judíos habían vivido relativamente seguros, ya fuera protegidos por sus papeles, haciéndose pasar por cristianos, o con presiones políticas y sobornos.

Ese periodo de calma puede atribuirse en parte a la cabecilla de la Resistencia, Gisi Fleischmann. <sup>2</sup> Nacida en el seno de una familia judía ortodoxa burguesa, ella, como la mayoría de los judíos eslovacos, no hablaba eslovaco ni encajaba con la nueva conciencia nacional del país. Se había unido a los sionistas desde el principio. En la capital, Bratislava, había presidido la Organización Sionista Internacional de Mujeres (WIZO, por sus siglas en inglés) antes de asumir varios puestos de liderazgo

público. (En Polonia, que era mucho más grande, no había mujeres en cargos públicos ni en los grupos de izquierda. Gisi era única.) En 1938 dirigió una agencia que ayudaba a los refugiados judíos alemanes y de ahí pasó a ser la directora del JDC de Eslovaquia. Los fondos internacionales le llegaban a través de una cuenta suiza.

Cuando estalló la guerra, Gisi, que entonces tenía poco más de treinta años, estaba en Londres intentando organizar la inmigración a gran escala de judíos a Palestina. Sus esfuerzos no tuvieron éxito y, aunque sus colegas la animaron a quedarse en Inglaterra, ella insistió en regresar a su país, al sentir que tenía obligaciones hacia su achacosa madre y su marido, y hacia su comunidad. Por motivos de seguridad, envió a sus dos hijas adolescentes a Palestina.

Durante la guerra, Gisi, en calidad de cabecilla de la comunidad judía, insistió en unirse a los dirigentes del *Judenrat* (fue de las pocas mujeres que lo consiguió) para ayudar a su pueblo, y estuvo en contacto con numerosos dirigentes internacionales, a los que contó lo que estaba pasando. Eslovaquia había prometido enviar a su gente a campos de trabajos forzados alemanes, pero el Gobierno eslovaco llegó a un acuerdo con los nazis según el cual deportarían a sus judíos en su lugar. Eslovaquia fue el único país europeo que solicitó formalmente a los nazis que se llevaran a sus ciudadanos judíos.

Al principio, los nazis solo quisieron a veinte mil judíos para que ayudaran a construir Auschwitz. Pero Eslovaquia les suplicó que aumentaran la cifra. De hecho, el Gobierno eslovaco les pagó quinientos marcos por cada judío de más que se llevaran,<sup>3</sup> un medio más con el que los nazis obtuvieron dinero de su Solución Final. Con la esperanza de que el dinero siguiera moviéndolos, Gisi se puso manos a la obra y negoció con los alemanes y el Gobierno eslovaco, y con el tiempo recaudó fondos y ofreció sobornos a los nazis para que redujeran el número de judíos deportados. Asimismo, abrió campos de trabajos forzados para judíos en Eslovaquia para evitar que los llevaran a Polonia. Cuando varias de sus intervenciones parecieron dar resultados —aunque es posible que la

reducción de las deportaciones se debiera a otras razones políticas—, promovió el Plan Europa, un intento de sobornar a los alemanes para que frenaran los convoyes y los asesinatos judíos en toda Europa.

Siempre activa, Gisi enviaba medicamentos y dinero a los judíos polacos a través de emisarios pagados. También tuvo un papel decisivo en la recaudación de fondos internacionales para financiar la introducción en el país de judíos, los llamados «excursionistas», por una red de rutas clandestinas desde Polonia como la que había utilizado Renia.



En ese nuevo país, Renia y sus compañeros de excursión descendieron de la montaña hasta un valle. A lo lejos, una hoguera. Traficantes de mercancías ilegales que descansaban. Los camaradas se detuvieron donde se suponía que debían reunirse con sus guías locales e hicieron su propia hoguera.

De pronto notaron el frío.

Tenían los pies mojados y corrían el peligro de que se les congelaran. Se secaron los zapatos y los calcetines al fuego. Luego oyeron pasos pesados en la nieve. Pero solo eran los contrabandistas eslovacos que les llevaban bebidas alcohólicas para hacerlos entrar en calor a todos. Los camaradas descansaron durante una hora, y sus primeros guías, después de despedirse de ellos con afecto, regresaron a Bielsko para acompañar a más grupos. A los guías también se les pagaba una gran suma de dinero por persona, escribió Renia más tarde. Los habitantes de las montañas eran pobres y así era como se ganaban la vida.

Los camaradas a duras penas pudieron ponerse sus zapatos encogidos, pero tenían que continuar.

Caminaron con los eslovacos, tratando de entablar conversación. Tras pasar montañas, colinas, valles y bosques, se acercaron a una aldea adormecida. Los recibió el ladrido de un perro. Los llevaron a un establo lleno de caballos, vacas, cerdos y gallinas. La única luz provenía de una pequeña lámpara de aceite, y el hedor a estiércol era insoportable, pero no podían entrar en la casa por miedo a que los vieran los vecinos.

A pesar del frío que hacía, ahí dentro se estaba caliente. El cansancio se apoderó de ellos. Todos se tendieron sobre fardos de heno. Renia tenía las piernas tan débiles que no podía estirarlas. Se acurrucó y cayó en un sueño profundo.



Al mediodía los despertó la casera con la comida; iba vestida con el atuendo tradicional de la montaña, que consistía en un vistoso traje con un pañuelo y zapatos de fieltro unidos por medio de cordones blancos a un ligero. Era domingo. Les pidió que no se movieran, ya que todos los aldeanos estaban yendo a la iglesia. Debían tener cuidado. En los tiempos que corrían, los vecinos se espiaban unos a otros; todos eran sospechosos. Para ellos, eso no era nada nuevo.

Después de comer Renia durmió un poco más junto a sus compañeros, <sup>4</sup> todos apretujados como sardinas en lata. Los rayos de sol entraban por un ventanuco. Los judíos se pusieron a hablar y, por primera vez, contaron lo ocurrido en los últimos meses y años. A las puertas de la seguridad, empezaron a tomar conciencia de todo lo que habían perdido.

Su alegría por haber cruzado la frontera se vio mermada por el miedo al futuro. Su excursión no había terminado, y la guerra tampoco. Por la noche llegó un trineo. Los camaradas se subieron a él y se desplazaron hasta la siguiente población por pequeños caminos desiertos y campos vacíos, alejados de la policía. Al cabo de unas horas llegaron a un pueblo, donde los instalaron en una habitación individual en la casa de un campesino y les pidieron que no se movieran hasta que llegara su coche. Allí había comida en abundancia, siempre que uno tuviera dinero para comprarla y, afortunadamente, todos tenían un poco de efectivo. El cabeza de familia, una persona honesta y compasiva, según Renia, que hablaba de los alemanes con gran odio, salió a comprarles víveres. Resultó que el primer grupo había estado allí hacía unos días. Después de la comilona, los camaradas durmieron un poco más.

Esa noche, un coche los esperaba en las afueras del pueblo. El conductor era un empleado de aduanas; lo habían sobornado. Les hizo preguntas sobre los judíos en Polonia.

De repente detuvo el coche.

¿Y ahora qué? De noche y en medio de la nada, estaban completamente a su merced.

El conductor se bajó y fue al asiento trasero. Todos apretaron los puños.

—No os preocupéis, no os voy a hacer daño —dijo.

Renia vio, sorprendida, que abrazaba al pequeño Muniosh.

Luego le preguntó a cada uno por sus parientes. No podía creer que fueran los únicos supervivientes de sus familias. Se indignó al oír las atrocidades cometidas por los alemanes.

Los llevó por ciudades y pueblos eslovacos. Estaba oscuro, pero aquí y allá veían luz en alguna ventana que no había sido debidamente tapada, tal como prescribía la ley. El conductor les dijo que los estaba llevando a Mikuláš, un pueblo donde vivía una comunidad judía que se haría cargo de ellos. A Renia le asombró lo bien organizada que estaba toda la operación, habían arreglado hasta el más mínimo detalle.

Ya en Mikuláš, el coche se detuvo en el centro comunitario. El conductor fue a buscar a un judío, que los llevó a una pensión. Allí conocieron a Max Fischer, moreno y apuesto. <sup>5</sup> Max les comunicó que el resto del primer grupo ya estaba en Hungría, desde donde esperaban realizar una *aliyá* legal a Palestina. De repente, Renia se sintió como un pájaro al que sueltan de una jaula, capaz por fin de desplegar las alas.

Los judíos de Mikuláš se alegraron de que se hubieran fugado, pero nadie se ofreció a acogerlos en su casa por miedo a las redadas policiales. Los instalaron en el auditorio de una escuela habilitado para refugiados. En lo que se refería a la policía, el refugio solo albergaba a personas que habían sido capturadas por la patrulla fronteriza y estaban esperando que las autoridades investigaran sus casos; cuando unos cuantos agentes se enteraron de quiénes eran los nuevos refugiados, los obligaron a darles dinero. Renia enseguida aprendió que allí podía conseguirse cualquier cosa de la policía a cambio de la cantidad adecuada de dinero.

En la espaciosa habitación había camas, una mesa, un banco largo y un calentador. Se podía comprar comida en una cocina especial montada por los propios refugiados. Los camaradas debían esperar allí unos días hasta

que llegara el siguiente grupo, y todos juntos reanudarían el viaje hacia Hungría. ¿Estaría Sarah en él?

Al día siguiente llegó Benito, un lugareño que pertenecía a La Joven Guardia, y les preguntó por los compañeros que habían sobrevivido. Benito siempre estaba ocupado, disponiéndolo todo para los fugitivos. Advirtió a Renia que no se relajara demasiado: habían deportado a un gran número de judíos eslovacos a Polonia. Allí también se pedía a los judíos que se identificaran con una insignia. Quién sabía cuánto tiempo más podrían quedarse.

En el refugio, Renia conocía cada día a judíos que llegaban de Cracovia, Varsovia, Radom, Tarnów, Ljubljana, Lvov, una mezcla de solicitantes de asilo torturados a quienes el destino había reunido allí. Los jóvenes cambiaban de personalidad cuando no estaban en constante peligro de muerte, y se volvían habladores y animados. Pero seguían susurrando por pura costumbre. A algunos los habían capturado los guardias fronterizos, pero la mayoría habían estado escondidos en el lado ario. Casi nadie tenía parientes, pero todos querían vivir; a muchos los movían sueños de venganza. Renia se enteró de las comunidades que había por toda Polonia, los guetos y los campos de trabajos forzados que aún existían, los miles de judíos que vivían escondidos en cada gran ciudad. ¿Alguno de ellos podría ser de su familia? Trató de no hacerse ilusiones.

Mientras tanto, Chajka tuvo un despertar completamente diferente. <sup>6</sup> Benito y ella se enamoraron al instante. Benito, de familia eslovaca asimilada de clase media, tenía la misma edad y durante mucho tiempo había sido cabecilla de La Joven Guardia. Había sobrevivido a las deportaciones eslovacas al escapar a Hungría o, mejor dicho, después de organizarlo todo para que sesenta de sus camaradas huyeran con él. Tras varios arrestos en Hungría, volvió a Eslovaquia para ayudar a recibir a los refugiados judíos que entraban. Estaba en contacto con los dirigentes de los movimientos en Europa y Palestina. Chajka, por su parte, había vivido los horrores que él solo conocía por terceros. Se quedó despierta hasta tarde, al calor del gran horno del auditorio, contándole su vida. «Ella encontró en el activista eslovaco todo lo que había perdido —explicó su hijo muchos años después—. Como ella, él estaba dispuesto a arriesgar su vida por sus

amigos y también creía en los ideales del futuro.» Benito sintió al instante la necesidad de proteger a Chajka. Como recordaría: «Una generación entera gritaba a través de su boca. Habló durante horas y horas, como si temiera no tener tiempo para contarle todo... Y yo la escuchaba, cogiéndole de vez en cuando la mano, para conectar con la persona que llevaba todo eso en su corazón y en su alma».

Desde el otro extremo de la habitación, Max Fischer y Chawka los vieron a los dos hablar en susurros. Max le guiñó un ojo a Chawka.

—Auguro problemas...



Renia llevaba unos cuantos días allí cuando llegó el siguiente grupo de ocho. Sarah no estaba entre ellos.

Todos los judíos tenían previsto dirigirse juntos a la frontera húngara, acompañados por un policía sobornado. Su tapadera: eran ciudadanos húngaros y el policía los llevaba a la frontera para deportarlos. El convoy partió, pero Renia se quedó en Eslovaquia con Chajka para esperar a los siguientes camaradas: ella a Sarah, y Chajka a Benito.

El tercer grupo llegó la semana siguiente. Sarah tampoco iba en él.

Ese grupo estaba traumatizado.

Antes de salir de Polonia había habido un incidente en casa de los Kobiletz. El marido de Banasikova, Pavel, volvió de permiso y fue a la casa de sus suegros. Meir no lo esperaba y se lo encontró fuera del búnker. Pavel, borracho, lo llamó y le confesó que se había enterado de los judíos escondidos por los amigos de Mitek que los habían ayudado a escapar del gueto.

—No os preocupéis —insistió—, no les haré nada.

Pavel tenía curiosidad por saber cómo era el búnker y abrió la puerta secreta. Estaba tan borracho que apenas podía tenerse en pie. Las cinco personas que quedaban dentro se sorprendieron. Meir entró detrás de él, apuntándolo con su pistola casera. Pavel le pidió que le dejara cogerla. Meir se la dio.

«Las personas que nos lo contaron todavía no entienden por qué Meir hizo algo así», escribió Renia.



Pavel examinó la pistola concienzudamente. Luego, apretó el gatillo... y se pegó un tiro.

Estaba consciente cuando los camaradas lo sacaron a rastras del búnker. Pero la familia tuvo que denunciar el incidente a la policía. Meir le rogó que no les hablara del búnker y Pavel les aseguró que no lo haría. Sin embargo, su estado era grave. Llegó la policía y él testificó, les enseñó la pistola casera de Meir y dijo que se la había robado a unos partisanos estando de servicio, y que estaba limpiándola cuando se disparó accidentalmente. Llegó una ambulancia y lo llevó al hospital de Katowice. Dos días después, murió.

Los Kobiletz seguían sin presionar a los camaradas para que se fueran, pero ellos estaban demasiado asustados para quedarse y, a la primera oportunidad, escaparon a Eslovaquia.

Entonces Renia recibió un mensaje. Chajka y ella debían ponerse en marcha de inmediato: ya tenían los papeles para emigrar a Palestina. Habían enviado sus fotos a Hungría y tenían que pasar por Budapest para recoger todos los documentos.

Su sueño.

Renia les escribió a Sarah y Aliza, y les explicó que era posible hacer la *aliyá* ; que tenían que darse prisa en ir a Eslovaquia con los niños.

El mismo día en que ella partía hacia Hungría, el grupo recibió una carta de uno de los hombres que ayudaban a cruzar la frontera. La nieve en las montañas llegaba a la cadera y ya no era posible pasar de Polonia a Eslovaquia. No harían más viajes. <sup>7</sup> Eso era todo.

Todo se volvió negro. Renia supo que Sarah ya no vendría. Presintió que nunca volvería a ver a su hermana. Ella era la última Kukielka que quedaba con vida. <sup>8</sup>



Principios de enero de 1944: Renia no podía permitirse perder un solo contacto.

Viajó con Chajka, Benito y Moshe, de La Joven Guardia, que hablaba húngaro con fluidez. Tomaron el tren hasta la última estación en Eslovaquia. Iban a cruzar la frontera en la locomotora de un tren de



mercancías.

Era tarde y estaba oscuro. Un maquinista bajó y les indicó que lo siguieran. Renia, Chajka y Moshe subieron a bordo. Sin embargo, Benito se quedó atrás para ayudar a más refugiados judíos. Se apiñaron dentro; allí ya había varios fugitivos más. Los maquinistas, que cobraban por persona, los hacinaron en rincones escondidos y el tren empezó a moverse mientras todos rezaban juntos para que no hubiera un registro en la frontera. El calor de la caldera era insoportable y Renia no podía respirar hondo. Cada vez que el tren se detenía, todos se tumbaban en el suelo. Afortunadamente, el trayecto fue rápido. No se permitió pensar en Aliza, en los niños, en Sarah.

En la primera estación de Hungría, el maquinista soltó una larga ráfaga de vapor, creando una densa nube.

—¡Marchaos! —le gritó a Renia.

Esa nube ocultó a los fugitivos mientras se apresuraban a apearse y correr disparados hacia la estación. El maquinista les había comprado billetes e indicado dónde tomar un tren de pasajeros a Budapest.

El trayecto duró día y medio, con temperaturas cada vez más altas, y durante ese tiempo los camaradas no pronunciaron una palabra, pues no querían levantar sospechas de nadie. «El idioma húngaro suena foráneo y extraño —escribió Renia—. Los propios húngaros tienen rasgos semíticos. Cuesta saber quién es judío y quién ario.»<sup>9</sup> Allí la mayoría de los judíos hablaba húngaro, no yidis ni hebreo. El radar que ella había desarrollado en territorio ocupado por los nazis allí ya no le servía tanto. Los judíos no estaban obligados a llevar cintas ni estrellas en las mangas. No hubo inspecciones ni revisiones de documentos en el tren; probablemente era inimaginable que hubiera refugiados judíos de Polonia a bordo.

Luego, por fin, Budapest. La majestuosa estación de tren estaba abarrotada y llena de vida. La policía inspeccionó el equipaje de los pasajeros. Renia pasó el control rápidamente y se apresuró a ir a la dirección que les habían dado.

Las habilidades húngaras de Moshe resultaron indispensables.

Tomaron el tranvía hasta la oficina de Palestina, que rebosaba de actividad y de súplicas alemanas, polacas, yidis y húngaras. Todos querían papeles, todos explicaban por qué tenía que marcharse de inmediato.

«¡Todos merecen hacer la *aliyá* !», pensó Renia. Los británicos, sin embargo, mantenían sus cuotas y limitaban la inmigración judía. Los primeros en la fila para obtener visados eran los refugiados polacos que habían soportado las torturas más terribles. Y ahí entraba Renia.

Ella esperaba con impaciencia la fecha de su partida, que seguía posponiéndose. Primero, no habían recibido sus fotos. Cuando por fin estuvieron listos los pasaportes, se retrasaron los visados de Turquía. Cuanto más cerca estaba, más tensa era la espera. La incertidumbre era continua. «Seguíamos pensando que sucedería algo que nos haría posponer nuestra *aliyá* —reflexionó Renia más tarde—. ¿Todas las dificultades por las que habíamos pasado habrían sido entonces en balde? La situación en Hungría es buena por ahora, pero podría cambiar en cualquier momento.» Había aprendido que la vida no ofrecía estabilidad, que los momentos pasaban volando, que las posibilidades eran muy pequeñas, que el reloj lo gobernaba todo. Ella lo sabía.



Renia necesitaba tener los papeles en regla, no solo para hacer la *aliyá*, sino también para existir en Hungría. Veía cómo detenían con regularidad a la gente en la calle para realizar inspecciones, y cómo a los que no estaban registrados en la policía los arrestaban. Hitler aún no había invadido el país, pero los derechos de los judíos se habían recortado. Muchas personas que durante mucho tiempo habían creído estar a salvo de la barbarie que tenía lugar en Polonia ahora vivían en vilo.

Renia acudió al consulado de Polonia para registrarse como refugiada polaca. El capitán polaco le lanzó una batería de preguntas: ¿estaba afiliada al POP? (El comunismo era ilegal.) No, por supuesto que no lo estaba. Por otro lado, todos los polacos estaban obligados a apoyar el movimiento de Sikorski. Por supuesto que era el caso de ella.

—¿Es realmente católica? —le preguntó uno de los empleados.

Renia respondió con pleno convencimiento que sí.

—Gracias a Dios —respondió él—. Hasta ahora solo han venido judíos disfrazados de polacos.

Renia fingió indignarse.

—¿Cómo? ¿Judíos disfrazados de polacos?

—Sí, por desgracia.

La actuación nunca terminaba. En una fotografía de Renia tomada en una calle de Budapest <sup>10</sup> en 1944 se ve su peinado y su estilo, con un abrigo entallado con ribetes de piel en los bolsillos y un bolso de cuero, y el atisbo de una sonrisa en los labios, ocultando por completo las brutalidades físicas y emocionales que había soportado los meses anteriores.

Recibió 24 *pengo* para alojamiento y comida durante unos días, y un certificado que le permitía moverse libremente por la ciudad.

Cuando se reencontró con los camaradas se enteró de que, aunque se habían registrado como polacos cristianos como ella, los funcionarios habían sospechado que eran judíos y no les habían dado dinero, solo un certificado que debían enseñar durante las inspecciones. El JDC, explicó Renia, había pagado al consulado polaco para que hiciera la vista gorda. <sup>11</sup>

Renia nunca regresó a esa oficina, pensando que se iría al cabo de pocos días. Pero un mes después seguía en Budapest, esperando su visado para Palestina.

Durante ese mes, todavía delgada pero cada vez más fuerte, empezó a escribir sus memorias. <sup>12</sup> Sabía que tenía que contarle al mundo lo que les había pasado a su gente, a su familia y a sus camaradas. Pero ¿cómo? ¿Con qué palabras? Garabateó en polaco, usando iniciales en lugar de nombres, probablemente por precaución, y desentrañando por sí misma lo que había sucedido, cómo cinco años se habían convertido en una eternidad, quién era ella, quién podía ser y quién sería.

En una fotografía de los camaradas en Hungría, <sup>13</sup> lleva en su flaca muñeca un reloj nuevo. Tiempo renovado.

Ninguno de los camaradas había estado en su patria espiritual aparte de con la imaginación. Aun así, sabían que sería acogedora y familiar. «Nos recibirán con los brazos abiertos —creía Renia—, como recibe una madre a sus hijos.» Suspiraban por esa tierra donde hallaría remedio todo su sufrimiento; esa era la esperanza que los había mantenido con vida. Allí, finalmente, se librarían de la amenaza constante.

Sin embargo, Renia estaba preocupada. «¿Entenderán nuestros amigos de Israel aquello por lo que hemos pasado? —se preguntaba proféticamente—. ¿Podremos vivir una vida normal y mundana, una vida como la de ellos?»



Renia por fin estaba en la estación. Chajka también. El andén estaba lleno de personas que se habían conocido solo unos días antes, pero ya había surgido entre ellas una camaradería, una intimidad espiritual indeleble. Renia se había puesto en camino.

Todos la envidiaban, lo sabía; pero, a pesar de todo su anhelo, no lograba sentirse feliz. «El recuerdo de los millones que fueron asesinados, de los camaradas que dieron su vida por Eretz Israel, pero cayeron antes de llegar a su destino, no me abandona.» La imagen de judíos subiendo a empujones a un vagón de tren le acudía a la mente, surgida de la nada, y sentía escalofríos por el cuerpo. Su familia, su hermana..., a duras penas podía pensar en ellos.

Vio cómo un tren del ejército alemán pasaba por la otra vía de la estación. Debían de saber que era un grupo de judíos, pensó. La miraban a ella y a todos los judíos con maldad en los ojos.

Algunos le sonrieron. Si hubieran podido, se habrían acercado y la habrían golpeado. Pero, si yo pudiera, les devolvería los golpes, pensó ella. Sintió un fuerte impulso de provocarlos, de demostrarles que había logrado huir de la Gestapo y estaba viajando a Palestina. Lo había conseguido.

Melancolía y alegría. Abrazos afectuosos, despedidas tristes. «Acuérdate de nosotros, los que dejas atrás», decían los abrazos. «Haz todo lo que puedas, donde sea que acabes estableciéndote, para ayudar a los pocos que sobrevivan.»

El tren se puso en marcha. La gente corría a lo largo de la vía, resistiéndose a dejar ir a sus seres queridos. Renia tampoco podía dejar ir ya no las manos, sino los sentimientos. Tenía muchas ganas de estar contenta, de disfrutar del sol espléndido y el paisaje exuberante, pero se sentía

abatida, inconsolable, mientras pensaba obsesivamente en Sarah, en Aliza, en los huérfanos que se habían quedado en Polonia, en su hermano Yankel, en todos los niños.

Viajaba con un grupo de diez personas. La mayoría tenían fotos en sus pasaportes y algunos usaban nombres falsos. Según los documentos de inmigración palestinos que ella llevaba, «también se la conocía como Irena Glick y, a veces, como Irene Neuman». En su expediente hay una declaración firmada de que su matrimonio con Yitzhak Fiszman, también conocido como Vilmos Neuman, no era una unión verdadera; al parecer, fingieron estar comprometidos para facilitar la inmigración. (Yitzhak, que posó con un elegante traje de solapa ancha junto a Renia en una foto del grupo Libertad de Budapest, en realidad estaba casado con Chana Gelbard, la mensajera de Libertad de Varsovia.) Cada pareja falsa iba acompañada de niños huérfanos o de hijos de adultos que no habían podido salir. Los niños estaban eufóricos, emocionados ante una nueva aventura.

Renia llegó a la frontera la noche siguiente. ¿Terminarían alguna vez las inspecciones? Los guardias registraron sus pertenencias sin incidentes. En Rumanía se enteraron de que habían detenido a los empleados de la oficina de Palestina. A pesar de los nervios lograron pasar pacíficamente a Bulgaria. Allí las vías del tren habían sido obstruidas con una gran roca. Renia tuvo que caminar dos kilómetros y medio para subirse a otro tren. Los búlgaros —militares, ferroviarios y civiles— ayudaron voluntariamente a Renia y a los judíos. Su amabilidad dejó una impresión duradera en ella mientras se abrían paso hacia la frontera turca.

Estaban a punto de abandonar Europa.

Percibiendo por fin un futuro en el que podría mirar a las personas sin temer que se quedaran mirándola, Renia empezó a sentir un atisbo de alegría.

Benito los esperaba en la estación de Estambul, con otro camarada a quien Renia se refirió solo como V. Todos estaban eufóricos; se alojaron juntos en una pensión. V. los bombardeó a preguntas sobre conocidos comunes. Bañó alegremente a Muniosh, que había llegado con el primer grupo; estaba constantemente ocupado, intentando ponerse en contacto con el puñado de judíos que quedaba en Europa. Al oírlos hablar de sus

pérdidas, «lloraba como un niño». V. estaba desesperado por sacar a Zivia de Polonia, pero ella no cedió. Todavía tenía mucho por hacer, decía en sus cartas. Necesitaba quedarse allí.

Los judíos deambulaban a su antojo por las calles de Estambul. Nadie los perseguía ni los señalaba con el dedo. Renia pasó una semana maravillándose de lo extraño que era que nadie sospechara de ella ni la buscara. Le esperaban un barco para cruzar el estrecho del Bósforo, y un trayecto en tren a través de Siria, con paradas en Alepo y en la capital libanesa, Beirut.

El 6 de marzo, <sup>14</sup> Renia Kukielka, una taquígrafa de diecinueve años oriunda de Jędrzejów, llegó a Haifa, Palestina.

## CUARTA PARTE

### EL LEGADO EMOCIONAL

Entrevistador: ¿Cómo está?

Renia: [Silencio] Por lo general bien.

Testimonio de  
YAD VASHEM , 2002 <sup>1</sup>

Nos habíamos librado del miedo a morir, pero no estábamos libres del miedo a vivir.

HADASSAH ROSENSAFT , dentista judía  
que robó comida, ropa y medicamentos  
para los pacientes en Auschwitz <sup>2</sup>

# CAPÍTULO 30

## EL MIEDO A VIVIR

El que sobreviva será como una hoja zarandeada por un vendaval, una hoja sin dueño que ha perdido a su árbol madre. [...] La hoja volará con el viento y no encontrará un lugar para ella, no encontrará a las viejas hojas que conocía ni un pedazo del viejo cielo. Es imposible formar parte de un árbol nuevo. Y la pobre hoja deambulará, recordando los viejos tiempos, por muy tristes que fueran, y anhelando siempre volver, pero no hallará su lugar.

CHAJKA KLINGER,  
*I Am Writing These Words to You* <sup>1</sup>

MARZO DE 1944

Renia llegó a la madre patria confusa pero eufórica. Había dejado Polonia como una fugitiva buscada por la Gestapo y de pronto se encontraba en la tierra soñada. Después de pasar unos días recuperándose en el sanatorio del kibutz Givat Brenner, donde continuó escribiendo sus memorias, se instaló con su camarada Chawka en el exuberante kibutz de Dafna, en la región de Galilea. (El mismo kibutz que describe Leon Uris en su novela *Éxodo* .) Allí, en compañía de las seiscientas personas que vivían en él, halló por fin consuelo, «como si hubiera llegado a casa de mis padres». <sup>2</sup> Muchos supervivientes del movimiento sionista que llegaron a Israel acabaron uniéndose a los kibutz para los que se habían preparado. Incluso los supervivientes no sionistas se sintieron atraídos por los kibutz, no tanto por su ideología, <sup>3</sup> sino porque proporcionaban trabajo, orgullo y estructura a sus vidas.

Y sin embargo... Todavía había diferencias, dificultades. Aun aliviada como estaba de haber puesto fin a su deambular y ser libre de cantar las canciones que llevaba tantos años reprimiendo, Renia seguía abrumada por



el tormento y los recuerdos de los seres que habían perdido. «Nos sentimos más pequeños y débiles que las personas que nos rodean —escribió poco después de llegar—. Como si no tuviéramos el mismo derecho a vivir.»<sup>4</sup>

Al igual que muchos supervivientes, ella no siempre se sintió comprendida. Viajó por Palestina, dando charlas sobre su experiencia en la guerra, hablando desde tribunas que iban del anfiteatro de Haifa a los comedores de los kibutz vecinos, hablando al mundo del exterminio de los judíos polacos. En una conferencia que pronunció en la Biblioteca Nacional de Israel en la década de 1980, Renia recordó que en una ocasión le habían pedido que hablara en el kibutz de Alonim, y mientras contaba su historia en polaco y yidis hubo una conmoción. En cuanto dejó de hablar, los miembros del público retiraron las sillas y las mesas. ¿Qué sucedía? Resultó que se estaban preparando para un baile. Pusieron música a todo volumen. Ella se sintió tan ofendida que se marchó corriendo, sin saber si simplemente no entendían el idioma o no les importaba.



Hay muchas razones que explican por qué las historias de las mujeres judías que participaron en la Resistencia fueron enterradas. Casi todas las combatientes y mensajeras murieron asesinadas —Tosia, Frumka, Hantze, Rivka, Leah, Lonka— y no vivieron para contarlas. Pero, incluso entre las que sobrevivieron, los testimonios femeninos fueron silenciados por razones políticas y personales, que diferían entre países y comunidades.

La política de los primeros años de Israel, durante los cuales se convirtió en una nación, influyó en la difusión que se dio a las historias del Holocausto.<sup>5</sup> Cuando los supervivientes del Holocausto llegaron al Yishuv (el asentamiento judío en Palestina) a mediados y finales de la década de 1940, las historias de los combatientes del gueto atrajeron a los partidos políticos de izquierda, no solo porque la actividad antinazi era más digerible que la horrible tortura,<sup>6</sup> sino porque esas historias de lucha ayudaban a reforzar la imagen del partido y el llamamiento a combatir por un nuevo país. Al igual que a Renia, a varias combatientes del gueto se les ofreció una tribuna para hablar —y ellas lo hicieron prolíficamente—, pero a veces modificaban sus palabras para que encajaran con las directrices del partido.

Algunos supervivientes acusaron al Yishuv de ser pasivo y no apoyar a los judíos de Polonia. Fue entonces cuando Hannah Senesh se convirtió en una figura emblemática. Aunque nunca llevó a cabo otra misión que levantar la moral, el hecho de que dejara Palestina para ir a luchar en Hungría demostraba que el Yishuv desempeñaba un papel activo a la hora de ayudar a los judíos europeos.

Poco después, explican los estudiosos, los primeros políticos israelíes intentaron crear una dicotomía entre los judíos europeos y los israelíes. Los judíos europeos, según los israelíes, eran físicamente débiles, ingenuos y pasivos. Algunos *sabras*, o israelíes nativos, se referían a los recién llegados como «jabones», por el rumor que corría de que los nazis fabricaban jabón con los cadáveres de los judíos asesinados. Los judíos israelíes, por otro lado, se veían a sí mismos como la siguiente ola fuerte. Israel era el futuro; Europa, que durante más de mil años había sido la cuna de la civilización judía, era el pasado. El recuerdo de los combatientes de la Resistencia, los judíos de Europa que habían sido todo menos débiles, fue borrado para reforzar el estereotipo negativo.

La historia de la Resistencia cayó en el olvido. Una década después de la guerra, la gente estuvo preparada para oír hablar de los campos de concentración y el trauma se convirtió en un asunto de interés público. En la década de 1970 el panorama político cambió, y los testimonios de unos rebeldes individuales fueron reemplazados por historias de la «resistencia cotidiana». A principios de los 2000 la combatiente del gueto de Varsovia Pnina Grinshpan (Frimer) fue invitada a ir a Polonia para recoger un premio. En un documental se la ve de pie en el escenario, dolida e indiferente. «¿Por qué tengo que venir a Polonia para recibir un premio? — preguntó. Y, tras señalar que había *huido* de ese país, añadió—: Aquí [en Israel] somos muy pequeños.» <sup>7</sup>

Las controversias continúan hoy. Mordechai Paldiel, exdirector del Departamento de los Gentiles Justos de Yad Vashem, el monumento más grande que ha dedicado Israel al Holocausto, expresó su inquietud por que los rescatadores judíos nunca hubieran recibido el mismo reconocimiento que sus homólogos gentiles. En 2017 escribió *Saving One's Own: Jewish Rescuers During the Holocaust*, un tomo sobre los judíos que habían

organizado operaciones de rescate a gran escala en toda Europa. Algunos judíos critican que se haya dado tan poca importancia en general a la actividad clandestina de la juventud revisionista (la ŻZW de Betar).<sup>8</sup> Podría deberse a que fueron muy pocos los que sobrevivieron; otros lo atribuyen a que los historiadores tienden a ser de izquierdas y solo homenajean a los que piensan como ellos. Y otros señalan que Menachem Begin,<sup>9</sup> uno de los primeros dirigentes del ala derecha israelí y sexto primer ministro del país, que escapó a Rusia y no luchó en el gueto de Varsovia, restó importancia al levantamiento. El Bund (cuya sede se encontraba principalmente fuera de Israel), los sionistas y los revisionistas siguen sin ponerse de acuerdo sobre quién inició el levantamiento del gueto de Varsovia. Incluso entre los sionistas de izquierda, Libertad, La Joven Guardia y la Juventud Sionista, cada movimiento tiene sus propios archivos, galerías y editoriales en Israel dedicados al Holocausto.

En Estados Unidos la historia es diferente. Existe la idea generalizada de que los judíos estadounidenses no hablaron del Holocausto en las décadas de 1940 y 1950, seguramente por miedo, sentimiento de culpa y porque estaban ocupados en aburguesarse y querían integrarse con sus vecinos no judíos de clase media. Pero, como señala Hasia Diner en su innovador libro *We Remember with Reverence and Love: American Jews and the Myth of Silence After the Holocaust, 1945-1962*, esta percepción carece de fundamento. En los años de la posguerra hubo más bien una proliferación de libros y debates sobre el Holocausto. A un dirigente judío le preocupó que se pusiera demasiado énfasis en la guerra, citando incluso el libro de Renia como ejemplo. Como señala Diner, los judíos estadounidenses, en su nueva identidad como la principal comunidad judía en el mundo, no debatieron sobre si hablar o no del genocidio, sino sobre cómo hacerlo.<sup>10</sup>

Con el tiempo, los relatos cambiaron. Nechama Tec, autora de *Resistance: Jews and Christians Who Defied the Nazi Terror and Defiance: The Bielski Partisans* (más tarde se haría una película basada en el libro, *Resistencia*), afirma que en el mundo académico estadounidense de principios de la década de 1960 hubo una tendencia a defender la sumisión judía y culpar incluso a la víctima.<sup>11</sup> Este «mito de la pasividad»,<sup>12</sup>

impulsado en parte por la filósofa política Hannah Arendt, era sesgado y no se fundaba en hechos. Según Diner, a finales de la década de 1960 la comunidad judía estadounidense se había establecido públicamente; una explosión de publicaciones posteriores sobre el Holocausto sepultó el trabajo anterior, lo que tal vez explica por qué el libro de Renia desapareció de nuestra memoria colectiva.

Incluso hoy, presentar este material en Estados Unidos plantea objeciones éticas. Escribir sobre combatientes podría dar la impresión de que el Holocausto «no fue tan horrible», <sup>13</sup> un riesgo en un contexto en el que el genocidio se está desvaneciendo de la memoria. <sup>14</sup> Muchos escritores temen que al ensalzar el papel de la Resistencia se haga demasiado hincapié en la acción, pues da a entender que en la supervivencia intervino algo más que la suerte, juzga a los que no tomaron las armas y, en última instancia, culpabiliza a la víctima. <sup>15</sup> Además, es un relato que hace borroso el tropo agresor-víctima y revela matices complicados, poniendo en primer plano la fuerte discrepancia existente dentro de la comunidad judía sobre cómo abordar la ocupación nazi. Esta historia inevitablemente abarca tanto a los colaboracionistas judíos como a los rebeldes judíos que robaron dinero para comprar armas; la ética se tambalea a cada paso. La rabia y la retórica violenta que se perciben en las memorias de esas mujeres judías son impactantes. También el hecho de que muchas de esas resistentes eran de clase media y urbanas, más modernas y sofisticadas, más como «nosotros» de lo que resulta cómodo admitir. Todos esos factores disuaden el debate. <sup>16</sup>

Luego está la cuestión del género. Las mujeres han sido sistemáticamente eliminadas de las historias en las que han desempeñado papeles clave, y sus experiencias han sido borradas. En este caso, sus historias también han sido especialmente silenciadas. <sup>17</sup> Según el hijo de Chajka Klinger, el estudioso del Holocausto Avihu Ronen, eso está relacionado en parte con el papel de las mujeres en el movimiento juvenil. Eran ellas las que tenían instrucciones de escapar con «la misión de contar», convirtiéndose en documentalistas e historiadoras de primera mano. Muchas de las primeras crónicas de la Resistencia las escribieron mujeres.

Y como autoras, sostiene Ronen, informaron sobre las actividades de *otros*, por lo general hombres, en lugar de referirse a las propias. Sus experiencias personales quedaron en segundo plano. <sup>18</sup>

Lenore Weitzman, <sup>19</sup> una gran estudiosa de las mujeres y el Holocausto, explica que poco después de que se publicaran las obras de esas mujeres, las principales crónicas las escribieron hombres, y que ellos se centraron en los varones y no en las mensajeras que siempre se habían restado importancia a sí mismas. Weitzman sugiere que solo se daba valor al combate físico, que era público y organizado, mientras que otras tareas encubiertas se consideraron triviales. (Aun así, muchas mujeres judías lucharon en los levantamientos y participaron en el combate armado, y tampoco se las debería suprimir.)

Incluso cuando las mujeres intentaron contar sus historias, a menudo se las silenció deliberadamente. Algunos de sus escritos fueron sometidos a censura para adaptarlos a las motivaciones políticas. Unas mujeres se toparon con una indiferencia flagrante y otras fueron tratadas con incredulidad, acusadas de habérselo inventado todo. Después de la liberación, un reportero del ejército estadounidense recomendó a los partisanos de Bielski Fruma y Motke Berger que no contaran su historia, porque la gente los tomaría por mentirosos o locos. <sup>20</sup> Muchas mujeres se enfrentaron al desprecio, acusadas por sus familiares de haberse ido a combatir en lugar de quedarse a cuidar de sus padres; <sup>21</sup> a otras las acusaron de «haberse labrado su seguridad acostándose con hombres». Ellas se sintieron juzgadas según la creencia arraigada de que las almas puras perecían y las conspiradoras sobrevivían. A menudo, cuando sus desahogos no eran recibidos con empatía o comprensión y solo las hacían más vulnerables, se volvían retraídas y reprimían sus experiencias en lo más profundo.

Luego estaba la adaptación. Las mujeres se silenciaron a sí mismas. Muchas creían tener el «deber sagrado» de «importancia cósmica» <sup>22</sup> de criar una nueva generación de judíos, y se guardaron para sí su pasado en un intento desesperado de construir una vida «normal» para sus hijos y para ellas mismas. Muchas de esas mujeres tenían unos veinticinco años cuando terminó la guerra; les quedaba toda una vida y había que encontrar la

manera de seguir adelante. No todas quisieron ser «supervivientes profesionales». <sup>23</sup> Los miembros de sus familias también las hicieron callar, temiendo que les resultara demasiado difícil hacer frente a sus recuerdos o que al abrir las viejas heridas se desmoronaran por completo.

Muchas mujeres sufrieron el agobiante síndrome de culpa del superviviente. <sup>24</sup> Justo cuando la mensajera de Białystok, Chasia, se sintió preparada para contar al mundo su pasado de robos de armas y sabotajes, los judíos empezaron a hablar más abiertamente de sus experiencias en los campos de concentración. En comparación con todo por lo que habían pasado ellos, Chasia «lo había tenido fácil». Su relato sonaba demasiado «egoísta». <sup>25</sup> Otros han mencionado que existía una jerarquía del sufrimiento en la comunidad de supervivientes. En un acto que reunió a la segunda generación, el hijo de Fruma Berger notó que lo rechazaban porque sus padres habían sido partisanos. Algunos combatientes y sus familias no encajaron en las comunidades de supervivientes, que estaban muy unidas, y les dieron la espalda.

Por último, están los tropos narrativos que se han utilizado durante décadas para describir a las mujeres. Hannah Senesh podría haber sido un buen modelo porque demostraba la colaboración del Yishuv. Sin embargo, según los académicos, si se hizo más famosa que su compañera paracaidista Haviva Reich —que convenció a un piloto estadounidense para que la dejara lanzarse sobre algún punto de Eslovaquia, y una vez allí se ocupó de albergar y dar de comer a miles de refugiados, rescató a militares aliados y ayudó a niños a escapar— solo fue porque era joven, guapa, soltera, rica y poeta. Haviva, en cambio, era una divorciada de treinta y tantos años, con el pelo castaño y una enrevesada vida sentimental. <sup>26</sup>

Aunque para los judíos estadounidenses todo esto ya forma parte del pasado lejano, todavía hay mucho en juego. En Polonia, donde la población sigue recuperándose de los años de Gobierno soviético, la colaboración de las mujeres con el Ejército Rojo adquiere un significado diferente. El Senado polaco ha aprobado recientemente una ley (que más tarde se ha revisado) según la cual Polonia no podía ser culpada de ningún crimen cometido en el Holocausto. Hoy en día el recuerdo de la resistencia polaca es muy popular en Polonia, y en los edificios hay pintadas de su



emblemática ancla. Da prestigio haber tenido en la familia un combatiente del Ejército Nacional. El relato todavía se está construyendo y el papel de la Resistencia todavía tiene poco peso. La forma en que presentamos la guerra —ante nosotros mismos y ante el mundo exterior— puede explicar quiénes somos y por qué actuamos como lo hacemos.



En un primer momento, a los supervivientes y los combatientes les costó no solo aceptar el hecho de que silenciaban sus historias, sino también adaptarse a la libertad.

Esa cohorte de mujeres eran veinteañeras que se habían perdido la niñez, que no habían tenido la oportunidad de estudiar o formarse para una carrera, que no tenían redes familiares normales, y que a menudo se habían saltado el desarrollo sexual, o este había sido traumático o profundamente intenso. Muchas de ellas, especialmente las que no se adscribieron a filosofías políticas fuertes, simplemente no sabían adónde ir, qué hacer, quién ser o cómo amar.

Faye Schulman, la partisana que pasó años vagando por el bosque, <sup>27</sup> haciendo volar trenes, realizando operaciones quirúrgicas al aire libre y fotografiando a soldados, escribió que la liberación no fue el colmo de la alegría, sino «el punto más bajo de mi vida. [...] Nunca en mi vida me había sentido tan sola y triste; nunca había añorado tanto a mis padres, a la familia y a los amigos que nunca volvería a ver». <sup>28</sup> Después de los brutales asesinatos de sus familiares y de todas sus pérdidas, el rigor, el deber y la cohesión social de la vida partisana la habían mantenido cuerda, centrada y con un norte: la supervivencia y la venganza. Ahora estaba completamente sola en el mundo y no tenía nada, ni siquiera una nacionalidad. Mientras sus compañeros partisanos, sentados alrededor de la fogata, contemplaban el fin de la guerra, y soñaban con reencuentros y celebraciones, ella pensó lo contrario:

Cuando terminara la guerra, ¿tendría adónde ir? ¿Quién me esperaría en la estación? ¿Quién celebraría conmigo la libertad? No habría desfiles de bienvenida para mí, ni siquiera habría un momento para llorar a los muertos. Si sobreviviera, ¿adónde volvería? Mi casa y mi pueblo

habían sido arrasados, y sus habitantes, asesinados. Yo no estaba en la misma situación que los compañeros que me rodeaban. Yo era judía y mujer. <sup>29</sup>

Faye recibió una condecoración del Gobierno soviético, pero tuvo que devolver sus armas. Desprovista de un sentido de identidad o protección, decidió alistarse en el ejército soviético y continuar luchando en Yugoslavia. Pero al dirigirse a la oficina militar, conoció a un oficial de aspecto judío que la convenció para que dejara de arriesgar su vida. Se convirtió en fotógrafa gubernamental en Pinsk. Gracias al acceso a los trenes y a los funcionarios que le proporcionó la condecoración, logró localizar a sus hermanos supervivientes. A través de uno de ellos se encontró con Morris Schulman, un comandante partisano con quien había coincidido en el bosque y que conocía a su familia desde antes de la guerra. Algunas mujeres supervivientes idealizaban a sus padres fallecidos y se esforzaban por crear vínculos íntimos, <sup>30</sup> pero los sentimientos mutuos entre Faye y Morris fueron inmediatos, y ella rechazó muchas otras propuestas por él. «Sentimos el apremio de actuar rápidamente con el amor que quedara en nosotros», reflexionó ella. <sup>31</sup>

Aunque eran una pareja soviética relativamente rica y exitosa, la ciudad *Judenrein* de Pinsk resultaba demasiado deprimente. Cruzaron Europa en viajes arduos y peligrosos, una pareja entre millones de desplazados que vagaban por el continente; se vieron obligados a alojarse en un terrible campo de refugiados que a Faye le recordó el gueto. Poco después se unieron a la Berihah, una organización clandestina que introducía ilegalmente a judíos en Palestina, donde seguían en vigor las cuotas de inmigración. Pero Faye tuvo un hijo y anhelaba seguridad. Morris y ella cambiaron de rumbo y pasaron el resto de sus vidas en Toronto, donde se establecieron profesionalmente y fundaron una familia. Durante décadas Faye habló en público sobre su experiencia de la guerra. «A veces [el] mundo de antaño me parece casi más real que el presente», escribió. <sup>32</sup> Una parte de ella siempre vivió en su universo perdido.





Otro problema permanente para los supervivientes fue el sentimiento de culpa.

En el verano de 1944, desde la ventana de su escondite en Varsovia, Zivia vio caballos cansados tirando de carros de campesinos llenos de alemanes que huían para salvar la vida.<sup>33</sup> La resistencia polaca, controlada principalmente por el Ejército Nacional, decidió que era el momento de luchar para expulsar a los nazis debilitados y defender Polonia de los soviéticos invasores. A pesar de no estar de acuerdo con todas esas políticas, Zivia, la ŻOB y los polacos comunistas decidieron unirse; cualquier esfuerzo que se realizara para destruir a los nazis valía la pena. A través de la prensa de la resistencia polaca, Zivia instó a todos los judíos a luchar, con independencia de su afiliación, por una «Polonia libre, independiente, fuerte y justa». El levantamiento empezó el 1 de agosto. En él participaron judíos de todas las facciones políticas, entre los que había mujeres.<sup>34</sup> Durante esa revuelta, Rivka Moscovitch fue asesinada por un nazi que pasó en coche por la calle y la ametralló.<sup>35</sup>

El Ejército Nacional no quiso luchar al lado de los judíos, pero el Ejército Popular aceptó de buen grado la colaboración de la ŻOB. Preocupados por las bajas judías, les ofrecieron un papel entre bastidores, pero Zivia y su grupo insistieron en participar en el combate activo. Ella defendió un puesto importante y aislado, casi olvidado en medio de la acción. Los puestos de los veintidós judíos fueron menores, pero para Zivia era importantísimo que la ŻOB continuara viva y trabajara al lado de los polacos. El Ejército Nacional llevaba días preparado para luchar, pero los soviéticos se oponían a que participaran, y la atroz batalla se prolongó dos meses. La magnífica ciudad de Varsovia fue arrasada, reducida a un montón de escombros de tres pisos de altura; casi el 90 por ciento de sus edificios quedó destruido.<sup>36</sup> Al final los polacos se rindieron. Los alemanes los expulsaron a todos. Pero ¿qué debían hacer los judíos, especialmente los que tenían aspecto de serlo?

De nuevo los combatientes escaparon por los túneles de las alcantarillas. Esta vez Zivia estaba tan agotada que casi se ahogó. Antek la llevó a cuestras mientras ella dormía.

Incluso con el Ejército Rojo avanzando, Zivia continuó mostrándose realista, o pesimista, y advirtió a sus camaradas que no se emocionaran demasiado. Tras luchar desde una serie de *melinas*, la situación de los judíos que permanecían escondidos era durísima. Después de seis semanas de bombardeos soviéticos amenazantes, de escasez de comida y agua, de fumar hojas que recogían de los árboles, de casi asfixiarse en el pequeño sótano donde se escondían..., estaban acabados. Sobre todo cuando los alemanes empezaron a cavar trincheras, primero en su calle y luego en su edificio.

Estaban derribando los muros que había cerca del refugio de Zivia.<sup>37</sup> Los judíos oían todo lo que decían. Pero, como siempre, los alemanes se tomaron un descanso para comer al mediodía. Cinco minutos después llegó un grupo de rescate de la Cruz Roja polaca. Los mensajeros bundistas se habían puesto en contacto con un médico polaco de izquierdas en un hospital cercano, y este había enviado a un equipo para rescatarlos con la excusa de recoger pacientes tifoideos, sabiendo que eso mantendría a los alemanes alejados. Los dos que tenían una fisonomía más judía iban con la cara vendada y se los llevaron en camilla. Los demás se pusieron los brazaletes de la Cruz Roja y se hicieron pasar por rescatadores. Zivia fingió que era una vieja campesina que se abría paso con dificultad entre las casas. El grupo deambuló por la ciudad arrasada y, a pesar de varios altercados, logró escapar, e incluso convenció a un nazi que había perdido un ojo por culpa de «esos bandidos judíos» para que los llevara en su carro tirado por un caballo. Del hospital, Zivia pasó a esconderse en las afueras.

Cuando los rusos liberaron Varsovia en enero de 1945, Zivia tenía treinta años y se sintió vacía. Describió el día en que entraron los tanques soviéticos en estos términos: «Una multitud acudió al mercado de la ciudad para recibirlos. La gente, eufórica, abrazaba a sus libertadores. Nosotros nos quedamos mirando, abatidos y deprimidos, restos solitarios de nuestro pueblo». <sup>38</sup> Ese fue el día más triste de su vida: el mundo que había conocido oficialmente dejó de existir. <sup>39</sup> Al igual que otros muchos supervivientes que lo sobrellevaron por medio de la hiperactividad, ella se lanzó a ayudar a los demás.

Quedaban aproximadamente trescientos mil judíos polacos vivos, exactamente el 10 por ciento de los que había antes de la guerra, entre los que se encontraban los supervivientes de los campos de exterminio, los que vivían bajo otra identidad, los escondidos, los partisanos del bosque y —la mayoría— los doscientos mil judíos que habían vivido la guerra en territorio soviético, muchos de ellos encarcelados en gulags siberianos. (Se les conocía como los «asiáticos».) A esos judíos no les esperaba nada, ni una familia ni un hogar. La Polonia de la posguerra era un Lejano Oeste con un antisemitismo desenfrenado. En los pueblos pequeños se podía asesinar a los judíos en la calle, sobre todo en aquellos en los que los habitantes temían que reclamaran sus propiedades.<sup>40</sup> Zivia trabajó para ayudar a los judíos;<sup>41</sup> también planificó rutas de escape. En Lublin se puso en contacto con Abba Kovner, pero, a pesar de que empezaron a colaborar, tuvieron desavenencias. Zivia priorizaba la reconstrucción de la comunidad; Kovner, la salida inmediata de Polonia y la venganza.

Los movimientos se esforzaron más que nunca en renovar sus bases polacas, y enviaban incluso a emisarios a las estaciones de tren para convencer a los «asiáticos» de que se unieran a sus filas. Zivia regresó a Varsovia para trabajar con los supervivientes, estableció comunas seguras y atrajo judíos a Libertad. Como siempre, ella era la figura materna admirada por todos, pero guardaba para sí sus sentimientos.

En un estado de agotamiento, expresó su deseo de realizar la *aliyá*. Por fin, en 1945, la socialista sionista de Byten llegó a Palestina, su sueño tanto tiempo postergado. Fue como si hubiera resucitado milagrosamente de entre los muertos, sobre todo después de que se hubieran publicado tantos obituarios suyos. Pero la vida allí no resultó fácil. Vivía en una cabaña de un kibutz que los británicos utilizaban de base para lanzar ataques contra los dirigentes del Yishuv, episodios que le recordaban a las *Aktions* del gueto.<sup>42</sup> A ella le parecía que los kibutz no estaban haciendo lo suficiente para acoger a los supervivientes. Aunque su hermana estaba allí, no tenía tiempo para verla ni a ella ni a familiares ni amigos debido al trabajo del movimiento. También echaba de menos a Antek, y temía que, por su

naturaleza flirteante, tuviera aventuras con otras mujeres. <sup>43</sup> Su depresión y su sentimiento de culpa se agudizaron. <sup>44</sup> Se suponía que ella había estado en el número 18 de la calle Miła. Se suponía que había muerto.

Zivia enseguida se embarcó en una gira de conferencias; «un circo», lo llamó ella. <sup>45</sup> Recibió invitaciones de innumerables grupos y le pareció que no podía rechazar ninguna; eran demasiadas las organizaciones que buscaban su apoyo, que anhelaban compartir el brillo de su heroísmo.

En junio de 1946 seis mil personas se reunieron en el kibutz de Yagur para oír a Zivia pronunciar en hebreo un testimonio elocuente y firme sin apoyarse en notas, y expresando pensamientos que le brotaban de la mente y el corazón. Duró ocho horas y todos se quedaron fascinados y aturdidos. «Se erguía allí como una reina», comentó más tarde alguien que asistió, y añadió que irradiaba santidad. <sup>46</sup> Sus conferencias giraban en torno a la guerra, el movimiento, la ŻOB, y nunca sobre sus sentimientos o su vida personal. Defendía a las masas judías en los guetos y pedía solidaridad con los supervivientes, pero la mayoría de los oyentes solo quería oír hablar del levantamiento. Algunos políticos de izquierdas utilizaron su testimonio de la lucha en el gueto para promover sus programas; la postura de Zivia sobre los combatientes se hacía eco de las filosofías militantes del Estado floreciente. Al parecer moderó, tal como se le solicitó, sus críticas al Yishuv por no haber enviado más apoyo a Varsovia. Apelando a las mujeres, y promoviendo la importancia de las armas y del heroísmo, se ganó la admiración de muchos y ayudó al partido a obtener apoyo, pero esa publicidad y las intrigas agotaron sus fuerzas. Cada discurso abría heridas, despertando de nuevo el sufrimiento y el sentimiento de culpa. Solo quería estar sola y respirar.

Al año siguiente designaron a Zivia para un cargo importante en el Congreso Sionista de Basilea. Antek y ella se encontraron en Suiza, donde un rabino los casó en secreto. Regresó a Israel embarazada, <sup>47</sup> con el mismo vestido que había llevado en Yagur y que ahora le iba ajustado. Antek la siguió unos meses más tarde. Sin embargo, a pesar de la heroica reputación de esa pareja poderosa —eran los últimos dirigentes sionistas que quedaban con vida del levantamiento del gueto de Varsovia—, en Israel nunca alcanzaron altos cargos políticos, posiblemente porque los políticos del

Yishuv percibían su estatus mítico como una amenaza. Antek trabajó en los campos; Zivia, en el gallinero. Ella rehuía la opinión pública. Según los que estaban cerca de ella, no se creía especial, solo alguien que hacía lo que tenía que hacer.

En sus escritos hace hincapié en que ella había sido entrenada para eso. La mayoría de los judíos simplemente no sabían qué hacer, pero a los jóvenes los habían educado para marcarse objetivos y llevarlos a término. Cuando a la hija de Chasia se le preguntó cómo se explicaba el comportamiento de su madre en tiempos de guerra, respondió de inmediato que había heredado la tolerancia de su padre y la fuerza de La Joven Guardia. <sup>48</sup> Como la misma Chasia reflexionó seis décadas después: «Aprendimos a compartir, a trabajar juntos, a apoyarnos los unos a los otros, a salvar obstáculos y a superarnos a nosotros mismos. No nos dimos cuenta entonces de lo mucho que íbamos a necesitar [esas habilidades] en los años venideros». Los movimientos juveniles habían surgido en un contexto en que los judíos se sentían amenazados. Enseñaron a sus miembros a enfrentarse a los problemas existenciales, así como a convivir y a trabajar juntos, a colaborar a todos los niveles.

Movidos por la necesidad de formar parte de una comunidad que los comprendiera y de conmemorar su pasado, Zivia y Antek fundaron su propio kibutz, una hazaña nada fácil. El movimiento temió que en él se hiciera hincapié en los traumas del pasado, pues los combatientes de los guetos tenían que demostrar todo el tiempo que eran fuertes mentalmente. Pero, después de cierta resistencia, lograron abrir la Casa de los Combatientes de los Guetos, integrada sobre todo por supervivientes. Zivia se apoyó en el trabajo y la maternidad —un malabarismo constante— para acallar su pasado y forjar el porvenir. Al igual que muchos supervivientes que vivían con la sensación de que «la catástrofe podía sobrevenir en cualquier momento», <sup>49</sup> y temían los truenos y relámpagos (que les recordaban los bombardeos), los miembros del kibutz sufrían de estrés postraumático y terrores nocturnos. Pero, en general, trabajaron duro para convertirse en una entidad productiva. Más tarde Antek abrió allí el primer museo y archivo conmemorativos de Israel sobre el Holocausto, en un elegante edificio de estilo brutalista de techos altos y curvos. Surgieron

controversias incluso entre los miembros del kibutz en torno a la naturaleza del relato que habían presentado. <sup>50</sup> Con el tiempo las diferencias con La Joven Guardia y Yad Vashem se han desvanecido, pero todavía pueden percibirse bajo la superficie.

Zivia seguía siendo una mujer de principios, moderada e impulsada por los ideales del movimiento. Era agarrada con el dinero y estaba totalmente en contra de la reconciliación y las reparaciones alemanas (excepto cuando afloraba su faceta práctica), y Leon Uris tuvo que obligarla a comprarse un nuevo vestido para asistir a un acto importante. <sup>51</sup> Solo dejaba que regalaran libros a sus hijos, y ellos fueron los últimos niños del kibutz en conseguir bicicletas. (Antek, el visionario romántico y *bon vivant*, disfrutaba de más cosas materiales.) Cuando Zivia quiso construir un nuevo porche delantero, reunió rocas y martillos, y lo construyó. Siempre creyó que las acciones cotidianas eran el signo distintivo del valor. No daba vueltas a los problemas, pero creía que uno tenía que tomar una decisión y llevarla a cabo. Su lema era: «¡Date una palmada en el culo!». <sup>52</sup>

Zivia trabajaba, viajaba, llevaba la contabilidad del kibutz, leía con avidez libros, acogía a los huéspedes y mimaba a sus dos hijos. <sup>53</sup> Al igual que la mayoría de los supervivientes del Holocausto, Antek y ella eran sobreprotectores y cariñosos. Muchos padres que habían sobrevivido les ocultaban a sus hijos su pasado, deseando desesperadamente que tuvieran una vida normal, pero sin saberlo causaban fisuras. En los kibutz de todo Israel, los niños vivían aparte en habitaciones comunitarias y solo pasaban las tardes con sus padres, lo que creaba más distancia y problemas a la hora de desarrollar una intimidad física. En la Casa de los Combatientes de los Guetos, los niños concretamente tenían pesadillas y se orinaban en la cama, y Zivia accedió a contratar a un psicólogo, un lujo que ella normalmente no habría aprobado. También le atormentaba cuando su hijo lloraba y ella tenía que dejarlo llorando porque había terminado el horario de visita de los padres en el ala de los niños.

Zivia se mantenía en la periferia del ojo público. En 1961 testificó en el juicio del nazi Adolf Eichmann, y en alguna ocasión accedió a regañadientes a presentarse en la lista de candidatos del Partido Laborista para el Parlamento israelí. Quería apoyar al partido y solo se presentó



porque sabía que perdería. <sup>54</sup> Cuando se le dio un cargo político en el Gobierno, renunció a él para trabajar en el kibutz y estar con su familia. Prefería cocinar y criar aves de corral que la tediosa farsa de ser una figura decorativa. Cuando en la década de 1970 los intelectuales pusieron el énfasis en la resistencia cotidiana en lugar de en señalar a los combatientes heroicos, y como consecuencia de que ella hubiera huido de los focos, su nombre se borró de la conciencia de los israelíes. Su libro sobre la guerra estaba basado en las conferencias que había pronunciado y que Antek había editado. Aunque ella insistió en que lo publicaran póstumamente, no contiene revelaciones personales. «Se puede decir mucho acerca de una persona —observó— por la cantidad de veces que dice “yo” en una frase.» <sup>55</sup>

Incluso en la casa de la pareja heroica, el pasado era secreto. Como era frecuente entre los hijos de supervivientes, que se daban cuenta de que no era prudente preguntar, los hijos de Zivia indagaron poco sobre la historia de sus padres. Su hija Yael, que era psicóloga, se preguntaba: ¿cómo es que no les pedí que se sentaran y me lo explicaran todo? <sup>56</sup> De niña había querido unos padres *sabras* más jóvenes que hablaran hebreo. Su hijo, Shimon, sintió la presión de ser el vástago de dos leyendas, pero se vio incapaz de estar a la altura de sus expectativas: «¿Qué se supone que debo hacer, lanzar un cóctel molotov, matar a un alemán, qué?». <sup>57</sup>

Muchos hijos de supervivientes se sintieron presionados en otro sentido: debían lograr lo que sus padres no consiguieron y alcanzar metas para toda su familia extendida, y al mismo tiempo estar siempre contentos, justificando así la supervivencia de sus padres. <sup>58</sup> Otros se sintieron simplemente presionados para ser «normales» y se rebelaron decidiendo no casarse. Otros se sintieron empujados a cursar una carrera en particular, como Medicina. («Un filósofo [es] inútil en el bosque», dijo un partisano superviviente a sus hijos californianos.) <sup>59</sup> Muchos se convirtieron en trabajadores sociales y de salud mental.

Justo antes de que Zivia muriera, su nuera le dio una nieta: Eyal, que era el término hebreo para referirse a la ŻOB. <sup>60</sup> Zivia cogió al bebé en brazos y lloró delante de todos por primera vez desde que dejó los bosques de Polonia. Eyal habla en público sobre la historia de su familia y atribuye

su locuacidad a su abuelo, a quien trató mucho cuando era niña. Aunque le habría gustado saber más sobre la vida interior de su abuela, ve su libro —la historia de una cuidadora, una hacedora, alguien que siempre ponía primero a los demás, que tenía el listón extremadamente alto para todos, incluida ella— como una fuente de fuerza. <sup>61</sup>

Eyal también da muestras de sincera autocrítica: un legado de la filosofía de Libertad. En un documental israelí sobre la familia, se pregunta si ella habría tenido la fuerza para luchar como lo hizo Zivia. Cuando otros critican a los polacos que se mantuvieron al margen, ella comenta que también ha estado sentada en restaurantes muy próximos a zonas de guerra divirtiéndose. <sup>62</sup>

Mientras Eyal trabaja en recursos humanos, ocupándose como su abuela de la gente, su hermana Roni siguió los pasos luchadores de esta. Fue la primera piloto de caza del ejército israelí y, cuando está en formación, destaca entre sus compañeros con su larga trenza, que le cuelga por la espalda. No habla casi nunca en público, debido a su estatus militar, pero sobre todo porque ha heredado la reserva de su abuela. Con su propia «hipermoralidad», <sup>63</sup> vive para su abuela, a quien nunca conoció, pero cuyo «liderazgo silencioso» admira. El método Zuckerman, bromeaban las hermanas, consistía en guardarse todo en el pecho, responder cualquier pregunta con una sola palabra y, por encima de todo: «Los Zuckerman no lloran». <sup>64</sup> De sus abuelos aprendió, sobre todo, que «uno nunca tiene un control total sobre las circunstancias, pero sí sobre cómo responde a ellas. Tiene que confiar en sí mismo para salir adelante». <sup>65</sup>

«Todo lo que hice fue intentar morir, pero sobreviví —decía siempre Zivia—. El destino decidió que sobreviviera y no me queda otra.» <sup>66</sup> A pesar de su vida victoriosa, le atormentaba la culpa. <sup>67</sup> Podría haber salvado a más gente, haber hecho más y antes. Los remordimientos que habían empezado en Varsovia —la sensación de oportunidad perdida, el recuerdo de los combatientes que perdió—, lejos de disminuir, aumentaron al sobrevivir. La pregunta «¿Por qué lo logré yo?» no la abandonaba.

Otra constante en su vida fue el hábito de fumar. A sus sesenta años, con el tabaco y los remordimientos consumiéndola, contrajo cáncer de pulmón y, a pesar de todos sus intentos de continuar trabajando como



siempre, murió en 1978 a los sesenta y tres años. Tal como pidió Antek, en su lápida solo aparece el nombre de pila. «Zivia es una institución», explicó su hijo. No hacían falta más palabras. <sup>68</sup>

Sin ella se rompió la existencia precaria que Antek había reconstruido. Él no quería vivir en un mundo sin Zivia. Desoyendo a los médicos, bebió. «Se propuso morir», dijo Eyal. <sup>69</sup> A pesar de su encanto y su carácter alegre, vivía totalmente obsesionado, incapaz de desprenderse del pasado, se reprochaba no haber salvado a su familia y se atormentaba por las decisiones que había tomado durante la guerra. Nunca dejó de pensar en el asesinato de un presunto informante. ¿Y si era inocente? Con el tiempo los remordimientos no hicieron más que agudizarse, «como la lava que brota del suelo y se precipita», <sup>70</sup> dijo reflexionando sobre cómo su pasado y su presente se entrelazaban. No era fácil pasar de encabezar el levantamiento del gueto de Varsovia a recoger fruta en un kibutz. Muchos combatientes no llegaron a encontrarse nunca a sí mismos después del traumático e hiperdramático periodo de la primera juventud. <sup>71</sup> Antek murió tres años después que Zivia, yendo en taxi a una ceremonia en su honor.

«Zivia era la rama, y Antek el tallo —dijo Yael—. Si la rama se dobla, el tallo cae, por fuerte que parezca.» <sup>72</sup>



Israel era un entorno duro, pero tampoco lo tuvieron fácil los combatientes de la Resistencia polacos en la Polonia de la posguerra, que durante décadas fue gobernada por la URSS. En un clima de vigilancia y miedo, a cualquiera que hubiera mostrado una filiación con el Ejército Nacional durante la guerra se le podría haber considerado «nacionalista polaco» y, por lo tanto, un rebelde contra el régimen soviético, en peligro mortal. <sup>73</sup> Muchos polacos que habían ayudado a los judíos ocultaron sus acciones heroicas por miedo a que los acusaran de haber estado en el bando equivocado. Una mujer polaca que había protegido a una familia hasta que esta finalmente se había ido a vivir a Israel tuvo que pedir que dejaran de enviarle regalos con banderas israelíes porque hacían sospechar a los vecinos. <sup>74</sup>

Incluso en Polonia hubo judíos que sofocaron su pasado y cortaron todo contacto. «Halina», que había ayudado a rescatar a Renia de la cárcel, era en realidad Irena Gelblum. <sup>75</sup> Después de la guerra, ella y Kazik, su novio, fueron a Palestina. Pero ella enseguida se marchó a Italia. Allí estudió Medicina trabajó como periodista, se convirtió en una famosa poeta y cambió su nombre por Irena Conti. Al final se estableció en Polonia, pero cambió constantemente de identidad y de amigos, y su pasado se convirtió en un secreto cada vez más oculto.

Otros vivieron más abiertamente su vida. Irena Adamowicz, la *scout* católica, <sup>76</sup> trabajó en la Biblioteca Nacional de Polonia. Nunca se casó, pero cuidaba de su madre y pasaba tiempo con los amigos que había hecho durante la guerra. Mantuvo correspondencia con las mujeres judías con las que había trabajado y visitó Israel en 1958, un punto culminante de su vida. Siempre vivió con un gran temor a morir sola y, sin embargo, al envejecer se volvió solitaria. Falleció en la calle un día de 1973 a los sesenta y tres años. En 1985 fue reconocida como Justa entre las Naciones en Yad Vashem.



Para otros, el sufrimiento de la supervivencia fue simplemente demasiado insoportable. Chajka Klinger llegó a Palestina siguiendo la misma ruta que Renia, <sup>77</sup> pero con una depresión creciente. Benito y ella se instalaron en el kibutz Gal On de La Joven Guardia, donde intentaron integrarse en la vida comunitaria. Chajka habló en numerosas asambleas y conferencias. Pero surgió un conflicto con el movimiento. La Joven Guardia publicó extractos de los diarios de Chajka, pero muy editados, omitiendo e incluso revirtiendo sus críticas al Yishuv (al que ella acusaba de no haber hecho lo suficiente), y suprimiendo sus dudas acerca de si la Resistencia funcionaría realmente algún día. Chajka no había sido silenciada, sino censurada. Sus palabras y pensamientos —para una intelectual como ella, su identidad— habían sido manipulados por el mismo movimiento al que ella había entregado su vida.

Los pensamientos morbosos que habían empezado a asaltarla mientras estaba escondida ahora iban y venían, pero nunca la abandonaron para siempre. Ella y Benito se instalaron en un nuevo kibutz, Ha'Ogen, con unos cuantos amigos del pasado. Vivían en una habitación hecha con cajones de naranjas, pero Chajka se concentró en disfrutar de la vida familiar. Empezó a revisar sus diarios para publicarlos, y por fin era feliz a pesar de que se sentía culpable por su felicidad. Le costó conseguir un trabajo permanente en el kibutz —especialmente en la casa de los niños, que era lo que más le gustaba— por no tener antigüedad. Después de todo por lo que había pasado, tuvo que empezar de cero. «Ella, que encabezó un movimiento durante la guerra y plantó cara a la Gestapo —escribió su hijo Avihu—, ahora era solo Chajka R.» (El apellido de Benito, que ella había tomado, era Ronen, anteriormente Rosenberg.) Luego se quedó embarazada. Durante ese embarazo se despertaba por las noches con delirios, y Benito empezó a comprender que esos episodios eran una «enfermedad mental», el término que entonces se utilizaba y que abarcaba todo. Aún no se hablaba del trastorno de estrés postraumático (TEPT) ni de trauma colectivo. En Ha'Ogen, los supervivientes no recibían un trato especial y no hablaban de su pasado. Solo contaban las reglas del kibutz, el papel de cada miembro como mano de obra y el presente.

Llamaron a su hijo Zvi en honor de Zvi Brandes.

Chajka no tenía una comunidad de supervivientes que la entendiera, con la que pudiera recordar o incluso fantasear con la venganza. No hizo muchos amigos. (La mayoría de sus compañeros del kibutz hablaban húngaro.) Además, la exnovia de Benito también vivía allí. A Chajka la pusieron a trabajar en el gallinero, sin permitirle estudiar para sacarse un título avanzado, como ella quería. Los trabajos importantes estaban reservados para los hombres. Las metas profesionales de Chajka, los objetivos de una inteligencia audaz, se convirtieron en sueños frustrados.

Ella averiguó que una de sus hermanas estaba viva, lo que le infundió algo de esperanza y estabilidad. Pero entonces el jefe de La Joven Guardia decidió que Benito, que todavía se dedicaba a ayudar a los refugiados,

regresara a Europa. Se le pidió a Chajka que renunciara a todas las comodidades que había conseguido para sí y regresara al continente ensangrentado del que había escapado por los pelos.

Ella no se quedó mucho tiempo allí y volvió a Israel para dar a luz a su segundo hijo, Avihu, el académico. Sufrió de una severa depresión posparto, sin poder levantarse de la cama durante semanas y temiendo tomar medicamentos por miedo a que la envenenaran. La hospitalizaron en contra de su voluntad. Después de eso nadie habló de su enfermedad; era tabú.

De nuevo en el kibutz, Chajka se alejó de los amigos de Będzin y no encontró ninguna salida para sus talentos. Durante su tercer embarazo, un artículo citó sus diarios sin su autorización para criticar a la dirección de La Joven Guardia, lo que la puso en el centro de una acalorada controversia que de nuevo la obligaba a lidiar con el conflicto entre su propia verdad y su lealtad al movimiento. Una vez más sufrió de depresión posparto y la ingresaron. Como parte del tratamiento, le hicieron hablar de la tortura de la Gestapo. Traumatizada por esa intervención, se negó a recibir más ayuda médica.

Avihu recordaba a su madre feliz, pero también episodios en los que se quedaba sentada en silencio con una toalla alrededor de la cabeza. Ella había sobrevivido y quería cumplir el papel que La Joven Guardia le había encomendado: contarle a la gente lo que había presenciado. Pero en el fondo tenía la sensación de que estaba «condenada a vivir». Finalmente, después de episodios depresivos más profundos y con cuarenta y dos años, Chajka accedió a regresar al hospital. Una noche se presentó en la casa de los niños con un abrigo largo; había acudido a despedirse.

A la mañana siguiente, en abril de 1958, coincidiendo con el decimoquinto aniversario del levantamiento del gueto de Varsovia, Chajka Klinger se colgó de un árbol, no muy lejos de la guardería del kibutz donde sus tres hijos jugaban.

No todo el mundo sobrevive a la supervivencia. <sup>78</sup>

## CAPÍTULO 31

### UNA FUERZA OLVIDADA

1945

Renia tal vez no tuvo suerte al dirigirse a ese grupo en particular en el kibutz, pero su gira de conferencias dio paso a otras revelaciones. Un día unas mensajeras mencionaron su nombre en un campo de personas desplazadas y, delante de ellas, un hombre se desmayó.

Era su hermano. <sup>1</sup>

Zvi Kukielka había huido a Rusia y se había unido al Ejército Rojo. Su hermano pequeño Aaron también estaba vivo; había sobrevivido a los campos de trabajos forzados por su aspecto rubio, su encanto y su voz melódica, cantando en un coro de la iglesia. En ese momento Zvi se encontraba en el sórdido campamento de personas desplazadas de la isla de Chipre junto con refugiados supervivientes. Con el tiempo los dos hermanos llegaron a Palestina. <sup>2</sup>

A pesar de sus presentimientos, Renia había albergado esperanzas con respecto a Sarah; nunca se podía estar segura. Pero al llegar a Palestina se enteró de que la habían capturado en Bielsko, cerca de la frontera con Eslovaquia, junto con un grupo de camaradas y huérfanos. <sup>3</sup> La última petición suya que quedó registrada fue «Por favor, cuidad de mi hermana Renia». <sup>4</sup>

En 1945 Renia encontró un público con su libro. Alentada por el poeta y político Zalman Shazar, <sup>5</sup> finalizó sus memorias en polaco. Hakibutz Hameuchad, una organización que publicó muchas historias de los supervivientes del movimiento, le encargó la traducción al hebreo a Chaim Shalom Ben-Avram, un renombrado traductor israelí. <sup>6</sup> La edición hebrea fue bien recibida; los primeros combatientes de los Palmach, la brigada de élite del ejército clandestino del Yishuv, la llevaban en la mochila. <sup>7</sup>

La historia de Renia fue editada y traducida al yidis, y publicada en *Freuen in di Ghetts* por Pioneer Women's Organization (la organización Pioneras, en la actualidad Na'amat). En 1947 Sharon Books, una editorial que también se encontraba en el centro de Manhattan, publicó el libro completo en inglés con el título *Escape from the Pit* y una introducción de Ludwig Lewisohn, traductor de importantes obras europeas y fundador de la Universidad Brandeis.

Los ensayistas de finales de la década de 1940 mencionaron *Escape from the Pit* ; una vez, a propósito de la (excesiva) proliferación de publicaciones sobre el Holocausto en Estados Unidos; en otra ocasión, como una propuesta de lectura para los estudiantes.<sup>8</sup> También se citó en el testimonio de al menos otro superviviente,<sup>9</sup> quien criticaba que se centrara solo en el movimiento Libertad. Renia colaboró en el libro conmemorativo de Zaglembie que publicaron los supervivientes,<sup>10</sup> así como en una antología sobre Frumka y Hantze. Escribir era terapéutico. Canalizaba su sufrimiento en forma de palabras. Después de esa catarsis,<sup>11</sup> Renia se vio capaz de pasar página.

Sin embargo, con el tiempo el libro en la edición inglesa desapareció. Tal vez sepultado bajo el aluvión de publicaciones estadounidenses sobre el Holocausto o, como sugieren algunos, debido a la «fatiga por trauma» que experimentaron muchos judíos en la década de 1950, pero su vida dejó de interesar.<sup>12</sup> La historia también podría haber perdido atractivo porque Renia, a diferencia de Hannah Senesh y Anne Frank, seguía viva. Es más difícil idolatrar a los vivos. Ella no lo promocionó ni se convirtió en portavoz; en todo caso, todo el propósito de su publicación fue dejar atrás Polonia.

Renovarse era esencial.<sup>13</sup> «Sucedió y *pasó* », ese era su lema. Renia se quedó cerca de sus hermanos y camaradas, en particular de Chawka. Pero también se volcó en la vida de los kibutz, realizando trabajo no intelectual, uniéndose a las actividades sociales y aprendiendo por primera vez hebreo.

Luego le presentaron a Akiva Herscovitch, un hombre de Jędrzejów que había hecho la *aliyá* en 1939, antes de la guerra. Renia había tenido un trato amistoso con la hermana y el acaudalado padre de Akiva en Polonia, y

él la recordaba de cuando era una adolescente joven y atractiva. Se enamoraron rápidamente. Ella ya no estaba sola y en 1949 se convirtió oficialmente en Renia Herscovitch.

Akiva no quería vivir en un kibutz, y aunque a ella le daba pena renunciar al compañerismo y a la comunidad del kibutz de Dafna que tanto adoraba, siguió a su amor. Se fueron a vivir a Haifa, principal puerto del país y pintoresca ciudad costera situada en las laderas del monte Carmelo. Ella trabajó para la Agencia Judía, donde recibía a los inmigrantes que llegaban en barco, hasta dos días antes de que naciera su primer hijo, en 1950. Después de todo por lo que había pasado, se encontró con otro obstáculo: Yakov, llamado así por su hermano pequeño Yankelch, que había sido asesinado, nació con parálisis parcial. Renia dejó de trabajar para dedicarse a curarlo... y lo logró.

Cinco años más tarde, nació su hija Leah, llamada así por la madre de Renia, con quien tenía en común su aspecto y actitud; más tarde, Renia le puso en broma el apodo de Klafte, «arpía» en yidis. Renia había rezado para que fuera niña, y pensó que llamarla como a su madre era la única manera en que podía honrar su memoria. Muchos hijos de supervivientes hablan de sentirse como «reemplazos» de parientes muertos, <sup>14</sup> especialmente de abuelos que nunca conocieron. Los «parientes perdidos» marcaron a las familias de los supervivientes. <sup>15</sup> A menudo se quedaba sin abuelos, tíos o primos, y sus miembros tenían que asumir roles inusuales, cambiando las estructuras de parentesco durante generaciones.

Renia se quedó en casa cuidando a sus hijos cuando eran pequeños. Era divertida, vital e ingeniosa, <sup>16</sup> y tenía buen ojo para la gente. Seguía siendo carismática y también conservaba su interés en el vestir. Tenía docenas de trajes de chaqueta, y cada uno iba con unos zapatos, un bolso y unos accesorios determinados. Cuando se le puso blanco el pelo entró en pánico, a pesar de que ya tenía setenta y dos años. (Por supuesto, ella no había visto envejecer a su propia madre.) <sup>17</sup> Según Yakov, las principales peleas que había tenido con ella en la adolescencia fueron por su aspecto. A ella le parecía que iba demasiado desarreglado.



Cuando Yakov y Leah fueron mayores, Renia se puso a trabajar como asistente en una guardería, donde los niños la adoraban. Después fue administradora en un centro médico. Autodidacta, permaneció activa en el Partido Laborista. Akiva fue el director de una empresa nacional de mármol y luego de una compañía eléctrica. Hombre de conocimientos enciclopédicos, también era artista, y creó mosaicos y xilografías que colgaban en las sinagogas del barrio. Aunque había crecido en el seno de una familia religiosa, ya no creía en Dios. La mayor parte de su gran familia había muerto asesinada. Se negaba a pronunciar una palabra en polaco y solo usaba el yidis cuando no quería que sus hijos se enteraran de lo que decía. En casa la familia hablaba en hebreo.

Aunque Renia dio charlas a estudiantes en la Casa de los Combatientes de los Guetos, se mantuvo en contacto con camaradas de Libertad <sup>18</sup> y pasó horas analizando el pasado con su sensible hermano Zvi; casi nunca hablaba del Holocausto con su nueva familia. Quería mostrarse alegre delante de sus hijos y alentarlos a indagar. Su vida estaba llena de libros, conferencias, conciertos, música clásica, galletas caseras, pescado *gefilte* (la receta de su madre Leah), viajes y optimismo. Le encantaban las barras de labios y los pendientes. Los viernes por la noche se reunían cincuenta personas en su casa. Los discos que sonaban eran de tango y bailes de salón. El adolescente Yakov se había unido a La Joven Guardia y tenía prohibido participar en las fiestas con baile y bebidas alcohólicas que organizaba su madre. «La vida es corta —decía ella—. Disfruta de todo, valora todo.»

A pesar de la alegría que reinaba en su hogar, Yakov y Leah siempre percibieron la oscuridad del pasado. Notaban que estaban absorbiendo la historia de Renia, a pesar de que no la comprendían del todo. <sup>19</sup> Leah leyó las memorias de su madre cuando tenía trece años, pero no entendió casi nada. Yakov cambió su apellido Herscovitch por el israelí Harel para distanciarse de la vieja tierra. Pesimista autodeclarado, leyó el libro de su madre por primera vez a los cuarenta años.

«Mi padre trataba a Renia como si fuera un etrog», dijo Leah, refiriéndose a los cítricos ceremoniales del Sucot que son poco comunes y caros, y se guardan protegidos en una pequeña caja cubierta de algodón o crines suaves y finas. «Ella era fuerte, pero también frágil.» <sup>20</sup> A Renia se le



pidió que testificara en el juicio de Eichmann, pero Akiva no lo permitió, pues temía que la experiencia resultara demasiado estresante. Renia nunca pidió una compensación económica a Alemania porque no quería tener que contar su historia. ¿Por qué tenía que darles algo, ya fuera su tiempo o su historia? En el Día de Conmemoración del Holocausto, la familia apagaba el televisor. A todos les preocupaba que a Renia le resultara demasiado difícil enfrentarse a los recuerdos y se viniera abajo. ¿O se trataba de ellos? «Me daba miedo que su historia me hiciera daño», confesó Yakov, que era tan franco como su madre.

Yakov, un ingeniero por el Technion —el Instituto de Tecnología de Israel— ya jubilado, vio por primera vez la programación del Día de Conmemoración del Holocausto en 2018. Hacía años que los hijos de Renia habían leído sus memorias y no recordaban bien los detalles. A los sesenta y tantos años, ella misma leyó su propio libro con incredulidad. ¿Cómo había podido hacer esas cosas? Todo lo que recordaba de ese periodo era su seguridad en sí misma y su increíble deseo de venganza. Su vida de adulta había sido muy diferente: feliz, apasionada, llena de belleza.

Renia había hecho borrón y cuenta nueva, y había empezado realmente de cero.



Renia y sus hermanos hablaban por teléfono todas las mañanas. Las cinco supervivientes del grupo de Białystok —entre las que se encontraba Chaika Grossman, que se convirtió en una conocida parlamentaria liberal israelí— <sup>21</sup> hablaban todas las noches a las diez. <sup>22</sup> Fania se mantuvo en contacto con varias mujeres de la fábrica Union que habían firmado la tarjeta hecha a mano en forma de corazón, y había visitado a sus familias en todos los continentes. <sup>23</sup> Muchos de los partisanos de Vilna permanecieron unidos a lo largo de los años; sus descendientes todavía se reúnen para actos conmemorativos anuales. Innumerables romances que surgieron entre judíos que arriesgaron su vida unos por otros en los bosques duraron décadas. Hoy en día son veinticinco mil los descendientes de los judíos del grupo Bielski que se salvaron, <sup>24</sup> «los hijos de Bielski». Las «hermanas» de

los campos, los guetos y los bosques se convirtieron en familias sustitutas; eran las únicas personas que les quedaban de los primeros años de su vida.  
<sup>25</sup>

Sin embargo, no todos compartieron esa camaradería de posguerra. Tal vez porque había estado sola, viviendo una vida falsa durante gran parte del Holocausto, la experiencia de Bela Hazan de la posguerra también fue solitaria, guardando para sí la mayoría de sus recuerdos mientras creaba un nuevo mundo. «Crie a mis hijos y me volqué en el día a día. Traté de contener mi historia personal —escribió—. No quería que mis hijos crecieran a la sombra del Holocausto.» Pero, por supuesto, su historia continuó «viva dentro de mí con la misma fuerza». <sup>26</sup>

El 18 de enero de 1945, mientras los rusos avanzaban hacia Auschwitz, donde ella trabajaba en la enfermería, la mandaron a una marcha de la muerte a Alemania. Vestida con harapos y sin zapatos, se abrió paso a través de la nieve durante tres días con sus noches sin comer ni beber. Todo el que perdía el paso, se paraba un momento o se inclinaba para recoger un poco de nieve con que saciar la sed, recibía un disparo en el acto. Miles murieron por el camino. Como ella se suponía que no era judía, y estaba gravemente enferma, la enviaron a un subcampo de Ravensbruck, y luego a un campo de trabajos forzados próximo a Leipzig, donde se ofreció para trabajar como enfermera, y del que escapó llevándose consigo a presos enfermos al lado ocupado por los estadounidenses. Sus memorias, que escribió ininterrumpidamente en 1945, empiezan con el capítulo «De la marcha de la muerte... a la vida».

Los estadounidenses, que lloraron con ella cuando vieron su cuerpo demacrado, la ayudaron a llegar a la oficina sionista de París, donde finalmente se deshizo de su identidad aria como Bronisława Limanowska, rompiendo así con años de horrible engaño. Se juntó con unos soldados de la Brigada Judía de Palestina, que la llevaron a Italia. Uno de ellos, el periodista Haim Zaleshinsky, la entrevistó y escribió su historia. Bela se quedó tres meses en Italia trabajando, e hizo las veces de terapeuta, escuchando los desgarradores testimonios de cuarenta y tres niñas supervivientes de seis a catorce años, procedentes principalmente de los

campos familiares partisanos. Se las llamó «el Grupo Frumka», <sup>27</sup> por Frumka Płotnicka, a quien se condecoró póstumamente con la Orden de la Cruz polaca. <sup>28</sup>

(De manera similar, la mensajera de Białystok Chasia abrió un hogar de niños en Łódź, donde, sin ningún tipo de formación oficial, hizo terapia a un grupo variopinto de setenta y tres huérfanos judíos traumatizados que habían permanecido escondidos en conventos, en casas polacas, en bases partisanas, en territorio soviético, en campos de exterminio, dentro de armarios y en los bosques. <sup>29</sup> Años más tarde varios de los que habían «reclamado» a los niños cuestionaron sus acciones: ¿fue correcto desarraigar a esos niños, ya traumatizados de por sí, que solo anhelaban estabilidad y querían ser parte de una familia, y no parte de un pueblo? Pero, según Chasia, en ese momento temieron por la seguridad de los niños y de sus protectores en Polonia, y les pareció moralmente inaceptable permitir que los pocos judíos polacos que quedaban se asimilaran al cristianismo. Chasia emprendió con sus huérfanos un viaje de dos años a Palestina, y estuvo toda su vida en contacto con ellos.)

En 1945 Bela emigró junto con su grupo de chicas a Palestina, donde se casó con el periodista Haim, cambió su apellido por el más israelí Yaari y crio a dos hijos. A pesar de su experiencia en Libertad, nunca se sintió vinculada a los combatientes clandestinos y la Casa de los Combatientes de los Guetos siempre le pareció una sociedad cerrada. Ella guardó para sí su historia, aunque nunca la olvidó.

Un día se puso en contacto con ella Bronka Kilbanski, una de las mensajeras de Białystok que había empezado a trabajar en Yad Vashem. Al volver al gueto, Bronka se había unido sentimentalmente a Mordechai Tenenbaum, el prometido de Tema antes de que la asesinaran, y había escondido los archivos que él había creado; también conservaba la copia de la fotografía incriminatoria de Tema con Bela y Lonka en la fiesta de Navidad de la Gestapo que él le había dado para que la guardara. Ahora se la dio a Bela, quien colocó esa reliquia junto a su cama, y allí estuvo el resto de su vida. <sup>30</sup>

Cuando en 1990 la Casa de los Combatientes de los Guetos le propuso a Bela publicar las memorias que había escrito hacía cuarenta y cinco años, ella inicialmente rehusó, temiendo tener que enfrentarse a sus horribles recuerdos. Pero al final decidió contar su historia por todas las personas inocentes y valientes que no habían sobrevivido. Lo hizo porque Lonka, en su lecho de muerte, se lo había pedido. Lo hizo por sus hijos, que habían construido sus nidos a salvo, por sus nietos y por las generaciones venideras.

El hijo de Bela, Yoel, la describió como una mujer profundamente modesta, que jamás se había visto a sí misma como una heroína, y nunca había pedido reparaciones ni reconocimiento; <sup>31</sup> en la década de 1990 recibió una condecoración de una organización partisana, pero solo porque Yoel la había solicitado en su nombre. De todos modos, Bela estaba llena de remordimientos por no haber salvado a su familia. Al igual que muchos combatientes, para los que era primordial ser un *mensch* y ayudar a los menos afortunados, Bela dedicó su vida a ayudar a los pobres y enfermos, ofreciéndose a trabajar con personas ciegas y en hospitales. (Anna Heilman se convirtió en trabajadora social en la Children's Aid Society en Canadá, donde presionó al Gobierno en relación con la crisis humanitaria en Darfur.) <sup>32</sup> Mientras que el marido de Bela era un intelectual, ella era práctica y sociable, y tenía muchísimas amigas. «Cada vez que se subía a un autobús —bromeó su hijo—, se bajaba de él con un nuevo número de teléfono.» <sup>33</sup> Más adelante en la vida, ella prefirió ir a una residencia de ancianos y vivir sola. A los ochenta años se volvió una apasionada de la poesía y el teatro. Era una mujer optimista, llena de esperanza y siempre con recursos.

Tras su muerte, Yoel, que era neurobiólogo, encontró su fotografía de Auschwitz, la que le tomaron ese primer día horrible de lluvia. En ella se la ve sonriente y guapa, atrevida y fuerte. Al igual que muchos hijos de supervivientes, su conocimiento de la historia de su madre era fragmentado, y se sorprendió a sí mismo aferrándose a recuerdos confusos, a emotivas anécdotas desarticuladas en lugar de a una historia completa. <sup>34</sup> Se obsesionó con la historia de su madre, atormentado por detalles que nunca había querido preguntar, y se ha dedicado varios años a investigar y escribir sobre ella, transmitiendo su noble legado.



Días después de la liberación, en las afueras de Vilna, Ruzka vio a una madre que llevaba en brazos a un niño pequeño y delgado. El niño lloraba y murmuraba algo a su madre... en yidis. Ruzka, que nunca había llorado en el gueto ni en el bosque, de pronto se echó a llorar. Había estado convencida de que nunca más volvería a oír la voz de un niño judío. <sup>35</sup>

Vitka y Ruzka estuvieron juntas toda la guerra, y siguieron estándolo toda su vida salvo durante una breve separación. Inmediatamente después de la liberación, Abba envió a Vitka a Grodno para estudiar la situación de los refugiados judíos, localizar a sionistas y presentar un informe. Ella tuvo que saltar de un tren, temiendo las patrullas reforzadas. Solo las personas que salían de los campos de concentración podían cruzar la frontera libremente, por lo que muchos supervivientes que llegaban de otros lugares se tatuaron un número.

A Ruzka la enviaron a Kovno, Lituania, y finalmente a Bucarest, Rumanía, en calidad de «embajadora» de los partisanos, para que se reuniera con funcionarios del Yishuv y los convenciera para que se llevaran a todos los supervivientes. Tenía la presencia y la personalidad adecuadas para la tarea, Kovner lo sabía: la gente la creería. El viaje fue duro. Durante la posguerra esa zona estaba desgarrada y se encontraba llena de peligros, pero la libertad de caminar por las calles sin que le pegaran un tiro en el acto era desconcertante. El testimonio de Ruzka —la historia de una combatiente y no una tragedia— resultó tan convincente para los emisarios del Yishuv que el líder le ordenó que fuera directamente a Palestina y lo compartiera.

Ella viajó con papeles falsos como esposa de alguien. Durante la travesía en barco se sintió sola y totalmente desorientada. La *aliyá* había sido su sueño, pero ahora se sentía desconectada. Desembarcó en Atlit, el campamento para inmigrantes judíos ilegales, y se quedó consternada al ver las terribles condiciones. Nadie fue a recogerla; se sintió olvidada y abandonada hasta que se difundió su historia. De pronto empezaron a visitarla una sucesión de dirigentes con sus esposas; ella se sintió como una «curiosidad expuesta en un museo». Al final, uno de los dirigentes le consiguió un certificado médico falsificado que afirmaba que tenía

tuberculosis y la pusieron en libertad. La mandaron en una gira de conferencias para que contara su historia y conmovió a todos con su estilo y su relato: los horrores, pero a través de los ojos de una combatiente. Muchos recuerdan que ella fue «la primera mensajera».

Nada de todo eso fue fácil para Ruzka. Tuvo la impresión de que muchos de los dirigentes del Yishuv no la entendían, pero estaban obsesionados con la novedad. David Ben-Gurión, entonces un destacado sionista laborista que pronto se convertiría en el primer ministro de Israel, subió en una ocasión al escenario después de un testimonio emotivo de Ruzka y despreció su uso del yidis por ser un «idioma desagradable». <sup>36</sup> Ruzka se unió a un kibutz y empezó a escribir sus memorias, pero se sentía desesperadamente sola y escribió cartas suplicantes a Vitka, que seguía «en la guerra».

Vitka estaba furiosa con su partida; una parte de su vida había terminado. No sabía cómo responder las cartas, así que no lo hizo. Ella y Abba se convirtieron oficialmente en pareja en Vilna. Pero los rusos lo perseguían a él por ser sionista y tuvo que marcharse. Un día Vitka decidió que era hora de reunirse con él y tomó un vuelo a Lublin, que describió como una «ciudad de borrachos y asesinos». <sup>37</sup> Allí se alojaron en un piso, donde hablaron, compartieron, lloraron y rieron todo el día y toda la noche. Fundaron Berihah, y ella trabajó en la red de rutas clandestinas acompañando a judíos a pie hasta la frontera.

Sin embargo, Abba seguía empeñado en vengarse. Vitka y él reunieron a combatientes judíos y se convirtieron en los cabecillas de una nueva brigada de Vengadores. Con base en Italia, y obsesionados con la retribución y la destrucción, desplegaron a combatientes por toda Europa y cerca de los campos donde estaban deteniendo a nazis. Zelda Treger, después de ser enviada a buscar supervivientes y sacar a judíos clandestinamente del país, fue reclutada para trabajar en esa misión de venganza, transfiriendo fondos, ayudando a los activistas y buscándoles casas seguras. Abba viajó a Palestina para obtener veneno con que llevar a cabo su plan, mientras que Vitka visitaba las brigadas, preocupada por la estabilidad mental de sus hombres. A Abba lo capturaron cuando regresaba y lo encarcelaron en El Cairo. Envío el veneno a Vitka, quien, con papeles



falsos y tras numerosas detenciones, logró llegar a París. En una nota Abba le pedía que llevara a cabo el plan B. Ella así lo hizo, como «jefa ejecutiva de la venganza». <sup>38</sup> Envenenaron con éxito el pan destinado a un campo situado cerca de Núremberg donde los estadounidenses tenían prisioneros a exnazis, con lo que miles de alemanes cayeron enfermos. Abba decidió que los Vengadores debían continuar su lucha en Palestina. Eso causó muchos conflictos, y algunos regresaron a Europa en misiones de venganza, pero al final Ruzka convenció a muchos de ellos para que se quedaran en Palestina y defendieran el territorio.

Vitka llegó a Palestina en 1946 a bordo del último barco al que los británicos permitieron atracar; poco después, se estableció en el kibutz Ein HaHoresh, en una casa situada a veinte metros de la de Ruzka. A pesar de la breve separación durante la posguerra, Ruzka y Vitka pasaron la mayor parte de su vida adulta unidas, y sus hijos crecieron juntos. Ruzka, que estaba casada con un austriaco que había hecho la *aliyá* antes de la guerra, fue la primera en enterarse de que Vitka estaba embarazada. Todas habían dejado de menstruar en el bosque y supusieron que eran estériles. La fertilidad las tomó por sorpresa.

También llegaron a Palestina Zelda y su marido, Sanka, un combatiente del bosque. Pero ellos no se establecieron en el kibutz, sino en Netanya y luego en Tel Aviv. Zelda tuvo dos hijos, a los que se empeñó en contar historias del Holocausto a pesar del deseo de Sanka de distanciarlos de todo ello. <sup>39</sup> Zelda reanudó su carrera de antes de la guerra y trabajó como maestra de párvulos. También abrió una tienda de *delicatessen* en el centro de Tel Aviv. <sup>40</sup> De combatir a los nazis a hacer sándwiches: no era una trayectoria tan insólita para esos supervivientes.

Ruzka y Vitka, en cambio, trabajaron en el kibutz, y empezaron haciéndolo en los campos, que era una actividad social sumamente catártica. Ruzka más tarde pasó a ser educadora y secretaria del kibutz. Con el tiempo desarrollaron otras carreras. A Ruzka no le permitieron estudiar, ya que la prioridad del kibutz era «reeducar» a todos los supervivientes. Pero con el tiempo Abba y ella fundaron Moreshet, un centro de La Joven Guardia dedicado al estudio del Holocausto y la Resistencia que pretendía desmarcarse de la Casa de los Combatientes de los Guetos de Libertad en su

afán por contemplar la guerra desde diferentes perspectivas. Entre ellas, una que prestara especial atención a las mujeres, así como a la compleja y dinámica vida judía en Polonia antes de 1939. <sup>41</sup> Lo dirigió Ruzka, una editora, escritora, historiadora y activista que se compenetraba, alentaba e impartía clases. Estuvo enferma durante años, pero ocultó sus síntomas incluso a su familia. En 1988, menos de un año después de la muerte de Abba, Ruzka murió de cáncer. Uno de sus tres hijos, Yonat, que era profesor de secundaria, se puso a trabajar en Moreshet, haciéndose cargo de «la empresa familiar».

Vitka proporcionó un trasfondo tranquilo a la vida pública de su marido y encauzó sus pasiones hacia otras direcciones. A diferencia de Abba y Ruzka, ella nunca habló de su pasado, <sup>42</sup> y menos aún de los primeros años de su vida en Polonia. Cuando su primer hijo tenía tres años, contrajo tuberculosis. Su médico le dijo que le quedaban cuatro meses de vida; ella le respondió: «Voy a vivir». <sup>43</sup> Y lo hizo. La tuvieron aislada, sin poder ver a su hijo de cerca durante casi dos años. A lo largo de la convalecencia se matriculó en cursos por correspondencia de historia, inglés y francés. Aunque le desaconsejaron que tuviera más hijos, varios años después dio a luz a una niña. Eso también estuvo plagado de dificultades: se vio obligada a mantenerse a distancia de su bebé y no pudo amamantarla por temor a contagiarla.

Vitka no se adaptó a la vida de las mujeres del kibutz, dedicada a la cocina y la costura; pero colaboró en la educación de los niños. A los cuarenta y cinco años, <sup>44</sup> fue a la universidad y se formó como psicóloga clínica, y obtuvo una licenciatura, así como varios títulos superiores. Era discípula del doctor George Stern, <sup>45</sup> un médico apasionado y original que se especializó en el uso del instinto —el punto fuerte de Vitka— para trabajar con niños. Ella concibió un método mediante el cual los niños perturbados podían expresarse a través del color, y navegar por su mente prelingüística tal como ella lo había hecho en el bosque, sin un mapa. Tenía una consulta muy concurrida, y formó a muchos terapeutas interesados en su técnica. Se retiró a los ochenta y cinco años.



Su hija, Shlomit, con quien tenía una relación compleja, <sup>46</sup> escribió poemas sobre ella para un libro que Moreshet publicaría después de su muerte. Su hijo, Michael, un artista en Jerusalén, ha creado novelas gráficas y textos sobre la vida de sus padres. Cuando se le preguntó sobre la personalidad de su madre, su respuesta inmediata fue «Tenía un temperamento *goyish* . A pesar de su aspecto tan judío, tenía una personalidad poco judía en el sentido de que era alguien que iba hacia el peligro». Según él, a Vitka le atraía intimidar a la gente, ya fuera Abba o Stern; ella gravitaba hacia el fuego y se atrevía a tocarlo, en sentido figurado y literal. «Le traían sin cuidado las reglas. Era realmente una *jutzpah* [una descarada].» <sup>47</sup>



Vladka Meed llegó a Estados Unidos a bordo del segundo barco que llevaba supervivientes, <sup>48</sup> y se estableció en Nueva York con su marido, Benjamin, el hombre que la había ayudado a hacer compartimentos ocultos en sus maletas. Poco después de que desembarcara, el Comité Laborista Judío, que había enviado fondos a Varsovia, la mandó a dar conferencias sobre sus experiencias. Tanto Vladka como Ben se involucraron intensamente en la fundación de organizaciones, monumentos y museos en memoria de los supervivientes del Holocausto, entre ellos el Museo Estadounidense Conmemorativo del Holocausto en Washington, D. C. Vladka era formalmente reconocida como una de las líderes del país en aquella área. Organizó exposiciones sobre el levantamiento del gueto de Varsovia, e inició y dirigió seminarios internacionales para debatir sobre la pedagogía del Holocausto. Por otra parte, siguió conectada con sus raíces bundistas y fue nombrada vicepresidenta del Comité Laborista Judío, para el que hacía de comentarista semanal sobre la lengua yidis en la WEVD, la emisora yidis de Nueva York. Tanto su hija como su hijo se hicieron médicos. Al jubilarse se fue a vivir a Arizona, donde murió en 2012, a las pocas semanas de cumplir noventa y un años.



Renia siempre fue menuda y delgada, físicamente débil. Sin embargo, nunca dejó de ser una fuerza. «Cuando entraba en una habitación —explicó su hijo—, era como una explosión de fuego.» <sup>49</sup> Su propia familia no acertaba a comprender su actitud alegre y su perspectiva optimista. «¿Cómo podía alguien haber pasado por todo lo que ella pasó y ser tan feliz? —se preguntaba su nieta mayor, Merav—. Normalmente son los pesimistas los que sobreviven, pero en su caso no.» <sup>50</sup> Y recordó lo mucho que su *savta* amaba el mar, y pasear por la playa y deambular por la ciudad. A los setenta y cuatro años, Renia incluso viajó a Alaska. <sup>51</sup>

Su marido, Akiva, murió en 1995, y hasta casi los noventa años Renia tuvo continuamente nuevos pretendientes. Nunca perdió su aspecto acicalado y pulcro, pero se hizo evidente que necesitaba más ayuda en el día a día. Así que convenció a sus amigos para que se mudaran a una residencia de ancianos, que la probaran y lo organizaran todo, y cuando su mundo social estuvo establecido, ella se unió a ellos. Continuaba siendo divertida, aguda y el centro de atención, y cautivaba a la gente con su apariencia y energía. A los ochenta y siete años, salía con frecuencia de la residencia asistida y no regresaba hasta la medianoche. A sus hijos les entraba el pánico todos los días.

—¿Qué estoy haciendo aquí con todos estos ancianos? —les preguntaba ella exasperada y melodramática como siempre.

—Mamá, tienen la misma edad que tú.

Pero ellos eran viejos de cuerpo y alma, mientras que ella todavía estaba llena de picardía y vitalidad.

Muchas de las combatientes eran resueltas, intuitivas, centradas y optimistas; las que sobrevivieron gozaron en su mayoría de energía y longevidad. Hela Schüpper, que también se estableció en Israel, murió a los noventa y seis años dejando tres hijos y diez nietos. Vladka murió a los noventa, Chasia a los noventa y uno, y Vitka a los noventa y dos. <sup>52</sup> En el momento en que se escriben estas líneas, Fania Fainer, Faye Schulman y varias partisanas de Vilna seguían con vida, y todas tenían entre noventa y cinco y noventa y nueve años. <sup>53</sup>

Renia siempre rechazó los avances de sus pretendientes. En sus veinte años de viudedad no tuvo ningún novio. Su entrega a su marido fue un modelo de lealtad para sus hijos y nietos. «La familia es lo más importante —no se cansaba de repetirles, una lección que sin duda había aprendido de sus dolorosas pérdidas—. Estad siempre unidos.» <sup>54</sup>

Los nietos (y bisnietos) de Renia eran sus mayores tesoros, pero sus nacimientos también le recordaban todo lo que había desaparecido. Organizaba cenas los viernes por la noche y los días festivos llena de entusiasmo, y asistía a sus bodas vestida con trajes brillantes y una sonrisa descomunal. <sup>55</sup> Pero también les contaba sus historias: historias de la guerra, de cómo sus hermanos habían sido asesinados, transmitiendo como pudo todo su legado. Muchos supervivientes crearon vínculos más relajados con sus nietos, que ya no cumplían la función de «familia sustituta» y con quienes tenían dinámicas menos tensas. Con ellos se mostraban menos protectores que con sus hijos, y el temor que ellos mismos tenían a la intimidad —consecuencia de haber perdido a parientes cercanos— había disminuido a lo largo de las décadas. Puede que Renia nunca llevara a sus hijos a la Casa de los Combatientes de los Guetos el Día de la Conmemoración del Holocausto, pero se encargó de llevar a sus nietos, reconociendo lo importante que era proyectar su historia hacia el futuro. Al igual que muchos niños de tercera generación, <sup>56</sup> sus nietos —que habían estudiado el Holocausto en la escuela y también tenían una respuesta intelectual ante él— le hicieron muchas preguntas, que ella contestó con mucho gusto. Eso también la animó a hablar con Leah de su pasado. Puede que la adolescencia de Renia estuviera escondida, pero nunca desapareció.

El lunes 4 de agosto de 2014, casi noventa años después de nacer en esa víspera del *Sabbat* en Jędrzejów, Renia falleció. La enterraron en el cementerio Neve David de Haifa entre exuberantes árboles y plantas, junto al mar y al lado de Akiva, exactamente donde ella quería estar. Había sobrevivido a la mayoría de sus amigos, pero a su funeral acudieron setenta amorosos ancianos de su residencia y del centro médico donde había trabajado, así como muchos de los viejos amigos de sus hijos a quienes había causado una impresión duradera. Pero, sobre todo, estuvo presente la fuerte unidad familiar que ella había creado de la nada, las nuevas ramas de

un árbol decapitado. En el panegírico que leyó su nieto Liran, recordó su conversación chispeante y, en particular, su sentido del humor. Y, haciendo un gesto a las generaciones de descendientes, añadió: «Siempre luchaste como una verdadera heroína».

## EPÍLOGO: EL JUDÍO DESAPARECIDO

Primavera de 2018. Más de una década después de que me encontrara *Freuen in di Ghetto*s en la sala poco iluminada de la Biblioteca Británica, tomé un avión a Israel. Esas mujeres habían vivido en mi cabeza durante años, y me disponía a reunirme con sus hijos para tomar un café. Hurgaría en sus cajas de fotos y cartas. Averiguaría qué había sido de ellas, dónde habían vivido la siguiente fase de su vida, cómo habían muerto. Masqué dos chicles a la vez, tambaleándome de ansiedad. Me daban miedo los aviones en general, y estaba nerviosa por ir a Israel, donde no había estado en diez años, y nunca sola. Esa semana fue particularmente desagradable, incluso para los criterios israelíes: los bombardeos de Siria, las protestas del día de la Nakba en Gaza, el conflicto con Irán, el traslado de la embajada estadounidense a Jerusalén y una ola de calor. Iba derecha al fuego.

No se habían escrito muchos libros sobre esas combatientes, pero me llevé al avión lo que pude encontrar, y estudié para mis entrevistas como para un examen. Tomé conciencia de que mi proyecto ya no trataba de personajes abstractos. Iba a conocer a los hijos de las camaradas, a personas que esas mujeres habían dado a luz y criado. Entonces me preocupé de nuevo por mis hijos pequeños, a quienes estaba dejando en Nueva York diez días; nunca había estado a tanta distancia ni tanto tiempo separada de ellos.

Me había sorprendido el silenciamiento que había sufrido la historia de las mujeres judías en la Resistencia, pero la verdad era que yo también había guardado silencio. Me llevaría doce años enteros acabar este libro, todo un periodo que iba del nacimiento al *bat mitzvah*. En parte se debía a la dificultad del proyecto. Mi yidis estaba oxidado, por no decir más, y fue complicado traducir la prosa de los años cuarenta de *Freuen in di Ghetto*s, plagada de palabras germánicas (que diferían del dialecto polaco que yo había escuchado en casa y del canadiense que había estudiado en la escuela). *Freuen in di Ghetto*s era un álbum de escritos de y sobre una serie de personajes con nombres difíciles de pronunciar. No había comentarios,

notas al pie de página ni explicaciones; no había contexto, algo que constituía todo un reto para un lector en los tiempos anteriores a los móviles.

Pero la otra razón del largo retraso fue de carácter emocional. Aunque podía sobrellevar unas horas sueltas de traducción, no estaba preparada ni dispuesta a sumergirme en el Holocausto día y noche durante meses y años, que era el compromiso que requería finalizar un libro. Cuando encontré *Freuen en di Ghetto's*, tenía treinta años y estaba soltera, desesperada por obtener un reconocimiento en mi carrera y llena de inquietudes. Incluso entonces, fui consciente de lo difícil que sería este proyecto desde un punto de vista emocional, intelectual, ético y político. La idea de pasar mis días sumergida en 1943 me pareció que me alejaría del mundo actual, de estar presente en mi propia vida.

Algo de eso seguramente tenía que ver con los orígenes de mi familia. Mi *bobeh* huyó, estuvo presa en gulags siberianos y salió con vida, pero nunca sobrevivió del todo a la supervivencia. Ella no se quedó callada, sino que todas las tardes aullaba de dolor por la muerte de sus hermanas, la más pequeña de apenas once años. Insultaba en voz alta a nuestro vecino alemán (y a los empleados de la tienda de frutas que creía que la engañaban), se negaba a subir a ascensores por ser espacios cerrados y acabó recibiendo tratamiento médico por paranoia. Mi madre, que había nacido en 1945 en plena ruta cuando mi abuela «asiática» regresaba a Polonia —fue una refugiada antes de saber qué era un hogar—, también sufrió de ansiedad aguda. Tanto mi madre como mi abuela eran acaparadoras, y llenaban el vacío de su interior con vestidos de rastrillo, montones de periódicos y viejos pasteles daneses. Sin duda los miembros de mi familia se querían, pero era un amor demasiado intenso, demasiado profundo a veces. Las emociones eran explosivas. Mi vida en casa era tensa y frágil; el ambiente cargado solo se aligeraba con las carcajadas que soltábamos viendo las actuaciones cómicas de *Apartamento para tres* y *Sí, ministro*.

De modo que pasé gran parte de los primeros años de mi vida tratando de construir muros, limpiar, escapar. Hui a diferentes países y continentes, haciendo carrera en campos que estuvieran lo más alejados posible del

Holocausto. La comedia, la teoría del arte. La palabra *curator* (comisaria de exposiciones) no podía sonar menos yidis a mis oídos y quería integrarla en mi vida.

Solo al cumplir cuarenta años, con una hipoteca, unas memorias (sobre este mismo tema de la transmisión generacional del trauma en mi familia) y una maternidad a las espaldas (ya cargadas por el aumento de peso de la mediana edad), me sentí lo suficientemente estable para hacer semejante inmersión. Pero eso significaba que tenía que abordar el Holocausto desde una nueva perspectiva. Yo ya no era coetánea de las combatientes. Tenía la edad de las personas contra las que ellas se habían rebelado: personas que no habrían sido enviadas a la izquierda, a trabajar, sino a la derecha, a la muerte. Yo era más fuerte, pero como madre de mediana edad también era mucho más mortal, y era muy consciente de lo imposible que es juzgar las reacciones ante el terror, y de que «huir» también era una forma de resistencia. Tuve que llenar mi vida no solo de los relatos atroces de los horrores del Holocausto, sino también de la tortura que supuso para ellos como padres verse incapaces de proteger a sus hijos hambrientos; de historias de niñas de siete años, como mi hija, cuyos familiares habían muerto acribillados a tiros delante de sus ojos, dejándolas solas deambulando por los bosques y comiendo bayas silvestres y hierba. No fue fácil leer sobre cómo arrancaban a niños pequeños de los brazos de sus madres mientras trabajaba en una cafetería al otro lado de la calle de la guardería de la sinagoga a la que iba mi hija pequeña, sobre todo cuando empezaron a aumentar las medidas de seguridad a raíz de los ataques de supremacistas blancos armados contra las sinagogas estadounidenses. Cada día tenía que abrirme yo sola a esos testimonios crudos y todavía tan dolorosos setenta y cinco años después. Y ahora me disponía a cruzar medio mundo, dejando a mis hijas, para acercarme aún más a ellos.

Afortunadamente, el suave aterrizaje en el Aeropuerto Internacional Ben-Gurión de Tel Aviv —sí, el mismo Ben-Gurión que había reprendido a Ruzka por hablar en la desagradable lengua yidis— me sacó de mis pensamientos tristes y me introdujo en Israel, tan lleno de conflictos y de vida. Al instante, los cambios paisajísticos y políticos me impresionaron: los edificios en construcción, los carteles, los hoteles *boutique*. Di un paseo

largo por la salada costa de Jaffa para aliviar el desfase horario (sin conseguirlo) y prepararme para estar en pie a las seis de la mañana siguiente, cuando debía empezar a trabajar.

La reunión que más me emocionaba e inquietaba era la que había logrado concertar con el hijo y quizá la hija de Renia. Después de leer en *Freuen in di Ghetts* su nombre, «Renia K.», y que vivía en el kibutz de Dafna (en 1946), consulté los archivos por internet y localicé a una tal Renia Kokelka cuyos datos coincidían con los del libro. Localicé su expediente de inmigración en los Archivos Estatales de Israel ¡con fotos! Encontré sus memorias publicadas en hebreo. También descubrí un informe genealógico que mencionaba a un hijo y remitía a una carta de pésame escrita tras su muerte; era de la compañía de autobuses Egged e iba dirigida a un tal Yakov Harel. ¿Podría ser su hijo? ¿Harel era un apellido o un nombre de pila?

Tras probar varios «Yakov Harel» en Facebook (con bigotes hípster, no parecían tener la edad adecuada), me las arreglé a través de mi maravilloso mediador israelí para ponerme en contacto con la compañía de autobuses. ¡Era realmente él! Accedió a recibirme en su casa de Haifa. Parecía que incluso tenía una hermana y que ella podía estar interesada en estar presente. Me preparé para conocer a los hijos de esa escritora a la que durante años me había sentido íntimamente conectada, por no decir la persona que iba a llevar todo el peso de mi relato.

Pero antes incluso de mi reunión con la familia de Reni a, tenía muchas otras. Recorrí el país de norte a sur, yendo de cafés elegantes y exclusivos de las afueras a salones Bauhaus de Tel Aviv. De un restaurante en una esquina de la calle Haviva Reich de Jerusalén a la Biblioteca Nacional de Israel, donde los libros de obituarios y los ensayos literarios de la década de 1940 que habían sido las fuentes de *Freuen in di Ghetts* estaban disponibles en salas donde se podía conversar. (El ambiente no es el mismo que en la Biblioteca Británica.) De la elegante Casa de los Combatientes de los Guetos, abierta y revestida de madera, a los extensos archivos del Yad Vashem (cuya entrada estaba obstruida por las ametralladoras amontonadas de soldados que habían salido a comer). Del sótano de Moreshet, donde abrieron e iluminaron especialmente para mí



una galería con una gran exposición sobre mujeres de la Resistencia y de la judería polaca de preguerra, al sótano del Museo Yad Mordechai, diseñado en un estilo internacional por el arquitecto de renombre Arie Sharon. Me reuní con académicos, conservadores de museos y archivistas, y con los hijos y los nietos de Ruzka, Vitka, Chajka, Bela, Chasia y Zivia.

Yo ya había visitado los museos y archivos sobre el Holocausto en Estados Unidos, y había entrevistado a muchos hijos de yidistas y bundistas partisanos en Nueva York, California y Canadá. Pero las familias israelíes parecían diferentes. El idioma, las costumbres, el protocolo..., el mundo al que ellos pertenecían era más político, más tenso, con fuertes sentimientos y altos riesgos. A menudo me reunía con el «portavoz» del Holocausto de la familia, el pariente que, ya fuera profesionalmente o por afición, se dedicaba con entusiasmo al tema. Fui interrogada por uno que temía que mi interés fuera superficial; a otro le preocupó que robara el trabajo que su grupo había compilado, y otro se mostró reacio a revelarme información a menos que accediera a escribir una película con él. Otro me habló de batallas legales a propósito de la descripción de un familiar en unas publicaciones académicas. Cada fuente —todas sionistas laboristas— insistía en su especialidad y en los motivos por los que su perspectiva del Holocausto tenía más sentido que las demás.

De todas las reuniones de esa semana, la de los hijos de Renia fue la que me puso más nerviosa, y apenas pude probar mi *schnitzel*. Mi proyecto dependía de esa mujer por la que me sentía tan atraída y con quien tenía un vínculo literario. ¿Y si no le caía bien a su familia y esta se negaba a contarme nada, se mostraba fría o desagradable, o tenía sus propios proyectos?

Pero en cuanto entré en la casa de su hijo, un bloque de apartamentos sobre una colina con agradables vistas a Haifa, encontré exactamente lo contrario. Eran personas amables y acogedoras que no estaban en el «negocio del superviviente profesional», y agradecieron que compartiera con ellas lo que sabía de Renia. Yo me senté en el sofá, y la hija de Renia, Leah, lo hizo en un sillón, el sillón de Renia, según me dijo, que nadie pensaba tirar. La cara de las fotografías de mi heroína que había desenterrado de los archivos me miraba en diferentes encarnaciones: el

mentón pronunciado, la mirada profunda. La genética me dejó impresionada. Era como ver a un amigo de la infancia en sus propios hijos. Todos estábamos asombrados de habernos encontrado.

Y luego me asombró lo que me dijeron. Sí, por supuesto que Renia era graciosa, ocurrente, sarcástica y melodramática.

Pero también fue una loca de la moda que viajó por el mundo. Una bola de fuego y risa. Un torbellino social. Una fuerza llena de alegría.

Al oírlos hablar de su madre, a quien a todas luces adoraban y cuya muerte lloraban profundamente, me di cuenta de que a lo largo de toda mi investigación no había estado buscando en realidad un alma gemela. Me quedé mirando las colinas y los valles, la puesta de sol dorada sobre Haifa, y supe que Renia no era la colega escritora que estaba en la misma sintonía que yo, sino lo contrario. Mi heroína era el ascendiente familiar que yo había anhelado: la «pariente feliz» que había sobrevivido, prosperado y celebrado la vida.



Un mes más tarde, tras un viaje de investigación a Londres, tomé un avión a Varsovia. O eso pensaba. No me había fijado en que el vuelo de la compañía *low-cost* que había escogido iba a dejarme en un antiguo aeródromo militar a una hora al norte de la ciudad. En mitad de la noche y sola. Bienvenida de nuevo a Polonia.

Había viajado por primera vez a Polonia poco después de descubrir *Freuen en di Ghetto* s, hacia el año 2007. Acompañada por el que entonces era mi prometido, mi hermano y una amiga, emprendí un viaje otoñal en busca de mis «raíces» en el que recorrí el país en una semana, visitando los cuatro *shtetls* en los que había crecido cada uno de mis abuelos, así como lugares históricos judíos en varias poblaciones más grandes. Por entonces tenía una selección de guías turísticos que estaban ansiosos por enseñármelo todo y contarme sus versiones. Un día me sonó el teléfono a medianoche: era el teniente de alcalde de Łódź, que se había enterado de que estaba en la ciudad. ¿Podíamos quedar para tomar un café al día siguiente? ¿Quería una visita guiada? Estaban surgiendo nuevas organizaciones judías para proteger los cementerios y organizar almuerzos

*kosher*. En Cracovia estaban a punto de abrir un Centro Comunitario Judío. Conocí a personas de veinte y treinta y tantos años que se habían enterado hacía poco de que eran judías; sus abuelos lo habían mantenido oculto durante los años bajo el dominio soviético. Uno de mis guías, que era justo de mi edad, tenía un abuelo de la misma ciudad que el mío, y había crecido al otro lado de la calle del campo de concentración de Majdanek. Estaba obsesionado con la guerra y hablamos toda la noche. Yo había acudido a Polonia en busca de mis raíces perdidas y me encontré una Polonia que buscaba a su judío desaparecido.

Por otro lado, había cenado en un restaurante de «temática judía» en Cracovia en el que los músicos tocaban *El violinista en el tejado*, los camareros servían *hamantaschen* de postre, y los comensales que aplaudían eran turistas alemanes que llegaban en autobuses. Conocí a parientes lejanos míos que se habían quedado en Polonia después de la guerra debido a sus creencias comunistas, y que soportaron el Gobierno soviético y los ataques antisemitas. Uno de ellos me contó que, cuando era niño, sus padres lo cogieron de la mano, y los tres huyeron del gueto y se adentraron en el bosque; sobrevivió a la guerra en un campo de partisanos. Estaba indignado con la cultura «nueva judía» de Polonia, furioso con los almuerzos *kosher* que, en su opinión, no abordaban las necesidades que la comunidad judía llevaba tanto tiempo sufriendo, y convencido de que solo era una manera de que los polacos explotaran las donaciones estadounidenses.

Yo no sabía qué pensar de esas dos posturas contradictorias. Es cierto que me sentía escéptica acerca del desarrollo de una conciencia judía y del filosemitismo en un país empapado de sangre judía.

Mientras regresaba sola a Polonia en el verano de 2018 con la intención de reunir datos para escribir este libro sobre mujeres combatientes, seguía sin saber qué pensar. Pero lo que había experimentado una década antes ya no existía. Por un lado, Varsovia se había convertido en una megápolis urbana; me alojé en el cuadragésimo primer piso de un hotel con vistas a un paisaje urbano futurista donde en otro tiempo se encontraba el gueto y donde, antes del gueto, habían vivido todos mis abuelos. El hotel estaba lleno de turistas israelíes; por lo visto, Varsovia es un destino popular para hacer compras, y como los jóvenes israelíes están excluidos de su

propio mercado inmobiliario, han empezado a invertir en el viejo país. Caminé por las calles de la ciudad, por delante de monumentos dedicados a personas como Frumka Płotnicka, y de las bocas de las alcantarillas de la historia de Zivia, hasta llegar a POLIN, el nuevo e impresionante Museo de Historia de los Judíos Polacos, con exposiciones sobre el Holocausto, pero también sobre los mil años de próspera vida judía que lo precedieron y de las décadas posteriores.

Cracovia, en esta ocasión, estaba llena de autobuses turísticos, heladerías y advertencias contra los carteristas; yo no paraba de confundirla con Venecia, aunque su cultura de cafés parecía más moderna. Los guías turísticos ya no eran tan fáciles de conseguir, a la mayoría había que contratarlos con meses de antelación. El Centro Comunitario Judío de Cracovia, ya consolidado, había abierto una escuela infantil para los niños judíos. (El director, el estadounidense Jonathan Ornstein, se refirió a los antiguos restaurantes de temática judía de Cracovia como «Parque Judeorásico».) <sup>1</sup> En numerosas ciudades había organizaciones hebreas que atendían a la población mayor y a los jóvenes «nuevos judíos».

Asistí al vigésimo octavo Festival Anual de Cultura Judía en Cracovia, cuyo fundador y comisario no era judío. Se celebraba en la elegante y artística Kazimierz, la antigua judería, con siete sinagogas todavía en pie que datan de fechas tan tempranas como 1407. El festival atraía a judíos y no judíos de todo el mundo. Junto con la música y el arte *klezmer*, el festival ofrecía conferencias, visitas guiadas y seminarios que sondeaban las relaciones polaco-judías contemporáneas, y se preguntaban por qué Polonia necesita, quiere y echa de menos a sus judíos.

Almorcé con un grupo de literatos polacos de mi edad que me sorprendieron con su gran interés por mi trabajo; cuando se enteraron de que mis cuatro abuelos eran de Polonia, se burlaron de mí por ser más polaca que cualquiera de ellos. Una vez me detuve en un paso de peatones y miré a las personas a mi alrededor: era igual que ellas. En la entrada de una visita guiada me hicieron descuento porque se creyeron que era de allí. Desde mis tiempos en Londres, creía que tenía un aspecto claramente judío, pero allí era difícil saberlo... tal vez porque hay muy pocos judíos en Polonia.

Por un lado, me sentía extrañamente como en casa. Por el otro, el Gobierno acababa de aprobar una ley que prohibía culpar a Polonia de cualquier crimen cometido en el Holocausto; hacerlo podía comportar la cárcel. Después de las décadas de represión soviética, y de la conquista nazi que la precedió, los polacos pasaban por una nueva fase nacionalista. Su misma condición de víctima en la Segunda Guerra Mundial era importante. El movimiento de la resistencia polaca era muy popular, y en los edificios de toda Varsovia había pintadas de su símbolo, el ancla. La gente llevaba camisetas con imitaciones del brazalete de la Resistencia en las mangas. Daba prestigio haber tenido un miembro de la familia en el Ejército Nacional. En Cracovia, una exposición sobre la resistencia judía que llevaba mucho tiempo abierta en el gueto fue reemplazada por otra sobre la historia de la guerra más general. Los polacos querían percibir su heroísmo contra los grandes enemigos.

Y allí estaba yo, escribiendo sobre ese mismo tema. Sentí una conexión y al mismo tiempo un nuevo nivel de desarraigo y miedo. Una vez más, una Polonia de dos extremos, tal como la describían muchas de las mujeres en sus memorias.

Es muy preocupante hacer leyes sobre los relatos históricos que está permitido contar: eso demuestra que el Gobierno está interesado en la propaganda, no en la verdad. Pero también entendí que los polacos se sentían incomprendidos. Varsovia había sido diezmada. El régimen nazi esclavizó, aterrorizó, bombardeó y mató a muchos polacos cristianos: Renia, después de todo, fue encarcelada y torturada como polaca, y no como judía. Parecía injusto que los culparan por el Holocausto, sobre todo cuando el Gobierno polaco no había colaborado con los nazis y había intentado dirigir una facción de la Resistencia, aunque esta no simpatizara mucho con los judíos. Sin duda esta afirmación es injusta para los que arriesgaron su vida para ayudar a los judíos, una cifra que podría ser mayor de la que conocemos. Esos polacos habían guardado silencio bajo el dominio soviético, pero el historiador Gunnar S. Paulsson ha sostenido que, solo en Varsovia, entre setenta mil y noventa mil polacos ayudaron a esconder judíos; una proporción de tres a cuatro polacos por judío escondido. <sup>2</sup> Algunos estudiosos han señalado que los judíos se sintieron

particularmente heridos y traicionados por sus vecinos polacos, por lo que en sus crónicas destacan el comportamiento antijudío de los polacos.<sup>3</sup> Por otra parte, hubo muchos polacos que no hicieron nada, o, peor aún, que se volvieron en contra de los judíos y los entregaron, que los vendieron a la Gestapo por cantidades misérrimas o por un puñado de azúcar, o que chantajearon, especularon y robaron alegremente propiedades; muchos eran antisemitas y cometieron ellos mismos los delitos. He intentado entender el victimismo polaco sin blanquear el antisemitismo, sin caer en el juego de «quién sufrió más».<sup>4</sup>

Inspirada en las memorias de estas combatientes, empecé a ver la importancia de exponer historias con múltiples caras, que no fueran blanco o negro, sino que dolieran en su ambivalencia. La historia debe tener en cuenta las complejidades; todos debemos enfrentarnos a nuestro pasado con honestidad, y encararnos con las formas en que somos a la vez víctimas y agresores. De lo contrario, nadie creerá al narrador, y escribiremos sobre nosotros mismos alejados de cualquier conversación real. Comprender no tiene por qué significar perdonar, pero es un paso necesario para el crecimiento y el dominio de uno mismo.



—¡Cuidado! —le dije a la conductora intentando no parecer grosera (y con un polaco que dejaba bastante que desear), pero parecía que el camión se dirigía directamente hacia nosotros. A toda velocidad.

Al documentarme para escribir este libro, me vi inmersa en un *tour du monde*, en un sinfín de situaciones insólitas, como a menudo les sucede a los escritores: comiendo *burekas* con las hijas de las combatientes de los guetos que me interrogaban a su vez en la cocina de su kibutz en Galilea; asistiendo a actos conmemorativos en la ciudad de Nueva York donde los bundistas se ponían de pie para cantar *La canción del partisano* como si fuera su himno; mirando detenidamente fotografías de los *ziemiankas* del bosque en un café francés de Montreal, con cuidado de no mancharlas con las manos grasientas por la mantequilla del cruasán; bajando en brazos a mi

somnolienta hija de tres años por las escaleras de un hotel de Cracovia a las cinco de la mañana durante una alarma de incendio oyendo resonar de fondo órdenes gritadas en polaco.

Y, en uno de mis últimos días, una peregrinación para buscar el lugar de nacimiento de Renia. Yo estaba mareada en el asiento trasero de un Škoda tronado lleno de humo de cigarrillo y sin ventanas automáticas, ni dirección asistida ni aire acondicionado, todavía calada después de la visita matinal al gueto de Kamionka bajo una tormenta eléctrica, donde caminé entre malas hierbas empapadas hasta detenerme justo delante del búnker de combate de Frumka. Después, comimos un tentempié en un «café judío» de Będzin lleno de objetos de *judaica*, donde servían lo que supuestamente era el postre judío por excelencia, que consistía en queso dulce, cortezas de naranja, sirope y pasas, y del que yo nunca había oído hablar. (El restaurante era un lugar de encuentro popular en el barrio.) También nos detuvimos en una casa de oración privada de antes de la guerra que había sido reformada, con las paredes doradas adornadas con frescos de tribus judías que habían descubierto hacía unos años unos niños mientras jugaban; <sup>5</sup> durante décadas, la sala se había utilizado para almacenar carbón. La conductora se paró bruscamente en mitad de la carretera. En medio de la nada. Ese día llevábamos cinco horas de conducción, y teníamos muchas más por delante para rastrear los lugares de la historia de Renia. La conductora gritaba en polaco por su teléfono móvil; en el asiento del pasajero, mi guía, que era de Lituania, encendió un cigarrillo antes de acabar el último.

Afortunadamente, la furiosa bocina del camión había persuadido a la conductora para que se detuviera. Ella apagó rápidamente el motor, se bajó y empezó a dar vueltas fumando y gritando por el móvil.

—Es un asunto de divorcio —me explicó mi guía volviéndose hacia el asiento trasero—. Su hija está con su ex y ella está muy alterada. Siento el retraso.

Yo también era madre, así que no podía quejarme; además, tanto la conductora como la guía estaban cobrándome la tarifa mínima por una jornada tan intensa; ellas también tenían interés en las historias de Renia y las combatientes, y habían querido participar en esa expedición. Me recosté

en el asiento trasero y me tomé una Coca-Cola Light con la esperanza de que se me pasaran las náuseas, y pensando en los problemas a los que se enfrentaban las mujeres que investigaban a mujeres. Ser madre había afectado mi propio trabajo en innumerables ocasiones. Me ofrecieron una beca de investigación y tuve que rechazarla, pues no podía trasladar a mi familia a otra ciudad solo para unos meses. En lugar de ello hice muchos viajes cortos, y todos fueron hazañas administrativas, organizando los canguros, el transporte para el colegio y pequeños regalos para que mis hijas pudieran marcar cada día que yo no estaba. Mi puerta de la nevera era un mosaico de horarios de recogida, almuerzos para llevar y sesiones fotográficas, todo calculado al minuto. Incluso tuve que llevarme a mis hijas a Polonia varios días (de ahí la anécdota de la alarma de incendio). Otros días caminé tantos kilómetros que la antigua ciática de mis embarazos afloró, y me pasé la noche en la bañera del hotel.

Y, por supuesto, siempre estaba el tema de la seguridad. Las noches que me quedaba hasta tarde investigando en una nueva ciudad, cuando salía a cenar sentía una gran ansiedad, y cada paso siempre era precedido por una mirada a mi alrededor para explorar el peligro. La precaución era un vestigio de mi pasado judío y una realidad de mi presente como mujer. No podía deambular por las calles escuchando música, tenía que ir con los ojos y los oídos bien abiertos. Y allí estaba ahora, en la Polonia rural, en una carretera casi imposible de localizar y llena de camiones, sin que nadie supiera exactamente dónde me encontraba y con una conexión inalámbrica endeble. ¿Qué había hecho? Al menos estaba con mujeres, y me consolé oyendo a una madre que seguía caminando arriba y abajo fumando sin parar. Había contratado por casualidad a una mujer como guía y esta había contratado a su vez a una mujer como conductora.

Tres mujeres trabajadoras en medio de ninguna parte. Pensé en historias de mujeres, historias que también se atascan en medio de ninguna parte, que se pierden. Por fin nuestra conductora colgó, se subió al automóvil y arrancó con una sacudida, y una vez más todos mis papeles volaron hasta posarse en el suelo mojado del Škoda.

—Lo siento —me dijo volviéndose hacia mí—. Me muero de hambre.



Aunque mis frágiles entrañas no estaban del todo preparadas, dejé que se detuviera para disfrutar de una cena temprana en el siguiente restaurante; me habían advertido de que en esas carreteras rurales escaseaban y eran distantes entre sí. En esos parajes no había autopistas, por lo que tardamos cinco horas en hacer doscientos cuarenta kilómetros; no me paré a pensar en cuánto tiempo habían tardado en recorrerlos las mensajeras disfrazadas en 1943. El bar de carretera estaba en un campo abierto espléndido que brillaba en tonos naranjas y dorados bajo el sol de verano. En medio de tanta belleza bucólica, había habido judíos confinados en guetos y una maquinaria bien engrasada para asesinarlos. La embestida nazi había sido omnipresente. No había habido ningún lugar adonde huir.

Esperé dentro a que las otras dos miembros del equipo fumaran y se retocaran los labios con una barra de carmín. Luego, mientras yo picaba de mi plato, un montón de *pierogis* de setas (lo único vegetariano disponible), y ellas comían rápidamente sus guisos de carne de res y sus chuletas de cerdo fritas, les pregunté por la relación que las unía. Esas dos mujeres, más o menos de mi edad, se habían conocido hacía poco. Ambas se autodescribían como feministas, una etiqueta que llevaban con actitud desafiante y orgullo. Habían coincidido en un mitin feminista.

—¿Por qué causa? —les pregunté.

—Por todas.

El Gobierno quería criminalizar el aborto y prohibir la fertilización *in vitro* por los «espermatozoides desperdiciados». La todopoderosa Iglesia regentaba los mejores hoteles de Cracovia, pero, según me dijeron, no pagaba impuestos. A mis dos compañeras les indignaba la misoginia, y estaban furiosas con el trato injusto que estaba dando su Gobierno a las mujeres. Yo, evidentemente, lo entendí.

—Parece que la Polonia sobre la que escribo, de los años treinta y cuarenta, era más feminista que ahora —comenté.

—¡En cierto sentido lo era! —coincidieron golpeando con el puño la mesa de madera.

Finalmente llegamos a la última parada de ese viaje, Jędrzejów, a la dirección que Leah había indicado como el hogar de la niñez de Renia, la casa donde nació ese viernes de 1924, el comienzo de todo. La calle

Klasztorna fue fácil de encontrar, pero el número 16 no parecía existir. Sin embargo, cuando contamos las parcelas, delimitadas por árboles de más de cien años, acabamos en una pequeña estructura de piedra gris con un techo triangular. Varias casas similares rodeaban un patio verde, donde un perro ladraba. Mi guía se adelantó y localizó a una habitante. Yo no entendía el polaco cuando se hablaba tan deprisa, pero comprendí el gesto negativo de la cabeza de la mujer.

—Dice que las direcciones han cambiado —me dijo mi guía—. El número 16 debía de corresponder a una casa de madera que se incendió. Dice que nunca había oído hablar de la familia. Me ha preguntado si eran judíos.

—¿Y qué le has dicho?

—He intentado soslayar la pregunta —me dijo mi mediadora tratando de mediar. Y añadió en un susurro—: Aquí se asustan. Les preocupa que los judíos regresen para recuperar sus propiedades. No me han invitado a pasar.

Hice varias fotografías de la casa por fuera, luego nos subimos de nuevo al Škoda para recorrer la región de Kielce al atardecer, el sol sangrante, los campos fértiles, ese rincón secreto de belleza que todavía existía entre Varsovia y Cracovia. No tenía nada que ver con la Polonia gris de mi imaginación. Las cosas avanzan y retroceden, pero ahí estábamos tres mujeres de orígenes muy diferentes —una polaca, una lituana y una judía—, unidas a través de Renia y las combatientes, todas dispuestas a reivindicar, a luchar, y sintiéndonos fuertes, dueñas de nuestros actos y, por un momento, seguras.

## COLOFÓN

«Confío en poder conocerla lo antes posible —me escribió Michael Katz en un correo electrónico—. Tengo noventa y tres años y sobreviví al Holocausto, escapé de Janowska, viví en Varsovia con papeles falsos, llevé a cabo misiones encubiertas para el Ejército Nacional y estuve en el mismo barco que llevó a Vladka Meed a Estados Unidos.»

Era un encuentro que no podía eludir. Frenética, consulté mi agenda y propuse la fecha más cercana que tenía libre, para la que faltaban cuatro semanas. «¿Le va bien?», le pregunté.

«Como dijo el difunto senador demócrata de Florida Claude Pepper —contestó Michael—, a mi edad, ni siquiera compro plátanos verdes. Pero intentémoslo. —Y añadió—: Quiero contarle mi historia.»

Durante los años que me ha llevado escribir este libro he lidiado continuamente con la culpa; eran tantas las historias que simplemente no podía ponerlas todas. Poco podía imaginar lo que me esperaba. Acabar el libro supuso un nuevo comienzo. Cuando su publicación dio a conocer esta historia me llegaron montones de testimonios de personas de todo el mundo, de todas las edades, orígenes y tendencias políticas. Supe de varios parientes cercanos de las mujeres sobre las que había escrito, cuya existencia desconocía, y de muchos otros con historias personales y preguntas acerca de la resistencia judía. *¿Le suena una combatiente que voló por los aires en un autobús en Varsovia? Era mi prima. ¿Ha oído hablar de una mujer en Białystok que ayudó a los judíos a escapar del gueto? Era mi tía. Mi madre era una combatiente de la resistencia judía en los Países Bajos que nunca quiso hacer notar sus esfuerzos. Mi madre llevaba mensajes entre Hannah Senesh y su madre en la prisión. Mi padre tenía trece años y luchó todo el tiempo. Conocí a Lottie en un avión cuando me iba a la universidad, a finales de la década de 1960, y trabamos amistad. Me comentó que había sido mensajera durante la guerra, pero no sé mucho más que eso...* La directora de teatro Sammi Cannold, prima del agente doble de la ŻOB Israel Kanal, vino a mi piso para buscar en mi

biblioteca personal y escaneó toda la información que pudo encontrar sobre su pariente. «Mi abuela de noventa y cinco años colgó las copias impresas en la pared», me escribió en un correo electrónico, y me recordó que los descendientes de los supervivientes tenemos árboles genealógicos decapitados, y llenamos nuestras galerías de retratos con fotocopias de obituarios, con todo lo que podemos conseguir. El hambre de información sobre los familiares perdidos era tan palpable como el deseo de contar, explicar y conservar los fragmentos del pasado.

Me reuní con Michael en su piso de Manhattan una sofocante tarde de julio. «En tu epílogo comentabas que no comías carne», dijo, y señaló una mesa con ensaladas. No solo era chef, sino que, como me había figurado al ver su firma de correo electrónico, era profesor y/o director de como mínimo cuatro institutos de investigación científica de primera línea. Yo estaba tan nerviosa como cuando me reuní con la familia de Renia; nunca me había sentado cara a cara con un combatiente clandestino. Las historias de Michael resultaron ser tan asombrosas y conmovedoras como me había imaginado. De familia de clase media alta y asentada, tenía catorce años cuando asesinaron a sus padres y quedó solo en el mundo. Huyó a Varsovia, vivió con papeles arios (su educación y su aspecto físico le permitieron pasar por uno de ellos) y se convirtió en un mensajero de la resistencia polaca. En la fábrica alemana donde trabajaba todos los días lo sedujo una secretaria alemana de veintidós años; cómo deseaba el adolescente que había en él aceptarla, pero, por supuesto, debía escoger entre el sexo y la vida. («Para ser una familia judía no practicante, la única costumbre que observábamos era el *bris* [o circuncisión] ¿¡por qué!?», se lamentó.) Michael avanzó en sus estudios a pesar de la guerra, los campos de refugiados y la inmigración; se abrió camino hasta una universidad de la Ivy League y hoy en día es un prestigioso investigador médico, un marido cariñoso y el orgulloso padre de un piloto. No le gusta la palabra *superviviente* porque suena pasivo. «Yo me esforcé para vivir», me dijo.

«¿Qué le motivaba a continuar?», le pregunté. Tras un momento de silencio respondió: «La ira me impulsó a seguir adelante. La ira me salvó la vida». Citó del Talmud: «Nacemos con los puños cerrados y morimos con

las manos abiertas». A sus noventa años Michael se siente más abierto. Sabe que tiene que escribir su historia.

Aunque *Hijas de la Resistencia* aún no se ha publicado en Polonia, en la prensa polaca han aparecido artículos sobre el libro y, una vez más, he constatado los dos extremos que hay. Por un lado, un periodista instaba a levantar monumentos a héroes de guerra como Niuta Teitelbaum, con la intención de completar las partes de la historia del país que faltan. Por el otro, la prensa de derechas publicó un artículo que afirmaba que yo, junto con otros escritores de la Resistencia, estaba mintiendo. Se desató una tormenta en las redes sociales (en defensa del artículo, no de mi libro). Los tuits me instaban a contar «la verdadera historia» sobre que la Gestapo estaba dirigida en parte por judíos. Meses después, un medio de comunicación alemán reseñó *Hijas de la Resistencia* y se refirió a los «guetos polacos». A raíz de ello se desencadenó en Twitter otro aluvión de odiosos sentimientos antialemanes y críticas a que Alemania escurriera el bulto: los guetos no eran polacos sino alemanes. Un tuit sugirió que se llamara el «gueto de Varsovia ocupado por los alemanes». Es cierto que los polacos no abrieron los guetos, que en realidad eran un pueblo ocupado. El medio de difusión alemán se disculpó. La disculpa en general no fue aceptada. El furor en las redes sociales refleja lo que hay en juego en esta historia.

En este ámbito politizado la terminología es importante. Algunos me señalaron algunas incongruencias (a veces utilizo los apellidos de casadas o las denominaciones yidis de las ciudades) y es cierto, a menudo he optado por términos más comunes en detrimento de la sistematización. Los lectores también señalaron mis puntos flacos. Llamo a todas las personas por su nombre de pila, excepto a Anilevitz y Kovner, dos hombres. De nuevo, así es como se les conoce, pero no caí en la cuenta de que usaba el apellido para los hombres y no para las mujeres.

Siempre hay sorpresas.

«¿Podemos hablar? Nuestra familia es Kukielka», me escribió Sharon Marcus, de cuarenta y ocho años, por Instagram. Era estadounidense y vivía cerca de mí en Nueva York. «¿Es posible que estemos emparentados con

Renia?» Empecé a recibir misivas de varios de sus parientes, algunos de los cuales se apellidaban Cook; todos buscaban un vínculo.

Una avalancha de correos electrónicos e intercambios de fotos pusieron al descubierto que el difunto tío de Sharon había viajado en una ocasión a Israel y había visitado a su primo Aaron Kleinman, el hermano de Renia. ¡Entonces era cierto! Este clan afincado en Estados Unidos nunca había oído hablar de Renia e ignoraba que pertenecía a un linaje valeroso. «¿Podrías presentarnos?», me suplicó Sharon.

Así que puse en contacto a los descendientes de Renia y junté a sus nietos israelíes con Sharon y sus primos. Hicieron su primer Zoom con los ojos empañados. «Por fin tengo la sensación de tener una familia», me dijo Sharon mientras tomábamos un café. Me fijé en que tenía la cara redonda como la de Renia, como la de Leah, como la de Koby... Los ojos azules le centelleaban. «Siempre creí que habíamos sobrevivido muy pocos y que con el tiempo éramos cada vez menos, pero en lugar de ello hemos crecido. Somos una prueba de que Hitler no ganó. Plantamos cara a los nazis.»

«A Renia le encantaban los vínculos y la familia era muy importante para ella —escribió uno de sus nietos en un chat de grupo—. Estoy seguro de que está orquestando todo esto desde arriba.»

Solo espero que este *shidduch* cuente como uno de los tres que supuestamente necesito para alcanzar el nivel más alto del cielo, según la antigua tradición judía... Haberme puesto en contacto con esta familia significa mucho para mí, sobre todo porque mi propio relato se intercala con los suyos. Sé mucho más sobre Renia y las chicas del gueto que sobre mis queridos abuelos, que no dejaron ningún testimonio.

Cuando descubrí *Freuen in di Ghettos* en la Biblioteca Británica en 2007, me impresionaron las historias llenas de acción y furia de unas jóvenes judías que vieron la verdad de su tiempo, trabajaron juntas y arriesgaron sus vidas en la lucha por la justicia y la libertad. Sus «pequeños actos» fueron importantes para ellas, para las personas que las rodeaban y para nosotros ahora. Del mismo modo, las historias que han salido a la luz a raíz de la publicación del libro no han dejado de sorprenderme, por la cantidad y por la valentía. El «mito de la pasividad judía» en el Holocausto es absurdo: la historia de los judíos en Polonia fue de lucha constante,

desafío, rebelión y ayuda mutua. Hace catorce años me propuse entender cómo pasa el trauma de generación en generación. A través de estas mujeres rebeldes y de sus descendientes he llegado a comprender que por nuestros genes no corre solo la angustia, sino también la fuerza y el coraje, la pasión y la compasión.

## NOTA DE LA AUTORA: SOBRE LA INVESTIGACIÓN

Como cabía esperar, llevar a cabo una investigación por todo el mundo, utilizando fuentes que abarcan décadas, continentes y alfabetos distintos, planteó una serie de problemáticas y dilemas.

El principal material de referencia de este proyecto comprendía sobre todo memorias y testimonios.<sup>1</sup> Unos eran orales y se habían grabado en vídeos o cintas, y otros escritos, en hebreo, yidis, inglés, polaco, ruso y alemán. Unos eran traducciones o traducciones de traducciones, y otros los había traducido yo misma. Unos se habían compuesto en la intimidad y otros frente a un entrevistador. Unos eran hechos comprobados, que habían sido editados, incluso coescritos con eruditos y publicados (por lo general, por pequeñas imprentas académicas); otros eran testimonios crudos y llenos de pasión procedentes de diarios, una escritura impulsada por la furia. Algunos habían sido escritos inmediatamente después o incluso durante la guerra, desde algún lugar escondido, y en ellos había errores, datos contradictorios y omisiones: simplemente no se sabían los hechos o habían sido modificados por razones de seguridad o motivos emocionales. (A algunos supervivientes les costaba mucho escribir sobre la muerte de ciertas personas.) Otros habían sido escritos rápidamente, con los dedos echando chispas, en un intento desesperado de no olvidar, una experiencia catártica en medio del miedo a ser capturado.<sup>2</sup> Renia a menudo usaba las iniciales en lugar de los apellidos (firmaba «Renia K.»), creo que por seguridad; escribía en tiempos de guerra sobre operaciones clandestinas que todavía entrañaban un gran peligro. Escribía, además, en un momento en que no sabía realmente cómo habían acabado las historias de las otras personas; ella misma esperaba tener noticias de si sus amigos y parientes estaban vivos. Como a muchos de los que escribieron en un primer momento, a Renia la movía el anhelo de contar al mundo lo que había sucedido desde un punto de vista *objetivo*, tratando de alejarse de su postura personal. De



modo característico, escribe en primera persona del plural <sup>3</sup> y a veces cuesta saber si se está refiriendo a sí misma, a su familia, a su comunidad o al pueblo judío en general. Más tarde han aparecido otros testimonios, sobre todo en la década de 1990, y aunque a menudo se benefician de la sabiduría que da el tiempo, cabe esperar que los recuerdos hayan sido modificados por las tendencias más contemporáneas, por los recuerdos que han oído contar a otros a lo largo de los años, o por las preocupaciones y circunstancias actuales del superviviente. Hay quienes creen que los combatientes que quedaron traumatizados omitieron muchos recuerdos, mientras que los que no fueron torturados en los campos tienen recuerdos más sólidos: «un superávit de memoria», lo llamó Antek. <sup>4</sup> Otros sostienen que los recuerdos traumáticos son algunos de los más incisivos, precisos e implacables. También rebusqué entre documentos originales efímeros (artículos, cartas, cuadernos) y entrevisté a docenas de familiares, cada uno de los cuales con su propia versión de los hechos, que a menudo contradecía la de los demás.

La memoria da vueltas y más vueltas; los recuerdos no son «datos fríos». <sup>5</sup> Entre estas decenas y decenas de relatos surgieron muchas divergencias: los pormenores de los acontecimientos eran a menudo contradictorios, y las fechas, un embrollo. A veces la misma persona proporcionaba testimonios personales en varias ocasiones a lo largo de los años, y estos diferían drásticamente entre sí; o había incoherencias dentro del mismo texto. Encontré discrepancias entre fuentes primarias y secundarias; por ejemplo, los biógrafos e historiadores académicos ofrecían relatos de mujeres que diferían de los propios testimonios de estas. Otras veces las diferencias en las fuentes primarias eran curiosas, tenían que ver con la asunción de responsabilidades, de quién era la culpa. Por lo general, cuando era relevante, lo he señalado en las notas al final del libro. He intentado entender de dónde provenían esas diferencias y hacer referencias cruzadas entre las historias y los análisis históricos. Mi objetivo era ofrecer las versiones que parecían más razonables y sustanciosas. A veces he fusionado detalles de muchos testimonios para construir una imagen

completa y presentar la historia de la forma más precisa y emocionalmente auténtica. En caso de duda, he respetado los testimonios y la verdad de las mujeres.

He reproducido las escenas de la forma más directa posible a partir de mis fuentes. Mis reconstrucciones a veces realzan sentimientos que estaban implícitos en el texto original, y tienen en cuenta múltiples perspectivas de un mismo suceso, pero ninguna es ficticia, todas están basadas en datos.

Si las diferencias en los testimonios eran, en general, curiosas, me ha sorprendido más la enorme cantidad de coincidencias. Fuentes de lugares y tiempos diferentes relataban las mismas anécdotas oscuras, y describían situaciones y personas similares. Además de ayudarme a establecer su autenticidad, resultó conmovedor y emocionante. Cada vez que examinaba la historia con otra mirada, averiguaba más, ahondaba más en ella, tenía la sensación de que realmente me adentraba en su universo. Esas jóvenes estaban conectadas con sus pasiones, en sentido figurado y literal.

Otro tema complejo en este tipo de estudio multilingüe son los nombres, tanto de personas como de lugares. Muchas ciudades polacas tienen numerosos topónimos —en eslavo, alemán, yidis— que han cambiado continuamente con gobiernos fluctuantes. Usar un nombre en lugar de otro es a menudo una elección política, lo que no es mi intención explícita aquí. He tendido a usar los nombres actuales tal como se escriben en inglés.

En cuanto a los nombres de pila, las mujeres de mi historia, como la mayoría de los judíos polacos, tenían nombres polacos, hebreos y yidis, además de apodos.<sup>6</sup> Algunas usaban nombres falsos en tiempos de guerra. O varios nombres. A veces adoptaban identidades falsas para los documentos de emigración. (Por lo general, a una mujer le resultaba más fácil salir de Europa si estaba casada, por lo que fingía estarlo.) También cambiaban de nombre para adaptarlos a los idiomas de los países donde se establecían. (Por ejemplo: Vladka Meed empezó llamándose Feigle Peltel. Vladka era su nombre polaco encubierto; al casarse tomó el apellido Miedzyrzecka, que se convirtió en Meed cuando se mudaron a Nueva York.) Además, al consultar estas palabras eslavas y hebraicas en los buscadores de Internet basados en combinaciones de letras latinas, encontré

Renia bajo las variantes Renia, Renya, Rania, Regina, Rivka, Renata, Renee, Irena e Irene; Kukielka tiene infinitas grafías anglosajonas, al igual que la variante yidis Kukelkohn; y luego estaban los distintos nombres de los documentos falsos de tiempos de guerra: Wanda Widuchowska, Gluck, Neuman. (Me pasé al menos medio día tratando de determinar si la mensajera Astrit era la misma persona que Astrid, Estherit, A. y Zosia Miller; creo que sí.) Además, hay una capa añadida que a menudo complica la localización de las mujeres: el apellido de casadas. «Renia Kukielka Herscovitch» (¿o es Herskovitch, o Hercovitz...?) tiene un sinfín de variaciones: podría haberse escabullido, desaparecido o perdido para siempre.

Tal vez el último ejemplo de la complejidad de los nombres: los tres hermanos Kukielka que sobrevivieron acabaron en Israel como Renia Herscovitch, Zvi Zamir, que sonaba israelí (*Zamir* significa «cuco» en hebreo), y Aaron Kleinman, aunque lo cambió porque luchó en Palestina en la década de 1940 y los británicos lo buscaban. Incluso dentro de una misma familia las discrepancias son infinitas.

Últimas consideraciones sobre el vocabulario. Por economía de medios, he seguido el ejemplo de Renia y utilizado el término *polaco* para referirme a todo nacional polaco no judío (cristiano); sin embargo, los judíos también eran ciudadanos polacos, y estoy subrayando una división que no es mi intención agrandar. Influenciada por los expertos del Museo POLIN de Historia de los Judíos Polacos, he utilizado el término *antisemitism* , antisemitismo, sin guion; el guion implica que existe el «semitismo» como categoría racial.<sup>7</sup> Las mujeres de mi historia se refieren a los nazis como *alemanes* y lo he mantenido, ya que los que estaban en contacto con ellas lo eran; por supuesto, también había alemanes antinazis.

Varios estudiosos han criticado el uso del término *courier girls* , «mensajeras». *Courier* , argumentan, es degradante. Suena trivial y pasivo, como un cartero que reparte cartas. Esas mujeres eran cualquier cosa menos eso. Eran seguidoras y contrabandistas de armas, *scouts* de los servicios de inteligencia y, como indica su denominación en hebreo, *kasharyiot* , enlaces. El acto mismo de *courrying* (del francés *courir* , « correr») era tan arriesgado en tiempos del Holocausto como participar en una batalla

armada. Cada vez que a un judío se le capturaba fuera de un gueto o campo judío, se le castigaba con la muerte. Y esas mujeres pasaron meses, a veces años, cruzando el país, escapando de gueto tras gueto. Encontré una crónica de una mensajera que hacía doscientos cuarenta viajes a la semana.<sup>8</sup> Sin embargo, he seguido utilizando ese término entre otros posibles para describir su cometido a fin de que haya concordancia con las investigaciones existentes sobre el tema.

El término *girls* , «chicas», también se considera despectivo. Eran mujeres de alrededor de veinte años, algunas de ellas casadas. He utilizado ese término entre muchos otros para describir a Renia y a sus colegas —del mismo modo que he utilizado *boys* , «chicos», para referirme a los jóvenes del movimiento—, porque quería hacer hincapié en su juventud. Por otra parte, escribo en un contexto en que se ha recuperado la palabra y se emplea extensamente en los debates sobre el empoderamiento de las mujeres.

# AGRADECIMIENTOS

Este libro no existiría sin la amable colaboración de innumerables personas, a las que debo mi más profundo agradecimiento:

A Alia Hanna Habib por ser la primera en ver el potencial de este proyecto, y a Rachel Kahan, por aumentar dicho potencial con sabiduría, generosidad, paciencia y pasión. Nunca habría soñado con unas guías más brillantes y dedicadas.

Al equipo de William Morrow, por su empuje, creatividad y empatía: Andrea Molitor y Pamela Barricklow, Sharyn Rosenblum y Kelly Rudolph, Kayleigh George y Benjamin Steinberg, Ploy Siripant, Alivia Lopez y Philip Bashe. A Jaclyn Hodson, Sandra Leef y Lauren Morocco de HarperCollins en Canadá.

A Rebecca Gardner y Anna Worrall, por su inteligencia y su estímulo infinitos. A Will Roberts, Ellen Goodson Coughtrey, y el resto del equipo de Gernert. A Lennie Goodings, Michelle Weiner, Holly Barrio, Peter Sample, Susan Solomon-Shapir y Nicole Dewey, por su generoso apoyo y entusiasmo.

Al Instituto Hadassah-Brandeis, en particular a Shulamit Reinharz, Joanna Michlic y Debby Olins, por financiar la traducción de *Freuen in di Ghettos* y creer en la importancia de ese material desde el primer día. A Antony Polonsky por presentarme en el IHB y por un sinfín de presentaciones más.

A los familiares de todas las mujeres de la Resistencia que compartieron conmigo sus recuerdos e impresiones de manera desinteresada, entre los que hay varias expertas en la materia: Rivka Augenfeld, Ralph Berger, Sandy Fainer, Yoram Kleinman, Michael Kovner, Jacob Harel, Elliott Palevsky, Yonat Rotbain, Avihu Ronen, Lilian Rosenthal, Elaine Shelub, Holly Starr, Leah Waldman, Merav Waldman, Yoel Yaari, Racheli Yahav, Stan Yahav y Eyal Zuckerman.

A todos los estudiosos que sacaron tiempo para reunirse conmigo y compartir su información: Havi Dreifuss, Barbara Harshav, Emil Kerenji, Agi Legutko, Daniela Ozaky-Stern, Katarzyna Person, Rochelle Saidel, David Silberklang, Anna Shternshis y Michał Trębacz. A Sharon Geva, Bella Gutterman, Samuel Kassow, Justyna Majewska, Dina Porat, Eddy Portnoy y a los numerosos académicos que respondieron mis correos electrónicos y me asesoraron sobre fuentes y especialistas.

A todos los bibliotecarios y archivistas, tanto de documentos como de fotografías, por su ayuda indispensable. A Arielle Berger de la Fundación Azrieli; Anat Bratman-Elhalel y sus colegas del museo Casa de los Combatientes de los Guetos; Misha Mitsel y Michael Geller de los Archivos del JDC; Eddie Paul, Penny Fransblow y sus colegas de la Biblioteca Pública Judía de Montreal; Janice Rosen de los Archivos Judíos Canadienses Alex Dworkin. Al personal de las bibliotecas y archivos del Instituto YIVO de Investigación Judía-Centro de Historia de los Judíos, el Museo Estadounidense Conmemorativo del Holocausto, el Yad Vashem, la Fundación Educativa de Partisanos Judíos, el Instituto de Historia Judía Emanuel Ringelblum, el Museo POLIN, el kibutz de Dafna, el Museo del Holocausto de Montreal, y otras muchas instituciones. A Jonathan Ornstein, del Centro Comunitario Judío de Cracovia, y todos los guías que me ayudaron a moverme por Polonia. A Naomi Firestone-Teeter del Consejo del Libro Judío.

A los asistentes de investigación, traductores y mediadores. A Elisha Baskin, por su agudeza, dedicación, ingeniosidad vital y desenvoltura. A Ewa Kern-Jedrychowska y Lana Dadu por ir mucho más allá. A Paulina Blaszczkiewicz, Kuba Wesołowski, Eyal Solomon, y Yishai Chamudot.

A Sara Batalion, Nicole Bokar, Amy Klein y Leigh McMullan Abramson, por leer capítulos con atenta solicitud.

A Eleanor John, Mignon Nixon, Susan Shapiro y mis numerosos mentores, por enseñarme a comprobar tres veces cada dato, a construir historias de mujeres originales y a escribir sin ambages.

A mis «colegas» de The Wing, y a los canguros de mis hijos, por hacer mis jornadas laborales posibles e incluso agradables.

A todos los que me contaron las historias de su familia, me enviaron enlaces de artículos sobre la Resistencia y canciones de los partisanos, y me han oído parlotear durante más de una década sobre cómo las mujeres judías derrotaron con su astucia a la Gestapo. A todos los que —y estoy segura de que son muchos— he olvidado de mencionar aquí debido a deslices de la memoria.

A Zelda y a Billie, por ser fuente de inspiración y esperanza. A Bram, por llegar exactamente en el momento adecuado.

A Jon, por todo.

Por último, a Chayelevsky, una partisana de Vilna con quien hablé por Skype en 2019 y me imploró que difundiera su mensaje: «No debemos permitir que algo así vuelva a suceder. El odio es nuestro enemigo más feroz. Sed pacíficos y amorosos, y trabajad para crear un mundo de felicidad».

# BIBLIOGRAFÍA

En esta bibliografía escogida se recogen las fuentes más importantes que se han utilizado. En las notas se ofrecen fuentes adicionales. Se han dejado los nombres propios tal como aparecen en las fuentes, por lo que la grafía no siempre coincide con la utilizada a lo largo del libro.

## FUENTES DE ARCHIVOS

Archivos del Estado de Israel, Jerusalén.

- Papeles de inmigración de Renia Kukielka.

Archivos del JDC, Nueva York.

Archivos Judíos Canadienses Alex Dworkin, Montreal.

Archivos Ringelblum. (Se ha accedido en distintas localidades y formatos.)

Biblioteca Nacional de Israel, Jerusalén.

- Testimonio escrito de Renia Kukielka.

Biblioteca Wiener para el Estudio del Holocausto, Londres.

Centro de Estudios e Investigación del Holocausto Moreshet en memoria de Mordechai Anielewicz, Givat Haviva (Israel).

Instituto de Historia Judía Emanuel Ringelblum, Varsovia.

Instituto Internacional Massuah para Estudios sobre el Holocausto, Tel Yitzhak (Israel).

Kibutz de Dafna, Israel.

Museo Casa de los Combatientes de los Guetos, Israel.

- Una importante fuente de testimonios orales y escritos, artículos de noticias contemporáneas e históricas, fotografías, correspondencias, transcripciones de conferencias, panegíricos y otros documentos



inéditos relacionados con la mayoría de los personajes que aparecen en este libro, entre los que se encuentran varios testimonios de Renia Kukielka.

Museo Estadounidense Conmemorativo del Holocausto, Washington, D. C.

- Registros de supervivientes, libros raros, panfletos, historia oral y transcripciones de conferencias, archivo digitalizado del gueto de Białystok, versión digitalizada de los Archivos Ringelblum, objetos coleccionables sin valor, fotografías, testimonios en vídeo y escritos.

Yad Vashem, Jerusalén.

- Una fuente importante de testimonios orales y escritos, entre ellos los de Renia Kukielka, Bela Hazan y Chawka Lenczner.

YIVO, Nueva York.

## **FUENTES DISPONIBLES EN LA RED**

Se enumeran a continuación las fuentes que más se han utilizado; se indica la página principal, pero no la de cada artículo individual.

Archivo de las Mujeres Judías, Enciclopedia de las Mujeres Judías, <<https://jwa.org/encyclopedia>>.

Archivo de Material Audiovisual Histórico, canal de YouTube, <<https://www.youtube.com/channel/UCPbqb1jQ7cgkUqX2m33d6uw>>.

Archivo Digital YIVO sobre la Vida de los Judíos en Polonia, <<http://polishjews.yivoarchives.org>>.

Archivos Arolsen-Centro International sobre la Persecución Nazi, <<https://arolsen-archives.org/en/search-explore/search-online-archive>>.

Beit Hatfutsot: My Jewish Story [Mi historia judía], bases de datos abiertas del Museo del Pueblo Judío: <<https://dbs.bh.org.il>>.

Biblioteca Pública de Nueva York, Colección de Libros Yizkor,  
<<https://digitalcollections.nypl.org/collections/yizkorbook-collection#/?tab=navigation>>.

Biblioteca Virtual Judía, <<https://www.jewishvirtuallibrary.org>>.

Centro Educativo del Holocausto Sarah y Chaim Neuberger, In their Own Words [En sus propias palabras], <<http://www.intheirownwords.net>>.

Centro Nacional del Libro Yidis; Historias orales, <<http://www.jhi.pl/en>>.

Centro Polaco para la Investigación del Holocausto, Base de Datos del Gueto de Varsovia, <<http://warszawa.getto.pl>>.

Centropa, <<http://centropa.org>>.

Culture.pl, <<https://culture.pl/en>>.

Enciclopedia YIVO de los Judíos de Europa del Este,  
<<https://yivoencyclopedia.org>>.

Exposición «Before They Perished» [Antes de que fallecieran],  
<<https://artsandculture.google.com/exhibit/QRNJBGMI>>.

Fundación Brama Cuckermana, <<http://www.bramacukermana.com>>.

Fundación Educativa de Partisanos Judíos, <<http://www.jewishpartisans.org>>.

Fundación USC Shoah, Archivo de Historia Visual, <<https://sfi.usc.edu/vha>>.

Geni, <<https://www.geni.com/family-tree/html/start>>.

Indización de registros judíos, Polonia, <<http://jri-poland.org>>.

Instituto de Historia Judía Emanuel Ringelblum, <<http://www.jhi.pl/en>>.

JewishGen, <<https://www.jewishgen.org/new>>.

Literatura Hebrea Moderna: Un léxico bio-bibliográfico,  
<<https://library.osu.edu/projects/hebrew-lexicon/index.htm>>.

Michael Kovner, <<https://www.michaelkovner.com>>.

Museo Estadounidense Conmemorativo del Holocausto-Enciclopedia del Holocausto, <<https://encyclopedia.ushmm.org>>.

Museo POLIN de Historia de los Judíos Polacos, Los Justos Polacos,  
<<https://sprawiedliwi.org.pl/en>>.

Museo POLIN de Historia de los Judíos Polacos, Virtual Shtetl,  
<<https://sztetl.org.pl/en>>.

Narodowe Archiwum Cyfrowe (Archivo Nacional Digital),  
<<https://audiovis.nac.gov.pl>>.

Organización de Partisanos, Combatientes Clandestinos y Rebeldes de los  
Guetos en Israel, <<http://eng.thepartisan.org/>> y  
<<http://archive.c3.ort.org.il/App/WW/page527.aspx?ws=496fe4b2-4d9a-4c28-a845-510b28b1e44b&page=8bb2c216-624a-41d6-b396-7c7c161e78ce>>.

Organización Mundial Zaglembe, <<https://zaglembie.org>>.

Sharon Geva, <<http://sharon-geva.blogspot.com/p/english.html>>.

Silesiaheritage, YouTube,  
<<https://www.youtube.com/user/silesiaheritage/featured>>.

Sociedad Histórica del Holocausto,  
<<https://www.holocausthistoricalsociety.org.uk>>.

Sociedad Mundial de Judíos de Częstochowa y sus Descendientes,  
<<https://www.czystochowajews.org>>.

Universidad Hebrea de Jerusalén, Colección de la Historia Oral del  
Holocausto, <<http://multimedia.huji.ac.il/oralhistory/eng/index-en.html>>.

Warsaw Before WW2 [Varsovia antes de la Segunda Guerra Mundial],  
YouTube,  
<[https://www.youtube.com/channel/UC\\_7UzhH0KCna70a5ubpoOhg](https://www.youtube.com/channel/UC_7UzhH0KCna70a5ubpoOhg)>.

Yad Vashem, artículos, <<https://www.yadvashem.org/articles/general.html>>.

Yad Vashem, Centro de Recursos de la Shoah, <[www.yadvashem.org](http://www.yadvashem.org)>.

Yad Vashem, exposiciones, <<https://www.yadvashem.org/exhibitions.html>>.

## **EXPOSICIONES Y ACTOS CONMEMORATIVOS**

Acto conmemorativo en la boca de la alcantarilla de la calle Prosta,  
Varsovia.

Actos conmemorativos en el n.º 18 de la calle Miła, Varsovia.

Exposición permanente en el Instituto de Historia Judía Emanuel Ringelblum.

Exposición permanente en el Mausoleo de la Lucha y el Martirio, Varsovia.

Exposición permanente en el Museo de la Prisión Pawiak, Varsovia.

Exposición permanente en el museo Casa de los Combatientes de los Guetos, Israel.

Exposición permanente en el Museo de Varsovia, Varsovia.

Exposición permanente en el Museo del Levantamiento de Varsovia, Varsovia.

Exposición permanente en el Museo Estadounidense Conmemorativo del Holocausto, Washington, D. C.

Exposición permanente en el Museo Judío de Galitzia, Cracovia.

Exposición permanente en el Museo POLIN de Historia de los Judíos Polacos, Varsovia.

Exposición permanente en el Museo Yad Mordechai, Hof Ashkelon (Israel).

Exposición permanente en la Casa de Oración Mizrachi, Museo de Zagłębie, Będzin (Polonia).

Exposición permanente en la fábrica de utensilios de cocina de Oskar Schindler, Museo de Cracovia, Cracovia.

Exposición permanente en la Villa Żabiński, Zoológico de Varsovia, Varsovia.

Exposición permanente en Moreshet, Givat Haviva (Israel).

Exposición permanente en Museo del Holocausto de Montreal, Montreal.

Exposición permanente en Yad Vashem, Jerusalén.

*Faces of Resistance: Women in the Holocaust* , Moreshet, Givat Haviva (Israel).

*The Paper Brigade: Smuggling Rare Books and Documents in Nazi-Occupied Vilna* , 11 de octubre de 2017-14 de diciembre de 2018, YIVO, Nueva York.

*Violated* , Galería Ronald Feldman, 12 de abril de 2018, Nueva York.

## EVENTOS

Conferencia y concierto en memoria de Nusakh Vilna, 16 de septiembre de 2018 y 22 de septiembre de 2019, YIVO, Nueva York.

«Hitler Hanging on a Tree: Soviet Jewish Humor During WW2», conferencia de Anna Shternshis, abril de 2018, YIVO, Nueva York.

«In Dialogue: Polish Jewish Relations During the Interwar Period», conferencias de Samuel D. Kassow y Paul Brykczynski, 15 de noviembre de 2018, Fordham University-Columbia University-YIVO, Nueva York.

«Kraków Ghetto: A Walking Tour», Agi Legutko, Festival de Cultura Judía, junio de 2018, Cracovia.

«Memorial for Warsaw Ghetto, Warsaw Ghetto Uprising Commemoration, 75th Anniversary», Congreso para la Cultura Judía con los Amigos del Bund, 19 de abril de 2018, Jewish Labor Committee-Workmen's Circle-YIVO, Nueva York.

*Uprising (Sublevación en el gueto , en España)*, proyección y coloquio, 22 de abril de 2018, Jewish Partisan Education Foundation-Directors Guild, Nueva York.

## **ENTREVISTAS PERSONALES**

Rivka Augenfeld, 10 y 17 de agosto de 2018, Montreal.

Ralph Berger, 10 de abril de 2018, Nueva York.

Havi Dreifuss, 16 de mayo de 2018, Tel Aviv.

Sandy Fainer, conversación telefónica, 27 de noviembre de 2018.

Yoram Kleinman, 11 de febrero de 2019, entrevista telefónica dirigida por Elisha Baskin.

Michael Kovner, 17 de mayo de 2018, Jerusalén.

Jacob Harel y Leah Waldman, 14 de mayo de 2018, Haifa.

Barbara Harshav, 9 de marzo y 23 de abril de 2018, Nueva York.

Emil Kerenji, 27 de abril de 2018, Washington, D. C.

Agi Legutko, 2 de mayo de 2018, Nueva York.

Jonathan Ornstein, 25 de junio de 2018, Cracovia.

Daniela Ozacky-Stern y Yonat Rotbain, 14 de mayo de 2018, Givat Haviva.

Chayelevsky, por Skype, 20 de noviembre de 2018.

Katarzyna Person, 21 de junio de 2018, Varsovia.  
Avihu Ronen, 16 de mayo de 2018, Tel Aviv.  
Lilian Rosenthal, por teléfono, 12 de noviembre de 2018.  
Rochelle Saidel, 8 de junio de 2018, Nueva York.  
Elaine Shelub, por teléfono, 6 de noviembre de 2018.  
Anna Shternshis, 9 de abril de 2018, Nueva York.  
David Silberklang, 17 de mayo de 2018, Jerusalén.  
Holly Starr, por teléfono, 13 de noviembre de 2018.  
Michał Trębacz, 22 de junio de 2018, Varsovia.  
Merav Waldman, por Skype, 23 de octubre de 2018.  
Yoel Yaari, 17 de mayo de 2018, Jerusalén.  
Racheli Yahav, 17 de mayo de 2018, Tzora.  
Eyal Zuckerman, 15 de mayo de 2018, Tel Aviv.

## **MATERIALES ADICIONALES NO PUBLICADOS**

Grabowski, Jan, «The Polish Police: Collaboration in the Holocaust», conferencia en USHMM, 17 de noviembre de 2016, disponible en la red.

Jewish Telegraphic Agency Newswire, 8 de enero de 1943, n.º 6, vol. 10, Nueva York.

Kaslow, Maria Wismur, «Mania: A Gestapo Love Story» y «Vanished», colección familiar.

Kukielka, Renia, fotografías, cartas, testimonio del marido, panegírico, colección familiar.

Shchori, Frumi, «Voyage and Burden: Women Members of the Fighting Underground in the Ghettos of Poland as Reflected in their Memoirs (1945-1998)», tesis doctoral, Universidad de Tel Aviv, Tel Aviv, 2006 (en hebreo).

Starr, Holly, panegírico de Sara Rosnow, 2017.

Testimonios inéditos, Fundación Azrieli.

## **LIBROS**

Solo se da el título, no se citan los capítulos o artículos individuales. Muchos de estos libros aparecen en varias ediciones e idiomas; se facilita la información relevante cuando está disponible.

*Hantze and Frumka: Letters and Reminiscences* , Hakibutz Hameuchad, Tel Aviv, 1945 (en hebreo).

*In Honor of Ala Gertner, Róża Robota, Regina Safirztajn, Ester Wajcblum: Martyred Heroines of the Jewish Resistance in Auschwitz Executed on January, 5, 1945* , s.l., s.l., c . 1991 (en inglés, yidis, polaco, alemán, francés).

*In the Face of Annihilation: Work and Resistance in the Ghettos 1941-1944* , catálogo de exposición, Touro College, Berlín, 2017.

*Portraits of the Fighters: Biographies and Writings of Young Leaders of the Jewish Resistance During the Holocaust* , American Friends of the Ghetto Fighters' Museum.

*Voice of the Woman Survivor* , 9, n.º 2, WAGRO Women Auxiliary to the Community of Survivors-Holocaust Resource Centers and Libraries, primavera de 1992.

*Women of Valor: Partisans and Resistance Fighters* , Newsletter (Center for Holocaust Studies), vol. 3, n.º 6, Nueva York, 1990.

Ackerman, Diane, *The Zookeeper's Wife: A War Story* , Norton, Nueva York, 2007.

Baumel-Schwartz, Judith Taylor, y Tova Cohen, eds., *Gender, Place and Memory in the Modern Jewish Experience: Re Placing Ourselves* , Vallentine Mitchell, Londres, 2003.

Berés, Witold, y Krzysztof Burnetko, *Marek Edelman: Being on the Right Side* , trad. al inglés de William R. Brand, Berés Media, Cracovia, 2016.

Berger, Ralph S., y Albert S. Berger, eds., *With Courage Shall We Fight: The Memoirs and Poetry of Holocaust Resistance Fighters Frances «Fruma» Gulkowich Berger and Murray «Motke» Berger* , ComteQ Publishing, Margate (Reino Unido), 2010.

Blady-Szwajger, Adina, *I Remember Nothing More: The Warsaw Children's Hospital and the Jewish Resistance* , Pantheon, Nueva York, 1990.

- Brzezinski, Matthew, *Isaac's Army: A Story of Courage and Survival in Nazi-Occupied Poland* , Random House, Nueva York, 2012.
- Burstein, Dror, *Without a Single Case of Death: Stories from Kibutz Lohamei Haghetot* , Ghetto Fighters' House/Babel, Tel Aviv, 2007.
- Cain, Larissa, *Ghettos en révolte: Pologne, 1943* , Autrement, París, 2003.
- Cohen, Rich, *The Avengers: A Jewish War Story* , Knopf, Nueva York, 2000.
- Czocher, Anna, Dobrochna Kałwa y otros, *Is War Men's Business? Fates of Women in Occupied Kraków in Twelve Scenes* , catálogo de exposición, trad. al inglés de Tomasz Tesznar y Joanna Bełch-Rucińska, Historical Museum of the City of Kraków, Cracovia, 2011.
- Diatłowski, Jerzy, ed., *Jews in Battle, 1939-1945* , 4 vols., Association of Jewish Combatants and Victims of World War II Jewish Historical Institute, Varsovia, 2009-2015 (en polaco).
- Diner, Hasia R., *We Remember with Reverence and Love: American Jews and the Myth of Silence After the Holocaust, 1945-1962* , New York University Press, Nueva York, 2009.
- Draenger, Gusta Davidson, *Justyna's Narrative* , trad. al inglés de Roslyn Hirsch y David H. Hirsch, University of Massachusetts Press, Amherst (Massachusetts), 1996.
- Draper, Paula J., y Richard Menkis, eds., *New Perspectives on Canada, the Holocaust and Survivors: Canadian Jewish Studies* , número especial, Association for Canadian Jewish Studies, Montreal, 1997.
- Dror, Zvi, *The Dream, the Revolt and the Vow: The Biography of Zivia Lubetkin-Zuckerman (1914-1978)* , trad. al inglés de Bezalel Ianai, General Federation of Labor (Histadrut) Ghetto Fighters' House, Tel Aviv, 1983.
- Edelman, Marek, *The Ghetto Fights* , American Representation of the General Jewish Workers Union of Poland, Nueva York, 1946.
- Engel, David, Yitzchak Mais y otros, *Daring to Resist: Jewish Defiance in the Holocaust* , catálogo de exposición, Museum of Jewish Heritage, Nueva York, 2007.



- Engelking, Barbara, y Jacek Leociak, *The Warsaw Ghetto: A Guide to the Perished City* , Yale University Press, New Haven (Connecticut), 2009.
- Epstein, Helen, *Children of the Holocaust: Conversations with Sons and Daughters of Survivors* , Penguin, Nueva York, 1979.
- Feldhay Brenner, Rachel, *Writing as Resistance: Four Women Confronting the Holocaust* , Penn State University Press, University Park (Pensilvania), 2003.
- Fishman, David E., *The Book Smugglers: Partisans, Poets, and the Race to Save Jewish Treasures from the Nazis* , ForEdge, Lebanon (New Hampshire), 2017.
- Freeze, ChaeRan, Paula Hyman y otros, eds., *Polin: Studies in Polish Jewry, vol. 18, Jewish Women in Eastern Europe* , Littman Library of Jewish Civilization, Liverpool, 2005.
- Gabis, Rita, *A Guest at the Shooters' Banquet: My Grandfather's SS Past, My Jewish Family, A Search for the Truth* , Bloomsbury, Nueva York, 2015.
- Geva, Sharon, *To the Unknown Sister: Holocaust Heroines in Israeli Society* , Hakibutz Hameuchad, Tel Aviv, 2010 (en hebreo).
- Goldenberg, Myrna, ed., *Before All Memory Is Lost: Women's Voices from the Holocaust* , Azrieli Foundation, Toronto, 2017.
- Goldstein, Bernard, *The Stars Bear Witness* , trad. de Leonard Shatzkin, Victor Gollancz, Londres, 1950.
- Grossman, Chaika, *The Underground Army: Fighters of the Białystok Ghetto* , trad. al inglés de Shmuel Beer, Holocaust Library, Nueva York, 1987.
- Grove, Kimberley Sherman, y Judy Geller, *Stories Inked* , Reflections on the Past, Brighton (Canadá), 2012.
- Grunwald-Spier, Agnes, *Women's Experiences in the Holocaust: In Their Own Words* , Amberley, Stroud (Reino Unido), 2018.
- Grupińska, Anka, *Reading the List* , Czarne, Volovec (Polonia), 2014 (en polaco).

- Gurewitsch, Brana, ed., *Mothers, Sisters, Resisters: Oral Histories of Women Who Survived the Holocaust* , University of Alabama Press, Tuscaloosa (Alabama), 1998.
- Guterman, Bella, *Fighting for Her People: Zivia Lubetkin, 1914-1978* , trad. de Ora Cummings, Yad Vashem, Jerusalén, 2014.
- Heilman, Anna, *Never Far Away: The Auschwitz Chronicles of Anna Heilman* , University of Calgary Press, Calgary (Canadá), 2001.
- Izhar, Naomi, *Chasia Bornstein-Bielicka, One of the Few: A Resistance Fighter and Educator, 1939-1947* , trad. al inglés de Naftali Greenwood, Yad Vashem, Jerusalén, 2009.
- Kalchheim, Moshe, ed., *With Proud Bearing 1939-1945: Chapters in the History of Jewish Fighting in the Narotch Forests* , Organisation of Partisans, Underground Fighters-Ghetto Rebels in Israel, Tel Aviv, 1992 (en yidis).
- Katz, Esther, y Joan Miriam Ringelheim, eds., *Proceedings of the Conference on Women Surviving the Holocaust* , Institute for Research in History, Nueva York, c . 1983.
- Kirshenblatt-Gimblett, Barbara, y Antony Polonsky, eds., *POLIN, 1000 Year History of Polish Jews. Catalogue for the Core Exhibition* , catálogo de exposición, Museo POLIN de Historia de los Judíos Polacos, Varsovia, 2014.
- Klinger, Chajka, *I am Writing These Words to You: The Original Diaries, Będzin, 1943* , trad. al inglés de Anna Brzostowska y Jerzy Giebułtowski, Yad Vashem-Moreshet, Jerusalén, 2017 (obra original publicada en hebreo en 2016).
- Kloizner, Israel, y Moshe Perger, *Holocaust Commentary: Documents of Jewish Suffering Under Nazi Rule* , Jewish Agency of Israel y Rescue Committee for the Jews of Occupied Europe, Jerusalén, 1945-1947.
- Korczak, Riezl (Ruz'ka), *Flames in Ash* , Sifriyat Po'alim, Hakibutz Ha'artzi Hashomer Hatzair (Israel), 1946 (en hebreo).
- Korczak, Roszka, Yehuda Tubin, y Yosef Rab, eds., *Zelda the Partisan* , Moreshet-Sifriyat Po'alim, Tel Aviv, 1989 (en hebreo).
- Kukielka, Renia, *Underground Wanderings* , Hakibutz Hameuchad, Ein Harod (Israel), 1945 (en hebreo).

- Kulkielko, Renya, *Escape from the Pit* , Sharon Books, Nueva York, 1947.
- Laska, Vera, ed., *Women in the Resistance and in the Holocaust: The Voices of Eyewitnesses* , Praeger, Westport (Connecticut), 1983.
- Laskier, Rutka, *Rutka's Notebook: January-April 1943* , Yad Vashem, Jerusalén, 2007.
- Liwer, Dawid, *Town of the Dead: The Extermination of the Jews in the Zaglembe Region* , Tel Aviv, 1946 (en hebreo).
- Lubetkin, Zivia, *In the Days of Destruction and Revolt* , trad. al inglés de Ishai Tubbin y Debby Garber, ed. Yehiel Yanay, índice biográfico de Yitzhak Zuckerman, Am Oved-Hakibutz Hameuchad-Ghetto Fighters' House, Tel Aviv (Israel), 1981 (obra original publicada en hebreo en 1979).
- Lukowski, Jerzy, y Hubert Zawadzki, *A Concise History of Poland* , Cambridge University Press, Cambridge (Reino Unido), 2001.
- Meed, Vladka, *On Both Sides of the Wall* , trad. al inglés de Steven Meed, United States Holocaust Memorial Museum, Washington, D. C., 1993 (obra original publicada en yidis en 1948).
- Michlic, Joanna Beata, ed., *Jewish Families in Europe, 1939 Present: History, Representation and Memory* , Brandeis University Press, Waltham (Massachusetts), 2017.
- Milgrom, Frida, *Mulheres na resistência: heroínas esquecidas que se arriscaram para salvar judeus ao longo da história* , Ipsis, São Paulo, 2016.
- Namyslo, Aleksandra, *Before the Holocaust Came: The Situation of the Jews in Zaglebie during the German Occupation* , catálogo de exposición, Oficina de Educación Pública del Instituto de Memoria Nacional, con el Instituto de Historia Judía Emanuel Ringelblum de Varsovia y Yad Vashem, Katowice (Polonia), 2014.
- Neustadt, Melech, ed., *Destruction and Rising, The Epic of the Jews in Warsaw: A Collection of Reports and Biographical Sketches of the Fallen* , 2.<sup>a</sup> ed., Executive Committee of the General Federation of Jewish Labor in Israel, Tel Aviv, 1947.
- Ofer, Dalia, y Lenore J. Weitzman, eds., *Women in the Holocaust* , Yale University Press, New Haven (Connecticut), 1998.

- Ostrower, Chaya, *It Kept Us Alive: Humor in the Holocaust* , trad. al inglés de Sandy Bloom, Yad Vashem, Jerusalén, 2014.
- Paldiel, Mordechai, *Saving One's Own: Jewish Rescuers During the Holocaust* , The Jewish Publication Society, Filadelfia (Pensilvania); Universidad de Nebraska Press, Lincoln (Nebraska), 2017.
- Paulsson, Gunnar S., *Secret City: The Hidden Jews of Warsaw 1940-1945* , Yale University Press, New Haven (Connecticut), 2003.
- Person, Katarzyna, ed., *Warsaw Ghetto: Everyday Life, The Ringelblum Archive, vol. 1* , trad. al inglés de Anna Brzostowska y otros, Jewish Historical Institute, Varsovia, 2017.
- Porat, Dina, *The Fall of a Sparrow: The Life and Times of Abba Kovner* , Stanford University Press, Stanford (California), 2010.
- Prince, Robert M., *The Legacy of the Holocaust: Psychohistorical Themes in the Second Generation* , Other Press, Nueva York, 1999 (obra original publicada en 1985).
- Rakovsky, Puah, *My Life as a Radical Jewish Woman: Memoirs of a Zionist Feminist in Poland* , trad. al inglés de Barbara Harshav y Paula E. Hyman, Indiana University Press, Bloomington (Indiana), 2001.
- Rapaport, J., ed., *Memorial Book of Zaglembe* , s.l., Tel Aviv, 1972 (en yidis, hebreo e inglés).
- Reinhartz, Henia, *Bits and Pieces* , Azrieli Foundation, Toronto, 2007.
- Ringelblum, Emanuel, *Notes From the Warsaw Ghetto: The Journal of Emmanuel Ringelblum* , trad. al inglés de Jacob Sloan, ibooks, Nueva York, 2006 (obra original publicada en 1958).
- Rittner, Carol, y John K. Roth, eds., *Different Voices: Women and the Holocaust* , Paragon House, St. Paul (Minnesota), 1993.
- Ronen, Avihu, *Condemned to Life: The Diaries and Life of Chajka Klinger* , University of Haifa Press, Haifa (Israel); Miskal-Yidiot Ahronoth-Chemed Books, Tel Aviv, 2011 (en hebreo).
- Rosenberg-Amit, Zila (Cesia), *Not to Lose the Human Face* , Hakibutz Hameuchad-Moresheet-Ghetto Fighters' House, Tel Aviv, 1990 (en hebreo).

- Rotem, Simha, «Kazik», *Memoirs of a Ghetto Fighter* , trad. al inglés de Barbara Harshav, Yale University Press, New Haven (Connecticut), 1994.
- Rufeisen-Schüpper, Hella, *Farewell to Miła 18* , Ghetto Fighters' House-Hakibutz Hameuchad, Tel Aviv, 1990 (en hebreo).
- Saidel, Rochelle G., y Batya Brudin, eds., *Violated! Women in Holocaust and Genocide* , catálogo de exposición, Remember the Women Institute, Nueva York, 2018.
- Saidel, Rochelle G., y Sonja M. Hedgepeth, eds., *Sexual Violence Against Jewish Women During the Holocaust* , Brandeis University Press, Waltham (Massachusetts), 2010.
- Schulman, Faye, *A Partisan's Memoir, Woman of the Holocaust* , Second Story Press, Toronto, 1995.
- Shalev, Ziva, *Tossia Altman: Leader of Hashomer Hatzair Movement and of the Warsaw Ghetto Uprising* , Moreshet, Tel Aviv, 1992 (en hebreo).
- Shandler, Jeffrey, ed., *Awakening Lives: Autobiographies of Jewish Youth in Poland Before the Holocaust* , Yale University Press, New Haven (Connecticut), 2002.
- Shelub, Mira, y Fred Rosenbaum, *Never the Last Road: A Partisan's Life* , Lehrhaus Judaica, Berkeley (California), 2015.
- Solomian-Lutz, Fanny, *A Girl Facing the Gallows* , MoreshetSifryat Hapoalim, Tel Aviv, 1971 (en hebreo).
- Spizman, Leib, ed., *Women in the Ghettos* , Pioneer Women's Organization, Nueva York, 1946 (en yidis).
- Tec, Nechama, *Resistance: Jews and Christians Who Defied the Nazi Terror* , Oxford University Press, Nueva York, 2013.
- Thon, Elsa, *If Only It Were Fiction* , Azrieli Foundation, 2013.
- Tubin, Yehuda, Levi Deror y otros, eds., *Ruzka Korchak-Marle: The Personality and Philosophy of Life of a Fighter* , Moreshet-Sifriyat Po'alim, Tel Aviv, 1988 (en hebreo).
- Vitis-Shomron, Aliza, *Youth in Flames: A Teenager's Resistance and Her Fight for Survival in the Warsaw Ghetto* , Tell the Story, Omaha (Nebraska), 2015.

- Wilfand, Yigal, ed., *Vitka Fights for Life* , Moreshet, Givat Haviva (Israel), 2013 (en hebreo).
- Ya'ari-Hazan, Bela, *Bronislawa Was My Name* , Hakibutz Hameuchad-Ghetto Fighters' House, Tel Aviv, 1991 (en hebreo).
- Yerushalmi, Shimshon Dov, *Jędrzejów Memorial Book* , Comunidad Jędrzejów en Israel, Tel Aviv, 1965.
- Zuckerman, Yitzhak, «Antek», *A Surplus of Memory: Chronicle of the Warsaw Ghetto Uprising* , trad. al inglés de Barbara Harshav, University of California Press, Berkeley (California), 1993.

## ARTÍCULOS

Esta lista recoge una selección de artículos relevantes que no aparecen en las fuentes mencionadas anteriormente.

- Bernard, Mark, «Problems Related to the Study of the Jewish Resistance Movement in the Second World War», *Yad Vashem Studies* , 3 (1959), pp. 41-65.
- Fox-Bevilacqua, Marisa, «The Lost, Shul of Będzin: Uncovering Poland's Once-vibrant Jewish Community», *Ha'aretz* , 7 de septiembre de 2014, disponible en la red: <https://www.haaretz.com/jewish/.premium-the-lost-shul-of-Będzin-1.5263609> >.
- Harran, Ronen, «The Jewish Women at the Union Factory, Auschwitz 1944: Resistance, Courage and Tragedy», *Dapim: Studies in the Holocaust* , 31, n.º 1 (2017), pp. 45-67.
- Kasonata, Adriel, «Poland: Europe's Forgotten Democratic Ancestor», *The National Interest*. May , 5 (2016), disponible en la red: <https://nationalinterest.org/feature/polandeuropes-forgotten-democratic-ancestor-16073> >.
- Kol-Inbar, Yehudit. «“Not Even for Three Lines in History”: Jewish Women Underground Members and Partisans During the Holocaust», en *A Companion to Women's Military History* , eds. Barton Hacker y Margaret Vining, Brill, Leiden (Países Bajos), 2012.

- Ofer, Dalia, «Condemned to Life? A Historical and Personal Biography of Chajka Klinger», trad. al inglés de Naftali Greenwood, *Yad Vashem Studies* , 42, n.º 1 (2014), pp. 175-188.
- The Pioneer Woman* , n.º 97, abril de 1944.
- Porter, Jack, «Jewish Women in the Resistance», *Jewish Combatants of World War 2* , 2, n.º 3 (1981).
- Ringelheim, Joan, «Women and the Holocaust: A Reconsideration of Research», *Signs* , 10, n.º 4 (verano de 1985), pp. 741-761.
- Ronen, Avihu, «The Cable That Vanished: Tabenkin and Ya'ari to the Last Surviving Ghetto Fighters», *Yad Vashem Studies* , 41, n.º 2 (2013), pp. 95-138.
- , «The Jews of Będzin», en *Before They Perished ... Photographs Found in Auschwitz* , ed. de Kersten Brandt, Hanno Loewy y otros, Auschwitz-Birkenau State Museum, Oświęcim (Polonia), 2001, pp. 16-27.
- Szczęsna, Joanna, «Irena Conti», *Wysokie Obcasy* , 21 de abril de 2014 (en polaco).
- Tzur, Eli, «A Cemetery of Letters and Words», *Ha'aretz* , 1 de agosto de 2003, disponible en la red: <<https://www.haaretz.com/1.5354308>>.
- Vershitskaya, Tamara, «Jewish Women Partisans in Belarus», *Journal of Ecumenical Studies* , 46, n.º 4 (otoño de 2011), pp. 567-572.
- Yaari, Yoel, «A Brave Connection», *Yedioth Ahronoth* (Suplemento de Pascua), 5 de abril de 2018 (en hebreo).
- Zariz, Ruth, «Attempts at Rescue and Revolt; Attitude of Members of the Dror Youth Movement in Będzin to Foreign Passports as Means of Rescue», *Yad Vashem Studies* , 20 (1990), pp. 211-236.
- Zerofsky, Elisabeth, «Is Poland Retreating from Democracy?», *New Yorker* (23 de julio de 2018).

## **PELÍCULAS Y AUDIOS**

- Blue Bird* (DVD), dirigida por Ayelet Heller, Israel, 1998 (en hebreo).
- Daring to Resist: Three Women Face the Holocaust* (DVD), dirigida por Barbara Attie y Martha Goell Lubell, Estados Unidos, 1999.

*The Heart of Auschwitz* (DVD), dirigida por Carl Leblanc, Canadá, 2010.

*The Last Fighters* (DVD), dirigida por Ronen Zaretsky y Yael Kipper Zaretsky, Israel, 2006 (en hebreo).

*Partisans of Vilna: The Untold Story of Jewish Resistance During World War II* , dirigida por Josh Waletzky, Estados Unidos, 1986.

*Pillar of Fire* (versión hebrea, episodio 13), visualizada en el museo Yad Mordechai, dirigida por Asher Tlalim, Israel, 1981 (en hebreo).

*Uprising* (DVD), dirigida por Jon Avnet, Estados Unidos, 2001.

*Who Will Write Our History* , dirigida por Roberta Grossman, Estados Unidos, 2019.

*Yiddish Glory: The Lost Songs of World War 2* (CD), Six Degrees Records, 2018 (en yidis).

*The Zuckerman Code* , dirigida por Ben Shani y Noa Shabtai, Israel, 2018 (en hebreo), disponible en la red: <[https://www.mako.co.il/tv-ilana\\_dayan/2017/Article-bb85dba8ec3b261006.htm](https://www.mako.co.il/tv-ilana_dayan/2017/Article-bb85dba8ec3b261006.htm) >.



## SOBRE LA AUTORA

Judy Batalion es la autora de *White Walls: A Memoir About Motherhood , Daughterhood , and the Mess in Between* . Sus artículos han aparecido en *The New York Times* , *The Washington Post* , *The Forward* , *Vogue* y otras muchas publicaciones. Licenciada en Historia de la Ciencia por Harvard, y doctorada en Historia del Arte por el Courtauld Institute de la Universidad de Londres, ha trabajado como comisaria de exposiciones y profesora universitaria. Nació en Montreal, donde creció hablando inglés, francés, hebreo y yidis. Actualmente vive en Nueva York con su marido y sus tres hijos.



La Gran Sinagoga (derecha) y la Biblioteca Judaica (izquierda) de Varsovia. Fotografía de K. Wojutyński, 1936-1939. La Biblioteca Judaica se convirtió durante la guerra en la sede de la organización Autoayuda Judía y hoy en día alberga el Instituto de Historia Judía Emanuel Ringelblum. *(Cortesía del Instituto de Historia Judía Emanuel Ringelblum de Varsovia, Polonia.)*



Miembros de una comuna de entrenamiento de pioneros en Jędrzejów, 1935. Zivia Lubetkin está de pie, la tercera por la derecha. *(Cortesía del museo Casa de los Combatientes de los Guetos, Archivo Fotográfico.)*



Miembros de La Joven Guardia en Włocławek, Polonia, durante el Lag Ba'omer, 1937. Tosia Altman es la que está debajo. *(Cortesía del Archivo Fotográfico del Yad Vashem, Jerusalén. 1592/1.)*



Tosia Altman. (*Cortesía de Moreshet, Archivos Hashomer Hatzair.*)



Hantze Plotnicka durante su estancia en la comuna de entrenamiento de pioneros de Baranowice, 1938. (*Cortesía del museo Casa de los Combatientes de los Guetos, Archivo Fotográfico.*)



Camaradas de la comuna de entrenamiento de pioneros en Bialystok, 1938. Frumka Plotnicka está de pie, la segunda por la derecha. *(Cortesía del museo Casa de los Combatientes de los Guetos, Archivo Fotográfico.)*



Gusta Davidson (izquierda) y Minka Liebeskind en un campamento de verano de Akiva, 1938. Las dos se hicieron miembros del movimiento de resistencia del gueto de Cracovia. *(Cortesía del museo Casa de los Combatientes de los Guetos, Archivo Fotográfico.)*





De izquierda a derecha: Tema Schneiderman, Bela Hazan y Lonka Kozibrodka. Fotografía tomada en la fiesta de Navidad de la Gestapo, 1941. *(Cortesía del Archivo Fotográfico del Yad Vashem, Jerusalén. 3308/91.)*

Kennort Abdruck wystawienia	Warschau	
Kreis Polizeibezirk	Distrikt Mitte	
Kennnummer	600061	
Gültig bis Wahre da	21 April 1948 Kwietnia	
Name Nachname	Biernacka	
Geurtsname (b. Elchard) Nazwisko poprzednie (z małżeństwa)	Barbara-Anna	
Vorname Imię	Barbara-Anna	
Geboren am Urodzony (z) w d.	20.2.1907	
Geburtsort Miejscę urodzenia	Krynki	
Kreis Starostwo pow.	Grodno	Distrikt Ostpr.
Land Kraj	eh. Polen	
Beruf Zawód	kriegerischer Wirtsch. wycieczek wycieczek wycieczek	
Religion Wyznanie	röm. kath. - rzymsk. kat.	
Besondere Kennzeichen Ważniejsze znaki rozpoznawcze	keine - żadne	

	
<p><i>Barbara Biernacka</i></p> <p>Unterschrift des Ausstellersinhabers Podpis posiadacza karty rozpoznawczej</p>	
<p>Warschau</p> <p>den</p> <p>21 April 1948 kwietnia</p>	<p>Agostungsbahndirektion Włocławek wystawca</p> <p><i>Włocławek</i></p> <p>Unterschrift des ausstellenden Beamten Podpis wystawcy rozpoznawczej</p>

Uno de los carnets de identidad arios falsificados de Lonka Kozibrodská, 1943. (*Cortesía del museo Casa de los Combatientes de los Guetos, Archivo Fotográfico.*)



Margolit Lichtensztajn. *Niña durmiendo* , lápiz sobre papel, de Gela Seksztajn. (Cortesía del Instituto de Historia Judía Emanuel Ringelblum de Varsovia, Polonia.)



Sarah Kukielka, 1943. (*Cortesía del museo Casa de los Combatientes de los Guetos, Archivo Fotográfico.*)



Chajka Klinger, durante la guerra. (*Cortesía del museo Casa de los Combatientes de los Guetos, Archivo Fotográfico.*)



Miembros del movimiento Juventud en la granja de entrenamiento agrícola de Będzin, bailando la hora en la fiesta de cumpleaños del poeta Chaim Nachman Bialik, 1943. (*Cortesía del museo Casa de los Combatientes de los Guetos, Archivo Fotográfico.*)





Una reunión de jóvenes sionistas en la granja de entrenamiento agrícola de Będzin durante la guerra. Chajka Klinger está en el centro. *(Cortesía del museo Casa de los Combatientes de los Guetos, Archivo Fotográfico.)*



La feria de la plaza Krasin̩ki, junto al gueto de Varsovia. Fotografía de Jan Lissowski, abril de 1943. *(Cortesía del Instituto de Historia Judía Emanuel Ringelblum de Varsovia, Polonia.)*



Una fotografía nazi de un dormitorio en el interior de un búnker construido por la resistencia judía como parte de los preparativos para el levantamiento del gueto de Varsovia, 1943. En la leyenda alemana original se lee: «Fotografías de un supuesto búnker residencial». (*Museo Estadounidense Conmemorativo del Holocausto, cortesía de Archivos Nacionales del College Park.*)



Niuta Teitelbaum como colegiala en Łódź, 1936. Durante la guerra se la conoció como «la pequeña Wanda con trenzas». *(Cortesía del museo Casa de los Combatientes de los Guetos, Archivo Fotográfico.)*



[illegible]

El carnet de identidad falso de Vladka Meed, expedido en nombre de Stanisława Wąchalska, 1943.  
(Museo Estadounidense Conmemorativo del Holocausto, cortesía de Benjamin [Miedzyrzecki] Meed.)



Faye Schulman asistiendo en una operación a un partisano herido. (Museo Estadounidense Conmemorativo del Holocausto, cortesía del Museo Bielorruso de la Gran Guerra Patriótica.)





De izquierda a derecha: Vitka Kempner, Ruzka Korczak y Zelda Treger. *(Cortesía del Archivo Fotográfico del Yad Vashem, Jerusalén. 2921/209.)*



Un refugio partisano en el bosque de Rudniki; fotografía tomada en 1993. *(Cortesía de Rivka Augenfeld.)*



Retrato de Ala Gertner en Będzin, 1930-1939. (*Museo Estadounidense Conmemorativo del Holocausto, cortesía de Anna y Joshua Heilman.*)



El número 41 o 43 de la calle Promyka, en el lado ario de Varsovia. Zivia Lubetkin y sus camaradas se escondieron en el sótano después del levantamiento de Varsovia de 1944. (*Cortesía del museo Casa de los Combatientes de los Guetos, Archivo Fotográfico.*)



Camaradas de Libertad en Budapest, 1944, entre los que se encuentran Renia Kukielka (fila inferior, derecha), Chawka Lenczner (fila inferior), Max Fischer (fila superior, izquierda), Yitzhak Fiszman (fila superior, segundo por la derecha), y el «pequeño Muniosh» (Moniek Hopfenberg, fila inferior, centro). (*Cortesía del museo Casa de los Combatientes de los Guetos.*)



Renia Kukielka en Budapest, 1944. (*Cortesía de Merav Waldman.*)





Antek (Yitzhak) Zuckerman, Varsovia, 1946. *(Cortesía del museo Casa de los Combatientes de los Guetos, Archivo Fotográfico.)*



Zivia Lubetkin y Antek (Yitzhak) Zuckerman, después de la guerra. *(Cortesía del museo Casa de los Combatientes de los Guetos, Archivo Fotográfico.)*



Zivia Lubetkin hablando en el kibutz de Yagur, 1946. *(Cortesía del museo Casa de los Combatientes de los Guetos, Archivo Fotográfico.)*



Excombatientes del gueto de Varsovia y sus familias en la Casa de los Combatientes de los Guetos en 1973. Entre ellos se encuentran Zivia Lubetkin (fila inferior, izquierda), Vladka Meed (fila superior, segunda por la izquierda), Pnina Grinshpan Frimer (fila superior, tercera por la izquierda), Benjamin Meed (fila superior, quinto por la derecha), Yitzhak (Antek) Zuckerman (fila superior, sexto por la derecha), Masha Futermilch (fila superior, segunda por la derecha). *(Cortesía del museo Casa de los Combatientes de los Guetos, Archivo Fotográfico.)*



Renia Kukielka y su nieta mayor, Merav Waldman, en la boda de la hermana de esta, Israel, 2008.  
(*Cortesía de Merav Waldman.*)

## Notas

1 . Como se describe en la canción, «la batalla en el gueto de Varsovia» probablemente se refiere al levantamiento del gueto de Varsovia; sin embargo, después del levantamiento, el gueto fue arrasado y no hubo más concursos artísticos. Quizá *A Chapter of Prayer* ganó un concurso de escritura fuera del gueto. Los actos descritos en la canción pueden referirse al pequeño levantamiento que hubo en enero o, de manera más general, a la resistencia en el gueto.

\* Varsovia, con el rostro lloroso / y tumbas en cada esquina, / sobrevivirá a sus enemigos / y seguirá viendo la luz de los días. (*N. de la t.*)

1 . Leib Spizman, ed., *Women in the Ghettos* , Pioneer Women's Organization, Nueva York, 1946. Se trata de una recopilación de recuerdos, cartas y poemas escritos por y sobre las mujeres de la resistencia judía, en su mayoría pertenecientes al movimiento sionista laborista polaco, y comprende extractos de obras más extensas. El texto está en yidis y va dirigido a los judíos estadounidenses, aunque gran parte de su contenido se publicó inicialmente en hebreo. El editor, Leib Spizman, huyó de Polonia para dirigirse a Japón y a continuación a Nueva York, donde se convirtió en historiador del sionismo laborista.

2 . Para un debate sobre la definición de «resistencia», véase, por ejemplo: Brana Gurewitsch, ed., *Mothers, Sisters, Resisters: Oral Histories of Women Who Survived the Holocaust* , University of Alabama Press, Tuscaloosa, 1998, pp. 221-222; Yehudit Kol-Inbar, «“Not Even for Three Lines in History”: Jewish Women Underground Members and Partisans During the Holocaust», en *A Companion to Women's Military History* , ed. Barton Hacker y Margaret Vining, Brill, Leiden (Países Bajos), 2012, pp. 513-546; Yitchak Mais, «Jewish Life in the Shadow of Destruction», y Eva Fogelman, «On Blaming the Victim», en *Daring to Resist: Jewish Defiance in the Holocaust* , ed. Yitzchak Mais, Museum of Jewish Heritage, Nueva York, 2007, catálogo de exposición, pp. 18-25 y 134-137; Dalia Ofer y Lenore J. Weitzman, «Resistance and Rescue», en *Women in the Holocaust* , ed. Dalia Ofer y Lenore J. Weitzman, Yale University Press, New Haven (Connecticut), 1998, pp. 171-174; Gunnar S. Paulsson, *Secret City: The Hidden Jews of Warsaw 1940-1945* , Yale University Press, New Haven (Connecticut), 2003, pp. 7-15; Joan Ringelheim, «Women and the Holocaust: A Reconsideration of Research», en *Different Voices: Women and the Holocaust* , ed. Carol Rittner y John K. Roth, Paragon House, St. Paul (Minnesota), 1993, pp. 383, 390; Nechama Tec, *Resistance: Jews and Christians Who Defied the Nazi Terror* , Oxford University Press, Nueva York, 2013, en particular pp. 12-13; Lenore J. Weitzman, «Living on the Aryan Side in Poland: Gender, Passing, and the Nature of Resistance», en *Women in the Holocaust* , ed. Dalia Ofer y Lenore J. Weitzman, Yale University Press, New Haven (Connecticut), 1998, pp. 187-222. Paulsson y Weitzman insisten en que el acto de esconderse debería considerarse una forma de resistencia; lo mismo puede decirse de la huida, según Paulsson.



3 . Para un debate sobre los rescatadores judíos, véase Mordechai Paldiel, *Saving One's Own: Jewish Rescuers During the Holocaust* , Jewish Publication Society, University of Nebraska Press, Filadelfia, 2017. Según Paldiel, el rescate a gran escala tuvo un papel menos destacado en Polonia que en otros países.

4 . Testimonio de Vera Slymovicz, p. 27, Archivos Judíos Canadienses Alex Dworkin, Montreal.

5 . Renia Kukielka, *Underground Wanderings* , Hakibbutz Hameuchad, Ein Harod (Israel), 1945.

6 . Véase, por ejemplo, la descripción del libro de Renia en <<https://images.shulcloud.com/1281/uploads/Documents/NarayeverNews/news-jan-feb-2014.pdf>>.

7 . Renya Kulkielko, *Escape from the Pit* , Sharon Books, Nueva York, 1947. Sharon Books tenía la misma dirección postal que la Pioneer Women's Organization. (En 2018 la familia de Renia no tenía ni idea de que existía esta edición en inglés.)

8 . Aunque las historias de la resistencia judía no habían llegado al ámbito cultural judío en el que yo crecí, se cuentan en las comunidades de supervivientes y se debate sobre ellas en los círculos académicos de Israel. Algunos han afirmado que esos esfuerzos fueron tan minúsculos que no merecen que se les preste atención; otros sostienen que la actividad de la resistencia fue «masiva».

Vale la pena mencionar que muchas estadísticas de esta historia son estimaciones y a menudo se rebaten. Gran parte de los «datos» del Holocausto provienen de archivos nazis y, en el caso de la resistencia, no son imparciales. En el lado judío, pese a los contados intentos exitosos de crear y rescatar archivos, se perdió mucha información o tuvo que guardarse en secreto; no llegó a registrarse o se registró cifrada. Muchas de las cifras provienen de memorias personales.

9 . Mais, «Jewish Life in the Shadow of Destruction», p. 24. Otras fuentes ofrecen cifras ligeramente diferentes. Según la Enciclopedia del Holocausto del USHMM, <<https://encyclopedia.ushmm.org/content/en/article/jewish-uprisings-in-ghettos-and-camps-1941-44>>, en aproximadamente un centenar de guetos hubo movimientos de resistencia. (No especifica si eran o no armados.) Según Agnes Grunwald-Spier, *Women's Experiences in the Holocaust: In Their Own Words* , Amberley, Stroud (Reino Unido), 2018, pp. 180-181, en diecisiete guetos de Polonia y Lituania hubo algún grupo de resistencia, y se calcula que en unos sesenta y cinco guetos del área de Bielorrusia hubo grupos armados que más tarde combatirían desde los bosques.

10 . Texto del muro, «Luchando por sobrevivir: Resistencia Judía», Museo del Holocausto de Montreal, Montreal. El texto del muro que se encuentra en el Museo POLIN de Historia de los Judíos Polacos, Varsovia, también incluye: Będzin, Brasław, Brzesc, Kobryn, Krzemieniec, Mir, Nieswiez, Tuczyn y Vilna. La Enciclopedia del USHMM, <<https://encyclopedia.ushmm.org/content/en/article/jewish-uprisings-in-ghettos-and-camps-1941-44>>, incluye: Lachva, Kremenets, Nesvizh. Mark Bernard, «Problems Related to the Study of the Jewish Resistance Movement in the Second World War», *Yad Vashem Studies* , 3 (1959), p. 45, menciona que la resistencia judía también tuvo lugar en Kazimierz, Biala Podlaska, Puławy, Radzyń, Jasło, Sandomierz; señala que las unidades partisanas se formaron en los guetos de Łuków, Puławy, Biala Podlaska, Mińsk Mazowiecki, Brest, Lublin y Pinsk; también se refiere a un levantamiento en el campo de Trawniki. Según Yad Vashem, <[https://www.yadvashem.org/odot\\_pdf/Microsoft%20Word%20-%206316.pdf](https://www.yadvashem.org/odot_pdf/Microsoft%20Word%20-%206316.pdf)>, los combatientes de Grodno también intentaron sin éxito asesinar a los comandantes del gueto.



11 . Tec, *Resistance* , p. 148.

12 . Fundación Educativa de Partisanos Judíos, <<http://www.jewishpartisans.org>>.

13 . No está claro el número de judíos mantenidos por esta red. Véase notas al pie del capítulo 20.

14 . Grunwald-Spier, *Women's Experiences in the Holocaust* , pp. 228-229, señala que cuando la nieta de Zivia se convirtió en piloto combatiente, apareció un artículo en *The Daily Telegraph* del Reino Unido sobre ella y sobre su abuelo, que había sido combatiente en Varsovia, sin mencionar siquiera a Zivia. En *Isaac's Army: A Story of Courage and Survival in Nazi-Occupied Poland* , de Matthew Brzezinski, Random House, Nueva York, 2012, las mujeres aparecen debajo de los hombres en el reparto de personajes, y se refiere a ellas como «novia de». A los hombres no se les describe como «novio de».

15 . Ziva Shalev, *Tossia Altman: Leader of Hashomer Hatzair Movement and of the Warsaw Ghetto Uprising* , Moreshet, Tel Aviv, 1992, pp. 32-33. Sobre *hussies* , «pícaras», véase Anna Legierska, «The Hussies and Gentlemen of Interwar Poland», *Culture.pl* , <<https://culture.pl/en/article/the-hussies-and-gentlemen-of-prewar-poland>>, 16 de octubre de 2014.

16 . Chaika Grossman, «For Us the War Has Not Ended», en *Women in the Ghettos* , Leib Spizman, ed., pp. 180-182.

17 . De la entrada de mayo de 1942 del diario de Emanuel Ringelblum. Puede encontrarse una traducción en Emanuel Ringelblum, *Notes from the Warsaw Ghetto: The Journal of Emanuel Ringelblum* , ed. y trad. al inglés de Jacob Sloan, ibooks, Nueva York, 2006.

Muchos dirigentes hicieron elogios similares en el momento. Jan Karski, el famoso líder de la resistencia polaca, también elogió a las mensajeras, haciendo hincapié en que se exponían más que los organizadores y los ejecutores, y que llevaron a cabo el trabajo más duro por el más mínimo reconocimiento. Citado en Vera Laska, ed., *Different Voices* , Paragon House, Nueva York, 1993, p. 255.

18 . Ruzka Korczak, «Women in the Vilna Ghetto», en *Women in the Ghettos* , p. 126.



19 . Gusta Davidson Draenger, *Justyna's Narrative* , trad. al inglés de Roslyn Hirsch y David H. Hirsch, University of Massachusetts Press, Amherst, 1996, p. 33. «Desde esta celda de la que nunca saldremos con vida, los jóvenes combatientes que estamos a punto de morir os saludamos. Entregamos nuestra vida de buen grado por nuestra causa santa, y solo os pedimos que nuestras obras queden registradas en el libro del recuerdo eterno», escribió.

1 . La información sobre Będzin proviene de «Będzin», *Virtual Shtetl* , <<https://sztetl.org.pl/en/towns/b/406-bedzin/99-history/137057-history-of-community> >; Bella Gutterman, «The Holocaust in Będzin», en *Rutka's Notebook: January-April 1943* , Yad Vashem, Jerusalén, 2007; Aleksandra Namyslo, *Before the Holocaust Came: The Situation of the Jews in Zagłębie During the German Occupation* , Oficina de Educación Pública del Instituto de Memoria Nacional, con el Instituto de Historia Judía Emanuel Ringelblum de Varsovia y Yad Vashem, Katowice (Polonia), 2014; Anna Piernikarczyk, «Będzin», *Polskie Dzieje* , <<https://polskiedzieje.pl/dzieje-miast-polskich/bedzin.html> >; Avihu Ronen, «The Jews of Będzin», en *Before They Perished... Photographs Found in Auschwitz* , ed. Kersten Brandt y otros, Auschwitz-Birkenau State Museum, Oświęcim (Polonia), 2001, pp. 16-27; Marcin Wodziński, «Będzin», *Enciclopedia YIVO de los Judíos de Europa del Este* , <<http://www.yivoencyclopedia.org/article.aspx/Bedzin> >; Ruth Zariz, «Attempts at Rescue and Revolt; Attitude of Members of the Dror Youth Movement in Będzin to Foreign Passports as Means of Rescue», *Yad Vashem Studies* , 20 (1990), pp. 211-236.

2 . «Będzin», *Enciclopedia YIVO de los Judíos de Europa del Este* ,  
<<https://yivoencyclopedia.org/article.aspx/Bedzin> >. Las cifras que aportan otras fuentes oscilan entre el 45 y el 80 por ciento.

3 . Diversas fuentes ofrecen cifras entre 40 y 200. Según la *Enciclopedia YIVO de los Judíos de Europa del Este* , murieron 44 judíos.

4 . A los judíos se les obligaba a llevar insignias que cambiaban según la región. En muchas zonas de Polonia, tenían que llevar brazaletes blancos con una estrella de David azul; en otras, lucían estrellas amarillas. Vease «Holocaust Badges», Centro Conmemorativo del Holocausto, <<https://www.holocaustcenter.org/visit/library-archive/holocaust-badges> >.

5 . Los nazis utilizaban eufemismos para referirse a sus planes asesinos. La «Solución Final» se refiere a su plan de aniquilar a todos los judíos de Europa. «Liquidación» significa eliminar un gueto deportando a su población a un campo de exterminio o a lugares donde eran asesinados en masa.

6 . Esta escena es una recreación a partir de un comentario de las memorias de Renia. Kukielka, *Undergound Wanderings* , pp. 74-75.

7 . La descripción de Hershel proviene de Chajka Klinger, *I Am Writing These Words to You: The Original Diaries, Będzin 1943* , trad. al inglés de Anna Brzostowska y Jerzy Giebułtowski, Yad Vashem y Moreshet, Jerusalén, 2017, p. 69.



8 . «Generalgouvernement», Yad Vashem-Centro de Recursos de la Shoah,  
<[http://www.yadvashem.org/odot\\_pdf/Microsoft%20Word%20-%206246.pdf](http://www.yadvashem.org/odot_pdf/Microsoft%20Word%20-%206246.pdf)>.

9 . Esto se basa en las fotografías de Sarah que se hallan en el archivo del museo Casa de los Combatientes de los Guecos.

10 . Zariz, «Attempts at Rescue and Revolt», pp. 211-236. Para más información sobre tramas de pasaportes, véase, por ejemplo: *Vladka Meed, On Both Sides of the Wall*, trad. al inglés de Steven Meed, United States Holocaust Memorial Museum, Washington, D. C., 1993, pp. 175-180; Paldiel, *Saving One's Own* , pp. 361-362; Avihu Ronen, *Condemned to Life: The Diaries and Life of Chajka Klinger* , University of Haifa Press, Miskal-Yidioth Ahronoth y Chemed, Haifa y Tel Aviv, 2011, pp. 234-294.

1 . Lemberg era el nombre en yidis de Lvov (en polaco), una ciudad que actualmente se llama Lviv (en ucraniano) y Leópolis en castellano.

2 . Ringelblum, *Notes from the Warsaw Ghetto* , pp. 273-274.

1 . La fecha de nacimiento de Renia cambia en los distintos documentos, pero esta es la que consta en el catálogo de Yad Vashem y la que reconocen sus hijos.

2 . Me inventé esta escena del parto basándome en el testimonio de Renia que se encuentra en los archivos de Yad Vashem y el contexto histórico. Si no se indica lo contrario, toda la información sobre Renia y su familia que aparece en este capítulo proviene de su testimonio de Yad Vashem.

3 . Según el testimonio de Renia de los archivos de Yad Vashem, la familia hablaba yidis en casa, y ella hablaba polaco con sus amigos. Según el testimonio oral de la Casa de los Combatientes de los Guetos, hablaba polaco en casa. Su sobrino afirmó que en casa hablaba yidis y polaco; entrevista personal por teléfono con Yoram Kleinman, 11 de febrero de 2019.



4 . Según me contó un lugareño de Jędrzejów en junio de 2018.

5 . *The Jędrzejów Yizkor Book* , Irgun Ole Yendzýov be-Yiśra'el, Tel Aviv, 1965, enumera cinco ramas de la familia «Kokielka» asesinadas por los nazis.

6 . «Food and Drink», *Enciclopedia YIVO de los Judíos de Europa del Este* ,  
<[http://www.yivoencyclopedia.org/article.aspx/Food\\_and\\_Drink](http://www.yivoencyclopedia.org/article.aspx/Food_and_Drink) >. Véase también Magdalena  
Kasprzyk-Chevriaux, «How Jewish Culture Influenced Polish Cuisine», *Culture.pl* ,  
<<https://culture.pl/en/article/how-jewish-culture-influenced-polish-cuisine> >.

7 . La información sobre Jędrzejów de este capítulo proviene sobre todo de «Jędrzejów», *Virtual Shtetl* , <[https://sztetl.org.pl/en/towns/j/40-Jędrzejów/99-history/137420-history-of-community#footnote23\\_xgdnzma](https://sztetl.org.pl/en/towns/j/40-Jędrzejów/99-history/137420-history-of-community#footnote23_xgdnzma)>; «Jędrzejów», *Beit Hatfutsot: My Jewish Story* , bases de datos abiertas del Museo del Pueblo Judío, <<https://dbs.bh.org.il/place/Jędrzejów>>; «Jędrzejów», *Holocaust Historical Society* , <<https://www.holocausthistoricalsociety.org.uk/contents/ghettos-j-r/Jędrzejów.html>>; «Jędrzejów», *JewishGen* , <[https://www.jewishgen.org/yizkor/pinkas\\_poland/pol7\\_00259.html](https://www.jewishgen.org/yizkor/pinkas_poland/pol7_00259.html)>, publicada originalmente en la *Enciclopedia de las Comunidades Judías* , Pinkas Hakehillot, Polonia, vol. VII , Yad Vashem, Jerusalén, pp. 259-262.

8 . Estas fechas de nacimiento son aproximadas, pero parece ser que Aaron nació en 1925, Esther en 1928, y Yaacov en 1932.

9 . Texto del muro, Museo POLIN de Historia de los Judíos Polacos, Varsovia.

10 . «Jędrzejów», *Virtual Shtetl* .

11 . Anna Legierska, «The Hussies and Gentlemen of Interwar Poland», Culture.pl, <<https://culture.pl/en/article/the-hussies-and-gentlemen-of-prewar-poland> >,16 Oct 2014. Era el vestido que solía llevarse a diario.



12 . Entrevista personal a Merav Waldman por Skype, 23 de octubre de 2018.

13 . Citado en «Jędrzejów», *Virtual Shtetl* .

14 . Según el testimonio de Renia que se conserva en Yad Vashem, asistió durante un breve periodo de tiempo a la escuela Beit Yakov, pero quedaba lejos de casa y se cambió a una escuela pública polaca.

15 . En su testimonio de Yad Vashem, Renia cuenta que un profesor insistió en llamarla «Kukielchanka», porque Kukielka sonaba demasiado polaco para una judía.

16 . La información de este capítulo sobre la historia de Polonia y los judíos de Polonia proviene sobre todo de la entrada «Polonia» de *la Enciclopedia YIVO de los Judíos de Europa del Este* , <<https://yivoencyclopedia.org/article.aspx/Poland> >; Samuel D. Kassow, «On the Jewish Street, 1918-1939», *POLIN, 1000 Year History of Polish Jews— Catalogue for the Core Exhibition* , ed. Barbara Kirshenblatt- Gimblett y Antony Polonsky, Museo POLIN de Historia de los Judíos Polacos, Varsovia, 2014; Jerzy Lukowski y Hubert Zawadzki, *A Concise History of Poland* , Cambridge University Press, Cambridge, 2001.

17 . Adriel Kasonata, «Poland: Europe's Forgotten Democratic Ancestor», *The National Interest* , 5 de mayo de 2016, <<https://nationalinterest.org/feature/poland-europes-forgotten-democratic-ancestor-16073>>.

18 . Conferencia de Paul Brykczynski junto con Samuel Kassow, bajo el título «In Dialogue: Polish Jewish Relations During the Interwar Period», 15 de noviembre de 2018, en Fordham University, con Columbia, YIVO.

19 . Testimonios dados en «Jędrzejów», *Virtual Shtetl* .



20 . Shimen Dzigan y Yisroel Schumacher se conocieron como parte de un grupo de teatro cómico en Łódź. En la década de 1930 obtuvieron tanta popularidad que fundaron su propia compañía de cabaret en Varsovia.

<sup>21</sup> . Samuel D. Kassow me señaló este *sketch* en la conferencia «In Dialogue: Polish Jewish Relations During the Interwar Period», que pronunció en noviembre de 2018 en Nueva York. Para un debate sobre el sketch, véase Ruth R. Wisse, *No Joke: Making Jewish Humor* , Princeton University Press, Princeton (Nueva Jersey), 2015, pp. 145-146.

22 . En 1938 el Bund pasó a ser el partido más grande porque, debido al Libro Blanco británico, la inmigración a Palestina parecía imposible, y el Gobierno polaco hacía caso omiso a las peticiones del partido religioso. Antes de eso, la población se dividía entre los tres partidos a partes bastante iguales.

23 . Según los hijos de Renia, si Moshe ejerció sobre ella influencia intelectual, Sarah fue un ejemplo de liderazgo. Pero, al ser Sarah mayor y vivir en distintos kibutz *hajshará* , es posible que Renia también acompañara a Bela. En su testimonio de Yad Vashem, Renia afirma que, antes de la guerra, con menos de quince años, estaba concentrada en su vida escolar y no tenía ningún interés en los movimientos juveniles.

24 . «Llevaba una falda de lana azul marino muy ancha y sumamente corta, ya que asomaba el zapato entero debajo. [...] ¡La gente te señalará con el dedo!» Citado en Legierska, «The Hussies and Gentlemen of Interwar Poland», Culture.pl, <<https://culture.pl/en/article/the-hussies-and-gentlemen-of-prewar-poland>>, 16 de octubre de 2014.

25 . Las fotos de Sarah Kukielka provienen del archivo del museo Casa de los Combatientes de los Guetos.

26 . El YIVO, el eminente instituto yidis de Vilna, señaló esa crisis y organizó un concurso de memorias en el que pedía a los jóvenes judíos que escribieran sobre su vida con la esperanza de entenderlos mejor y ayudarlos a subir la moral.

27 . La Joven Guardia no estaba inscrita como partido político, pero eran sionistas socialistas.



28 . Las fotos de *hajshará* en Jędrzejów provienen de «Jędrzejów», *Beit Hatfutsot: My Jewish Story* .

29. «Dror» (Libertad) se fundó en 1938 sobre una fusión de Hejalutz HaTsair (Jóvenes Pioneros) y Freiheit (Libertad, en yidis), que era un grupo con base yidis que atraía a miembros de la clase obrera. Libertad era, por lo tanto, un grupo sionista donde se hablaba el yidis junto con el hebreo, y en el que había más miembros de clase obrera. Estaba afiliado al partido político Poalei Zion y sigue activo. Los camaradas tenían fama de ser mayores y menos pretenciosos, y de tener los pies más en el suelo que La Joven Guardia (Bella Guttermán, *Fighting for Her People: Zivia Lubetkin, 1914-1978*, trad. al inglés de Ora Cummings, Yad Vashem, Jerusalén, 2014, p. 132).

30 . Por ejemplo: «Yo mismo nunca he sido muy del movimiento. Me quedé con el nombre de Akiba porque en la ŻOB todos adoptaban el nombre de su movimiento como si formara parte del suyo, como si fuera otro apellido». Simha «Kazik» Rotem, *Memoirs of a Ghetto Fighter* , trad. al inglés de Barbara Harshav, Yale University Press, New Haven (Connecticut), 1994, p. 22. Había rivalidad entre grupos, y varios atacaron la oficina central de los otros.

31 . Las mujeres, sin embargo, no podían votar en el consejo comunitario judío.

32 . Para un debate sobre las mujeres tanto polacas como judías en la Polonia de posguerra, véase Gershon Bacon, «Poland: Interwar», *The Encyclopedia of Jewish Women* , <<https://jwa.org/encyclopedia/article/poland-interwar> >; Judith Taylor Baumel-Schwartz y Tova Cohen, eds. *Gender, Place and Memory in the Modern Jewish Experience: Re-Placing Ourselves* , Vallentine Mitchell, Londres, 2003; Anna Czocher, Dobrochna Kałwa, y otros, *Is War Men's Business? Fates of Women in Occupied Kraków in Twelve Scenes* , trad. al inglés de Tomasz Teszner y Joanna Belch-Rucińska, Museo de Historia de la Ciudad de Cracovia, Cracovia, 2011; Nameetha Matur, «“The New Sportswoman”: Nationalism, Feminism and Women's Physical Culture in Interwar Poland», *The Polish Review* , 48 (2003), n.º 4, pp. 441-462; Jolanta Mickute, «Zionist Women in Interwar Poland», sobre *The Macmillan Report* , <<https://www.youtube.com/watch?v=TrYt4oI4Mq4> >; Lenore J. Weitzman y Dalia Ofer, «Introduction to Part 1», Paula E. Hyman, «Gender and the Jewish Family in Modern Europe», Gershon Bacon, «The Missing 52 Percent: Research on Jewish Women in Interwar Poland and Its Implications for Holocaust Studies», y Daniel Blatman, «Women in the Jewish Labor Bund in Interwar Poland», todos en *Women in the Holocaust* ; Puah Rakovsky, *My Life as a Radical Jewish Woman: Memoirs of a Zionist Feminist in Poland* , trad. al inglés de Barbara Harshav con Paula E. Hyman, Indiana University Press, Bloomington, 2001; Avihu Ronen, «Poland: Women Leaders in the Jewish Underground in the Holocaust», en *Enciclopedia de las Mujeres Judías* , <<https://jwa.org/encyclopedia/article/poland-women-leaders-in-jewish-underground-during-holocaust> >; Jeffrey Shandler, ed., *Awakening Lives: Autobiographies of Jewish Youth in Poland Before the Holocaust* , Yale University Press, New Haven (Connecticut), 2002; Anna Zarnowska, «Women's Political Participation in Inter-War Poland: Opportunities and Limitations», *Women's History Review* , 13, n.º 1, 2004, pp. 57-68.

33 . La mayoría de las «feministas» polacas de la época se habrían descrito a sí mismas como «radicales» o «revolucionarias».

34 . Avihu Ronen, «Young Jewish Women Were Leaders in the Jewish Underground During the Holocaust», Archivo de las Mujeres Judías, *Enciclopedia de las Mujeres Judías* , <<https://jwa.org/encyclopedia/article/Poland-women-leaders-in-jewish-undergroundduring-holocaust>>. Por otra parte, Kol-Inbar, «*Three Lines in History*» , p. 514, afirma que las mujeres no desempeñaron un papel muy importante en los movimientos juveniles de Polonia.

35 . La primera fuente es el prólogo de Renia a *Escape from the Pit* ; la segunda, el testimonio de Renia recogido en Yad Vashem.



36 . Véanse, por ejemplo, los testimonios de las mujeres en los Archivos Judíos Canadienses Alex Dworkin, Montreal.

1 . La estrategia del *blitzkrieg* de Hitler entrañaba un bombardeo exhaustivo para destruir los medios de transporte y las vías de comunicación del enemigo, seguido de una invasión terrestre a gran escala. El ejército polaco iba mal equipado y estaba anticuado (intentaron combatir frontalmente a los alemanes con cargas de la caballería) y no pudieron competir con el ejército alemán, moderno y mecanizado.

2 . Kukielka, *Underground Wanderings* , p. 4. Este capítulo está basado en material procedente de *Underground Wanderings* , pp. 3-8, y su testimonio en Yad Vashem.

3 . Ibid., p. 4.

4 . En el testimonio de Renia depositado en Yad Vashem, dice que se escondieron en el sótano.

5 . «Chmielnik», *Beit Hatfutsot: My Jewish Story* , bases de datos abiertas del Museo del Pueblo Judío, <<https://dbs.bh.org.il/place/chmielnik>>.

6 . Para una versión alternativa de esa primera noche con otros detalles, véase «Chmielnik», *Virtual Shtetl* .

7 . Naomi Izhar, *Chasia Bornstein-Bielicka, One of the Few: A Resistance Fighter and Educator; 1939-1947* , trad. al inglés de Naftali Greenwood, Yad Vashem, Jerusalén, 2009, p. 133.



8 . Testimonio de Renia depositado en Yad Vashem.

1 . Todas las escenas sobre Zivia de este capítulo están basadas en Zivia Lubetkin, *In the Days of Destruction and Revolt* , trad. al inglés de Ishai Tubbin y Debby Garber, ed. Yehiel Yanay, Am Oved-Hakibbutz Hameuchad-Ghetto Fighters' House, Tel Aviv, 1981. La información adicional proviene principalmente de Zvi Dror, *The Dream, the Revolt and the Vow: The Biography of Zivia Lubetkin-Zuckerman (1914-1978)* , trad. al inglés de Bezalel Ianai, General Federation of Labor [Histadrut]-Ghetto Fighters' House, Tel Aviv, 1983; Chana Gelbard, «In the Warsaw Ghetto», en *Women in the Ghettos* , pp. 3-16; Gutterman, *Fighting for Her People* ; Yitzhak «Antek» Zuckerman, *A Surplus of Memory: Chronicle of the Warsaw Ghetto Uprising* , trad. al inglés de Barbara Harshav, University of California Press, Berkeley, 1993.

2 . Lubetkin, *Days of Destruction* , p. 16.

3 . Gutterman, *Fighting for Her People* , p. 9.

4 . Entre ellas están Frumka Plotnicka, Hantze Plotnicka, Leah Pearlstein y Tosia Altman.

5 . Según *The Zuckerman Code* , dirigido por Ben Shani y Noa Shabtai, Israel, 2018, Antek era su «apodo íntimo». Utilizaba distintos nombres cuando se enfrentaba con los alemanes y los polacos.

6 . Lubetkin, *Days of Destruction* , p. 14.

7 . Ibid.



8 . Según Eyal Zuckerman, Tel Aviv, 15 de mayo de 2018, es posible que fuera a Varsovia para buscar a Shmuel. Por otro lado, Gutterman, *Fighting for Her People* , p. 107, sugiere que pospuso su viaje a Varsovia a causa de la captura de Shmuel.

9 . Lubetkin, *Days of Destruction* , p. 13.

10 . Gutterman, *Fighting for Her People* , p. 110. Según Lubetkin, *Days of Destruction* , p. 14, fue «la noche siguiente». Lubetkin no menciona a Antek en su relato.

11 . Ibid., p. 15.

12 . Ibid., p. 17.

13 . «The History of the Great Synagogue», Instituto de Historia Judía,  
<<http://www.jhi.pl/en/blog/2013-03-04-the-history-ofthe-great-synagogue> >.

14 . «Warsaw», *Enciclopedia YIVO de los Judíos de Europa del Este* . Dalia Ofer, «Gender Issues in Diaries and Testimonies of the Ghetto: The Case of Warsaw», en *Women in the Holocaust* , pp. 144-145, señala que la población antes de la guerra era de 359.000 e incluye un colapso demográfico.

15 . Son 1,1 millones de judíos de un total de 8,6 millones. Las estadísticas son de 2016, tal como se citan en Uriel Heilman, «7 Things to Know About the Jews of New York for Tuesday's Primary», *Jewish Telegraphic Agency* , 18 de abril de 2016, <<https://www.jta.org/2016/04/18/politics/7-things-to-know-about-the-jews-of-new-york-for-tuesdays-primary> >.



16 . Se pueden ver secuencias de Varsovia antes de la guerra en: <<https://www.youtube.com/watch?v=igv038Pqr34>>; <<https://www.youtube.com/watch?v=CQVQQQDKyoo>>; <[https://www.youtube.com/watch?v=Zk\\_8ITLGLTE](https://www.youtube.com/watch?v=Zk_8ITLGLTE)>.

17 . Lubetkin, *Days of Destruction* , p. 19.

18 . Ibid., p. 21.

19 . Eliezer, «In the Movement», en *Women in the Ghettos* , pp. 87-91.

20 . Lutke, «Frumka» en *Hantze and Frumka* , p. 169.

21 . Y. Perlis, «In the Hachshara and the Movement», en *Hantze and Frumka* , p. 55.

22 . Zruvevel, «Meeting and Separation», en *Women in the Ghettos* , pp. 91-95.

23 . Eliyahu Plotnicki, «Childhood Home», en *Hantze and Frumka* , p. 10.



24 . Yudka, «Catastrophe», en *Women in the Ghettos* , pp. 95-102. Según este relato, parece que su afán podría haber sido alimentado por el falso rumor de que Hantze había muerto en la Polonia ocupada.

25 . Gelbard, «In the Warsaw Ghetto», pp. 5-7.

26 . Zuckerman, *Surplus of Memory* , p. 104. Leah Pearlstein fue una cabecilla de la Resistencia en una granja del movimiento, en Łódź y en Varsovia. Probablemente murió en la *Aktion* de Varsovia de enero de 1943.

27 . Ibid., p. 244.

28 . Kukielka, *Underground Wanderings* , p. 12. En otras ocasiones, Renia reconoce que algunos militares intentaron aprovecharse de su cargo para ayudar a otros.

29 . Bernard, «Problems Related to the Study», pp. 61-62. Según Ronen, «The Jews of Będzin», p. 21, en el *Judenrat* de Zagłębie había quinientos oficiales. En los documentos de los archivos del JDC consta que en Varsovia sirvieron dos mil policías judíos.

30 . Véase, por ejemplo, Tec, *Resistance* , p. 14, para una revisión de la bibliografía sobre la complejidad de los *Judenrats* . Otros testimonios de los *Judenrats* que apoyaron la Resistencia, así como debates sobre el papel que desempeñaron, pueden encontrarse, por ejemplo, en Izhar, *Chasia Bornstein-Bielicka* , pp. 124-125, 140; Rotem, *Memoirs of a Ghetto Fighter* , p. 15; Don Levin y Zvie A. Brown, *The Story of an Underground: The Resistance of the Jews of Kovno (Lithuania) in the Second World War* , Gefen, Jerusalén, 2018; Mira Shelub y Fred Rosenbaum, *Never the Last Road: A Partisan's Life* , Lehrhaus Judaica, Berkeley (California), 2015, p. 78. Existen debates similares sobre la policía judía. Para una opinión sobre el desarrollo del *Judenrat* y la mano de obra, véase Bernard Goldstein, *The Stars Bear Witness* , trad. al inglés de Leonard Shatzkin, Victor Gollancz, Londres, 1950, pp. 34-36.

31 . Zivia escribió extensamente sobre su desdén hacia el *Judenrat* , la policía judía y los colaboracionistas judíos. Lubetkin, *Days of Destruction* , pp. 39-42.



32 . Chana Gelbard, «Life in the Ghetto», *The Pioneer Woman* , n.º 97, 11 de abril de 1944.

33 . Zuckerman, *Surplus of Memory* , pp. 44-45.

34 . Entrevista personal, Eyal Zuckerman, Tel Aviv, 15 de mayo de 2018.

35 . Naomi Shimshi, «Frumka Plotniczki», Archivo de las Mujeres Judías, Enciclopedia de las Mujeres Judías, <<https://jwa.org/encyclopedia/article/plotniczki-frumka>>.

36 . Zuckerman, *Surplus of Memory* , p. 30, menciona los rumores sobre el triángulo amoroso. En Gutterman, *Fighting for Her People* , pp. 101, 127, 134, 135, se hacen conjeturas sobre ello.

37 . Ibíd., p. 132. Según *The Zuckerman Code* de Sharon Geva y *Blue Bird* , dirigida por Ayelet Heller (Israel, 1998), «Zivia» era una palabra en clave para referirse a toda Polonia.

1 . Según el testimonio de Renia depositado en Yad Vashem, un vecino le ofreció un empleo de secretaria judicial y ella enseguida aceptó.

2 . A menos que se indique lo contrario, las escenas de este capítulo, así como las descripciones y la información ofrecida, se basan en Kukielka, *Underground Wanderings* , pp. 9-36. Para más información sobre el gueto de Jędrzejów, consúltense las fuentes citadas en el primer capítulo.



3 . Renia Kukielka, testimonio de Yad Vashem. Según ella, nunca volvieron a verlo a él ni sus bienes.

4 . Véase, por ejemplo, Izhar, *Chasia Bornstein-Bielicka* , pp. 104, 133.

5 . Ibid., pp. 104-115.

6 . Barbara Kuper, «Life Lines», en *Before All Memory Is Lost: Women's Voices from the Holocaust* , ed. Myrna Goldenberg, Azrieli Foundation, Toronto, 2017, p. 198.

7 . Myrna Goldenberg, «Camps: Forward», en *Before All Memory Is Lost*, p. 272.

8 . Renia Kukielka, testimonio de Yad Vashem.

9 . Véase, por ejemplo, Faye Schulman, *A Partisan's Memoir: Woman of the Holocaust* , Second Story Press, Toronto, 1995, p. 77.

10 . Tec, *Resistance* , pp. 52-54.



11 . Izhar, *Chasia Bornstein-Bielicka* , pp. 108-110.

12 . Tec, *Resistance* , p. 52.

13 . Esta escena sobre el contrabando se basa en un comentario que hizo Renia en una conferencia en la Biblioteca Nacional de Israel en 1985 y que se conserva en los archivos de la biblioteca. No está claro si fue antes o después de que «cerraran» el gueto. Construí la escena basándome en las historias de muchas mujeres judías que se dedicaban al contrabando: por ejemplo, véase el capítulo «Women» en *Warsaw Ghetto: Everyday Life* , Archivos Ringelblum, volumen 1, ed. Katarzyna Person, trad. al inglés de Anna Brzostowska y otros, Jewish Historical Institute, Varsovia, 2017, pp. 232-255.

14 . En su testimonio, Renia afirma haber ido por la mañana, pero en la mayoría de los testimonios las mujeres contrabandistas salían del gueto por la noche.

15 . Los ejemplos provienen de «Women», *Warsaw Ghetto: Everyday Life* .

16 . Lenore J. Weitman, «Resistance in Everyday Life: Family Strategies, Role Reversals, and Role Sharing in the Holocaust», en *Jewish Families in Europe, 1939-Present: History, Representation and Memory* , ed. Joanna Beata Michlic, Brandeis University Press, Waltham (Massachusetts), pp. 46-66.

17 . Tec, *Resistance* , p. 59. En los guetos grandes había de los dos.

18 . Schulman, *Partisan's Memoir* , p. 78



19 . Izhar, *Chasia Bornstein-Bielicka* , pp. 120-122.

20 . Ibid, p. 111.

21 . Chasia Bielicka explica que entraban en el gueto de muchas maneras, a veces por zonas escondidas en camiones de basura. Ibíd.

22 . Kukielka, *Underground Wanderings* , p. 21.

23 . Véanse discusiones en Ofer, «Gender Issues in Diaries and Testimonies of the Ghetto», pp. 143-167; Ringelheim, «Women and the Holocaust», pp. 378-379; Tec, *Resistance* , pp. 55-57; Michael Unger, «The Status and Plight of Women in the Łódź Ghetto», en *Women in the Holocaust* , pp. 123-142.

24 . Dalia Ofer, «Parenthood in the Shadow of the Holocaust», en *Jewish Families in Europe* , 3-25.

25 . Véase, por ejemplo, Brana Gurewitsch, «Preface», *Mothers, Sisters, Resisters* , pp. XI-XXI; Esther Katz y Joan Miriam Ringelheim, eds., *Proceedings of the Conference on Women Surviving the Holocaust* , Institute for Research in History, Nueva York, c . 1983, pp. 17-19; Ringelheim, «Women and the Holocaust», pp. 373-418; Tec, *Resistance* , pp. 50, 55.

26 . Agi Legutko, visita al gueto de Cracovia, Festival de Cultura Judía, Cracovia, junio de 2018.



27 . Izhar, *Chasia Bornstein-Bielicka* , p. 111.

28 . Ibid., p. 112, y Shelub y Rosenbaum, *Never the Last Road* , pp. 80-81.

29. *Who Will Write Our History*, dirigida por Roberta Grossman, Estados Unidos, 2019. Se recogen cifras parecidas en los informes del JDC que se encuentran en el archivo del JDC y en *Warsaw Ghetto, Everyday Life* (Archivos Ringelblum), en el capítulo «Women». Según este capítulo, las mujeres que trabajaban en Varsovia en 1940 ganaban tres eslotis al día, excepto las especializadas, que ganaban seis. Un plato de sopa costaba un esloti. Los precios eran desorbitantes en comparación con los sueldos en esa economía irregular de tiempos de guerra. Según un informe del JDC, en Varsovia, en 1942, costaba sesenta *groszy* subirse al autobús judío, y dieciocho, un vaso de agua.

En términos generales, un esloti de 1940 equivale a unos 3,30 dólares de 2020. Los tipos de cambio no son exactos, porque no es posible tener del todo en cuenta la gran fluctuación del valor de la divisa durante la guerra —debida a múltiples razones—, así como las tasas de inflación en Estados Unidos. Por otra parte, en las distintas zonas ocupadas de Polonia se utilizaba una divisa distinta, pero parece que se correspondía con el tipo de cambio del esloti, marcado por los nazis con respecto al *reichsmark* (marco imperial) para impulsar la economía alemana. Algunos guetos tenían su propia moneda.

30 . Es difícil calcular los precios de los artículos de contrabando en esa parte de Polonia en ese momento. Es posible que Renia aceptara bienes en lugar de dinero.

31 . «Janowska», Enciclopedia del USHMM,  
<<https://encyclopedia.ushmm.org/content/en/article/janowska>>. Este campo se creó en septiembre de  
1941. En el relato de Renia no está claro cuándo llevaron a Aaron.

32 . Goldenberg, «Camps: Forward», p. 267. En «Nazi Camps», en la Enciclopedia del USHMM, se afirma que los nazis abrieron más de cuarenta mil campos y otros centros de confinamiento (contando los guetos). Zuckerman, *Surplus of Memory* , p. 340, señala que en Polonia había ocho mil campos. Según Dalia Ofer y Lenore J. Weitzman, «Labor Camps and Concentration Camps: Introduction to Part 4», en *Women in the Holocaust* , p. 267, los nazis establecieron al menos 437 campos de trabajos forzados para los judíos en la Polonia ocupada.

33 . Goldenberg, «Camps: Forward», pp. 266-267. Las SS fueron las tropas nazis responsables de la Solución Final.

34 . Ofer y Weitzman, «Labor Camps and Concentration Camps», p. 268. Según Felicja Karay, «Women in the Forced Labor Camps», en *Women in the Holocaust* , p. 285, el campo de trabajos forzados de Skarzysko-Kamienna pagaba a las SS cinco eslotis al día por cada hombre y solo cuatro por cada mujer.



35 . Dyna Perelmuter, «Mewa (Seagull)», en *Before All Memory Is Lost* , p. 179.

36 . En las memorias de Renia no queda claro si su familia estaba o no incluida; sin embargo, según su testimonio de Yad Vashem, su familia se trasladó a Wodizłów.

37 . Kukielka, *Underground Wanderings* , p. 18.

38 . Jon Avnet mencionó esa «regla del gueto» en el debate sobre su película *Uprising* (*Sublevación en el gueto* ) en Directors Guild, Nueva York, 22 de abril de 2018.

39 . Izhar, *Chasia Bornstein-Bielicka* , p. 112.

40 . Kukielka, *Underground Wanderings* , p. 28.

41 . Schulman, *Partisan's Memoir* , pp. 79-80.

42 . Un porcentaje reducido de ucranianos colaboró con los nazis; algunos eran prisioneros de guerra que recibieron órdenes de hacer el «trabajo sucio» de los alemanes. Este tema escapa el alcance de este libro, pero en las memorias de muchas mujeres se describe el colaboracionismo ucraniano. Como con los polacos, es probable que las mujeres se sintieran profundamente dolidas por la traición de sus vecinos.



43 . En sus diarios, Gusta Davidson intentó analizar la psicología de los violentos: «Los Schupo, que ocupan el escalafón más bajo, son los que están más en contacto con los prisioneros. Son más proclives que los demás a mostrar clemencia e incluso compasión. Pero en presencia de sus superiores se convierten en verdugos, en los guardias de prisión más crueles. [...] No son los alemanes o los ucranianos los que torturan a los judíos o los polacos. Es la bestia alojada en forma humana que mueve las palancas del poder infligiéndonos dolor. Y sin embargo no todos son iguales. No en todos ellos está tan profundamente arraigado el salvajismo que no puedan suspenderlo de vez en cuando. Son miembros de la SD que, pese a su antisemitismo ideológico o su odio a los polacos, son incapaces de torturar o infligir dolor...». Draenger, *Justyna's Narrative* , pp. 20-21.

44 . Kukielka, *Underground Wanderings* , p. 27

1 . Zuckerman, *Surplus of Memory* , p. 65.

2 . Toda la información sobre Hantze de esta sección proviene de *Hantze and Frumka* .

3 . Lubetkin, *Days of Destruction* , p. 37, cuenta lo que le conmovió la charla de Hantze.

4 . Rachel Katznelson-Shazar, «Meeting Hantze», en *Hantze and Frumka*, p. 153.

5 . Zuckerman, *Surplus of Memory* , p. 104. Antek la describe como un «capullo de flor» frágil y sofisticado que nació en mal momento.

6 . De una carta a Z-L, Łódź, junio de 1939, del archivo del museo Casa de los Combatientes de los Guetos.



7 . Eliezer, «In the Movement», pp. 87-91. Describe su relación en profundidad.

8 . Yodka, «Catastrophe», pp. 95-102.

9 . Irene Zoberman, «The Forces of Endurance», en *Before All Memory Is Lost* , p. 221, afirma que cuatrocientos sesenta mil judíos estaban hacinados en 2,5 kilómetros cuadrados. Eso significaba que ocho de cada diez judíos tenían que compartir habitación. Los muros del gueto, que cambiaban a medida que la población aumentaba y a continuación era asesinada, se componían de estructuras ya existentes y tapias de tres metros de altura construidas a propósito.

10 . Chaya Ostrower, *It Kept Us Alive: Humor in the Holocaust* , trad. al inglés de Sandy Bloom, Yad Vashem, Jerusalén, 2014, p. 237. Ostrower introduce un capítulo sobre cabarets y espectáculos, pp. 229-330. *Women in the Ghettos* , p. 160, menciona a Miriam Eisenstat, la hija del director del conocido coro de la sinagoga de Varsovia. Con casi veinte años, se hizo enseguida popular en el gueto de Varsovia como la «ruiseñor del gueto». Llenaba el teatro Femina, de mil asientos, situado en los bajos de un edificio de pisos del gueto, no muy lejos de la Gran Sinagoga.

11 . Para la actividad social del Bund en el gueto, véase, por ejemplo, Goldstein, *Stars Bear Witness* , pp. 41-42, 45, 82-84, 102-103. Según Vladka Meed, había ochenta y cinco escuelas ilegales en el gueto de Varsovia (Katz y Ringelheim, *Proceedings of the Conference on Women* , p. 80).

12 . Según algunos testimonios, los judíos no podían reunirse para rezar ostentosamente para evitar la propagación de las enfermedades. En otros relatos se prohibieron todas las reuniones judías; por ejemplo, en Gelbard, «Life in the Ghetto», p. 7: «Estaba estrictamente prohibida la celebración de reuniones o encuentros». A continuación explica que, con el tiempo, las reuniones se reanudaron. En varios testimonios, cuando los judíos se reunían para alguna charla o curso, tapaban las ventanas y vigilaban las puertas. Otros afirman que, aunque las reuniones judías estaban prohibidas en el gueto de Varsovia, a los nazis les preocupaba mucho más el contrabando ilegal (no pensaban que los judíos pudieran reunirse para hablar sobre la resistencia).

13 . Para los programas educativos y sociales de Libertad, véase Gelbard, «Warsaw Ghetto», pp. 3-16; Lubetkin, *Days of Destruction* , pp. 58-72; Zuckerman, *Surplus of Memory* , pp. 52-64, 114-125.

14 . Rotem, *Memoirs of a Ghetto Fighter* , p. 21.



15 . Gelbard, «Warsaw Ghetto», pp. 3-16.

## 16 . *Who Will Write Our History* .

<sup>17</sup> . Para más información sobre sus imprentas, véanse Lubetkin, *Days of Destruction* , pp. 66-67, y Zuckerman, *Surplus of Memory* , pp. 55-56.

18 . El primero, en 1940; el segundo, en 1942.

19 . Texto en el muro, Museo POLIN de Historia de los Judíos Polacos, Varsovia.

20 . La información sobre estas publicaciones proviene de Barbara Engelking y Jacek Leociak, *The Warsaw Ghetto: A Guide to the Perished City* , Yale University Press, New Haven (Connecticut), 2009, pp. 683-688.

21 . Gelbard, «Warsaw Ghetto», 3-16.

[22](#) . Goldstein, *Stars Bear Witness* , pp. 49-50, sobre cómo salvaron una biblioteca del Bund. Antek también rescató y creó bibliotecas.



23 . Henia Reinhartz, *Bits and Pieces* , Azrieli Foundation, Toronto, 2007, pp. 24-30.

24 . Análisis de Rachel Feldhay Brenner, *Writing as Resistance: Four Women Confronting the Holocaust* , Pennsylvania State University Press, University Park (Pensilvania), 2003.

25 . Con su obra, los artistas visuales también pretendían desafiar la deshumanización y mantener la cordura, la identidad y una razón para vivir. Por ejemplo, la pintora Halina Olomucki, oriunda de Varsovia, pintó sus experiencias en el gueto de su ciudad, y pasó clandestinamente su obra a unos conocidos polacos justo antes de que se la llevaran a un campo de trabajos forzados. Su talento artístico le confirió un estatus especial en los campos en los que estuvo; le daban mejor de comer y material artístico para pintar los barracones y al personal. Utilizó ese material para dibujar a escondidas a sus compañeras de barracón. Su asombroso dibujo *Mujeres del campo de Birkenau* es un retrato inquietante de tres mujeres demacradas con uniforme a rayas y los ojos oscuros a causa del horror, el agotamiento y la desesperación. Utilizó un lápiz fino que había robado. Véase Rochelle G. Saidel y Batya Brudin, eds., *Violated!: Women in Holocaust and Genocide* , Remember the Women Institute, Nueva York, 2018 (catálogo de exposición).

26 . Mordechai Tenenbaum, un cabecilla de Libertad en Białystok, también creó un archivo, que se mantuvo en secreto y ahora es accesible. Antek intentó compilar un archivo de Libertad.

27 . Texto en el muro, Instituto Emanuel Ringelblum de Historia Judía, Varsovia.

28 . Gelbard, «Warsaw Ghetto», pp. 3-16.

29 . Lubetkin, *Days of Destruction* , pp. 38-39. Según Gelbard, a los judíos que podían comprar pan se les permitía «un octavo de kilo tres veces a la semana». En 1941, la ración de comida para los judíos en el gueto de Varsovia era de 184 calorías al día. Según Tec, *Resistance* , p. 60, el 20 por ciento de la población de los guetos en Polonia murió de hambre.

30 . Véase Tec, *Resistance* , pp. 62-65, sobre cómo el JDC y otras organizaciones mantuvieron los comedores populares, muchos de ellos llevados por mujeres. Para más información sobre las mujeres, véanse: *Women in the Ghettos* ; Meilech Neustadt, ed., *Destruction and Rising*; y Katarzyna Person, ed., *Warsaw Ghetto: Everyday Life* , capítulo «Women».



31 . Según Vladka Meed, en Katz y Ringelheim, *Proceedings of the Conference on Women* , pp. 34, 80.

32 . Véanse, por ejemplo, «A Bit Stubborn: Rachela Auerbach», Instituto de Historia de los judíos, <<http://www.jhi.pl/en/blog/201805-30-a-bit-stubborn-rachela-auerbach> >, y Ofer, «Gender Issues in Diaries and Testimonies of the Ghetto», pp. 143-167.

33 . Yakov Kenner, «Paula Alster», *Women in the Ghettos* , pp. 148-150. Era mensajera y murió luchando en el levantamiento de Varsovia de 1944.

34 . Durante ciertos periodos, la actividad de los movimientos juveniles —sobre todo la de los de tendencia comunista— fue ilegal en Polonia. Véase Ido Bassok, «Youth Movements», trad. al inglés de Anna Barber, *Enciclopedia YIVO de los Judíos de Europa del Este* , <[https://yivoencyclopedia.org/article.aspx/Youth\\_Movements](https://yivoencyclopedia.org/article.aspx/Youth_Movements) >.

35 . La información proviene de Paldiel, *Saving One's Own* , pp. 32-42. Más tarde, durante la guerra, se implicó profundamente en misiones de rescate. Sus memorias *City Within a City* se publicaron en 2012.

36 . Goldstein, *Stars Bear Witness* , p. 82.

37 . La información proviene de *Women in the Ghettos* , pp. 162-163.

38 . Gutterman, *Fighting for Her People* , p. 150.



39 . Lubetkin, *Days of Destruction* , p. 57.

40 . Se casó con Yitzhak Fiszman. Chana y Renia se hicieron amigas en el kibutz de Dafna, después de la guerra. Más sobre ella en Zuckerman, *Surplus of Memory* , p. 47.

41 . Gelbard, «Warsaw Ghetto», pp. 3-16. Literalmente, «Zivia's children».

[42](#) . Según Goldstein, *Stars Bear Witness* , p. 47, el Bund también tenía una red de mensajeros a escala nacional que cubría sesenta ciudades pequeñas.

1 . La información sobre Tosia Altman de este capítulo proviene, sobre todo, de Shalev, *Tosia Altman* .

2 . Anna Legierska, «The Hussies and Gentlemen of Interwar Poland».

3 . Shalev, *Tosia Altman* , p. 215.

4 . Ibid., p. 163.



5 . Izhar, *Chasia Bornstein-Bielicka* , p. 157.

6 . Chaika Grossman, *The Underground Army: Fighters of the Bialystok Ghetto* , trad. al inglés de Shmuel Beer, Holocaust Library, Nueva York, 1987, p. 42.

7 . Ruzka Korczak, «Men and Fathers», en *Women in the Ghettos* , pp. 28-34.

8 . Grossman, *Underground Army* , p. 42.

9 . Korczak, «Men and Fathers», pp. 28-34.

10 . Según Kovner en *Partisans of Vilna* , era una chica de once años (no dan el nombre). Según Rich Cohen, *The Avengers: A Jewish War Story* , Knopf, Nueva York, 2000, p. 38, tenía diecisiete. Hay varias historias sobre supervivientes de Ponary que regresaban a los guetos con sus historias y a menudo se encontraban con que no los creían. Este testimonio proviene de Cohen, pp. 43-45.

11 . En el transcurso de tres años dispararon a unos setenta y cinco mil judíos, y veintinco mil no judíos.

12 . Del panfleto en yidis que Abba leyó en la reunión, según se lee en *Partisans of Vilna* .



13 . Las dos siguientes secciones están basadas en Lubetkin, *Days of Destruction* , pp. 83-99.

14 . Algunos de sus escritos se guardaron en los archivos Ringelblum y se encuentran en los archivos del Instituto de Historia Judía.

15 . Gutterman, *Fighting for Her People* , p. 159, enumera a las mensajeras. Según Shimshi, «Frumka Plotnizki», Frumka fue «la primera que divulgó la extensión del exterminio de los judíos polacos en los distritos del este».

16 . Lenore J. Weitzman, «Kashariyot (Couriers) in the Jewish Resistance During the Holocaust», en *Enciclopedia de las Mujeres Judías* , <<https://jwa.org/encyclopedia/article/kashariyot-couriers-injewish-resistance-during-holocaust> >. Para más razones sobre por qué los judíos no sospecharon ni se lo creyeron, consúltense: Izhar, *Chasia Bornstein-Bielicka* , p. 114; Mais, «Jewish Life in the Shadow of Destruction», pp. 18-25; Meed, *Both Sides of the Wall* , pp. 31, 47; y Zuckerman, *Surplus of Memory* , pp. 68, 72.

17 . Ziva Shalev, «Tosia Altman», en *Enciclopedia de las Mujeres Judías* ,  
<<https://jwa.org/encyclopedia/article/altman-tosia>>.

18 . Testimonio de Vera Szymovicz, pp. 23-24, Archivos Judíos Canadienses Alex Dworkin, Montreal.

19 . Lubetkin, *Days of Destruction* , p. 88.

20 . Ibid., pp. 92-93 (cabecillas del JDC en p. 108). Véase también Zuckerman, *Surplus of Memory* , p. 194. Según Ronen, *Condemned to Life* , pp. 186-207, otros sostenían que la ley judía prohibía la resistencia armada.



21 . Lubetkin, *Days of Destruction* , p. 93.

22 . Citado en Gutterman, *Fighting for Her People* , p. 163.

23 . Lubetkin, *Days of Destruction* , p. 92.

24 . Citado en Gutterman, *Fighting for Her People* , p. 161. En algunas versiones, tenían una sola arma. No está claro de dónde provenían esas primeras pistolas.

25 . Bela Hazan y Ruzka Korczak escriben que están recibiendo clases de defensa personal en las que les enseñaban a manejar armas como parte de la instrucción de Libertad y La Joven Guardia, respectivamente. La defensa personal constituía una parte de la formación para la vida en Palestina. Sin embargo, Ronen, en una entrevista personal, hizo hincapié en que el Bund y los revisionistas estaban mucho mejor preparados. Antes de la guerra, el Bund había creado la «Tsukunft Shturem» (Tormenta Futura), una milicia para proteger a la comunidad de ataques antisemitas (en POLIN se encuentra su póster de 1929).

El Bund participó en un esfuerzo de resistencia «de armas frías» al comienzo de la guerra usando tuberías de hierro y puños americanos para devolver los golpes en un pogromo masivo en el que los nazis pagaron cuatro eslotis al día por atacar a los judíos. Fue el único partido que combatió y el primero que hizo un llamamiento a la defensa armada en el gueto. También crearon una fuerza de protección que patrullaba por las calles judías durante el caos en el que la gente se mudaba al gueto. Véase Marek Edelman, *The Ghetto Fights* , American Representation of the General Jewish Workers' Union of Poland, Nueva York, 1946, p. 3; Goldstein, *Stars Bear Witness* , pp. 45-65.

26 . Marek Edelman, *The Last Fighters* , dirigido por Ronen Zaretsky y Yael Kipper Zaretsky (Israel), 2006. Según otros bundistas, no era antisionistas; simplemente no creían que tuviera sentido luchar sin el respaldo polaco. Zuckerman, *Surplus of Memory* , pp. 166, 173, 221, 249, describe su frustración con el Bund.

27 . Zivia era dirigente de una unidad de ayuda especial junto con Paula Alster. Gutterman, *Fighting for Her People* , p. 167.

28 . Esto ocurrió un viernes por la noche. Según Gutterman, *Fighting for Her People* , p. 167, se llamó el «Sábado Sangriento». Otras fuentes se refieren a él como el «Viernes Sangriento». Para Zuckerman, *Surplus of Memory* , p. 178, fue «La Noche de la Sangre». Shalev, p. 141, lo llama el «Día de la Sangre».



29 . El informe de Frumka del 15 de junio de 1942 estaba expuesto en el Instituto de Historia Judía, en Varsovia.

30 . Esta sección está basada en Meed, *Both Sides of the Wall* , pp. 9-67.

31 . Ibid., p. 22.

32 . Tec, *Resistance* , p. 68.

33 . Ibid., p. 67.

34 . Klinger, «The Pioneers in Combat», en *Women in the Ghettos* , pp. 23-28. Una traducción literal: «Más tarde, los nazis establecieron el precio de un judío capturado en medio kilo de pan y un cuarto de kilo de mermelada. Así de barata se volvió la vida de un judío».

35 . «The Liquidation of Jewish Warsaw», un informe preparado por el grupo Oneg Shabbat, noviembre de 1942, expuesto en el Instituto de Historia de los Judíos, Varsovia.

36 . Meed, *Both Sides of the Wall* , p. 65.



37 . También conocida como Organización Judía de Combate. El término hebreo *Eyal* es el acrónimo de Irgun Yehudi Lochem.

38 . El texto del cartel está reproducido en Lubetkin, *Days of Destruction* , p. 112. Hay varias versiones de quién se presentó primero en Treblinka y, según ellas, fueron los fugados (que trazaron mapas del lugar), un mensajero del Bund y una mensajera de Libertad.

39 . Ibid., p. 115.

<sup>40</sup> . Meed, *Both Sides of the Wall* , p. 70; Tec, *Resistance* , pp. 72-73. Lubetkin, *Days of Destruction* , p. 116, describe que, después de un primer tiro, el arma se atascó, pero amenazó con matar a todo el que se acercara. Era la primera vez que Kanal disparaba un arma.

<sup>41</sup> . Para el debate sobre los judíos que introdujeron armas en el gueto de Varsovia, véase, por ejemplo, Shalev, *Tosia Altman* , pp. 155, 174-175.

42 . Zuckerman, *Surplus of Memory* , p. 213.

43 . Citado en Gutterman, *Fighting for Her People* , p. 183.

44 . Según «Warsaw», Museo Estadounidense Conmemorativo del Holocausto: Enciclopedia del Holocausto, <<https://encyclopedia.ushmm.org/content/en/article/warsaw> >, había cuatrocientos mil judíos en el gueto de Varsovia en el momento de más expansión. Trescientos mil fueron deportados a la muerte en el verano de 1942. Hasta setenta mil se quedaron.



45 . Esta cita combina las versiones del discurso que ofrecen Gutterman, *Fighting for Her People* , p. 189; Lubetkin, *Days of Destruction* , p. 122, y Zuckerman, *Surplus of Memory* , p. 214.

<sup>1</sup> . Kukielka, *Underground Wanderings* , p. 37. Este capítulo está basado en las memorias de Renia y en su testimonio de Yad Vashem.

2 . Ibid., p. 38.

3 . Ibid., p. 42.

4 . Ibid., p. 43.

5 . «Jędrzejów», *Virtual Shtetl* .

6 . «Policía» puede referirse a la policía alemana o a la polaca. Los nazis asumieron el control del cuerpo de policía polaco para crear la «Policía Azul». La policía alemana era conocida como Orpo, o «Policía Verde». En las ciudades había más oficiales alemanes, mientras que en las áreas rurales había más policía polaca. «Gendarme» parece referirse en general a un agente de policía alemán. La cuestión del colaboracionismo de la policía polaca con los nazis es abordada en Jan Grabowski, «The Polish Police: Collaboration in the Holocaust», Conferencia en el USHMM, 17 de noviembre de 2016; texto disponible en las redes.

7 . Según Grunwald-Spier, *Women's Experiences in the Holocaust* , p. 245, el coste oscilaba entre 3.000 y 10.000 eslotis. Véanse también Zoberman, «Forces of Endurance», p. 248; Weitzman, «Living on the Aryan Side», pp. 201-205.



8 . Paulsson, *Secret City* , p. 4.

9 . Véase Zuckerman, *Surplus of Memory* , pp. 482-483, para un debate sobre los tipos.

10 . Weitzman, «Living on the Aryan Side», p. 188.

11 . Kukielka, testimonio de Yad Vashem.

12 . Las dos siguientes secciones, entre ellas el diálogo, provienen de las memorias de Renia, pp. 45-47, y de su testimonio de Yad Vashem; los detalles difieren en cada relato.

13 . Según Kukielka, *Underground Wanderings* , p. 45, se reunió con él en un campo de Sędziszów. No he encontrado mucha información sobre este campo en particular, pero en el siguiente sitio hay otro relato personal que menciona un campo de trabajos forzados en las afueras de Sędziszów: <<https://njjewishnews.timesofisrael.com/dor-ldor-a-polish-town-remembers-its-holocaust-victims/> >. Según «Jędrzejów», *Holocaust Historical Society* , <<https://www.holocausthistoricalsociety.org.uk/contents/ghettosj-r/Jędrzejów.html> >, a los hombres de Jędrzejów los mandaron a un campo de trabajos forzados situado en el depósito de trenes de Sędziszów, por lo que es probable que a los hombres de Wodisław los mandaran también allí.

Según los expedientes de los archivos del Servicio Internacional de Búsquedas (ITS, por sus siglas en inglés), Aaron estuvo en el campo de trabajos forzados de Skarżysko de marzo de 1942 a julio de 1943, en el campo de trabajos forzados de Czenstochau de julio de 1943 a abril de 1944, y en Buchberg de abril de 1944 a mayo de 1945. El campo Skarżysko-Kamienna, sin embargo, era muy grande y no parece encajar con la descripción de Renia. Desde Skarżysko, Renia habría tenido que caminar durante días para llegar a Charsznica, la ciudad donde se encuentra con los conocidos de la ruta clandestina en una escena posterior. Desde Sędziszów, solo había treinta kilómetros. Los documentos de los archivos del ITS también dan una fecha de nacimiento debatible para Aaron, de modo que me inclino a pensar que él estaba en ese momento en Sędziszów y fue más tarde a Skarżysko-Kamienna.

Renia ofrece una versión más larga sobre su hermano y los campos de trabajos forzados en su testimonio de Yad Vashem, en el que menciona que lo mandaron a construir vías ferroviarias. El campo de Sędziszów se encontraba en un depósito de trenes.

14 . Renia describe el viaje de su hermano en su testimonio de Yad Vashem.

15 . Esta escena está basada en una combinación de los relatos ligeramente diferentes de Renia en *Underground Wanderings* y su testimonio de Yad Vashem.



16 . Kukielka, *Underground Wanderings* , p. 47.

17 . Ibid.

18 . El testimonio de Renia de Yad Vashem ofrece otra versión.

19 . La historia de Renia y su conocido, así como el diálogo, están basados en los relatos de Renia en *Underground Wanderings* , pp. 48-50, y en su testimonio de Yad Vashem, que presentan pequeñas discrepancias.

20 . Ibid., p. 48.

21 . Según Kukielka, en su testimonio de Yad Vashem. Zuckerman, *Surplus of Memory* , pp. 485-486, explica que los sacerdotes patriotas recopilaban los nombres y los documentos de los difuntos y se los entregaban a la resistencia polaca, que se los vendían a los judíos.

22 . Véanse Meed, *Both Sides of the Wall* , pp. 226-227; Paldiel, *Saving One's Own* , pp. 37, 218-219; Weitzman, «Living on the Aryan Side», pp. 213-215; Zuckerman, *Surplus of Memory* , pp. 485-286.

23 . Esta sección y el diálogo están basados en Kukielka, *Underground Wanderings* , p. 49.



24 . Renia da otra explicación de cómo lo conoció en su testimonio de Yad Vashem.

25 . Esta escena y el diálogo están basados en Kukielka, *Underground Wanderings* , p. 52.

26 . Ibid., p. 53.

27 . Ibid.

1 . Renia proporciona fechas conflictivas para esta escena, incluso en *Underground Wanderings* . El grueso de la liquidación del gueto de Sandomierz tuvo lugar en octubre. Al parecer este capítulo ocurrió a finales de octubre o principios de noviembre.

2 . Este capítulo, incluidos los diálogos y las citas, está basado en Kukielka, *Underground Wanderings* , pp. 56-62. En su testimonio de Yad Vashem, Renia cuenta una historia diferente sobre cómo la mujer que debía ayudarla a cruzar la frontera acudió a los Hollander.

3 . La arquitectura de Będzin era una mezcla idiosincrática de *beaux arts* , *art nouveau* , neoclásico polaco, *art déco* , fascismo italiano (la estación ferroviaria) y neocolonial holandés, lo que indicaba que la ciudad había sido próspera entre las décadas de 1870 y 1930.

4 . Según el testimonio de Kukielka de Yad Vashem, Leah y Moshe tenían cuarenta y cinco y cuarenta y ocho años, respectivamente, cuando los mataron.



5 . Skarżysko-Kamienna, Yad Vashem-Centro de Recursos de la Shoah,  
<[https://www.yadvashem.org/odot\\_pdf/Microsoft%20Word%20-%206028.pdf](https://www.yadvashem.org/odot_pdf/Microsoft%20Word%20-%206028.pdf)>.

6 . Draenger, *Justyna's Narrative* , pp. 111-112. Weitzman, «Living on the Aryan Side», pp. 192-193, explica que la juventud estuvo particularmente motivada tras la muerte de sus madres. Según un testimonio de la película sobre las mujeres partisanas judías acerca de la Fundación Educativa de Partisanos Judíos (JPEF, por sus siglas en inglés): «Con la muerte de mi madre, me volví dura».

<sup>1</sup> . Según su hijo, ella no quería llevarlo muy corto, pues parecería burgués americano-hollywoodiense. Entrevista personal, Avihu Ronen, Tel Aviv, 16 de mayo de 2018.

2 . Esta escena de Chajka distribuyendo folletos está basada en un comentario de sus diarios donde es ambiguo quién está llevando a cabo esta actividad. Las escenas de este capítulo están basadas en Klinger, *Writing These Words* , y en las adaptaciones «Girls in the Ghettos» y «Pioneers in Combat», en *Women in the Ghettos* . La información adicional proviene sobre todo de Ronen, *Condemned to Life* , así como un testimonio ofrecido por Fela Katz (en los archivos del Instituto de Historia Judía) y de Jerzy Diatłowicki, ed., *Jews in Battle, 1939-1945* , la Asociación de Combatientes Judíos y Víctimas de la Segunda Guerra Mundial, y el Instituto de Historia Judía, Varsovia, 2009-2015. También he utilizado fuentes sobre Będzin mencionadas más arriba.

3 . Según Ronen, *Condemned to Life* , pp. 29-38, una de las primeras células de La Joven Guardia se creó en Będzin.

4 . Klinger, *Writing These Words* , p. 167.

5 . Ibid.

6 . Ibid., p. 81.



7 . Rutka Laskier, *Rutka's Notebook: January-April 1943* , Yad Vashem, Jerusalén, 2007, p. 54.

8 . Véase, por ejemplo, Ronen, *Condemned to Life* , pp. 125-143. Según unas crónicas, el pase *Zonder* era amarillo mientras en otras era azul.

9 . Klinger, *Writing These Words* , p. 84. Ronen, *Condemned to Life* , pp. 104-124, relata una celebración similar, pero dice que era para la fiesta de Janucá.

10 . Klinger, *Writing These Words* , fotografia.

11 . Las fotografías de 1943 se encuentran en el archivo del museo Casa de los Combatientes de los Guetos.

12 . Ronen, *Condemned to Life* , pp. 104-124.

13 . Klinger, *Writing These Words* , pp. 131-132.

14 . Esta sección está basada en Klinger, *Writing These Words* , pp. 136-143, pero las escenas están en otro orden. Algunas partes aparecen en *Women in the Ghettos* .



15 . En una crónica, era Leah; en otra, Nacia.

16 . Estos nombres provienen de Klinger, «Girls in the Ghettos», en *Women in the Ghettos* ; no está claro a qué se refieren. *Writing These Words* , p. 138, solo dice «campo de trabajos forzados».

17 . Hubo un tiempo en Zaglembie en el que el nazi a cargo de la operación de trabajos forzados era más influyente que el de la operación de exterminio (Operación Reinhard).

18 . Este apartado se basa en Ronen, *Condemned to Life* , pp. 162-185.

19 . De las descripciones en Rutka Laskier, *Rutka's Notebook* , pp. 36-39. Rutka fue seleccionada para trabajos forzados, pero saltó por una ventana y huyó.

20 . En Klinger, *Writing These Words* , p. 139, hay detalles un poco diferentes de esta historia; Klinger, «Girls in the Ghettos», *Women in the Ghettos* ; Ronen, *Condemned to Life* , pp. 162-185.

21 . Hay varias versiones de esta historia. Esta proviene de Klinger, «Girls in the Ghettos», *Women in the Ghettos* , donde afirma que fueron liberadas varios cientos de personas. En Ronen, *Condemned to Life* , pp. 162-185, la huida la encabezó David. En Klinger, *Writing These Words* , pp. 139-140, solo pone que «se descubrió un pasadizo» y afirma que fueron liberadas doscientas personas.

22 . Shalev, *Tosia Altman* , p. 134.



23 . Klinger, *Writing These Words* , p. 98.

24 . Ibid., p. 15. Según los testimonios de Fela Katz, había entre doscientos y trescientos miembros.

25 . Estos mensajes, y sus explicaciones, provienen de *Women in the Ghettos* . Zuckerman, *Surplus of Memory* , p. 89, explica que utilizaron distintos códigos para mantener correspondencia con distintas áreas. Algunos usaban las iniciales en lugar de palabras; otros códigos se basaban en la Biblia. Las cartas dirigidas al este usaban un «código de mayúsculas» en el que el mensaje oculto se transmitía en letras en caja alta.

26 . Klinger, *Writing These Words* , p. 98.

27 . Ibid., p. 7.

28 . Ibid., p. 177. Su nombre también se escribe Cwi.

29 . Según Lubetkin, *Days of Destruction* , p. 83, estas unidades se concibieron cuando los rusos y los alemanes luchaban (en 1941) como escuadras de autodefensa judías de cinco personas. La juventud daba por hecho que los rusos ganarían, así que esas unidades estaban concebidas para protegerlos de los ataques polacos durante el periodo caótico entre regímenes. No imaginaban que esas escuadras se convertirían en la base de su milicia antinazi.

30 . A menos que se indique lo contrario, las siguientes secciones se basan en Kukielka, *Underground Wanderings* .



31 . Kukielka, testimonio de Yad Vashem.

32 . Hantze en realidad se marchó de Grochów para dirigirse a Będzin en el verano de 1942. Renia, sin embargo, describe su llegada como si estuviera realmente allí (Kukielka, «The Last Days», *Women in the Ghettos* ). Es posible que Renia escriba sobre la llegada de Hantze basándose en otras impresiones, o bien que Hantze partiera brevemente en una misión y regresara cuando Renia estaba en Będzin. En cualquier caso, Renia se contagió del espíritu optimista de Hantze.

33 . Kukielka, «Last Days», pp. 102-106.

34 . Kukielka, *Underground Wanderings* , p. 65.

35 . Kukielka, «Last Days», pp. 102-106. Esta sección está basada en este ensayo.

36 . Kukielka, *Underground Wanderings* , p. 67.

37 . Ronen, *Condemned to Life* , pp. 186-207.

38 . La Agencia Telegráfica Judía (JTA), fundada en 1917, es una organización que recopila noticias en todo el mundo y sirve a los periódicos de la comunidad judía. El informe se publicó el 8 de enero de 1943; el incidente ocurrió el 4 de octubre de 1942. La revuelta de las mujeres aparece tanto en el informe de la JTA como en *Women in the Ghettos* , aunque cambian algunos detalles. Fuente: JTA.org.



1 . Draenger, *op. cit.*, p. 141. (Lo escriben «Akiba».)

2 . Según los escritos de Gusta, eso fue en el otoño de 1942; podría haber sido en septiembre.

3 . Las escenas de este capítulo se basan, en primer lugar, en el diario de Gusta Davidson Draenger, *Justyna's Narrative* . La información sobre Gusta y la resistencia de Cracovia también proviene de Anna Czocher, Dobrochna Kałwa y otros, *Is War Men's Business? Fates of Women in Occupied Kraków in Twelve Scenes* , trad. al inglés de Tomasz Tesznar y Joanna Belch-Rucińska, Museo de Historia de la Ciudad, Cracovia, 2011, catálogo de exposición; Sheryl Silver Ochayon, «Armed Resistance in the Kraków and Białystok Ghettos», Yad Vashem, <<https://www.yadvashem.org/articles/general/armed-resistance-in-Kraków-and-Białystok.html> >; Yael Margolin Peled, «Gusta Dawidson Draenger», en *Enciclopedia de las Mujeres Judías* , <<https://jwa.org/encyclopedia/article/draenger-gusta-dawidson> >.

4 . Al encontrarse la sede del Gobierno General en Cracovia, los alemanes quisieron «limpiar» la ciudad de sus judíos y expulsaron a la mayoría al campo. Cuando cerraron el gueto el 20 de marzo de 1941, solo había veinte mil en la ciudad.

5 . Draenger, *Justyna's Narrative* , p. 46.

6 . Ibid.

7 . Ibid., p. 33.

8 . Ibid., p. 50.



9 . Ibid., pp. 37-38.

10 . Ibid., p. 39.

11 . Ibid., p. 43.

12 . Ibid., p. 48.

13 . Ibid.

14 . Wojciech Oleksiak, «How Kraków Made it Unscathed Through WWII», *Culture.pl* , 22 de mayo de 2015, <<https://culture.pl/en/article/how-Kraków-made-it-unscathed-through-wwii> >. Parece ser que los nazis crearon el mito sajón para justificar que este lugar estratégico se convirtiera en la capital. Los nazis también invirtieron en el desarrollo de la infraestructura urbana de Cracovia. Véase: <<http://www.krakowpost.com/8702/2015/02/looking-back70-years-wawel-under-occupation> >.

15 . Draenger, *op. cit.* , p. 61.

16 . Ibid., p. 62.



17 . Ibid., pp. 64-67.

18 . Ibid., p. 101.

19 . La descripción de las publicaciones clandestinas de Cracovia está en el testimonio de Kalman Hammer (recopiladas en Budapest, Hungría, el 14 de septiembre de 1943), que se encuentra en el archivo del museo Casa de los Combatientes de los Guetos.

20 . Draenger, *Justyna's Narrative* , p. 103.

21 . La información sobre Hela proviene de Hella Rufeisen-Schüpper, *Farewell to Mila 18* , Casa de los Combatientes de los Guetos y Hakibbutz Hameuchad, Tel Aviv, 1990; Yael Margolin Peled, «Hela Rufeisen Schüpper», en *Enciclopedia de las Mujeres Judías* , <<https://jwa.org/encyclopedia/article/schupper-hella-rufeisen> >; Tec, *Resistance* , pp. 171-177.

22 . Draenger, *Justyna's Narrative* , pp. 94-95.

23 . Ibid., p. 71.

24 . Ibid., p. 72.



25 . La información sobre Gola Mire (Miriem Golda Mire de soltera), a quien se llama también Mire Gola y Gola Mira, proviene sobre todo de Grunwald-Spier, *Women's Experiences in the Holocaust* , pp. 207-211; Kol-Inbar, «Three Lines in History», pp. 520-521, y Yael Margolin Peled, «Mire Gola», en *Enciclopedia de las Mujeres Judías* , <<https://jwa.org/encyclopedia/article/gola-mire> >.

26 . Draenger, *Justyna's Narrative* , p. 84.

27 . Ibíd. En una fotografía con la leyenda «Miembros dirigentes de Akiba, 1941» aparecen seis mujeres y tres hombres.

28 . Ibid., p. 112.

29 . Ibid.

30 . Renia escribió sobre los camaradas que se sirvieron de disfraces para salvar a judíos atrapados en el gueto de Varsovia en llamas. Un par de judíos vestidos con uniforme alemán que habían cogido de soldados muertos o robado de talleres de trabajos forzados, y que se hicieron pasar por nazis, les gritaron que se subieran al autobús. Los nazis que lo vieron supusieron que tenían órdenes de llevárselos para matarlos en el bosque; en realidad los estaban poniendo en libertad. En otro incidente similar, un judío disfrazado de nazi gritó a los judíos escondidos en un túnel que salieran. Algunos judíos no entendieron que era una artimaña y se negaron a salir. Los disfrazados sacaron a varios arrastrándolos físicamente y luego les dijeron que huyeran. Otros judíos vestidos de gendarmes lograron acercarse a unos nazis y, pillándolos desprevenidos, los mataron de un tiro.

Según «The Battle of the Warsaw Ghetto», *The Pioneer Woman* , p. 5, quinientos judíos disfrazados de nazis asaltaron la prisión de Pawiak.

31 . Lubetkin, *Days of Destruction* , pp. 138-139. Lubetkin y Zuckerman, *Surplus of Memory* , los dos escriben sobre la resistencia de Cracovia en sus libros. (Zuckerman estaba en Cracovia.)

32 . Katz y Ringelheim, *Proceedings of the Conference on Women* , pp. 36-38.



33 . Draenger, *Justyna's Narrative* , p. 115.

34 . Ibid., p. 117.

35 . Ibid., p. 125.

36 . Ibid., p. 126.

37 . Kol-Inbar, «Three Lines in History», p. 520.

38 . Según Ochayon, «Armed Resistance in Kraków and Białystok», murieron entre siete y doce nazis; Lubetkin, *Days of Destruction* , dice que murieron trece y quince resultaron gravemente heridos. Kol-Inbar, «Three Lines in History», p. 519, afirma que hubo siete nazis muertos y muchos heridos.

39 . Historia sacada de Draenger, *Justyna's Narrative* , pp. 6-7.

1 . Las secciones de este capítulo desde la perspectiva de Zivia se basan en Lubetkin, *Days of Destruction* , pp. 125-136 (preparativos del levantamiento) y pp. 145-159 (levantamiento de enero). Para distintas versiones del levantamiento de enero, consúltense: Goldstein, *Stars Bear Witness* ; Gutterman, *Fighting for Her People* ; Meed, *Both Sides of the Wall* ; Ronen, *Condemned to Life* ; Zuckerman, *Surplus of Memory* .



2 . El dirigente nazi Heinrich Himmler es considerado el arquitecto del Holocausto.

3 . Betar era el grupo juvenil afiliado al movimiento revisionista sionista. Creían en la creación de un Estado judío en Palestina con un «muro de acero» de fuerza militar entre los judíos y sus enemigos. Betar no era socialista, su organización más bien se basaba en la conducta y la estructura militares (títulos, desfiles, rangos); a finales de la década de 1930, sus graduados crearon «batallones» militares. Estaban afiliados a organizaciones militares polacas. A menudo había discrepancias entre Betar y la juventud sionista de izquierdas, y, en Varsovia, continuaron a lo largo de la guerra.

En el gueto, los grupos juveniles no lograron colaborar. (En *The Last Fighters* , Marek Edelman nos cuenta que fue a hablar con Betar y que el dirigente le disparó.) La izquierda y la derecha no se ponían de acuerdo en quién debía encabezar la resistencia, y en cómo reclutar combatientes. Betar quería que uno de los suyos dirigiera la lucha porque tenían entrenamiento militar, pero los sionistas laboristas no aceptaron. (Betar tenía la impresión de que la izquierda hacía peticiones irrazonables.) Betar perdió a mucha gente en las *Aktions* e hizo un llamamiento abierto para reclutar combatientes que a los demás les pareció aterrador —¿y si se presentaban colaboracionistas?—. Era importante que en Libertad y La Joven Guardia todos se conocieran y confiaran unos en otros. Betar guardaba las armas a la vista, lo que a Antek le parecía una estupidez (había sido objeto de controles nazis), así como «arrogante y exhibicionista» (Zuckerman, *Surplus of Memory* , pp. 226-227, 412). Los revisionistas, según Zivia (p. 134), estaban desorganizados después de haber perdido a tanta gente en las deportaciones. Incapaces de acordar unas condiciones, Betar creó su propia facción combatiente, la ŻZW. Debido a su historia y sus contactos con los grupos combatientes polacos, Betar contaba con más armas, y parece ser que la ŻZW estaba compuesta de trescientos combatientes bien armados. Véanse Lubetkin, *Days of Destruction* , pp. 128, 133-136, y Tec, *Resistance* , pp. 72-77.

4 . Según Tec, *Resistance* , p. 72, el Bund accedió a unirse cuando se hizo evidente que el movimiento clandestino polaco no colaboraría.

5 . Ibíd., pp. 42-45, 78-80. Desde la perspectiva de Zuckerman, *Surplus of Memory* , 219-220, 349, 360-363. Bernard, *Problems Related to the Study* , 52-59, hace hincapié en que el AK no «era un concepto único» sino un ejército clandestino inmenso y diverso.

6 . Según Zuckerman, *Surplus of Memory* , pp. 252-255, antes del levantamiento de enero, la ŻOB tenía menos de veinte pistolas y ningún rifle ni cócteles molotov. Solo granadas y bombas caseras.

<sup>7</sup> . Esta sección sobre Vladka se basa en Meed, *Both Sides of the Wall* , pp. 68-85. Los testimonios orales de Vladka se pueden encontrar en las colecciones del USHMM y la Fundación USC Shoah.

8 . Casi todos los judíos que se quedaron en el gueto realizaron trabajos forzados.

9 . Edelman, *The Ghetto Fights* , p. 30.



10 . Zuckerman, *Surplus of Memory* , pp. 230, 251.

<sup>11</sup> . Meed, *Both Sides of the Wall* , p. 120. En el relato de Zivia, la mayoría de los judíos estaban confusos y no se defendieron.

12 . Traducción de Gutterman, *Fighting for Her People* , p. 199.

13 . Lubetkin, *Days of Destruction* , p. 151.

14 . Ibid., p. 154.

15 . Ibid., p. 155.

16 . Ibid., p. 157.

17 . Ibid., p. 158.



18 . Schultz (Tobbens y Schultz) y Hallman eran dos de las fábricas del gueto de Varsovia donde miles de judíos realizaban trabajos forzados.

19 . Meed, *Both Sides of the Wall* , pp. 120-121.

20 . Klinger, *Writing These Words* , p. 152.

21 . Según Tec, *Resistance* , p. 79, habían enviado de entrada a doscientos policías alemanes, pero acabaron mandando a ochocientos. Pensaron que la operación sería cosa de unas horas, y se prolongó días. Según Ronen, *Condemned to Life* , pp. 208-233, cuarenta alemanes murieron (cita a Chajka), y solo fueron expulsados cuatrocientos de la cuota de ocho mil judíos.

22 . Kukielka, «Last Days», pp. 102-106.

23 . Muchas fuentes coinciden en que en la zona de Będzin no hubo guetos hasta el otoño de 1942. Según «Będzin», *Virtual Shtetl* , los judíos habían estado viviendo en un gueto abierto antes de esa fecha.

24 . Laskier, *Rutka's Notebook*, p. 34.

25 . Ronen, «The Jews of Będzin», *op. cit.* , pp. 16-27.



26 . Gutterman, «Holocaust in Będzin», p. 63. En el USHMM hay numerosas fotografías del gueto de Kamionka. Véanse, por ejemplo, las fotografías 20745 y 19631.

[27](#) . Renia dice que estaba cercado y cerrado, pero según otras fuentes no estaba cercado, solo vigilado. Véase Gutterman, «Holocaust in Będzin», p. 63.

28 . Kukielka, *Underground Wanderings* , p. 73.

29 . Según una entrevista personal a Jacob Harel y Leah Waldman en Haifa (Israel), 14 de mayo de 2018, Renia dijo haber visto que eso le ocurría a su hermano.

1 . Dicho a su compañero de celda, después de la guerra. Citado en Witold Bereś y Krzysztof Burnetko, *Marek Edelman: Being on the Right Side* , trad. al inglés de William R. Brand, Bereś Media, Cracovia (Polonia), 2016, p. 170. Tec, *op. cit.* , p. 81, subraya que Stroop quedó particularmente impresionado con las mujeres judías que lucharon lado a lado con los hombres.

1 . Las descripciones de estos preparativos provienen de las memorias de Renia, los testimonios de Fela Katz, el diario de Chajka, *Condemned to Life* de Ronen y el catálogo de Namyslo. Libertad, Gordonia y La Joven Guardia, y más tarde HaNoar HaTzioni y Hashomer HaDati, todos colaboraron.

Entre los dirigentes de Gordonia también había mujeres como Szloma Lerner y Hanka Bornstein, que fue dirigente de la ŻOB. No está claro quién tenía el mando conjunto en Będzin entonces; en general, la Resistencia se veía como un satélite de la ŻOB de Varsovia y bajo su mando. En Zagłębie, los partidos no juveniles no participaron.

2 . Kukielka, *Underground Wanderings* , p. 76.

3 . Ibid., p. 77.



4 . Ahron Brandes, «In the Bunkers», trad. al inglés de Lance Ackerfeld, del libro yizkor de Będzin, <<https://www.jewishgen.org/Yizkor/bedzin/bed363.html> >.

5 . Tec, *Resistance* , p. 90.

6 . Este episodio se basa en Kukielka, *Underground Wanderings* , pp. 77-82. Según Ronen, *Condemned to Life* , pp. 208-233, hubo unos cuantos incidentes similares.

7. Kukielko, *Escape from the Pit* , p. 78, deja caer que a Renia también podrían haberla golpeado.

Tiempo atrás, en el gueto de Varsovia, Frumka había tenido una refriega con la policía judía. Durante una *Aktion* , Zivia, Antek y ella junto con otro dirigente se vieron repentinamente rodeados. Frumka insultó a un policía. Él respondió con obscenidades, y ella lo abofeteó. Un grupo de policías la subieron a un carro tirado por un caballo, con la nariz sangrándole profusamente, mientras Antek daba patadas como un salvaje. Una multitud de mirones reprendieron a la policía por detener a dirigentes de Hejalutz, y un camarada ayudó a ponerlos en libertad. Antek y Frumka escupieron a la cara del miembro de la milicia. Véase Lubetkin, *Days of Destruction* , pp. 41-44; Zuckerman, *Surplus of Memory* , pp. 190-191.

8 . A menos que se indique lo contrario, el resto de este capítulo, incluidos los diálogos y las citas, se basan en Kukielka, *Underground Wanderings* , pp. 82-88.

9 . La información sobre Irena proviene de «Adamowicz Irena», *POLIN Polish Righteous* , <<https://sprawiedliwi.org.pl/en/stories-ofrescue/story-rescue-adamowicz-irena> >; Izhar, *Chasia Bornstein-Bielicka* , p. 155; Anka Grupińska, *Reading the List* , Czarne, Wołowiec, 2014, p. 21; Lubetkin, *Days of Destruction* , p. 131; Zuckerman, *Surplus of Memory* , pp. 96 y 146-147. Pese a los riesgos que entrañaba su trabajo para su vida, Antek afirmó que los esfuerzos de ella se debían en última instancia a motivos misioneros. Zuckerman, *Surplus of Memory* , p. 421.

10 . La información sobre Idzia proviene de varios relatos, entre ellos Klinger, *Writing These Words* , pp. 112-113, 140-141.

11 . Klinger, «Girls in the Ghettos», *Women in the Ghettos* , pp. 17-23.



12 . Todas provienen de Klinger, *Writing These Words* , p. 141. Según el testimonio de Fela Katz, a Idzia la reconocieron por su pareja.

13 . La información sobre Astrid proviene de varios relatos, entre ellos Klinger, *Writing These Words* , pp. 112-113, 140-141; Kukielka, *Underground Wanderings* , p. 85; Aaron Brandes, «The Underground in Będzin», in *Daring to Resist* , pp. 27-28. Al parecer Idzia fue a Varsovia a buscar armas y, aunque ella nunca regresó a Będzin, Astrid llegó con pistolas y granadas.

14 . Klinger, *Writing These Words* , p. 113.

15 . La mensajera era Astrid.

1 . Draenger, *Justyna's Narrative* , pp. 1-57.

2 . Las dos siguientes secciones, incluidos los diálogos y las citas, se basan en Kukielka, *Underground Wanderings* , pp. 88-91. Las escenas han sido reforzadas con descripciones de Varsovia de la época.

3 . Sheryl Silver Ochayon, «The Female Couriers During the Holocaust», <<https://www.yadvashem.org/articles/general/couriers.html> >. La información general sobre las mensajeras proviene de Lubetkin, *Days of Destruction* , pp. 73-81; Ochayon, «Female Couriers During the Holocaust»; Weitzman, «Kashariyot (Couriers) in the Jewish Resistance».

4 . Lubetkin, *Days of Destruction* , p. 73.



5 . Izhar, *Chasia Bornstein-Bielicka* , p. 167.

6 . Weitzman, «Kashariyot (Couriers) in the Jewish Resistance».

7 . Korczak, «Men and Fathers», *Women in the Ghettos* , pp. 28-33.

8 . Zuckerman, *Surplus of Memory* , p. 153.

9 . Según Kol-Inbar, «Three Lines in History», p. 517, alrededor del 70 por ciento de las mensajeras eran mujeres; había unas cien en total. La media de edad era de veinte años.

10 . Shalev, *Tosia Altman* , p. 165.

11 . Myrna Goldenberg, «Passing: Foreword», en *Before All Memory Is Lost* , pp. 131-134.

12 . Aliza Vitis-Shomron, *Youth in Flames: A Teenager's Resistance and Her Fight for Survival in the Warsaw Ghetto* , Tell the Story, Omaha, 2015, p. 176.



13 . Entrevista personal, Havi Dreifuss, Tel Aviv, 16 de mayo de 2018.

14 . Weitzman, «Living on the Aryan Side in Poland», p. 213.

15 . Ibid., p. 208.

16 . Diane Ackerman, *The Zookeeper's Wife: A War Story* , Norton, Nueva York, 2007, p. 220.

17 . Shalev, *Tosia Altman* , p. 134.

18 . Chasia, una mensajera, sabía hacer una genuflexión, pero no tenía ni idea de que había dos santas llamadas Halina; ¿de cuál de ellas le venía el nombre?

19 . Bronka Klibanski, una mensajera de Białystok, escribió: «En comparación con los hombres, me parece que las mujeres somos más leales a la causa, más sensibles a nuestro entorno, más prudentes o, tal vez, más generosamente dotadas de intuición». Klibanski, «In the Ghetto and in the Resistance», en *Women in the Holocaust* , p. 186.

20 . También eran resueltas. Según Vladka Meed (en Katz y Ringelheim, *Proceedings of the Conference on Women* , p. 82), algunas mensajeras eran competitivas, se peleaban por llevar a cabo las misiones.



21 . La historia proviene de Shalev, *Tosia Altman* , p. 150.

22 . Draenger, *op. cit.* , p. 99.

23 . Izhar, *op. cit.* , p. 237.

24 . Meed, *op. cit.* , pp. 90-92.

25 . Draenger, *op. cit.* , p. 56.

1 . Esta sección, incluidos los diálogos y las citas, se basa sobre todo en las memorias de Bela, *Bronislawa Was My Name* (Ghetto Fighters' House, 1991), pp. 24-67. Para otras fuentes, véanse: Sara Bender, «Bela Ya'ari Hazan», en *Enciclopedia de las Mujeres Judías* , <<https://jwa.org/encyclopedia/article/hazan-bela-yaari> >; M. Dvorshetzky, «From Ghetto to Ghetto», en *Women in the Ghettos* ; y entrevista personal con Yoel Yaari, Jerusalén, 17 de mayo de 2018. Los testimonios escritos de Bela pueden encontrarse en el museo Casa de los Combatientes de los Guetos (2 documentos) y los archivos de Yad Vashem.

2 . Grunwald-Spier, *Women's Experiences in the Holocaust* , p. 251. La información sobre Lonka proviene sobre todo de Diatłowicki, ed., *Jews in Battle, 1939-1945* ; Itkeh, «Leah Kozibrodzka», en *Women in the Ghettos* , pp. 129-131; Lubetkin, *Days of Destruction* , pp. 76-78; Zuckerman, *Surplus of Memory* , pp. 106-107, 121, 176-177, etc. Era la principal mensajera de Antek.

3 . La información sobre Tema Schneiderman proviene sobre todo de Bronia Klibanski, «Tema Sznajderman», en *Enciclopedia de las Mujeres Judías*, <<https://jwa.org/encyclopedia/article/sznajderman-tema> >. Tema Schneiderman, Leah Pearlstein y Sarah Granatshtein fueron asesinadas en la liquidación de enero de Varsovia.



4 . La historia de esta fotografía (aquí y en capítulos posteriores) proviene de Yoel Yaari, «A Brave Connection», *Yedioth Ahronoth* , suplemento de Pascua, 5 de abril de 2018, y entrevista personal con Yoel Yaari, Jerusalén, 17 de mayo de 2018. En su testimonio de Yad Vashem, Bela dice que invitó a la Gestapo a su casa para una fiesta de Navidad.

5 . Tal como lo vi en mi visita al lugar.

6 . Zuckerman, *Surplus of Memory* , p. 242. Explica cómo Dziełna lo averiguó; extrapoló que Irena se lo dijo a Renia.

7 . Izhar, *Chasia Bornstein-Bielicka* , p. 155.

1 . Las tres secciones de este capítulo que se cuentan desde la perspectiva de Zivia están basadas en Lubetkin, *Days of Destruction* , pp. 160-189.

2 . Había teléfonos en el gueto de Varsovia —por ejemplo, en los talleres— y la gente podía llamar al exterior y recibir llamadas. En cuanto a las cartas, se comunicaban en clave. Zuckerman, *Surplus of Memory* , p. 354, cuenta que llamó al taller desde un restaurante y se comunicó en clave. En la p. 368 se alude a los informes telefónicos nocturnos durante el levantamiento. (Tosia llamó a la mensajera Frania Beatis.) Vladka utilizó un teléfono para coordinar la introducción clandestina de armas. Según Paulsson, *Secret City* , p. 237, estos teléfonos probablemente funcionaban porque habían sido pasados por alto por los nazis.

3 . Basado en la conversación reportada, Lubetkin, *Days of Destruction* , p. 178.

4 . Tec, *Resistance* , p. 79.



5 . Según Kol-Inbar, «Three Lines in History», p. 522, la deportación fue frenada por otros motivos aparte de la resistencia, pero los judíos creyeron que tuvo algo que ver.

6 . Tec, *Resistance* , p. 67.

7 . Según Vitis-Shomron, *Youth in Flames* , pp. 174-175, vendía ropa a los trabajadores de los campos (para que la vendieran fuera del gueto) y ahorra el dinero para comprar armas a un contrabandista polaco. Con la demanda de armas por parte de particulares judíos surgió un mercado negro.

8 . Por otra parte, según el testimonio de Marysia Warman en *Mothers, Sisters, Resisters* , ella no sabía nada del levantamiento y le cogió totalmente por sorpresa, pese a ser una mensajera del Bund.

9 . Meed, *Both Sides of the Wall* , p. 123. Según Zuckerman, *Surplus of Memory* , p. 292, robaron una pistola por el camino y solo llegaron cuarenta y nueve al gueto.

10 . Zuckerman, *Surplus of Memory* , pp. 344-345, afirma que llevaba «un pantalón tres cuartos». (Al parecer eran de un hombre más bajo; más tarde se enteró de que la gente lo reconoció por ellos.) En la p. 235 describe su aspecto cuando estuvo en Cracovia para la rebelión: «Parecía un noble rural polaco. Iba con chaquetón, sombrero, pantalones de montar metidos en las botas y bigote».

11 . Meed, *Both Sides of the Wall* , pp. 135-138.

12 . La información sobre las armas proviene sobre todo de Zuckerman, *Surplus of Memory* , pp. 292-295. Según Tec, *Resistance* , p. 80, en total, la ŽOB tenía dos mil cócteles molotov, diez rifles, un par de ametralladoras robadas a los alemanes, y mucha munición.



13 . Lubetkin, *Days of Destruction* , p. 166. Se produjeron muchas pequeñas rebeliones en el gueto durante este periodo.

14 . Según *Blue Bird* y Zuckerman, *Surplus of Memory* , p. 318, la ŻOB obligó a los panaderos a ayudar (aunque algunos lo hicieron voluntariamente).

15 . Zuckerman, *Surplus of Memory* , p. 318.

16 . David M. Schizer, «The Unsung, Unfinished Legacy of Isaac Giterman», *Tablet* , 18 de enero de 2018, <<https://www.tabletmag.com/scroll/253442/the-unsung-unfinished-legacy-of-isaac-giterman> >.

17 . Gutterman, *Fighting for Her People* , p. 196.

18 . Lubetkin, *Days of Destruction* , pp. 166-167.

19 . Rotem, *Memoirs of a Ghetto Fighter* , 25-30.

20 . Zuckerman, *Surplus of Memory* , p. 378, afirma que tenían joyas y millones de eslotis, dólares y libras británicas.



21 . La información sobre Miriam Heinsdorf proviene de Grupińska, p. 70; y de Zuckerman, *Surplus of Memory* , pp. 78, 229, 259, etc. Se le recuerda a menudo por cantar. Era mayor que las demás, debía de tener unos treinta años.

22 . Las crónicas difieren sobre la posición de las mujeres en las organizaciones. En algunas, Zivia era una dirigente electa de la ŻOB; otras dan a entender que renunció voluntariamente porque conocía sus limitaciones.

23 . Zuckerman, *Surplus of Memory* , pp. 228-229.

24 . Tomado de Gutterman, *Fighting for Her People* , pp. 205-225, y Lubetkin, *Days of Destruction* , pp. 170-177.

25 . Como Gusta observó, pp. 80-81: «La efectividad del partisano no depende tanto de la fuerza bruta como del elemento sorpresa... [en] su capacidad para desconcertar al enemigo».

26 . Muchos miembros de Libertad eran de las afueras de Varsovia y un poco mayores.

27 . Según Lubetkin, *Days of Destruction* , pp. 176-177, había cuatro grupos de La Joven Guardia, uno de Gordonia, uno de Akiva, uno de Hanoar Hatzioni, cinco de Libertad, uno de Poalei-Zion ZS, uno de Left Poalei Zion, cuatro del Bund y cuatro comunistas. La ŻŻW también tenía una unidad amplia y fuerte.

La mayoría de las fuentes coinciden con Zivia en que había aproximadamente quinientos combatientes de la ŻOB y doscientos cincuenta de la ŻŻW. Sin embargo, hay quienes afirman (como *The Last Fighters* ) que solo había 220 miembros de la ŻOB. Grupińska, *Reading the List* , enumera 233 combatientes en total basándose en gran medida en la lista compilada por los dirigentes de la ŻOB en 1943, pero ellos mismos reconocieron que no era completa.

No se aceptaba a todo el mundo en la ŻOB; varios de los rechazados formaron sus propios grupos «feroces» que también lucharon. Otros combatientes no afiliados se unieron a la ŻŻW.

28 . Kol-Inbar, «Three Lines in History», p. 522.



29 . Rufeisen-Schüpper, *Farewell to Mila 18* , p. 99.

30 . Rotem, *Memoirs of a Ghetto Fighter* , p. 22.

31 . Zuckerman, *Surplus of Memory* , p. 304.

32 . Lubetkin, *Days of Destruction* , p. 178.

33 . Tomado de Gutterman, *Fighting for Her People* , p. 215, y Zuckerman, *Surplus of Memory* , p. 313. Según *Blue Bird* , cada combatiente tenía una pistola y una granada; cada grupo contaba con dos rifles y unos cuantos explosivos caseros.

34 . Lubetkin, *Days of Destruction* , p. 181.



36 . Ibid., p. 182.



37 . Citado en Gutterman, *Fighting for Her People* , p. 218.

38 . La descripción de esta primera noche se basa en Gutterman, *Fighting for Her People* .

39 . Ibid., p. 216.

40 . Ibid., p. 220.

<sup>41</sup> . Goldstein, *Stars Bear Witness* , p. 190, ofrece descripciones minuciosas de este levantamiento desde su perspectiva bundista.

42 . Rotem, *Memoirs of a Ghetto Fighter* , p. 34.

[43](#) . Lubetkin, *Days of Destruction* , pp. 34-35, 187.

44 . Gleitman era su apellido de soltera. En *The Last Fighter* , describe un elemento más de su ataque: «Salí al balcón y vi a un alemán, pero yo ya no tenía munición. Como estábamos preparando *cholent* , decidí arrojarle la cazuela. En la cazuela había *kishke* y le cayó sobre la cabeza, y empezó a forcejear para quitárselo».



[45](#) . Masha Futermlch en *Pillar of Fire* (version hebrea, episodio 13), visto en el Museo Yad Mordechar, dirigido por Asher Tlalim, Israel, 1981.

46 . Esta sección, incluidas las citas, proviene de Kukielka, «Last Days», pp. 102-106. En otros relatos, el movimiento envió a Hantze de nuevo a Będzin.

47 . De la versión en yidis, *Women in the Ghettos* .

48 . Esta descripción del gueto en llamas visto desde el lado ario proviene de Kukielka, *Underground Wanderings* , pp. 92-94; Mahut, p. 144; Meed, *Both Sides of the Wall* , pp. 140-146; Vitis-Shomron, *Youth in Flames* , p. 191.

49 . Kukielka, *Underground Wanderings* , p. 92.

50 . Algunos informes afirman que se mató a trescientos nazis; los informes nazis dan una cifra mucho menor, pero no es de extrañar, sobre todo con un general Stroop desesperado por presumir de sus logros. Según Ackerman, *Zookeeper's Wife* , pp. 211-213, dieciséis nazis fueron muertos y ochenta y cinco heridos.

51 . In Meed, *Both Sides of the Wall* , añadido.

52 . Kukielka, *Underground Wanderings* , p. 94







55 . Ibíd. Para relatos similares, véanse Kuper, «Life Lines», pp. 201-202, y Meed, *Both Sides of the Wall* , p. 141.

<sup>1</sup> . A menos que se indique lo contrario, este capítulo está basado, principalmente, en Lubetkin, *Days of Destruction* , pp. 190-259.

2 . Ibid., pp. 199-200.

3 . Ibid., pp. 200-201.

4 . Citado en Gutterman, *Fighting for Her People* , p. 222.

5 . Tec, *Resistance* , pp. 174-176.



6 . Lubetkin, *Days of Destruction* , pp. 190-192.

7 . Citado en Meed, *Both Sides of the Wall* , p. 155.

8 . Lubetkin, *Days of Destruction* , pp. 206-207.

9 . *Ibíd.*, pp. 205-208, incluye el debate que hubo aquellos días en el gueto en llamas.

10 . Ibid., p. 209.

11 . «Kazik» era el *nom de guerre* de Simcha Rotem (nacido como Simcha Rathajzer).

12 . Lubetkin, *Days of Destruction* , pp. 239-240; Zuckerman, *Surplus of Memory* , p. 412.

13 . Citado en Gutterman, *Fighting for Her People* , p. 230.



14 . La geografía fue un factor importante. Varsovia tenía un sistema de alcantarillado que podía usarse para contrabando y fugas. En el Este, la cercanía del bosque hizo posibles los campos de partisanos. Sin embargo, Łódź era un lugar aislado, sin alcantarillado.

15 . Lubetkin, *Days of Destruction* , pp. 220-224.

16 . La historia de la huida de Hela se basa en Rufeisen-Schüpper, *Farewell to Mila 18* , p. 113.

17 . Lubetkin, *Days of Destruction* , p. 229.

18 . Shalev, *Tosia Altman* , pp. 208-211. Un recorte de *Davar* , 1 de junio de 1943, se conserva en el archivo del museo Casa de los Combatientes de los Guetos.

19 . Dror, *The Dream, the Revolt* , p. 3.

20 . Shalev, *Tosia Altman* , p. 208.

21 . Gutterman, *Fighting for Her People* , p. 244.



22 . Lubetkin, *Days of Destruction* , p. 233.

23 . Ibid., p. 234.

24 . Ibid., p. 236.

25 . Esta historia proviene de Pnina Grinshpan Frimer en *The Last Fighters* .

26 . Lubetkin, *Days of Destruction* , p. 244.

27 . Shalev, *Tosia Altman* , p. 189.

28 . Lubetkin, *Days of Destruction* , p. 247.

29 . Los detalles de esta operación de rescate varían según las fuentes, y algunos difieren del relato de Zivia. Véanse, por ejemplo, Gutterman, *Fighting for Her People* , pp. 244-257; Rotem, *Memoirs of a Ghetto Fighter* , pp. 48-58; y Shalev, *Tosia Altman* , p. 189.



30 . Lubetkin, *Days of Destruction* , p. 247.

31 . Este momento es controvertido. Kazik afirma que dijo a todos que se quedaran cerca de la boca de alcantarilla, dando a entender que Zivia no debería haber dejado que se desperdigaran. (Rotem, *Memoirs of a Ghetto Fighter* , p. 53.)

32 . Ibid., p. 55.

33 . Lubetkin, *Days of Destruction* , p. 252.

34 . Kazik, sin embargo, sí escribió sobre ella en *Memoirs of a Ghetto Fighter* , pp. 53-56. Gutterman, *Fighting for Her People* , pp. 251-253, proporciona varias versiones de este incidente, fundamentalmente desde la perspectiva de Kazik; aquí ella explica que Zivia amenazó con disparar a Kazik mientras iban en el camión. En sus *Memoirs* , Kazik cuenta que Zivia amenazó con dispararle en cuanto se adentraron en el bosque.

35 . Entrevista personal, Barbara Harshav, Nueva York, 9 de marzo y 3 de abril de 2018.

36 . Lubetkin, *Days of Destruction* , p. 252.

37 . Varios de los obituarios de estas mujeres pueden encontrarse en Grupińska, *Reading the List* ; Spizman, *Women in the Ghettos* ; Neustadt, ed., *Destruction and Rising* .



38 . Kol-Inbar, «Three Lines in History», p. 522.

39 . Esta descripción se repite a lo largo de *Women in the Ghettos* .

40 . *Women in the Ghettos* , p. 164.

41 . Lubetkin, *Days of Destruction* , p. 81.

<sup>42</sup> . Rotem, *Memoirs of a Ghetto Fighter* , p. 26. Para más información sobre Dvora Baran, véase Lubetkin, *Days of Destruction* , pp. 214-215.

43 . La información proviene de Grupińska, *Reading the List* , pp. 132-133; Vera Laska, *Different Voices* , p. 258; Jack Porter, «Jewish Women in the Resistance», *Jewish Combatants of World War 2* , 2, n.º 3 (1981); Katrina Shawver, «Niuta Teitelbaum, Heroine of Warsaw», <<https://katrinashawver.com/2016/02/niuta-teitelbaum-akalittle-wanda-with-the-braids.html> >.

44 . Gutterman, *Fighting for Her People* , p. 258.

45 . Lubetkin, *Days of Destruction* , p. 256.



<sup>46</sup> . Gutterman, *Fighting for Her People* , pp. 260-261. En Lubetkin, *Days of Destruction* , no se menciona.

47 . Hacía reuniones incluso mientras nadaba largos; iba a todas partes andando para evitar los tranvías. Zuckerman, *Surplus of Memory* , pp. 352, 377.

48 . Meed, *Both Sides of the Wall* , pp. 156-162.

49 . Zuckerman, *Surplus of Memory* , p. 390. El escondite que le correspondía a cada uno fue un tema controvertido.

50 . Hay varios relatos contradictorios sobre el incendio de la fábrica y la muerte de Tosia, muchos de los cuales pueden encontrarse en Shalev, *Tosia Altman* , pp. 194, 206. Véase también Lubetkin, *Days of Destruction* , p. 257, y Zuckerman, *Surplus of Memory* , pp. 394-396.

1 . Ruzka Korczak, «The Revenge Munitions», en *Women in the Ghettos* , p. 81.

2 . Esta sección, incluidos los diálogos y las citas, se basa en Kukielka, «Last Days», pp. 102-106.

3 . Klinger, *Writing These Words* , p. 129.



4 . El resto de esta sección, incluidos los diálogos y las citas directas, se basa en Kukielka, *Underground Wanderings* , pp. 96-98.

5 . De La Joven Guardia de Sosnowiec, nacida en 1923. La información se basa en los testimonios de Fela Katz; Ronen, *Condemned to Life* , p. 311.

6 . Renia utiliza varios nombres para referirse a él. Se le llama «Tałow» en Ronen, *Condemned to Life* , pp. 256-276, y Brandeis, «The Underground in Będzin», p. 128.

7 . Kukielka, *Underground Wanderings* , p. 97.

8 . Véase, por ejemplo, Chaya Palevsky, «I Had a Gun», en *Daring to Resist* , pp. 120-121; Riezl (Ruz'ka) Korczak, *Flames in Ash* , Sifriyat Po'alim-Hakibbutz Ha'artzi Hashomer Hatzair, Israel, 1946, p. 109; Tec, *Resistance* , p. 92.

9 . Zuckerman, *Surplus of Memory* , pp. 252-255, 292, para adquisiciones de armas.

10 . No está claro cuál era, pero, en general, el cementerio judío fue un lugar importante para la resistencia. Según Lubetkin, *Days of Destruction* , p. 160, los hermanos Landau, judíos que habían ayudado a muchos miembros de La Joven Guardia durante las deportaciones, eran propietarios de una fábrica de artesanía en madera. Les pidieron a los nazis una parcela para hacer un huerto cerca del cementerio judío, el lugar más tranquilo de Varsovia, según Zivia, porque los nazis casi nunca iban. Con los restos de vegetación, el cementerio era irónicamente el lugar del gueto donde había más vida. Los trabajadores judíos salían con azadas y horcas del gueto para dirigirse a esa parcela, y allí se ponían en contacto con los miembros del lado ario y se esforzaban en encontrar armas. Antek utilizó la tumba del renombrado autor yidis I. L. Peretz como lugar de reunión, y enviaba y recibía cartas a través de los cavadores de tumbas y los portadores de cadáveres. Más información en Zuckerman, *Surplus of Memory* , pp. 260, 356.

11 . Weitzman, «Kashariyot (Couriers) in the Jewish Resistance». Esta sección está basada en este artículo, así como en Ochayon, «Female Couriers During the Holocaust».



12 . Cohen, *The Avengers* , p. 59.

13 . Las historias de Hela se basan en Rufeisen-Schüpper, *Farewell to Mila 18* .

14 . Hela posó con Shoshana Langer, con fecha de junio de 1943. Del archivo del museo Casa de los Combatientes de los Guetos.

15 . Draenger, *Justyna's Narrative* , p. 70.

16 . El contrabando de armas de Vladka se basa en Meed, *Both Sides of the Wall* , pp. 9-109, 123-132.

17 . Shalev, *Tosia Altman* , p. 174.

18 . Zuckerman, *Surplus of Memory* , pp. 125-126, 153.

En Vilna, utilizaron señales de tráfico falsas para desviar los coches a una calle con una boca de alcantarilla abierta, y transportaban las armas largas por las alcantarillas en cajas de herramientas.

Paulsson, *Secret City* , pp. 61-65, explica las diferentes formas en que introducían y sacaban mercancías del gueto, y que todo empezó con el contrabando de comida. Entre otras, estaban las alcantarillas y los túneles; los vehículos (tranvías, camiones, camiones de la basura, coches fúnebres, ambulancias); los grupos de trabajo; las diligencias jurídicas; las oficinas municipales y una farmacia (en Varsovia); los *metas* , los tejados o las cañerías de desagüe en edificios que bordeaban el muro; el muro mismo, trepándolo; el mercado de la calle Gęsia (en Varsovia); o simplemente la puerta después de sobornar o suscitar la compasión de un guardia.

19 . Una de las mensajeras principales de Antek acabó en Auschwitz y sobrevivió a la guerra. Sus memorias, *They Are Still with Me* , se publicaron en 2001.



20 . Hay versiones diferentes de esta historia. Véanse, por ejemplo, el testimonio de Havka Folman en Diatlowicki, ed., *Jews in Battle, 1939-1945* ; Lubetkin, *Days of Destruction* , p. 80; Ochayon, «Female Couriers During the Holocaust»; Yaari, «A Brave Connection». Según el texto del muro del museo Casa de los Combatientes los Guetos, el general nazi Stroop informó de que las mujeres judías «se escondían continuamente las armas en la ropa interior».

21 . La información sobre Chasia y las mensajeras de Białystok proviene fundamentalmente de Izhar, *Chasia Bornstein-Bielicka* , así como de Liza Chapnik, «The Grodno Ghetto and its Underground», en *Women in the Holocaust* , pp. 109-119; Chaika Grossman, *Underground Army* ; Klibanski, «In the Ghetto and in the Resistance», pp. 175-186.

22 . Chaika Grossman («Halina Woranowicz») era rubia y con los ojos azules, y venía de una familia adinerada de propietarios de fábricas. En 1938 pospuso sus estudios en la Universidad Hebrea para unirse a La Joven Guardia. Cuando Hitler atacó, fue precipitadamente a Varsovia para liderarla. Luego dirigió el movimiento de Vilna junto con Kovner desde una postura comedida y poco sentimental. Vivía en el lado ario y viajó con información sobre Ponary a Varsovia y otros guetos. Luego regresó a su Białystok natal para organizar la resistencia, estableciendo su base dentro del gueto. Ella y su novio, Edek Borks, trabajaron para unificar los movimientos juveniles en una sola unidad de combate, que acabó siendo dirigida por Mordechai Tenenbaum. Chaika siempre insistió en combatir desde el interior del gueto en lugar de huir para juntarse con los partisanos. Unida al jefe del *Judenrat* , le pidió en numerosas ocasiones que financiara los esfuerzos de la resistencia. «La locura de los valientes impulsa el mundo», era lo que enseñaba a sus jóvenes camaradas. Luchó en la resistencia de Białystok y luego huyó de la deportación corriendo en dirección contraria a la multitud, metiéndose a hurtadillas en una fábrica donde fingió que trabajaba.

[23](#) . La historia de Leah está basada en Tec, *Resistance* , pp. 159-171. Su testimonio se encuentra en el archivo del USHMM.

24 . Esta sección proviene del testimonio de Renia para la Biblioteca Nacional de Israel, de su testimonio guardado en Yad Vashem, y de *Underground Wanderings* , p. 98. Según Gelbard, «Life in the Warsaw Ghetto», 11, pagaron siete mil marcos por arma.

25 . Kukielka, *Underground Wanderings* , p. 98.

26 . Más tarde, en *Underground Wanderings* , Renia dice que usaba esa táctica.

27 . Izhar, *Chasia Bornstein-Bielicka* , pp. 206-207. Faye siempre llevaba una granada de más en el cinturón para volarse a sí misma si la capturaban con vida. Como explicó otra partisana: «Una para el enemigo y otra para mí».



28 . Kukielka, *Underground Wanderings* , p. 97.

1 . En *Underground Wanderings* , Renia señala que eso ocurre a principios de mayo de 1943, pero no concuerda con que viera arder el gueto de Varsovia y realizara viajes para introducir armas de contrabando, y que siga siendo principios de mayo. El 22 de junio de 1943 hubo una deportación en Będzin, y creo que podría estar refiriéndose a ella. Hay varias fechas conflictivas en su libro y esa parece ser una de ellas.

2 . Este capítulo, incluidos los diálogos y las citas, está basado en Kukielka, *Underground Wanderings* , pp. 98-107.

3 . Según Ronen, *Condemned to Life* , el grupo no era dado a tomar la iniciativa. Esperaban órdenes de Varsovia.

4 . Su testimonio, que se encuentra en la Casa de los Combatientes de los Guetos, da a entender que participó en la creación de Atid.

5 . A veces se referían a ella como Aliza Hoysdorf.

6 . Ronen, *Condemned to Life* , pp. 277-294, citando a Max Fischer.

7 . Aunque difícilmente parecía un momento para reír, las bromas eran una forma de resistencia en sí misma. El humor existía, e incluso era frecuente, en los guetos y los campos. Muchas mujeres participaban de un tipo particular de humor basado en los cuerpos, el aspecto, la comida y la cocina. Para más información, véase Ostrower, *It Kept Us Alive* .



8 . La cifra proviene de Renia. Según «Będzin, Polonia», *Enciclopedia Judaica* , Biblioteca Virtual Judía, <<https://www.jewishvirtuallibrary.org/Będzin> >, el 22 de junio de 1943 se llevaron de Będzin a cuatro mil judíos.

1 . Fela Katz lo describe como apuesto. Junto con Aliza Zitenfeld, impartió clases y cuidó a los niños huérfanos. Folman había organizado la escuela de Libertad en el gueto de Varsovia.

2 . Hay discrepancias en los relatos sobre quién fue en cada grupo. Reina afirma que Irka y Leah Pejsachson salieron con un grupo, pero según Klinger, *Writing These Words* , pp. 122-123, los asesinaron de otro modo. Según Ronen, *Condemned to Life* , pp. 295-312, David, que había sido nombrado comandante de La Joven Guardia, fue con el primer grupo; Chajka se enfadó porque solo permitieron ir a hombres. Fela Katz, en su testimonio, contó que David fue en el primer grupo, que tenía unas pocas armas; el grupo estaba formado solo por hombres, y cada uno llevaba un cuchillo y balas. Ronen, *Condemned to Life* , pp. 295-312, y Katz coinciden en que solo salieron dos mujeres junto con diez hombres la segunda vez.

3 . Klinger, «Girls in the Ghettos», pp. 17-23.

#### 4 . Testimonio de Fela Katz.

5 . La información sobre los partisanos se basa fundamentalmente en la Fundación Educativa de Partisanos Judíos, <<http://www.jewishpartisans.org> >; Kol-Inbar, «Three Lines in History», pp. 513-546; Nechama Tec, «Women Among the Forest Partisans», en *Women in the Holocaust* ; Tec, *Resistance* , pp. 84-121; Tamara Vershitskaya, «Jewish Women Partisans in Belarus», *Journal of Ecumenical Studies* , 46, n.º 4 (otoño de 2011), pp. 567-572. También me he basado en relatos personales, entre ellos: Shelub y Rosenbaum, *Never the Last Road* ; Schulman, *Partisan's Memoir* ; las fuentes mencionadas más abajo para los combatientes de Vilna.

6 . Los soldados soviéticos y los prisioneros de guerra que no querían caer en manos de los nazis, las unidades lituanas que comprendían a disidentes y comunistas, los bielorrusos que eludían el alistamiento obligatorio en los campos de trabajos forzados alemanes, los polacos apoyados por la resistencia polaca, etcétera.

7 . De la Fundación Educativa de Partisanos Judíos, <<http://www.jewishpartisans.org> >. Estas cifras incluyen a todas las brigadas partisanas, judías y no judías. Otras estadísticas se encuentran en Schulman, *Partisan's Memoir* ; Tec, *Resistance* ; Vershitskaya, «Jewish Women Partisans in Belarus».



8 . El sexo estaba prohibido para los partisanos y se castigaba con la muerte. Aun así, algunos hombres iban a los pueblos en busca de chicas. Se dice que los nazis lo sabían e inocularon enfermedades venéreas a las mujeres, para que se las transmitieran a los partisanos. Tec, *Resistance* , p. 107.

9. Tec, «Women Among the Forest Partisans», p. 223, afirma que el 77 por ciento.

10 . Fanny Solomian-Lutz, citado en Kol-Inbar, «Three Lines in History», p. 527.

11 . Del documental *Everyday the Impossible: Jewish Women in the Partisans* , Fundación Educativa de Partisanos Judíos, <<http://www.jewishpartisans.org/content/jewish-women-partisans> >.

[12](#) . Vitka Kempner, entrevistada en Yigal Wilfand, ed., *Vitka Fights for Life* , Moreshet, Givat Haviva (Israel), 2013, p. 49.

13 . Shelub y Rosenbaum, *Never the Last Road* , pp. 111-114.

14 . Como subraya Kol-Inbar, «Three Lines in History», p. 526, puede que los partisanos fueran antiautoritarios, pero en lo que se refería a las mujeres adoptaron el modelo más conservador de la sociedad tradicional.

15 . Fanny Solomian-Lutz, *A Girl Facing the Gallows* , Moreshet and Sifryat Hapoalim, Tel Aviv, 1971, pp. 113-114.



16 . Entrevista personal por teléfono, Holly Starr, 13 de noviembre de 2018, sobre su madre Sara Rosnow. La partisana Liba Marshak Auginfeld, oriunda de Vilna, era cocinera y sastra, y confeccionaba botas con cuero que los partisanos le compraban.

17 . De soltera Faye Lazebnik. Su historia está basada en Schulman, *Partisan's Memoir and Daring to Resist: Three Women Face the Holocaust* , dirigida por Barbara Attie y Martha Goell Lubell, Estados Unidos, 1999.

18 . Schulman, *Partisan's Memoir* , p. 17.

19 . Ibid., p. 149.

20 . Por ejemplo, Fruma Berger (con el destacamento de Bielski); Mira y Sara Rosnow.

21 . He basado mi historia sobre la resistencia de Vilna en los siguientes relatos: *Partisans of Vilna: The Untold Story of Jewish Resistance During World War II* , dirigida por Josh Waletzky, Estados Unidos, 1986; Neima Barzel, «Rozka Korczak-Marla» y «Vitka Kempner-Kovner», en *Enciclopedia de las Mujeres Judías* ; Cohen, *Avengers* ; Grossman, *Underground Army* ; Moshe Kalchheim, ed., *With Proud Bearing 1939-1945: Chapters in the History of Jewish Fighting in the Narotch Forests* , Organisation of Partisans-Underground Fighters-Ghetto Rebels in Israel, Tel Aviv, 1992; Michael Kovner, <[www.michaelkovner.com](http://www.michaelkovner.com)>; Korczak, *Flames in Ash* ; Roszka Korczak, Yehuda Tubin y Yosef Rab, eds., *Zelda the Partisan* , Moreshet-Sifriyat Po'alim, Tel Aviv, 1989; Ruzka Korczak, «In the Ghettos and in the Forests», «The Revenge Munitions» y «Women in the Vilna Ghetto», en *Women in the Ghettos* ; Dina Porat, *The Fall of a Sparrow: The Life and Times of Abba Kovner* , Stanford University Press, Stanford (California), 2010; Ziva Shalev, «Zelda Nisanilevich Treger», en *Enciclopedia de Mujeres Judías* ; Yehuda Tubin, Levi Deror y otros, eds., *Ruzka Korchak-Marle: The Personality and Philosophy of Life of a Fighter* , Moreshet-Sifriyat Po'alim, Tel Aviv, 1988; Wilfand, *Vitka Fights for Life* . También me he inspirado en las entrevistas personales con Rivka Augenfeld, Montreal, 10 y 17 de agosto de 2018; Michael Kovner, Jerusalén, 17 de mayo de 2018; Daniela Ozacky-Stern y Yonat Rotbain, Givat Haviva, 14 de mayo de 2018; Chayelevsky, Skype, 20 de noviembre de 2018.

22 . La historia sobre cómo Ruzka y Vitka se conocieron está basada en Cohen, *Avengers* , pp. 18-19. A lo largo de este capítulo he reproducido fielmente el diálogo que ofrece Cohen por si se basó en citas directas. Sus antecedentes personales provienen de muchas fuentes, entre ellas ibíd., pp. 13-23.

23 . Michael Kovner, «In Memory of My Mother», <<https://www.michaelkovner.com/said04eng> >. Cohen, *Avengers* , p. 19, también menciona este encuentro.



24 . Cohen, *Avengers* , p. 27. La historia del regreso de Vitka a Vilna proviene de las pp. 26-27.

25 . Tubin, Deror y otros, eds., *Ruzka Korchak-Marle* , p. 22.

26 . Cohen, *Avengers* , p. 38.

27 . Korczak, «Women in the Vilna Ghetto», pp. 113-127.

28 . Cohen, *Avengers* , p. 37.

29 . Ibid., p. 38.

30 . Ibíd., p. 49. En p. 7, Cohen describe que los demás habían especulado sobre su triángulo amoroso. Vitka trata de su romance en Tubin, Deror y otros, eds., *Ruzka Korchak-Marle* , p. 63.

31 . Como me dijo un miembro del grupo juvenil Libertad en el Reino Unido, 2018.



32 . Según Cohen, *Avengers* , p. 61, en los movimientos de resistencia europeos, el comandante enviaba a «su chica» para que encabezara la misión más dura, reflejando su fuerza.

33 . La misión, los preparativos y sus huidas por los pelos están basados en Cohen, *Avengers* , pp. 62-64; Korczak, «Women in the Vilna Ghetto», pp. 113-127; Wilfand, *Vitka Fights for Life* , pp. 29-31. Los hechos cambian ligeramente en cada relato.

34 . En una historia similar se cuenta que en una ocasión sorprendieron a Chasia llevando armas al bosque de las afueras de Białystok. Lloró y dijo que se había perdido. El nazi le indicó el camino y le advirtió que tuviera cuidado, que podrían haberla matado los partisanos. Izhar, *Chasia Bornstein-Bielicka* , p. 251.

35 . Cohen, *Avengers* , p. 62.

36 . Según Vitka en *Partisans of Vilna* , la bomba era enorme y rudimentaria. Un camarada de la FPO que tenía un cargo en la policía judía la sacó a escondidas del gueto debajo de su abrigo.

37 . Los relatos sobre Ruzka y el libro de bombas finlandés varían. Véase, por ejemplo, David E. Fishman, *The Book Smugglers: Partisans, Poets, and the Race to Save Jewish Treasures from the Nazis* , ForEdge, Lebanon (New Hampshire), 2017, y Wilfand, *Vitka Fights for Life* , pp. 29-31.

38 . Cohen, *Avengers* , p. 64.

39 . Korczak, «Women in the Vilna Ghetto», pp. 113-127.



40 . Cohen, *Avengers* , p. 88.

<sup>41</sup> . Wilfand, *Vitka Fights for Life* , p. 46; Ruzka, en Tubin, Deror y otros, eds., *Ruzka Korchak-Marle* , p. 42: «Hecho: Vitka Kovner Kempner era la comandante en jefe en el bosque. No solo participó en todas las patrullas, ¡tenía el mando!».

42 . Wilfand, *Vitka Fights for Life* , p. 41. Vitka habla sobre ello en la película *Everyday the Impossible: Jewish Women in the Partisans* . Según Ruzka (Katz y Ringelheim, *Proceedings of the Conference on 42 Women* , Antonio y Makiko), las mujeres participaron en casi todas las misiones de recogida de suministros, sabotaje, emboscada y combate.

[43](#) . Cohen, *Avengers* , p. 123. Esta historia está en pp. 122-125.

44 . Korczak, «In the Ghettos and in the Forests», *Women in the Ghettos* , pp. 74-81. Es posible que se refiera a otro incidente.

45 . Tubin, Deror y otros, eds., *Ruzka Korchak-Marle* , p. 67.

46 . Ibid., p. 42.

<sup>47</sup> . De varios testimonios, entre ellos el de Aida Brydbord, *Women of Valor* , p. 16.



48 . Izhar, *Chasia Bornstein-Bielicka* , p. 247.

49 . Como Fruma escribió en un poema: «*Hidden in the earth, a deep hole / Today became my home*» [Oculto en la tierra, un hoyo profundo / Hoy se ha convertido en mi hogar]. Ralph S. Berger y Albert S. Berger, eds., *With Courage Shall We Fight: The Memoirs and Poetry of Holocaust Resistance Fighters Frances «Fruma» Gulkowich Berger and Murray «Motke» Berger*, Comte, Margate, 2010, pp. 82-83.

50 . Wilfand, *Vitka Fights for Life* , p. 46.

51 . La información y las escenas sobre Zelda, así como el diálogo, se basan sobre todo en Korczak, Tubin y Rab, *Zelda the Partisan* .

52 . Cohen, *Avengers* , p. 125. La historia de esta misión se narra en pp. 125-128; Korczak, «Women in the Vilna Ghetto», pp. 113-127; Wilfand, *Vitka Fights for Life* , p. 42. Según Abba, en *Partisans of Vilna* , su idea era llevar a cabo un sabotaje en Vilna para demostrar a los alemanes que allí operaba la resistencia. Al mismo tiempo que realizaba esta misión, esperaba rescatar a judíos y trasladarlos al bosque.

53 . Citado en Cohen, *Avengers* , p. 128.

54 . Wilfand, *Vitka Fights for Life* , p. 48.

55 . Vitka Kempner en *Partisans of Vilna: The Untold Story of Jewish Resistance During World War II* , dirigida por Josh Waletzky, Estados Unidos, 1986.



56 . Korczak, «Women in the Vilna Ghetto», pp. 113-127.

57 . Cohen, *Avengers* , pp. 129-130.

58 . Ibid., p. 139. La siguiente historia está basada en pp. 139-142, y Tubin, Deror y otros, eds., p. 73. Hay varias versiones. Según Korczak, «Women in the Vilna Ghetto», pp. 113-127, Vitka esperó a que sus captores estuvieran distraídos para zafarse y huir. Según Vitka en Wilfand, *Vitka Fights for Life* , p. 42, este incidente se une a su misión de volar el suministro eléctrico de Vilna. De regreso, fue detenida en un puente por nazis en motocicletas. Ella los persuadió para que la soltaran y les dijo que testificaría en favor de ellos después de la guerra; se llevó consigo a los fugitivos de Ponary.

59 . Citado en Cohen, *Avengers* , p. 142.

60 . Según el testimonio de Fela Katz, los dirigentes lo escondieron en un búnker para que su reaparición no provocara el pánico. Fela cambia ligeramente los hechos en su relato.

<sup>61</sup> . La cita proviene de Kulielka, *Underground Wanderings* , pp. 110-111 y Ronen, *Condemned to Life* , pp. 295-312.

<sup>1</sup> . A menos que se indique lo contrario, esta sección está basada en Kukielka, *Underground Wanderings* , pp. 112-113.

2 . Klinger, *Writing These Words* , pp. 119-120.



3 . Ibid., pp. 120-121.

4 . La información de esta sección proviene fundamentalmente de Meed, *Both Sides of the Wall* ; Ochayon, «Female Couriers During the Holocaust»; Weitzman, «Kashariyot (Couriers) in the Jewish Resistance».

5 . Ackerman, *Zookeeper's Wife* , p. 173, se refiere a una «cueva de ladrones».

6 . Rotem, *Memoirs of a Ghetto Fighter* , pp. 96-98, describe las estrategias y el desafío al que se enfrentaban las mensajeras.

7 . Según Schulman, *Partisan's Memoir* , p. 89, los nazis no malgastaban balas con los niños, los enterraban vivos.

8 . Esto proviene de un testimonio oral que se encuentra en los archivos de la Biblioteca Wiener para el Estudio del Holocausto.

9 . Véase Lubetkin, *Days of Destruction* , p. 260, para un debate sobre cómo torturaron los alemanes a los polacos.

10 . Véase Paulsson, *Secret City* , pp. 3-4, 201-210 para información sobre las distintas organizaciones.



11 . Paldiel, *Saving One's Own* , pp. 32-42.

12 . Ibid., p. 25.

13 . Samuel D. Kassow, conferencia, en «In Dialogue: Polish Jewish Relations During the Interwar Period».

14 . La información sobre el JDC proviene de diversas fuentes, entre ellas «American Jewish Joint Distribution Committee and Refugee Aid», en *Enciclopedia del Holocausto del USHMM* , <<https://encyclopedia.ushmm.org/content/en/article/american-jewish-jointdistribution-committee-and-refugee-aid> >; y Yehuda Bauer, «Joint Distribution Committee», en *Encyclopedia of the Holocaust* , ed. Israel Guttman, Macmillan, Nueva York, 1990, pp. 752-756.

15 . Nathan Eck, «The Legend of the Joint in the Ghetto», informe inédito, archivos del JDC.

16 . Antek acusó a los grupos de la resistencia polaca de retener sumas. Rotem, *Memoirs of a Ghetto Fighter* , pp. 98-99; Zuckerman, *Surplus of Memory* , p. 419.

17 . Bauer, «Joint Distribution Committee», pp. 752-756; Zuckerman, *Surplus of Memory* , p. 43, n. 15.

18 . Michael Beizer, «American Jewish Joint Distribution Committee», trad. al inglés de I. Michael Aronson, *Enciclopedia YIVO de los Judíos de Europa del Este* ,  
<[https://yivoencyclopedia.org/article.aspx/American\\_Jewish\\_Joint\\_Distribution\\_Committee](https://yivoencyclopedia.org/article.aspx/American_Jewish_Joint_Distribution_Committee)>.



19 . Paldiel, *Saving One's Own* , pp. 32-42.

20 . *Ibíd.*, p. 33. Véanse también Lubetkin, *Days of Destruction* , p. 263; Meed, *Both Sides of the Wall* , pp. 226-229; y Zuckerman, *Surplus of Memory* , pp. 486-487.

21 . No hay registros exhaustivos, y estos números son estimaciones; cada fuente proporciona cifras distintas. Lubetkin, *Days of Destruction* , p. 262, afirma que hubo veinte mil judíos haciéndose pasar por otra identidad o escondiéndose en barrios de Varsovia, y doce mil acudieron a la organización buscando ayuda. Zuckerman, *Surplus of Memory* , p. 449, coincide y afirma que en su fichero hay tres mil nombres (en clave). Según Kol-Inbar, «Three Lines in History», p. 531, Żegota salvó a cuatro mil judíos (y a cuatro mil niños). Para Paldiel, *Saving One's Own* , p. 34, los grupos de rescate ayudaron a entre once mil y doce mil judíos en total. Paldiel, p. 26, señala que de quince mil a veinte mil judíos se escondieron en el área de Varsovia, y cerca de la mitad recibió ayuda de Żegota y de las organizaciones judías. Paulsson, *Secret City* , pp. 3-4, 207, 229-230, calcula que alrededor de nueve mil judíos recibieron ayuda de esas organizaciones.

22 . Zuckerman, *Surplus of Memory* , pp. 435, 496, explica que en los registros escritos solo utilizaban los nombres judíos que no eran reconocibles. Un recibo de Żegota expuesto en el museo POLIN muestra un 1/100 de la suma que fue concedida y lleva una fecha de diez años atrás para enmascarar la operación. Véase Paulsson, *Secret City* , pp. 232-233, para debatir sobre todos estos registros y recibos.

23 . Las cifras varían según las fuentes, algunas ascienden a cuarenta mil. Según Paldiel, *Saving One's Own* , p. 26, entre quince y veinte mil judíos se escondieron en el área de Varsovia. Según el estudio de Paulsson, llegó a haber veintiocho mil judíos ocultos en Varsovia (para un resumen, véase su obra *Secret City* , pp. 2-5).

24 . Zuckerman, *Surplus of Memory* , p. 496.

25 . Según el texto del muro de POLIN, esa cantidad apenas cubría la comida; la verdadera ayuda era brindar esperanza y contactos.

26 . La historia de su búnker se encuentra en Meed, *Both Sides of the Wall* , p. 200.



27 . Goldstein, *Stars Bear Witness* , p. 229.

28 . Warman, *Mothers, Sisters, Resisters* , pp. 285-286.

29 . Izhar, *Chasia Bornstein-Bielicka* , p. 230.

30 . Weitzman, «Living on the Aryan Side», p. 189, indica que un 10 por ciento de los judíos que sobrevivieron lo lograron adoptando otra identidad.

31 . Esta discusión sobre la adopción de otra identidad está basada en Weitzman, *Living on the Aryan Side* .

32 . Citado en Paldiel, *Saving One's Own* , p. 35.

33 . Para más testimonios y datos sobre estas *melinas* , véanse Rotem, *Memoirs of a Ghetto Fighter* , p. 86; Zuckerman, *Surplus of Memory* , p. 474; y Warman, «Marysia Warman».

34 . Rotem, *Memoirs of a Ghetto Fighter* , pp. 76-77. En el caso de Zivia, se escondió sobre todo con bundistas que tenían casi diez años menos que ella.



35 . Zuckerman, *Surplus of Memory* , p. 501.

1 . Ronen, *Condemned to Life* , pp. 256-276.

2 . La información sobre Rivka proviene de Grupińska, p. 96, y Neustadt, ed., *Destruction and Rising* .

3 . Draenger, *Justyna's Narrative* , p. 54.

4 . En realidad se refiere a «Silesia», que es una región fronteriza con muchas semejanzas culturales e históricas.

5 . Rotem, *Memoirs of a Ghetto Fighter* , p. 69, explica que solían tener planes alternativos por si un contacto no aparecía. Por ejemplo, tenían instrucciones de regresar al mismo lugar al día siguiente.

6 . En una versión de la historia de Renia, se encontraba con esa mujer por casualidad; en su testimonio de la Casa de los Combatientes de los Guetos, afirma que Antek le dio esa dirección.

En general, Renia describe sus misiones para Varsovia de forma muy diferente en sus distintos testimonios (Casa de los Combatientes de los Guetos, Biblioteca Nacional de Israel, Yad Vashem, *Underground Wanderings*). En su testimonio de la Biblioteca Nacional de Israel afirma que llevaba dinero para Zivia y Antek. En su testimonio de la Casa de los Combatientes de los Guetos menciona que se reunió con Kazik (lo que, según ella, sucedió antes de que viera arder el gueto), pero lo omite en los demás. Aquí afirma que no recuerda cómo encontró a Antek y que recibió armas de un polaco. Su encuentro con Antek lo describe de una forma diferente en cada testimonio. El orden cronológico de sus misiones también difiere en cada testimonio. En algunos, afirma que llevó a cabo seis o siete misiones; en otros, cuatro. A lo largo de la segunda parte, me he basado en sus distintos (y a veces contradictorios) relatos para construir una narración que parezca fiel.

7 . En testimonios orales y escritos del archivo de la Casa de los Combatientes de los Guetos, Renia cuenta cómo cundió el pánico en el hotel mientras las autoridades lo registraban buscando a judíos, por lo que se vio obligada a deambular por las calles durante horas.



8 . Grunwald-Spier, *Women's Experiences in the Holocaust* , pp. 254-255; Zuckerman, *Surplus of Memory* , pp. 97, 242 (la madre tenía cincuenta y tantos años). En el museo Casa de los Combatientes de los Guetos aparece mencionada como «Shoshana-Rozalia».

9 . Kukielka, *Underground Wanderings* , p. 115.

10 . Ibíd. Como expresa Havi Dreifuss en *The Zuckerman Code* : «Se necesitaban un coraje y una astucia callejera infinitos, y en eso Antek era experto. En parte se debía a su aspecto, pero también a su habilidad para portarse como un mocoso polaco, por lo que, si alguien le decía algo, él sabía cómo hacerle callar».

11 . Rescatar una armónica era un acto de resistencia en un régimen donde los nazis controlaban las posesiones de los judíos. Los nazis instauraron incontables leyes sobre lo que los judíos podían o no tener. Por ejemplo, al comienzo de la guerra, los judíos tuvieron que entregar a los nazis todo el oro, pieles y armas. Se racionó la comida. Tener más de lo estipulado podía comportar una ejecución. Cuando los nazis trasladaban a los judíos de un lugar a otro, les decían exactamente qué podían llevar consigo. Pero muchos desafiaron las leyes y salvaron objetos: escondieron joyas de la familia en la pared de un barracón, un fajo de dinero y un broche de diamantes dentro de un cepillo para zapatos, un ornamentado tapete para cubrir el *matzá* de la abuela. Los objetos contribuían a una sensación de seguridad y esperanza.

12 . La historia del levantamiento del gueto de Częstochowa proviene de Kukielka, *Underground Wanderings* , pp. 117-118; Brandeis, «Rebellion in the Ghettos», en *Daring to Resist* , pp. 128-129; Binyamin Orenstajn, «Częstochowa Jews in the Nazi Era», *Czenstochov; A New Supplement to the Book «Czenstochover Yidn»* , trad. al inglés de Mark Froimowitz, Nueva York, 1958, <<https://www.jewishgen.org/yizkor/Czestochowa/cze039.html> >.

13 . Brandeis, «Rebellion in the Ghettos», en *Daring to Resist* , pp. 128-129.

14 . Kukielka, *Underground Wanderings* , p. 118.

15 . Este relato de la captura de Ina está inspirado en los testimonios de Fela Katz y en Ronen, *Condemned to Life* , p. 311.



1 . A menos que se indique lo contrario, este capítulo, incluidos los diálogos y las citas, está basado en Kukiela, *Underground Wandering* , pp. 118-122.

2 . Ronen, *Condemned to Life* , p. 349.

3 . Véase Rochelle G. Saidel y Batya Brudin, eds. *Violated! Women in Holocaust and Genocide* , Remember the Women Institute, Nueva York, 2018, catálogo de exposición; Rochelle G. Saidel y Sonja M. Hedgepeth, eds., *Sexual Violence Against Jewish Women During the Holocaust* , Brandeis University Press, Waltham (Massachusetts), 2010. Otras fuentes para este apartado son Karay, «Women in the Forced Labor Camps», y Laska, *Different Voices* , pp. 261-267; Ostrower, *It Kept Us Alive* , pp. 139-146; Gurewitsch, *Mothers, Sisters, Resisters* .

4 . Ringelheim, «Women and the Holocaust», pp. 376-377.

5 . Véase *Women of Valor: Partisans and Resistance Fighters* , Newsletter (Center for Holocaust Studies), vol. 3, n.º 6, Nueva York, 1990, p. 8.

6 . Grunwald-Spier, *Women's Experiences in the Holocaust* , p. 174.

7 . Ringelheim, «Women and the Holocaust», pp. 376-377.

8 . Izhar, *Chasia Bornstein-Bielicka* , pp. 147-148.



9 . Babey Widutschinsky Trepman, «Living Every Minute», en *Before All Memory Is Lost* , p. 383.

10 . Zuckerman, *Surplus of Memory* , p. 108, sobre Rivka; Reinhartz, *Bits and Pieces* , p. 33, para unas pinceladas sobre su personalidad.

11 . Draenger, *Justyna's Narrative* , pp. 98-99.

12 . La superviviente me pidió que utilizara un seudónimo. Encontré su testimonio inédito en la colección de la Fundación Azrieli.

- 1 . Chaika Grossman, «For Us the War Has Not Ended», en *Women in the Ghettos* , pp. 180-182.

<sup>1</sup> . Kukielka, *Underground Wanderings* , p. 123. Esta sección se basa en las memorias de Renia, pp. 123-124.

[2](#) . Para más información véase Ronen, *Condemned to Life* , pp. 256-726.

3 . Las siguientes secciones sobre Chajka están basadas en Klinger, «The Final Deportation», en *Writing These Words to You* , pp. 33-79; las citas directas también provienen de esas páginas. El relato de Chajka es similar al que ofrece Renia en sus memorias, y que es el mismo que le contó Meir Schulman, pp. 124-128. Fela Katz, miembro de La Joven Guardia de Sosnowiec, también presenta una historia parecida en sus testimonios (guardados en el archivo del Instituto de Historia Judía y publicados en Jerzy Diatłowski, ed., *Jews in Battle, 1939-1945* ), aunque en su historia menciona varios tiroteos importantes.

Los detalles cambian un poco en cada versión.



4. Kazik, el combatiente del gueto de Varsovia, escribió sobre su idilio con Dvora Baran, con quien luchó en el levantamiento del gueto de Varsovia antes de que la mataran. Intentaron mantener en secreto sus besuqueos, por miedo a ofender a sus compañeros combatientes que se adherían a los códigos de pureza del movimiento. «Costaba saber quiénes eran pareja: los dirigentes del movimiento *jaltz* eran fieles a la “pureza sexual”, y las aventuras amorosas eran prácticamente platónicas —escribió él más tarde, refiriéndose a su unidad de combate—. Las parejas hablaban mucho, intercambiaban sentimientos, soñaban.» Sin embargo, el comandante de la unidad de Kazik se enfadó por que no le hubiera comunicado su idilio con Dvora; quería celebrarlo. Muchos hacían excepciones en estos tiempos funestos. El sexo y la muerte eran una combinación inevitable.

Una noche, en su propia litera del búnker, la pareja decidió no contenerse. «¿Tienes un condón?», le preguntó Dvora, como si la vida fuera normal. Kazik no tenía. De modo que se tumbaron juntos y se pasaron toda la noche charlando. Después de la muerte de Dvora, Kazik perdió la virginidad con una joven polaca y luego se enamoró de la mensajera Irena Gelblum «con toda la pasión de mi juventud». Mientras vivieron en el lado ario, solían besuquearse en el parque para no ofender a los dirigentes del movimiento.

5 . Chajka escribe que en el búnker del kibutz no había armas, y da a entender que las únicas que tenían eran las dos pistolas que el grupo de La Joven Guardia había llevado consigo. Según el relato de Meir, tenían varias armas escondidas.

6 . La información sobre Chawka proviene de su testimonio de los archivos de Yad Vashem y de Ronen, *Condemned to Life* , pp. 91-103. Chawka acudió a Będzin como parte de un plan de emigración que se desbarató. En el gueto era paramédica y ayudó a los huérfanos. Hablaba con fluidez el polaco y tenía el aspecto «adecuado».

7 . La presencia de Sarah en el búnker está registrada en David Liwer, *Town of the Dead: The Extermination of the Jews in the Zaglembe Region* , Tel Aviv, 1946.

8 . Ronen, *Condemned to Life* , y Meir (en el relato de las memorias de Renia) ofrecen versiones ligeramente distintas de este acuerdo. Según Ronen, el camarada que salió fue Max Fischer; según Meir, fue Moshe Marcus.

9 . En su testimonio del Instituto de Historia Judía, Fela Katz sostiene que, en un momento dado, entre La Joven Guardia, Libertad y Gordonía reunieron unos 70.000 *reichsmarks* (puede que fueran para reasentar a camaradas con los partisanos). Hershel Springer tenía una caja fuerte en el búnker.

10 . Esto proviene del relato de Meir en Kukielka, *Underground Wanderings* , p. 126.

11 . Ibid., p. 127. Esta escena está basada en pp. 127-128.



12 . La historia del búnker de los combatientes proviene de Kukielka, *Underground Wanderings* (contada por Ilza), pp. 128-130; Klinger, *Writing These Words* , pp. 159-165 (ella noveló en parte su relato sobre lo que pasó a sus camaradas en sus últimos momentos); y el testimonio del policía judío Abram Potasz que se publicó en *Klinger, Writing These Words* , pp. 181-184. En otros cuantos testimonios, se refieren a él como el «búnker de la lavandería».

13 . Kukielka, *Underground Wanderings* , p. 129.

14 . Ibid.

15 . Klinger, *Writing These Words* , pp. 182-183.

16 . Ibid., p. 183.

17 . Ibid., p. 164.

18 . Esta sección sobre el campo de concentración, incluidas las citas directas, se basa en pp. 71-79.

1 . A menos que se indique lo contrario, este capítulo, incluidos los diálogos y las citas, está basado en Kukiela, *Underground Wanderings* , pp. 130-152.



2 . Un grupo de jóvenes sionistas laboristas que estaba menos politizado y más interesado en la pluralidad y la unidad judías, y se mostraba abierto al debate y a cualquiera que se considerara judío. Promovió el rescate.

3 . Del testimonio de Renia de Yad Vashem. «Yo también soy muy obstinada. Hago todo lo posible para conseguir lo que quiero en la vida.»

4 . Rotem, *Memoirs of a Ghetto Fighter* , p. 63.

5 . Según Ronen, *Condemned to Life* , pp. 357-370, Bolk mantuvo su palabra y los ayudó. Según Namyslo, *Before the Holocaust Came* , p. 25, su nombre era Boleslaw Kozuch.

6 . Según Liwer, *Town of the Dead* , p. 18, después de ese rescate, Sarah informó que había veintitrés miembros y dos niños escondidos en varios lugares del lado ario.

7 . En su testimonio de Yad Vashem, Renia cuenta una versión diferente: una vendedora de zapatos había escondido dinero en su zapato y ella no podía recordar la dirección de esa zapatería. En esta historia, Renia le contó a la Gestapo que era de Varsovia porque sabía que habían capturado mensajeras en los alrededores de Białystok y Vilna.

8 . En el testimonio de Renia de Yad Vashem, afirma que amenazó con estrangular a Ilza si le contaba a alguien que ella era judía.

9 . Para el testimonio de un preso sobre la brutalidad a la que se enfrentó, véase «Escape from a Polish Prisoner of War Camp», WW2 People's War (BBC), <<https://www.bbc.co.uk/history/ww2peopleswar/stories/63/a3822563.shtml> >



10 . Grunwald-Spier, *Women's Experiences in the Holocaust* , pp. 173-174.

1 . *Bronislawa Was My Name* , pp. 68-69. También me he inspirado en el testimonio de Bela de «From Ghetto to Ghetto», *Women in the Ghettos* , pp. 134-139.

2 . Citado en ibíd.

3 . En los relatos de Bela, Shoshana fue encarcelada como judía; según *Women in the Ghettos* , la mataron. Pero Lubetkin, *Days of Destruction* , p. 305, y Zuckerman, *Surplus of Memory* , p. 472, afirman que la tomaron por polaca, sobrevivió a varios campos e hizo la *aliyá* . Señalan Klinger como su nombre de casada. En la Casa de los Combatientes de los Guetos hay varias fotografías de ella en la década de 1940.

4 . Bela no indica que fuera «de las farolas», pero Zuckerman, *Surplus of Memory* , p. 429, menciona que era una forma común de ahorcar a los presos en Pawiak.

5 . Paldiel, *Saving One's Own* , pp. 382-384; Tec, *Resistance* , p. 124.

6 . «Official Camp Orchestras in Auschwitz», *La música y el Holocausto* ,  
<<http://holocaustmusic.org/places/camps/death-camps/auschwitz/camp-orchestras> >.

7 . Ostrower, p. 149.



8 . Josef Mengele llevó a cabo experimentos médicos inhumanos en prisioneros y mandó a muchos a las cámaras de gas.

9 . Esta cita es una amalgama de las distintas versiones que se encuentran en los testimonios de Bela, *Women in the Ghettos* y *Bronislawa Was My Name* .

10 . Yaari, «A Brave Connection».

<sup>11</sup> . Esta sección, incluidos los diálogos y las citas, está basada en Kukielka, *Underground Wanderings* , pp. 152-160.

1 . Fecha estimada basada en el testimonio de Renia.

2 . A menos que se indique lo contrario, este capítulo, incluidos los diálogos y las citas, está basado en Kukielka, *Underground Wanderings* , pp. 160-173.

3 . Kukielka, testimonio de Yad Vashem.

4 . La descripción de Mirka también proviene del testimonio de Yad Vashem de Renia.



5 . En su testimonio de Yad Vashem, Renia ofrece otra versión: en un momento determinado, dice, le confesó a Mirka que era judía y le dijo su nombre real, por si la mataban y alguien venía a buscarla. Mirka no podía creer que una mujer que rezaba con tanta fluidez con los cristianos fuera judía. Renia no podía trabar amistad abiertamente con una judía y le pidió a Mirka que no se acercara nunca a ella.

Años después, en Israel, Renia se dirigió a Jaffa para asistir a la boda de su hermano con el grupo musical. Al entrar con prisas en la ceremonia, vio a Mirka con aspecto andrajoso y llevando a un niño de la mano. Renia estaba eufórica y atónita, pero no pudo pararse a hablar. Mirka le dijo que vivía cerca con su marido y su hijo —señaló el edificio— y le dijo que fuera a verla. Renia estuvo mucho tiempo intentando localizarla después de eso, yendo de casa en casa, hablando con los vecinos. Hasta llamó a un programa de radio israelí que buscaba a supervivientes. Nunca la encontró.

6 . Goldenberg, «Camps: Foreword», p. 273; Rebekah Schmerler-Katz, «If the World Had Only Acted Sooner», en *Before All Memory Is Lost* , p. 332.

7 . Brandeis, «Rebellion in the Ghettos», en *Daring to Resist* , p. 127. Véase Tec, *Resistance* , pp. 124-127, para información sobre la Resistencia en Auschwitz.

8 . Nacida con el nombre de Hannah (Hanka) Wajcblum. Su historia está basada en sus memorias: Anna Heilman, *Never Far Away: The Auschwitz Chronicles of Anna Heilman* , University of Calgary Press, Calgary, 2001, así como en su testimonio en *Mothers, Sisters, Resisters* , pp. 295-298. Su testimonio oral está en la colección de la Fundación USC Shoah.

Aunque he contado esta historia fundamentalmente desde la perspectiva de Anna, en otras fuentes hay versiones distintas con datos contradictorios sobre quiénes estuvieron involucrados, quiénes empezaron a sacar clandestinamente pólvora, cómo lo hicieron, cómo los capturaron, cómo se desarrolló la revuelta y quiénes sobrevivieron. En mi relato he incluido información de varias fuentes, entre ellos, la historia oral de Noach Zabludovits, «Death Camp Uprisings», en *Daring to Resist* , p. 133; *In Honor of Ala Gertner, Róza Robota, Regina Safirztajn, Ester Wajcblum: Martyred Heroines of the Jewish Resistance in Auschwitz Executed on January 5, 1945* (editorial desconocida, ¿1991?); «Prisoner Revolt at Auschwitz-Birkenau», USHMM, <<https://www.ushmm.org/learn/timeline-of-events/1942-1945/auschwitz-revolt> >; «Revolt of the 12th Sonderkommando in Auschwitz», Fundación Educativa de Partisanos Judíos, <<http://jewishpartisans.blogspot.com/search/label/Roza%20Robota;RonenHarran> >, «The Jewish Women at the Union Factory, Auschwitz 1944: Resistance, Courage and Tragedy», *Dapim: Studies in the Holocaust* , 31, n.º 1 (2017), pp. 45-67; Kol-Inbar, *Three Lines in History* , pp. 538-539; Rose Meth, «Rose Meth», in *Mothers, Sisters, Resisters* , pp. 299-305; Paldiel, *Saving One's Own* , p. 384; Tec, *Resistance* , pp. 124-144. En p. 136 de *Resistance* se señala la falta de datos y cifras exactos en este relato.

9 . Según las secuencias de *The Heart of Auschwitz* , dirigida por Carl Leblanc, Canadá, 2010. Según Harran, *Jewish Women at the Union Factory* , p. 47, Union fue inicialmente una compañía de componentes para bicicleta, pero en 1940 se convirtió en una filial que fabricaba armas.

10 . Según las memorias de Anna, algunos «amantes» tenían relaciones sexuales, otros no. Esos hombres, que tenían pases para entrar en el campo de las mujeres, les llevaban cosas como comida.

11 . Además de las fuentes enumeradas más arriba en relación con la resistencia en Auschwitz, la información sobre Roza proviene de Jack Porter, «Jewish Women in the Resistance», *Jewish Combatants of World War* , 2, n.º 3 (1981); y Na'ama Shik, «Roza Robot», en *Enciclopedia de las Mujeres Judías* , <<https://jwa.org/encyclopedia/article/robot-roza> >.

12 . La mayoría de los testimonios coincide en que los hombres lo promovieron. Muchos afirman que pidieron a Roza que recogiera la pólvora de sus compañeras presas. A Roza a menudo se la presenta al frente de esta operación.



13 . Hay muchos relatos sobre Franceska Mann; a veces se refieren a ella como Katerina Horowicz. En unos se lee que hizo a propósito un seductor *striptease* ; en otros, que se fijó en que los guardias nazis se la comían con los ojos. En unos arrojaba prendas de ropa; en otros, un zapato. En varios, otras mujeres se unían a ella y atacaban a los nazis. Véase, por ejemplo, *Women of Valor* , p. 44; Grunwald-Spier, *Women's Experiences in the Holocaust* , pp. 266-271; Kol-Inbar, *Three Lines of History* , p. 538. Según Vitis-Shomron, *Youth in Flames* , p. 200, era una colaboradora nazi.

14 . Reinhartz, *Bits and Pieces* , p. 42.

15 . Goldenberg, «Camps: Foreword», p. 269.

16 . En la revuelta de Sobibor, los judíos mataron a once guardias de las SS y auxiliares de policía, y pegaron fuego al campo. Escaparon unos trescientos judíos por la alambrada cortada; casi doscientos lograron salir sin que los capturaran. Para ocultar el trabajo clandestino, el cabecilla de la resistencia de Sobibor fingió que tenía una relación amorosa con una mujer, «Lyuka» (Gertrude Poppert-Schonborn). Como su tapadera, ella oyó los planes y le dio al cabecilla una camisa para desearle buena suerte la víspera de su fuga. Véase «Jewish Uprisings in Ghettos and in Camps», en *Enciclopedia del USHMM* , <<https://encyclopedia.ushmm.org/content/en/article/jewish-uprisings-in-ghettos-and-camps-1941-44> >; Paldiel, *Saving One's Own* , pp. 371-382; Tec, *Resistance* , pp. 153-157.

17 . Tec, *Resistance* , p. 155.

18 . La información sobre Mala proviene de varias fuentes, cada una con datos diferentes sobre su pasado, fuga y asesinato. Véanse Grunwald-Spier, *Women's Experiences in the Holocaust* , pp. 271-275; Jack Porter, «Jewish Women in the Resistance»; Na'ama Shik, «Mala Zimetbaum», en *Enciclopedia de las Mujeres Judías* , <<https://jwa.org/encyclopedia/article/zimetbaum-mala> >; y Ya'ari-Hazan, *Bronislawa Was My Name* , pp. 109-113.

19 . En la crónica de Bela en *Women in the Ghettos* , pp. 134-139, se afirma que introdujeron clandestinamente a catorce chicas de Łódź y Theresienstadt en el campo.

20 . Olga Lengyel, «The Arrival», *Different Voices* , p. 129.



21 . Véanse, por ejemplo, Karay, «Women in the Forced Labor Camps», pp. 293-294, y Laska, «Vera Laska», *Different Voices* , p. 254; Suzanne Reich, «Sometimes I Can Dream Again», en *Before All Memory Is Lost* , p. 315.

22 . De soltera Fania Landau. Oriunda de Białystok, Fania fue deportada a un campo de trabajos forzados, y luego a Auschwitz, donde trabajó en la fábrica Union.

23 . De soltera Snajderhauz. Esta historia sobre la tarjeta en forma de corazón proviene de *The Heart of Auschwitz* , dirigida por Carl Leblanc, Canadá, 2010; entrevista personal por teléfono, Sandy Fainer, 27 de noviembre de 2018; texto del muro, Museo del Holocausto de Montreal, Montreal.

24 . Son Hanka, Mania, Mazal, Hanka W., Berta, Fela, Mala, Ruth, Lena, Rachela, Eva Pany, Bronia, Cesia, Irena, Mina, Tonia, Gusia y Liza. En *The Heart of Auschwitz* , Anna afirma que no firmó la tarjeta y que «Hanka W.» no era ella.

25 . Dejaron el corazón en la mesa de trabajo de Fania el día de su cumpleaños, el 12 de diciembre de 1944. Ella escondió el preciado regalo entre un poco de paja en el techo de su barracón. En una marcha de la muerte en enero de 1945, Fania se puso el corazón bajo el brazo y lo llevó durante todo el trayecto. Ella sobrevivió, al igual que el corazón, el único recuerdo de los primeros veinte años de su vida, y lo escondió en el cajón de la ropa interior hasta que su hija lo encontró muchas décadas después.

En *The Heart of Auschwitz* , una mujer que trabajaba en Union afirma que esta historia es inverosímil, que no había posibilidad de que las mujeres contrabandearan materiales, o de que Fania lo hubiera llevado durante toda una marcha de la muerte en la que pegaban un tiro si alguien se desviaba unos centímetros de la fila. Otros señalan que nunca oyeron hablar de que se celebrara un cumpleaños en Auschwitz.

26 . Según Harran, *Jewish Women at the Union Factory* , pp. 51-52, más de treinta mujeres estuvieron involucradas; la mayoría, judías polacas. Cinco eran de Varsovia y cinco de Będzin; varias eran miembros de La Joven Guardia. Da más nombres: Haya Kroin, Mala Weinstein, Helen Schwartz, Genia Langer. Otras mujeres involucradas son Faige Segal, Mala Weinstein, Hadassah Zlotnicka, Rose Meth, Rachel Baum, Ada Halpern, Hadassah Tolman-Zlotnicki y Luisa Ferstenberg.

[27](#) . Véase Tec, *Resistance* , pp. 139-141, sobre la historia de Roza llevando delantales con capas escondidas.

28 . Actualmente se la conoce como Kitty Hart Moxon. Grunwald-Spier, *Women's Experiences in the Holocaust* , pp. 275-277.



29 . En algunos testimonios, fue en el crematorio número 3; en otros, en el 4.

30 . En algunos testimonios, la pólvora de Union no intervino realmente en esta explosión, mientras que otros afirman que toda la pólvora provenía de Union y que las mujeres tuvieron un papel esencial en este caso único de resistencia armada en Auschwitz.

31 . Harran, *Jewish Women at the Union Factory* , pp. 53-56, y Tec, *Resistance* , p. 138.

32 . Según Harran, *Jewish Women at the Union Factory* , pp. 60-64, en realidad las condenaron por sabotaje de productos y no por sus esfuerzos en la resistencia. Los nazis estaban molestos con el sabotaje extendido en sus fábricas de mano de obra esclava. La ejecución pública de esas cuatro jóvenes judías pretendía disuadir a las demás de dedicarse al sabotaje y demostrar a las autoridades de Berlín que se estaban haciendo cargo del problema.

1 . A menos que se indique lo contrario, este capítulo está basado en Kukielka, *Underground Wanderings* , pp. 173-179, incluidas las citas directas.

2 . La descripción que hace Renia de él y de su relación cambia un poco en su testimonio de Yad Vashem.

3 . Kukielka, testimonio de Yad Vashem.

1 . En el testimonio de Yad Vashem de Renia, eran salchichas y vodka.



2 . Esta sección está basada en «Montelupich Prison», Centro de Recursos de la Shoah, <[https://www.yadvashem.org/odot\\_pdf/Microsoft%20Word%20-%206466.pdf](https://www.yadvashem.org/odot_pdf/Microsoft%20Word%20-%206466.pdf)>; Draenger, *Justyna's Narrative* , pp. 9-15, 27-29; Grunwald-Spier, *Women's Experiences in the Holocaust* , pp. 209-210; Kol-Inbar, *Three Lines of History* , pp. 520-521; Margolin Peled, «Gusta Dawidson Draenger»; y Margolin Peled, «Mike Gola».

3 . Draenger, *Justyna's Narrative* , p. 29.

4 . Citado en Kol-Inbar, *Three Lines of History* , p. 521.

5 . Hay versiones un poco distintas de la historia de su fuga en Draenger, *Justyna's Narrative* , pp. 18-19; Grunwald-Spier, *Women's Experiences in the Holocaust* , pp. 209-210; Peled, «Gusta Dawidson Draenger», y Peled, «More Gola», ambos en la *Enciclopedia de Mujeres Judías* .

6 . En otra versión, Halina le daba a Renia su abrigo de cuero característico.

7. Zuckerman, *Surplus of Memory* , p. 406.

8 . El resto de este capítulo está basado en Kukiela, *Underground Wanderings* , pp. 191-200, incluidas las citas directas.

9 . Ronen, *Condemned to Life* , pp. 357-730.



10 . En la lista de los «Justos entre las Naciones» de Yad Vashem están incluidos los rescatadores que cobraron, siempre que la suma de dinero no fuera exorbitante, y siempre que los judíos no fueran maltratados ni explotados. Véase Paulsson, *Secret City* , p. 129.

11 . Ibid., pp. 382-383.

12 . Kukielka, testimonio de Yad Vashem.

13 . Ronen, *Condemned to Life* , pp. 341-370.

14 . De una foto del grupo en Budapest que se encuentra en el archivo del museo Casa de los Combatientes de los Guetos.

1 . Esta canción la escribió Hirsh Glick en yidis en el gueto de Vilna, y es una de las canciones de la resistencia judía más conocidas. La traducción al inglés que aquí se cita es de Miriam Schlesinger.

2 . La información sobre Gisi, así como sobre Eslovaquia, proviene fundamentalmente de «Slovakia», Centro de Recursos de la Shoah, <[http://www.yadvashem.org/odot\\_pdf/Microsoft%20Word%20-%206104.pdf](http://www.yadvashem.org/odot_pdf/Microsoft%20Word%20-%206104.pdf)>; Yehuda Bauer, «Gisi Fleischmann», *Women in the Holocaust* , pp. 253-264; Gila Fatran, «Gisi Fleischmann», en *Enciclopedia de las Mujeres Judías* , <<https://jwa.org/encyclopedia/article/fleischmann-gisi>>; Paldiel, *Saving One's Own* , pp. 100-136.

3 . Ibid., pp. 101-102.



4 . El resto de este capítulo está basado en Kukielka, *Underground Wanderings* , pp. 147-218, incluidas las citas directas.

5 . De una fotografía del archivo del museo Casa de los Combatientes de los Guetos.

6 . La historia de Chajka y Benito, incluidas las citas directas, provienen de Ronen, *Condemned to Life* , pp. 384-402.

7 . Según Ronen, *Condemned to Life* , pp. 384-402, la operación del cruce de frontera terminó cuando el hombre que los ayudaba traicionó al grupo y los refugiados fueron capturados y enviados a Auschwitz.

8 . Renia escribe sobre Sarah en términos vagos. Tengo la impresión de que ella no sabía con certeza que no volvería a verla, pero que lo presentía.

9 . Kukielka, *Underground Wanderings* , p. 211.

10 . Rotem, *Memoirs of a Ghetto Fighter* , p. 90, menciona que había fotógrafos callejeros en Varsovia que hacían una foto a un transeúnte y lo avisaban cuando estaba lista, y este iba a recogerla y pagaba. Tal vez fue así como se tomaron las tres fotos de Vladka, Hela, Shoshana y Renia en la calle. (Véase pliego de fotos.)

11 . Esto se basa en el testimonio de Renia. El archivo del JDC no lo confirma.



[12](#) . Según Zariz, «Attempts at Rescue and Revolt», p. 23, Renia empezó a escribir su diario en Budapest.

13 . La fotografia es del archivo del museo Casa de los Combatientes de los Guetos.

14 . Según los papeles de inmigración de Renia, la fecha de llegada a Palestina fue el 7 de marzo. Dos semanas después, Hitler invadió Hungría.

\* Nunca digas que el viaje final está próximo, / nunca digas que no conoceremos la Tierra Prometida.  
/ La hora tan anhelada llegará, no temas, / y nuestros pasos retumbarán: ¡Aquí estamos! (*N. de la t .*)

- 1 . Testimonio en vídeo, archivo de Yad Vashem n.º 4288059, 20 de junio de 2002.

2 . Citado en Paldiel, *Saving One's Own* , p. 394.

1 . Klinger, *Writing These Words* , p. 49.

2 . Testimonio de Renia, Biblioteca Nacional de Israel.



3 . Avinoam Patt, «A Zionist Home: Jewish Youths and the Kibbutz Family After the Holocaust», en *Jewish Families in Europe* , pp. 131-152.

4 . Kukielka, *Underground Wanderings* , p. 218.

5 . Este debate sobre el relato del Holocausto en Israel está basado en Gutterman, *Fighting for Her People* , pp. 12-19, 352-379, 455-467; Paldiel, *Saving One's Own* , pp. XVII-XXI; Sharon Geva, *To the Unknown Sisters: Holocaust Heroines in Israeli Society* , Hakibbutz Hameuchad, Tel Aviv, 2010. En *The Last Fighters* , Marek Edelman afirma que Israel es antisemita en lo relativo a los judíos europeos. En Klinger, *Writing These Words* , p. 21, Ronen da a entender que los diarios de Chajka nunca fueron populares porque no encajaban con el relato de la víctima o del combatiente armado.

6 . Kol-Inbar, *Three Lines of History* , pp. 523-524, sobre cómo el relato heroico de Zivia era popular en Israel en 1946 ya que era más digerible que las historias de las víctimas.

## 7 . *The Last Fighters* .

8 . Véase, por ejemplo, Gutterman, *Fighting for Her People* , pp. 473-474.

9 . Entrevista personal, Eyal Zuckerman, Tel Aviv, 15 de mayo de 2018.

10 . Diner también señala que el levantamiento del gueto de Varsovia ocurrió en Pascua; el tema de la liberación estaba vinculado con el séder. Los judíos estadounidenses tenían muchos actos conmemorativos alrededor de esta época del año. Pero eran actos de duelo, el levantamiento en sí nunca era el tema central.



11 . Tec, *Resistance* , pp. 1-15.

12 . Schulman, *Partisan's Memoir* , p. 10. Véase Eva Fogelman, «On Blaming the Victim», en *Daring to Resist* , pp. 134-137.

13 . Ostrower, *It Kept Us Alive* , pp. 14, 20, 64, 231, reconoce que ciertas líneas de investigación pueden representar erróneamente la gravedad y la brutalidad del Holocausto sin proponérselo.

14 . Según un estudio de 2018 llevado a cabo por la Conferencia sobre Demandas Materiales Judías contra Alemania, dos tercios de los *millennials* estadounidenses afirmaron en una encuesta reciente no saber qué era Auschwitz.

15 . Una de las consignas de estos combatientes era «no nos llevarán como corderos al matadero», que era una increíble fuente de energía para ellos, pero más tarde se vio como un ataque contra las víctimas. La mayoría de los combatientes —incluso los que dispararon a los nazis en la cara— murieron; de los 3,3 millones de judíos que había en Polonia, solo vivieron 300.000. Una multitud de factores determinaron cómo una persona escogía la forma de reaccionar ante la tortura del Holocausto, por no hablar de las numerosas formas de resistir. Los ejércitos más grandes del mundo no lograron detener a Hitler, de modo que tiene sentido que los judíos muertos de hambre no combatieran. En *The Last Fighters* , Marek Edelman hace hincapié en que los judíos que murieron en las cámaras de gas fueron héroes: «Era más fácil tener un arma en las manos que caminar desnudo al encuentro de la muerte».

16 . Entre otros factores está la vergüenza del fracaso, así como la preocupación de que los esfuerzos de la resistencia hubieran sido contraproducentes e incluso precipitaran la masacre. Según Gutterman, «Holocaust in Będzin», p. 63, algunos historiadores afirman que el levantamiento del gueto de Varsovia hizo que los nazis aceleraran el plan de matar a todos los judíos.

Para la perspectiva de la resistencia como algo inútil e incluso perjudicial, véanse Eli Gat, «The Warsaw Ghetto Myth» y «Myth of the Warsaw Ghetto Bunker: How It Began», en *Ha'aretz* , 19 de diciembre de 2013, y 13 de enero de 2014, <<https://www.haaretz.com/jewish/.premium-fiction-of-warsaw-ghetto-bunkers-1.5310568> > y <<https://www.haaretz.com/jewish/.premium-warsaw-ghetto-myths-1.5302604> >.

Según Mark, pp. 41-65, tenemos tan arraigada en la mente la idea de que los judíos no se defendieron que la resistencia judía a menudo se ve como «un milagro» en lugar de como algo común. Señala que los judíos subestiman la resistencia al decir que una pequeña fracción de la población no cuenta como una lucha nacional; pero, en cualquier lucha nacional, el combate real siempre lo llevan a cabo unas pocas personas.

17 . La introducción de «las mujeres y el Holocausto» como campo de investigación fue un paso controvertido, y tardó años en institucionalizarse como campo de estudio legítimo por la incomodidad que suscitaba poner el sufrimiento al servicio de un propósito político. Incluso a los estudiosos del Holocausto que se autoproclaman feministas les resultaba complicado centrarse en las mujeres cuando ese enfoque se prestaba a celebraciones acríticas de la amistad y el trabajo doméstico. Incluso en algunas exposiciones recientemente organizadas y en recursos específicos que hay en las redes sobre las mujeres y el Holocausto, todavía se afirma a modo de descargo que todos los judíos sufrieron por igual.

18 . Ronen, «Women Leaders in the Jewish Underground During the Holocaust».



19. Weitzman, «Living on the Aryan Side», pp. 217-219. Weitzman afirma que el combate armado (librado por hombres) era visible, mientras que las actividades de rescate (realizadas por mujeres) eran secretas; las mujeres no solían afiliarse a ninguna organización, sino que participaban en actos privados de resistencia; el papel de las mujeres se definía como auxiliar aunque fuera más peligroso; los actos de las mujeres (sobre todo el rescate de niños) eran subestimados; las mujeres no registraron sus actividades ni buscaron reconocimiento después de la guerra. Sus argumentos de por qué las *kashariyot* no pasaron a la historia se encuentra en «Kashariyot (Couriers) in the Resistance During the Holocaust».

20 . Berger y Berger, eds., *With Courage Shall We Fight* , p. 45. Varios de esos factores también conciernen a los supervivientes.

21 . En una entrevista personal, Anna Shternshis, Nueva York, 9 de abril de 2018, habló de una partisana cuya hermana nunca la perdonó por haber abandonado a su madre, aunque todos sobrevivieron.

[22](#) . Helen Epstein, *Children of the Holocaust: Conversations with Sons and Daughters of Survivors* , Penguin, Nueva York, 1979, p. 23.

23 . Entrevista personal, Rivka Augenfeld, Montreal, 10 de agosto de 2018.

24 . Liba Marshak Augenfeld había recibido de su madre la bendición para huir del gueto y unirse a los partisanos, y había vivido con cierta paz su decisión de dejar a la familia. Pero muchas no la recibieron y se sintieron abrumadas por la culpa. Entrevista a Augenfeld.

25 . Izhar, *Chasia Bornstein-Bielicka* , sobre el silencio de Chasia, pp. 294, 309, 310, 313. Chasia no habló mucho de su experiencia en la guerra, por un lado, porque no le parecía que le hubiera ido tan mal al lado de otros superviviente, y, por otro, por sus hijas. Más tarde en su vida, cuando sus hijas ya adultas le preguntaron por su pasado, ella les contó su increíble historia. Solo entonces se enteraron de que su madre nunca había dormido toda una noche de seguido.

26 . Por ejemplo, las entrevistas personales a Daniela Ozacky-Stern y Yonat Rotbain, Givat Haviva (Israel), 14 de mayo de 2018.



27 . Esta sección está basada en Schulman, *Partisan's Memoir* .

28 . Ibid., pp. 192-193.

29 . Ibid., pp. 188-189.

## 30 . Entrevista a Starr.

31 . Schulman, *Partisan's Memoir* , p. 206.

32 . Ibid., p. 224.

33 . Esta sección sobre Zivia y el levantamiento de Varsovia está basado en Gutterman, *Fighting for Her People* , pp. 280-290; Lubetkin, *Days of Destruction* , pp. 260-274; Zuckerman, *Surplus of Memory* , pp. 526-529, 548-549, 550-556.

34 . Por ejemplo, a Irene Zoberman le pidieron que repartiera panfletos. Helen Mahut daba clases en las escuelas clandestinas polacas y se unió al AK, para el que se plantaba en terminales de autobuses y memorizaba las insignias de los camiones del ejército alemán, además de traducir al polaco las emisiones de Radio Londres. Mina Aspler, o «María la Loca», atendía a los soldados heridos y servía de mensajera, poniendo en contacto a los grupos entre sí. Zofia Goldfarb-Stypułkowska fue sargento en el movimiento clandestino polaco.



35 . Grupińska, *Reading the List* , p. 96.

36 . Las estadísticas difieren según los tipos de edificios que se tienen en cuenta. Véase Micholaj Gliniski, «How Warsaw Came Close to Never Being Rebuilt», *Culture.pl* , 3 de febrero de 2015, <<https://culture.pl/en/article/how-warsaw-came-close-to-never-beingrebuilt> >.

37 . Hay muchas versiones de esta historia de rescate. Véanse, por ejemplo, Gutterman, *Fighting for Her People* , pp. 291-299; Lubetkin, *Days of Destruction* , pp. 272-274; Warman, en *Mothers, Sisters, Resisters* , pp. 288-294; Zuckerman, *Surplus of Memory* , pp. 552-556.

38 . Lubetkin, *Days of Destruction* , p. 274. Zuckerman, *Surplus of Memory* , pp. 558, 565, también describe la liberación como algo deprimente.

39 . Entrevista a Zuckerman.

40 . En 1946 más de cuarenta judíos fueron asesinados por soldados, oficiales y civiles polacos en un pogromo en Kielce.

41 . Este párrafo está basado en Gutterman, *Fighting for Her People* , pp. 303-345.

[42](#) . Ibid., p. 381. Esta sección sobre Zivia en Palestina está basada en pp. 349-487.



43 . Ibid., pp. 386, 389. No está claro de dónde obtuvo Gutterman esta información personal.

44 . Entrevista a Zuckerman.

45 . Gutterman, *Fighting for Her People* , p. 361.



47 . Entrevista a Zuckerman.

48 . Como se menciona en la historia, Renia y Bela sacaron la fuerza de sus padres. Faye también creía que la competencia de su madre y el carácter afectuoso de su padre la habían dotado de independencia y fuerza interior. «Nos sentíamos muy queridas por nuestros padres —escribió Faye más tarde—. Creo que fue este amor lo que me dio la seguridad y los recursos que tan útiles me fueron más tarde en la vida.»

49 . Shelub y Rosenbaum, *Never the Last Road* , p. 174. Liba Marshak Augenfeld y su marido siempre volaban en distintos aviones. A Fruma Berger le aterrorizaban los truenos, pues le recordaban un ataque militar.

50 . Debatido en Gutterman, *Fighting for Her People* , pp. 418-423.



51 . Ibid., p. 452.

52 . Entrevista a Zuckerman.

53 . Según *The Zuckerman Code* , algunas personas se referían a sus hogares como una «*shiva* continua». Epstein, *Children of the Holocaust* , p. 176, escribe sobre los supervivientes que lo sobrellevaron trabajando sin parar; eso les proporcionaba seguridad económica y no les daba tiempo para pensar.

54 . Entrevista a Zuckerman.

55 . Entrevista a Zuckerman. Zuckerman, *Surplus of Memory* , p. IX, también menciona esta máxima.





58 . Epstein, *Children of the Holocaust* , pp. 170-171, 195-196, 207-210.



59 . Shelub y Rosenbaum, *Never the Last Road* , p. 186.

60 . Según *The Zuckerman Code* , eso solo fue una coincidencia, y no la llamaron así por la ŽOB.





63 . En *The Zuckerman Code* , Roni se niega a divertirse en Varsovia. Epstein, *Children of the Holocaust* , pp. 201, 230, da ejemplo de hijos de supervivientes que se ponen a sí mismos en situaciones peligrosas solo para demostrarse que pueden sobrevivir a ellas.





66 . Lubetkin, *Days of Destruction* , p. 275.



67 . Entrevista a Zuckerman.





70 . Zuckerman, *Surplus of Memory* , p. 677.

71 . Entrevista personal, Barbara Harshav, Nueva York, 9 de marzo y 23 de abril de 2018. Harshav subrayó que muchos dirigentes de la defensa judía en el gueto de Varsovia se convirtieron en «don nadies» en Israel; varios tuvieron dificultades en encontrarse a sí mismos. (Pero no todos; también mencionó que Kazik se convirtió en el feliz propietario de una cadena de supermercados.)

72 . Citado en la entrevista a Zuckerman.

<sup>73</sup> . En Tec, *Resistance* , p. 31, hay una historia sobre un polaco que no quiso admitir su papel en la resistencia hasta finales de la década de 1970. Algunos afirman que en Polonia no se menciona nunca la ŻZW de Betar por su relación con la facción nacionalista de la resistencia polaca.

74 . Agi Legutko, visita al gueto de Cracovia, Festival de Cultura Judía, Cracovia, junio de 2018.



75 . En varios relatos, Renia se refiere a esta mujer como «Halina». Incluso afirma que se sintió frustrada al no conseguir localizarla después de la guerra. Pero, según una nota al pie en Regina Kukelka, «In the Gestapo Net», *Memorial Book of Zaglembe* , ed. J. Rapaport (Tel Aviv, Israel, 1972), p. 436, «Halina» era Irena Gelblum.

Irena tuvo una relación sentimental con Kazik y fue una osada agente de Varsovia. Había sido enviada a Zaglembe, seguramente por Zivia, para ocuparse de las mensajeras desaparecidas y de los judíos escondidos en Będzin, y para darles dinero para que se unieran a los partisanos. Según una crónica, mientras estaba allí averiguó por casualidad dónde estaba Renia y persuadió a Sarah para que la dejara ir con ella a Mysłowice. Después de la guerra Irena se trasladó a Italia, cambió de nombre por Irena Conti y se hizo poeta, distanciándose de su pasado. En Zuckerman, *Surplus of Memory* , p. 389, se la menciona, refiriéndose a ella como «Irka». Véase: Joanna Szczesna, «Irena Conti», *Wysokie Obcasy* , 21 de abril 2014.

76 . Grupińska, *Reading the List* , p. 21.

77 . El resto de su historia está basado en Ronen, *Condemned to Life* , pp. 403-479.

78 . Entrevista a Harshav. En una entrevista personal a Avihu Ronen, Tel Aviv, 16 de mayo de 2018, habló del legado de Chajka, diciendo que siempre sería alguien que iba «a contracorriente», y que sus nietos —varios de ellos son *refusnik* — habían continuado la tradición. Avihu se considera un caso aparte en el mundo académico.

1 . Encontré relatos contradictorios de los hermanos de Renia; es posible que Aaron averiguara el paradero de ella en el campo de personas desplazadas o que estuviera en Chipre. Parece que el hermano, de entrada, pensó que era Sarah quien había sobrevivido. Véase el testimonio de Renia en la Biblioteca Nacional de Israel y una entrevista personal telefónica a Yoram Kleinman, el 11 de febrero de 2019.

2 . Si Renia llevó una vida secular en Israel, sus hermanos siguieron siendo religiosos toda su vida. Aaron vivía en Haifa, en el vecindario de Renia. Era investigador de las autoridades aduaneras y cantante internacional. Según su hijo Yoram, Aaron era como Renia: «Le movía el ego, era dominante, duro, y le preocupaba el respeto». Se cambió el apellido por el de Kleinman porque, como combatiente del Irgún, los británicos lo buscaban. Zvi era el sereno y callado. Se afincó en Jerusalén, era practicante y trabajó como secretario judicial para el Ministerio de Justicia. Renia y Zvi pasaron muchas horas analizando su pasado, y discutiendo sobre la guerra y su familia. Él se cambió de nombre por Zamir, la versión hebrea de Kukiélka, que significa «cuco».

3 . Basado en una nota a pie de página en Kukelka, «In the Gestapo Net», p. 436. Según su testimonio de Yad Vashem, Renia se enteró por los Zuckerman después de que llegaran a Israel, tal vez en 1946.

4 . Liwer, *Town of the Dead* , p. 23.



5 . Según la familia de Renia, fue Zalman Shazar quien le dijo que escribiera sus memorias; otras fuentes mencionadas anteriormente señalan que empezó a escribir en húngaro. Entrevista personal, Jacob Harel y Leah Waldman, Haifa, 14 de mayo de 2018.

6 . Según su hijo, Renia se mostró en desacuerdo con elementos de la traducción. Entrevista a Harel y Waldman. No he conseguido dar con el manuscrito original en polaco, aunque he buscado en los siguientes archivos y organizaciones: Lavon, Yad Tabenkin, el kibutz Dafna, el Instituto de Historia Judía, Hakibbutz Hameuchad y Naamat en Estados Unidos.

7 . Geva, *To the Unknown Sisters* , p. 275.

8 . Hasia R. Diner, *We Remember with Reverence and Love: American Jews and the Myth of Silence After the Holocaust, 1945-1962* , New York University Press, Nueva York, 2009, pp. 96-109, 134.

9 . Fredka Mazia, testimonio del USHMM, 1991, <<https://collections.ushmm.org/search/catalog/irn502790>>. Fredka (Oxenhandler) Mazia era cabecilla del Hanoar Hatzioni, un grupo que Renia critica en su relato.

10 . Su contribución fue una traducción editada y anotada de un extracto de *Underground Wanderings* .

Los libros conmemorativos (yizkor), escritos inicialmente en yidis o hebreo por supervivientes, documentan las comunidades judías destruidas en el Holocausto. Se publicaron más de dos mil ejemplares.

11 . Entrevista a Harel y Waldman.

12 . Entrevistas personales, Anna Shternshis, Nueva York, 9 de abril de 2018, y Avihu Ronen, Tel Aviv, 16 de mayo de 2018.



13 . El resto de esta sección está basado en entrevistas personales a la familia de Renia.

14 . Uta Larkey, «Transcending Memory in Holocaust Survivors' Families», en *Jewish Families in Europe* , p. 216.

15 . Véase, por ejemplo, Michlic, ed., *Jewish Families in Europe* , y Epstein, *Children of the Holocaust* .

16 . Según su sobrino Yoram Kleinman, era «sarcástica y franca, podías hablar con ella de todo». Entrevista a Kleinman.

17 . Tampoco se preocupaban por los padres ancianos. Rivka Augenfeld, hija de partisanos de Vilna, hablaba de cómo su generación había tenido que inventar cómo arreglárselas por sí solos. Entrevista personal, Rivka Augenfeld, Montreal, 10 y 17 de agosto de 2018.

18 . Chawka Lenczner, Chana Gelbard y Yitzhak Fiszman.

19 . Véase Larkey, «Transcending Memory in Holocaust Survivors' Families», pp. 209-232.

20 . Epstein, *Children of the Holocaust* , pp. 168-69, 178, 251, cuenta historias sobre cómo los padres supervivientes eran vistos como «frágiles»; sus hijos tenían que protegerlos.



21 . Chaika Grossman entregó su vida al servicio público, ayudando a los supervivientes polacos y siendo elegida miembro del Knesset israelí, donde se mostró categórica en su defensa de los jóvenes, los mayores y la igualdad para las mujeres y la población árabe.

22 . Izhar, *Chasia Bornstein-Bielicka* , p. 272.

23 . Entrevista personal por teléfono a Sandy Fainer, 27 de noviembre de 2018.

24 . Vershitskaya, «Jewish Women Partisans in Belarus», p. 572.

25 . Gurewitsch, «Preface», *Mothers, Sisters, Resisters* , pp. XI-XXI.

26 . Ya'ari Hazan, *Bronislaw Was My Name* . Esta sección está basada en *Bronislaw Was My Name* y mi entrevista personal con Yoel Yaari, Jerusalén, 17 de mayo de 2018. En un correo electrónico del 23 de diciembre de 2019, Yoel me informa de que la historia de la liberación de *Bronislaw Was My Name* era inexacta y me proporcionó datos actualizados.

[27](#) . Yoseph Baratz, «The Frumka Group», *Women in the Ghettos* , pp. 182-184, dice que el grupo estaba compuesto por Bela y treinta chicas de dieciocho a veintidós años.

28 . La documentación sobre este premio (Cruz de Grunwald Tercera Clase) se encuentra en el archivo del museo Casa de los Combatientes de los Guetos en forma de una carta que dirigió Isaac Schwarzbart desde Londres a Moshe Klinger bajo el Mandato de Palestina, el 26 de abril de 1945. (El archivo HeHalutz de Inglaterra.) Hay cierta confusión sobre si el premio lo recibió Frumka o Hantze. Rivka Glanz también recibió una distinción militar polaca. Faye, Chasia y las mensajeras de Białystok recibieron medallas del Gobierno soviético.



29 . Sin estudios de psicología formales, Chasia, a los veinticinco años, diseñó su propio método para llevar a ese grupo traumatizado. Creó «roles de familia» para cada uno, y se nombró la «hermana mayor». Izhar, *Chasia Bornstein-Bielicka* , pp. 319-320.

30 . Yaari, «A Brave Connection».

31 . El resto de esta sección proviene de mi entrevista personal con Yoel Yaari, Jerusalén, 17 de mayo de 2018.

32 . «About Anna Heilman», <<http://www.annaheilman.net/About%20Anna%20Heilman.htm> >.

Según su familia, Chasia era aguda pero callada, considerada y generosa, una humanista. En un debate reciente sobre los refugiados, la familia tuvo que decidir qué votar. «¿Qué habría dicho Chasia?», se preguntaron. La respuesta era clara: siempre «piensa en el eslabón débil de la cadena», sea cual sea la situación. Su familia votó por ayudar a los refugiados: una empatía que heredó de Chasia.

La partisana de Vilna Liba Marshak Augenfeld siempre acogió a gente en su casa; los séders familiares se llenaban de invitados que «se refugiaban de sus familias». Rivka reconoce a sus padres el mérito de haberle transmitido el legado de «cómo ser el *mensch* por excelencia». Entrevista personal, Rivka Augenfeld, añade detalles.

33 . Entrevista personal, Yoel Yaari, Jerusalén, 17 de mayo de 2018.

34 . Epstein, *Children of the Holocaust* , p. 179, por ejemplo, da ejemplos de hijos de supervivientes para los que fue difícil reconstruir la historia, el relato era deshilvanado y emotivo en lugar de cronológico.

35 . Cohen, *Avengers* , pp. 148-149. Ruzka ofrece una versión un poco diferente en *Partisans of Vilna* , en la que también se mostraba segura de que no volvería a reír o llorar. Esta sección está basada en Neima Barzel, «Rozka Korczak-Marla» y «Vitka Kempner-Kovner», en *Enciclopedia de las Mujeres Judías* ; Cohen, *Avengers* ; Michael Kovner, <[www.michaelkovner.com](http://www.michaelkovner.com)>; Korczak, *Flames in Ash* ; Korczak, Tubin y Rab, *Zelda the Partisan* ; Ziva Shalev, «Zelda Nisanilevich Treger», en *Enciclopedia de las Mujeres Judías* ; Yehuda Tubin, Levi Deror y otros, eds., *Ruzka Korchak-Marle: The Personality and Philosophy of Life of a Fighter* ; Wilfand, *Vitka Fights for Life* ; y entrevistas personales con Michael Kovner, Jerusalén, 17 de mayo de 2018, y Daniela Ozacky-Stern y Yonat Rotbain, Givat Haviva, 14 de mayo de 2018.

36 . Entrevista personal, Daniela Ozacky-Stern y Yonat Rotbain, Givat Haviva, 14 de mayo de 2018.



37 . Citado en Cohen, *Avengers* , p. 172.

38 . Entrevista personal, Michael Kovner, Jerusalén, 17 de mayo de 2018.

39 . Korczak, Tubin, y Rab, *Zelda the Partisan* , p. 150.

<sup>40</sup> . De un artículo escrito por Ruth Meged para *Haaretz* , 19 de abril de 1971, reimpreso en *Zelda the Partisan* , p. 136.

41 . Entrevista a Ozacky-Stern y Rotbain.

42 . Entrevista a Kovner.

43 . Entrevista personal a Kovner.

44 . Varias fuentes señalan la edad de cuarenta años.



45 . Para más información sobre Stern, véase «Color Psychotherapy», <<http://www.colorpsy.co.il/colorPsyEng.aspx> >. Sobre el trabajo de psicoterapia de Vitka, véase Michael Kovner, «In Memory of My Mother», <<https://www.michaelkovner.com/said04eng> >



47 . Entrevista personal a Michael Kovner, Jerusalén, 17 de mayo de 2018.

48 . Leisah Woldoff, «Daughter of Survivors Continues Parents' Legacy», *Jewish News* , 23 de abril de 2014, <[http://www.jewishaz.com/community/valley\\_view/daughter-of-survivors-continuesparents-legacy/article\\_7249bb6e-cafb-11e3-8208-0017a43b2370.html](http://www.jewishaz.com/community/valley_view/daughter-of-survivors-continuesparents-legacy/article_7249bb6e-cafb-11e3-8208-0017a43b2370.html) >.

49 . Entrevista personal a Jacob Harel y Leah Waldman, Haifa, 14 de mayo de 2018. Esta sección está basada en entrevistas personales a la familia de Renia.

50 . Entrevista personal por Skype, Merav Waldman, 23 de octubre de 2018.

51 . En su testimonio de Yad Vashem, Renia hace hincapié en que viajó por todo el mundo, pero nunca regresó a Polonia.

[52](#) . La fecha de cumpleaños de Vitka cambia según las fuentes, pero la mayoría coincide en que murió a los noventa y dos años.



53 . La partisana Mira Rosnow seguía viva cuando se escribió esto; tenía noventa y nueve años. Su hermana, Sara, una combatiente partisana, murió a los noventa y dos. Chayele Porus Palevsky, una partisana de Vilna, todavía vivía. Liba Marshak Augenfeld, una partisana de Vilna, murió a los noventa y cinco.

54 . Epstein, *Children of the Holocaust* , pp. 182, 310, menciona que la lealtad a la familia es un valor irresistible entre los supervivientes.

55 . Fotografia de la colección de Merav Waldman.

56 . Véase el debate sobre la tercera generación en Uta Larkey, «Transcending Memory in Holocaust Survivors'». Como explica Dina Wardi, las mujeres de la segunda y tercera generaciones a menudo son las «velas conmemorativas» de la familia. Como explicó Irit Felsen en una charla sobre el trauma intergeneracional en The Wing, Nueva York, el 27 de enero de 2020, las mujeres de la segunda generación sentían rabia y vergüenza por el pasado de sus padres, mientras que las de la tercera generación se enorgullecían del legado superviviente. (Las de segunda generación tenían un «muro doble» con sus padres, querían protegerse unos a otros y nunca hablaron de la guerra.)

1 . Entrevista personal, Jonathan Ornstein, Cracovia, 25 de junio de 2018.

2 . Paulsson, *Secret City* , pp. 5, 129-130. Paulsson menciona otras estimaciones, según las cuales ciento sesenta mil polacos ayudaron a esconder a judíos. En la p. 247 explica que no es lo mismo ayudar que rescatar, y subraya que hubo muchas maneras en que los polacos ayudaron a los judíos.

3 . Ibíd., pp. 21-25, también hace hincapié en que la gente suele registrar en sus memorias lo inesperado, y no necesariamente lo cotidiano. Insinúa que la mayoría de los polacos no traicionaron a los judíos que se escondían en sus casas, pero los que lo hicieron dejaron una impresión más honda y, por lo tanto, se escribió sobre ellos.

4 . Debo a la conferencia de Samuel J. Kassow titulada «In Dialogue: Polish Jewish Relations During the Interwar Period» la inspiración para este párrafo, y en particular la valoración final sobre el antisemitismo «blanqueador» y no caer en «quién sufrió más».



5 . Para otra explicación, véase Marisa Fox-Bevilacqua, «The Lost Shul of Będzin: Uncovering Poland's Once-vibrant Jewish Community», *Haaretz* , 7 de septiembre de 2014, <<https://www.haaretz.com/jewish/.premium-the-lost-shul-of-będzin1.5263609> >.

1 . Para un debate sobre el uso de las memorias y los testimonios como fuentes, véanse, por ejemplo, Michlic, ed., *Jewish Families in Europe* ; Mervin Butovksy y Kurt Jonassohn, «An Exploratory Study of Unpublished Memoirs by Canadian Holocaust Survivors», en *New Perspectives on Canada, the Holocaust and Survivors: Canadian Jewish Studies* , Paula J. Draper y Richard Menkis, eds., Association for Canadian Jewish Studies, número especial, Montreal, 1997, pp. 147-161; Frumi Shchori, «Voyage and Burden: Women Members of the Fighting Underground in the Ghettos of Poland as Reflected in Their Memoirs (1945-1998)», tesis doctoral, Universidad de Tel Aviv, Tel Aviv, 2006.

2 . Ronen, *Condemned to Life* , pp. 52-63, explica las condiciones en que Chaika escribió su diario: rápidamente, temiendo olvidar sus emociones, con miedo a que la capturasen.

3 . Sobre el uso de la primera persona del plural por parte del cronista en un intento de objetividad, véase Rita Horvath, «Memory Imprints: Testimony as Historical Sources», en Michlic, ed., *Jewish Families in Europe* , pp. 173-195.

4 . Zuckerman («Antek»), *A Surplus of Memory* , p. VIII.

5 . Según ibíd., p. 371, los documentos de la ŽOB no siempre eran precisos. No se escribían para un archivo histórico; a menudo pretendían suscitar compasión con la esperanza de recibir alguna ayuda.

6 . En este libro he utilizado por lo general el nombre con el que se las conoció o con el que se ha publicado su obra. He procurado utilizar las grafías más fáciles para el lector inglés. Con frecuencia he señalado en las notas otras versiones de los nombres.

7 . Véase la introducción a Barbara Kirshenblatt-Gimblett y Antony Polonsky, eds., *POLIN, 1000 Year History of Polish Jews. Catalogue for the Core Exhibition* , Museo POLIN de Historia de los Judíos Polacos, Varsovia, 2014. Paulsson, *Secret City* , pp. IX-XV, examina la complejidad de esta terminología en este contexto.



8 . Citado en Laska, *Different Voices* , p. 255.

*Hijas de la Resistencia*

Judy Batalion

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Light of Days*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la ilustración de la portada, Cristiana Couceiro a partir de las imágenes Avión Heinkel, Berliner Verlag / Archiv / picture alliance / Getty Images; Miembros de las SS (Schutzstaffel), Sueddeutsche Zeitung Photo / Alamy / ACI; Tosia Altman, cortesía de Moreshet, Hashomer Hatzair Archives; Chajka Klinger, cortesía del Ghetto Fighters' House Museum, Photo Archive; Vladka Meed, United States Holocaust Memorial Museum, cortesía de Benjamin Miedzyrzecki

© Judy Batalion, 2020

© de la traducción, Aurora Echevarría, 2022

Revisión del hebreo por Ana Bejarano Escamilla

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

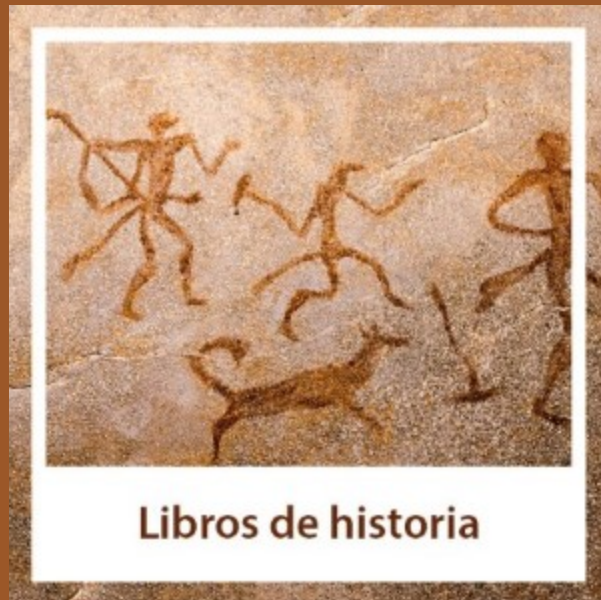
Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2022

ISBN: 978-84-322-3959-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S.L.L.

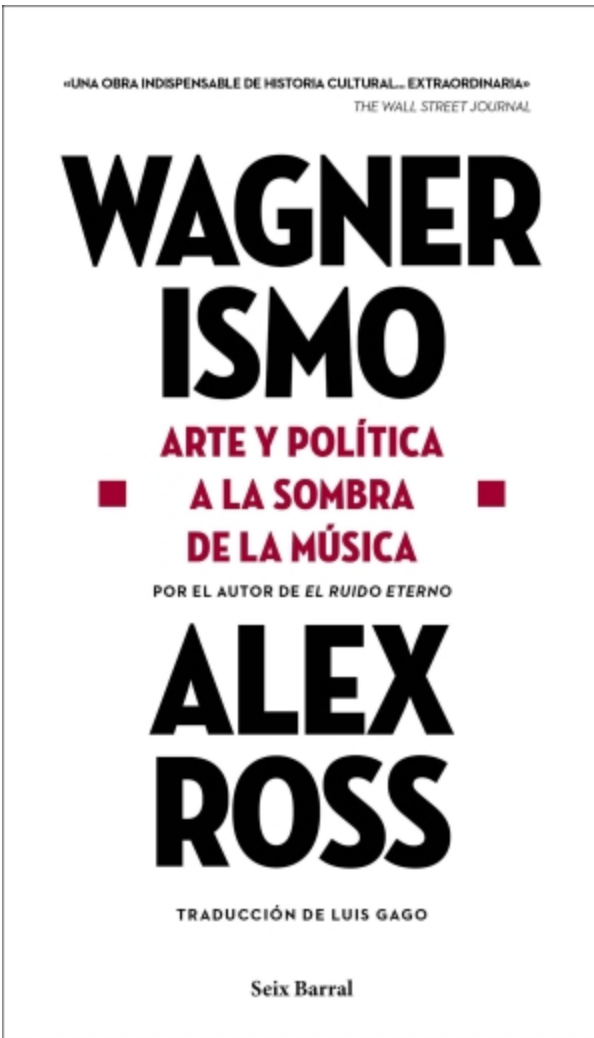
[www.newcomlab.com](http://www.newcomlab.com)

**¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!**



**¡Síguenos en redes sociales!**





# Wagnerismo

Ross, Alex

9788432239410

976 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Para bien o para mal, Wagner es la figura más influyente en la historia de la música. Creaciones tan colosales como *El anillo del Nibelungo*, *Tristán e*

*Isolda* y *Parsifal* sirvieron en el arte como modelos de obras osadas en la forma, como ejemplos en la creación de mitos, la libertad erótica y especulación mística. En *Wagnerismo*, Alex Ross restaura la magnífica confusión de lo que significa ser wagneriano: un pandemonio de genios, locos y profetas que luchan por el legado multifacético del compositor, y convierte la experiencia de lectura en un constante descubrimiento a través de esas figuras, de Nietzsche, Van Gogh, Dalí y Buñuel a Baudelaire, Virginia Woolf o Proust.

En muchos sentidos, *Wagnerismo* cuenta una historia trágica. Un artista que podría haber rivalizado con Shakespeare en alcance universal se ve arruinado por una ideología de odio. Aun así, su sombra perdura sobre la cultura del siglo XXI y sus motivos míticos recorren películas de superhéroes y fantasía. Ni una apología ni una condena, *Wagnerismo* es una obra de apasionante descubrimiento, que nos ofrece una idea más honesta de cómo actúa el arte en el mundo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

**Carolina Setterwall**

Solo nos queda esperar  
lo mejor



## Solo nos queda esperar lo mejor

Setterwall, Carolina

9788432239571

432 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Después de un largo día Carolina le da las buenas noches a su compañero, Aksel. Las cosas están siendo algo difíciles para los dos, especialmente con

un bebé de ocho meses. A lo largo de esa noche Aksel muere inesperadamente y el mundo de Carolina da un vuelco.

Quizás para imponer algo de orden en el caos, Carolina narra detalladamente los meses posteriores al fallecimiento de Aksel como si fuera un cuaderno de bitácora. Descompone con rigor forense los pequeños detalles de la vida antes de la tragedia, ansiosa por encontrar alguna explicación. Pero cuando en su vida surge de nuevo la posibilidad del amor, sorprendentemente Carolina se encuentra asumiendo el papel reticente que alguna vez desempeñó Aksel, cuando ella lo presionaba de manera imperiosa para que se comprometieran más, se mudaran juntos y finalmente tuvieran un hijo.

Una historia maravillosa sobre cómo superar el dolor y las lecciones que extraemos de él y, a la vez, una bella historia de amor de nuestro tiempo para entender los diferentes roles que adoptamos en cada una de nuestras relaciones y cómo las situaciones paradójicas a las que a veces nos enfrenta la vida se convierten en una oportunidad para conocer y ponerte en el lugar del otro.

[Cómpralo y empieza a leer](#)